

Copyrighted Material

W I L L I A M

F A U L K N E R

*Light in August*

**Luz De Agosto**

VINTAGE INTERNATIONAL

Copyrighted Material

# LUZ DE AGOSTO – WILLIAM FAULKNER

Alfaguara, S. A. 2002

Título original: Light in August

Traducción de Enrique Sordo

Impreso en España

## 1.

Sentada en la orilla de la carretera, con los ojos clavados en la carreta que sube hacia ella, Lena piensa: «He venido desde Alabama: un buen trecho de camino. A pie desde Alabama hasta aquí. Un buen trecho de camino.» Mientras piensa *todavía no hace un mes que me puse en camino y heme aquí ya, en Mississippi. Nunca me había encontrado tan lejos de casa. Nunca, desde que tenía doce años, me había encontrado tan lejos del aserradero de Doane.*

Hasta la muerte de su padre y de su madre, ni siquiera había estado en el aserradero de Doane. Sin embargo, los sábados, siete u ocho veces al año, iba a la ciudad en la carreta. Vestida con un trajecito de confección, colocaba de plano sus pies descalzos en el fondo de la carreta y sus botas en el pescante, junto a ella, envueltas en un pedazo de papel. Se ponía sus botas justo en el momento de llegar a la ciudad. Cuando ya era algo mayor, le pedía a su padre que detuviera la carreta en las cercanías de la ciudad para que ella pudiese descender y continuar a pie. No le decía a su padre por qué quería caminar en lugar de ir en el carruaje. El padre creía que era por el empedrado bien unido de las calles, por las aceras lisas. Pero Lena lo hacía con la idea de que, al verla ir a pie, las personas que se cruzaban con ella pudiesen creer que vivía también en la ciudad.

Tenía doce años cuando su padre y su madre murieron, el mismo *verano, en una casa de troncos compuesta de tres habitaciones y de un zaguán. No había rejas en las ventanas. El cuarto en que murieron estaba alumbrado por una lámpara de petróleo cercada por una nube de insectos revoloteantes; suelo desnudo, pulido como vieja plata por el roce de los pies descalzos. Lena era la menor de los hijos vivos. Su madre murió primero: «Cuida de tu padre», dijo. Después, un día, su padre le dijo: «Vas a ir al aserradero de Doane con McKinley. Prepárate*

para marchar. Tienes que estar lista cuando él llegue.» Y murió. McKinley, el hermano, llegó en una carreta. Enterraron al padre, una tarde, bajo los árboles, detrás de una iglesia aldeana, y colocaron una tabla de abeto a guisa de piedra sepulcral. Al día siguiente, por la mañana, Lena partió hacia el aserradero de Doane, en la carreta, con McKinley. Y en aquel momento tal vez no sospechaba que se iba para siempre. La carreta era prestada, y el hermano había prometido devolverla al caer la tarde.

El hermano trabajaba en el aserradero. Todos los hombres del pueblo trabajaban en el aserradero o para él. Serraban abetos. Hacía siete años que el aserradero estaba allí y, dentro de otros siete, toda la región se encontraría talada. Entonces, una parte de la maquinaria y la mayoría de los hombres que la hacían funcionar, y que sólo existían para ella o a causa de ella, serían cargados en vagones de mercancías y transportados a otro lugar. Pero, como podían comprarse a plazos las piezas de recambio, una parte del material se quedaría allí: grandes ruedas inmóviles, descarnadas, mirando al cielo con un aire de profundo asombro, entre pedazos de ladrillo y zarzas enmarañadas; calderas calcinadas, alzando con gesto testarudo, sorprendido y cansado unos tubos que ya no humeaban y que se enmohecían en medio de un paisaje erizado de tocones de árboles, un paisaje de destilación, tranquilo, apacible, inculto, tierra convertida en erial donde, lentamente, unos arroyos estancados y rojizos se iban ahondando con las largas lluvias tranquilas del otoño y con el furor galopante de los equinoccios de primavera. Y llegaría el día en el cual la aldea, que ni siquiera en los tiempos de su prosperidad figuraba en los anuarios de Correos y Telégrafos, acabaría por ser olvidada hasta por los miserables saqueadores de ocasión que derribarían los cobertizos para quemarlos a trozos en sus cocinas y, durante el invierno, en sus estufas.

En la época en que llegó Lena, no vivían allí más de cinco familias. Había una vía férrea y una estación por la que, una vez al día, pasaba un rugiente tren mixto. Se le podía detener con una bandera roja, pero casi siempre salía de las taladas colinas súbitamente, como una aparición, y, gimiendo igual que un alma en pena, cruzaba aquel modesto embrión de aldea, la perla olvidada de un collar roto. Lena tenía veinte años menos que su hermano. Apenas le recordaba cuando se fue a vivir con él. El hermano habitaba en una casa de madera sin pulir, de cuatro habitaciones, con su mujer, a la que los embarazos y los trabajos de la maternidad habían agotado. Cada año, durante casi tres meses, la cuñada estaba en la cama o convaleciente. Durante

aquel tiempo, Lena llevaba la casa y cuidaba de los otros niños. Mis tarde se dijo a sí misma «Creo que ésta debe de ser la causa de que yo haya tenido uno tan pronto.»

Lena dormía en una tejavana, detrás de la casa. Allí sólo había una ventana, que ella aprendió a abrir y cerrar en la oscuridad, sin hacer ruido, aunque primero compartía la tejavana con el mayor de sus sobrinos, después con los dos mayores y luego con los tres. Pero no abrió la ventana por primera vez hasta que pasaron ocho años. Y apenas la hubo abierto doce veces cuando se dio cuenta de que habría sido mejor no abrirla nunca. Se dijo así misma: «Cosas de mi mala suerte.»

La cuñada se lo dijo a su hermano. Y el hermano advirtió entonces el cambio en la silueta de Lena, cosa que habría debido advertir mucho antes. Era un hombre duro. El sudor de su frente había arrastrado consigo la ternura, la mansedumbre, la juventud (tenía justamente cuarenta años) y casi todo lo demás, no dejándole otra cosa que una especie de energía terca, desesperada, y la austera herencia del orgullo de su sangre. La llamó puta. Acusó al verdadero culpable (por lo demás, los jóvenes solteros y los Casanovas de pega eran bastante menos numerosos que las familias), pero Lena no quiso admitirlo hasta seis meses después de que el hombre se hubiese ido de allí. Se contentó con repetir obstinadamente: «Vendrá a buscarme. Me ha dicho que vendrá a buscarme»; inquebrantable, borreguil, vivía con esa reserva de paciencia y de constante felicidad con la que cuentan los Lucas Burch, incluso cuando no tienen la menor intención de estar allí el día en que sea necesario.

Quince días después, Lena volvió a salir por la ventana. Esta vez fue algo más difícil. «Si hace unos meses me hubiese resultado tan difícil, creo que no habría tenido que hacerlo ahora», pensó. Nadie le habría impedido marcharse. Tal vez ella ya lo sabía, pero prefirió hacerlo de noche y por la ventana. Llevaba consigo un abanico de hojas de palma y un pequeño hatillo, cuidadosamente anudado con un pañuelo de colores. Contenía, entre otras cosas, treinta y cinco centavos en monedas de cinco y de diez centavos. Iba calzada con unas botas que habían sido de su hermano y que éste le había dado. Estaban casi nuevas porque, por lo común, ni ella ni su hermano llevaban botas. Cuando Lena sintió bajo sus pies el polvo de la carretera, se quitó las botas y las llevó en la mano.

Pronto haría cuatro semanas que caminaba así. Tras ella, esas cuatro

semanas, la sensación de *lejos*, se estiraban como un apacible corredor, pavimentado de una confianza tranquila y firme, y lleno de rostros, de voces anónimas y cordiales: *¿Lucas Burch? No le conozco. No conozco por aquí a nadie con ese nombre. ¿Esta carretera? Es la que va a Pocahontas. Es posible que lo encuentre allí Esa carreta va hacia allá. La llevará, si quiere.*

Ahora, detrás de ella, se desarrolla una larga y monótona sucesión de cambios regulares y apacibles, de días que se hacen noches, de noches que se hacen días, a lo largo de los cuales Lena ha avanzado, obstinadamente, en unas carretas anónimas, idénticas, como a través de sucesivas reencarnaciones de ruedas chirriantes, de orejas caídas, como en algo que avanzase siempre, y sin hacer progresos, por los costados de una urna.

La carreta que ascendía por la cuesta se acercó a ella. Lena la había adelantado, camino abajo, a una milla de allí. Estaba detenida en el borde de la carretera. Las mulas dormían entre los varales, con la cabeza apuntada hacia la dirección que seguía Lena. Ella la vio, y vio también a los dos hombres, puestos en cuclillas cerca del granero, detrás de la valla. Echó una ojeada a la carreta y a los hombres; una ojeada única, circular, rápida, inocente y profunda. No se detuvo. Al parecer, los hombres que estaban detrás de la valla ni siquiera notaron que les había mirado; a ellos y a la carreta. Lena no se volvió tampoco. Desapareció lentamente, con las botas sin atar alrededor de sus tobillos. Al cabo de una milla, cuando llegó a lo alto de la cuesta, se sentó en el borde de la cuneta, con los pies en el fondo poco profundo, y se quitó las botas. Un momento después comenzó a oír la carreta. La estuvo oyendo durante algún tiempo, hasta que apareció a media cuesta.

La madera y el metal, faltos de grasas, corroídos por las intemperies, crujen y se bambolean, agudos y secos, lentamente, tremendamente; es una serie de detonaciones secas, indolentes, que se oyen a seiscientos metros en el cálido silencio, sosegado y balsámico, de este atardecer de agosto. Aunque las mulas se afanan, en una especie de hipnosis constante e inflexible, la carreta no parece avanzar. Tan ínfimo es su avance que parece como si estuviese suspendida en medio del camino, como una perla descolorida enhebrada en el hilo rojizo de la carretera. Tan cierto es esto que, aun mirándola, los ojos la pierden cuando la vista y los sentidos se empañan lentamente y se difuminan, igual que la misma carretera con la sucesión sosegada y monótona de las noches y de los días, como un hilo ya medido que se

embobinase de nuevo en el carrete. Tan cierto es que se diría también que, desde el fondo de una región trivial, insignificante, más allá incluso de toda idea de distancia, el sonido parece llegar, lento, terrible, desprovisto de sentido, como si fuese un doble que precediera seiscientos metros a su propio cuerpo. «Puedo oírla desde tan lejos antes de verla», piensa Lena. Se ve ya en camino, sobre la carreta, pensando y *será como si avanzase en la carreta quinientos metros antes de subir a ella, antes incluso de que llegue al lugar en donde estoy, y después que haya bajado de ella se alejará, conmigo dentro, durante quinientos metros más* Y espera, ya sin mirar siquiera a la carreta, mientras sus pensamientos se encadenan, ociosos, rápidos, fáciles, llenos de rostros, de voces cordiales: *¿Lucas Burch? ¿Dice usted que le ha buscado en Pocahontas? ¿Esta carretera? Lleva a Springvale. Espere aquí. Pasará una carreta que la llevará un buen trecho de camino y piensa: «Y si va hasta Jefferson, Lucas Burch podrá oírme antes, incluso, de poder verme. Oirá la carreta, pero no lo sabrá. Así que habrá alguien que estará en sus oídos antes de estar en sus ojos. Y entonces me verá, y se quedará muy confuso. Y tendrá a dos dentro de sus ojos antes de que haya podido recordar.»*

Acuclillados en la sombra, contra la pared del establo de Winterbottom, Armstid y Winterbottom la vieron pasar por la carretera. Vieron en seguida que era joven, y que estaba encinta, y que no era de la región.

-Me pregunto en dónde le habrán hecho esa barriga -dijo Winterbottom.

-Me pregunto cuánto tiempo hará que la pasea -dijo Armstid.

-Va a visitar a alguien que vive más abajo, supongo.

-No creo. Yo lo habría oído decir. Desde luego no es a ninguno de por aquí. Yo había oído hablar de ello.

-Supongo que sabe a dónde va - dijo Winterbottom-. Por la forma de andar, lo parece.

-No tardará mucho en tener compañía -dijo Armstid.

La mujer se alejaba, lentamente, agobiada por una carga sobre cuya naturaleza nadie podía engañarse. Ni uno ni otro la vieron echar una sola mirada hacia ellos, mientras pasaba con su vestido informe, de un azul desteñido, llevando en una mano su abanico de palma y, en la otra, su pequeño hatillo.

-Seguro que no viene de muy cerca -dijo Armstid-. Por la forma de andar se ve que lo ha hecho mucho tiempo y que todavía le queda mucho por recorrer.

-Vendrá a ver a alguien de por aquí -dijo Winterbottom.

-Si fuese así, lo habría oído decir -dijo Armstid.

La mujer se alejaba. No había vuelto la cabeza. Cuando llegó a lo alto de la pendiente desapareció, hinchada, lenta, resuelta, sin prisa ni fatiga, como la misma progresión de la tarde. Desapareció también de su conversación, y también, acaso, de su mente. Porque, al cabo de un rato, Armstid dijo lo que había venido a decir. Ya había venido dos veces para decir aquello, lo cual suponía, cada vez, cinco millas en carreta y tres horas dedicadas a escupir, acurrucado a la sombra, pegado a la pared del granero de Winterbottom, con esa lenta indecisión de las gentes de su especie, para las cuales no cuenta el tiempo. Se trataba de discutir el precio de un escarificador que Winterbottom deseaba vender. Finalmente, Armstid miró al sol y ofreció el precio que, tres noches antes, tendido en su cama, había decidido ofrecer:

-Sé que hay uno en Jefferson que podría conseguir por ese precio -dijo.

-Creo que harías muy bien en comprarlo -dijo Winterbottom -. Parece una buena ocasión.

-Tenlo por seguro -dijo Armstid. Escupió, miró de nuevo al sol y se levantó:

-Bueno, supongo que lo mejor será que vuelva a casa.

Subió a su carreta y despertó a las mulas. O más bien las puso en movimiento, porque sólo un negro es capaz de decir cuándo las mulas duermen o no. Winterbottom le siguió hasta la walla, sobre la cual se acodó.

-Claro que sí. Yo mismo compraría ese escarificador a ese precio. Si tú no lo haces, yo sería un tonto si no fuese a comprarlo. Y ese que lo vende, ¿no tendrá, por casualidad, un par de mulas que cuesten esos cinco dólares?

-Tenlo por seguro -dijo Armstid.

Y se alejó. La carreta reanuda su lento estrépito, devorador de kilómetros. Tampoco él vuelve la cabeza y al parecer tampoco mira hacia adelante, porque no advierte a la mujer sentada en la cuneta, a la orilla de la carretera, hasta que la carreta casi ha llegado a lo alto de la cuesta. En el momento en que reconoce el vestido azul no podría decir si la mujer ha visto la carreta. Y tampoco habría podido adivinar nadie si él ha visto a la mujer, viéndoles acercarse el uno al otro, sin apariencia de progreso, mientras la carreta se arrastra implacablemente hacia ella, envuelta en su lenta y palpable aureola

de somnolencia, de polvo rojo, en el que los firmes cascos de las mulas se mueven como en un sueño, al ritmo desordenado de los crujientes arneses y de los leves sobresaltos de sus orejas de liebre. Cuando se detienen, las mulas no están ni dormidas ni despiertas.

Por debajo de una capellina de un azul mustio, desteñida ya por algo más que por el agua y el jabón de lavadero, la mujer le mira tranquilamente, amablemente, joven, complaciente, cándida, amistosa y alertada. Todavía no se mueve. Bajo el ajado vestido, del mismo desteñido azul, su cuerpo deformado permanece inmóvil. El abanico y el fardillo están sobre sus rodillas. No lleva medias. Sus pies descalzos reposan, uno junto a otro, en la cuneta. Cerca, no están más inertes que ellos, bajo el polvo, las dos pesadas botas masculinas. Armstid sigue sentado en la detenida carreta, encorvado, con ojos incoloros. Ve que el abanico está minuciosamente ribeteado con el mismo azul desteñido de la capellina y el vestido.

-¿Hasta dónde quiere ir? -pregunta Armstid.

-Trataba de adelantar un poco antes de que sea de noche -dice ella.

Lena se incorpora, coge sus botas. Sube a la carretera, lentamente, pero con decisión, y luego se acerca a la carreta. Armstid no baja a ayudarla. Se limita a mantener el tiro inmóvil mientras ella trepa pesadamente por la rueda y coloca sus botas bajo el pescante. Y la carreta reanuda su marcha.

-Se lo agradezco -dice Lena-. Andar así, a pie, fatiga mucho.

Aparentemente, Armstid no la ha mirado bien ni una sola vez. Sin embargo, ya se ha dado cuenta de que no lleva alianza. Ahora no la mira. La carreta continúa con su lento traqueteo.

-¿Viene de muy lejos? -dice Armstid.

Lena exhala el aliento. Más que un suspiro es una espiración sosegada, como para expresar un sosegado asombro.

-Ahora me parece un buen trecho de camino. Vengo de Alabama.

-¿De Alabama? ¿En su estado? ¿Dónde está su familia?

Lena ya no le mira.

-Trato de encontrarle por aquí. Tal vez lo conozca usted. Se llama Lucas Burch. Por ahí me dijeron que estaba en Jefferson, empleado en un aserradero.

-¿Lucas Burch?

El tono de Armstid es casi idéntico al suyo. Están sentados, codo con codo, en el pescante desfondado y con los muelles rotos. El hombre puede ver las manos de la mujer, colocadas en el regazo, y su perfil bajo la capellina. Lo ve de reojo. Lena parece atenta a la carretera que transcurre entre las ágiles orejas de las mulas.



-Y ha hecho usted todo ese camino, tal como está, sin ninguna compañía, sólo para encontrarle?

Lena tarda un momento en responder. Después dice:

-La gente ha sido buena. Sí, muy buena conmigo, ya lo creo.

-¿También las mujeres?

Con el rabillo del ojo el hombre observa su perfil pensando *no sé lo que Martha va a decir* pensando: «Pero sí sé lo que Martha va a decir. Creo que, a veces, las mujeres pueden ser buenas sin parecer compasivas. Los hombres también, quizás. Pero sólo una mujer mala sabe compadecer a otra mujer que necesita compasión.» Pensando *sí, ya lo sé. Sé exactamente lo que Martha va a decir.*

Lena está un poco inclinada hacia adelante en su asiento, muy serena, con el perfil muy quieto, y la mejilla...

-Es extraño... -dice.

-¿Extraño el que la gente, al ver a una muchacha desconocida recorrer los caminos en su estado, comprenda que la ha abandonado su marido?

Lena no se mueve. La carreta sigue ahora una especie de ritmo. Su madera gastada, sin engrasar, se confunde con el lento atardecer, con la carretera y con el calor.

-¿piensa encontrarle por aquí?

Lena no se mueve. Parece atenta a la carretera, lenta entre las orejas de las mulas, atenta tal vez a la distancia, cortada en forma de carretera, definida.

-Creo que lo encontrare. No será difícil. Estará en un lugar en donde la gente se reúna, en donde la gente ría, en donde se bromea. Nunca es el último en eso.

Armstid gruñe, con un tono brusco, huraño.

-¡Yiiiá, mulas! -dice. Y se dice a si mismo, medio pensando, medio en voz alta: «Me parece que tiene razón. Creo que ese mozo se dará cuenta de que se ha equivocado el día en que se detuvo en este lado de Arkansas, e incluso de Texas.»

El sol baja. Ya sólo estará una hora por encima del horizonte, por encima de la rápida caída de la tarde de verano. La avenida comienza en la carretera, más en calma aún que la carretera misma.

-Ya hemos llegado -dice Armstid.

La mujer se agita en el acto. Se inclina y toma sus botas. Al parecer no quiere retrasar al carruaje ni el tiempo de calzárselas.

-Le estoy muy agradecida dice - . Me ha hecho un gran favor.

La carreta se detiene de nuevo. La mujer se apresura a descender.

-Aunque llegue antes de que sea de noche al almacén de Varner, todavía le faltarán doce millas hasta Jefferson -dice Armstid.

Lena sujeta, torpemente, con una mano, sus botas, su hatillo, su abanico. Conserva la otra mano libre, para ayudarse a bajar.

-Creo que será mejor que continúe -dice. Armstid no la toca.

-Venga a pasar la noche en casa -dice-. Allí hay mujeres. Hay una mujer que podrá... si usted... Ande, venga. Mañana por la mañana, a primera hora, la llevaré hasta la tienda de Varner. Es sábado y seguramente habrá alguien que vaya hacia allá. Por una noche, no se le va a escapar. Si es que está en Jefferson, todavía estará mañana.

Ella está sentada, tranquila, con sus cosas en la mano, dispuesta a descender. Mira ante sí, hacia donde la carretera hace una curva y se aleja, rayada de sombras.

-Creo que todavía tengo algunos días...

-Desde luego. Tiene todo el tiempo que quiera. Sólo que, de un momento a otro, podría encontrarse con un compañero que no sabría andar solo. Venga a casa conmigo.

Hace arrancar a las mulas sin aguantar la respuesta. La carreta se adentra en la avenida, en el sombrío camino. La mujer se vuelve a hundir en el pescante, sin abandonar su abanico, su hatillo y sus botas.

-No quisiera que se preocupasen por mí -dice-. No quisiera molestar.

-No molestará -dice Armstid-, venga conmigo. Venga.

Las mulas caminan rápidamente por primera vez, sin que nadie las apremie.

-Huelen el maíz -dice Armstid, que piensa: «En esto se conoce a la mujer. Ella misma sería capaz de despellejar a otra mujer, pero se pasea sin la menor vergüenza por delante de todo el mundo, porque sabe que la gente, los hombres, la protegerán, No se preocupa de las demás mujeres. No es ninguna mujer quien la ha puesto en lo que ella ni siquiera llama un apuro. Perfectamente. En cuanto una de ellas se casa, o se ve metida en un lío sin estar casada, en seguida la veréis salirse de su casta, abandonar el sexo femenino y pasar el resto de su vida tratando de unirse a la casta de los hombres. Por eso beben, y fuman, y reclaman el derecho de voto.»

Cuando la carreta pasa por delante de la casa para ir hasta la cochera, su mujer está vigilando desde la puerta de entrada. Armstid no mira en esa dirección. No necesita mirar para saber que ella ha de estar allí, que ya está allí: «Sí -piensa, con melancólica ironía, mientras hace girar a las mulas hacia la verja abierta-, sé exactamente lo que va a

decir. Claro que lo sé: exactamente.» Detiene la carreta. No necesita mirar para saber que su mujer está ahora en la cocina, que ya vigila, que espera. Detiene la carreta:

-Vaya a la casa -dice (él ha descendido ya, y la mujer desciende también, lentamente, con un aire resuelto que parece escuchar en su interior)-. Cuando encuentre a alguien, será Martha.

En cuanto limpie a las bestias y les eche el pienso, iré yo también.

No la mira cuando atraviesa el corral y se dirige a la cocina. No es necesario. La sigue paso a paso, franquea con ella la puerta de la cocina, se acerca a la mujer que ahora vigila desde la puerta de la cocina del mismo modo que, hace un momento, desde la puerta de entrada, veía pasar a la carreta. «Creo -piensa Armstid- que sé exactamente lo que va a decir»

Desengancha sus mulas, las abreva, las lleva a la cuadra y les da de comer. Después va al prado en busca de las vacas para hacerlas entrar. Y en seguida, se dirige a la cocina. Allí está siempre ella, la mujer gris, de rostro frío, duro, irascible, la mujer que, en seis años, le ha dado cinco hijos a los que luego ha convertido en hombres y en mujeres. La mujer que nunca está ociosa. Armstid no la mira. Se acerca al fregadero, toma el cubo, vierte agua en una palangana y se arremanga la camisa.

-Se apellida Burch -dice-. Al menos así dice que se llama el hombre que busca, un tal Lucas Burch. Alguien le ha dicho en el camino que ahora está en Jefferson.

De espaldas, comienza a lavarse.

-Viene de Alabama. Ha hecho todo el camino a pie. Y completamente sola, según dice.

La señora Armstid no mira a su alrededor. Está atareada con la mesa.

-Va a dejar de estar sola mucho tiempo antes de que regrese a Alabama -dice.

Armstid está muy ocupado con el agua y el jabón del fregadero. Siente cómo le mira ella, cómo le mira la nuca, los hombros, por debajo de la camisa azul que el sudor ha desteñido:

-Dice que alguien le ha dicho allá abajo, en la tienda de Samson, que hay un individuo que se apellida Butch, o algo parecido, que trabaja en el aserradero de Jefferson.

-Y ella cree que va a encontrarlo. ¡Esperándola, con la casa amueblada y todo!

Armstid no sabría decir ahora, por el sonido de su voz, si su mujer le mira o no; se enjuga con un saco de harina partido en dos.

-Tal vez le encuentre. Si lo que él quiere es darle esquinazo, me

parece que va a darse cuenta que se ha equivocado deteniéndose antes de haber puesto el Mississippi en medio.

Y ahora sí sabe que ella le mira; ella, la mujer gris, ni gorda ni delgada, dura ante el hombre, dura ante el trabajo, brusca y huraña, con su suelta ropa gris, las manos en las caderas y un rostro semejante al de los generales vencidos en la batalla.

-¡Ah, los hombres! -dice

-¿Qué quieres que hagamos con ella? ¿Ponerla en la calle? ¿O mandarla a dormir al granero?

-¡Ah, los hombres! -dice ella-. ¡Los cochinos hombres!

Entran al mismo tiempo en la cocina, pero la señora Armstid va delante. Se acerca directamente al fogón. Lena se queda de pie cerca de la puerta. Ahora lleva la cabeza descubierta. Sus cabellos están bien alisados. Hasta su vestido azul parece más fresco, más descansado. Mira a la señora Armstid, que, delante del fogón, hace entrechocar los círculos de metal y maneja los haces de leña con la brusca violencia de un hombre.

-Me gustaría mucho ayudarla -dice Lena.

La señora Armstid ni siquiera vuelve la cabeza. Hurga furiosamente en su hornillo.

-Hágame el favor de quedarse donde está. Cuanto menos tiempo esté ahora de pie, más se retrasará el momento en que tendrá que estar acostada.

-Tenga la bondad de dejarme ayudarle.

-Se quedará donde está. Hace treinta años que hago esto, tres veces por día. Ya pasó el tiempo en que necesitaba ayuda.

Se atarea en su hornillo, sin volverse.

-Armstid dice que se apellida usted Burch.

La muchacha tarda en responder. La señora Armstid no hurgonea ya, pero sigue dándole la espalda. De pronto, se vuelve. Se miran, súbitamente desnudas, observándose recíprocamente: la muchacha en su silla, con sus cabellos alisados y sus manos inertes en el regazo; la vieja vuelta a medias, cerca del fogón, inmóvil también, con un mechón rebelde de cabellos grises en la base del cráneo y una cara que parece tallada en arenisca. Y la más joven comienza a hablar:

-No he dicho la verdad. No me apellido Burch. Me llamo Lena Grove.

Se miran. La voz de la señora Armstid no es ni fría ni cálida.

-Y quiere reunirse con él para poder llamarse Burch antes de que sea demasiado tarde. ¿No es eso?

Lena ha bajado los ojos, como para vigilar las manos que están en su regazo. Su voz es mate, huraña. Y sin embargo está serena:

-Creo que no necesito que Lucas me prometa nada. Sólo la mala suerte le obligó a marcharse. Las cosas no salieron bien para que pudiese llevarme con él, como era su intención. Creo que ni él ni yo necesitamos prometer nada. Cuando se dio cuenta, aquella noche, que tenía que irse, él...

-Se dio cuenta qué noche? ¿La noche en que usted le habló del chiquillo?

La otra tarda un momento en responder. Su rostro está quieto como una piedra, pero sin dureza. Aunque arisco, no deja de tener dulzura; refleja una luz interior, apacible, serena, llena de un alejamiento sin razón. La señora Armstid la observa. Lena habla, sin mirar a la otra mujer:

-Le habían dicho algo, tiempo atrás, de esa posible partida. Pero él no me dijo nada antes para no inquietarme. Desde que supo que tendría que marchar, comprendió que sería mejor irse, que podría triunfar mejor en un lugar en donde el capataz no estuviese tan pendiente de él todo el tiempo. Aunque siempre lo retrasaba. Pero, cuando yo me vi así, no pudimos retrasarlo más tiempo. El capataz estaba siempre pendiente de Lucas porque le odiaba, porque Lucas era joven y lleno de entusiasmo, todo el tiempo, y porque el capataz quería la plaza de Lucas para dársela a uno de sus primos. Lucas no quería decirme nada para no inquietarme. Pero, cuando yo me vi así, no pudimos esperar más. Fui yo quien le dijo que se fuese. Ni siquiera así se quería ir. El me dijo que se quedaría si yo quería, aunque el capataz le tratase mal. Pero le dije que se fuese. Ni siquiera así se quería marchar. Pero yo le dije que lo hiciese. Que me enviase sólo unas palabras en cuanto quisiera que me fuese con él. Y después, sus cosas no han salido como él quería para hacer que me reuniese con él, como era su intención. Hace falta tiempo para situarse cuando uno se va, de ese modo, a vivir entre extraños. El no sabía nada de eso cuando se marchó; no sabía que necesitaría más tiempo de lo que se figuraba para situarse. Sobre todo un muchacho lleno de vida como Lucas, un muchacho que disfruta con la compañía y las diversiones, un muchacho que gusta a la gente. El no sabía que necesitaría más tiempo de lo que pensaba porque es joven, y la gente anda siempre tras él, porque siempre está dispuesto a reír, a divertirse, interrumpiendo su trabajo, muy en contra suya, porque a él nunca le ha gustado contrariar a nadie. Y yo quería que se divirtiese bien por última vez, porque el matrimonio no es igual para una mujer que para

un muchacho joven, un muchacho que es joven y está lleno de entusiasmo. Eso dura mucho tiempo, para un muchacho con entusiasmo, ¿no le parece?

La señora Armstid no responde. La mira, sentada en su silla, con sus cabellos alisados, y sus manos tranquilas en el regazo y su dulce rostro soñador.

-También podría ser que me hubiese avisado ya y que el aviso se perdiera por el camino. Hay un buen trecho, sólo desde aquí hasta Alabama; y todavía no estoy en Jefferson. Le dije que no contaba con que me escribiera, porque las cartas no son su fuerte. «Cuando estés dispuesto, me lo tendrás que decir por alguien; porque yo, dije, estaré ya lista.» Los demás me molestaban un poco, al principio, después que él se fue, porque todavía no me llamaba Burch y porque mi hermano y su familia no conocían a Burch tan bien como yo. ¿Cómo iban a conocerle? (Lentamente, una expresión de sorpresa, feliz y dulce, aparecía en su rostro, como si acabase de pensar en alguna cosa que ni siquiera sabía que ignoraba hasta entonces.) ¿Cómo iban a conocerle? Pero primero tenía que situarse. El sí que tendría todas las dificultades, encontrándose en medio de extraños, y yo no tenía que ocuparme de nada, salvo de esperar, mientras que él tenía todas las dificultades y todos los problemas. Sólo al cabo de cierto tiempo comprendí que ya estaba demasiado ocupada con traer al mundo al chiquillo para inquietarme por mi nombre y por lo que la gente pensase. Pero, Lucas y yo no necesitamos promesas entre nosotros. Algo imprevisto ha tenido que suceder; o tal vez me envió el recado y se ha perdido. Así que, entonces, un día, decidí que no podía esperar más tiempo.

-¿Y cómo sabía en qué dirección ir cuando emprendió el viaje?

Lena contempla sus manos. Ahora se mueven, y pliegan, en un ensueño absorto, un trozo de falda. Ninguna desconfianza, ninguna timidez: un simple reflejo distraído de la mano, sin duda.

-He preguntado todo el tiempo. Con un muchacho como Lucas, que es joven y está lleno de vida, y que intima fácilmente y pronto, yo sabía que en todos los lugares por donde hubiese pasado se acordarían de él. Así que pregunté por todas partes. Y la gente ha sido muy buena. Así que, lo que hay de seguro es que hace dos días, en la carretera, me dijeron que estaba en Jefferson, empleado en el aserradero.

La señora Armstid mira el rostro inclinado. Tiene las manos apoyadas en las caderas y mira a la muchacha con una expresión de desprecio frío e impersonal.

-¿Y cree que estará allí cuando usted llegue? Eso suponiendo que haya estado allí alguna vez... ¿Que, al saber que está usted en la misma ciudad que él, seguirá allí todavía a la hora en que se pone el sol?

El rostro inclinado de Lena es grave e impasible. Su mano se detiene. Ahora reposa, inmóvil, sobre el regazo, como si estuviese muerta. Su voz es calmosa, apacible, obstinada:

-Creo que, cuando un niño llega, toda la familia debe estar reunida. Sobre todo si es el primero. Creo que el Señor me ayudará.

-Y yo también creo que será El quien tendrá que hacerlo -dice la señora Armstid bruscamente, con violencia.

Armstid está en la cama, con la cabeza un poco alzada. La ve cómo se inclina, totalmente vestida, a la luz de la lámpara, y cómo busca rabiosamente en un cajón. Saca de allí una caja de metal y la abre con una llave colgada de su cuello, y roma una bolsa de lienzo, y la abre, y saca de ella un pequeño gallo de porcelana con una rendija en el lomo. Suenan unas monedas cuando la mujer lo toma, lo vuelca y lo sacude violentamente encima de la cómoda, haciendo salir por la rendija una escueta lluvia de calderilla. Armstid, desde su cama, la mira:

-¿Qué vas a hacer con el dinero de tus huevos a estas horas de la noche? -dice.

-Es mío, supongo. Puedo hacer con él lo que me dé la gana -se inclina bajo la lámpara, el rostro duro, amargo.. Dios sabe lo que yo he padecido para criarlos. Que lo que es tú, no has levantado ni el dedo meñique.

-Tienes razón -dice el hombre-. Creo que no hay ningún cristiano en la región que se atreva a disputarte tus gallinas; a no ser las zarigüeyas y las serpientes. Ni ese gallo tampoco -añade.

Así es. Porque, agachándose bruscamente, la mujer se arranca uno de sus zapatos y da con él un solo golpe en la figurilla de porcelana, que se desmorona. Desde su cama, bien estirado, Armstid la ve recoger las monedas esparcidas entre los cascotes. La mujer las mete, con las otras, en la bolsa, que anuda y vuelve a anudar tres o cuatro veces, con un gesto definitivo y encorajinado.

-Le darás esto -dice-. Y, en cuanto salga el sol, engancharás y te la llevarás de aquí. Condúcela hasta Jefferson si quieres.

-Supongo que en la tienda de Varner podrá encontrar a alguien que la lleve -dice el hombre.

La señora Armstid se levantó antes del alba y preparó el almuerzo. Ya estaba servido en la mesa cuando Armstid volvió de ordeñar las vacas.

-Ve a decirle que venga a comer -dijo la señora Armstid.

Cuando regresó a la cocina con Lena, la señora Armstid ya se había ido. Lena echó una mirada alrededor del cuarto, haciendo, en el umbral de la puerta, una pequeña pausa (menos que una pausa), con el rostro inmovilizado en una expresión dispuesta a la sonrisa, dispuesta a las palabras, a unas palabras preparadas de antemano, Armstid estaba seguro de ello. Pero no dijo nada: la pausa fue menos que una pausa.

-Comamos antes de salir -dijo Armstid-. Todavía tiene que andar un buen trecho.

El hombre la veía comer con aquella misma dignidad tranquila y cordial que la muchacha había demostrado la noche precedente, durante la cena. Ahora, sin embargo, había en aquella dignidad una discreción cortés y casi afectada que la corrompía. Después, el hombre le dio la bolsa de tela bien anudada. Ella la tomó, con el rostro feliz, cálido, aunque moderadamente sorprendido.

-¡Oh, qué buena ha sido! -dijo-. Pero no lo necesitaré. Ya casi he llegado.

-Creo que será mejor que lo guarde. Supongo que habrá advertido usted que a Martha no le gusta que no se haga su voluntad.

-¡Qué buena ha sido! -dijo Lena.

Guardó el dinero en su hatillo y se cubrió con la capellina. La carreta esperaba. Cuando descendían por la avenida, Lena se volvió para mirar la casa.

-Qué buenos han sido los dos -dijo.

-Ha sido cosa de ella -dijo Armstid-. Me parece que a mí no me debe nada.

-De todos modos, han sido muy buenos. Tendrá que decirle adiós de mi parte. Esperaba verla yo misma, pero...

-Claro que sí... Debía de estar ocupada en algo. Yo se lo diré.

Llegaron al almacén cuando el sol salía. Los hombres acucillados escupían ya sobre los escalones gastados de la veranda. La vieron descender del pescante de la carreta, lentamente, con precaución, el hatillo y el abanico en la mano. Tampoco esta vez se molestó Armstid en ayudarla. Desde lo alto de su asiento, dijo:

-Esta es la señora Burch. Quisiera ir a Jefferson. Si alguno va hoy



hacia allá, ella le agradecería mucho que la llevase.

Lena posó en la tierra sus pesadas botas polvorientas. Y alzó los ojos hacia él, con la expresión serena, apacible.

-Ha sido usted muy bueno -dijo.

-Bien, bien -dijo Armstid-; creo que ahora podrá llegar a la ciudad.

Bajó su mirada hacia ella, y le pareció entonces que un tiempo interminable transcurría mientras vigilaba su lengua, ocupada en buscar sus palabras, pensando rápida y calladamente pensamientos volantes *Un hombre. Todos los hombres, Dejarán escapar cien ocasiones de hacer el bien por una ocasión de mezclarse en negocios de los demás sin que nadie se lo pida. Descuidarán, se olvidarán de ver oportunidades, ocasiones de riqueza, de reputación, de beneficio y a veces hasta de perjuicio; pero no perderán nunca una ocasión de intervenir* Luego, su lengua halló las palabras y, más asombrado que la propia Lena, se oyó a sí mismo:

-Pero yo, en su lugar, no me fiaría demasiado con ... demasiado de... Mientras pensaba *Ella no me escucha. Si pudiese oír estas palabras, no descendería de la carreta, sola, con un vientre así; y ese abanico, y ese hatillo, camino de un lugar que no conoce, y en busca de un hombre al que no volverá a ver y al que ya vio una vez de más.* «Si alguna vez vuelve a pasar por aquí, mañana, incluso esta tarde... »

-Creo que todo se arreglará -dijo ella-. Me han dicho que él está allí. Armstid hace que gire su carreta y vuelve, encorvado, los ojos pálidos, sentado en el pescante hundido, y piensa: «Eso no habría solucionado nada. Ella no me habría creído si me hubiese oído decírselo, como tampoco creería todos los pensamientos cuyo centro ha sido desde... ya hace cuatro semanas ahora, ha dicho ella. Como tampoco lo oirá, ni lo creerá en este momento. Y ella está allí, sentada en el escalón más alto, con las manos en el regazo, entre esos muchachos en cuclillas que escupen, cerca de ella, sobre la carretera. Y ella ni siquiera ha esperado a que la interroguen para empezar a contarles, a hablarles de ese modo, como si nunca hubiese tenido nada especial que ocultar o que decir, incluso cuando Jody Varner u otro le diga que ese muchacho del aserradero, allá en Jefferson, se llama Bunch y no Burch. Y esto no la atormentará tampoco. Me parece que ella sabe mucho más que la propia Martha; como ayer noche, cuando le dijo a Martha que el Señor se encargaría de hacer que sucediese lo que es justo.»

Han bastado una o dos preguntas para que Lena, sentada en el más alto escalón, con el abanico y el hatillo sobre sus rodillas, relate de nuevo su historia con la paciente y transparente recapitulación del niño

que miente; y los hombres, con sus monos de trabajo, la escuchan tranquilamente, en cuclillas a su alrededor.

-Ese muchacho se llama Bunch -dice Varner-. Y hará como unos siete años que trabaja en el aserradero. ¿Cómo sabe usted que Burch está también allí?

Ella mira hacia la carretera, en dirección a Jefferson. Su rostro está tranquilo, atento, un poco despegado, pero sin nada de ausente:

-Creo que estará allí, en ese aserradero. A Lucas le han gustado siempre el cambio y la novedad. Nunca le ha gustado una vida tranquila. Por eso no le convino nunca el aserradero de Doane. Por eso decidió... decidimos cambiar: por el dinero y por la novedad.

-Por el dinero y por la novedad -dijo Varner-. Lucas no es el primer mocoso que, por el dinero y por la novedad, ha dejado de hacer aquello para lo que había nacido y ha abandonado a los que dependían de que lo hiciese.

Pero, aparentemente, Lena no escuchaba. Sentada tranquilamente sobre el más alto escalón, mira aquel sitio en donde la carretera tuerce vacía y ascendente, hacia Jefferson. Los hombres, en cuclillas contra la pared miran su rostro encalmado y plácido y piensan lo que Armstid pensaba y lo que Varner piensa: que sueña con un bribón que la ha dejado en apuros y a quien ellos saben muy bien que no volverá a ver jamás, a no ser, tal vez, los faldones de su chaqueta tensados por el viento de la carrera. «Quizás se refiera a los aserraderos de Sloane o de Bone -piensa Varner-. Me parece que ni una idiota necesitaría venir hasta el Estado de Mississippi para darse cuenta de que el lugar que ha dejado no difiere apenas del lugar en que está ahora. Aunque tenga allí un hermano que le echa en cara lo que zascandilea por las noches. Y, al mismo tiempo, piensa *yo habría hecho igual que el hermano; el padre habría hecho lo mismo. Ella no tiene madre, porque la sangre paterna odia, llena de amor y de orgullo, mientras que la sangre materna, llena de odio, ama y cohabita*

Lena no piensa nada de eso. Piensa en el dinero guardado en el hatillo que está bajo sus manos. Recuerda su primer almuerzo, piensa que puede entrar en la tienda, en aquel instante mismo, y comprar queso y bizcochos y hasta sardinas, si le apetecen. En casa de Armstid sólo tomó una taza de café y un pedazo de pan de maíz; nada más, aunque Armstid insistió. «He comido muy educadamente», piensa, las manos sobre el fardillo, sabiendo que éste contiene las monedas ocultas, recordando su única taza de café y el decoroso trozo de pan ajeno, soñando con una especie de tranquilo orgullo: «Como una dama, he comido como una dama. Como una dama de viaje. Pero

ahora puedo comprar también mis sardinas, si me apetecen.»

Así, Lena parece soñar, con los ojos clavados en la carretera que sube, mientras los hombres puestos en cuclillas escupen lentamente, vigilándola desde abajo, persuadidos de que piensa en el hombre, en el acontecimiento que se acerca, cuando en realidad sólo libra una batalla tímida con la prudencia providencial de esta vieja sierra de la cual, con la cual y por la cual vive. Esta vez resulta victoriosa. Se levanta y, con un paso algo torpe, no sin cierta precaución, cruza la enfilada batería de ojos de hombre y entra en la tienda, seguida del dependiente. «Lo voy a hacer -piensa en el momento mismo en que pide el queso y los bizcochos-. Lo voy a hacer; y dice en voz alta:

-Y una lata de sardinas (ella pronuncia *sourdines*), una lata de cinco centavos.

-No tenemos sardinas de cinco centavos -dice el dependiente-. Las sardinas valen quince centavos. (También él pronuncia *sourdines*.)

Lena vacila:

-¿Qué tiene usted, en lata, por cinco centavos? -Nada, salvo betún. Y no creo que sea eso lo que usted quiere. Al menos, para comer.

-En ese caso, creo que cogeré las de quince centavos.

Abre su hatillo y la bolsa anudada. Necesita algún tiempo para deshacer los nudos. Pero los deshace, pacientemente, uno a uno. Paga, vuelve a anudar la bolsa y el paquete, y se va con sus compras. Cuando reaparece en la veranda, hay una carreta detenida al pie de la escalera. Un hombre está sentado en el pescante.

-Ahí tiene una carreta que va a la ciudad -le dicen-. Puede llevarla.

Su rostro se anima, sereno, calmo, cálido.

-Si tiene usted la bondad...

La carreta avanza lentamente, pero sin pausa, como si en la soledad llena de sol de la inmensa campiña escapase a las leyes del tiempo y de la prisa. Hay doce millas desde el almacén de Varner hasta Jefferson.

-¿Llegaremos antes de la hora de comer? -dice Lena.

El conductor escupe.

-Podría ser -dice.

Probablemente no la ha mirado todavía, ni siquiera cuando subió a la carreta, y, al parecer, ella tampoco le ha mirado, ni le mira ahora.

-Supongo que va usted a menudo a Jefferson. El dice:

-Más de una vez.

La carreta avanza entre crujidos. Campos y bosques parecen suspendidos a una distancia inevitable, mediatizadora. Parecen a la

vez estáticos y fluidos, rápidos como espejismos. Y sin embargo, la carreta los deja atrás.

-¿Por casualidad no conocerá en Jefferson a un tal Lucas Burch?

-¿Burch?

-Voy allí en su busca. Trabaja en el aserradero.

-No -dice el carretero-. Creo que no le conozco.

Pero hay más de una persona en Jefferson a quien no conozco. Probablemente estará allí.

-Ojalá; así lo espero. El carretero la mira.

-¿Viene desde lejos, de ese modo, en busca de él?

-Desde Alabama. Un buen trecho de camino. Él no la mira. Habla con tono indiferente:

-¡Cómo la han dejado marchar sus padres en ese estado?

-Mis padres han muerto. Vivo con mi hermano. Fui yo quien decidió partir.

-Entiendo. El le ha dicho que venga a buscarle a Jefferson.

Ella no responde. Bajo la capellina, el hombre puede ver su perfil inmóvil. La carreta avanza, lentamente, fuera del tiempo.

Rojas y sin prisa, las millas se deslizan bajo los firmes cascos de las mulas, bajo el rechinar, bajo el crujir de las ruedas. El sol está ahora justamente sobre su cabeza. La sombra de la capellina cae sobre sus rodillas. Ella levanta los ojos hacia el sol.

Me parece que es hora de comer -dice.

El la observa con el rabillo del ojo mientras ella desempaqueta el queso, los bizcochos y las sardinas. Lena se los ofrece.

-No tengo ganas de tomar nada -dice él.

-Me gustaría que lo compartiese conmigo.

-No tengo ninguna gana. No se preocupe. Coma.

Lena comienza a comer. Come despaciosamente, sin interrumpirse, mientras relame, con una voluptuosidad lenta y completa, los dedos untados en el espeso aceite de las sardinas. Después, se detiene de pronto, pero sin brusquedad. Su mandíbula se agita débilmente. En su mano, un bizcocho empezado. Ha bajado la cabeza, los ojos vacíos, como si escuchase algo muy lejos, o tan cerca que lo siente dentro de sí misma. Su rostro ha perdido el color, el pleno ardor de su sangre, y permanece sentada, sin moverse, escuchando, sintiendo la tierra implacable e inmemorial, pero sin temor ni alarma. «Por lo menos deben de ser gemelos», se dice a sí misma, silenciosamente, sin mover los labios. Después, el espasmo desaparece. Lena reanuda su comida. La carreta no se ha detenido. El tiempo no se ha detenido. La carreta salva la última cuesta, y ven la humareda.

-Jefferson -dice el carretero.

-Entonces -dice ella-, ¿ya casi hemos llegado?

Esta vez es el hombre el que no escucha. Mira enfrente de él, por encima del valle, hacia la ciudad, hacia la otra vertiente. Siguiendo su tralla que señala, Lena divisa dos columnas de humo: una, en la cima de la gran chimenea, densa, pesada como el humo del carbón; la otra, una gran columna amarilla que parece salir de un bosquecillo, a alguna distancia, más allá de la ciudad.

-Es una casa que se quema -dice el carretero-. ¿Lo ve?

Pero ella, a su vez, no parece ni escuchar ni oír.

-Dios mío, Dios mío -dice-. ¡Cuando pienso que sólo hace cuatro semanas que me puse en camino y ya estoy en Jefferson! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto camino se puede hacer, a pesar de todo!

## 2.

He aquí lo que sabía Byron Bunch: fue un viernes por la mañana, hacía tres años. Los hombres, en el taller de acepillado, levantaron los ojos y vieron al forastero, de pie, mirándoles. No sabían cuánto tiempo llevaba allí. Tenía el aspecto de un vagabundo y, sin embargo, no era exactamente igual que un vagabundo. Sus zapatos estaban polvorientos y su pantalón estaba también sucio. Pero era de una sarga decorosa, con una raya bien marcada; y su camisa estaba sucia, pero era una camisa blanca; y llevaba una corbata, y un sombrero de paja casi nuevo cuya inclinación insolente daba a su rostro inmóvil un aire inquietante. No tenía el aspecto de un vagabundo profesional con ropa profesional, pero había en él algo de desarraigado, como si no perteneciera a ninguna ciudad, como si no tuviese una calle, una pared, una pulgada de terreno de los que se pudiese decir que eran su casa. Y era como si llevase constantemente consigo todo lo que sabía, del mismo modo que se lleva una bandera; con algo de cruel, de solitario, de altanero. «Como si atravesase una racha de mala suerte que esperaba que se acabase pronto, sin importarle un ápice la manera de salir de ella», dijeron los hombres después. Era joven. Y Byron les observaba: de pie, con un cigarrillo en la comisura de los labios, inclinando un poco, a causa del humo, su rostro sombrío, impregnado de una calma desdeñosa, continuaba mirando a los hombres con sus blusas manchadas de sudor. Al cabo de un rato, escupió su colilla sin llevar a ella la mano y, dando media vuelta, se dirigió hacia la oficina del aserradero.

Los hombres de blusas desteñidas y sucias miraban su espalda con una expresión indignada y sorprendida. «Habría que pasarle un poco por la acepilladora -dijo el capataz-; tal vez así se le quitara ese gesto que lleva en la cara.»

Los hombres no sabían quién era. Nadie le había visto nunca. «Además, es bastante arriesgado hacer un gesto así en público -dijo uno de los hombres-. A lo mejor se olvida de que puede encontrarse con algún tipo a quien no le guste nada ese gesto.» Luego, dejaron de pensar en ello; o, por lo menos, de hablar de ello. Reanudaron su trabajo entre el torbellino y el rechinamiento de las correas y de las bielas. Pero no habían transcurrido diez minutos cuando el gerente del aserradero entró con el desconocido.

-Déle trabajo a este hombre -le dijo al capataz-. Dice que sabe manejar una pala. Póngale en el montón de viruta.

Los otros no interrumpieron su trabajo y, sin embargo, no había ninguno en el cobertizo que no observase al forastero, con sus ropas sucias de hombre de ciudad, su rostro sombrío, intolerable, y su gesto de desprecio tranquilo y frío. El capataz le echó una ojeada rápida, tan fría como las de los otros.

-Es que va a trabajar vestido así?

-Eso es cosa suya -dijo el gerente-. No es su ropa lo que yo contrato.

-¡Ah! Por mí, ¿sabe?, que se vista como quiera; a mí me da igual, si a usted le conviene y a él también -dijo el capataz-.

-Bien, caballero -dijo-, vaya a buscar una pala y ayude a esos hombres a quitar la viruta.

El recién llegado dio media vuelta sin decir una palabra. Los otros le vieron acercarse al montón de viruta, desaparecer y reaparecer con una pala, y poner luego manos a la obra. El capataz y el gerente charlaban en la puerta. Se separaron y el capataz entró.

-Se llama Christmas -dijo.

-Se llama cómo? -dijo alguien.

-Christmas.

-¿Es extranjero?

-¿Habéis conocido alguna vez a un blanco el nombre de Christmas?

-Yo nunca he conocido a nadie con un nombre como ése -dijo el otro.

Y, por primera vez, Byron comprendió que el nombre de un hombre, considerado en general como simple interpretación sonora de lo que es ese hombre, puede ser también, en cierto modo, un presagio de lo que hará, si se puede leer a tiempo el significado. A Byron le pareció que, antes de haber oído su nombre, ninguno de los obreros había prestado gran atención al forastero. Pero, en cuanto lo oyeron, tuvieron la im-

presión de que había algo en la sonoridad de la palabra que se esforzaba en hacerles comprender lo que debían esperar; como si el hombre llevase consigo una advertencia inseparable, lo mismo que una flor lleva su perfume o un crótalo el rumor de su cola. Pero nadie podía descifrar el sentido. Simplemente pensaban que era extranjero; y, aquel viernes, mientras le veían trabajar, con su corbata, su sombrero de paja y su pantalón con raya, decían entre ellos que probablemente en su país se trabajaba así. Sin embargo, hubo otros que dijeron: «Ya se cambiará esta noche. Mañana por la mañana no vendrá a trabajar endomingado de ese modo.»

La mañana del sábado llegó. Apenas entraron, justo antes del toque de sirena, los retrasados ya dijeron: «Está aquí él...? ¿Dónde...?» Los otros señalaban con el dedo. El nuevo obrero estaba allí, de pie, solo, y tenía las mismas ropas que la víspera, su sombrero petulante, su cigarrillo en la boca. «Ya estaba ahí cuando nosotros llegamos decían los que vinieron primero. De pie, como ahora. Como si no se hubiese metido en la cama.»

El hombre no habló con nadie, y nadie trató de hablarle. Pero todos sentían su presencia, su espalda sólida (trabajaba bastante bien, con una especie de constancia restringida e inquietante), sus brazos. Llegó el mediodía. Solamente Byron había traído comida. Los demás reunieron sus cosas, y se dispusieron a salir, hasta el lunes. Byron se fue con su almuerzo al cobertizo donde estaba la bomba. Era allí donde los obreros comían habitualmente. Se sentó. Luego, algo le hizo alzar los ojos. No lejos de él, el extranjero, recostado en un poste, fumaba. Byron comprendió que estaba ya allí cuando él entró y que ni siquiera se tomaría la molestia de marcharse. O peor aún, que había entrado allí deliberadamente, sin hacer más caso de Byron que de otro pilar.

-¿Es que piensa usted trabajar más? -dijo Byron.

El otro lanzó una bocanada de humo. Después miró a Byron. Su rostro era descarnado. La carne tenía el tinte liso y muerto del pergamino. No la piel: la carne misma, como si el cráneo hubiese sido modelado con una regularidad inmóvil y muerta, y pasado luego por un horno recalentado.

-¿A cuánto se pagan las horas suplementarias? -dijo.

Entonces, Byron comprendió. Comprendió por qué el hombre trabajaba con sus ropas de domingo, por qué ni ayer ni hoy había comido con él y por qué no había salido con los demás al mediodía. Comprendió, tan claramente como si el hombre se lo hubiese dicho, que no tenía ni un

cuarto en el bolsillo y que, sin duda alguna, vivía de cigarrillos desde hacía dos o tres días. Apenas formado este pensamiento, Byron le ofreció su propia fiamblera, acción tan refleja como el pensamiento. La acción no había acabado cuando el hombre, sin modificar su actitud de desprecio indolente, volvió la cabeza y, a través de las espirales de humo, echó una ojeada sobre la fiamblera abierta.

-No tengo hambre. Guárdese su bazofia.

La mañana del lunes dio la razón a Byron. El hombre llegó con un mono nuevo y con su comida en una bolsa de papel. Pero no se acuclilló con los otros, cerca de la bomba, a mediodía, y su rostro siguió conservando la misma expresión.

-Dejadle tranquilo -dijo el capataz-. Simms no ha contratado su cara y su ropa.

Simms tampoco había contratado la lengua del extranjero, pensó Byron. Por lo menos eso era lo que Christmas parecía pensar, por su modo de obrar. Seis meses transcurrieron sin que le dijese una sola palabra a nadie. Nadie sabía lo que hacía fuera de sus horas de trabajo. A veces, después de cenar, uno de sus camaradas le encontraba en la plaza, en la parte baja de la ciudad. Christmas se comportaba siempre como si nunca se hubieran visto. A esa hora, llevaba generalmente su sombrero nuevo y su pantalón planchado, y, en una esquina de la boca, el cigarrillo, cuyo humo parecía reírse sarcásticamente delante de su cara. Nadie sabía dónde vivía, dónde dormía por las noches. Sin embargo, de cuando en cuando, se le veía seguir un sendero que se perdía en los bosques, en los límites de la ciudad, como si viviese por allí.

Todo esto no es, ni remotamente, lo que Byron sabe ahora; es lo que sabía entonces, lo que oía contar, lo que iba observando poco a poco. Nadie, por aquella época, sabía dónde vivía Christmas, ni lo que hacía realmente, detrás de la cortina, detrás de la pantalla de su oficio de negro en el aserradero. Tal vez no se habría sabido nunca sin el otro forastero, sin Brown. Pero, en cuanto Brown habló, una docena de hombres confesaron que, desde hacía dos años, le compraban su whisky a Christmas. Se encontraban con él, por la noche, a dos millas de la ciudad, en los bosques, detrás de una vieja casa de estilo colonial en la que una solterona, la señorita Burden, vivía completamente sola. Pero ni siquiera los que le compraban el whisky sabían que Christmas vivía en una cabaña de negro totalmente en ruinas, en la propiedad de la señorita Burden, y que vivía solo desde hacía dos años.

Después, un buen día, hacía unos seis meses, otro forastero se



presentó en el aserradero en busca de trabajo como Christmas hiciera antes. También era joven y alto, y llevaba un mono de obrero que no parecía haberse quitado desde mucho tiempo atrás. También tenía aspecto de haber viajado sin equipaje. Su rostro despabilado tenía una belleza algo blanda. En un ángulo de la boca se veía una pequeña cicatriz blanca que, probablemente, había sido contemplada en el espejo muchas veces. Y tenía un modo de mover la cabeza, bruscamente, y de mirar por encima de su hombro, que recordaba lo que hacen las mulas en el camino cuando pasa un automóvil, pensaba Byron. Pero no sólo era una mirada hacia atrás, un movimiento de temor. Byron también veía en ella una cierta seguridad, un cierto descaro, como si el hombre insistiese, se obstinase en querer demostrar que no tenía el menor miedo de lo que pudiera amenazarle por detrás. Y cuando Mooney, el capataz, vio al nuevo obrero, Byron comprendió que Mooney pensaba lo mismo que él. Mooney dijo:

-Bueno, Simms parece estar muy seguro de sus buenos contratos cuando ha admitido a ese muchacho. Ni siquiera ha contratado a un par completo de pantalones.

-Es verdad -dijo Byron-. Me hace pensar en esos coches que van por las calles con un aparato de radio. No se puede comprender lo que dicen. No van ni en una ni en otra dirección y, si se los mira de cerca, se ve que no hay nadie dentro.

-Sí -dijo Mooney-. Me hace pensar en un caballo. No en un caballo vicioso. En un caballo inútil, sencillamente... Tiene muy buen aspecto cuando pasta, pero agacha las orejas en cuanto alguien se acerca a la talanquera con un ronzal. Corre bastante, eso sí; pero, cuando llega la hora de engancharlo, siempre tiene un casco enfermo.

-Si, pero a veces, hay yeguas que lo encuentran muy de su gusto.

-Desde luego -dijo Mooney-. Pero éste no creo que haga daño, ni siquiera a una yegua, por mucho tiempo.

El recién llegado se puso a trabajar con Christmas en el montón de viruta. Se hacía notar mucho, contándole a todo el mundo quién era y de dónde venía, con un tono y de un modo que revelaban la naturaleza misma del hombre, que sugerían la confusión y la mentira. Aunque era muy cierto -pensaba Byron- que nadie creía demasiado en lo que afirmaba que había hecho ni en el nombre que decía llevar. Nada impedía que se llamase Brown. Pero, al mirarle, se comprendía que, en un momento de su vida, su propia estupidez había debido llegar al máximo, y que entonces había cambiado de nombre y elegido el de Brown con una especie de exaltación radiante, como si fuera un nombre que nadie había tenido todavía. Nadie se inquietaba

por ello, y Byron creía también que nadie (por lo menos nadie que usase calzones) se preocupaba por saber de donde venía, o a dónde iba, o cuánto tiempo se quedaría allí. Porque poco importaban el sitio de donde venía, los lugares en los que había vivido; se sabía que vivía por la región exactamente igual que un saltamontes. Se tenía la impresión de que hacía esto desde hacía tanto tiempo que su cuerpo se había dispersado, desparramado, y que, ahora, sólo quedaba de él una concha transparente e ingrávida que el primer viento que llegase enviaría a mariposear sin objeto en el olvido.

Sin embargo, trabajaba un poco, a su manera. Byron pensaba que ya ni siquiera le quedaba bastante personalidad para escurrir el bulto decididamente, cínicamente. Ni siquiera para desear escurrir el bulto, porque un hombre debe salirse de lo común para poder hacer tanto en la simulación como en cualquier otra cosa (robo o incluso asesinato), un buen trabajo. Debe tender hacia algún objetivo específico y definido, y esforzarse en llegar a ese objetivo. Y él pensaba que no era éste el caso de Brown. Se supo que la noche del primer sábado había perdido a los dados su paga de la primera semana. Byron le dijo a Mooney:

-Eso me extraña. Yo habría dicho que los dados eran lo único que sabía manejar.

-¿Ése? -dijo Mooney-. ¿Qué te hace pensar que podría hacer alguna trampa, si recoger la viruta de madera ya resulta demasiado difícil para él? ¿Que podría engañar a alguien con algo tan difícil de manejar como un par de dados, cuando no puede manejar algo tan sencillo como una pala?

Luego, añadió:

-Bueno, supongo que no debe desesperar de ganarle a alguno por la mano. Porque, por lo menos, siempre le gana a Christmas cuando se trata de no hacer nada.

-Desde luego -dijo Byron-. Creo que ser bueno es la cosa más fácil para un holgazán.

Los dos se volvieron y miraron hacia la pila de viruta donde Brown y Christmas trabajaban, el uno con su regularidad pensativa y hosca, el otro con su gesticulación exuberante y alocada que no habría podido engañar a nadie, ni siquiera así mismo.

-Quizás tengas razón -dijo Mooney-. Pero si yo tuviese la idea de tirar por el mal camino, creo que le escogería a él como compañero.

Como Christmas, Brown vino a trabajar con la misma ropa que llevaba en la calle, sólo que, al contrario que Christmas, necesitó algún tiempo

para poder cambiarla. «Uno de estos sábados -dijo Mooney- ganará a los dados lo suficiente para poder comprarse un traje nuevo y para que todavía le queden cincuenta centavos de calderilla que le suenen en el bolsillo; y el lunes siguiente, ya no le veremos.» Sin embargo, Brown continuaba yendo al trabajo con el mismo mono y la misma camisa que el día de su llegada a Jefferson. El sábado por la noche, perdía a los dados su salario de la semana. Tal vez ganaba algunas veces. En ambos casos, rompía a reír, con la misma risa imbécil, bromeando y chanceándose con unos hombres que, según todas las apariencias, le robaban periódicamente. Luego, un buen día, se supo que había ganado sesenta dólares. «Vaya -dijo alguno-, seguro que ésta es la última vez que le vemos.»

-No lo sé -dijo Mooney-. Sesenta dólares es un mal número. Si fuesen diez dólares o cinco dólares, tal vez tendrías razón; pero no con sesenta. Se va a considerar, sencillamente, como definitivamente instalado aquí, donde al fin puede ganar lo que merece casi cada semana.

Y el lunes, Brown estaba en el trabajo con su mono acostumbrado. Les veían a los dos, a Brown y a Christmas, junto a la pila de virutas. Les vigilaban a los dos desde el día en que Brown había sido contratado. Christmas hincaba su pala en la viruta, lentamente, regularmente, como si cortase en rodajas una serpiente enterrada (o un hombre, dijo Mooney). En cuanto a Brown, apoyado en su pala, sin duda le contaba a Christmas una historia, una anécdota. En efecto; rompía a reír bruscamente, a aullar de risa, con la cabeza echada hacia atrás, mientras que, a su lado, el otro hombre trabajaba con su eterna constancia, huraña y silenciosa. Luego, Brown reanudaba su trabajo. Durante cierto tiempo trabajaba tan activamente como Christmas, pero cada vez cogía menos viruta con la pala, que acababa, en su trayectoria languideciente, por no rozar siquiera el montón. Entonces, se apoyaba de nuevo en ella y, al parecer, concluía lo que le había comenzado a contar a Christmas, al hombre que ni siquiera parecía oír su voz. Como si el otro -pensaba Byron- le hablase a más de una milla o hablase una lengua diferente de la que él sabía.

Y, a veces, se les veía juntos, el sábado, en la parte baja de la ciudad: Christmas, con su traje de sarga limpio, de una sobriedad austera, y su sombrero de paja, y Brown, con su ropa nueva (un traje pardo con cuadros rojos), una camisa de color y un sombrero como el de Christmas, pero con una cinta de color. Brown charlaba y reía con Christmas. Su voz resonaba, clara, en la plaza, donde se repetía en ecos, con un sonido tan vacío de sentido como esos ruidos que se oyen

en una iglesia y que parecen salir de todos los rincones a la vez. Como si quisiera que todo el mundo viese bien que Christmas y él eran amigos, pensaba Byron. Después, Christmas se volvía y, el rostro siempre tranquilo y arisco, se salía del grupo, a veces muy pequeño, que Brown, por el solo efecto de su verborrea, había atraído a su alrededor. Y Brown le seguía, riendo, hablando siempre. Y, cada vez, los demás obreros decían: «Bueno, esta vez sí que no irá al trabajo el lunes por la mañana.» Pero todos los lunes por la mañana estaba allí. Fue Christmas el primero que se marchó.

Se marchó un sábado por la tarde, sin avisar, al cabo de unos tres años. Fue Brown el que anunció que Christmas se había ido. Entre los demás obreros había padres de familia, solteros, hombres de todas las edades que llevaban unas vidas muy diferentes; sin embargo, el lunes todos llegaban al trabajo con una especie de dignidad, un cierto decoro. Entre ellos, los había muy jóvenes. Bebían y jugaban la noche del sábado. Incluso iban a Memphis de cuando en cuando. Y no obstante, el lunes por la mañana todos llegaban al trabajo silenciosamente, sobriamente, con trajes limpios y camisas limpias. Aguardaban el toque de sirena y se ponían tranquilamente a trabajar como si un resto de Sabbath flotase todavía, retrasado en el aire, como para subrayar el principio de que, sea lo que sea lo que un hombre haya podido hacer de su domingo, la única cosa decente que puede hacer el lunes es acudir a su trabajo tranquilo y limpio.

Eso era lo que ellos habían observado siempre en Brown. El lunes por la mañana había muchas probabilidades de que apareciese con las mismas ropas sucias de la semana precedente y con una barba cerrada que no había conocido a la navaja. Y hacía más ruido que nunca, con unos gritos y unas travesuras de niño de diez años. A los otros, tan pacíficos, esto no les parecía decente. Para ellos, era como si Brown hubiese llegado desnudo o borracho. Ahora bien, aquel lunes fue Brown quien les anunció que Christmas se había marchado. Llegó tarde, pero no era eso. Tampoco se había afeitado, pero no era eso: estaba tranquilo. Durante cierto tiempo, nadie advirtió siquiera que estaba allí. Cuando la mitad de los hombres ya estaban maldiciendo y diciendo pestes de él (y algunos de buena fe), había aparecido justo en el momento en que la sirena sonaba y fue directamente hacia el montón de viruta, donde se puso a trabajar sin decir nada, ni siquiera cuando uno de los hombres le dirigió la palabra. Entonces se dieron cuenta de que estaba solo, de que Christmas, su camarada, no estaba allí. Cuando llegó el capataz, alguien dijo:

-Al parecer ha perdido usted a uno de sus aprendices de fogonero. Mooney miró hacia el lugar en que Brown removía el montón de viruta como si removiese huevos. Escupió brevemente.

-Sí, ha hecho fortuna demasiado pronto. Este mísero oficio no ha podido retenerle.

-¿Ha hecho fortuna? -dijo un hombre.

-Si no ha sido él, habrá sido el otro -dijo Mooney sin dejar de mirar a Brown-: Ayer les vi paseando con un coche nuevo. Era él (con la mirada indicaba a Brown), era él quien conducía. Lo que me sorprende es que hoy haya uno trabajando.

-Bueno, creo que, con los tiempos que corren, Simms encontrará fácilmente alguien que le reemplace -dijo el otro.

-Eso sería fácil en cualquier momento -dijo Mooney.

-Me daba la impresión de que trabajaba bastante bien.

-¡Ah! -dijo Mooney-. Ya entiendo. ¿Hablas de Christmas?

-¿De quién habla usted, entonces? ¿Es que Brown le ha dicho que se marcha también?

-¿Te figuras que se va a quedar aquí, trabajando, mientras el otro se pasea en su coche nuevo?

-¡Oh! (el otro también miraba a Brown). Me gustaría saber de dónde sacaron ese coche nuevo.

-A mí, no -dijo Mooney-. Lo que me gustaría saber es si Brown se va a largar al mediodía o si trabajará hasta las seis.

-Pues yo -dijo Byron-, si pudiese ganar lo suficiente para comprarme un coche nuevo, también me largaría.

Uno o dos obreros miraron a Byron. Sonrieron levemente.

-Seguro que no ha sido aquí donde se han hecho ricos -dijo uno de ellos.

Byron le miró.

-Me parece que Byron es demasiado inocente para darse cuenta de lo que hace la gente -dijo el otro. Los dos miraron a Byron.

-Brown es lo que se podría llamar un servidor público. Antes, Christmas les hacía ir por las noches allá abajo, a los bosques detrás de la casa de la señorita Burden. Ahora, Brown se lo entrega en plena ciudad. He oído decir que, si conoces la contraseña, le puedes comprar en cualquier callejón, el sábado por la noche, una pinta de whisky que saca de la pechera de su camisa.

-Y cuál es la contraseña? -dijo otro-. ¿Setenta y cinco centavos?

Byron les mira, primero a uno, después a otro:

-Pero es verdad? ¿Es eso lo que hacen?

-Es eso lo que hace Brown. De Christmas no sé nada. No me atrevería

a jurarlo. Pero Brown no estará nunca muy lejos de Christmas. Dios los cría y ellos se juntan, como suele decirse.

-Es cierto -dijo otro-. Creo que nunca se llegará a saber si Christmas está metido en ello. No es de los que se pasean en público con el culo al aire, como Brown.

-No necesitará hacerlo -dijo Mooney mirando a Brown.

Y Mooney tenía razón. Hasta el mediodía observaron a Brown, solo, allá abajo, junto al montón de viruta. Luego, la sirena sonó, y tomaron sus fiambreras, y se sentaron en cuclillas bajo el cobertizo de la bomba, y se pusieron a comer. Brown entró, sombrío, con una cara enfurruñada y ofendida a la vez, como la cara de un niño, y se puso en cuclillas entre ellos, con las manos colgándole entre las rodillas. Tampoco aquel día había traído su comida.

-¿Qué? ¿No vas a comer nada? -le dijo alguien.

-¿Bazofia fría en una cochina lata de grasa? -dijo Brown-. ¡Empezar con el alba, mantenerse vivo todo el día como un negro y una hora justa al mediodía para comer basura fría en un cacharro de hojalata!

-Es posible que haya gentes que trabajen como los negros trabajan en su región -dijo Mooney-. Pero un negro no seguiría aquí, ni siquiera hasta la sirena del mediodía, si trabajase como trabajan ciertos blancos.

Pero Brown, en cuclillas, con su rostro sombrío y sus manos colgantes, no parecía oír, no parecía escuchar. Se habría dicho que no escuchaba a nadie, salvo a sí mismo. Se habría dicho que sólo se escuchaba a sí mismo: «Un idiota. El hombre que hace eso es un idiota.»

-Nadie te ha amarrado a tu pala -dijo Mooney.

-¡No faltaría más! -dijo Brown.

Sonó la sirena. Volvieron al trabajo. Observaron a Brown, en su pila de virutas. Cavaba en ella durante un momento, después comenzaba a frenar, a ir cada vez más despacio hasta el momento en que manejaba la pala como si fuese una fusta; y todos veían que hablaba solo. «Porque no tiene a nadie a quien contárselo», dijo alguno.

-No es eso -dijo Mooney-. Es que todavía no se ha convencido a sí mismo. No ha llegado todavía...

-¿No ha llegado a qué?

-No ha llegado a comprender que es aún más estúpido de lo que yo me figuraba -dijo Mooney.

Por la mañana, Brown no apareció.

-De ahora en adelante, su dirección será la de la barbería -dijo uno.

-O la del callejón que hay detrás -dijo otro.

-Creo que aún le veremos otra vez -dijo Mooney-. Vendrá por aquí a

cobrar su jornal.

Y eso fue lo que hizo. Llegó a eso de las once. Llevaba su traje nuevo y su sombrero de paja, y se detuvo cerca del cobertizo, y se quedó allí, de pie, viendo trabajar a los hombres. Igual que Christmas había hecho, tres años antes; como si hasta las actividades que el maestro había adoptado en su vida anterior actuasen, sin que él se diese cuenta, sobre los dóciles músculos del alumno, que había aprendido demasiado pronto y demasiado bien. Pero así como el maestro había aparecido silencioso y sombrío, fatal como una serpiente, Brown sólo conseguía mostrar un aire descarriado, perdido en el vacío.

-¡Duro, adelante, montón de esclavos, pobres hijos de puta! -dijo Brown con una voz alta y jovial que quedaba cortada por la fila de los dientes.

Mooney miró a Brown. Y los dientes de Brown desaparecieron.

-¿No me dirás eso a mí? -dijo Mooney.

El móvil rostro de Brown sufrió uno de sus habituales cambios. Como si estuviera tan desparramado, tan blandamente constituido que pudiese modificarlo sin el menor esfuerzo, pensaba Byron.

-No estaba hablando con usted -dijo Brown.

-¡Ah, ya entiendo! -Mooney hablaba con tono despreocupado, casi amable -. Llamabas hijos de puta a los demás.

Uno de los demás dijo en seguida:

-¿Me llamabas eso a mí?

-Estaba hablando solo, sencillamente -dijo Brown.

-Vaya, al fin has dicho la verdad por primera vez en tu vida -dijo Mooney-. Es decir, la mitad de la verdad. ¿Quieres acercarte para que yo te diga al oído la otra mitad?

Y aquélla fue la última vez que le vieron en el aserradero. Pero Byron conocía, y lo recuerda ahora, el automóvil nuevo (que en seguida tuvo torcido el parachoques). Se le veía vagar por la ciudad constantemente, inútil, sin rumbo, conducido cómodamente por Brown, que no sabía muy bien cómo representar su papel de hombre ocioso, disoluto, envidiable. Algunas veces, no muchas, Christmas va con él. Ahora, sus actividades no son ningún secreto. Todos los jóvenes (incluso los niños) saben que es posible, en cualquier momento, comprarle whisky a Brown; y la ciudad está esperando cada día que lo capturen, que saque una botella de su impermeable y se la ofrezca a un policía de paisano. Nadie está muy seguro todavía de que Christmas sea su cómplice, aunque no hay quien crea que Brown sea capaz, solo, de obtener beneficios con alcohol de contrabando. Hay quienes saben que

Christmas y Brown viven juntos en una cabaña, dentro de la propiedad de la señorita Burden. Pero ni éstos siquiera saben si la señorita Burden lo sabe o no. Por otra parte, no lo dirían si lo supieran.

Es una mujer de mediana edad que vive sola en la gran casa. Vive en aquella casa desde que nació y, sin embargo, se la sigue considerando una forastera cuyos padres llegaron del Norte durante la Reconstrucción. Una yanqui, una negrófila. En la ciudad aún corren rumores de extrañas relaciones con negros de la localidad y de otras partes. Sin embargo, pronto hará sesenta años que su padre y su hermana murieron, en la plaza mayor, a manos de un ex propietario de esclavos y a causa de una discusión sobre el voto de los negros en las elecciones del Estado. Pero aunque sólo es una mujer descendiente de unas personas a las que los antepasados del pueblo odiaron o temieron con motivo (o sin él), aún flota sobre ella y sobre su casa algo siniestro, extraño e inquietante. Pero el hecho es éste: los descendientes de las dos partes están enfrentados con los fantasmas recíprocos y siempre separados por el espectro de la sangre antaño vertida, del antiguo horror, de la cólera y del miedo.

Si el amor ha existido alguna vez, cualquier hombre o cualquier mujer tendría razón para creer que Byron Bunch lo ha olvidado. O más bien él (el amor) ha olvidado a este hombrecillo que ya no cumplirá la treintena y que, desde hace siete años, pasa seis días de la semana en el taller de acepillado, introduciendo tablones en las máquinas. Pasa también allí sus tardes de sábado, solo, mientras los demás obreros callejean por la ciudad con sus trajes de domingo y sus corbatas, presas de esa ociosidad terrible, reticente y sin objeto de los hombres habituados al trabajo.

Byron dedica sus tardes de sábado a cargar las tablas acabadas en los vagones de mercancías, porque, solo, no puede manejar la acepilladora. Y él mismo vigila la hora, hasta el segundo final en que suena un imaginario toque de sirena. Los otros obreros, la ciudad misma, o al menos esa parte de la ciudad que se acuerda de él, que piensa en él, creen que hace eso por aumentar un poco el salario que percibe. Tal vez sea ésta la razón. El hombre sabe muy poco de su prójimo. A nuestros ojos, los hombres y las mujeres obran por los mismos motivos que nos empujarían a nosotros si estuviésemos lo bastante locos para obrar como ellos. En realidad, sólo hay un hombre en toda la ciudad, que podría hablar de Bunch sin correr el peligro de equivocarse demasiado; y la ciudad no sabe que Bunch y ese hombre se conocen, ya que sólo se ven y se hablan por las noches. Ese hombre



se llama Hightower. Veinte años antes era pastor en uno de los templos más importantes, en el más importante tal vez. Sólo este hombre sabe a dónde va Bunch todos los sábados por la tarde, a la hora en que la sirena imaginaria suena (o cuando el gran reloj de plata de Bunch le avisa de que debería haber sonado). La señora Beard, que regenta la pensión familiar en que vive Bunch, sólo sabe que, cada sábado, un poco después de las seis, Bunch entra en casa, toma un baño, se endosa un modesto traje de sarga muy usado, cena, ensilla la mula que encierra en el cobertizo de la parte trasera de la casa (cobertizo que él mismo ha reparado y cubierto) y se aleja montado en la mula. La señora Beard no sabe a dónde va. Sólo el pastor Hightower sabe que Bunch recorre treinta millas campo a través y pasa su domingo dirigiendo el coro de una iglesia rural... un oficio que dura todo el día. Después, hacia la media noche, Bunch ensilla de nuevo su mula y regresa a Jefferson, trotando toda la noche sin punto de reposo. Y el lunes por la mañana, con su mono muy limpio y su camisa, está en su puesto, en el aserradero, a la hora del toque de sirena. La señora Beard sabe únicamente que, cada semana, entre la cena del sábado y el desayuno del lunes, su habitación y la improvisada cuadra están vacías. Sólo Hightower sabe a dónde ha ido y lo que allí hace, porque dos o tres noches por semana, Bunch visita a Hightower en la casa en donde el pastor vive, solo con lo que la ciudad llama su desgracia...; una casita pequeña, oscura, mal alumbrada, mal pintada, que huele a hombre y a cerrado. Es allí, en el despacho del pastor, donde ambos charlan apaciblemente: el hombrecillo insignificante que ni siquiera sospecha hasta qué punto le consideran misterioso sus compañeros, y el quincuagenario marginado que ha sido repudiado por la iglesia.

Y Byron se ha enamorado. Se ha enamorado en contra de todas las tradiciones de su educación provinciana, austera y celosa, que exige del objeto amado la inviolabilidad física. Aquello ocurrió el sábado por la tarde, cuando estaba solo en el aserradero. Allá abajo, a unas dos millas, la casa seguía ardiendo; el humo amarillo se elevaba sobre el horizonte, recto como un obelisco. Habían visto el fuego antes del mediodía, cuando el humo comenzaba a asomar por encima de los árboles, antes del toque de sirena, antes de que se fuesen los demás.

-Hoy es seguro que Byron deja también el trabajo -dijo uno-. No es fácil poder ver gratis un incendio como ése.

-Es un gran incendio -dijo otro-. ¿Dónde podrá ser? Por ese lado no recuerdo que haya nada lo bastante grande para hacer tanto humo. A no ser la casa Burden.

-Tal vez sea ella -dijo otro-. Mi padre dice que recuerda que, hace cincuenta años, la gente decía que deberían prenderle fuego, con un poco de grasa humana al principio para que ardiese mejor.

-A lo mejor ha sido tu papá el que se ha dado una vuelta por allí para prenderle fuego -dijo un tercero.

Se rieron. Luego, reanudaron el trabajo, esperando el toque de sirena, deteniéndose de vez en cuando para mirar el humo. Al cabo de un rato, llegó un camión cargado de troncos de árbol. Preguntaron al chofer, que había atravesado la ciudad.

-Burden -dijo el chofer-. Si, ése es el nombre. En la ciudad han dicho que el sheriff ha ido a dar una vuelta por allí.

-Vaya, estoy seguro de que a Watt Kennedy le gusta ver un incendio, aunque tenga que llevar la chapa consigo -dijo uno.

-Por lo que vi y oí en la plaza, no creo que tenga que buscar mucho si quiere detener a alguien.

La sirena de mediodía sonó. Todo el mundo se fue, menos Byron, que se puso a comer, con el reloj de plata abierto junto a él. Cuando el reloj marcó la una, volvió a su labor. Estaba solo en el cobertizo de carga. Iba y venía regularmente, inacabablemente, entre el cobertizo y el camión, con un trozo de tela de saco doblada en el hombro a modo de almohadilla; y trasladaba a cuestras unas pilas de tablas que nadie le hubiese creído capaz de levantar y de transportar. Fue entonces cuando Lena Grove apareció en la puerta, detrás de él, con el rostro ya todo iluminado con una sonrisa anticipada y la boca modelándose para pronunciar una palabra. Byron la oyó, se volvió hacia ella y vio que su rostro se extinguía como las últimas ondas producidas por un guijarro caído en un estanque.

-Usted no es él -dice ella, por detrás de su rostro extinguido, con el grave asombro de un niño.

-No señora -dice Brown; se detiene y se vuelve a medias, con las tablas en equilibrio sobre su hombro-. Creo que no. ¿Pero quién es el que yo no soy?

-Lucas Burch. Me habían dicho...

-Lucas Burch?

-Me habían dicho que le encontraría aquí.

Lena habla con una especie de serenidad desconfiada, observándole sin pestañear, como si creyese que trata de engañarla.

-Cuanto más me acercaba a la ciudad, más se empeñaban en llamarle Bunch en lugar de Burch. Pero yo creía que era solamente porque lo pronunciaban mal. O que era yo, algunas veces, la que no lo entendía

bien.

-Sí, señora -dice Byron-. Está bien dicho: Bunch, Byron Bunch.

La mira, todavía con las tablas en equilibrio sobre su hombro; mira el cuerpo deformado, las caderas macizas, el polvillo rojizo sobre esas grandes botas de hombre que lleva puestas.

-Es usted la señora Burch?

Ella tarda en responder. Se queda allí, quieta, en la puerta, mirándole con intensidad, pero sin alarma, con su mirada impasible, un poco desorientada, levemente suspicaz. Sus ojos son muy azules. Pero se ve en ellos la sombra del pensamiento de que trata de engañarla.

-Me dijeron allá, por el camino, que Lucas trabajaba en el taller de carpintería de Jefferson. Me lo han dicho montones de personas. Y he llegado a Jefferson, y me han indicado dónde estaba el aserradero, y pregunté en la ciudad por Lucas Burch, y me dijeron: «Querrá usted decir Bunch.» Así que creía que no sabían bien el nombre, cosa que no tenía mucha importancia. Incluso después me dijeron que el hombre en cuestión no era moreno. ¿Me va usted a decir que no conoce por aquí a un tal Lucas Burch?

Byron deposita su fardo de tablas en una pulcra pila, totalmente dispuesta para ser cargada de nuevo.

-No, señora. Por aquí no. No hay ningún Lucas Burch por aquí. Y yo conozco a todos los muchachos que trabajan en este lugar. Claro que a lo mejor trabaja en otra parte, en la ciudad o en algún otro taller.

-¿Hay otro taller de carpintería?

-No, señora. Pero hay almacenes de madera, y hasta más de uno.

Ella le observa.

-Allá, en la carretera, me dijeron que trabajaba en la carpintería.

-No conozco por aquí a nadie con ese nombre -dijo Byron-. En realidad, no hay más Burch que yo. Y ni siquiera me llamo Burch, sino Bunch.

Ella sigue observándole, con una expresión en la que se lee más la desconfianza del presente que la inquietud del futuro. Después, respira. No es un suspiro: es que respira, sencillamente; una sola vez, reposadamente, profundamente.

-Entonces... dice, y se vuelve a medias y ve a su alrededor las maderas acepilladas, las tablas apiladas-... me parece que me voy a sentar un rato. Es muy fatigoso andar por las calles de la ciudad, tan duras. Creo que me he cansado más andando por la ciudad que en todo el camino que he recorrido desde Alabama.

Se dirige hacia un montoncito de tablas.

-Espere -dice Byron; y se lanza hacia adelante, salta casi, y hace que

resbale desde su hombro el saco de arpillera; la mujer se detiene un momento, antes de sentarse, y Byron extiende el saco sobre las tablas-. Así estará mejor.

-¡Ah, qué amable es usted!

Se sienta.

-Creo que así estará un poco mejor -dice Byron, y saca del bolsillo su reloj de plata y lo mira; después, se sienta también, en la otra punta del montón de tablas-. Creo que son cinco minutos...

-¿Cinco minutos para descansar? -dice ella.

-Cinco minutos desde que ha llegado usted. Me parece que he empezado ya mi descanso. Los sábados por la tarde cuento el tiempo yo mismo.

-¿Y tiene en cuenta cada minuto que se detiene? ¿Quién va a saber que se ha detenido? Unos minutos más no tienen importancia, ¿no cree usted?

-Pero no me pagan por estar sentado -dice Byron-. ¿De modo que viene usted de Alabama?

Ahora es ella quien habla, sentada sobre el almohadón de arpillera, con el cuerpo pesado y el rostro sereno y quieto. Él escucha, muy tranquilo también. Ella le dice más de lo que cree decirle, como ha venido haciéndolo con todas las caras desconocidas entre las cuales ha viajado, durante cuatro semanas, con la lentitud imperturbable de un cambio de estación. Y Byron, a su vez, concibe también la imagen de una muchacha traicionada y abandonada, que ni siquiera se da cuenta de que ha sido abandonada ni de que no se apellida todavía Burch.

-No, creo que no le conozco -dijo Byron, al fin-. De todos modos, aquí, esta tarde, sólo estoy yo. Todos los demás se han ido allá, probablemente a ver el incendio.

Y le indica la columna de humo amarillo que sube muy recta sobre los árboles, por el aire en calma.

-Lo vimos desde la carreta, antes de entrar en la ciudad -dice ella-. Debe de ser un gran fuego.

-Es una casa vieja y grande. Hace tiempo que existe. No vive en ella nadie, únicamente una señora completamente sola. Seguro que ahora mismo estarán diciendo en el pueblo que es un castigo de Dios. Es una yanqui. Su familia vino aquí, durante la Reconstrucción, para agitar a los negros. Dos de sus parientes murieron por ello. Se dice que ella se mezcla todavía en cosas de los negros. Les va a ver cuando están enfermos, como si fuesen blancos. No quiere tener cocinera porque tendría que ser negra. Dicen que asegura que los negros son como los blancos. Por eso no va nadie a verla. Sólo un hombre..

Lena le observa, mientras le escucha. El no la mira. Mira un poco de reojo.

-...o quizás dos, según dicen. Espero que hayan llegado a tiempo para ayudarlo a sacar los muebles. A lo mejor ya estaban allí.

-¿Quiénes son?

-Dos muchachos que se llaman Joe y que viven muy cerca de ella: Joe Christmas y Joe Brown.

-Joe Christmas? Es un nombre muy raro.

-También él es un tipo muy raro...

De nuevo desvía un poco los ojos para no encontrarse con el rostro interesado de Lena.

-Su socio, Brown, tampoco es corriente. También trabajaba aquí. Pero se largaron los dos. Y creo que todos hemos salido ganando.

La mujer está sentada en su almohadón de arpillera, interesada, tranquila. Era como si los dos estuviesen sentados, una tarde de domingo, delante de una casa de campo, en butacas de anea, sobre la tierra lisa y apisonada.

-¿Su socio también se llama Joe?

-Si señora. Joe Brown. Es posible que no sea su verdadero nombre. Pero cuando se piensa en alguien que se llama Joe Brown se ve en seguida a un bocazas que siempre se está riendo y que habla muy alto. Por eso creo que es su verdadero nombre. Aunque parece demasiado corto, y demasiado fácil, para ser un nombre real. Pero yo estoy seguro de que es el suyo. Porque, si sólo se tratase de hablar mucho, Brown, a estas horas, ya sería el dueño del aserradero. De todos modos, la gente parece apreciarle. Al menos, él y Christmas se entienden muy bien.

Ella le observa. Su rostro sigue estando sereno, pero ahora es más grave, sus ojos son más graves y atentos.

-Y qué hacen, esos dos?

-Nada malo, supongo. Por lo menos, todavía no les han trincado. Brown trabajaba aquí, si así puede decirse, todo el tiempo que le quedaba después de reírse y gastar bromas a la gente. Pero Christmas se fue. Viven juntos allá abajo, en no sé qué lugar, cerca de la casa que está ardiendo. Me han hablado de cómo se ganaban la vida. Pero en primer lugar, eso no es asunto mío, y en segundo lugar, suele haber muy poco de verdad en lo que la gente cuenta. A mí no me parece que soy mejor que los demás.

Lena le observa. Ni parpadea siquiera.

-Y dice que se apellida Brown?

Esto podría ser una pregunta, pero Lena no aguarda la respuesta:

-¿Qué historias ha oído contar sobre lo que hacen?

-No me gusta ofender a nadie -dice Byron-. Creo que no debería de hablar tanto. Lo cierto es que, en cuanto un muchacho deja de trabajar, puede meterse en algún lío.

-¿Qué clase de historias? -dice Lena.

No se ha movido. Su voz es tranquila. Y Byron ya se ha enamorado de ella, aunque todavía no lo sabe. No la mira. Pero siente que aquellos ojos graves, intensos, están clavados en su rostro, en su boca.

-Hay quien dice que venden whisky, y que lo tienen escondido allí, donde se quema la casa. Y también se cuenta que un sábado en que Brown andaba borracho por la ciudad, llegó a decir algo que más le valdría no haber dicho: una historia sobre él y sobre Christmas, en Memphis, una noche; o en la carretera, cerca de Memphis. Había un revólver en el asunto, tal vez dos. Pero Christmas llegó en seguida, hizo callar a Brown y le sacó de allí. Era algo que Christmas no quería que se contase, y que Brown no habría contado nunca sin estar borracho. Eso es lo que han dicho. Yo no estaba allí.

Cuando levanta la cabeza se da cuenta de que ha bajado los ojos para que sus miradas no tengan tiempo de cruzarse. Es como si ya tuviera el presentimiento de algo irreparable, de algo que no puede ser revocado. Él, que creía que aquí, solo en el aserradero, un sábado por la tarde, no corría ningún riesgo de herir, de hacer daño a nadie...

-Cómo es él? -dice ella.

-¿Quién, Christmas? ¿Por qué...?

-No hablo de Christmas.

-¡Ah, Brown! Sí. Es alto, joven, moreno. Las mujeres le encuentran muy guapo. Más de una, según dicen. No pierde ocasión de reír, y de divertirse, y de hacer bromas a la gente. Pero yo...

Su voz se detiene. No se atreve a mirarla. Porque siente que aquellos ojos, sobrios e inmóviles, están clavados en su rostro.

-Joe Brown -dice ella-. ¿Tiene una pequeña cicatriz blanca aquí, muy cerca de la boca?

Byron no puede mirarla. Permanece quieto, sentado sobre el montón de tablas. Ahora ya es demasiado tarde; ahora quisiera haberse cortado la lengua de un mordisco.

### 3.

Desde la ventana de su escritorio puede ver la calle. No está lejos, porque el cuadro de césped no es ancho. Sólo es un cuadrado de césped en el que crecen media docena de arces enanos. La casa, un

modesto *bungalow* parduzco y mal pintado, es pequeña también. Unas matas de mirtos, de celindas y de aireas la ocultan casi por completo; sólo dejan un hueco, que es por donde él observa la calle. La casa está tan escondida, que la luz del farol que hay en la esquina de la calle apenas la roza.

Desde la ventana puede ver el rótulo que él llama su monumento. Está colocado en el ángulo del jardín, a poca altura, dando frente a la calle. Tiene un metro de largo y cuarenta centímetros de alto. Es un rectángulo muy neto que los transeúntes sólo ven por un lado. Él, en cambio, sólo lo ve por detrás. Pero no necesita leerlo, porque el día que comprendió que era necesario ganar dinero para poder alimentarse, calentarse y vestirse, hizo él mismo el rótulo con una sierra y un martillo, cuidadosamente, y cuidadosamente también, meticulosamente, pintó en él las palabras que lleva. Cuando salió del seminario tenía unas pequeñas rentas que le venían de su padre. En cuanto tuvo su iglesia, comenzó a enviarlas, al recibir los cheques trimestrales, a una institución de Memphis para jóvenes arrepentidas. Después fue expulsado de su iglesia, fue expulsado de la Iglesia; y la cosa más penosa que, a su juicio, había tenido que soportar en su vida -más penosa aún que la interdicción y la vergüenza- fue la carta que escribió para avisar de que, en lo sucesivo, sólo podría enviar la mitad de lo que hasta entonces había enviado siempre.

Por consiguiente, continuó enviando la mitad de una renta que, en su integridad, le habría bastado, aunque muy justamente, para vivir. «Afortunadamente, hay cosas que puedo hacer», se dijo entonces. Y ahí el rótulo, carpintado cuidadosamente por él mismo, y por él mismo escrito con fragmentos de vidrio diestramente mezclados con la pintura de modo que, por la noche, al resplandor del farol, las letras centelleasen y recordasen la idea de Navidad:

*Reverendo Gail Hightower, D.D.*

*Lecciones de artes de adorno.*

*Tarjetas de Navidad y de Aniversario pintadas a mano.*

*Trabajos fotográficos.*

Pero de esto hacía ya mucho tiempo, y nunca había tenido alumnos, y había hecho muy pocas tarjetas de Navidad y placas fotográficas; y la pintura y el vidrio machacado se habían desconchado sobre las letras descoloridas. Sin embargo, todavía se podían leer; pero la gente de la ciudad no tenía más necesidad de hacerlo que el propio Hightower. De vez en cuando, no obstante, una nodriza negra, con sus niños blancos,

se detenía para descifrarlas en voz alta, con ese aire vacío y estúpido de las personas de su especie, ociosas e ignorantes. Y a veces, algún forastero que se encontraba en la calma de aquella calle alejada, desierta y sin pavimentar, se detenía para leer el rótulo, alzaba los ojos hacia la pequeña casa parda y semioculta y después se alejaba. De cuando en cuando podía ocurrir que el forastero mencionase el rótulo a algún amigo de la ciudad.

«¡Ah, sí! Hightower. Vive allí, solo. Llegó aquí como pastor de una iglesia presbiteriana. Pero su mujer le jugó una mala pasada, de vez en cuando se largaba a Memphis de picos pardos. Esto fue hace unos veinticinco años, poco después de que llegara aquí.

Algunos pretenden que él estaba al corriente. Que no podía o no quería satisfacerla él mismo y que sabía lo que ella hacía. Y después, un sábado por la noche, la mujer se mató en alguna parte, en una casa de Memphis. Los periódicos no hablaban de otra cosa. Hightower se vio forzado a abandonar la iglesia, pero, por alguna razón, no quiso salir de Jefferson. Trataron de obligarle, en su propio interés y en interés de la ciudad y de la iglesia. No era agradable para la iglesia, como usted comprenderá, que viniesen forasteros y oyesen hablar de aquello. Pero él se negaba a abandonar la ciudad. No quería irse. Desde entonces vive allá abajo, completamente solo, en lo que fue antaño calle mayor. Pero ahora ya no lo es, y algo es algo. Pero el hombre no molesta a nadie y estoy seguro de que la mayor parte de la gente le ha olvidado. Se hace él mismo las labores domésticas. Yo creo que nadie ha entrado en esa casa desde hace veinticinco años. No se sabe por qué continúa allí. Pero, si pasa usted por esa calle, cualquier día, a la caída de la tarde, podrá verle, sentado junto a su ventana. Eso es, sentado, sin hacer nada. El resto del tiempo no se le ve casi nunca, salvo alguna vez, cuando trabaja en su jardín.»

Así pues, el rótulo que él carpinteó y escribió significa aún menos para él que para la ciudad. Ya no lo considera como un rótulo, como un mensaje. Lo olvida hasta el momento en que se sienta junto a la ventana de su escritorio cuando empieza el crepúsculo. Y entonces el rótulo, desde su punto de vista, no es más que una forma rectangular, familiar, sin ninguna significación, colocada a poca altura al final del angosto césped, a orillas de la calle. Muy bien habría podido nacer de la tierra trágica e inevitable, como habían nacido los arbustos, los arces con sus ramas desplegadas, sin que él los ayudase ni les pusiese obstáculos. Ya incluso ni lo mira, como tampoco mira los árboles a través de los cuales observa la calle esperando la caída de la noche, el



momento en que la noche llega. Tras él, la casa, el escritorio, están en sombras; y él aguarda el instante en que toda la luz haya desaparecido del cielo y en que todo esté oscuro, sin ese débil resplandor que todavía retienen la hoja y la brizna de hierba, el débil resplandor que se retrasa un instante sobre la tierra cuando ya ha caído totalmente la noche. *Ahora, en seguida, piensa; en seguida, ahora.* Y no dice, ni siquiera para sí mismo: «Aún queda un poco de orgullo y de honra, un poco de vida.»

Cuando, siete años antes, Byron Bunch llega por primera vez a Jefferson y ve el rótulo: *Gail Hightower, D.D. Lecciones de artes de adorno. Tarjetas de Navidad Trabajos fotográficos*, piensa: «D.D. ¿Qué quiere decir D.D.?» Y lo pregunta, y le dicen que aquello significa *Done Damned* (Condenado para siempre). Gail Hightower Condenado para Siempre; en Jefferson, por lo menos, así se lo dicen. Y también le dicen que Hightower vino a Jefferson directamente del seminario, después de rechazar todas las demás plazas que le ofrecieron. Que para venir a Jefferson había tocado los resortes que tenía a mano. Llegó con su joven esposa, lleno de agitación al descender del tren. Habló, les contó a los ancianos caballeros y a las ancianas damas, puntales de su iglesia, que había puesto sus miras en Jefferson desde el instante mismo en que decidió hacerse pastor. Les habló de todas las cartas que escribió, de todos los esfuerzos que hizo, de todas las influencias que puso en juego para que le destinasen a este lugar. A la gente de la ciudad, todo aquello les recordaba un poco al tratante de ganado que se vanagloria de haber hecho un buen negocio. Tal vez fue éste el mismo efecto que produjo a los miembros del consistorio. Le escucharon con cierta frialdad, cierto asombro y cierto escepticismo, porque parecía interesarle más vivir en la ciudad *que servir al templo y a sus fieles*. Como si no le importasen las personas, las personas vivas, ni el saber si estas personas deseaban o no que ocupase aquel puesto. Además era joven, y los ancianos caballeros y las ancianas damas trataron de apaciguar su agitación jubilosa recordándole los problemas serios de la iglesia, las responsabilidades del templo y las suyas propias. Y también le cuentan a Byron que, seis meses después de su llegada, el joven pastor seguía aún muy agitado, que todavía hablaba de la Guerra Civil y de su abuelo, un oficial de caballería que murió en la guerra, y del incendio de los almacenes de avituallamiento que el general Grant tenía en Jefferson, y que hablaba tanto que lo que decía acababa por no tener ningún sentido. Le cuentan a Byron que en el púlpito hablaba de la misma manera, que

mostraba en el púlpito la misma extravagancia y que hablaba de la religión como si fuese un sueño. No una pesadilla, sino algo que iba mucho más aprisa que las palabras de la Escritura, una especie de ciclón que ni siquiera tenía necesidad de tocar la tierra. Y tampoco les gustó aquello a los ancianos caballeros y a las ancianas damas.

Se diría que ni siquiera en el púlpito conseguía hacer una distinción entre la religión, la carga de caballería y su difunto abuelo, muerto en su caballo puesto al galope. Y que, acaso, tampoco podía hacer esta distinción en su hogar, en su vida privada. Y Byron piensa que a lo mejor en su casa ni siquiera lo intentaba. Y piensa que era esa clase de cosas las que los hombres hacen a las mujeres que les pertenecen, y que ésa es la razón de que las mujeres tengan que ser fuertes, y que no se las debe censurar por lo que hacen con los hombres, por ellos, a causa de ellos, pues bien sabe Dios que ser la mujer de alguien no es nada fácil. Le dicen a Byron que la esposa del pastor era una mujer pequeña, de aspecto vulgar, y que, a primera vista, dio a la ciudad la impresión de no tener gran cosa a su favor. Pero la ciudad también le dice que si Hightower hubiese sido un poco más equilibrado, si se hubiese comportado como un pastor debe comportarse, en lugar de haber venido al mundo unos treinta años después del único día en que parecía haber vivido de verdad -el día en que su abuelo había muerto montado en su caballo al galope-, también su mujer habría sido como se debe ser. Pero él no era esa clase de hombre y, a veces, por la tarde o ya entrada la noche, los vecinos oían llorar a la muchacha en la casa rectoral, y los vecinos sabían que el marido no podría evitarlo porque no conocía el origen del mal. Algunas veces, aunque fuese domingo, la muchacha se abstenía de ir al templo donde predicaba su marido, y la gente le miraba a él, preguntándose si habría advertido que ella no estaba allí, si aquel hombre, encaramado allá arriba en su púlpito, y que hacía revolotear las manos a su alrededor, no habría acabado por olvidar que tenía una mujer. Los dogmas que creía predicar se llenaban de cargas de caballería, de visiones de derrotas y de glorias, del mismo modo que cuando en la calle se esforzaba en describir las cargas de caballería sus relatos se mezclaban con absoluciones, con coros de serafines guerreros. Por eso era natural que los ancianos caballeros y las ancianas damas pensasen que lo que él predicaba el día del Señor y en la propia casa del Señor se parecía mucho a un sacrilegio.

Y le cuentan a Byron que la mujer, un año después de que llegase a Jefferson, comenzó a mostrar en su rostro una mirada fija. Y cuando las damas de la parroquia iban a ver a Hightower, él las recibía solo en

mangas de camisa, sin cuello, muy agitado, y, durante un instante, parecía no entender siquiera el objeto de aquella visita ni lo que tenía que hacer. Luego, les rogaba que entrasen, se disculpaba y desaparecía. Y ellas no oían ni un ruido en toda la casa. Sentadas, todas ellas vestidas con ropas de domingo, se miraban unas a otras, y miraban a su alrededor, escuchaban y no oían nada. Después, él volvía con su levita y su cuello. Se sentaba y hablaba con ellas del templo y de los enfermos, y ellas respondían, animadas y tranquilas, sin dejar de escuchar, tal vez vigilando la puerta, talvez preguntándose si aquel hombre sabía lo que ellas creían ya saber.

Las damas dejaron de visitarle. Y casi al mismo tiempo no volvieron a ver en la calle a la esposa del pastor. Y ella seguía comportándose como si todo marchara bien. Después, comenzó a ausentarse y a estar fuera durante un día o dos. La veían partir en el tren de la mañana, con la cara enflaquecida, descarnada, como si no comiera lo suficiente, y aquella mirada que no parecía ver lo que estaba mirando. Y él decía que su mujer había ido a ver a su familia, en algún lugar del sur del Estado. Pero un día, durante una de sus ausencias, una mujer de Jefferson que había ido a hacer unas compras a Memphis, la vio entrar apresuradamente en un hotel. Era un sábado. La mujer contó la cosa en cuanto regresó a casa. Sin embargo, al día siguiente, Hightower estaba en el púlpito, con su mezcla de religión y de cargas de caballería, y su mujer regresó el lunes y al domingo siguiente volvió al templo por primera vez en seis o siete meses, y se sentó totalmente sola en el fondo de la iglesia. Después de aquello, durante cierto tiempo, asistió al templo todos los domingos. Luego desapareció de nuevo, esta vez a media semana (era en julio y hacía mucho calor) y Hightower dijo que había ido a visitar a su familia al campo, donde hacía fresco; y los ancianos caballeros, los miembros del consistorio y las ancianas damas le observaban sin saber si creer o no creer lo que decía. Y los jóvenes murmuraban a sus espaldas.

Tampoco él habría podido decir si él mismo creía o no creía lo que les contaba, ni si aquello le importaba o no, con la costumbre que tenía de mezclar su religión con su abuelo muerto en su caballo al galope, como si la simiente que el abuelo le había transmitido estuviese también sobre el caballo aquella noche y hubiese muerto también; como si, para la simiente, el tiempo se hubiese detenido allí; como si, desde entonces, nada hubiese nacido en el tiempo, ni siquiera él mismo.

La mujer regresó antes del domingo. Hacía calor. Los viejos decían que

nunca se había conocido en la ciudad una ola de calor como aquélla. La mujer fue al oficio aquel domingo y ocupó su sitio en el banco del fondo. Y en medio del sermón saltó de su banco y comenzó a gritar, a vociferar algo dirigiéndose al púlpito, donde su marido había dejado de hablar y se inclinaba hacia adelante, con las manos en el aire, inmóvil. Las personas que estaban junto a ella trataron de dominarla, pero ella continuó debatiéndose. Y le cuentan a Byron que se quedó en pie, vociferando, agitando las manos hacia el púlpito en el que su marido seguía inclinado, con la mano levantada y el rostro despavorido, como pasmado en el párrafo tonante y alegórico que no había podido terminar. Nadie sabía si era a él o a Dios a quien la mujer mostraba el puño. Entonces, el pastor descendió y se acercó a ella, y ella dejó de debatirse y él la condujo hacia fuera. Todas las cabezas se volvieron a su paso hasta el momento en que el presidente del consistorio le dijo al organista que tocara. Aquella misma tarde, los miembros del consistorio se reunieron a puerta cerrada. Nunca se supo lo que allí ocurrió, pero Hightower volvió, entró en la sacristía y cerró también la puerta.

Pero nunca se supo lo que había ocurrido. Sólo se supo que la iglesia había destinado una cierta suma para enviar a la mujer a una institución, a un sanatorio, y que Hightower la llevó, regresó y predicó como de costumbre el domingo siguiente. Las vecinas, algunas de las cuales no habían puesto los pies en la casa rectoral desde hacía meses, fueron muy amables con él. Le llevaron comida de vez en cuando, y se contaron unas a otras, y les contaron a sus maridos, el desorden que había en la casa rectoral, y que el pastor comía como los animales: lo que podía encontrar y solamente cuando tenía hambre. Cada quince días iba a ver a su mujer al sanatorio, y regresaba siempre uno o dos días después. Y el domingo subía al púlpito como si no hubiese sucedido nada. La gente, amable y curiosa, le preguntaba por la salud de su mujer y él se lo agradecía. Y el domingo, de nuevo al púlpito, con sus gestos desordenados y su voz violenta y apasionada, en la que se arremolinaban y giraban a la vez, como fantasmas, Dios y la salvación, su abuelo difunto y los caballos galopantes. Bajo él, los miembros del consistorio y los feligreses estaban sentados, asombrados y molestos.

En otoño, la mujer regresó. Tenía mejor aspecto. Había engordado un poco. Y también había sufrido unos cambios más profundos que éstos. Tal vez era que estaba más tranquila o, por lo menos, más despierta. El caso es que ahora era como las damas habían deseado siempre que

fuese, como ellas consideraban que tenía que ser la esposa de un pastor. Asistía con regularidad a los oficios, y las damas la visitaban, y ella les devolvía sus visitas, sentada, tranquila y modesta mientras ellas le decían cómo debía dirigir su casa, cómo tenía que ir vestida y las comidas que debía hacerle a su marido

Casi se hubiera podido decir que la habían perdonado. Nunca se mencionó ningún crimen, ninguna infracción, y ningún castigo había sido aplicado. Pero la ciudad no creía que las damas hubiesen olvidado los misteriosos viajes a Memphis, con una finalidad en la que todas estaban de acuerdo. Sin embargo, nadie dijo nada, nadie expresó su opinión en voz alta, porque la ciudad estaba segura de que las mujeres honestas nunca perdonaban tan fácilmente las cosas, ni las buenas ni las malas, y porque no quería que el gusto y el sabor del perdón desapareciesen del paladar de su conciencia. Porque la ciudad creía que las damas sabían la verdad, porque también creía que, si las mujeres culpables pueden engañarse en materia de pecado, ya que ocupan buena parte de su tiempo esforzándose en no ser sospechosas, las mujeres honestas, por el contrario, no pueden engañarse, porque, al ser honestas de por sí, no tienen que preocuparse de la propia honestidad ni de la de las demás y, por consiguiente, disponen de mucho tiempo para olfatear el pecado. Ésa es la razón -según creía la ciudad- de que el bien pueda engañarlas casi siempre haciéndolas creer que es el mal, mientras que el mal verdadero nunca puede engañarlas. Así que cuando, al cabo de cuatro o cinco meses, la mujer del pastor se ausentó de nuevo, cuando el marido dijo de nuevo que había ido a ver a su familia, la ciudad pensó que, por una vez, ni siquiera el marido había sido engañado. Fuese como fuese, la mujer volvió y él siguió predicando todos los domingos como si nada hubiera ocurrido, y visitando a la gente y a los enfermos, y hablando de su iglesia. Pero la mujer no asistió más al templo y las señora dejaron en seguida de visitarla, de ir a la casa rectoral. E incluso los vecinos de enfrente dejaron de verla alrededor de la casa. Y poco tiempo después era como si ella ya no estuviese allí, como si todo el mundo se hubiese puesto de acuerdo en que ella no estaba allí y en que el pastor nunca había estado casado. Y él seguía predicando los domingos y ya no les decía que ella había ido a visitar a la familia. La ciudad pensó que acaso era feliz. Que acaso era feliz por no tener ya que mentir.

Nadie la vio cuando tomó el tren aquel viernes (o tal vez era un sábado), el mismo día del acontecimiento. Fue el domingo cuando el periódico de la mañana informó a todo el mundo de que, en la noche del sábado, había saltado, o se había caído, por una ventana de un

hotel de Memphis, y de que había muerto. En la habitación, estaba con ella un hombre. Le detuvieron. Estaba borracho. Se habían inscrito como marido y mujer, con un nombre falso. La policía descubrió su verdadero nombre, escrito por ella en un trozo de papel que después había roto y tirado a la papelera. Los periódicos lo imprimieron con todas sus letras al contar el suceso: esposa del reverendo Gail Hightower, de Jefferson, Mississippi. Y la información decía que el diario telefoneó al marido a las dos de la madrugada, y que el marido respondió que no tenía nada que decir. Y cuando los fieles llegaron aquel domingo a la iglesia, el patio ya estaba lleno de reporteros de Memphis, que fotografiaban el templo y la casa rectoral. Luego llegó Hightower. Los reporteros trataron de abordarle, pero él no les hizo caso, entró en la iglesia y subió al púlpito. Las ancianas damas y algunos de los ancianos caballeros estaban ya dentro de la iglesia, horrorizados e indignados, no tanto por el asunto de Memphis como por la presencia de los reporteros. Pero cuando Hightower entró y subió al púlpito, dejaron de pensar en los reporteros. Las damas fueron las primeras en levantarse y salir. Luego, los hombres se levantaron también y el templo se quedó vacío. Sólo quedaron en él Hightower, en el púlpito, ligeramente inclinado hacia adelante, con las manos apoyadas junto a la Biblia abierta, una a cada lado, y la cabeza todavía erguida, y unos periodistas de Memphis, que tras haberle seguido hasta el interior de la iglesia, se habían sentado en hilera en el último banco. Luego dijeron que no miraba a los feligreses que salían. Que no miraba a nada.

Se lo cuentan todo, a Byron. Le cuentan que, finalmente, el pastor cerró su Biblia con mucho cuidado y volvió a bajar a su templo vacío. Luego, tras recorrer la nave central sin mirar a la hilera de periodistas, -lo mismo que habían hecho los feligreses, franqueó la puerta. Fuera le esperaban los fotógrafos, con sus cámaras preparadas y las cabezas bajo el paño negro. Era evidente que el pastor se había dado cuenta de todo aquello, porque salió de la iglesia tapándose la cara con el salterio abierto que sostenía en sus manos. Pero también era evidente que los fotógrafos esperaban aquello, porque le engañaron. Probablemente él no estaba acostumbrado a esas cosas y le pudieron engañar con toda facilidad, le dijeron a Byron. Uno de los fotógrafos tenía su máquina emplazada de lado, y el pastor no la vio o la vio demasiado tarde. El ocultaba la cara para el otro, para el que estaba enfrente. Y al día siguiente apareció una fotografía, tomada de costado, en la que se veía al pastor caminando, con el salterio delante de la cara. Y, detrás del libro, se veían sus labios separados, como si

sonriese. Pero sus dientes estaban apretados y su rostro recordaba el rostro de Satanás que se ve en los grabados antiguos.

Al día siguiente, trajo a casa a su mujer y la enterró. La ciudad acudió a la ceremonia. No hubo oficio fúnebre. Hightower no llevó el cuerpo a la iglesia. Lo llevó directamente al cementerio, y se disponía a leer él mismo en la Biblia cuando se acercó otro pastor y le quitó el libro de las manos.

Muchas personas, las más jóvenes, se quedaron contemplando la tumba después de que Hightower y los demás se fueron.

Después, hasta los miembros de las demás iglesias supieron que la iglesia de Higtower le había rogado que presentase la dimisión y que él se negó a hacerlo. El domingo siguiente, muchos miembros de las demás iglesias fueron a aquélla para ver lo que iba a pasar allí. Hightower llegó y entró en el templo. Su feligresía, como movida por un resorte, se levantó y salió, dejando al pastor con la gente de las otras iglesias, que había ido allí como se va aun espectáculo. Y Hightower, entonces, predicó a aquella gente, del modo en que siempre había predicado, con aquella fogosidad apasionada que se consideró sacrílega y que a la gente de las demás iglesias le parecía demencial.

Hightower se negaba a dimitir. Se solicitó del consistorio que le enviasen a otro lugar. Pero, después del escándalo, de las fotografías en los periódicos y de todo lo demás, ninguna otra ciudad le aceptaba. Todo el mundo insistía en que no había nada personal contra él. El hombre no había tenido suerte, eso era todo. Había nacido con la negra. Y dejaron de ir al templo hasta las gentes de las otras iglesias, que durante cierto tiempo habían acudido a ella por curiosidad. Aquello ya ni siquiera era un espectáculo; no era más que un escándalo. Pero él seguía yendo a su iglesia cada mañana de domingo a la misma hora, y subía al púlpito, y los feligreses se levantaban y salían, y los papanatas se reunían fuera, en la calle, para oírle predicar y rezar en su iglesia desierta. Y un domingo, cuando llegó, encontró cerrada la puerta, y los papanatas vieron cómo intentaba abrirla, cómo renunciaba en seguida a ello y cómo se quedaba allí, con la cabeza siempre levantada, en aquella calle llena de hombres que no iban nunca a la iglesia y de mozalbetes que no sabían exactamente lo que pasaba, pero que, olfateando que pasaba algo, se detenían para mirar, con unos ojos muy abiertos, al hombre que permanecía en pie, inmóvil, delante de la puerta cerrada.

La ciudad supo al día siguiente que Hightower había ido a ver a los

miembros del consistorio y les había presentado su dimisión para bien de la iglesia, y la ciudad lamentó sentirse satisfecha, lo mismo que esas personas que a veces compadecen a los que han forzado a hacer lo que ellas deseaban que hiciesen. Se pensó, naturalmente, que el pastor se iría a vivir a otra parte. Pero el caso es que se negó a dejar la ciudad. Le cuentan a Byron la consternación que se apoderó de todos cuando se supo que había comprado la casita de la calle en donde ahora vivía y en la que siempre vivió después del día aquél. Y los miembros del consistorio se reunieron de nuevo, asegurando que le habían dado dinero para que se marchase y que el hecho de haberlo empleado en una cosa muy distinta constituía un abuso de confianza. Fueron a verle y se lo explicaron. El solicitó licencia para salir un momento de la habitación y volvió a entrar en seguida en ella con la suma que los miembros del consistorio le habían dado. Les devolvió los mismos billetes que había recibido, hasta el último céntimo, e insistió para que los tomaran. Pero ellos se negaron. Y Hightower no dijo de dónde había sacado el dinero para comprar la casa. Por eso, al día siguiente -le cuentan a Byron- hubo quien dijo que Hightower había hecho un seguro de vida a su mujer y que luego pagó a alguien para que la asesinara. Pero todo el mundo sabía que eso no era verdad, incluidos los que lo decían y lo repetían, y los que prestaban oído a lo que éstos contaban.

Hightower se obstinaba en quedarse en la ciudad. Y un buen día pudo verse el rótulo que había hecho, pintado por él mismo y colocado en el jardín frontero de la casa. Y todos comprendieron que había decidido no marcharse de allí. Seguía teniendo su cocinera que *era una negra*. La había tenido siempre. Pero le cuentan a Byron que, en cuanto su mujer murió, la gente pareció darse cuenta de pronto de que la negra era una mujer y de que esa mujer negra estaba sola con él en la casa durante todo el día. Y apenas se había enfriado su mujer en su tumba vergonzante cuando las murmuraciones comenzaron: Hightower había empujado a su mujer a la locura y al suicidio porque no era un marido normal, un hombre normal, y la causa de ello era la negra. Ya no faltaba nada: la historia quedaba completa. Byron oyó aquello en silencio, pensando para sí mismo que la gente es igual en todas partes, pero que, según parece, es en las pequeñas ciudades -en las que el mal es más difícil de cometer, más difícil de guardar en secreto- donde las gentes llegan a inventar más historias de unos y de otros; basta con una cosa: tener una idea, una sola y única idea, y susurrarla al oído de los demás. Un día, la cocinera se marchó. Se supo que, cierta



noche, un grupo de hombres más o menos enmascarados se presentó en casa del pastor y le ordenó que pusiera en la calle a su cocinera. También se supo que, al día siguiente, la mujer dijo que se había ido por su propia voluntad, porque su amo le pidió que hiciera algo que, según ella, era contrario a Dios y a la naturaleza. Y se dijo que los hombres enmascarados la habían aterrorizado para que se marchase de la casa, porque la cocinera era lo que se llama una morena clara y se sabía que había dos o tres hombres en la ciudad que se opondrían a que hiciese lo que ella consideraba contrario a Dios y a la naturaleza, puesto que, como decían los más jóvenes, para que una negra considere que alguna cosa es contraria a Dios y a la naturaleza, esa cosa tiene que ser terriblemente mala. El caso es que el pastor no pudo -o no quiso- tomar otra cocinera. Quizás los hombres habían asustado aquella noche a todas las negras de la ciudad. Así que, durante algún tiempo, Hightower cocinó él mismo, hasta que un día se supo que había tomado un cocinero negro. Aquello fue el colmo. La misma noche, unos hombres, no enmascarados esta vez, se apoderaron del negro y lo azotaron. Y, cuando Hightower se despertó a la mañana siguiente, encontró rotos los cristales de la ventana de su escritorio y, en el suelo, un ladrillo con un papel escrito en el que se le ordenaba que abandonase la ciudad antes de la puesta del sol. El papel estaba firmado con las siglas K.K.K. Y él no se fue, y, a la mañana siguiente, un hombre lo encontró en el bosque, a una milla de la ciudad. Había sido atado a un árbol y golpeado hasta que perdió el conocimiento.

Hightower se negó a decir quién lo había hecho. La ciudad sabía que se equivocaba, y algunos hombres vinieron a verlo y trataron de persuadirle para que dejase la ciudad, por su propio bien, porque, según ellos, la próxima vez lo matarían. Pero Hightower se negó a irse. Y ni siquiera quiso mencionar el hecho de que le habían golpeado, aunque le prometieron que se perseguiría a los culpables. Pero él no quería ni una cosa ni otra, ni marcharse ni hablar.

Después, de repente, todo el asunto pareció calmarse como se calma un mal viento. Fue como si, por fin, la ciudad se diese cuenta de que Hightower formaría parte de ella hasta el día en que muriera y de que era mejor hacer las paces con él. Como si todo el asunto -piensa Byron- no hubiese sido más que una comedia representada por mucha gente. Ahora, cuando todos habían terminado de interpretar los papeles que les fueron encomendados, podrían vivir en paz los unos con los otros. Dejaron tranquilo al pastor. Se le veía trabajar en su patio o en su jardín, se le veía también en las calles, en las tiendas,

con un cestillo colgado del brazo, y la gente le hablaba. Se sabía que guisaba y arreglaba la casa y, al cabo de algún tiempo, los vecinos comenzaron a enviarle comida. Se trataba de la clase de comida que habrían enviado a una familia indigente del aserradero, pero no dejaba de ser comida, y la intención era buena. Porque la gente -piensa Byron- es capaz de olvidar muchas cosas en veinte años. «Creo -piensa- que en Jefferson soy el único que sabe que, todos los días que Dios nos envía, Hightower está allí, sentado junto a aquella ventana, desde que empieza el crepúsculo hasta que se hace totalmente de noche. El único que sabe cómo es la casa por dentro. Los otros no saben siquiera que yo lo sé; y es mejor así, puesto que si lo supieran, tal vez se verían obligados a cogernos a los dos para azotarnos de nuevo, porque la gente no olvida mucho más tiempo que el que recuerda.»

Y hay otra cosa que Byron ha sabido y observado desde que vino a vivir a Jefferson. Hightower leía mucho. Es decir, que Byron había examinado, con una especie de consternación meditativa y respetuosa, los libros que tapizaban las paredes del escritorio: libros de religión, de historia y de ciencia de los que Byron lo ignoraba todo, hasta la existencia. Un día, hacía unos cuatro años, un negro llegó corriendo a casa del pastor. Era un negro que vivía en una cabaña del lindero del bosque, exactamente detrás de la casa del pastor, y dijo que su mujer estaba a punto de parir. Hightower no tenía teléfono. Le dijo al negro que fuese a casa de los vecinos y llamase a un médico. Vio que el negro se acercaba a la verja de la casa vecina, y que, en lugar de entrar, se quedó allí plantado, durante un momento, y luego subió por la calle, sin apresurarse, en dirección a la ciudad. Hightower comprendió que aquel hombre, antes que pedirle a una mujer blanca que telefonease para él, había preferido hacer el camino a pie y perder probablemente una media hora buscando a un médico, con esa forma de actuar de los negros que, como no tienen noción del tiempo, no saben tomar una decisión. Entonces, Hightower se dirigió hacia la puerta de su cocina y desde allí pudo oír los gemidos de la mujer en la cercana cabaña. No quiso esperar más. Corrió a la cabaña y vio que la mujer se había levantado, aunque nunca supo para qué. Estaba en el suelo, a cuatro patas, tratando de volver a subir a la cama. Gemía, lanzaba agudos gritos. Él la ayudó a meterse en el lecho y le dijo que estuviese tranquila. La asustó un poco para que obedeciese y volvió corriendo a su casa. Allí tomó un libro de uno de los estantes, cogió su navaja de afeitar y un cordón, y luego regresó a toda prisa a la cabaña y asistió al parto. Pero el niño nació muerto. Cuando el médico

llegó, dijo que la madre le había herido, probablemente, cuando saltó de la cama en la postura que Hightower la había hallado. Aprobó igualmente el trabajo del pastor. Y el marido se mostró también muy complacido.

«Pero esto sucedió demasiado pronto después de lo otro -piensa Byron-, aunque ya habían transcurrido quince años.» Porque, dos días después, comenzaron a decir que el niño era de Hightower y que lo había dejado morir a propósito. Pero Byron cree que ni los mismos que lo contaban se lo creían. Cree que la ciudad se había acostumbrado a contar, a propósito del pastor, unas historias en las que nadie creía. «Porque -piensa Byron- cuando alguna cosa se conviene en costumbre, siempre está a mucha distancia de la verdad y de los hechos.» Y recuerda una noche en que Hightower y él charlaban. «Es buena gente -dijo entonces Hightower-. Tienen que creer lo que creen que deben creer». Pero, sobre todo, teniendo en cuenta que, durante algún tiempo, fui yo el maestro y servidor de sus creencias, no me corresponde a mí criticar lo que ellos creen, ni Byron Bunch es nadie para poder decir que están equivocados. Porque todo lo que un hombre tiene derecho a esperar es que se le deje vivir en paz entre sus conciudadanos.» Esto sucedía poco tiempo después de que Byron se hubiera enterado de lo ocurrido, poco después de que comenzaran sus visitas nocturnas al escritorio de Hightower. Y Byron aún se preguntaba por qué el otro se quedó en Jefferson, y allí, donde casi podía ver, donde casi podía oír la iglesia que le había repudiado y desposeído.

Una noche, Byron se lo preguntó.

-Por qué pasa usted la tarde de los sábados trabajando en el aserradero mientras los demás se divierten en la ciudad? -dijo Hightower.

-No lo sé -dijo Byron-. Supongo que mi destino es ése.

-Pues bien, yo también supongo que mi destino es éste -dijo el otro.

«Pero ahora comprendo la razón -piensa Byron-. Es porque un hombre teme más a lo que pueda sobrevenirle que a los sufrimientos que ya ha padecido. Prefiere aferrarse a los sufrimientos que ya ha padecido para no arriesgarse a un cambio. Sí. Un hombre hablará de su deseo de escapar a los vivos. Pero los más peligrosos son los muertos. Porque de los muertos no se puede escapar; de los muertos que yacen tranquilamente en alguna parte y que no tratan de retenerlo.»

Ahora, la tarde ya ha pasado, y rápida, como fulminada, se desvanece silenciosamente en el ocaso. Ya es plena noche. Sin embargo, él todavía está allí, sentado ante la ventana de su escritorio. Tras él, la

oscuridad de la habitación. El farol de la esquina parpadea y luce, creando la ilusión de que la sombra dentada de los arcos, que ninguna brisa agita, se estremece suavemente sobre las tinieblas de agosto. El puede oír en la lejanía, muy difuminadas y no obstante precisas, las ondas sonoras de las voces reunidas en la iglesia. El sonido es a la vez austero y cálido, humilde y orgulloso. Como una armoniosa marea, se hincha y decrece en la sombra de la noche de estío.

Luego ve a un hombre que se acerca por la calle. Cualquier otro día de la semana habría reconocido la silueta, la forma, el porte, la manera de andar. Pero un domingo por la noche, y con el eco de los cascos fantasmales martilleando en el silencio del escritorio anegado de crepúsculo, observa calladamente la lamentable silueta que avanza a pie, con esa destreza artificial y precaria de los animales que se mantienen en equilibrio sobre sus patas traseras, esa destreza de que está tan pomposamente orgulloso el animal-hombre y que, sin embargo, le traiciona constantemente a causa de las leyes naturales, como la gravedad o el hielo, y también a causa de los cuerpos extraños que él mismo ha inventado: automóviles, muebles en la oscuridad, hasta los residuos de sus propios alimentos arrojados en el suelo o en el pavimento. Y al ver al hombre de la calle, que pasa bajo el rótulo, franquea la verja y se acerca a la casa, Hightower piensa serenamente en la razón que tenían los antiguos cuando convertían el caballo en un atributo y un símbolo de los guerreros y de los reyes. Inclina el busto hacia adelante y observa al hombre que avanza por el sombrío sendero hacia la oscuridad de la puerta. Oye que el hombre tropieza pesadamente en las tinieblas con el primer escalón. «Byron Bunch -dice-. ¡Byron Bunch, en la ciudad un domingo por la noche! ¡Byron Bunch, en la ciudad siendo domingo!

#### 4.

Están sentados, frente a frente, uno a cada lado de la mesa. El escritorio está iluminado ahora por una lámpara de pantalla verde colocada sobre la mesa. Hightower está sentado detrás, en un viejo sillón basculante; Byron, frente a él, en una silla recta. Sus dos rostros están justamente en el borde del charco luminoso que cae de la pantalla. Por la ventana abierta llega el rumor de los cánticos de la iglesia lejana. Byron habla con una voz mate, monocorde.

-Fue extraño. Yo creía que, si había un lugar en el mundo en el que no vendría a tentarme la ocasión de hacer el mal, ese lugar tenía que ser el aserradero un sábado por la tarde. ¡Y con aquella casa ardiendo

delante de mis narices, como suele decirse! Aunque estaba comiendo, alzaba de vez en cuando los ojos, veía aquella humareda y pensaba: «Seguro que esta tarde no veré por aquí alma viviente, seguro que nadie me molestará hoy.» Y luego, levanté los ojos y, ¿qué es lo que vi? A ella, con la cara a punto de sonreír, con la boca dispuesta a decir su nombre cuando se dio cuenta de que yo no era él. Y no se me ocurrió otra cosa que contarle toda la historia.

Byron hace una ligera mueca. No es una sonrisa. Su labio superior se alza un instante. Pero el movimiento no va más allá y el fruncimiento superficial de la piel se interrumpe casi en el acto.

-Entonces, ni siquiera sospeché que lo peor no era lo que yo ignoraba.

-Tenía que ser un acontecimiento extraordinario lo que retuviese a Byron Bunch en Jefferson, siendo domingo -dijo Hightower-. Pero si ella le busca y usted la ayudó a encontrarlo, ¿no hizo lo que ella deseaba? ¿No era eso lo que venía a buscar, desde un rincón remoto de Alabama?

-Yo se lo dije, efectivamente. De eso no cabe duda. Viéndola allí, mirándome, sentada, con el vientre hinchado, observándome con unos ojos a los que ningún hombre habría podido mentir aunque hubiese querido hacerlo, me puse a charlatanear. Y con aquel humo justamente delante de mi cara, como si ella lo hubiera puesto allí para advertirme, para que retuviese la lengua... Pero no tuve el talento de comprenderlo.

-¡Ah, la casa que se quemó ayer! -dice Hightower-. Pero no veo ninguna relación entre.... ¿Qué casa era ésa? Yo también vi el humo, y se lo pregunté a un negro que pasaba, pero no lo sabía.

-La vieja casa de Burden -dijo Byron.

Y mira al otro. Se miran mutuamente. Hightower es alto, y antes era delgado. Pero hoy no lo es. Su piel tiene el color de la arpillera, y la parte superior de su cuerpo hace pensar, por su forma, en una bolsa, llena a medias, que colgase desde sus escuálidos hombros hasta sus rodillas. Luego, Byron dice:

-¿No ha oído hablar de ello todavía?

El otro le observa. Y Byron dice, con tono ensimismado:

-Muy propio de mí. Decir en dos días, a dos personas, algo que esas personas preferirían no haber oído y que no tenían ninguna necesidad de saber.

-¿Qué cree usted que yo preferiría no oír? ¿Qué es lo que todavía no he oído?

-No hablo del incendio -dice Byron-. Ellos escaparon del incendio.

-Ellos? Yo creía que la señorita vivía sola.

Byron le mira otra vez, durante un instante. Pero el rostro de Hightower sólo muestra un gran interés.

-Brown y Christmas -dice Byron.

El rostro de Hightower no cambia.

-¿Tampoco sabe eso? -dice Byron-. Brown y Christmas vivían allí.

-¿Vivían allí? ¿En aquella casa?

-No. Detrás, en una vieja cabaña de negros. Christmas la había arreglado hace tres años. Desde entonces vivió siempre allí. Luego, cuando se asoció con Brown, lo llevó con él.

-¡Ah! -dice Hightower-. Pero no entiendo... Si ellos se encontraban bien allí, y si la señorita Burden no...

-Creo que se entendían bien. Vendían whisky y tenían el cuartel general en esa cabaña. Un buen camuflaje. Yo no creo que ella supiera eso, el asunto del whisky. Al menos, la gente no sabe si lo sabía o no. Dicen que Christmas empezó solo, hace tres años, y que sólo se lo vendía a unos cuantos clientes que ni siquiera se conocían entre ellos. Pero, en cuanto se asoció con Brown, supongo que Brown quiso ampliar el negocio. Vendiéndoselo a cualquiera, ¿sabe?; por medias pintas, que sacaba de la pechera de su camisa en una callejuela. Es decir, vendiendo lo que no podía beber. Y me parece que es mejor no examinar a fondo cómo conseguían el whisky que vendían. Porque, quince días después de dejar el aserradero para hacer sus viajes de negocios en un automóvil nuevo, Brown, que estaba muy borracho, un sábado por la tarde, comenzó a fanfarronear en la ciudad, en la barbería, delante de un montón de gente, y a vanagloriarse de algo que les había sucedido, a él y a Christmas, una noche en Memphis, o en una carretera cercana a Memphis. Algo en que figuraba el coche nuevo, escondido en unos matorrales, y Christmas con un revólver, y luego un camión con cien galones de algo. Pero en ese momento; Christmas llegó a toda prisa, y le dijo con su voz tranquila, esa voz que no tiene nada de suave, pero tampoco de violenta: «Deberías procurar beber un poco menos de esa loción capilar que hay en Jefferson. Se te sube a la cabeza. Cuando menos lo esperes, te despertarás con la boca partida.» Con una mano sujetaba a Brown y, con la otra le abofeteaba. No parecía pegar muy fuerte, pero cada vez que la mano se apartaba entre una bofetada y otra, se podía ver la cara enrojecida de Brown debajo de su barba. «Vamos a tomar un poco el aire -dijo Christmas-. No dejas trabajar a los muchachos.»

Byron medita un momento y luego continúa:

-Y ella estaba allí, mirándome, sentada sobre aquellas tablas, y yo contándole toda la historia. Y ella mirándome. Entonces dijo: «¿Tiene una pequeña cicatriz blanca aquí, muy cerca de la boca?»

-Y Brown es el hombre en cuestión -dice Hightower.

Está sentado, muy quieto, mirando a Byron con una especie de sereno asombro. No hay nada de militante en su actitud, ningún indicio de moralidad ultrajada. Es como si oyese contar lo que habían hecho personas de otra raza. «¡Su marido es un contrabandista! ¡Vaya, vaya, vaya!» Y sin embargo, Byron puede ver, detrás del rostro del pastor, alguna cosa latente, a punto de despertar, alguna cosa que el propio Hightower no sospecha, como si en su interior hubiera algo que tratara de prevenirle, de prepararle. Pero Byron piensa que sólo es el reflejo de lo que él sabe ya, de lo que está a punto de decir.

-Y, antes de darme cuenta de ello, se lo había dicho todo. Habría querido cortarme la lengua, incluso entonces, cuando creía que ya no quedaba nada que decir.

Byron ya no mira al pastor. Por la ventana, en la noche silenciosa, llega débil, y sin embargo neto, el sonido combinado del órgano y de los cánticos de la iglesia lejana. *Me pregunto si él lo oye también - piensa Byron-; o si tal vez lo ha oído tanto, durante tanto tiempo, que ya no lo escucha, que ya no tiene necesidad de escucharlo.*

-Y ella estuvo allí toda la tarde, mientras yo trabajaba; y el humo, por fin, había disminuido y yo pensaba en lo que debía decirle, en lo que debía hacer.

Ella quería ir allí directamente. Me preguntaba el camino. Cuando le dije que aquello estaba a dos millas, esbozó una especie de sonrisa, como si yo fuese un niño o algo así. «Vengo desde un lugar perdido de Alabama -dijo-. No me voy a preocupar ahora por dos millas más... Y entonces se lo dije...

La voz de Byron se extingue. Parece contemplar el suelo que hay bajo sus pies. Levanta los ojos.

-Creo que le menté. Pero, por otra parte, no fue una mentira. Era que yo sabía que allí habría mucha gente, viendo el incendio, y para ella, llegar allí, tratar de encontrarlo... En aquel momento yo no sabía el resto. El resto del asunto, lo peor del asunto. Entonces le dije que él estaba muy ocupado con su trabajo y que el mejor momento para encontrarle sería en la plaza, a eso de las seis. Aquello era verdad. Porque creo que se puede llamar trabajar a llevar en el pecho sus pequeñas botellas frías, pegadas a la piel; y que si, por azar, no estaba allí entonces, sería porque se había retrasado un poco o porque

acababa de desaparecer, por un minuto, en alguna callejuela. Así que la convencí de que esperase, y ella se quedó allí, sentada, y yo continué trabajando, tratando de decidir lo que debía hacer. Cuando pienso ahora cuánto me atormentaba lo poco que sabía, ahora que ya sé el resto, me parece que entonces no tenía motivos para preocuparme. Pensé todo el día en lo fácil que sería si pudiese volverme a ayer y no tener más motivo de inquietud que el que tenía entonces.

-Sigo sin comprender por qué se preocupa tanto -dice Hightower-. No tiene usted la culpa de que ese hombre sea como es. Ha hecho usted lo que ha podido. Todo lo que se puede esperar de un extraño. A no ser que...

La voz de Hightower también se extingue. Muere en aquella inflexión, como si el pensamiento indiferente se hubiese convertido en meditación y, después, en un sentimiento próximo a la ansiedad. Frente a él, Byron está sentado, inmóvil, con el rostro inclinado y serio. Y Hightower, frente a Byron, sólo piensa en la palabra *amor*. Y únicamente recuerda que Byron es joven todavía, que siempre ha llevado una vida de soltero, de trabajo obstinado, y que, según el relato de Byron, la mujer que él no ha visto todavía posee, por lo menos, un elemento turbador, aunque Byron siga creyendo que sólo inspira piedad. Comienza, entonces, a observar a Byron más estrechamente, sin frialdad ni calor. Y Byron continúa hablando con su voz sin timbre: le cuenta cómo, a las seis de la tarde, no había decidido nada todavía. Y es entonces cuando la expresión sorprendida de Hightower comienza a teñirse de reticencia, de presentimiento, mientras Byron habla reposadamente, le cuenta cómo decidió, al llegar a la ciudad, que sería mejor llevar a Lena a casa de la señora Beard. Y Byron habla reposadamente. Piensa, recuerda. Parecía como si en el aire de la noche hubiera algo que ponía en los rostros familiares de los hombres un aspecto extraño, y como si él -sin saber nada aún, sin tener necesidad de saber que había sucedido algo que transformó el primer dilema de su inocencia en un hecho infantil- supiera ya, antes de saber lo que había sucedido, que Lena no debía ser puesta al corriente. No tenía necesidad de que le dijeran con palabras que, sin ninguna duda, había encontrado al Lucas Burch perdido. Y ahora le parecía que sólo la estupidez, la imbecilidad más crasa, podían haberle dejado en aquella ignorancia. Le parecía que la fatalidad, las circunstancias, habían puesto allí, en el cielo, durante todo el día, aquella columna de humo amarillo a modo de advertencia. Y él, tan estúpido que no supo leer el significado. Así que no les dejó que



hablaran -(a los hombres que pasaban hasta el aire parecía lleno del asunto)- por temor a que ella lo oyese. Tal vez sabía Byron entonces que ella tendría que enterarse tarde o temprano; que, en cierto modo, tenía derecho a saberlo. Pero le parecía que, sólo con lograr que Lena cruzase la plaza y entrase en una casa, él se vería libre de responsabilidad. No de su responsabilidad por el mal del que se consideraba culpable a causa de la tarde que había pasado con ella mientras la cosa sucedía. Fueron las circunstancias las que le eligieron a él para representar a Jefferson ante aquella mujer que había viajado durante treinta días, a pie y sin dinero, hasta alcanzar aquella meta. Byron no esperaba, no trataba de librarse de aquella responsabilidad. La había contraído, precisamente, para dar tiempo a que, tanto él como ella, estuviesen preparados para la conmoción y la sorpresa. Byron cuenta todo esto reposadamente, con vacilaciones, el rostro inclinado y una voz monocorde y sin timbre, mientras que, desde el otro lado de la mesa, Hightower le mira con aquella expresión de reticencia y de negación.

Llegaron por fin a la pensión familiar y entraron. Ella parecía tener también un presentimiento cuando, de pie en el vestíbulo, le miró y habló por primera vez:

-¿Qué era lo que contaban aquellos hombres? ¿Qué decían sobre la casa quemada?

-¡Ah, nada! -dijo Byron en un tono que le pareció seco y superficial-. Sólo que la señorita Burden ha resultado herida en el incendio.

-¿Herida? ¿Gravemente herida?

-Supongo que no. A lo mejor no tiene nada. Habladurías de la gente. Les gusta mucho hablar.

No podía mirarla, sostener su mirada. Pero sentía que ella le observaba. Y le parecía oír una miríada de sonidos: unas voces, las voces de la ciudad, sordas y tensas, aquellas voces a través de las cuales la hizo cruzar rápidamente la plaza, donde los hombres se reunían y conversaban entre las luces protectoras y familiares. También la casa parecía llena de sonidos familiares, pero sobre todo de inercia, de una morosidad terrible, mientras él miraba hacia el fondo del vestíbulo pensando *por qué no vendrá, por qué no vendrá*. Por fin llegó, la señora Beard. Era una mujer acogedora, de brazos rojos y cabellos grises y en desorden.

-Le presento a la señora Burch -dijo Byron; tenía una expresión casi hosca, impertinente, apremiante-. Acaba de llegar de Alabama. Viene a reunirse con su marido. El no ha llegado todavía. Por eso la he traído aquí, para que descanse un poco antes de meterse en la agitación de

la ciudad. Todavía no conoce la ciudad, ni ha hablado con nadie. Por eso he pensado que usted podría encontrar algún sitio donde pueda descansar antes de que empiecen a contarle cosas...

La voz se interrumpió, murió, reticente, apremiante, importuna. Byron creyó entonces que la señora Beard había comprendido. Luego supo que, si la mujer se abstuvo de decir lo que Byron sabía que también ella había oído, no fue porque él se lo pidió, sino porque ya había advertido el embarazo y quiso mantener el secreto de todas maneras. La señora Beard miró a Lena una sola vez, de arriba abajo, lo mismo que habían hecho, desde hacía cuatro semanas, todas las mujeres desconocidas.

-¿Cuánto tiempo tiene la intención de quedarse?

-Una noche o dos, solamente -dijo Byron-. Quizá esta noche nada más. Viene a buscar a su marido y acaba de llegar. Todavía no ha tenido tiempo de informarse.

Su voz seguía siendo reticente, llena de implicaciones. Era a él a quien miraba ahora la señora Beard. Byron creyó que la mujer trataba todavía de comprender lo que él quería decir. Pero ella sólo le miraba escrutadoramente, creyendo (o dispuesta a creer) que sus vacilaciones tenían una razón y un sentido diferentes. Después, miró de nuevo a Lena. Sus ojos no eran fríos, realmente. Pero tampoco tenían calor.

-Creo que, por el momento, no debe tratar de ir a ningún sitio -dijo.

-Eso creo yo también -dijo Byron rápidamente, intensamente-. Con los comadreos que pudieran decirle y con toda la agitación que hay por ahí. Si esta noche lo tiene todo lleno, podría darle usted mi habitación.

-Sí -dijo en seguida la señora Beard-. Como de todos modos usted se marchará dentro de unos minutos.... ¿Quiere que ocupe su habitación hasta que usted regrese el lunes por la mañana?

-Esta noche no me voy -dijo Byron sin desviar la mirada-. Esta vez me veo en la imposibilidad de irme.

Byron miraba fijamente aquellos ojos fríos, incrédulos ya. Y la señora Beard le observaba, a su vez, intentando leer sus pensamientos. Byron estaba convencido de que ella leía los que realmente tenía y no los que creía ver. Se suele decir que sólo puede engañar el embustero empedernido. Pero a menudo ocurre que el embustero empedernido y crónico sólo se miente a sí mismo. El hombre cuyas mentiras se aceptan más fácilmente es aquel que, durante toda su vida, ha tenido fama de veraz.

-¡Oh! -dijo la señora Beard, mirando de nuevo a Lena-. ¿No tiene ningún conocido en Jefferson?

-No conoce a nadie fuera de Alabama -dijo Byron-. Pero lo más

probable es que el señor Burch llegue mañana por la mañana.

-AAh! -dijo la señora Beard-. ¿Y dónde dormirá usted?

Luego, sin esperar la respuesta, añadió:

-Creo que, por esta noche, podré montar una cama para ella en mi habitación, si ella no tiene inconveniente.

-Eso sería perfecto -dijo Byron-. Perfecto.

Cuando sonó la campana de la cena, todo estaba arreglado. Byron había podido hablar con la señora Beard. Nunca había empleado tanto tiempo para inventar una mentira. Y ni siquiera era necesario. Lo que él trataba de ocultar era su propia protección.

-Los hombres hablarán en la mesa -dijo la señora Beard-. Creo que una mujer en su situación (*y que además está buscando a un marido que se llama Burch*, pensaba con gélida ironía) no tiene necesidad de escuchar más cosas sobre las canalladas de los hombres. Tráigala usted más tarde, cuando todos hayan cenado ya.

Y eso fue lo que Byron hizo. Lena comió de nuevo con buen apetito, aunque sin perder su decoro serio y sincero; pero, antes de haber terminado, casi se cayó dormida sobre el plato.

-¡Cómo cansa viajar! -explicó.

-Vaya a sentarse en el salón mientras preparo su cama -dijo la señora Beard.

-Me gustaría ayudarla -dijo Lena.

Pero hasta Byron vio que no podría hacerlo, porque se caía de sueño.

-Siéntese en el salón -dijo la señora Beard-. Estoy segura de que el señor Byron querrá hacerle compañía durante uno o dos minutos.

-No me atreví a dejarla sola -dice Byron; Hightower sigue inmóvil al otro lado de la mesa-. Y allí estábamos sentados en el mismo momento en que todo se desarrollaba en la oficina del sheriff, en el preciso instante en que Brown lo revelaba todo: lo de él mismo, lo de Christmas, lo del whisky, todo. Lo que no era una novedad para nadie era lo del whisky, sobre todo desde que Brown había tomado parte en el asunto. Supongo que lo único que debió de asombrar a la gente era el que Christmas se hubiera asociado con Brown. Es posible que fuera, no sólo porque siempre se acaba uno encontrando a alguien de la misma calaña, sino también porque no se puede evitar que el de la misma calaña le encuentre a uno. Aunque, a veces, el parecido sólo exista en un aspecto, porque Christmas y Brown, a pesar de sus rasgos comunes, eran muy diferentes. Christmas desafiaba a la ley para ganar dinero, mientras que Brown desafiaba a la ley porque ni siquiera era capaz de darse cuenta de que la hacía. Como, por

ejemplo, aquella noche, en la barbería, cuando Brown, estando borracho, empezó a contarle todo hasta que Christmas se lo llevó a la calle. Y el señor Maxcy dijo entonces: «¿Qué creen ustedes que iba a contarnos sobre él y el otro tipo?»; y el capitán McLendon dijo: «No tengo ni idea»; y el señor Maxcy dijo: «¿Creen ustedes que se habrían atrevido realmente a llevarse el camión de alcohol de otro contrabandista?»; y McLendon dijo: «¿Les sorprendería oír que ese Christmas ha hecho algo mucho peor que eso en su vida?»

«Eso es lo que Brown declaró anoche. Pero todo el mundo sabía eso. Hace tiempo que se decía que habría que advertir a la señorita Burden. Pero supongo que no hubo nadie a quien le apeteciese ir a decírselo, porque nadie suponía entonces lo que iba a pasar. Supongo que hay por ahí personas que nunca han visto a la señorita Burden. Creo que a mí tampoco me habría gustado ir a aquella vieja casa donde nadie la veía nunca, de no ser alguien que pasase por allí en su coche y pudiese verla, de cuando en cuando, plantada en el jardín, con un vestido y una pamelita que algunas negras que yo conozco no se atreverían a llevar. Es posible que ella lo supiera. Como es yanqui, es posible que no le importara. Pero nadie sospechaba lo que iba a suceder después.

-Así que, como decía, no me atreví a dejar a Lena hasta que se fue a la cama. Yo tenía intención de venir a verle a usted en seguida. Pero no me atreví a dejarla. Los demás huéspedes iban y venían por el pasillo y yo temía que alguno de ellos se detuviera a hablar con ella y le contase toda la historia. Les oía charlar en la veranda, y ella seguía mirándome, y se le veía en la cara que estaba dispuesta a interrogarme de nuevo a propósito del incendio. Así que no quería dejarla. Y allí estábamos, sentados en el salón; ella apenas podía mantener abiertos los ojos y yo le decía que le ayudaría a encontrarlo, pero que ahora tenía que ir a hablar con un pastor amigo mío que también le ayudaría para que el hombre supiese que ella había llegado. Y ella seguía sentada, con los ojos cerrados, mientras yo hablaba, sin saber que yo sabía que ella y el individuo en cuestión no estaban casados todavía. Porque ella creía que había engañado a todo el mundo. Y me preguntó qué clase de hombre era aquel a quien yo quería hablarle de ella. Y se lo dije, y ella seguía allí, sentada, con los ojos cerrados, hasta que al fin le dije: "No ha oído ni una sola palabra de lo que acabo de decirle." Y ella, despertándose un poco, pero con los ojos cerrados, dijo: "¿Todavía puede casar a la gente?" Y yo le dije: "¿Cómo? ¿Puede qué?" Y ella dijo: "¡Es todavía lo bastante pastor para poder casar a la gente?"»

Hightower no se ha movido. Sigue sentado, muy tieso, detrás de la mesa, con los antebrazos paralelos, apoyados en la butaca. No tiene ni cuello ni chaqueta. Su cara es a la vez descarnada y fofa. Como si tuviera dos rostros superpuestos que mirasen por debajo del cráneo pálido y calvo coronado por la franja del reflejo doble e inmóvil de sus gafas. La parte de su cuerpo que puede verse por encima de la mesa es informe, casi monstruosa, invadida por una obesidad blanda y sedentaria. Está sentado, rígido. Y, en su rostro, aquella expresión de resistencia, de huida, se ha definido.

-Byron -dice-. Byron, ¿por qué me cuenta todo eso?

Byron se calla. Mira a Hightower tranquilamente, con una expresión de conmiseración y de piedad.

-Porque sabía que usted no sabía nada todavía. Sabía que tenía que ser yo quien se lo contase.

Se miran ambos.

-¿Qué es lo que yo no sabía todavía?

-El asunto de Christmas. El asunto de ayer y de Christmas. Christmas es de sangre negra. El asunto de Christmas y de Brown, lo de ayer.

-¿De sangre negra? -dice Hightower.

Su voz suena leve, trivial, como la pelusa de un cardo cayendo en el silencio, sin ruido, sin peso. Pero no se mueve. Durante algunos instantes, no se mueve. Luego, parece que, en todo su cuerpo, como si cada parte de él fuese tan móvil como los rasgos de su rostro, aparece la misma contracción, la misma resistencia. Y Byron ve que el gran rostro tranquilo y fofa se ha humedecido de sudor súbitamente. Pero la voz sigue siendo leve y calmosa.

-¿Qué es eso de ayer, eso de Christmas y de Brown? -dice.

Hace ya tiempo que ha cesado el sonido de la música en la iglesia lejana. Ahora no hay nidos en la habitación, salvo un chirriar continuo de insectos y el monótono son de la voz de Byron. Detrás de su mesa, Hightower sigue sentado y rígido. La parte baja de su cuerpo, oculta por la mesa, presenta, entre sus palmas apoyadas paralelamente sobre la mesa, el aspecto de un ídolo oriental.

-Fue ayer por la mañana. Un campesino se dirigía hacia la ciudad en su carreta, con su familia. El fue el primero que vio el incendio. O, mejor dicho, no, fue el segundo, porque según él, después de haber derribado la puerta se dio cuenta de que allí ya había alguien. Cuenta que, en cuanto vieron la casa, le dijo a su mujer que salía demasiado humo de la chimenea de aquella cocina. La carreta continuó su marcha y su mujer le dijo: «En esa casa hay fuego.» Y yo supongo que

detuvieron la carreta y que se quedaron allí un momento mirando el humo, y me figuro que, después, el hombre dijo: «Parece que sí.» Fue la mujer, probablemente, quien le dijo que bajase y fuese a ver. «No saben que hay fuego» -debió de decir-. «Tienes que ir a avisarles.» Y él bajó de la carreta, se acercó a la veranda y se paró allí. Gritó: «¡Eeeeh, eeeh!», durante un momento. Y él cuenta que podía oír el fuego en el interior de la casa. Así que empujó con el hombro la puerta y entró; y fue entonces cuando encontró al que había descubierto el fuego antes que él. era Brown. Pero eso no lo sabía el campesino. Sólo dijo que era un borracho y que parecía que acababa de *caer* rodando por las escaleras. «¡Eh señor! ¡Su casa está ardiendo!», dijo el campesino, antes de comprender hasta qué punto estaba borracho aquel hombre. Y cuenta que el hombre repetía obstinadamente que no había nadie en el primer piso, que además todo estaba en llamas y que no merecía la pena salvar nada.

«Pero el campesino sabía que el fuego no podía ser tan violento allá arriba, porque lo que ardía era la parte trasera de la casa, hacia la cocina. Además, el hombre estaba demasiado borracho para darse cuenta. Y cuenta que sospechó que debía de haber algo turbio en todo aquello al ver la manera en que el borracho se esforzaba en impedirle que subiese. Entonces, empezó a subir y el borracho trató de retenerle. Dio un empujón al borracho y continuó subiendo. Y cuenta que el borracho trató de seguirle, repitiéndole que arriba no había nada. Y dice que, cuando bajó y se acordó del borracho, éste había desaparecido. Pero yo supongo que no pensó inmediatamente en el borracho. Porque subió de nuevo la escalera, dando gritos y abriendo las puertas, hasta que, finalmente, abrió la puerta que debía y la encontró.»

Byron se calla. No hay ningún ruido en la habitación, salvo el de los insectos. Por la ventana abierta llega la estridulación de los insectos, incansable, monótona, innumerable.

-¿La encontró? -dice Hightower-. ¿A la señorita Burden?

No se mueve al decirlo. Byron no le mira. Acaso mira, mientras habla, sus manos, apoyadas en las rodillas.

-Estaba tendida en el suelo, con la cabeza casi seccionada: una señora con los cabellos casi grises. El hombre dice que se quedó allí quieto, y que podía oír el fuego, y que ahora había humo en la habitación, como si el humo le hubiese seguido. Y dice que no se atrevió a levantarla y sacarla de allí porque la cabeza habría podido desprenderse del todo. Y también cuenta que se lanzó escaleras abajo, que salió casi sin advertir que el borracho había desaparecido, y que, en cuanto llegó a la

carretera, le dijo a su mujer que arrease a la yunta hasta la primera cabina telefónica que encontrase para avisar al sheriff. El, mientras tanto, volvió corriendo hasta la cisterna, y dice que ya estaba sacando un cubo de agua cuando se dio cuenta de lo estúpido que era, porque toda la parte trasera de la casa estaba ahora envuelta en llamas. Entonces fue corriendo a la casa, subió la escalera, entró en la habitación y, tomando una de las mantas de la cama, envolvió a la mujer en ella y, después, asiendo la manta por las cuatro puntas, se la cargó a la espalda, como si fuese un saco de harina, la sacó de la casa y la depositó en el suelo, debajo de un árbol. Y dice el hombre que, lo que él temía, ocurrió. Se entreabrió la manta y apareció la mujer, echada sobre un costado, pero con la cabeza totalmente al revés, como si estuviera mirando hacia atrás. Y dice que, si la mujer pudiera haber hecho aquello en vida, probablemente no lo estaría haciendo ahora.»

Byron se detiene y echa una mirada al otro. Hightower sigue sin moverse, al otro lado de la mesa. En torno de los brillos paralelos y muertos de sus gafas, su rostro suda lenta y constantemente.

-Y llegó el sheriff, y llegaron también los bomberos. Pero no pudieron hacer nada, porque no había agua en las tuberías. La vieja casa ardió todo el día, y yo pude ver el humo desde el aserradero, y se lo mostré a ella cuando llegó, porque, en aquel momento, no sabía nada todavía. Se llevaron a la ciudad a la señorita Burden, y había un papel en el banco en el que, según ella había dicho, se indicaría lo que tenían que hacer después de su muerte. Y el papel decía que tenía un sobrino en el Norte, en el lugar de donde ella había venido y de donde era oriunda toda su familia. Y telegrafiaron al sobrino y, dos horas después, el sobrino respondió y dijo que ofrecía una recompensa de mil dólares al que encontrase al culpable.

«Y Christmas y Brown habían desaparecido. El sheriff descubrió que alguien vivía en aquella cabaña e, inmediatamente, todo el mundo comenzó a hablar de Christmas y de Brown, ya que el secreto fue guardado el tiempo suficiente para que uno de ellos o los dos juntos hubiesen podido asesinar a aquella señora. Pero, hasta ayer por la noche, nadie consiguió dar con ellos. El campesino no sabía que era Brown el hombre que encontró borracho en la casa. La gente pensó que, tanto él como Christmas, podrían haber huido. Pero después, ayer por la noche, Brown reapareció. No había bebido, y llegó a la plaza a eso de las ocho, medio enloquecido, gritando que era Christmas el que la había matado y reclamando los mil dólares. Avisaron a la policía y lo llevaron a la oficina del sheriff Y le dijeron que

la recompensa le sería entregada en cuanto echasen mano a Christmas y él probase que éste había sido el autor del crimen. Entonces, Brown lo contó. Contó que Christmas había vivido con la señorita Burden, como marido y mujer, durante tres años, hasta el momento en que Brown y él se asociaron. Al principio, cuando Brown fue a vivir con Christmas a la cabaña -contó Brown-, Christmas le aseguró que siempre había dormido en aquella cabaña. Pero luego -contó-, una noche que no podía dormir, oyó que Christmas se levantaba, se acercaba a la cama de Brown y se inclinaba, como si escuchase. Después, se dirigió de puntillas hacia la puerta. La abrió cautelosamente y salió. Y Brown contó que él también se levantó, y que siguió a Christmas, y que le vio dirigirse hacia la casa grande y entrar en ella por la puerca trasera, como si la hubieran dejado abierta para él o como si él tuviera la llave. Y, luego, Brown regresó a la cabaña y se volvió a acostar. Pero contó que no se pudo dormir de tanto reírse pensando en lo astuto que Christmas se creía. Y estaba allí, acostado, cuando Christmas volvió una hora después, aproximadamente. Y contó que, como no podía contener la risa, le dijo a Christmas: «¡So sinvergüenza!» Contó que Christmas se había quedado inmóvil en la oscuridad, mientras que él, sin dejar de reír, le decía a Christmas que no era tan astuto como se creía. Y se burló de él a propósito de los cabellos grises y le dijo que, si Christmas quería, podrían alternarse cada semana para pagar el alquiler de la cabaña. «Después contó que aquella noche había comprendido que, tarde o temprano, Christmas la mataría, a ella o a otro cualquiera. Dice Brown que se quedó en la cama, riéndose, creyendo que Christmas se acostaría en seguida. Pero Christmas encendió una cerilla. Brown dice que entonces dejó de reír. Desde la cama, vio que Christmas encendía la lámpara y la colocaba sobre un cajón, cerca del catre de Brown. Y Brown dice que se le quitaron las ganas de reír. Se quedó quieto, y Christmas, plantado junto a él le miraba. "Ahora sabes una buena historia -dijo Christmas-. Mañana por la noche podrás reírte un rato si la cuentas en la barbería." Y Brown dice que no sabía que Christmas estaba encolerizado y que le contestó cualquier cosa con intención de irritarle, y que Christmas le dijo, con su tranquilo tono de siempre: "No duermes bastante. Estás despierto demasiado tiempo. Creo que deberías dormir más." Y Brown dijo: "¿Cuánto más?" Y Christmas dijo: "A partir de ahora siempre, quizás." Y Brown dice que comprendió entonces que Christmas estaba irritado y que no era el momento de bromear con él. Y dijo: "¿Es que no somos camaradas? ¿Por qué habría de ir a contar algo que no es asunto mío? ¿No te fías



de mí?" Y Christmas dijo: "No lo sé. Y además, no me importa. Pero tú sí que te fías de mí"; y miró a Brown: "¿Verdad que te fías de mí?" Y Brown respondió: "Sí"»

Y entonces Brown contó que había pasado mucho miedo pensando en que Christmas iba a matar cualquier noche a la señorita Burden, y el sheriff le preguntó por qué no le había comunicado ese temor, y Brown dijo que creía que, no diciendo nada, podría quedarse allí a impedir el crimen sin tener que molestar a la policía; y el sheriff dejó escapar una especie de gruñido y dijo que eso había sido muy amable de su parte y que la señorita Burden se lo habría agradecido, sin duda, si lo hubiese sabido. Y entonces supongo que Brown comenzó a darse cuenta de que el juez había olfateado algo, porque empezó a contar que fue la señorita Burden quien le compró el coche a Christmas, y que él trató de convencer a Christmas de que dejase de vender el whisky antes de que les ocurriese algo a los dos. Y los policías le miraban. Y él hablaba cada vez más y cada vez más rápido. Y contó que, como el sábado se había despertado muy temprano, vio que Christmas se levantaba y salía al amanecer. Y Brown sabía hacia donde iba Christmas y, a eso de las siete, Christmas regresó a la cabaña y, allí plantado, miró a Brown. «Ya está hecho», dijo Christmas. «¿Hecho qué?», dijo Brown. «Ve a la casa, ya lo verás», dijo Christmas. Y Brown dijo que entonces tuvo miedo, pero que no sospechó la verdad. Dijo que, en un principio, creyó que Christmas le había pegado un poco. Y dijo que Christmas volvió a salir. Y que él se levantó y se vistió, y que estaba a punto de encender el fuego para calentar su desayuno cuando miró hacia la puerta, y dijo que, en aquel momento, toda la cocina de la casa grande estaba ya ardiendo.

-¿Qué hora era? -dijo el sheriff.

-Creo que alrededor de las ocho -dijo Brown-. La hora en que un hombre suele levantarse, a menos que sea rico. Y bien sabe Dios que ése no es mi caso.

-¿Y los bomberos fueron avisados hacia las once? -dijo el sheriff-. ¿Y la casa estaba ardiendo todavía a las tres de la tarde? ¡Quiere hacerme creer que una vieja barraca de madera, por muy grande que sea, tardaría seis horas en quemarse?

Y Brown estaba allí, mirando a un lado y a otro, en medio de todas aquellas personas que hacían círculo a su alrededor, que le observaban, que le asediaban. "Le estoy diciendo la verdad -dijo Brown-. Como usted me ha pedido." Miraba a un lado y a otro, movía la cabeza. Luego, por decirlo de algún modo, comenzó a gritar: "¿Cómo quiere usted que sepa la hora que era? ¿Es que se figura que

un hombre que hace el trabajo de un negro en un aserradero es lo bastante rico para comprarse un reloj?"

-Hacía seis semanas que ya no trabajaba usted en el aserradero, ni en ninguna parte -dijo el jefe de policía-. Y un hombre que puede permitirse el lujo de pasear todo el día en un coche nuevo, también puede permitirse el lujo de pasar, de cuando en cuando, por delante del tribunal para mirar el reloj y saber la hora que es.

-Ya le he dicho que ese coche no era mío -dijo Brown-. Era suyo. Se lo compró ella. Fue la mujer que asesinó la que se lo regaló.

-Poco importa -dijo el sheriff-. Déjale que acabe su historia.

Y Brown continuó, hablando cada vez más fuerte, cada vez más rápido, como si, hasta que lograra apoderarse de los mil dólares, quisiera ocultar a Joe Brown detrás de lo que iba a contar sobre Christmas. Es realmente increíble ese modo que tiene la gente de figurarse que ganar u obtener dinero es un juego en el que no existen reglas. Brown dijo que, incluso después de haber descubierto el fuego, nunca llegó a creer que la mujer estuviese todavía en la casa, y menos aún que estuviese muerta. Dijo que no se le ocurrió siquiera mirar dentro de la casa, que sólo pensó en la manera de apagar el fuego.

-Y era hacia las ocho de la mañana, según dice usted -dijo el sheriff-. Y la mujer de Damp Waller no avisó del incendio hasta las once. Tuvo usted tiempo de comprender que no podía apagar el fuego así, sólo con sus dos manos.

Y Brown allí sentado en medio de ellos (habían cerrado la puerta con llave, pero las ventanas estaban llenas de cabezas que miraban a través de los cristales), con la mirada huyendo de un lado a otro y el labio superior arremangado sobre los dientes.

-Hamp dijo que, después de haber forzado la puerta, encontró a un hombre que ya estaba en la casa -dijo el sheriff-, y que aquel hombre trató de impedir que subiese.

Y él allí, sentado en medio de ellos, mirando a todas partes.

Creo que, en aquel momento, había perdido todas las esperanzas. Creo que no sólo veía cómo se alejaban cada vez más aquellos mil dólares, sino que, además, comenzaba a ver que algún otro se los apropiaba. Como si ya se hubiese visto con aquellos mil dólares en la mano y otro empezase a gastárselos. Porque, según me han contado, parecía que había guardado para aquel preciso instante lo que les iba a revelar. Como si hubiera sabido que, en el momento decisivo, aquello le salvaría; aunque, para un blanco, hasta una acusación de asesinato hubiese sido menos grave que admitir lo que iba a tener que admitir.

Eso es -dijo-, continúen. Acúsenme, acusen a un blanco que trata de

ayudarles con lo que sabe. Acusen al blanco y dejen al negro en libertad. Acusen al blanco y dejen que el negro se escape.

-¿El negro? -dijo el sheriff-. ¿Qué negro?

Fue como si Brown comprendiese que ahora los tenía cogidos. Como si nada de lo que se le podía suponer culpable fuese tan grave como las revelaciones sobre otro que estaba a punto de hacer.

-¡Son ustedes muy listos! -dijo-. ¡Los habitantes de esta ciudad son todos muy listos! ¡Se han dejado engañar durante tres años! Tomarle por un extranjero, durante tres años, cuando a mí me bastaron tres días para darme cuenta de que no era más extranjero que yo. Lo sabía muy bien antes de que me lo dijese él mismo.

Y entonces todos le observaban, mirándose los unos a los otros.

-Le aconsejo que mida sus palabras si está hablando de un blanco - dijo el jefe de policía-. Me importa poco que sea un asesino o no.

-Hablo de Christmas -dijo Brown-, del hombre que ha matado a la mujer blanca después de haber vivido con ella durante tres años, descaradamente, delante de las narices de toda la ciudad. Y, mientras ustedes acusan al único hombre que puede ayudarles a encontrarlo, el único que sabe lo que ha hecho, él se larga, se aleja cada vez más. Christmas tiene sangre negra. Me saltó a la vista en cuanto le vi. ¡Pero ustedes, ustedes los sheriff y compañía, se creen tan listos! Una vez, me lo confesó él mismo. Tal vez estaba algo borracho cuando me lo dijo, no lo sé. Pero, de sodas formas, a la mañana siguiente de habérmelo confesado, vino a verme y me dijo (Brown hablaba de prisa, haciendo que sus ojos y sus dientes reluciesen ante cada uno de ellos, ante todos ellos, uno tras otro), y me dijo: "Anoche cometí un error. No vayas a cometer tú otro" y yo dije: ¿un error? ¿ A qué te refieres?" y él dijo: "Sólo tienes que pensarlo un minuto." Y yo pensé en algo que me hizo una noche en que estábamos los dos en Memphis. Y yo sabía que mi vida no valdría ni un centavo si le traicionaba. Entonces, le dije: "Creo que sé a lo que te refieres. No me voy a meter en lo que no me importa. Que yo sepa, nunca lo he hecho." Ustedes habrían dicho lo mismo que yo dije si se hubiesen visto a solas con él, allí, en aquella cabaña, donde nadie podría oírles si pedían auxilio. También ustedes habrían tenido miedo, como yo lo tuve. Y esto, para que luego se vuelvan contra ti las personas a las que tratas de ayudar y te acusen de un asesinato que no has cometido."

»Y allí seguía, sentado, con los ojos siempre en movimiento, mientras los otros, los de la sala, le observaban, y los de fuera, las caras pegadas a la ventana, le miraban también.

-¡Un negro! -dijo el jefe de policía-. Siempre pensé que en ese individuo

había algo extraño.

Entonces el sheriff se dirigió de nuevo a Brown:

-¿Y por eso ha esperado hasta hoy para venir a contarnos lo que pasaba allí?

Y Brown, sentado en medio de ellos, con el labio arremangado y la pequeña cicatriz en la esquina de la boca, blanca como las palomitas de maíz.

-Me gustaría conocer al que no hubiese hecho lo mismo -dijo-. No pido más que eso. Enseñenme al que, habiendo vivido con él el tiempo suficiente para conocerle como yo le conozco, habría obrado de otro modo.

-Bueno -dijo el sheriff-, empiezo a creer que ha acabado usted por decir la verdad. Ahora vaya con Buck y eche un sueño. Yo me ocuparé de Christmas.

-Creo que eso quiere decir que me mete en la cárcel -dijo Brown-. Me encierra usted y se mete la recompensa en el bolsillo.

-Cierre la boca -dijo el sheriff, sin cólera-. Si esa recompensa le corresponde, yo mismo me encargaré de que se la entreguen. Llévatelo, Buck.

El policía se acercó a Brown y le puso una mano en el hombro. Brown se levantó. Cuando franquearon la puerta, los que habían estado mirando por la ventana se arremolinaron a su alrededor:

-¿Ya le habéis cazado, Buck? ¿Fue él quién lo hizo?

-No -dijo Buck-. Ahora, marchaos a casa, muchachos. Id a acostaros.

La voz de Byron se detiene. Su habla monótona, campesina, sin inflexiones, expira en el silencio. Ahora mira a Hightower, con sus ojos turbados, compasivos y pacíficos. Mira al hombre que está detrás de la mesa, sentado, con los ojos cerrados y la cara llena de unos sudores que parecen lágrimas. Hightower habla:

-¿Es seguro, está probado que ese hombre tiene sangre negra? Piense un poco, Byron. Piense lo que le ocurrirá, si lo atrapan, cuando la gente.... Pobre hombre... ¡Pobre humanidad!

-Eso es lo que Brown dice -dice Byron con su voz tranquila, obstinada, convencida-. Se puede asustar a un mentiroso lo bastante para que diga la verdad, igual que, si se tortura a un hombre honrado, se le puede hacer decir una mentira.

-Si -dice Hightower; está sentado, rígidos con los ojos cerrados-. Pero no le han atrapado todavía. ¡No le han atrapado todavía, Byron!

Byron tampoco mira al otro:

-Todavía no. Según las últimas noticias. Hoy han sacado los perros

policías. Pero, según las últimas noticias, no le han detenido todavía.

-¿Y Brown?

-¿Brown? -dice Byron-. También ha ido con ellos. Tal vez ayudó a Christmas. Pero yo no lo creo. Creo que lo más que pudo hacer fue prender fuego a la casa. Y, si lo hizo, ni él mismo debe de saber por qué lo hizo. A no ser que pensase que, si todo se quemaba, sería como si no hubiese ocurrido nada, y que Christmas y él podrían continuar paseándose en su coche nuevo. Creo que se imagina que lo que Christmas cometió fue más un error que un pecado.

El rostro de Byron está pensativo, inclinado hacia el suelo. Después, se altera ligeramente, con una especie de fatiga sardónica.

-Creo que Brown no tiene mucho que temer -continúa-. Creo que, ahora, ella podrá encontrarle cuando quiera, siempre que el sheriff y él no hayan salido con los perros. No tratará de escapar... al menos mientras esos mil dólares estén pendientes. Supongo que desea más que nadie que atrapen a Christmas. Y les acompaña. Le sacan de la cárcel y él les acompaña, y luego, vuelven todos a la ciudad y le encierran de nuevo. Es algo poco corriente. Algo así como si un asesino tratase de atraparse a sí mismo para embolsarse la recompensa que ofrecen por él. Pero eso no parece molestarle. Sólo se queja cuando le dejan en paz, y les reprocha el tiempo que pierden. Si, mañana se lo diré a ella. Le diré que, por el momento, lo están utilizando, que están utilizando a los dos perros y a él. Tal vez la lleve a la ciudad para que pueda verlos a los tres, sujetos por los otros hombres, tirando de sus cadenas, ladrando.

-¿Todavía no se lo ha dicho?

-No se lo he dicho. Ni a él tampoco. Porque podría escaparse otra vez, con recompensa o sin recompensa. Y si puede atrapar a Christmas y embolsarse la recompensa es posible que se case a tiempo. Pero ella no sabe nada todavía, no sabe más de lo que sabía ayer, cuando bajó en la plaza de aquella carreta. Cuando bajó con el vientre hinchado, lentamente, de aquella carreta, en medio de todas aquellas caras desconocidas, diciendo para sí misma, con una especie de asombro tranquilo, aunque no debía de estar muy asombrada, creo yo, puesto que vino lentamente, a pie, y nunca se preocupó mucho de reflexionar: «¡Cuando pienso que he venido directamente de Alabama y que ahora, no hay duda, estoy por fin en Jefferson!»

## 5.

Había pasado la medianoche. Aunque Christmas llevaba más de dos

horas en la cama, todavía no dormía. Oyó a Brown antes de verle. Oyó que Brown se acercaba a la puerta y tropezaba. Su silueta, muy rígida, se apoyó contra la puerta. Brown respiraba ruidosamente. Puesto en pie, sosteniéndose con los dos brazos, se puso a cantar con una voz de tenor, dulzona, nasal y de un acento arrastrado que parecía oler a whisky.

-Cállate -dijo Christmas; sin moverse, sin levantar la voz.

Sin embargo, Brown se calló en el acto. Se quedó un momento apoyado en la puerta, tratando de erguirse. Luego dejó la puerta y Christmas le oyó titubear en la habitación. Un instante después, chocó con algo. Después, nada, sólo una respiración dura, penosa. Finalmente, con un estrépito espantoso, Brown se desplomó y rodó por los suelos, tropezando con la cama en que Christmas se encontraba y llenando la habitación con los estallidos de una risa idiota.

Christmas se levantó. Bajo él, invisible, Brown yacía en el suelo, riéndose, sin hacer ningún esfuerzo para levantarse.

-Cállate -dijo Christmas.

Brown continuó riendo. Christmas saltó por encima de él y extendió el brazo en dirección al cajón que les servía de mesa y sobre el cual estaban la lámpara y las cerillas. Pero no pudo encontrar el cajón, y entonces recordó el ruido de vidrios rotos producido por Brown en su caída. Se agachó, con una pierna a cada lado de Brown. Encontró el cuello de su camisa y lo sacó a rastras de debajo de la cama. Luego levantó la cabeza de Brown y comenzó a asestarle, con la mano extendida, golpecitos secos y crueles hasta que Brown dejó de reír.

Brown estaba fofo. Christmas le alzó la cabeza, renegando en voz baja, como en un murmullo. Arrastró a Brown hasta la otra cama y le echó boca arriba en ella. Brown empezó a reír de nuevo. Christmas le plantó su mano abierta sobre la boca y sobre la nariz. Luego le apretó las mandíbulas con la mano izquierda mientras que, con la derecha, le abofeteaba otra vez, con los mismos golpes secos, lentos y cadenciosos, como si los contase a medida que los daba. Brown había dejado de reír. Se debatía. Y mientras luchaba, comenzó a lanzar, bajo la mano de Christmas, un sonido ahogado, gorgoteante. Christmas le sujetó hasta que cesó de emitir aquel sonido y se quedó quieto. Entonces, Christmas aflojó ligeramente la mano.

-Vas a estar tranquilo ahora, ¿verdad? -dijo. Brown empezó a debatirse otra vez.

-¡Quita tu sucia mano de ahí, puerco mestizo...!

La mano apretó. Y Christmas, con la otra mano, le golpeó la cara de nuevo. Brown se calló y se quedó inmóvil, y Christmas aflojó la mano.

Al cabo de un raro, Brown comenzó a hablar con un tono avieso, no muy fuerte:

-Eres un negro, ¿entiendes? Me lo has dicho tú mismo. Tú me lo has dicho. En cambio, yo soy blanco. Soy bl...

La mano apretó. Brown volvió a debatirse. Y a emitir, bajo la mano, un sonido apagado, quejumbroso. Babeaba por entre los dedos del otro. Cuando se calló, la mano se aflojó. Entonces se quedó quieto, respirando pesadamente.

-¿Vas a quedarte quieto ahora? -dijo Christmas.

-Sí -dijo Brown; respiraba ruidosamente-. Déjame respirar. Estaré quieto. Déjame respirar.

Christmas aflojó la mano, pero no la quitó. Por debajo de ella, Brown respiraba más desahogadamente. La respiración iba y venía, más fluida, menos ruidosa. Pero Christmas no quitaba su mano. Seguía allí, de pie, en la oscuridad, encima del cuerpo tendido. Entre sus dedos, la respiración de Brown se alternaba, cálida y fría, mientras él pensaba tranquilamente *Algo va a sucederme, tengo que hacer algo*. Sin apartar su mano izquierda de la cara de Brown, podía alcanzar con la derecha el borde de la otra cama, la suya, bajo cuya almohada estaba su navaja de afeitar, con sus doce centímetros de hoja. Pero no hizo nada. Tal vez su pensamiento era ya lo bastante lejano, lo bastante profundo, para decirle *No, éste no*. El caso es que no trató de coger la navaja. Al cabo de un rato, apartó su mano del rostro de Brown. Pero no se alejó. Se quedó allí, junto a la cama, con una respiración tan tranquila, tan suave, que ni él mismo la oía. Brown, invisible también, respiraba ahora más regularmente y, al cabo de un instante, Christmas regresó a su cama y se sentó en ella. Tomó a tientas, del pantalón que colgaba en la pared, un cigarrillo y una cerilla. Al resplandor de la cerilla, Brown apareció. Antes de apagarla, Christmas levantó la cerilla y miró a Brown. Brown yacía desplomado sobre la espalda, con un brazo colgando hasta el suelo. Tenía la boca abierta y, mientras Christmas le observaba, comenzó a roncar.

Christmas encendió el cigarrillo y, lanzando la cerilla hacia la puerta, miró cómo la llama se extinguía en el espacio. Después esperó el ruido levísimo, insignificante, que la cerilla apagada iba a producir al caer al suelo. Le pareció oírlo. Y le pareció, sentado en su cama, en la habitación oscura, que oía una miríada de sonidos igualmente leves.... voces, murmullos, susurros: de árboles, de tinieblas, de tierra; de personas; su propia voz; otras voces que evocaban nombres, tiempos y lugares de los que había tenido conciencia toda su vida, sin saberlo, y que eran su vida misma. Y pensaba *Quizás Dios también, y yo*

*ignorando también esto.* Podía verlo como una frase impresa, recién nacida y ya muerta *Dios me ama también* como las letras desteñidas, lavadas por la lluvia, de un cartel del año anterior *Dios me ama también.*

Fumó su cigarrillo sin tocarlo con la mano ni una sola vez. Lo lanzó hacia la puerta. Al revés que la cerilla, el cigarrillo no se extinguió en su vuelo. Lo vio chisporrotear y serpentear sobre el *hueco* de la puerta. Se echó sobre la cama, con las manos bajo la nuca, como se tiende un hombre que no espera dormir, pensando *Me he acostado a las diez y no he dormido. No sé la hora que es, pero es más de medianoche y todavía no he dormido* «Es porque ella ha *empezado* a rezar por mí», dijo. Habló alto, con una voz que sonó repentina y fuerte en la habitación oscura, por encima de los ronquidos de borracho de Brown. «Es eso. Porque ella ha *empezado* a rezar por mí.» Se levantó. Sus pies descalzos no hacían ningún ruido. Se quedó plantado en la oscuridad, en paños menores. En la otra cama, Brown roncaba. Christmas se quedó un instante así, de pie, con el rostro vuelto hacia el sonido. Luego se dirigió hacia la puerta. En paños menores, con los pies descalzos, salió de la cabaña. Afuera había un poco más de claridad. Sobre su cabeza giraban las lentas constelaciones, las estrellas que conocía desde hacía treinta años y cuyos nombres no existían para él, no significaban nada para él, ni por su forma, ni por su brillo, ni por su posición. Delante de él, saliendo de un *espeso* bosquecillo, podía distinguir una chimenea y un aguilón de la casa. Pero la casa misma era invisible y negra. Ni la luz, ni un ruido, mientras él se acercaba y se detenía bajo la ventana del cuarto donde ella dormía, pensando *si ella duerme también, si es que ella duerme.* Las puertas nunca estaban cerradas con llave; así que, a cualquier hora, entre la noche y el alba, cuando el deseo le acuciase, podía entrar en la casa, subir a la alcoba y, caminando con firmeza en las tinieblas, llegar hasta la cama. A veces la encontraba despierta, y ella le llamaba por su nombre. Otras veces tenía que despertarla con su mano dura y brusca y, a veces también, la poseía duramente, bruscamente, antes de que ella estuviese totalmente despierta.

Hacía dos años que esto duraba. Ahora tenían dos años tras de sí. Christmas piensa *Quizás la ofensa sea esa. Quizás he llegado a creer que he sido timado, engañado. Que ella me ha mentado con respecto a su edad, con respecto a lo que les sucede a las mujeres a cierta edad* Solo en las tinieblas, debajo de la ventana oscura, dijo en voz alta: «No debería haberse puesto a rezar por mí. Yo no habría tenido nada que



reprocharle si no se hubiese puesto a rezar por mí. No es culpa suya si ahora se ha hecho demasiado vieja y si ya no sirve para nada. Pero habría debido tener más sentido común y no ponerse a rezar por mí.» Comenzó a maldecirla. Plantado allí, de pie, bajo la ventana oscura, la insultaba con una obscenidad lenta, calculada. No miraba la ventana. En las tinieblas apenas empalidecidas, parecía observar su propio cuerpo. Parecía contemplar cómo se volvía lascivo, lentamente, entre aquel susurro de inmundicias del arroyo, como un cadáver ahogado en el espeso encenagamiento negro de algo que era más que agua. Con la palma de sus duras manos, se tocó, ascendió a lo largo de su vientre y de su pecho, bajo su ropa interior que sólo se mantenía en su sitio con el botón de arriba. Hubo un tiempo en que su ropa interior tenía todos los botones intactos. Una mujer se los cosía. Pero ese tiempo acabó. Luego, llegó a sustraer su ropa de la colada familiar para que aquella mujer no pudiese apoderarse de ella y reemplazar los botones que faltaban. Cuando ella se le adelantaba, se esforzaba en recordar los botones que faltaban y que habían sido reemplazados. Y, de un golpe de cortaplumas, con la decisión cruel y fría de un cirujano, separaba entonces los botones que ella acababa de coserle.

Su mano derecha resbaló, rápida y lisa como la hoja una navaja, hasta la abertura de su ropa. Con el canto de la mano dio un golpe, ligero y rápido, sobre el único botón. Cuando la ropa le resbaló por las piernas, la noche sopló sobre él, sopló suavemente; la fresca boca de las tinieblas, la suave lengua fría. Cuando comenzó a andar, pudo sentir la noche como si fuese agua. Bajo sus pies sentía el rocío como nunca lo había sentido hasta entonces. Franqueó la valla rota y se detuvo al borde de la carretera. La hierba de agosto le llegaba hasta medio muslo. En las hojas, en los tallos, el polvo de las carretas que pasaban se había acumulado durante un mes. La carretera corría ante él. Era un poco más pálida que la oscuridad de los árboles y de la tierra. La ciudad se extendía a un lado; por el otro lado, la carretera subía. Al cabo de un rato, una luz fue aumentando en lo alto de la cuesta y dibujó los contornos de la colina. Después, pudo oír el coche. No se movió. Se quedó allí, plantado, con las manos en las caderas, desnudo, hundido hasta medio muslo en la hierba polvorienta. El coche apareció en la cima de la colina y se fue acercando, con los faros cayendo de lleno sobre él. Vio cómo su cuerpo, muy blanco, salía de las tinieblas, igual que una prueba fotográfica que emerge del baño. Miró a los faros, de frente, cuando el coche pasó. Del coche brotó una aguda voz de mujer, un grito penetrante. «Malditos cerdos blancos - gritó él-. No es la primera vez que una de vuestras zorras me ve...»

Pero el coche había desaparecido. Ya no había nadie que le oyese, que le escuchase. El coche había desaparecido, aspirando, tras él, su luz, aspirando en sí mismo el grito decreciente de la mujer blanca. Ahora tenía frío. Era como si hubiese ido allí para asistir a algún acontecimiento ineluctable. Y como si, después de producido el acontecimiento, fuese libre de nuevo. Volvió a la casa. Bajo la ventana sombría, se detuvo, buscó, encontró sus ropas interiores y se las puso. Ya no quedaba ningún botón en ellas y tuvo que sostenerlas con la mano mientras regresaba a la cabaña. Ya llegaban hasta él los ronquidos de Brown. Se quedó un momento en la puerta, inmóvil, silencioso, escuchando el soplo prolongado, áspero, desigual, que en cada espiración concluía con un borboteo estrangulado. «He debido estropearle la nariz más de lo que creía -pensó-. ¡Maldito hijo de zorra!» Entro y se dirigió hacia su cama, dispuesto a acostarse. Estaba a punto de tenderse, cuando se detuvo, media acostado ya. Tal vez no podía soportar la idea de quedarse allí, acostado hasta que fuese de día, con el borracho roncando en las tinieblas y oyendo, en los intervalos, la miríada de voces. Se incorporó y, sentado, buscó tranquilamente bajo la cama. Encontró sus zapatos, se los calzó y, tomando la única manta que constituía su ropa de cama, salió de la cabaña. El establo se hallaba a unos trescientos metros. Estaba medio en ruinas y no había visto caballos desde hacía treinta años. Sin embargo, Christmas se dirigió al establo. Andaba bastante rápido. Ahora pensaba, pensaba en voz alta: «¿Por qué diablos tengo ganas de oler a caballo?» Pero añadió, tanteando: «Es porque no son mujeres. Hasta una yegua es una especie de hombre.»

Durmió menos de dos horas. Cuando se despertó, el día apenas despuntaba. Tendido en su manta, sobre el suelo desigual del antro sombrío y ruinoso en el que flotaba, junto al olor acre, débilmente amoniacal, del polvillo del heno ya desaparecido, esa soledad muerta de las viejas cuadras, podía ver, hacia el este, por la ventana sin postigos, el cielo rosado donde brillaba, alta y pálida, la estrella matutina del pleno verano.

Se sentía descansado, como si hubiese dormido profundamente durante ocho horas. Aquello provenía de que su sueño había sido inesperado, porque ya pensaba que no podría dormir nunca. Con los zapatos desatados en los pies y su manta plegada bajo el brazo, descendió la escalera perpendicular, tanteando con el pie los escalones podridos e invisibles, bajando de travesaño en travesaño, colgado de una mano. Salió al amanecer gris y amarillo, a la frescura pura, que

aspiró profundamente.

La cabaña, ahora, se destacaba crudamente sobre el claror del oriente, lo mismo que el bosquecillo en el que la casa se escondía, con la excepción de su única chimenea. En las altas hierbas pesaba el rocío. Sus zapatos se mojaron en seguida. Sentía en sus pies el frío del cuero. Sobre sus piernas desnudas, las briznas de hierba húmedas parecían livianas estalagmitas. Brown ya no roncaba. Al entrar, Christmas pudo ver a Brown al resplandor del este, que entraba por la ventana. Respiraba apaciblemente. «Ya está sereno, ahora -pensó Christmas-. Ya está sereno y no lo sabe. ¡Pobre idiota!» Miró a Brown: «¡Pobre idiota! Al despertar se va a poner furioso al darse cuenta de que no está borracho. Quizás necesite una hora larga para estar borracho otra vez.» Christmas dejó la manta y se vistió. Se puso su pantalón de sarga, su camisa blanca, un poco ajada ya, su corbata de pajarita. Fumaba. Un espejo roto estaba colgado en la pared. Mientras se hacía el nudo de la corbata, contempló en el trozo de vidrio su rostro impreciso. El sombrero de paja colgaba en un clavo. No lo tomó. Tomó, de otro clavo, una gorra de paño, y recogió del suelo, junto a su cama, una de esas revistas cuya cubierta presenta siempre muchachas semidesnudas u hombres a punto de matarse unos a otros a tiros de revólver. De debajo de la almohada de su cama sacó su navaja barbera, una brocha y una barra de jabón de afeitarse. Se lo metió todo en el bolsillo.

Era casi de día cuando abandonó la cabaña. Los pájaros cantaban a voz en grito. Esta vez volvió la espalda a la casa. Pasó por delante del establo y entró en el prado que se extendía tras él. Sus zapatos y las perneras de su pantalón se empaparon en seguida con el rocío gris. Se detuvo, arremangó cuidadosamente los bajos del pantalón hasta las rodillas y reanudó la marcha. Al final del prado, el bosque comenzaba. El rocío ya no era tan denso, y Christmas se bajó las perneras de su pantalón. Al cabo de un rato llegó a un pequeño valle por el que corría un arroyo. Posó la revista, recogió unas ramas y maleza seca, encendió una pequeña fogata y se sentó, con la espalda apoyada en un árbol y los pies junto a la llama. Casi en seguida, sus zapatos húmedos comenzaron a ahumar. Luego, pudo sentir cómo el calor le subía por las piernas, y de pronto, abriendo los ojos, vio que el sol estaba muy alto y que la hoguera se había apagado. Comprendió que se había dormido. «¡Dios santo! -pensó-. ¡Dios santo! Me he dormido otra vez.»

Esta vez había dormido más de dos horas, puesto que el sol brillaba sobre el mismo arroyo, chispeando, espejeando en el agua incesante.

Se levantó, combó los riñones derrengados y rígidos y se estiró para desentumecer sus músculos anquilosados. Sacó de su bolsillo la navaja barbera, la brocha, el jabón. Arrodillado junto al arroyo, se afeitó. La superficie del agua le servía de espejo. Afiló sobre un zapato su larga y brillante navaja.

Escondió sus utensilios de aseo y la revista en un zarzal y rehizo el nudo de su corbata. Cuando dejó la fuente, tomó una dirección diametralmente opuesta a la de la casa. Alcanzó la carretera a más de quinientos metros de la casa. A poca distancia de allí había una tienda pequeña que tenía una bomba de gasolina. Entró en la tienda, y una mujer le vendió bizcochos secos y una lata de carne en conserva. Regresó al arroyo, a la hoguera apagada.

Comió, apoyado en el árbol, mientras leía la revista. Antes sólo había leído un relato. Comenzó el segundo, y leyó la revista de cabo a rabo, como una novela. De cuando en cuando, alzaba los ojos de la página y, sin dejar de masticar, miraba las hojas acribilladas de sol que formaban una bóveda sobre la torrentera. «A lo mejor lo he hecho ya - pensó-. Ahora, a lo mejor ya no haya que hacerlo.» Le parecía que podía ver el día dorado abrirse apaciblemente ante él, como un pasillo, como una tapicería, sobre un claroscuro tranquilo, nada inquietante. Le parecía que, mientras él estaba sentado allí, el día dorado le contemplaba lánguidamente, como un gato amarillo acostado y somnoliento. Siguió leyendo. Volvía las páginas sin pausa, aunque, de vez en cuando, parecía detenerse en una página, en una línea, tal vez en una palabra. Entonces no alzaba los ojos. No se movía, aparentemente detenido, inmovilizado por una simple palabra que todavía no había tomado forma; todo su ser suspendido por aquella simple y trivial combinación de letras en el espacio calmo y lleno de sol. Flotando así, inmóvil, ingrávito, parecía ver que el tiempo transcurría bajo él, lentamente, y pensaba: «No debería haber empezado a rezar por mí.»

Cuando llegó al último relato, dejó de leer y contó las páginas que quedaban. Luego miró al sol y siguió leyendo. Ahora leía como un hombre que fuera contando por la calle las grietas del pavimento. Leyó así hasta la última página, hasta la última palabra del final. Entonces se levantó y, acercando una cerilla a la revista, la movió pacientemente hasta que quedó totalmente consumida. A continuación volvió a guardar en el bolsillo sus utensilios de aseo y se adentró en la torrentera.

Al cabo de un instante, la quebrada se ensanchó. El suelo era uniforme, cubierto de una arena blanca, entre dos paredes cortadas a

pico y ahogadas de arriba abajo por las zarzas y la maleza. Los árboles seguían formando una bóveda y, en una de las paredes, se abría una cavidad llena de ramas muertas. Christmas apartó la maleza, desembarazó la cavidad y puso al descubierto una pala de mango corto. Comenzó a cavar con la pala en la arena que ocultaban las zarzas y sacó, uno a uno, cinco recipientes de metal con tapones atornillados. No desatornilló las cápsulas, sino que, tumbando los bidones en el suelo, los perforó con la arista cortante de la pala. La arena, bajo ellos, adquirió un tinte oscuro cuando el whisky brotó, comenzó a manar e impregnó el aire, la soledad llena de luz, con el olor del alcohol. Christmas vació los bidones cuidadosamente, sin apresurarse, con el rostro totalmente frío, casi como una máscara. Cuando los recipientes se quedaron vacíos los echó en el agujero, los enterró toscamente, entreabrió las zarzas y escondió la pala. La maleza disimulaba la mancha, pero no podía disimular el olor, el aroma.

A las siete de aquella misma tarde, Christmas estaba en la ciudad, en un restaurante, en una callejuela. Cenó allí, sentado en un taburete sin respaldo, ante un mostrador de madera que el roce había pulimentado. Christmas comía.

A las nueve, plantado frente a la barbería, miraba a través del cristal al hombre que había elegido como socio. Estaba inmóvil, con las manos en los bolsillos. El humo de su cigarrillo pasaba por delante de su rostro tranquilo. Llevaba su gorra de lana igual que su sombrero de paja, con un aire a la vez insolente y siniestro. Frío y siniestro cuando, dentro de la tienda, en medio de las luces, en un ambiente anegado en el tufo de las lociones y del jabón caliente, vestido con su sucio pantalón de rayas rojas y su camisa también sucia, Brown, gesticulante y con la lengua espesa, levantó la vista y, con la voz cortada y una mirada de ebrio, encontró los ojos del hombre clavados en él por detrás del cristal. Inmóvil y siniestro cuando, al ver el perfil de Christmas, un joven negro que deambulaba por la calle silbando, dejó de silbar, se apartó y se deslizó por detrás de él, volviendo la cabeza, mirando por encima del hombro. Pero ahora, Christmas ya se movía. Era como si sólo se hubiese detenido para dar tiempo a que Brown le entrevistase. Andando sin prisa, se alejó de la plaza. La calle, siempre pacífica, estaba a aquella hora totalmente desierta. Conducía a la estación, a través de Freedman Town, el barrio negro.

A las siete, Christmas podría haber encontrado allí a algunas personas, blancas y negras, camino de la plaza o del cine. A las nueve y media, todos regresarían a casa. Pero el cine no había terminado todavía y

Christmas tenía la calle para él solo. Ahora caminaba todavía entre casas de blancos. De un farol a otro, las sombras anchas de las hojas de los robles y de los arces se deslizaban sobre su camisa blanca como cintas de terciopelo negro. No hay nada que parezca tan solitario como un hombre corpulento en una calle abandonada. Sin embargo, aunque Christmas no era ni grueso ni alto, llegaba a parecer más solo que un poste telegráfico aislado en medio del desierto. En la ancha calle vacía, rayada de sombras, parecía un fantasma, un ánima en pena que, salida de su propio reino, se hubiese perdido.

Después, Christmas se reconoció. No se había dado cuenta de que la calle empezaba a descender. Y, bruscamente, se encontró el Freedman Town, envuelto en los olores de verano, en las voces de verano de los negros invisibles. Parecían ceñirle como voces sin cuerpo, susurrando, hablando, riendo en un lenguaje que no era el suyo. Como si estuviera en el fondo negro de un pozo, se vió cercado por las siluetas de las cabañas, vagas, alumbradas con petróleo. Hasta los faroles parecían haberse esparcido, como si la vida negra, el aliento negro compusieran la sustancia respirable, de modo que, no solamente las voces, sino los cuerpos animados, la luz misma, parecían estar fluidificados, haberse agregado lentamente, partícula a partícula, a la noche ahora grávida, indivisible y unánime.

Inmóvil, erguido, jadeante, Christmas miraba a todos lados. Gracias al resplandor vago y humoso de las lámparas de petróleo, las cabañas, a su alrededor, se destacaban de las tinieblas. En todas partes, hasta dentro de él mismo, murmuraban las voces incorpóreas, fecundas y mullidas como mujeres negras. Era como si él mismo y toda la vida viril de su alrededor hubiesen entrado en las Tinieblas cálidas, en las tinieblas húmedas de la Mujer original. Con los ojos relucientes, los dientes brillantes y un aliento frío sobre sus dientes y sus labios secos, Christmas echó a correr hasta el farol más próximo. Al pie de aquel farol, una callejuela estrecha y llena de baches y revueltas, ascendía desde la oscuridad de la hondonada negra hasta la calle paralela. Christmas se adentró en ella corriendo y, con el corazón desbocado, trepó por la escarpada pendiente hasta la calle superior. Luego se detuvo, ahogado, con los ojos chispeantes y el corazón desbocado, como si ese corazón no pudiese creer, no quisiese creer todavía que el aire, ahora, era el aire duro y frío de la ciudad blanca.

Y Christmas se calmó. El olor de negro, las voces de los negros, estaban ahora detrás y debajo de él. A la izquierda, estaban la plaza, los racimos de luz, pájaros brillantes volando bajo, trémulos y suspendidos, con las alas inmóviles. A la derecha, los faroles huían,

espaciados, alternados con ramas recortadas e inmóviles. Avanzó lentamente, dando la espalda a la plaza, pasando de nuevo entre las casas de los blancos. También aquí había gente en las butacas de las verandas, en el césped. Pero aquí se podía caminar tranquilo. De cuando en cuando podía verles: cabezas en sombras chinescas, siluetas desvaídas, vestidas de blanco. En una veranda iluminada, cuatro personas jugaban a las cartas, con los absortos rostros, de un blanco crudo, en la luz de la lámpara baja, y los brazos desnudos de las mujeres, relucientes, suaves y claros, encima de las triviales cartas. «He aquí todo lo que yo quería -pensaba Christmas-. Y no era mucho pedir.»

También aquella calle comenzaba a subir. Pero ahora era una pendiente segura. Su camisa blanca, sus piernas negras en movimiento, morían entre las sombras que se elevaban cuadradas, enormes, hacia las estrellas de agosto: un almacén de algodón, un depósito horizontal y cilíndrico que parecía el torso de un mastodonte decapitado; una fila de vagones de mercancías. Christmas atravesó las vías, los rieles donde, momentáneamente, brillaba el doble reflejo verde de una luz de cambio de agujas que se perdía a lo lejos. Más allá de los rieles comenzaban los bosques. Pero Christmas encontró el sendero sin vacilar. Ascendió entre los árboles. Las luces de la ciudad aparecieron de nuevo y, por el fondo del valle, se perdía la vía del ferrocarril. Pero Christmas no volvió la cabeza hasta que llegó a lo alto de la colina. Entonces pudo ver la ciudad, las luces individuales, allí donde las calles irradiaban de la plaza. Podía ver la calle por donde había venido, y la otra calle, la que casi le había traicionado, y, más lejos, en el ángulo de la derecha, la muralla lejana y brillante de la ciudad misma, y, en el vértice del ángulo, el hueco negro de donde había huido con el corazón desbocado y los labios ardiendo. Ninguna luz venía de allí, ningún aliento, ningún olor. El hueco sí estaba, sencillamente, negro impenetrable en su trémula guirnalda de luces de agosto. Aquel agujero era como la cantera original, el auténtico abismo de la nada. Christmas caminaba con paso firme, a pesar de los árboles y de las tinieblas. Nunca se salió del sendero, aunque ni siquiera podía verlo. Los bosques se extendían a lo largo de una milla. Desembocó en una carretera. Sintió el polvo bajo sus pies. Ahora podía ver el mundo vago que se abría ante él, el horizonte. Aquí y allá brillaban unas pálidas ventanas. Pero la mayor parte de las cabañas estaban a oscuras. No obstante, su sangre comenzó de nuevo a hablar, a hablar. Caminaba aprisa, con un ritmo igual. Incluso antes de que se destacasen vagamente sobre el polvillo agonizante, Christmas

comprendió que el grupo estaba formado por negros, aunque aún no podía distinguirlos ni oírlos. Eran cinco o seis, dispersos y, sin embargo, más o menos emparejados. Y de nuevo, dominando el rumor de su propia sangre, percibió un cálido murmullo de voces femeninas. Iba directo a su encuentro. Iba muy deprisa. Ellos le vieron y se colocaron en la orilla de la carretera. Las voces callaron. Christmas también cambió de dirección y, cruzando la carretera, caminó hacia ellos como para atropellarlos. Con un solo movimiento, como obedeciendo a una voz de mando, las mujeres se hicieron a un lado y, pasando junto a él muy apartadas, le cedieron el campo. Uno de los hombres las siguió, como si las empujase por delante de él. Sin dejar de andar, miraba por encima del hombro. Los otros dos hombres se habían detenido en la carretera, dando cara a Christmas. Christmas se detuvo también. Ninguno de ellos parecía moverse y, sin embargo, se aproximaban, como un espejismo, como unas sombras a la deriva. Hasta Christmas llegaba el olor a negro, a ropas toscas, a sudor. La cabeza del negro, más alta que la suya, pareció inclinarse, fuera del cielo, contra el cielo.

-Es un blanco -dijo suavemente, sin volver la cabeza-. ¿Qué es lo que quiere, blanco? ¿Busca a alguien?

La voz no tenía nada de amenazador, nada de servil tampoco.

-Ven aquí, Jupe -dijo el que había seguido a las mujeres.

-¿A quién busca, jefe? -dijo el negro. -Jupe -dijo una de las mujeres, con voz un poco aguda-, no te quedes ahí, vámonos.

Durante un instante, las dos cabezas, la clara y la oscura, mezclando sus alientos, parecían estar suspendidas de las tinieblas. Después, la cabeza del negro pareció flotar y desaparecer. Un viento fresco sopló de alguna parte. Christmas se volvió lentamente y, viendo cómo se disolvían, cómo se desvanecían de nuevo en la carretera pálida, advirtió que tenía una navaja barbera en la mano. No estaba abierta. No era por miedo.

-¡Perras! -dijo en voz bastante alta-. ¡Hijos de perra!

El viento soplaba, oscuro y frío. Hasta el polvo estaba frío, a través de los zapatos. «¿Qué es lo que tengo, Dios?», pensó Christmas. Volvió a meter la navaja en el bolsillo y se detuvo para encender un cigarrillo. Para poder sostenerlo tuvo que humedecer los labios varias veces. Al resplandor de la cerilla pudo ver que sus manos temblaban. «¡Cuántas complicaciones!», pensó. «¡Cuántas malditas complicaciones!», dijo en voz alta, reanudando la marcha. Levantó los ojos hacia las estrellas, hacia el cielo. «Deben de ser ya cerca de las diez», pensó. Luego, casi al mismo tiempo, oyó que sonaban diez campanadas en el reloj del



juzgado, a unas dos millas de allí. Los diez toques de campana vibraron, lentos, rítmicos, claros. Christmas los contó y se detuvo de nuevo en la carretera vacía y solitaria. «Las diez -pensó-, ayer también oí tocar las diez. Y las once. Y las doce. Pero no oí la una. Tal vez había cambiado el viento.»

Cuando, aquella noche, oyó tocar las once, estaba sentado, apoyado contra un árbol, cerca de la valla rota, y, tras él, se alzaba la casa, negra, escondida en su espesa arboleda. Esta vez no pensaba *tal vez ella tampoco duerme* No pensaba en nada. El pensamiento no había empezado todavía. Las voces tampoco habían empezado. Y él se quedó allí, sentado, sin moverse, hasta el momento en que oyó que, a lo lejos, el reloj daba las once. Entonces se levantó y se dirigió hacia la casa. No iba deprisa. Ni siquiera entonces pensó *Va a suceder algo. Me va a suceder algo*

## 6.

La memoria cree antes de que el conocimiento recuerde. Cree mucho más tiempo que recuerda, mucho más tiempo del que tarda el conocimiento en preguntarse. Conoce, recuerda, cree un pasillo en un largo edificio frío, arruinado, lleno de ecos, un largo edificio de ladrillos de un tojo sombrío manchados por la lluvia de más chimeneas que las suyas, construido sobre una especie de aglomerado de carbonillas sin una brizna de hierba, rodeado de fábricas humeantes y ceñido por una cerca de alambre de tres metros de altura, como una penitenciaría o un jardín zoológico. Y, allí dentro, con un piar infantil de gorriones, unos huérfanos uniformemente vestidos con tela azul surgen en visiones locas y furtivas, desaparecen, después, de la memoria, pero quedan constantemente en el conocimiento, tan constantemente como las paredes frías, las ventanas frías donde la lluvia de carbón de las chimeneas vecinas corre en regueros de lágrimas negras.

En el pasillo callado y vacío, a la hora tranquila del comienzo de la tarde, él parecía una sombra, pequeño incluso para sus cinco años, discreto y silencioso como una sombra. Cualquiera que hubiese estado en el pasillo no habría sabido decir exactamente cuándo y dónde había desaparecido aquella sombra, por qué puerta, en qué habitación. Pero no había nadie en el pasillo a aquella hora. El lo sabía. Pronto haría un año que lo hacía, desde el día en que, por azar, descubrió la pasta dentífrica que usaba la mujer encargada del refectorio.

Una vez en la habitación, se dirigió, con los pies descalzos y silenciosos, directamente hacia el tocador en donde se encontraba el tubo. Estaba mirando cómo se retorció el gusano rosado, suave, fresco, lento, sobre su dedo color de pergamino, cuando oyó pisadas en el pasillo, y luego voces, justamente detrás de la puerta. Acaso reconoció la voz de la mujer. Pero, fuese como fuese, no esperó a saber si entraban o no. Con el tubo en la mano, siempre silencioso como una sombra, con los pies descalzos, cruzó la habitación y se deslizó por debajo de una cortina que cerraba un rincón del cuarto. Y se acuclilló entre unos zapatos delicados y la suavidad de la ropa interior femenina que estaba allí colgada. Y acuclillado oyó entrar en la habitación a la encargada del refectorio y a su acompañante.

Para él, entonces, aquella mujer no era más que un accesorio mecánico de la acción de comer, de los alimentos, del refectorio, de la ceremonia de las comidas sobre los bancos de madera; un accesorio que a veces cruzaba por su campo visual sin impresionarle más que como algo agradable por asociación de ideas, agradable de ver en sí misma. Joven, regordeta, suave, rosa y blanca, traía a su mente la imagen del refectorio, le ponía en la boca la idea de algo dulce y untuoso, rosa también, y clandestino. El día en que descubrió la pasta dentífrica en su habitación fue derecho hacia ella; él, que ni siquiera había oído hablar de pasta dentífrica. Era como si ya supiese que la mujer tenía algo de esa naturaleza y que lo encontraría allí. Conocía también la voz del acompañante. Era la de un interno del hospital del condado que ayudaba al médico de la parroquia, un rostro familiar en la casa y que todavía no era el de un enemigo.

Ahora detrás de la cortina, se sentía seguro. Cuando los otros se fuesen, volvería a poner en su sitio la pasta dentífrica y se iría él también. Así que seguía en cuclillas detrás de la cortina, oyendo, sin escuchar, el murmurar ardiente de la mujer. «¡No! ¡No! ¡Aquí no! ¡Ahora no! Podrían descubrirnos. Alguien podría... ¡No, Charley, por favor!» En cuanto a las palabras del hombre, no podía comprenderlas. La voz también era baja. Tenía un tono brusco, como lo tenían para él, en aquella época, todas las voces de hombre, pues aún era muy joven para escaparse del mundo de las mujeres y disfrutar de un breve respiro, tras el cual tendría que volver a él y quedarse dentro de él hasta la hora de su muerte. Oyó otros ruidos conocidos, un roce de pies, la vuelta de una llave en la cerradura. «¡No, Charley! ¡Charley, te lo mego! ¡Te lo ruego, Charley!», susurraba la mujer. Oyó otros ruidos, roces, murmullos, pero no palabras. No escuchaba. Simplemente esperaba, pensando, sin prestar atención, sin ningún

interés particular, que era una hora muy rara de meterse en la cama. Y, de nuevo, el murmullo desfalleciente de la mujer pasó a través de la cortina leve: «¡Tengo miedo! ¡Date prisa! ¡Date prisa!»

Y él en cuclillas, entre los zapatos y las sedosas prendas interiores impregnadas de olor a mujer. Vio, sólo por el tacto, que el tubo antes cilíndrico era aplastado ahora. Por el gusto, sin ver, contempló el gusano fresco, invisible, que se enroscaba en su dedo y que, automáticamente, le embadurnaba la boca con su sabor áspero y azucarado. En cualquier otra ocasión no lo habría comido más que una vez y luego habría colocado el tubo sobre el tocador y se habría marchado. A pesar de sus cinco años, sabía que no debía tomar más que eso. Tal vez su instinto animal le advertía que, si tomaba más, la mujer se daría cuenta. Era la primera vez que había tomado más. Escondido y esperando, había tomado ahora mucho más. Vio, por el tacto, que el tubo disminuía. Comenzó a transpirar. Advirtió entonces que ya hacía mucho tiempo que sudaba, que desde hacía un raro no podía hacer otra cosa que sudar. Ahora ya no oía nada. Detrás de su cortina, ni siquiera habría oído un tiro de fusil. Parecía haberse metido dentro de sí mismo. Parecía mirar cómo sudaba, mirar cómo su boca se iba embadurnando con otro gusano de pasta que su estómago rechazaba, con otro gusano que, de seguro, no conseguiría descender. Inmóvil, ahora, absolutamente contemplativo, parecía inclinado sobre sí mismo, como un alquimista en su laboratorio, esperando. La espera no fue larga. Bruscamente, la pasta que ya había tragado se sublevó dentro de él, en un esfuerzo por salir, para encontrarse otra vez al aire libre. Ya no era azucarada. En la oscuridad impregnada del olor rosa de mujer, estaba acuclillado detrás de la cortina, con una espuma rosa en los labios, oyendo a sus entrañas, esperando con un fanatismo atónito lo que le iba a suceder. Y aquello llegó. Entonces se dijo a sí mismo, con un abandono de una pasividad completa: «¡Bueno, ya está!»

Cuando la cortina fue arrancada, ni siquiera levantó la vista. Cuando las manos le sacaron violentamente de su vómito, no se resistió. Se dejó agarrar por aquellas dos manos, flácido, mirando con la boca abierta, con unos ojos vidriosos de idiota, el rostro que ya no era blanco y rosa, sino que estaba encuadrado por unos cabellos bárbaramente desgreñados, aquellos mismos cabellos cuyas crenchas lisas solían hacerle pensar en los bombones. «Tú, pequeña rata! -silbó la voz delgada y furiosa-. ¡Pequeña rata! ¡Cochino bastardo negro!»

La encargada del refectorio tenía veintisiete años. Era lo bastante

adulta para arriesgarse en algunas aventuras amorosas y lo bastante joven todavía para conceder una extremada importancia no tanto al amor como al temor de ser sorprendida haciéndolo. Era lo suficientemente estúpida para creer que un niño de cinco años podría deducir la verdad de lo que había oído, y de sentir, como un adulto, la necesidad de contarlo todo. Por esa razón, durante los dos días siguientes, cuando le parecía que no podía mirar a ninguna parte, ir a ninguna parte, sin encontrar al niño observándola con ese aire de profunda e intensa perplejidad de los animales, le colmó también con otros atributos de adulto: se figuró que, no sólo tenía la intención de hablar, sino que retrasaba expresamente el momento de hacerlo con el fin de que ella padeciese más. No se le ocurrió pensar que era precisamente el niño quien, figurándose que había sido sorprendido en pecado, se atormentaba con la idea del castigo diferido; y que, si se lo encontraba con tanta frecuencia, era porque el niño quería acabar de una vez, recibir los latigazos y, después de saldada la cuenta, no pensar más en ello.

Al finalizar el segundo día, la mujer había llegado al límite de la desesperación. Ni siquiera dormía. Durante la mayor parte de la noche estaba crispada, apretando los dientes y las manos, jadeando de rabia y de terror y, lo que aún era peor, de arrepentimiento: un ciego furor de volver atrás, aunque sólo fuese una hora, un segundo. Hasta el amor estaba excluido durante aquel lapso de tiempo. Ahora, el joven médico contaba para ella menos que el niño. Ya no era más que el instrumento de su desgracia, no el de su salvación. No habría sabido decir a cuál de los dos odiaba más. Ni siquiera habría sabido decir cuándo estaba dormida y cuándo estaba despierta. Porque siempre, pegado a sus párpados y a su retina, veía, vigilándola, el pequeño rostro inmóvil, grave, inevitable, color de pergamino.

Al tercer día salió de aquel estado comatoso, sonambúlico, durante el cual, a las horas de la luz y de los rostros, ella llevaba su propia cara como una máscara dolorosa, fijada en una mueca de disimulo que no se atrevía a borrar. Al tercer día comenzó a actuar. No le fue difícil encontrar al niño. Lo encontró en el pasillo, en el pasillo vacío, durante la tranquila hora de la siesta. Estaba allí, sin hacer nada. Quizá la había seguido. Nadie habría podido decir si la esperaba o no. Pero ella no se sorprendió nada de encontrarlo, y él la oyó, y se volvió, y no se sorprendió al verla: dos rostros, uno que ya no era ni dulce, ni blanco y rosa, y otro que estaba serio, con la mirada tranquila, totalmente vacío de todo, excepto de espera. «Por fin se acabará todo», pensó el niño.

-Escucha -dijo ella.

Luego se calló, con los ojos clavados en él. Como si ya no tuviera nada que decir. El niño esperaba, callado, inmóvil. Lentamente, gradualmente, los músculos de su espalda se iban poniendo planos, rígidos, tensos como tablas.

El niño no respondió. Pensaba que todos deberían haber comprendido que por nada del mundo se le ocurriría hablar de lo de la pasta dentífrica, de lo del vómito. No le miraba la cara, le miraba las manos, y esperaba. Una de ellas estaba crispada en el fondo del bolsillo de la falda. A través de la tela se podía ver que estaba fuertemente crispada. El niño no había recibido nunca un puñetazo. Tampoco había esperado nunca tres días a que le castigasen. Cuando vio que la mano salía del bolsillo *creyó* que iba a golpearle. Pero no; la mano no hizo más que abrirse delante de sus ojos. Había en ella un dólar de plata. Con una voz delgada, apremiante, la mujer murmuró, a pesar de que el pasillo estaba desierto a su alrededor.

-Con eso podrás comprar un montón de cosas. ¡Un dólar!

Era la primera vez que el niño veía un dólar, aunque no ignoraba lo que era. Lo miró. Lo deseaba como habría deseado la cápsula brillante de una botella de cerveza. Pero no creía que ella se lo diese, porque él no lo habría dado si lo hubiese tenido. No sabía lo que ella quería que hiciese. Esperaba que le golpeasen y que le dejasen en libertad después. La voz continuó, apremiante, tensa, rápida:

-Un dólar. ¿Lo ves? ¡Podrás comprar muchas cosas! Cosas de comer, todos los días, durante una semana. Y el mes que viene a lo mejor te doy otro.

El niño no se movía, no hablaba. Parecía esculpido, como un gran juguete: pequeño, inmóvil, la cabeza redonda, los ojos redondos, el delantal. El asombro, la sorpresa, la rebeldía le petrificaban. Con los ojos fijos en el dólar, le parecía ver muchos tubos de pasta dentífrica apilados, en filas, como troncos de árboles, interminables, terroríficos. Todo su ser se contrajo en una revulsión profunda, apasionada.

-No quiero más -dijo-. Nunca querré más -pensó.

Después, no se atrevió ni a mirarla a la cara. Podía sentirla, verla, a ella y su respiración angustiosa *Ya está. Ahora va a ser* pensó como un relámpago. Pero ella ni siquiera lo zarandeó. Se limitó a agarrarlo fuertemente, sin zarandearlo, como si sus manos tampoco supieran qué partido tomar. La mujer tenía el rostro tan cerca del rostro del niño que éste sentía su aliento en la mejilla. No tenía necesidad de alzar los ojos para saber cuál era la expresión de su cara.

-¡Entonces cuéntalo! -dijo ella-. ¡Cuéntalo, cochino mestizo! ¡Maldito

bastardo negro!

Esto ocurría el tercer día. El cuarto día, la mujer se volvió totalmente y pacíficamente loca. Ya no haría proyectos. Sus acciones se redujeron a obedecer a una especie de adivinación, como si los días y las noches de insomnio durante los cuales había alimentado, bajo su máscara, su temor y su furor, hubiesen desarrollado en ella unas virtudes psíquicas que vinieran a sumarse a la infalibilidad natural de la mujer para concebir espontáneamente el mal.

Se volvió muy pacífica. Por el momento, se había liberado incluso del sentimiento de urgencia. Era como si ahora tuviese tiempo de cambiar de opinión y de trazar sus planes. Miró a su alrededor y su mirada, su mente, su pensamiento fueron inmediatamente, directamente hacia el conserje sentado a la puerta del cuarto en el que se encontraba el calorífico. Sin ningún razonamiento, sin ningún designio. La mujer pareció, simplemente, mirar un instante fuera de sí misma, igual que un viajero mira por la ventanilla de un vagón, y vio, sin la menor sorpresa, a aquel hombrecito sucio, sentado en una butaca de rejilla en el hueco de una puerta negra de hollín, ocupado en leer, a través de sus lentes de montura metálica, un libro abierto sobre sus rodillas. Figura, objeto casi, de la que tenía conciencia desde hacía cinco años, sin haberla mirado realmente ni una sola vez. En la calle, no habría reconocido su rostro. Habría pasado junto a él sin prestarle atención, aunque se trataba de un hombre. La vida le parecía ahora recta y sencilla, como un pasillo en cuyo final se encontraba sentado aquel hombre. La mujer se dirigió en seguida hacia él y, antes incluso de advertir que se ponía en movimiento, ya se había adentrado en el sucio sendero que conducía a la puerta ante la cual estaba sentado el hombre en la butaca de rejilla, con un libro abierto en las rodillas. Al acercarse, la mujer vio que era la Biblia. Pero advirtió esto como habría advertido una mosca posada sobre la pierna del hombre.

-Usted también le detesta -dijo ella-. También usted le vigila. Yo lo he visto. No diga que no.

El hombre alzó los ojos hacia ella, después de haberse puesto los lentes en la frente. El hombre no era viejo. En su actual oficio, parecía incongruente. En su juventud tuvo que ser un hombre rudo, un hombre que sin duda llevó una vida ruda y activa, pero a quien el tiempo, las circunstancias, algo, había traicionado, arrastrando el cuerpo robusto, el pensamiento de un hombre de cuarenta años, a aquella especie de remanso mucho más adecuado para un hombre de sesenta.

-Usted lo sabe -dijo ella-. Lo sabía antes de que los otros niños

empezasen a tratarlo de negro. Usted llegó aquí al mismo tiempo que él. Apenas hacía un mes que usted estaba aquí cuando Charley lo encontró allá abajo, la noche de Navidad, en los escalones de la puerta. Contesté.

El rostro del hombre era redondo, un poco blanco, mal afeitado, de aspecto sucio. Sus ojos eran claros, grises, fríos. Un poco de loco, también. Pero la mujer no lo notó. O tal vez a ella no le parecían de loco. Así que comenzaron a mirarse en medio del hueco de la puerta negra de hollín: ojos de loco hundiéndose en ojos de loco, voz de loco hablando a una voz de loco, ambas tan calmadas, tan apacibles, tan concisas como dos conspiradoras.

-Hace cinco años que le observo -ella se figuraba que decía la verdad-, sentado ahí, en esa misma silla, vigilándolos. Usted sólo se sienta ahí cuando los niños están fuera. En cuanto ellos salen, coloca su silla delante de esa puerta y se sienta en ella para poder observarle. Le observa y oye cómo los demás le llaman negro. Eso es lo que usted hace. Lo sé muy bien. Vino aquí sólo para eso, para vigilarle y odiarle. En cuanto él llega, ya está usted aquí, preparado. Quizás fue usted mismo quien lo trajo y lo dejó allí, en los escalones. Bueno, de todas formas, usted sabe. Y yo también necesito saber. En cuanto él hable, me echarán a la calle. Y Charles podría quizás... seguramente... Dígamelo. Dígamelo todo en seguida.

-¡Ah! -dijo el conserje-. Yo sabía que él estaría allí para sorprenderla cuando Dios señalara la hora. Lo sabía. Y sé que Dios lo envió como signo y condena de las porquerías de las mujeres.

-Sí, estaba detrás de la cortina. Tan cerca como lo está usted ahora. Ahora, dígamelo. He visto sus ojos cuando le mira. Le he observado. Durante cinco años.

-Ya lo sé -dijo él-. Sé lo que es el mal. ¿No fui yo quien hizo el mal y lo lanzó por esos mundos de Dios? Una contaminación ambulante ante la misma cara de Dios, eso es lo que he hecho. Por boca de los niños. El nunca lo ha ocultado. Usted los ha oído. Yo nunca les he dicho que lo digan, que le llamen conforme a su verdadera naturaleza, por el nombre de su condenación. Yo nunca se lo dije. Ellos lo sabían ya. Lo habían aprendido, pero no por mí. Me contenté con esperar la hora que Él considerase oportuna, la hora en que Él quisiera revelárselo a Su mundo de los vivos. Y la hora ha llegado. He aquí el signo, escrito de nuevo en el pecado de las mujeres y de sus porquerías.

-Sí. Pero, ¿qué debo hacer? Dígamelo.

-Esperar. Como yo he esperado. He esperado cinco años a que el Señor se moviera y me manifestase Su voluntad. Y Él lo ha hecho.

Espere usted también. Cuando Él se halle dispuesto a ello, manifestará Su voluntad a los que tienen que pronunciar la última palabra.

-Si, la última palabra.

Se miraban, inmóviles, respirando sin agitación.

-La directora. Cuando Él esté dispuesto, se lo revelará.

-¡Quiere usted decir que si la directora lo sabe la expulsará? Sí, pero yo no puedo esperar.

-Usted tampoco debe apremiar al Señor. ¿No he esperado yo cinco años?

La mujer comenzó a golpear ligeramente sus dos manos, una contra la otra.

-¿Pero no comprende? Quizás es la voluntad del Señor, como usted dice. Porque usted sabe. Quizás es la voluntad del Señor que usted me lo diga para que yo se lo repita a la directora.

Sus ojos de loca estaban bastante tranquilos, su voz era tranquila y apacible. Sólo sus manos se agitaban ligeramente, incesantemente.

-Usted esperará como he esperado yo mismo -dijo él-. Durante tres días tal vez ha sentido usted, toda llena de remordimientos, el peso de la mano del Señor. Pero yo he vivido bajo ese peso durante cinco años, vigilante, esperando Su buena voluntad, porque mi pecado, el mío, es más grave que el pecado de usted.

Aunque la miraba a la cara, no parecía verla, al menos con sus ojos. Muy abiertos, congelados, fanáticos, sus ojos la miraban como si fuesen ciegos.

-Comparado con lo que yo he hecho, con lo que yo he sufrido para expiarlo, lo que usted ha hecho, su sufrimiento de mujer, sólo supone un puñado de lodo corrompido. Yo he llevado mi carga durante cinco años. ¿Quién es usted para apremiar a Dios con sus pequeñas inmundicias de mujer?

Ella se volvió bruscamente:

-Después de todo, no necesita usted decírmelo. Ya lo sé. Siempre he sabido que tiene sangre negra.

Regresó a la casa. Ahora no caminaba tan deprisa y bostezaba terriblemente: «Sólo puedo hacer una cosa: inventar un medio de hacérselo creer a la directora. El no se lo dirá nunca. Nunca me apoyará.» Bostezó de nuevo, inmensamente, con el rostro repentinamente vacío, vacío de todo, excepto del bostezo, y después vacío hasta del bostezo mismo. Ahora acababa de pensar otra cosa. No había pensado en ello antes, pero creía que lo había pensado, que lo había sabido siempre, puesto que le parecía muy justo: el niño no sólo sería expulsado, sino castigado también por haberla aterrorizado,



por haberla atormentado. «Lo enviarán al orfanato de negros -pensó-. Naturalmente. Tendrán que hacerlo.»

Ni siquiera fue entonces a ver a la directora. Tuvo, en principio, esa intención, pero en lugar de doblar ante la puerta del despacho, advirtió que la pasaba de largo, que continuaba hacia la escalera y que subía por ella. Era como si se siguiese a sí misma para ver a dónde iba. En el pasillo, tranquilo y vacío, bostezó de nuevo, con un alivio total. Entró en su habitación, cerró la puerta con llave, se desnudó y se metió en la cama. Las persianas estaban bajadas y ella estaba tendida boca arriba, inmóvil, en una oscuridad casi completa. Sus ojos estaban cerrados, su cara apacible y vacía. Al cabo de un rato entreabrió las piernas, las cerró después, lentamente, sintiendo que resbalaban sobre ellas las sábanas frescas y lisas, y que luego resbalaban otra vez, lisas y cálidas ahora. Su pensamiento parecía suspendido entre el sueño que huía de ella desde hacía tres noches y el sueño que se disponía a disfrutar, con el cuerpo abierto, preparado para recibirlo como habría recibido a un hombre. «Sólo puedo hacer una cosa: convencer a la directora», pensó.

Luego, pensó *Parecerá exactamente un guisante en una cazuela llena de granos de café.*

Esto ocurría por la tarde. A las nueve de aquella misma noche, cuando se estaba desnudando de nuevo, oyó que el conserje caminaba por el pasillo y se dirigía hacia su puerta. Ella no lo sabía, no podía saber quién era, y sin embargo, estaba segura de ello sólo con oír los pasos regulares y, luego, los golpes en la puerta, que comenzó a abrirse antes de que hubiera tenido tiempo de precipitarse a sujetarla. Pero no llamó. Saltó hacia la puerta y se apoyó en ella, con todo su peso, para mantenerla cerrada. «Me estoy desnudando», dijo, con una voz débil, agonizante, sabiendo quién estaba allí. El no respondió, pero empujaba, con una presión firme y continua, sobre la puerta que cedía, que ensanchaba lentamente su resquicio.

-¡Usted no puede entrar aquí! -grito ella con una voz que parecía un murmullo-. ¿No sabe que...?

La voz desesperada jadeaba, desfallecía. El no respondió. La mujer trató de detener, de impedir la lenta progresión de la puerta.

-Déjeme que me cubra un poco y saldré. ¿Quiere?

La mujer hablaba con ese tono desfalleciente, leve, distanciado que se emplea con las personas de reacciones imprevisibles, con los niños, con los locos; un tono apaciguador, engatusador.

-Espere un poco, ¿oye? ¿Quiere esperar un poco?

Él no respondió. La puerta seguía reptando, lenta, irresistible. Apoyada

contra ella, vestida únicamente con su combinación, la mujer era como una marioneta en una parodia burlesca de raptó y de desesperación. Apuntalada, inmóvil, con la cabeza agachada, parecía sumergida en pensamientos profundos, como si la marioneta, en pleno centro del escenario, se hubiese perdido dentro de sí misma. Luego se volvió y, dejando la puerta abierta, saltó hacia la cama, cogió al vuelo un vestido, giró sobre sí misma y dio cara a la puerta, protegida, oculta por el vestido que sostenía crispadamente sobre su pecho. El hombre había entrado. La había observado, sin duda, y había esperado durante aquel corto instante de vacilación ciega y de prisa infinita. Llevaba el mismo delantal, pero ahora tenía un sombrero. No se lo quitó. De nuevo sus ojos grises y fríos no parecían verla, no parecían mirarla.

-Aunque fuese el Señor mismo quien entrase en la alcoba de una de vosotras -dijo-, seguiríais pensando que era para alguna porquería.

Y añadió:

-Se lo ha dicho ya?

La mujer estaba sentada en la cama. Parecía hundirse en ella lentamente, aferrada al vestido. Le observaba con cara lívida.

-Si se lo he dicho?

-¿Qué va a hacer con él?

-Hacer con quién?

Ella le observaba, observaba aquellos ojos quietos y brillantes que más parecían envolverla que mirarla. Ella entreabrió la boca, como una idiota.

-¿A dónde va a enviarle?

Ella no respondió.

-No me mienta. No mienta al Señor. Le enviarán al orfanato de los negros.

Ella cerró la boca. Era como si al fin comprendiese de lo que hablaba el hombre.

-Sí, he reflexionado. Le enviarán al asilo de niños negros.

Ella no respondió, pero ahora le observaba con los ojos todavía un poco inquietos, pero también cautelosos, calculadores. El también la miraba ahora. Sus ojos parecían contraerse sobre su forma, sobre todo su ser.

-¡Mírame, Jezabel! -gritó.

-Sssss... -dijo ella-. Sí. Tendrán que hacerlo, cuando lo descubran...

Su mirada se apagó. Sus ojos la abandonaron para envolverla de nuevo. Cuando los miraba, la mujer creía verse a sí misma en ellos, menos que nada, tan insignificante como una briznilla flotando en el agua de un estanque. Después, los ojos se hicieron casi humanos. El

hombre comenzó a mirarlo todo en aquella alcoba de mujer, como si nunca hubiera visto ninguna: habitación cerrada, cálida, con su desorden lleno de un olor rosa de mujer.

-Estiércol, inmundicias de mujer dijo -. Ante la misma cara de Dios. Dio media vuelta y se fue. Al cabo de un instante, la mujer se levantó. Estuvo un momento de pie, con las manos crispadas en su vestido, inmóvil, estúpida, los ojos fijos en la puerta vacía, como si no fuese capaz de imaginar el consejo que podría darse a sí misma. Después corrió, saltó hacia la puerta, se echó sobre ella, la cerró de un golpe, apuntalada en ella, dio vuelta a la llave, jadeante, con las dos manos crispadas sobre la llave.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, el portero y el niño habían desaparecido sin dejar el menor rastro. La policía fue avisada inmediatamente. Se comprobó que una puerta lateral, cuya llave tenía el portero, había quedado abierta.

-Eso es porque lo sabe -dijo la encargada del refectorio.

-Sabe qué? -dijo la directora.

-Que ese niño, el pequeño Christmas, es un negro.

-Un qué? -dijo la directora.

Derrumbada en su sillón, la directora miraba a la joven con un gesto aterrado.

-¿Un ne...? No lo creo -gritó-. ¡No lo creo en absoluto!

-No está usted obligada a creerlo -dijo la otra-. Pero él sí que lo sabe. Y lo ha raptado por eso.

La directora ya había pasado de la cincuentena. Tenía un rostro blanco, con unos ojos inseguros, débiles, vencidos.

-No lo creo -dijo.

Pero, tres días después, hizo buscar a la encargada del refectorio. Tenía aspecto de no haber dormido desde hacía tiempo. La joven, por el contrario, estaba fresca y despejada. Permaneció impasible cuando la directora le comunicó la noticia: el hombre y el niño habían sido encontrados.

-En Little Rock -dijo la directora-. Trató de hacer que el niño entrase en un orfanato de allí. Le tomaron por un loco y no le perdieron de vista hasta que llegó la policía.

La directora miró a la joven.

-Me dijo usted... el otro día, me dijo usted que... ¿Cómo lo sabía?

La joven no apartó la vista.

-No lo sabía. No tenía ni idea. Sabía, naturalmente, que el hecho de

que los otros niños le llamaran «negro» no significaba gran cosa.

-¿Negro? -dijo la directora-. ¿Los otros niños?

-Hace años que le llaman «negro». He llegado a creer que los niños tienen un don que les permite adivinar cosas que las personas mayores, de su edad o de la mía, no pueden ver. Los niños y las gentes de edad, como él, como ese viejo. Por eso se sentaba siempre, ahí afuera, delante de la puerta, cuando jugaban en el patio: para observar al niño. Tal vez lo descubrió al oír a los otros niños llamarle «negro». O tal vez ya lo sabía antes. No hacía un mes que trabajaba aquí cuando aquella noche, la noche de Navidad, ¿recuerda...? cuando Ch... cuando encontraron al niño en la escalera de la entrada.

Hablaba suavemente, observando los ojos de la otra, los ojos asombrados, temerosos, que se clavaban en los suyos como si ella no fuese capaz de apartarlos. Los ojos de la joven eran dulces e inocentes.

-Y, el otro día, estábamos charlando, y me pareció que él tenía algo que decirme sobre el niño. Era algo que quería decirme, que quería decir a alguien. Y al final le faltó valor, se negó a decírmelo y yo me fui. No volví a pensar en ello. Aquello se me había ido por completo de la memoria cuando...

Su voz se cortó. Miró a la directora y su rostro pareció iluminarse como si acabase de comprender: nadie habría podido decir si era simulado o no.

-Pero... entonces... por eso me... ¡Claro! Ahora lo comprendo todo. Lo que pasó precisamente el día de su desaparición. Yo estaba en el pasillo, iba a mi cuarto. Fue el mismo día que estuvimos charlando y él se negó a terminar lo que había empezado a contarme. De pronto, se acercó a mí y me detuvo. Aquello me pareció muy raro, porque nunca le había visto en el interior de la casa. Y me dijo... hablaba como un loco. Tenía el aspecto de un loco. Yo tenía miedo, demasiado miedo para poder moverme, y él estaba allí, delante de mí, bloqueando el pasillo... Me dijo: «¿Se lo ha dicho?» Y yo dije: «¿A quién? ¿A quién y qué?» Y después comprendí que pensaba en usted... que quería saber si yo le había dicho a usted que él quiso decirme algo con respecto al niño. Pero yo no sabía lo que él pensaba que habría podido decirle, y tenía ganas de pedir socorro, y luego, él dijo: «¿Qué hará ella, si lo sabe?» Y yo no sabía qué decirle, ni cómo me libraría de él, y él *agregó*: «No necesita decírmelo. Sé lo que hará. Le enviará al orfanato de los negros.»

-¿Al orfanato de los negros?

-No comprendo cómo hemos estado tanto tiempo sin darnos cuenta.

No hay más que mirar su cara, sus ojos, sus cabellos. Es terrible, evidentemente. Pero supongo que tendrá que ir allí.

Detrás de las gafas, los ojos débiles, turbios, de la directora tenían una expresión de acorralamiento, una expresión paralizada, como si intentara obligarlos a hacer algo físicamente imposible.

-¿Pero por qué ha querido secuestrar al niño?

-Bueno, si usted quiere mi opinión, creo que está loco. ¡Si le hubiera visto, en el pasillo, aquella noc... aquel día...! Evidentemente, no será nada agradable para el niño tener que ir a un asilo de negros después de haber estado en éste, después de haber sido educado con blancos. Si es así, él no tiene la culpa. Ni nosotros tenemos la culpa, tampoco.

Se interrumpió, con los ojos puestos en la directora. Detrás de las gafas, los ojos de la otra mujer seguían acorralados, débiles, desamparados. Su boca temblaba, como para esbozar un discurso. Sus palabras también eran desamparadas, pero, no obstante, se sentía en ellas la decisión, una cierta determinación.

-Hay que colocarle en casa de alguien. Hay que colocarle en seguida. ¿Qué solicitudes tenemos? Haga el favor de acercarme el fichero...

Cuando el niño se despertó, alguien le llevaba. Estaba muy oscuro y hacía mucho frío. Le bajaban en silencio, con cuidado infinito. Prensado entre él y uno de los brazos que le sostenían, había un bulto. El sabía que era su ropa. No gritó, no hizo ningún ruido. Sabía dónde estaba por el olor, era el aire de la escalera que unía la puerta lateral con el dormitorio en donde él, hasta donde llegaba su memoria, había ocupado una de las cuarenta camas. También sabía, por el olor, que la persona que le llevaba era un hombre. Pero no hizo ningún ruido, permaneció tan inmóvil, con tanto abandono como si durmiese. Avanzando por lo alto, entre los brazos invisibles, iba descendiendo lentamente hacia la puerta lateral que daba al patio de recreo.

No sabía quién le llevaba, y esto le importaba muy poco porque creía saber a dónde iba. O, más bien, por qué iba. Y no le importaba tampoco saber a dónde. Aquello le hacía volver atrás dos años, a la época en que él tenía tres.

Un día, cierta niña de doce años llamada Alice desapareció. El la había querido mucho, la había querido lo bastante para dejarla que le mimase un poco; o tal vez por eso. Y le parecía muy mayor, casi tan mayor como las mujeres que le daban de comer, que le lavaban y le metían en la cama, con la diferencia de que la niña le despertó. Le vino a decir adiós, pero él no lo sabía. Tenía sueño y gruñó un poco. Despierto a medias, la dejó hacer, porque siempre se había esforzado

en ser buena con él. No sabía que la niña lloraba, porque aún no sabía que las personas mayores lloran y, cuando lo supo, su memoria la había olvidado. Se volvió a dormir tolerándola junto a él y, al día siguiente por la mañana, la niña se había ido. Se había esfumado, sin dejar la menor huella, ni siquiera un vestido. Incluso la cama donde ella dormía estaba ocupada ya por un niño nuevo. Nunca llegó a saber a dónde había ido. Aquel día oyó hablar a algunas de las «mayores» que le habían ayudado a preparar la marcha, con manos susurrantes, afelpadas, sigilosas, como seis muchachas que hiciesen los preparativos para el matrimonio de una séptima. Las oyó hablar, con voces siempre ahogadas, del vestido nuevo, de los zapatos nuevos, del coche que había venido a buscarla. Comprendió entonces que se había ido para siempre, que había franqueado para siempre la verja de hierro, la cerca de alambre. Entonces le pareció que la veía desaparecer, como una heroína, por detrás de la chirriante cancela, y esfumarse, sin disminuir de tamaño, en un resplandor que él no habría podido llamar por su nombre, en una especie de puesta de sol. Hasta un año después no supo que no había sido la primera y que no sería la última. Que Alice no era la única que desaparecía así, detrás de la cancela chirriante, con un vestido nuevo o un delantal nuevo, y un pequeño hatillo, a veces no más grande que una caja de zapatos. El creía, ahora, que había llegado su turno. Ahora creía saber cómo habían conseguido desaparecer todos sin dejar rastro. Creía que se los habían llevado como le llevaban ahora a él en lo más profundo de la noche.

Podía sentir la puerta: estaba allí, muy cerca. Sabía cuántos escalones invisibles tenía que descender aún el hombre que le llevaba, siempre con sus precauciones infinitas, silenciosas. Podía sentir en su mejilla el aliento del hombre, tranquilo, rápido y caliente. Bajo él, podía sentir los brazos llenos, rígidos, y el blando fardo en donde él sabía que iba su ropa, recogida a tientas en la oscuridad. El hombre se detuvo. Se agachó luego, y los pies del niño se balancearon y tocaron el suelo. Al contacto de la madera, de un frío de acero, sus dedos se encogieron. El hombre habló por primera vez:

-Quédate de pie -dijo.

Y el niño, entonces, supo quién era. Reconoció al hombre inmediatamente, sin la menor sorpresa.

La sorpresa habría sido para la directora si hubiese sabido hasta qué punto el niño conocía al hombre. No conocía el nombre del hombre y, durante aquellos tres últimos años que había vivido como un pequeño ser dotado de sensibilidad, no había hablado con él ni cien palabras.

Pero, en la vida del niño, el hombre era el personaje más definido; más definido, incluso, que Alice. Ya a los tres años, el niño comprendió que había entre ellos algo que no era necesario expresar. Sabía que nunca había podido estar en el patio sin que el hombre le observase desde su silla, en la puerta del cuarto de las calderas, y sabía que el hombre le observaba con una atención profunda, obstinada. Si el niño hubiese tenido más edad, acaso habría pensado *Me odia y me tiene miedo. Tanto, que no puede perderme de vista*. Teniendo la edad que tenía, pero con un vocabulario más completo, habría podido pensar *Por eso soy diferente de los otros: porque él me está observando siempre*. Aceptaba el hecho. Tampoco se asombró cuando llegó a comprender que el hombre le había cogido mientras dormía, que le había sacado de la cama y le había llevado hasta allí abajo. De pie, cerca de la puerta, en la oscuridad profunda y fría, mientras el hombre le ayudaba a vestirse, habría podido pensar *Me odia lo suficiente para impedir que alguna cosa que me amenace no se produzca*.

Se vestía dócilmente, tiritando, tan deprisa como le era posible. Ambos procuraban desenredar la ropa, ponerla de la mejor manera.

-Tus zapatos -dijo el hombre con su voz desfalleciente.

-Aquí están.

El niño se sentó en el suelo frío y se calzó sus zapatos. El hombre ya no le tocaba, pero el niño podía oír, podía sentir que el hombre estaba agachado también, haciendo algo. «Se pone sus zapatos también», pensó el niño. El hombre volvió a asirle a tientas y le hizo ponerse en pie. Los cordones de sus zapatos no estaban atados. Todavía no había aprendido a hacerlo solo. No le dijo al hombre que no los había atado. No hacía ningún ruido. Seguía allí, en pie, cuando, de pronto, le envolvió por completo una prenda más amplia. Comprendió, por el olor, que pertenecía al hombre. Y se sintió llevado de nuevo. La puerta se abrió, se entreabrió. El aire helado se precipitó por ella, junto con la luz de los faroles. El niño podía ver las luces y la blancura de las paredes de una fábrica y, sobre las estrellas, las altas chimeneas sin humo. La cerca de alambre se destacaba sobre los faroles como un desfile de soldados famélicos. Atravesaron el patio. Los pies colgantes del niño oscilaban al ritmo de los pasos del hombre, y los cordones de los zapatos le golpeaban en los tobillos. Llegaron a la verja de hierro y salieron.

El tranvía no se hizo esperar. Si hubiese tenido más edad, el niño habría advertido la precisión con que el hombre había calculado su tiempo. Pero no se sorprendió por ello. No lo advirtió. Estaba allí, de

pie, junto al hombre, en la esquina de la calle, con sus zapatos desatados, envuelto hasta los talones en la chaqueta del hombre, con los ojos muy abiertos, de par en par, y la carita serena y despierta. El tranvía llegó -hilera de cristales-, chirriando al detenerse, zumbando cuando subieron ellos. Estaba casi vacío, pues eran cerca de las dos. El hombre advirtió entonces los zapatos y los ató, bajo al mirada atenta del niño que, sentado, inmóvil en el banco, estiraba las piernas rígidamente delante de él. La estación estaba lejos y el niño, que ya había ido otras veces en tranvía, se quedó dormido. Cuando se despertó era ya de día y hacía un buen rato que estaban en el tren. Era la primera vez que iba en tren, pero nadie lo habría supuesto. Estaba sentado, muy tranquilo, igual que en el tranvía. La chaqueta del hombre le cubría por completo, excepto las piernas estiradas y la cabeza. Miraba el campo que iba transcurriendo, las colinas, los árboles, las vacas; el campo, que él veía por primera vez. Cuando el hombre vio que estaba despierto, sacó la comida envuelta en un trozo de papel de periódico. Era pan con jamón dentro. «Toma», dijo el hombre. El niño cogió el pan y se lo comió, mientras miraba por la ventanilla.

No decía nada. Nunca pareció asombrarse, ni siquiera cuando, al tercer día, los agentes de policía fueron a detenerles. El lugar en que se encontraban ahora no difería en nada del que habían dejado aquella noche: los mismos niños con nombres diferentes, las mismas personas mayores con olores diferentes. El niño no veía razón para permanecer en aquel segundo orfelinato, como tampoco la veía para haber dejado el primero. Pero no se sorprendió cuando vinieron a decirle de nuevo que se levantase y se vistiese, sin decirle para qué, sin decirle a dónde le llevarían esta vez. Quizás sabía que regresaba. Quizás, con su clarividencia de niño, había sabido siempre lo que el hombre no supo: que aquello no duraría, no podía durar. Una vez en el tren, volvió a ver las mismas colinas, los mismos árboles, las mismas vacas, pero en otro sentido, en dirección opuesta. El policía le dio de comer. Aunque no lo había sacado envuelto en un trozo de periódico, también era pan con jamón dentro. El niño se dio cuenta de ello, pero no dijo nada, tal vez no pensó nada.

Y se encontró de nuevo en su antigua casa. Quizás esperaba ser castigado a su regreso, aunque no esperaba saber nunca por qué, por qué delito exactamente, pues ya había aprendido que, si los niños pueden concebir a los adultos como adultos, los adultos, en cambio, sólo pueden concebir a los niños como adultos también. Ya había



olvidado la aventura de la pasta dentífrica. Ahora evitaba a la encargada del refectorio, del mismo modo que antes se atravesaba constantemente en su camino. Estaba tan ocupado en evitarla que había olvidado la razón hacía ya tiempo. No tardó en olvidar también el viaje, porque nunca sabría que había una relación entre ambas cosas. De vez en cuando, pensaba en él de una manera vaga, brumosa. Pero solamente cuando miraba hacia la puerta del cuarto de las calderas y recordaba al hombre que tenía costumbre de sentarse allí y que ahora había desaparecido, lo mismo que hacían todos los que dejaban la casa, sin dejar rastro, ni siquiera la silla del umbral. ¿Adónde se había ido? El niño no lo pensó, ni siquiera se preocupó por ello.

Una tarde vinieron a buscarle al aula. Fue quince días antes de Navidad. Dos mujeres jóvenes -la encargada del refectorio no era ninguna de ellas- le llevaron al cuarto de baño, le lavaron, peinaron sus cabellos húmedos, le pusieron un traje limpio y le condujeron al despacho de la directora. Un hombre estaba sentado en el despacho: un extraño. Miró al hombre y comprendió, incluso antes de que la directora hablase. Acaso era el conocimiento que da la memoria, el conocimiento que comienza a recordar; deseo, tal vez, también; porque, a los cinco años, se es demasiado joven para haber podido desesperar hasta el punto de saber esperar. Tal vez recordaba súbitamente el viaje en ferrocarril y lo que había comido, puesto que su memoria apenas llegaba más allá.

-Joseph -dijo la directora-, ¿qué te parecería si te enviásemos a vivir al campo con unas personas muy buenas?

Él estaba allí, de pie, con las orejas y la cara rojas y ardientes por los efectos del jabón áspero, de las toallas ásperas, con su traje nuevo, muy tieso, y escuchaba al forastero. Le vio de una ojeada. Un hombre grueso, con una barba oscura muy corta y unos cabellos muy cortos también, aunque el último corte no parecía muy reciente. Los pelos de la barba tenían algo de duro, de vigoroso. Ninguna hebra blanca, como si la pigmentación fuese impenetrable a los cuarenta y tantos años que su rostro revelaba. Sus ojos eran claros y fríos. Llevaba un traje de un color negro, rígido y correcto. En su rodilla descansaba un sombrero negro. Lo sostenía con una mano limpia, tosca, cerrada en forma de puño incluso sobre el suave fieltro del sombrero. Una pesada cadena de reloj, de plata, cruzaba su chaleco. Sus gruesos zapatos negros reposaban el uno junto al otro. Habían sido lustrados a mano. Incluso aquel niño de cinco años comprendía, al mirarle, que no usaba tabaco

y que, seguramente, no permitía que lo usase nadie. Pero el niño no miraba al hombre a causa de sus ojos.

Sin embargo, podía sentir cómo le miraba el hombre a él, con una fijeza fría e intensa, aunque sin dureza intencionada. Era la misma mirada con la que habría podido examinar un caballo o un arado de ocasión, convencido de antemano de que cerraría el trato. Su forma de hablar era decidida, extraña, reflexiva: la forma de hablar de un hombre que pide ser escuchado con más silencio que atención.

-¿Y tampoco puede usted, o no quiere usted, darme alguna información sobre su familia?

La directora no le miraba. Detrás de las gafas, sus ojos parecían coagulados, al menos por algún tiempo. Se apresuró a responder, tal vez se apresuro demasiado:

-Nosotros no nos esforzamos en descubrir a las familias. Como ya le he dicho, el niño fue encontrado en los escalones, delante de la puerta, la víspera de Navidad. Hará cinco años dentro de quince días. Si usted concede tanta importancia a la cuestión de familia sería mejor que no adoptase a nadie.

-No es exactamente eso lo que quería decir -dijo el forastero. Su tono era ahora algo más conciliador. Procuró excusarse sin renunciar ni a un átomo de su convicción-. Esperaba poder hablar con la señorita Atkins (era el nombre de la encargada del refectorio), puesto que fue ella quien trató conmigo el asunto.

La voz de la directora se hizo de nuevo fría y apresurada, y se alzó sin esperar siquiera a que el hombre hubiese acabado.

-Creo que yo puedo informarle sobre este niño tan bien como la señorita Atkins. Igual que sobre todos los demás. Oficialmente, ella sólo debe ocuparse del refectorio y de la cocina. Es una completa casualidad el que, en esta ocasión, haya tenido la bondad de servirnos de secretaria para escribirle a usted.

-No tiene importancia -dijo el forastero-, no tiene importancia... Sólo que había pensado que...

-¿Qué había pensado? Nunca forzamos a nadie a que se quede con nuestros niños. Ni forzamos tampoco a los niños a irse contra su voluntad si sus razones son válidas. Son ambas partes las que tienen que entenderse. Nosotros nos limitamos a aconsejar...

-Sí -dijo el forastero-. No tiene importancia, ya le digo. Estoy seguro de que el pequeño nos conviene. Encontrará un buen hogar, con la señora McEachern y conmigo. Ya no somos jóvenes y nos gusta la tranquilidad. No encontrará ni cocina refinada ni ociosidad. Ni tampoco mucho trabajo, sólo el que pueda hacer. Estoy seguro de que, con

nosotros, a pesar de sus antecedentes, aprenderá a vivir en el temor de Dios y a detestar la ociosidad y el orgullo.

De este modo, el pagaré que el niño había firmado, dos meses antes, con un tubo de pasta dentífrica, fue anulado. Y el firmante, que ya había olvidado, envuelto en una manta de caballo, pequeño, informe, sentado muy quieto en el pescante de una ligera calesa que traqueteaba en el crepúsculo de diciembre, se adentró por una carretera helada y excavada por las rodadas.

Marcharon durante todo el día. Al mediodía, el hombre le dio de comer. Había sacado de debajo del asiento una caja de cartón llena de comida campesina, preparada tres días antes. Luego, fue el único momento en que el hombre le habló. Sólo dijo dos palabras, señalando, con un puño enguantado y cerrado sobre el látigo, una única luz que brillaba en el atardecer, al final del camino.

-Nuestra casa -dijo.

El niño no dijo nada. El hombre bajó los ojos hacia él. También se había arropado contra el frío y se alzaba, fornido, macizo, informe, con algo de roca, indomable, más insensible que severo.

-Digo que ya estamos en casa.

El niño no respondió. Como nunca había tenido casa, no podía hablar de ello. Y era todavía demasiado joven para saber hablar sin decir nada.

-Aquí encontrarás la comida, el techo y los cuidados de dos buenos cristianos -dijo el hombre-. Y el trabajo, dentro del límite de tus fuerzas, impedirá que te comportes mal. Porque he de enseñarte en seguida que hay dos abominaciones: la pereza y el vagabundeo. Y dos virtudes: el trabajo y el temor de Dios.

El niño seguía sin decir nada. Nunca había trabajado ni temido a Dios. Todavía ignoraba más a Dios que al trabajo. Había visto el trabajo en forma de personas armadas de rastrillos y de palas, allá en el patio, seis días por semana. Pero Dios sólo llegaba el domingo. Y entonces -excepción hecha del ceremonial de aseo acostumbrado-, eran la música que complacía el oído y las palabras que dejaban al oído indiferente; es decir, algo agradable, pero un poco aburrido. No dijo ni una palabra. La calesa se bamboleaba. Las mulas, bien mantenidas, vigorosas, se apresuraban, al olor de la casa, al olor del establo.

Había algo más que sólo recordó después, cuando la memoria dejó de conservar su rostro, de conservar los recuerdos superficiales. Fue en el despacho de la directora. De pie, inmóvil, evitando los ojos del extraño, que sentía fijos en él, esperaba que el extraño expresase lo que sus ojos pensaban. Y al fin lo dijo.

-Christmas. Un nombre de pagano. Sacrilego. Ya arreglaremos eso.  
-Está usted en su perfecto derecho -dijo la directora-. Lo que nos interesa no es cómo les van a llamar, sino cómo les van a tratar.  
Pero el forastero no escuchaba a nadie, del mismo modo que no se dirigía a nadie.  
-A partir de ahora, se llamará McEachern.  
-Estará muy bien que le dé su nombre -dijo la directora.  
-Comerá mi pan, practicará mi religión -dijo el forastero-. ¿Por qué no habría de llevar mi nombre?  
El niño no escuchaba. Aquello no le preocupaba nada. Le importaba lo mismo que si el hombre hubiese dicho que el día era muy caluroso cuando, en realidad, no lo era. Ni siquiera se molestó en decirse a sí mismo *Yo no me llamo McEachern, me llamo Christmas* Era inútil preocuparse de eso tan pronto. Tenía tiempo de sobra para hacerlo.  
-Efectivamente, ¿por qué no? -dijo la directora.

## 7.

Y la memoria sabe esto; veinte años después, la memoria cree todavía *Fue aquel día cuando me hice un hombre.*

La habitación austera y limpia estaba impregnada de domingo. En las ventanas, las cortinas limpias y zurcidas ondulaban ligeramente bajo la brisa llena del olor de las tierras labradas y de las manzanas silvestres. Sobre el armonio amarillo, imitación de ébano, de pedales recubiertos con jirones deshilachados de alguna vieja alfombra, había un bocal lleno de espuelas de caballero. El niño estaba sentado en una silla recta, delante de la mesa en la que podían verse una lámpara de níquel, y una enorme Biblia con broches y charnelas de cobre y una cerradura de cobre. El niño llevaba una camisa sin cuello, blanca y limpia, y un pantalón oscuro, áspero y nuevo. Sus zapatos acababan de ser lustrados, torpemente, como un niño de ocho años puede hacerlo, con zonas mates aquí y allá, sobre todo alrededor de los tacones, allí donde el betún no había resbalado. Sobre la mesa, ante él, estaba abierto un catecismo presbiteriano.

McEachern estaba de pie junto a la mesa. Vestía una camisa almidonada, muy limpia, y el mismo pantalón negro que llevaba el día en que el niño le vio por primera vez. Sus cabellos rígidos, húmedos, sin una hebra plateada, estaban cuidadosamente peinados sobre el cráneo redondo. Su barba también estaba peinada y muy húmeda aún.

-No has intentado aprenderlo -dijo.

El niño no *levantó* los ojos. No se movió, tan impasible como el rostro

del hombre.

-Lo he intentado.

-Bien, vuelve a empezar. Te doy una hora más.

McEachern sacó de su bolsillo un gran reloj de plata y lo colocó abierto sobre la mesa. Luego, acercó a la mesa otra silla, recta y fuerte, y se sentó, con sus manos limpias y bien restregadas sobre las rodillas, y sus zapatos relucientes bien aplomados en el suelo. Ya no se veían en ellos las zonas por donde no se había deslizado el betún. Sin embargo, las habían tenido, la víspera, a la hora de cenar. Y más tarde, cuando el niño estaba a punto de meterse en la cama, fue azotado y tuvo que lustrarlos de nuevo. Ahora el niño estaba sentado ante la mesa. Su rostro inclinado estaba inmóvil, sin expresión. El aire, saturado de primavera, entraba a bocanadas languidecientes en aquella sala de una limpieza austera y gélida.

Eran las nueve. Estaban allí desde hacía nueve horas. Había varios templos en las proximidades, pero el templo presbiteriano estaba a cinco kilómetros. Se tardaba una hora en llegar a él con la calesa. A las nueve y media, apareció la señora McEachern. Estaba vestida de negro y tocada con una capota. Se adelantó tímidamente, pequeña, algo encorvada, con el rostro fatigado. Tenía quince años más que su rudo y vigoroso marido. No entró del todo en la sala. Se adelantó hasta la puerta y permaneció allí un momento, con su capota y su vestido de un negro ya amarillento, pero cepillado con mucha frecuencia, con su sombrilla y su abanico de hojas de palma, y algo extraño en los ojos, como si sólo pudiese ver y oír a través de una forma de hombre, de una voz de hombre más inmediata, como si no fuese más que el médium para la voluntad activa de su vigoroso y cruel marido. Él la oyó, tal vez; pero no la miró ni le dijo nada. La mujer dio media vuelta y desapareció.

A la hora exacta, McEachern levantó la cabeza.

-¿Te lo sabes ahora? -preguntó.

El niño no se movió.

-No -dijo.

McEachern se levantó con aire resuelto, pero sin prisa. Cogió su reloj, lo cerró y lo guardó en el bolsillo, volviendo a pasar la cadena por su tirante.

-Ven -dijo.

No se volvió. El niño le siguió a lo largo del pasillo hasta la parte trasera de la casa. El también caminaba erguido y silencioso, con la cabeza alta. Las espaldas de ambos ofrecían un verdadero parentesco de obstinación, una especie de parecido hereditario. La señora

McEachern estaba en la cocina. Todavía tenía puesto su sombrero y seguía llevando su sombrilla y su abanico. Vigilaba la puerta, cuando ellos pasaron.

-Papá -dijo.

Ni el uno ni el otro le dispensaron una mirada. Tal vez no la oyeron. Tal vez ella no había dicho nada. Sus dos espaldas se alejaron, una tras otra, con su rígido rechazo de toda concesión, más semejantes que si estuvieran unidas por los vínculos de sangre. Atravesaron el corral y se dirigieron hacia el establo, en el cual entraron. McEachern abrió la puerta del granero y desapareció. El niño entró. McEachern cogió una correa de arnés que estaba colgada en la pared. Una correa ni nueva, ni vieja, como sus zapatos. Estaba limpia, como los zapatos, y tenía el mismo olor que el hombre: un olor a cuero limpio, duro, viril viviente. El hombre miró al niño.

-¿Dónde está el libro? -dijo.

El niño estaba frente a él, en pie, inmóvil, con el rostro impassible y un poco pálido bajo el suave pergamino de la piel.

-¿No lo has traído? Vuelve a buscarlo.

Su voz no era hostil. No tenía nada de humano ni de personal. Era simplemente fría, implacable, como las palabras escritas o impresas. El niño dio media vuelta y salió.

Cuando llegó a la casa, la señora McEachern estaba en el pasillo.

-Joe -dijo.

El niño ni la miró siquiera. Ni siquiera vio su rostro, el gesto rígido de su mano levantada a medias, torpe caricatura del gesto más tierno que la mano humana puede hacer. El niño pasó por delante de ella, tieso, con la expresión rígida y el rostro endurecido por el orgullo tal vez, o por la desesperación. O tal vez por la vanidad, la estúpida vanidad de un hombre. Cogió el catecismo que estaba en la mesa y volvió al establo.

McEachern le esperaba, con la correa en la mano.

-Ponlo en el suelo -dijo.

El niño posó el libro en el suelo.

-Ahí no -dijo McEachern sin acalorarse-. Tú te figuras, naturalmente, que el suelo de una cuadra, la tierra pisoteada por los animales, es el lugar que le conviene a la palabra de Dios. Pero yo te enseñaré eso también.

Recogió él mismo el libro y lo colocó en un anaquel.

-Bájate el pantalón -dijo-. No hay por qué ensuciarlo.

Y el niño permaneció erguido, con el pantalón sobre los pies y las piernas desnudas por debajo de la corta camisa. Estaba allí, en pie,

esbelto y erguido. Cuando la correa golpeó, no rechazó siquiera. Ningún estremecimiento agitó su rostro. Miraba recto ante sí, con esa expresión de calma y de éxtasis que tienen los monjes en los cuadros. McEachern comenzó a golpear, metódicamente, con una fuerza lenta, calculada, sin acaloramiento ni cólera. Hubiera sido difícil decir cuál de aquellos dos rostros mostraba más éxtasis, más calma, más convicción.

Golpeó diez veces; después, se detuvo.

-Coge el libro -dijo-. Deja tu pantalón donde está.

Le tendió el catecismo al niño. El niño lo tomó y siguió de pie, muy erguido, levantando la cara y el libro en la actitud de la exaltación. Si no hubiese sido por la ausencia de sobrepelliz, se le habría podido tomar por un niño de coro católico que tuviese, a modo de nave, las profundidades sombrías del granero, el tabique de tablas rugosas detrás del cual, en medio de un olor seco con tufos de amoníaco, el ganado se agitaba, de vez en cuando, en la oscuridad, entre gruñidos y movimientos perezosos. McEachern se sentó, rígido, sobre la tapa de un arcón de avena, con las piernas separadas, una mano sobre la rodilla, su reloj de plata en la otra, su rostro aseado y barbudo tan duro como piedra esculpida y la mirada fríamente cruel, pero sin nada de hostil.

Estuvieron así una hora. Antes del final de esa hora, la señora McEachern apareció en la puerta de la casa. Pero no habló. Simplemente se quedó allí, con la mirada vuelta hacia el establo, con su sombrero, su sombrilla y su abanico. Después, entró en la casa.

Y, de nuevo, cuando fue la hora exacta, McEachern volvió a guardar su reloj en el bolsillo.

-¿Te lo sabes ahora? -dijo.

Rígido, erguido, con el libro abierto delante de la cara, el niño no respondió. McEachern le quitó el libro de las manos. Sin esto, el niño no se habría movido.

-Recita tu catecismo -dijo McEachern.

El niño tenía los ojos clavados en la pared que estaba frente a él. Su rostro, ahora, estaba casi lívido, a pesar del tinte suave y cálido de la piel. Con un gesto deliberado, McEachern colocó cuidadosamente el libro en el anaquel y tomó la correa. Golpeó diez veces. Cuando terminó, el niño permaneció un instante inmóvil. No había comido. Ni el uno ni el otro habían comido. Después, el niño se tambaleó, y se habría desplomado si el hombre no le hubiese cogido por el brazo para sostenerle.

-Ven -dijo McEachern tratando de conducirlo hacia el arcón-. Siéntate.

-No -dijo el niño. Y comenzó a sacudir el brazo para librarse de la mano del hombre. McEachern lo soltó.

-¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

-No -dijo el niño. Su voz era débil, su rostro estaba lívido.

-Coge el libro -dijo McEachern poniéndoselo en la mano.

La señora McEachern vino desde la casa y pasó por delante de la ventana del granero. Ahora llevaba un sencillo vestido sin talle y una capellina, y sostenía en la mano un cubo de madera. Pasó por delante de la ventana sin mirar hacia el interior del granero y desapareció. Al cabo de un instante oyeron el chirrido lento de la rueda del pozo. Llegaba hasta ellos, súbito y apacible, en el aire sabático. Luego, la mujer volvió a pasar por delante de la ventana, esta vez balanceando el cuerpo por el peso del cubo que llevaba, y entró de nuevo en la casa sin una mirada hacia el establo.

Y, de nuevo, una hora después exactamente, McEachern apartó los ojos de su reloj.

-¿Lo has aprendido? -dijo.

El niño no respondió, no se movió. Cuando McEachern se aproximó, vio que el niño no miraba la página; vio que tenía los ojos inmóviles, extraviados. Cuando cogió el libro, advirtió que el niño se aferraba a él como a una cuerda o a un poste. Cuando McEachern le arrancó por la fuerza el libro de las manos, el niño se desplomó cuan largo era y se quedó inmóvil en el suelo.

Cuando volvió en sí, la tarde tocaba a su fin. Estaba en su cama, en la habitación abuhardillada, debajo del tejado. La habitación estaba tranquila, llena ya de crepúsculo. El niño se sentía bien y, durante un momento, permaneció tendido, mirando tranquilamente el techo que se inclinaba sobre su cabeza, sin advertir la forma que estaba sentada junto a la cama. Era McEachern. Llevaba ahora sus ropas de diario; no el mono que se ponía para ir a las tierras, sino una camisa limpia, desteñida, sin cuello, y un pantalón caqui, limpio y desteñido.

-Ya te has despertado -dijo. Adelantó la mano y apartó las mantas-.

-Ven.

El niño no se movió.

-Va a pegarme otra vez?

-Ven -dijo el hombre-. Levántate.

El niño se levantó y esperó, delgado y torpe en su ropa interior de algodón. McEachern también se removía pesadamente, con movimientos desmañados, anquilosados, como si le costase un gran esfuerzo. El muchacho, que le miraba con ese interés sin asombro de



los niños vio que el hombre se arrodillaba lentamente, pesadamente, junto a la cama.

-De rodillas -dijo McEachern.

El niño se arrodilló. Los dos estaban de rodillas en la habitación agobiante, anegada de crepúsculo; el pequeño, con su ropa interior achicada, y el hombre inflexible, que ignoraba la piedad y la duda. McEachern comenzó a rezar. Rezó largo tiempo, como canturreando, con una voz soporífera, monótona. Pidió perdón por no haber santificado el Sabbath por haber levantado la mano contra un niño, un huérfano caro al corazón de Dios. Pidió que el corazón endurecido del niño se ablandase, que el pecado de desobediencia le fuese perdonado también gracias a la intercesión del mismo hombre al que había provocado, al que había desobedecido. Rogó al Todopoderoso que fuese tan magnánimo como él mismo, en nombre y por efecto de Su gracia consciente.

Cuando hubo terminado, se volvió a poner penosamente en pie. El niño continuó arrodillado. No se movía. Pero sus ojos estaban abiertos (nunca había ocultado, ni siquiera agachado, la cabeza), y su rostro, muy sereno; sereno y apacible, impenetrable. Oyó que el hombre buscaba a tientas sobre la mesa en donde estaba la lámpara. Frotó una cerilla, y la cerilla se inflamó. La llama se inmovilizó sobre la mecha, bajo el globo donde la mano del hombre apareció ahora como empapada en sangre. Las sombras oscilaron antes de inmovilizarse. McEachern cogió algo que había encima de la mesa, cerca de la lámpara. Era el catecismo. Bajó la cabeza hacia el niño: una nariz, una mejilla saliente que parecía de granito, barbuda hasta la órbita cavernosa que se abría detrás de los lentes.

-Toma el libro -dijo.

Todo había empezado aquel domingo por la mañana, antes del primer almuerzo. No habían almorzado. Probablemente ni uno ni otro habían pensado en ello. El hombre no había almorzado, aunque se acercó a la mesa y pidió la bendición para los alimentos y para la necesidad de comer. En la comida del mediodía se durmió de fatiga nerviosa. Y, a la hora de cenar, ni el uno ni el otro pensaron en comer. El niño ni siquiera sabía la causa de su malestar, porque se sentía débil y sosegado.

Era así como se sentía, acostado en su cama. La lámpara ardía todavía. La noche ya había caído por completo. A pesar del lapso de tiempo transcurrido, le parecía que, si volvía la cabeza, vería aún a los dos, al hombre y a sí mismo, de rodillas junto a la cama, o, por lo

menos, la marca de los dos pares de rodillas en la alfombra, sin sustancia tangible. El aire mismo parecía segregarse aquella voz monótona de alguien que habla en sueños, que habla, suplica, discute con una Presencia que ni siquiera podría dejar una huella fantasma sobre una alfombra real.

El niño reposaba así, tendido sobre la espalda, con las manos cruzadas sobre el pecho, como una estatua sepulcral, cuando volvió a oír unos pasos en la estrecha escalera. No eran los pasos del hombre. Había oído cómo McEachern se iba en su calesa, se alejaba en el crepúsculo para recorrer tres kilómetros hasta un templo que no era presbiteriano, pero en el cual podría hacer penitencia por su falta de la mañana.

Sin volver la cabeza, el niño oyó a la señora McEachern subir penosamente por la escalera. La oyó caminar por el suelo del cuarto. No la miró, aunque, al cabo de un instante, su sombra se alargó en la pared y así pudo verla. Y vio que llevaba algo. Era una bandeja con alimentos. La mujer posó la bandeja sobre la cama. El niño no le había dirigido ni una mirada. No se había movido.

-Joe -dijo la mujer.

El niño no se movió.

-Joe -dijo ella.

La mujer podía ver que el niño tenía los ojos abiertos de par en par. Pero no le tocó.

-No tengo hambre -dijo el niño.

Ella no se movió. Se quedó allí, de pie, con las manos envueltas en su delantal. No parecía mirarle tampoco, Parecía hablar a la pared del otro lado de la cama.

-Sé lo que piensas. No es eso. Él no me ha dicho que te lo traiga. He sido yo la que ha pensado en ello. Él no lo sabe. No es él quien te manda esto.

El niño no se movió. Su rostro era grave como un rostro esculpido. Miraba el ángulo agudo que formaba el techo de madera.

-No has comido hoy. Siéntate y come. No ha sido él quien me ha dicho que te lo traiga. No lo sabe. He esperado a que se fuese, y después te lo he preparado yo misma.

Entonces el niño se sentó. Mientras ella le observaba, saltó de la cama, tomó la bandeja y, llevándola a un rincón, la volcó, tirándolo todo al suelo, platos y comida. En seguida regresó hacia la cama, llevando la bandeja como si fuera un ostensorio y él su portador, revestido, a falta de sobrepelliz, con su ropa interior recortada, comprada en otro tiempo para un hombre. Ella ya no le miraba, aunque no se había

movido. Sus manos continuaban envueltas en su delantal. El niño volvió a la cama y se acostó de nuevo boca arriba, con los ojos abiertos de par en par, siempre clavados en el techo. Podía ver la sombra de la mujer, inmóvil, informe, ligeramente encorvada. Después, la sombra desapareció. No la miró, pero pudo oír cómo se arrodillaba en el rincón, cómo recogía los trozos de los platos y los colocaba sobre la bandeja. Después salió de la habitación. Todo estaba en silencio. La lámpara ardía tranquilamente con su mecha inmóvil. En la pared, las sombras palpitantes de las falenas eran como grandes pájaros. Por la ventana, el niño podía sentir, percibir, las tinieblas, la primavera, la tierra.

Sólo tenía ocho años entonces. Fue muchos años después cuando la memoria supo aquello que él recordaba, muchos años después de aquella noche en la que, una hora más tarde, se había levantado de la cama y, arrodillándose en el rincón (no como se había arrodillado antes en la alfombra), sobre los alimentos sucios, los había comido con sus manos, como un salvaje, como un perro.

El día iba cayendo. Tendría que haber estado ya muy cerca de su casa, muy lejos de donde se encontraba. Aunque el sábado por la tarde estuviese libre, nunca se había encontrado todavía tan tarde a tan gran distancia de su casa. Cuando llegase le pegarían. Pero no por lo que habría podido hacer, o no hacer, durante su ausencia. Inocente de todo pecado, recibiría, en cuanto llegase a la casa, los mismos correazos que si McEachern le hubiese sorprendido en flagrante delito. Pero tal vez no sabía él mismo que no cometería el pecado. Estaban reunidos los cinco, a media luz, junto a la puerta ruinoso de un aserradero abandonado. Ocultos a cien metros de allí habían visto a la joven negra entrar y desaparecer después de echar una ojeada a su alrededor. Uno de los mayores, el que había ideado la cosa, fue el que entró primero. Los demás lo sortearon a la hierba más corta. Todos iban vestidos con blusas parecidas. Vivían en un radio de tres millas y, lo mismo que el que ellos conocían por el nombre de Joe Eachern, todos podían, a sus catorce o quince años, labrar la tierra, ordeñar, cortar madera, como hombres hechos. Tal vez él no se había dado cuenta de que aquello era un pecado hasta el instante en que se le representó el hombre que le esperaba en casa, puesto que, a los catorce años, el pecado supremo era más bien el ser abiertamente acusado de virginidad.

Su turno llegó. Entró en el cobertizo. Estaba oscuro. En seguida se

sintió asaltado por una prisa terrible. Había dentro de él algo que quería salir, como cuando pensaba en la pasta dentífrica. Pero, en primer lugar, no pudo pensar. Se quedó allí, plantado, sintiendo el olor a mujer al mismo tiempo que el olor a negra, prisionero de la mujer negra y de su prisa, atraído, forzado a esperar que ella hablase: ruido conductor que no era verdaderamente una palabra y que le cogió de improviso. Entonces le pareció que podía distinguirla. Una cosa quieta, abyecta; sus ojos tal vez. Al inclinarse, creyó mirar en un pozo oscuro y, allá, en el fondo, vio dos resplandores como el reflejo de estrellas muertas. Avanzó, puesto que la tropezó con el pie. Luego la tocó de nuevo, le dio un puntapié. La golpeó violentamente, golpeando en y a través de un sofocado gemido de sorpresa y de miedo. Ella comenzó a gritar, mientras él la hacía levantarse sacudiéndola por el brazo, lanzándole grandes golpes salvajes, golpeando la voz tal vez, pero sintiendo la carne, prisionero de la mujer negra y de su prisa.

Después ella huyó delante de su puño, y él mismo retrocedió corriendo cuando los otros cayeron sobre él, en un montón, agarrándose, luchando, mientras él replicaba, con el aliento sibilante de rabia y de desesperación. Entonces fue el olor de macho lo que sintió, lo que sintieron todos, y, en alguna parte, detrás de ellos, la hembra que huía, vociferante. Ellos pateaban, vacilaban, golpeando lo que sus manos, lo que sus cuerpos podían alcanzar, y, finalmente, todos en un montón, se derrumbaron sobre él. Y no obstante, con el rostro lleno de lágrimas, luchaba, peleaba aún. Ahora ya no era una cuestión de Hembra. Peleaban, simplemente. Era como si un gran viento limpio hubiese soplado sobre ellos. Le mantenían en el suelo, reducido a la impotencia.

-Vamos, ¿te rendirás ahora? Te tenemos. ¿Juras que te rendirás?

-No -dijo él. Se retorció, jadeante.

-Ya está bien, Joe. No puedes pelear contra todos nosotros. Además, ninguno tiene ganas de pelear contigo.

-No -dijo él, luchando, sin aliento.

Ni unos ni otros podían reconocerse. Habían olvidado por completo a la muchacha, habían olvidado por qué peleaban, suponiendo que lo hubiesen sabido alguna vez. Por parte de los otros cuatro, había sido como un reflejo puramente automático. El impulso espontáneo que impulsa al macho a luchar con o por la que tiene o a quien va a fornicar. Pero ninguno de ellos sabía por qué había peleado. No habrían podido decirlo. Le mantenían contra el suelo, hablando a la vez, sin prisa, con voces estranguladas.

-Tú, el de atrás, suéltale. Luego nosotros le soltaremos todos al mismo tiempo.

-¿Quién lo tiene sujeto? ¿A quién estoy sujetando yo?

-Vamos. Soltadle. No, esperad. Yo le sujeto. Yo y...

La masa surgió de nuevo, luchó. Le sujetaron de nuevo.

-Ya le tenemos. Soltadle todos y largaos. Dejadnos sitio.

Dos de ellos se levantaron y retrocedieron hacia la puerta. Después, los otros dos, corriendo ya, parecieron proyectados fuera del suelo, fuera del cobertizo anegado de sombra. En cuanto se sintió libre, Joe trató de golpearles, pero ya estaban lejos. Tendido sobre la espalda, vio cómo los cuatro huían en el crepúsculo, se detenían luego y miraban hacia atrás. El no les miró. Se fue con sus ropas de trabajo teñidas de crepúsculo. Era tarde. El lucero vespertino brillaba, opulento y pesado como una flor de jazmín. El no se volvió ni una sola vez. Se alejó, se esfumó como una sombra. Los cuatro muchachos que le observaban se habían agrupado lentamente. Sus rostros parecían pequeños y pálidos en la media luz. De pronto, una sonora voz salió del grupo. «¡Yeeeh!» No se volvió. Otra voz habló sosegadamente, y le llegó, tranquila y clara. «Hasta mañana en la iglesia, Joe.. »

No respondió. Continuó su marcha. De cuando en cuando, maquinalmente, se sacudía la ropa con las dos manos.

Cuando llegó a ver la casa, todo resplandor había desaparecido por poniente. En el prado, detrás de la granja, había un manantial, un bosquecillo de sauces que se sentía en la oscuridad, que se oía pero que no se veía. Al acercarse a él, las flautas de los sapos se detuvieron, como cuerdas cortadas simultáneamente por unas tijeras. Se arrodilló. Estaba demasiado oscuro para que pudiese distinguir su cabeza, ni siquiera en silueta. Se bañó la cara, lavó sus ojos hinchados. Reemprendió la marcha y se dirigió, a través del prado, hacia la luz de la cocina. La luz parecía observarle, estar al acecho, preñada de amenazas, como un ojo.

Cuando llegó a la valla del corral se detuvo, con los ojos fijos en la luz de la ventana de la cocina. Estuvo así un momento, apoyado en la valla. La hierba susurraba, hirviente de saltamontes. Sobre el fondo de tierra, gris de rocío, sobre la sombría cortina de árboles, brillaban las luciérnagas, se apagaban, fantásticas e imprevistas. Un sinsonte cantaba en un árbol cerca de la casa. Detrás de él, en el bosque, dos chotacabras silbaban. Más lejos, como al otro lado de un último horizonte de verano, un perro aullaba. Entonces, franqueó la valla y vio a alguien sentado, inmóvil, delante de la puerta del establo en donde

estaban las dos vacas que él no había ordeñado.

No pareció sorprendido al reconocer a McEachern, como si la situación fuese absolutamente lógica, razonable, inevitable. Tal vez pensó entonces que el hombre y él siempre podían contar el uno con el otro, depender el uno del otro; y en que la única imprevisible era la mujer. Y él, que no había cometido lo que McEachern consideraría sin duda como el más grave de los pecados mortales, acaso no vio nada de incongruente en el hecho de ir a ser castigado exactamente igual que si lo hubiera cometido. McEachern no se levantó. Siguió allí, sentado, sólido como un peñasco. Su camisa se destacaba como un halo blanco sobre la negrura de la puerta entornada.

-Las he ordeñado y les he echado el pienso -dijo.

Luego se levantó, con aire decidido. El muchacho tal vez sabía que ya tenía la correa en la mano. La tira de cuero se elevó y volvió a caer con una regularidad calculada, con un sonido sordo y rítmico.

El cuerpo del muchacho podría haber sido de madera o de piedra: un pilar o una torre sobre los que la parte sensible de Joe soñaba como un ermitaño, contemplativa y perdida en el éxtasis y en la crucifixión voluntaria.

Cuando se acercaron a la cocina, caminaban codo con codo y, cuando la luz de la ventana cayó sobre ellos, el hombre se detuvo y se volvió, inclinado, curioso:

-¿Te has peleado? -dijo-. ¿Por qué?

Joe no respondió. Su rostro estaba tranquilo, sereno. Respondió al cabo de un rato. Su voz era tranquila y fría.

-Por nada.

Estaban de pie los dos.

-Es decir, que no puedes o no quieres confesarlo. El muchacho no respondió. No bajó los ojos. No miraba a ningún sitio.

-Entonces, si no lo sabes, eres un imbécil. Y si no quieres decirlo, es que has hecho alguna golfería. ¿Has estado con una mujer?

-No -dijo el muchacho.

El hombre le miró. Hablaba con una voz abstraída.

-Nunca me has mentado. Al menos, que yo sepa -miraba al muchacho, su sereno perfil-. ¿Con quién te has pegado?

-Había más de uno.

-¡Ah! -dijo el hombre-. Espero que les hayas dejado alguna señal.

-No lo sé. Probablemente.

-¡Ah! -dijo el hombre-. Anda, ve a lavarte. La comida está lista.

Cuando el muchacho se metió en la cama aquella noche, estaba decidido a huir. Se sentía como un águila, duro, suficiente, poderoso,

sin remordimientos y lleno de vigor. Pero aquello no duró mucho tiempo, aunque ignoraba entonces que, para él como para el águila, su propia carne y el espacio entero nunca serían más que una jaula.

McEachern tardó dos días en advertir la desaparición de la becerro. Luego, encontró en la granja el traje nuevo, en el lugar donde estaba colgado. Al examinarlo vio que no había sido usado nunca. Encontró el traje por la mañana. Pero no dijo nada. Aquella noche entró en el establo donde Joe estaba ordeñando. Sentado en el bajo taburete, con la cabeza apoyada en el ijar de la vaca, el cuerpo del muchacho tenía ahora casi la misma talla que el de un hombre. Pero McEachern no se fijó en eso. Si vio algo fue al niño, al huérfano de cinco años que, doce años antes, estaba sentado en el pescante de su carricoche con la pasividad sosegada, atenta y desdeñosa de un animal.

-No veo a la becerro -dijo McEachern.

Joe no respondió. Se encorvó sobre el cubo, sobre el chorro continuo de leche. Detrás de él, McEachern le dominaba. Le miraba desde arriba.

-Acabo de decirte que tu becerro no está ahí.

-Ya lo sé -dijo Joe-. Supongo que ha ido al arroyo. Ya iré a buscarla yo, puesto que es mía.

-¡Ah! -dijo McEachern sin levantar la voz-. El arroyo, y de noche, no es precisamente un lugar para una vaca de cincuenta dólares.

-Peor para mí si desaparece -dijo Joe-. Era mi vaca.

-Era? -dijo McEachern-. ¿Has dicho *era* mi vaca?

Joe no levantó los ojos. Por entre sus dedos, la leche caía sin interrupción en el cubo. Oyó que, tras él, McEachern se removía. Pero Joe no se volvió hasta que la leche dejó de manar. Entonces miró hacia atrás. McEachern estaba sentado en un tronco, junto a la puerta.

-Será mejor que vayas antes a casa a llevar la leche -dijo.

Joe, puesto en pie, balanceaba el cubo. Su voz era huraña, pero tranquila.

-Iré a buscarla mañana por la mañana. -Lleva la leche a casa -dijo McEachern-. Te esperaré aquí.

Joe aún permaneció un momento inmóvil. Después, empezó a andar. Salió de allí y se dirigió a la cocina. La señora McEachern entró cuando él posaba el cubo sobre la mesa.

-La cena está lista -dijo ella-. ¿Ha vuelto McEachern?

Joe se dirigía ya hacia la puerta.

-No tardará -dijo.

Podía sentir cómo le observaba la mujer. Y ella dijo, con un tono a la

vez ansioso y tímido.

-Tienes el tiempo justo para lavarte.

-En seguida vendremos.

Regresó al establo. La señora McEachern dio un paso hacia la puerta para observarle. Todavía no era totalmente de noche y la mujer podía ver a su marido, de pie en la puerta del establo. No le llamó. Se contentó con observar el encuentro de los dos hombres. No podía oír lo que decían.

-¿Decías que debe de estar en la orilla del arroyo? -dijo McEachern.

-Decía que tal vez esté allí. El prado es grande.

-¡Ah! -dijo McEachern; las dos voces eran tranquilas-. ¿Donde crees tú que puede estar?

-No lo sé. Yo no soy una vaca. No sé dónde puede estar.

McEachern se movió.

-Pues vamos a verlo -dijo.

Entraron en el prado, el uno tras el otro. El riachuelo estaba a trescientos metros. Sobre la cortina oscura de los árboles que lo bordeaban, las luciérnagas parpadeaban, se apagaban. Los hombres llegaron a los árboles. Los troncos estaban ahogados por una maleza pantanosa que dificultaba la marcha incluso en pleno día.

-Llámala -dijo McEachern.

Joe no respondió, no se movió. Estaban frente a frente.

-Es mi vaca -dijo Joe-. Usted me la dio. La he criado porque usted me la dio.

-Sí -dijo McEachern-. Te la di. Para enseñarte la responsabilidad de poseer, de tener, de ser propietario. La responsabilidad que el propietario tiene para con lo que posee por la voluntad de Dios. Para enseñarte a prever, a acrecentar. Llámala.

Siguieron frente a frente aún durante un instante. Quizás se estaban mirando de hito en hito. Después, Joe dio la vuelta y comenzó a caminar a lo largo del pantano. McEachern le siguió.

-Por qué no la llamas? -dijo.

Joe no parecía mirar ni al pantano ni al arroyo. Al contrario: observaba la única luz que había en la casa, volviéndose de cuando en cuando como para calcular la distancia que le separaba de ella. No iban muy rápidos, sin embargo. Llegaron a la valla que señalaba el final del pasto. Ahora ya era totalmente de noche. Cuando llegó a la valla, Joe se volvió y se detuvo. Estaban otra vez frente a frente. McEachern dijo entonces:

-¿Qué has hecho de tu becerro?

-La he vendido -dijo Joe.



-¡Ah, la has vendido! ¿Y qué es lo que te han dado por ella, si me permites la pregunta?

No podían distinguir sus caras. Sólo eran unas sombras, casi de la misma estatura, aunque McEachern fuese más grueso. Encima de la mancha blanca de la camisa, la cabeza de McEachern parecía una de esas bolas de mármol que suelen verse sobre los monumentos conmemorativos de la Guerra Civil.

-Era mi vaca. Si no era mía, ¿por qué me dijo usted que me pertenecía? ¿Por qué me la dio?

-Tienes razón. Te pertenecía. Todavía no te he reñido por haberla vendido, siempre que hayas obtenido un buen precio por ella. Y, aunque te hayan timado en el trato, cosa que es muy probable con un mozalbete de dieciocho años, tampoco te reñiré por ello. Aunque habría sido mejor que hubieses pedido consejo a alguien que conociese un poco más el mundo. Pero tienes que aprender, como aprendí yo mismo. Lo que te pregunto es dónde has puesto el dinero para que no se pierda.

Joe no respondió. Se miraban los dos cara a cara.

-¿Quizás se lo has dado a tu madre adoptiva para que te lo guarde?

-Sí -dijo Joe.

Fue su boca la que dijo aquello, la que pronunció la mentira. El no tuvo intención de responder así. Oyó que su boca decía la palabra con una especie de sorpresa indignada. Pero ya era demasiado tarde.

-Se lo he dado para que me lo guarde -dijo.

-¡Ahl -dijo McEachern.

Y suspiró. Era casi un suspiro de satisfacción, de victoria.

-Y sin duda vas a decirme que ha sido tu madre la que te ha comprado ese traje nuevo que he encontrado escondido en el henil. Ya habías demostrado todos los pecados que eras capaz: pereza, ingratitud, irreverencia y blasfemia. Y ahora te he cogido en flagrante delito de los otros dos: mentira y lujuria. ¿Para qué va a servirte un traje nuevo, si no es para ir de picos pardos?

Y en ese momento se dio cuenta de que el niño que habían adoptado doce años antes era ya un hombre. Cara a cara, casi tocándose con los dedos de los pies, el hombre golpeó a Joe con el puño cerrado. Joe encajó los dos primeros golpes. Tal vez por la costumbre, o acaso por la sorpresa. Pero los encajó, sintió los dos puños huesudos del hombre aplastarle la cara. Casi en seguida dio un paso atrás y se agachó, jadeante, lamiendo su sangre. Estaban frente a frente.

-No vuelva a empezar -dijo.

Más tarde, en su buhardilla, tendido en su cama, frío y rígido, oyó sus

voces, que llegaban desde abajo por la estrecha escalera.

-Se lo he comprado yo -decía la señora McEachern-. Te lo aseguro. Se lo he comprado con mis ahorros. Tú me dijiste que podía tenerlo... que podía gastarlo... Simón, Simón.

-Mientes peor todavía que él -dijo el hombre. Su voz mesurada, ronca, sin cólera, ascendía por la escalera hasta la cama en que Joe estaba acostado. Pero Joe no lo escuchaba-. ¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡DE RODILLAS, MUJER! Es a Dios, no a mí, al que hay que pedirle gracia y perdón.

Ella siempre había tratado de ser buena con él, desde aquella primera noche de diciembre, doce años antes. Esperaba al pie de la veranda (criatura paciente, borrosa, sin nada que revelase su sexo, excepto la falda y el cuidado moño de cabellos grisáceos), cuando el carricoche llegó. Parecía que, en lugar de haber sido sutilmente asesinada y transformada por el hombre invisible y beato en algo que iba más allá del fin que éste se había propuesto y del que ella no se daba cuenta, hubiese sido obstinadamente martillada, laminada, día tras día, como un metal pasivo y maleable, hasta no ser más que una reducción de esperanzas vagas, de deseos frustrados, indecisos y pálidos hoy, como cenizas apagadas.

Cuando el carricoche se detuvo, ella se adelantó como si ya lo tuviese todo preparado de antemano, todo ensayado: cómo le bajaría del pescante, cómo le llevaría hasta la casa. El niño nunca había sido llevado en brazos por una mujer desde que aprendió a andar. Resbaló entre las manos de la mujer, entró en la casa por su propio pie y avanzó, muy pequeño, informe dentro de sus ropas. Ella le siguió, inclinada sobre él. Hizo que se sentase. Era como si velase por él con una especie de solicitud enternecida, con un aire a la vez desconcertado y atento, esperando el momento de volver a empezar y de tratar que el niño obrase, y de obrar ella misma, como había imaginado que obrarían los dos. Arrodillada delante de él, intentaba quitarle los zapatos. Cuando el niño se dio cuenta de lo que la mujer quería hacer, le apartó las manos y se quitó él mismo los zapatos, pero sin ponerlos en el suelo. Los conservó en la mano. Ella le quitó las medias y fue a buscar después un barreño de agua caliente. Lo trajo con tanta rapidez que sólo un niño podía dejar de comprender que lo debió de tener preparado todo el día, mientras esperaba. Fue entonces cuando el niño habló por primera vez.

-Me los lavé ayer -dijo.

Ella no respondió. Estaba de rodillas delante de él y el niño le miraba la

cima de la cabeza, las manos que se afanaban, un poco torpes, en torno a sus pies. Ya no intentó ayudarla. No sabía qué era lo que ella quería hacer, ni siquiera cuando estaba sentado con sus pies fríos en el agua caliente. No sabía que no habría nada más, porque aquello era demasiado bueno. Él esperaba la continuación, la parte que ya no sería agradable, fuese la que fuese. Aquello no le había sucedido nunca aún.

Más tarde, la mujer le metió en la cama. Hacía ya casi dos años que el niño se vestía y se desnudaba solo, sin que nadie le prestase atención o le ayudase, excepto Alice algunas veces. Estaba demasiado fatigado para dormirse en seguida y se sentía agitado, sorprendido, esperando que la mujer se fuese para poder dormir. Pero ella no se fue. Al contrario: colocó una silla junto a la cama y se sentó. No había ningún fuego en la habitación. Hacía frío. La mujer tenía ahora un chal sobre los hombros, se arropaba con él, con el aliento convertido en vapor, como si fumase. Y él no se dormía. Esperaba el comienzo de la parte que no le iba a gustar, fuese la que fuese. No sabía que ya no habría nada más. Y aquello también era algo que no le había ocurrido nunca. Fue aquella noche cuando empezó todo. El niño creyó que todo duraría hasta el fin de sus días. Ahora, a los diecisiete años, recordando el pasado, podía ver una larga serie de esfuerzos vanos, torpes, triviales, nacidos de frustraciones, de tanteos, de oscuros instintos: los platos que ella preparaba para él, en secreto, y que le quería hacer aceptar y comer en secreto, y que él no aceptaba sabiendo que a McEachern todo aquello no le importaría nada; las numerosas veces en que, como aquella noche, la mujer había tratado de interponerse entre él y el castigo que, merecido o no, justo o injusto, era impersonal y aceptado por el hombre y por el niño como un hecho natural e inevitable, hasta el momento en que, al intervenir ella, adquiría un olor, una atenuación, un resabio.

A veces había tenido la idea de decírselo a ella sola, de hacérselo saber -a ella que, en su impotencia, no podía alterarlo, ni ignorarlo-, y obligarla a ocultárselo al hombre, cuya reacción, inmediata y previsible, lo anularía de tal modo, como factor de sus relaciones, que nunca más se hablaría de ello. De decirle en secreto, en pago secreto de todos los platos secretos que él no deseaba:

-Escuche. Él dice que ha criado un blasfemo y un ingrato. Le desafío a usted a que le diga qué es lo que ha criado. Que ha criado a un negro bajo su propio techo, con sus propios alimentos y en su propia mesa. Porque ella siempre había sido buena para él. El hombre, el hombre duro, justo, implacable, esperaba únicamente que él obrase de un

determinado modo y que recibiese una recompensa o un castigo no menos determinados. El niño, igualmente, podía estar seguro de que el hombre reaccionaría de un determinado modo, según sus propias buenas o malas acciones. Pero la mujer, en cambio, tenía esa disposición, ese instinto que tienen las mujeres para el disimulo, para encontrar una vaga sombra de mal en las acciones más triviales, más inocentes... Detrás de una tabla suelta de la pared de la buhardilla en donde él dormía, la mujer había escondido unos pequeños ahorros en una caja de hojalata. La suma era insignificante, y sólo era un secreto para su marido, y el niño pensaba que, al marido, aquello le habría importado muy poco. Pero nunca había sido un secreto para él. Incluso cuando todavía era muy pequeño, la mujer le llevaba consigo cuando, con la prudencia intensa y misteriosa de un niño que juega, subía al granero y añadía a su enjuto tesoro, raro, terrible, unas monedas de cinco y de diez centavos (fruto de aquellas trapacerías, de aquellos enredos, que nadie bajo el sol le había obligado a hacer), metiendo en la caja, mientras él la contemplaba con sus ojos serios y muy abiertos, unas monedas de las que él no sabía ni el valor. Era ella la que tenía confianza en él, del mismo modo que se obstinaba en hacerle comer: por conspiración, secretamente, haciendo un secreto de aquel mismo acto que suponía ejemplar por el hecho de demostrar su confianza. No era el trabajo duro lo que él odiaba; no eran tampoco los castigos ni la injusticia. Ya estaba acostumbrado a ello, incluso antes de conocer a sus padres adoptivos. No esperaba menos y, por consiguiente, no se sentía ni ultrajado ni sorprendido. Era la mujer: aquella tierna bondad de la cual se creía condenando a ser siempre la víctima y a la que odiaba más que a la justicia dura e inflexible de los hombres.

«Trata de hacerme llorar», pensaba, tendido en su cama, frío y rígido, con las manos bajo la nuca y el cuerpo bañado por la luz de la luna, mientras oía el murmullo continuo de la voz del hombre ascendiendo por la escalera en su primera etapa hacia el cielo. «Trata de hacerme llorar. Y se imagina que es así como podrían sujetarme.»

## 8.

Sin hacer ruido, sacó la cuerda de su escondrijo. Uno de sus extremos ya estaba dispuesto para ser atado a la ventana. Había llegado a un punto en que podía llegar al suelo y subir de nuevo en un abrir y cerrar de ojos. Ahora, después de más de un año de entrenamiento, podía trepar por la cuerda, a fuerza de puños, con la agilidad

espectral de un gato y sin tocar ni una sola vez la pared de la casa. Inclinado sobre la ventana, dejó arrastrarse el cabo de la cuerda hasta que llegó abajo. A la luz de la tuna, parecía tan tenue como un hilo de araña. Después, con sus zapatos atados juntos y colgados de su cinturón, se dejó resbalar a lo largo de la cuerda y pasó, rápido como una sombra, por delante de la ventana donde los dos viejos dormían. La cuerda colgaba exactamente por delante de la ventana. Tiró de ella hacia un lado, la tensó pegada a la pared y la ató. Después, a la luz de la luna, se dirigió al establo, subió al henil y sacó el traje de su escondite. El traje estaba cuidadosamente envuelto en papel. Antes de desenvolverlo, tanteó con los dedos los pliegues del papel. «Lo ha encontrado -pensó-, lo sabe.» Y dijo en voz alta, en un susurro: «Cerdo! ¡El muy hijo de puta!»

Se vistió rápidamente en la oscuridad. Andaba ya retrasado, porque tuvo que esperar a que se durmiesen después de toda la agitación causada por el asunto de la becerro. Era la mujer quien había ocasionado aquella agitación cuando ya todo estaba acabado, arreglado, al menos para toda la noche. El paquete contenía también una camisa blanca y una corbata. Metió la corbata en el bolsillo y se puso la chaqueta con el fin de que la camisa blanca no resultase demasiado visible a la luz de la luna. Descendió del henil y salió del establo. El paño nuevo, después de sus chaquetones reblandecidos por los frecuentes lavados, le parecía opulento y áspero. La casa reposaba, sumergida en el claro de la luna, sombría, profunda, ligeramente pérfida. Era como si, bajo la luz de la luna, la casa adquiriese una personalidad amenazadora, traidora. Pasó por delante de ella y se adentró en el sendero. Sacó del bolsillo un reloj de un dólar. Lo había comprado, tres días antes, con una parte del dinero. Pero, como era la primera vez que tenía un reloj, se había olvidado de darle cuerda. Pero no tenía necesidad de reloj para saber que ya iba retrasado.

El sendero se estiraba muy recto, bajo la luna, bordeado a ambos lados por unos árboles cuyas ramas, espesas y precisas como si fuesen de pintura negra, se extendían en sombras chinescas sobre la suavidad del polvo. El muchacho caminaba deprisa, dejando tras él la casa, aquella casa para la cual, ahora, era invisible. Muy cerca, delante de él, el sendero desembocaba en la carretera principal. El muchacho esperaba ver, de un momento a otro, cómo aparecía el automóvil, porque le había dicho que si él no estaba esperándola al final del sendero, se encontrarían en el salón de la escuela donde se iba a celebrar el baile. Pero no pasaba ningún coche y, cuando llegó a la carretera, no oyó nada. La carretera y la noche estaban vacías. «Tal

vez ya ha pasado», pensó. Sacó de nuevo su reloj muerto y lo miró. El reloj estaba muerto porque no había podido darle cuerda. Iba retrasado por culpa de ellos, de los mismos que le habían impedido darle cuerda a su reloj y saber así si iba retrasado o no. Al otro extremo del sendero oscuro, en la casa ahora invisible, la mujer dormía, después de habérselas arreglado para retrasarle. Miró en aquella dirección, hacia el final del sendero. Y dejó de mirar y de pensar al mismo tiempo, como si su cuerpo y su mente fuesen movidos, por así decirlo, por la misma palanca. Creía haber visto que algo se removía entre las sombras del sendero. Pero en seguida pensó que se había equivocado. Tal vez había visto aquella cosa en su mente, proyectada como una sombra sobre la pared. «Pero me gustaría que fuese él -pensó-. Me gustaría mucho que fuese él. Quisiera que me siguiese, que me viese subir al coche, quisiera que tratara de seguirnos. Quisiera que tratara de detenerme.» Pero no pudo ver nada en la senda. Estaba vacía, cortada a trechos por sombras traidoras. Entonces oyó a lo lejos, por la carretera, en la dirección de la ciudad, el ruido del coche. Miró y pronto divisó el reflejo de los faros.

Era camarera de un ínfimo restaurante situado en una callejuela apartada de la ciudad. Cualquiera adulto, incluso con una ojeada accidental, habría visto en seguida que la muchacha no cumpliría ya los treinta. Pero era tan bajita que Joe creía, probablemente, que no tenía más de diecisiete años. No sólo era bajita, sino también menuda, casi como una niña. Pero la mirada adulta veía con claridad que aquella pequeñez no se debía a una esbeltez natural, sino a alguna corrupción interior del espíritu: una esbeltez que nunca había sido joven, en cuyas redondeces no había vivido nunca nada joven, ni había quedado nada joven. Tenía los cabellos negros, la cara huesuda, siempre inclinada hacia el suelo, como si la cabeza estuviera colocada así, un poco desviada de la línea del cuello. Sus ojos parecían los ojos de vidrio de un animal de trapo; eran algo más que duros, aunque sin tener verdadera dureza.

Era su pequeñez lo que hizo que Joe la cortejase, como si su pequeñez debiese o pudiese protegerla contra los ojos inquiridores y rapaces de la mayoría de los hombres, dándole así más oportunidades de éxito. Si hubiese sido más alta, Joe no se habría atrevido nunca. Habría pensado: «¿Para qué? Seguro que ya tiene otro, algún hombre.»

Aquello había comenzado en otoño, cuando Joe tenía diecisiete años. Fue un día, mediada la semana. Habitualmente no iban a la ciudad más que el sábado, y se llevaban la comida (una comida fría, en un

cesto comprado y conservado para este menester), con la intención de pasar toda la tarde en la ciudad. Aquel día, McEachern había ido a consultar a su abogado, pensando terminar sus asuntos a tiempo *para* volver a casa a la hora de almorzar. Pero ya era cerca del mediodía cuando apareció en la calle donde Joe le esperaba. Llegó mirando su reloj. Y en seguida, con un aire excesivo de exasperación, miró el reloj municipal, en la torre del Palacio de Justicia, y, después, el sol. Miró a Joe con la misma expresión, con el reloj abierto en la mano y los ojos fríos, disgustados. Parecía como si examinase, como si sopesase por primera vez al muchacho que él había criado desde la infancia. Después dio media vuelta.

-Ven -dijo-. Ahora no podemos hacer otra cosa.

La ciudad se encontraba en un nudo de enlaces ferroviarios. Incluso a media semana, había muchos hombres en las calles. Toda la atmósfera de la plaza era masculina. Las gentes tenían aspecto de estar allí de paso: una población en la que hasta los maridos sólo estaban en casa a intervalos y durante las vacaciones, una población de hombres que llevaban unas vidas esotéricas cuyos escenarios estaban lejos, hombres cuya presencia intermitente era alcahueteada como la de los «caballos blancos» de un teatro.

Joe no había visto nunca aquel lugar a donde McEachern le llevó. Era un restaurante de una callejuela, una puerta angosta y sucia entre dos casas sucias. En primer lugar, él no sabía que aquello era un restaurante. No había ningún rótulo en el exterior, y no percibía ni olores ni ruidos de cocina. Sólo veía un largo pasillo de madera con una hilera de taburetes sin respaldo, y una mujer gorda y rubia junto a la puerta, tras una vitrina llena de cigarros; y un grupo de hombres en el extremo más alejado del mostrador, un grupo de hombres que no comían y que se volvieron todos a la vez para verles entrar a través del humo de sus cigarrillos. Nadie dijo nada. Todos se contentaron con mirar a McEachern y a Joe, como si hubiesen dejado de respirar al mismo tiempo que dejaron de hablar, como si hasta el humo de los cigarrillos se hubiese detenido y, sin rumbo, derivase ahora por su propio peso. Ninguno de aquellos hombres iba vestido con blusa de campesino, y todos llevaban sombrero, y sus caras eran muy parecidas: ni jóvenes ni viejos, ni campesinos ni gente de ciudad. Tenían el aire de las personas que acababan de descender del tren y que mañana ya se habían ido, de las personas que no tienen dirección.

Sentados ante el mostrador en dos taburetes sin respaldo, McEachern y Joe comían. Joe comía rápidamente porque McEachern comía rápidamente. El hombre, sentado junto a él, muy tieso, aunque

ocupado en comer, tenía un aire de dignidad ofendida. McEachern había pedido algo sencillo, algo que se guisase pronto y se comiese pronto. Pero Joe sabía que la tacañería no tenía nada que ver con ello. Tal vez la tacañería les había llevado allí, en lugar de a otro sitio, pero Joe sabía que era el deseo de marcharse cuanto antes lo que había dictado la elección de los platos. En cuanto hubo posado su tenedor y su cuchillo, McEachern, que se bajaba ya de su taburete, le dijo: «Vamos.» Delante de la vitrina de los cigarros, McEachern pagó a la mujer de cabellos cobrizos. Había en ella, también, algo inaccesible, una respetabilidad beligerante, de superficie diamantina. Ni siquiera les había mirado, ni cuando entraron, ni cuando McEachern le entregaba el dinero. Y sin mirarles tampoco, la mujer devolvió el cambio, correctamente, rápidamente, haciendo resbalar las monedas sobre el mostrador de cristal, casi sin dar tiempo a que McEachern presentase su billete. Exhibía, en cierto modo, detrás del falso reflejo de su cabellera bien cuidada, un rostro prudente, semejante al de una leona esculpida que guarda su pórtico, haciendo de su respetabilidad un escudo tras el cual los hombres allí reunidos, ociosos y equívocos, podían variar a su gusto el ángulo de sus sombreros y de sus cigarrillos, cuyas volutas les rayaban el rostro. McEachern contó su moneda y ambos salieron a la calle. El hombre miró de nuevo a Joe y dijo:

-Quiero que recuerdes este lugar. En este mundo hay muchos sitios a los que un hombre puede ir, pero donde un muchacho, un joven como tú, no puede entrar. Este es uno de ellos. Quizás habría sido mejor que no hubieses entrado nunca en él. Pero conviene que veas cosas como ésta para que aprendas a reconocer lo que debes rehuir, evitar. Quizás ha sido mejor así, que vinieses conmigo, para que yo te lo explicase y te pusiese en guardia. Además, se come barato.

-¿Qué hay de malo en ese sitio? -dijo Joe.

-Eso no te importa. Eso le importa a la ciudad. Pero fíjate bien en lo que te digo: te prohíbo venir aquí, a no ser que vengas conmigo. Cosa que no volverá a ocurrir. La próxima vez, salgamos temprano o no, traeremos nuestro almuerzo.

He aquí lo que vio Joe aquel día, mientras comía rápidamente junto al hombre inflexible y tranquilamente ofendido, aislados ambos en el centro del mostrador. En un extremo se encontraba la mujer del cabello cobrizo; en el otro, el grupo de hombres y, también, la camarera, con su rostro grave e inclinado, y sus gruesas manos, sus manos demasiado gruesas que colocaban los platos y las tazas, y su



cabeza erguida que, detrás del mostrador, no sobresalía más que la de un niño alto. Después, McEachern y él salieron. Y Joe pensaba que no volvería nunca allí. No porque McEachern se lo hubiera prohibido, sino porque creía que su vida no le proporcionaría ocasiones de hacerlo. Era algo así como si se dijese a sí mismo: «Estas personas no son como yo. Puedo verlos, pero no sé lo que hacen, ni por qué lo hacen. Puedo oírles, pero no sé lo que dicen, ni por qué lo dicen, ni a quién se lo dicen. Sé que no vienen solamente a comer, que hay otra cosa. Pero no sé qué es esa otra cosa. Y no lo sabré nunca.»

Y aquello desapareció de la superficie de sus pensamientos. De vez en cuando, durante los seis meses siguientes, volvió a ir a la ciudad, pero no vio el restaurante, ni pasó por delante de él. Habría podido hacerlo. Pero no se le ocurrió. Tal vez no lo necesitaba. Tal vez, más a menudo de lo que creía, su pensamiento podía transformarse de pronto en un cuadro, vago al principio, más preciso después: el largo mostrador desnudo, un poco equívoco, en uno de cuyos extremos aparecía, inmóvil y fría, la mujer del cabello cobrizo, que parecía vigilarlo, mientras que, en el otro extremo, estaban los hombres, con la cabeza gacha, fumando sin cesar, encendiendo y arrojando sus eternos cigarrillos, y la camarera, la mujer no más alta que un chiquillo, yendo y viniendo del comedor a la cocina, con los brazos cargados de platos, obligada, cada vez que pasaba, a rozar a todos los hombres, que se inclinaban, con el sombrero sobre la oreja, y le hablaban a través del humo de sus cigarrillos, le murmuraban cosas con un aire casi alegre, exultante, y ella, con el rostro ausente, grave, inclinado, como si no hubiera oído nada. «Ni siquiera sé lo que le dicen», pensaba Joe, pensando. *Ni siquiera sé que le dicen cosas que los hombres no dicen a un niño que pasa, creyendo no sé todavía que, en el momento del sueño, el párpado que desciende, encierra, en el mismo ojo, el rostro grave y pensativo de aquella mujer; trágica, triste y joven; llena de espera, coloreada por toda la magia vaga e informe del primer deseo. Que ya hay algo para alimentar el amor. Que, dormido, sé ahora por qué reprimiéndome, golpeé a aquella muchacha negra hace tres años; y que ella también debe de saberlo, y estar orgullosa también, en su altiva espera*

Así pues, no esperaba volver a verla nunca, porque el amor, en los jóvenes, no necesita más esperanza que deseo para alimentarse. Probablemente, se sintió tan sorprendido de su acción, de lo que ésta significaba y revelaba, como el propio McEachern se hubiese sentido. Esta vez, era un sábado de primavera. Acababa de cumplir dieciocho años. McEachern había ido de nuevo a ver a su abogado. Pero esta vez iba bien provisto.

-Tengo para una hora dijo- . Puedes dar una vuelta y ver la ciudad. Miró a Joe de nuevo, duramente, con reflexión, un poco nervioso, como un hombre justo que se ve obligado a aceptar un compromiso entre la justicia y la sentencia.

-Toma -dijo, abrió su monedero y sacó una moneda de diez centavos-. Procura no regalársela al primero que tenga ganas de ella. Es extraño -dijo, incómodo, con los ojos fijos en Joe-, se diría que el hombre sólo puede aprender el valor del dinero aprendiendo antes a gastarlo. Tienes que estar aquí dentro de una hora.

Joe tomó la moneda y se fue directo al restaurante. Ni siquiera guardó el dinero en el bolsillo. Lo hizo sin premeditación ni designio, casi sin voluntad, como si fuesen sus pies los que le guiasen, y no su cabeza. Tenía la moneda bien apretada, pequeña y cálida, en la mano, como hacen los niños. Torpemente, tropezando un poco, empujó la puerta enrejada. La mujer rubia, detrás de la vitrina de cigarros (era como si no se hubiese movido desde hacía seis meses, ni cambiado un pelo de su cabellera de duros reflejos cobrizos, ni siquiera mudado de vestido), le miraba. En el otro extremo del mostrador, los hombres, con el sombrero sobre la oreja, con sus cigarrillos y su olor a barbería, le miraban. El propietario estaba con ellos. Joe notó, vio al propietario, por primera vez. Como los demás hombres, el propietario llevaba un sombrero y fumaba. No era alto, no era mucho más alto que Joe. Tenía un cigarrillo encendido en el rincón de la boca, como para no estorbar el paso de las palabras. Joe debió de adquirir uno de sus tics de aquel rostro, equívoco e inmóvil detrás de las volutas del cigarrillo que la mano no tocaba nunca antes de que estuviese acabado y escupido y aplastado con el tacón. Esto no ocurrió hasta más adelante, cuando la vida empezó a transcurrir más aprisa y la aceptación vino a reemplazar al conocimiento y a la memoria. Ahora se limitaba a mirar al hombre que se inclinaba detrás del mostrador, que llevaba puesto, absurdamente, un delantal sucio, lo mismo que un ladrón podría llevar circunstancialmente una barba postiza. La aceptación iba a venir más tarde, al mismo tiempo que la suma de todo lo que por el momento parecía un insulto a la credulidad: la idea de que aquellas dos personas podían ser marido y mujer, aquella casa un restaurante con camareras sucesivamente importadas, que apenas sabían manejar las bandejas de comida barata y que justificaban el negocio, y él mismo, durante aquel asueto breve y violento, un joven semental, incrédulo, asombrado y hechizado, en una pradera secreta, llena de yeguas profesionales y fatigadas; él mismo, víctima a su vez de unos hombres sin número y sin nombre.

Pero esto no sucedió todavía. Fue al mostrador, apretando su moneda en la mano. Le pareció que todos los hombres habían dejado de hablar para mirarle, porque ahora no podía oír nada, salvo un desagradable crepitar de fritura detrás de la puerta de la cocina, pensando *Ella está allí, detrás, ¡por eso no la veo!* Se encaramó en un taburete. Él creía que todo el mundo le miraba. Creía que, detrás de sus cigarrillos, la mujer rubia le miraba, y también el propietario, ante cuyo rostro el humo del cigarrillo le parecía que se había quedado inmóvil en su perezosa combustión. El propietario dijo entonces una palabra, una sola palabra. Joe vio que ni se había movido, ni tocado su cigarrillo:

-¡Bobbie! -dijo.

Un nombre de hombre. Aquello ni siquiera fue un pensamiento. Fue demasiado rápido, demasiado completo *Ella se ha ido. Han puesto a un hombre en su lugar. He despilfarrado mis diez centavos como él me dijo* Creía que ya no podía marcharse, que la mujer rubia le detendría si trataba de salir. Se figuraba que los hombres del mostrador sabían todo esto y se burlaban de él. Así que se quedó quieto en su taburete, con los ojos bajos y la moneda apretada en su mano. No vio a la camarera hasta que las dos manos demasiado grandes aparecieron sobre el mostrador, frente a él y bajo sus ojos. Podía ver los dibujos de su vestido y el pero del delantal y las dos manos de gruesos nudillos posadas sobre el borde del mostrador, tan completamente inmóviles como las cosas que traían de la cocina.

-Un café y una tarta -dijo.

La voz de la mujer sonó, cansada, casi vacía:

-¿Limón, coco, chocolate?

A juzgar por la altura de donde salía la voz, parecía imposible que aquellas manos fuesen de ella.

-Sí -dijo Joe.

Las manos no se movieron. La voz no se movió tampoco:

-¿Limón, coco, chocolate? ¿Qué prefiere?

Los demás debían de encontrarles bastante raros. Cara a cara, uno a cada lado del mostrador negruzco, manchado, grasiento, brillante del roce, parecía que estaban rezando: el muchacho, con su rostro campesino, sus ropas limpias y austeras y una torpeza que le revestía de algo irreal, de inocencia, y la mujer que aguardaba frente a él, sombría, inmóvil, y que, por su pequeñez, parecía participar de algo que él mismo tenía, algo que estaba más allá de la carne. La mujer tenía el rostro huesudo, enjuto. Sobre los pómulos, la piel estaba tensa, con cercos negros alrededor de los ojos. Bajo los párpados

caídos, los ojos no parecían tener profundidad, como si ni siquiera pudiesen reflejar una imagen. La mandíbula inferior parecía demasiado estrecha para contener dos hileras de dientes.

-Coco -dijo Joe.

Sólo había hablado su boca e inmediatamente habría deseado desdecirse. No tenía más de diez centavos. Había mantenido tan apretada la moneda que ni siquiera llegó a darse cuenta de que era de diez centavos. Su mano sudaba sobre ella y alrededor de ella. Y él se imaginaba que los hombres le observaban, se reían de nuevo. No podía oírles y no les miraba. Pero se lo figuraba. Las manos habían desaparecido. Pero volvieron a mostrarse en seguida, para poner ante él un plato y una taza. Joe, entonces, la miró de frente.

-Cuánto es la tarta? -dijo.

-La tarta son diez centavos.

La muchacha estaba justamente frente a él, al otro lado del mostrador, con sus gruesas manos posadas de nuevo sobre la madera oscura, con aquel aire fatigado, expectante. No le había mirado todavía. Joe dijo, con voz desfallecida, desesperada:

-Creo que no voy a tomar café.

La muchacha permaneció un momento sin moverse. Después, una de sus gruesas manos se desplazó y cogió la taza de café. Mano y taza desaparecieron. Joe se quedó inmóvil, sentado, también con los ojos bajos, esperando. Y lo que esperaba llegó, no del propietario, sino de la mujer que estaba detrás de la vitrina de los cigarros.

-¿Qué ocurre? -dijo.

-No quiere café -dijo la camarera.

Su voz progresaba mientras hablaba, como si no se hubiese detenido a considerar la cosa. Era una voz átona, tranquila. La voz de la otra mujer también era sosegada.

-¿No había pedido un café?

-No -dijo la camarera, con aquella voz igual, siempre en movimiento, que se alejaba-. Le entendí mal.

Cuando Joe salió, cuando su mente torturada de vergüenza, de pesar de un deseo frenético de esconderse, pasó fugazmente por delante del rostro frío de la mujer de los cigarros, tuvo la impresión de que nunca querría, nunca podría volver a verla. Pensaba que ya nunca podría soportar su vista, ni siquiera mirar en la calle, aunque fuese de lejos, su aspecto lamentable. No pensaba todavía *Es terrible ser joven. Es terrible. Terrible*. Todos los sábados encontraba, inventaba razones para no tener que ir a la ciudad, y McEachern le observaba, aunque sin sospechar nada todavía. Joe pasaba sus días trabajando duramente

demasiado duramente. McEachern contemplaba su trabajo con desconfianza. Pero en su trabajo no había nada que el hombre pudiese comprender o deducir. El trabajo le estaba permitido. Y así, las noches pasaban, porque estaba demasiado fatigado para quedarse despierto. Con el tiempo, hasta la desesperanza, el pesar y la vergüenza se atenuaron. Joe no cesaba de recordar, de reconstruir el escenario. Pero ahora estaba gastado, como un disco de gramófono, y sólo era reconocible por el desgaste que debilitaba las voces. Al cabo de cierto tiempo, hasta el mismo McEachern aceptó la cosa. Dijo:

-Te estoy observando desde hace tiempo. Y ahora, o debo dudar de mis propios ojos o creer que por fin comienzas a aceptar lo que el Señor ha tenido a bien concederte. Pero no quiero que mis felicitaciones te produzcan ideas de orgullo. Todavía tendrás tiempo y ocasión (e inclinación también, sin ninguna duda) de hacer que me arrepienta de haber hablado así. De volver a caer en la holgazanería y en la ociosidad. Sin embargo, la recompensa ha sido creada para el hombre, lo mismo que el castigo. ¿Ves aquella becerra? Desde hoy, es tuya. Procura que no tenga que lamentar el habértela dado.

Joe le dio las gracias. Entonces pudo mirar a la becerra y decir en alta voz: «Es mía.» Después la miró de nuevo. Lo que pasó por su mente fue demasiado rápido, demasiado completo para ser un pensamiento *No es un regalo. No es ni siquiera una promesa, es una amenaza* pensando: «Yo no la he pedido. Me la ha dado él. Yo no la he pedido», creyendo *Bien sabe Dios que me la he ganado con mi trabajo.*

Fue un mes después, un sábado por la mañana.

-Yo creía que ya no te gustaba la ciudad -dijo McEachern.

-Supongo que ir una vez más no me hará daño -dijo Joe.

Tenía medio dólar en el bolsillo. La señora McEachern se lo había dado. Él había pedido cinco centavos. La mujer insistió para que tomase cincuenta. Joe cogió la moneda y la dejó en la mano, fríamente, con desprecio.

Se habría escapado, hasta por violencia si hubiese sido preciso, pero no tuvo necesidad de hacerlo. La señora McEachern se lo facilitó. Corrió directamente al restaurante. Entró, sin tropezar esta vez. La camarera no estaba allí. Tal vez él vio, notó que no estaba. Se detuvo en el mostrador de los cigarros, tras el cual reinaba la mujer, y puso su medio dólar sobre el cristal:

-Debo cinco centavos. De una taza de café. Pedí una tarta y una taza de café antes de saber que la tarta costaba diez centavos. Le debo cinco centavos.

No miró hacia el fondo. Los hombres estaban allí, con el sombrero sobre la oreja y el cigarrillo en los labios. El dueño también estaba allí. Mientras esperaba, Joe le oyó decir, hablando por detrás del cigarrillo y siempre cubierto por su mandil sucio:

-¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quiere?

-Dice que le debe cinco centavos a Bobbie -dijo la mujer-. Quiere dar cinco centavos a Bobbie.

Su voz era sosegada La voz del dueño era sosegada. -¡Por todos los diablos! -dijo.

Joe tuvo la impresión de que toda la sala estaba llena de orejas que escuchaban. Oía sin escuchar, veía sin mirar. Entonces echó a andar hacia la puerta. El medio dólar estaba sobre el cristal de la caja. Hasta desde el fondo de la sala, el patrón podía verlo, porque dijo.

-Para pagar qué?

-Dice que debe una taza de café -dijo la mujer. Joe estaba casi en la puerta.

-¡Eh, Jack! -dijo el hombre.

Joe no se detuvo.

-Dale su dinero -dijo el hombre, con voz neutra, sin moverse.

El humo del cigarrillo, que no era agitado por ningún movimiento, serpenteaba apaciblemente delante de su cara.

-Devuélveselo -dijo el hombre-. No sé lo que está urdiendo su cabeza, pero aquí no quiero trucos. Devuélveselo. Lo mejor que puedes hacer es volver a la granja, Hiram. A lo mejor puedes pagar a una chica, con esos cinco centavos.

Joe se encontró en la calle, sudando su medio dólar, la moneda sudando en su mano, más grande al tacto que una rueda de carreta. Caminaba en medio de las risas. Las risas de los hombres que le habían acompañado hasta la puerta. Y que le barrían, le arrastraban por la calle. Después, en seguida, le adelantaron, se extinguieron y le dejaron caer al suelo, al adoquinado. La camarera y él estaban frente a frente. La muchacha caminaba deprisa, con la vista baja, vestida con un vestido y un sombrero negros, y en un principio no le vio. Cuando se detuvo, él ni siquiera la miró; ya la había mirado, con una ojeada de conjunto, lo mismo que cuando le había puesto la tarta y la taza de *café* en el mostrador. La muchacha dijo:

-¡Ah! Y habrá vuelto usted para darme el dinero. Y delante de todos. Y se habrán burlado de usted. ¡Es increíble!

-Pensé que se lo harían pagar a usted. Pensé que...

-¡Es increíble, es el colmo! ¡Palabra!

Estaban cara a cara, pero no se miraban, Debían de parecer dos

monjes que se encuentran en un sendero del jardín durante la hora de meditación.

-Así que yo pensé...

-¿Dónde vive usted? -dijo ella-. ¿En el campo? ¡Es increíble! ¿Cómo se llama?

-No me apellido McEachern -dijo-, sino Christmas.

Todos los sábados por la tarde, durante su adolescencia y después de ella, iba a cazar o a pescar con otros cuatro o cinco muchachos. A las chicas, sólo las veía el domingo, en la iglesia. En su mente, las chicas estaban asociadas con Dios y con la Iglesia. Por eso no podía prestarles atención. Porque eso hubiera sido, incluso para él, una retractación de sus odios religiosos. Pero, con los demás muchachos, hablaba de mujeres. Entre ellos, los había que estaban enterados; por ejemplo el que tramó aquel día el asunto de la negra. «Todas tienen ganas -les decía a los otros-, pero a veces no pueden.» Los otros no sabían eso. No sabían que todas las mujeres tienen ganas. Y todavía sabían menos que, a veces, no pueden. Ellos tenían ideas distintas. Pero admitir que no sabían el segundo punto era como admitir que no habían descubierto el primero. Así es que escuchaban lo que les explicaba su compañero. «Es algo que les pasa una vez al mes.» Les describió la idea que tenía del fenómeno físico. Tal vez estaba enterado. Al menos era bastante claro, bastante persuasivo. Si hubiera tratado de describir aquello como un estado mental, como una cosa en la que sólo él creía, no le habrían escuchado. Pero les pintaba un cuadro físico, realista, que se podía percibir con el olfato e incluso con la vista. Esto les impresionaba: aquella impotencia temporal y abyecta de lo que, a la vez, excitaba y frustraba el deseo; la forma delicada y superior en que residía la voluntad, condenada a ser, a intervalos fijos e inevitables, víctima de una inmundicia periódica. Eso era lo que el muchacho les explicaba, mientras los otros cinco le escuchaban en silencio, mirándose los unos a los otros, inquisidores y secretos. El sábado siguiente, Joe no fue a cazar con ellos. McEachern creyó que ya se había ido, porque la escopeta no estaba en casa. Pero Joe estaba escondido en el establo. Se quedó allí todo el día. El sábado siguiente sí salió, pero solo, muy temprano, antes de que sus compañeros vinieran a buscarle. Y no cazó. A la caída de la tarde, a unas tres millas de la casa, mató a una oveja. Encontró el rebaño en un valle escondido. Se puso al acecho y disparó contra uno de los animales. Después, temblando, con la boca seca, mirando constantemente hacia atrás, se arrodilló y mojó las manos en la

sangre. Después se recobró, se rehizo. No olvidó lo que el muchacho le había dicho. Aceptó el hecho, simplemente. Se dio cuenta de que podía vivir con aquel hecho junto a él. Como si se hubiera dicho, ilógica y desesperadamente tranquilo *Muy bien. Era así. Pero no para mí. No en mi vida ni en mi amor.* Transcurrieron tres o cuatro años y él lo olvidó, en el sentido en que un hecho es olvidado en cuanto sucumbe a la insistencia que pone a la mente en el trance de considerarlo como ni verdadero ni falso.

Volvió a ver a la camarera la noche del lunes que siguió al sábado en que había querido pagar su taza de café. Entonces no tenía todavía la cuerda. Salió por la ventana y saltó desde una altura de tres metros. Hizo a pie las cinco millas que le separaban de la ciudad. No pensó en absoluto en la forma de volver a su habitación.

Llegó a la ciudad y se dirigió a la esquina en que ella le había citado. Era una esquina tranquila, y él había llegado demasiado pronto, pensando *Tengo que acordarme. Dejar que me enseñe lo que debo hacer y cómo hacerlo y cuándo hacerlo. Y no dejarle que vea que no lo sé, que cuento con ella para que me lo enseñe.*

Hacía ya más de una hora que esperaba cuando ella apareció. Joe se había anticipado una hora. Ella llegó y se plantó ante él. Salió de la oscuridad, pequeña, con la vista baja, con su aire firme y expectante.

-Ya estoy aquí -dijo ella.

-He venido lo más pronto que he podido. Tuve que esperar a que ellos se acostasen. Tenía miedo de llegar tarde.

-¿Hace mucho que esperas? ¿Cuánto tiempo?

-No lo sé. He corrido durante casi todo el camino. Tenía miedo de llegar tarde.

-¿Has corrido? ¿Tres millas?

-Cinco, no tres.

-¡Es increíble!

Después, callaron. Se quedaron quietos, dos sombras enfrentadas. Más de un año después, recordando aquella noche, Joe se dijo, comprendiendo de pronto. *Es como si esperase que la pegara.*

-Muy bien -dijo ella.

Joe temblaba un poco. Podía sentirla, sentir su espera: inmóvil, resignada, un poco cansada; pensando *Ella espera que comience y yo no sé cómo comenzar.* Entonces, hasta a él mismo le pareció estúpida su voz:

-Me parece que es tarde.

-¿Tarde?

-Pensaba que a lo mejor te esperaban... que esperaban a que tú...



-Esperarme.... esperarme...

Su voz murió, cesó. Luego dijo, sin moverse (estaban allí quietos, como dos sombras):

-Vivo con Mame y con Max. Ya sabes. En el restaurante. Allí, donde fuiste aquel día a pagar los cinco centavos...

Se echó a reír. A reír sin alegría, sin nada.

-Cuando pienso en aquello... Cuando pienso cómo llegaste allí, con tus cinco centavos...

Después, la muchacha dejó de reír. No fue una ausencia de alegría tampoco. Su voz le llegó queda, servil, humilde.

-Esta noche me he equivocado. He olvidado una cosa.

La muchacha esperaba, quizás, que él le preguntase lo que era. Pero Joe no lo hizo. Siguió allí, inmóvil, cerca de la voz sosegada, baja, que moría en algún sitio alrededor de sus oídos. Había olvidado la oveja muerta. Hacía demasiado tiempo que vivía con el hecho que el muchacho mejor informado le revelara.

Hacía demasiado tiempo que la muerte de la oveja le había dado la inmunidad contra el hecho para que el hecho pudiese estar vivo todavía. Así que no comprendió en un principio lo que ella trataba de decirle. Siguieron de pie en la esquina de la calle. Estaban en el límite de la ciudad, allí donde la calle, convirtiéndose en carretera, se perdía más allá de los praderíos cuidados y medidos, entre tierras sin cultivar y casitas esparcidas, las pequeñas casas baratas que componen el suburbio de esa clase de ciudades. Y la muchacha dijo:

-Escucha, esta noche estoy indispuesta.

Joe no comprendió. No dijo nada. Quizás no tenía necesidad de comprender. Quizás esperaba ya alguna aciaga desventura, pensando «Era demasiado bonito para ser verdad», pensando demasiado rápido para que llegase a ser un pensamiento. *Dentro de un instante va a desaparecer. Y no estará aquí. Y yo estaré de vuelta en mi casa, en mi cama, como si nunca hubiese salido.* La muchacha continuó:

-Cuando te dije que el lunes por la noche, no pensé en la fecha del mes. Creo que me cogiste de sorpresa. Así en la calle, el sábado... Me olvidé del día que era. Hasta después, cuando ya te habías ido.

El dijo, con la misma voz tranquila:

-Cómo indispuesta? ¿No tienes en casa algún remedio que puedas tomar?

-¿Si no tengo en casa...? -Su voz se extinguió; luego dijo-: ¡Es increíble! -y bruscamente-: Ya es tarde y tienes que andar tus cuatro millas.

-Ya las he andado. Estoy aquí -Joe hablaba en voz baja,

desilusionada-. Sí, creo que es tarde.

Después, algo se transformó. La muchacha, sin mirarle, presintió algo antes de que la voz dura lo expresara:

-¿Qué clase de indisposición tienes?

Ella tardó en responder. Después, suavemente y con los ojos bajos, dijo:

-¿No has tenido nunca una amiguita? Sospecho que no.

Joe no respondió.

-¿Verdad que no?

Joe no respondió. Ella hizo un movimiento. Le tocó por primera vez. Le cogió por un brazo, levemente, con las dos manos. Joe, mirando hacia abajo, podía ver la sombra oscura de la cabeza, inclinada como si la tuviese, de nacimiento, ligeramente desviada del cuello. La muchacha se lo explicó, con varias pausas, torpemente, tal vez con las únicas palabras que conocía. Pero Joe había oído aquello antes. Y ya había huido al pasado, por encima de la oveja muerta, precio pagado por la inmunidad, hasta aquella tarde en que, sentado a la orilla del río, se había sentido más indignado que sorprendido y herido. Con una sacudida, liberó el brazo que ella asía. La muchacha no creyó en absoluto que él hubiera tratado de pegarle. En realidad, creyó otra cosa muy diferente. Pero el resultado fue el mismo. Cuando Joe -su forma, su sombra- desapareció por la carretera, creyó que iba corriendo. El ruido de sus pasos le continuó llegando algún tiempo después de que cesara de verle. Pero tardó un rato en moverse. Se quedó donde él la había dejado, inmóvil, con la cabeza gacha, como esperando el golpe que ya había recibido.

Joe no corría. Pero caminaba deprisa, y en una dirección que le alejaba aún más de su hogar, de la casa que había dejado, a cinco millas de allí, saltando por la ventana y sin pensar de qué manera podría volver a entrar en ella. Andaba muy rápido por la carretera cuando, de pronto, apartándose de ella, saltó por encima de una cerca a una tierra labrada. Algo crecía en los surcos. Más lejos había un bosque, árboles. Joe llegó al bosque y se adentró en él, entre los troncos rugosos, bajo la sombra acogedora de las ramas, sombra de olores densos y violentamente sensuales. En aquella oscuridad, en aquella violencia, le pareció ver, como una caverna, una hilera de urnas de formas suaves que iban disminuyendo al alejarse, blancas de claridad lunar. No había ninguna intacta. Estaban todas rajadas. Y, de cada raja manaba algo líquido, color de muerte, algo repugnante.

Tocó un árbol, se apoyó en él con los dos brazos doblados y, contemplando la hilera de urnas iluminadas por la luna, comenzó a

vomitara.

El lunes siguiente ya tenía la cuerda. Esperó en la misma esquina. Había llegado también demasiado pronto. Y la vio. La muchacha se acercó a él.

-Creía que no ibas a venir -dijo ella.

-¿De veras?

La tomó del brazo, se la llevó hacia la carretera.

-¿dónde vamos? -dijo ella.

Joe no respondió. Tiraba de la mujer. Ella tenía que correr para seguirle. Trotaba torpemente, animal trabado por lo que la diferenciaba de los animales: sus tacones, sus ropas, su baja estatura. Joe la hizo salir de la carretera, acercarse a la cerca que él había franqueado ocho días antes.

-Espera -dijo ella, con la voz entrecortada-, la cerca... No puedo más... Al encorvarse para pasar entre los alambres de espino que Joe había saltado, su vestido se enganchó. Joe se inclinó y, de un tirón, la libertó con un ruido de desgarramiento.

-Te compraré otro -dijo él.

La muchacha no dijo nada. Se dejó medio llevar, medio arrastrar, por entre los tiernos brotes y los surcos, hasta llegar al bosque, hasta los árboles.

Escondió la cuerda, cuidadosamente arrollada, en la buhardilla, detrás de la misma tabla suelta donde la señora McEachern ocultaba las monedas de cinco y diez centavos que iba atesorando. Pero la cuerda estaba tan profundamente hundida en el agujero que la señora McEachern no podía alcanzarla. Era a ella a quien le debía esta idea. A veces, mientras la anciana pareja roncaba abajo, mientras él iba soltando la silenciosa cuerda, Joe pensaba en esa paradoja. A veces, sentía ganas de decírselo a ella, de mostrarle el lugar donde escondía el instrumento de su pecado, puesto que era ella la que le había dado la idea, la que le había enseñado cómo y dónde esconderlo. Pero Joe sabía que aquello sólo serviría para darle ganas de ayudarla a ocultar la cuerda, y que ella desearía verle pecar para poder ayudarla a esconderla y que, además, se entregaría a tal exuberancia de murmullos y de elocuentes signos que McEachern, a su pesar, no tendría más remedio que olfatear algo raro.

Y Joe comenzó a robar, a tomar dinero del escondrijo. Es muy posible que ella no le hubiese sugerido la idea, que nunca hubiese mencionado el dinero delante de él. Es posible, incluso, que él ni siquiera se diese

cuenta de que utilizaba dinero para pagar sus placeres. Lo que ocurría es que, durante años, había visto a la señora McEachern esconder dinero en un determinado lugar. Y que después, cuando también él tuvo necesidad de ocultar algo, lo puso en el lugar que sabía más seguro. Cada vez que escondía o sacaba la cuerda, veía la caja de hojalata que contenía el dinero.

La primera vez cogió cincuenta centavos. Dudó un momento entre cincuenta y veinticinco. Y cogió los cincuenta, porque era exactamente la cantidad que necesitaba. Le sirvieron para comprar una vieja caja de bombones, moteada de cagadas de mosca, a un hombre que la había ganado en una tienda por diez centavos en un juego de azar. Se la ofreció a la camarera. Nunca le había regalado nada. Se la dio como si él fuese la primera persona que hubiera pensado en regalarle algo. Con un aire un poco extraño, la mujer tomó con sus dos grandes manos la caja pintarrajeada y descolorida. Estaba sentada sobre su cama, en la habitación, en la pequeña casa donde vivía con el hombre y la mujer a los que ella llamaba Max y Mame. Una noche -hacia de ello cosa de una semana- el hombre entró en la habitación. Ella se estaba desnudando. Sentada sobre la cama, levantaba los brazos. El hombre entró en la habitación y se apoyó en la cómoda, con el cigarrillo en los labios.

-Un rico granjero -dijo-. El John Jacob Astor de la vaquería.

La mujer se había tapado, sentada en la cama, inmóvil, con la cabeza gacha.

-Me paga.

-¿Con qué? ¿No ha gastado todavía sus cinco centavos? -La miró-. ¡Un montón de billetes por un grano de avena! ¿Para esto te traje yo de Memphis? Querrás también, uno de estos días, que te dé de comer por nada.

-No lo hago durante el tiempo que trabajo para usted.

-Evidentemente. No te lo puedo prohibir. Pero me disgusta verlo, eso es todo. Un mozalbete que no ha visto un dólar en su vida. En esta ciudad, llena de tipos cargados de pasta que te tratarían como es debido.

-A lo mejor me gusta. Quizás usted no ha pensado en eso.

El hombre miró la coronilla quieta e inclinada de su cabeza. La mujer seguía sentada en la cama, con las manos en el regazo. Él estaba apoyado contra la mesa, con el cigarrillo entre los labios. Dijo:

-¡Mame!

Al cabo de un rato, repitió:

-¡Mame! ¡Ven aquí!

Los tabiques eran muy delgados. La gorda rubia no tardó en acercarse, sin prisa, por el pasillo. Los dos pudieron oírla. Al fin entró.

-Escúchame -dijo el hombre-. Dice que está encaprichada por ese mocoso. ¡Santo Cristo! Romeo y Julieta.

La mujer rubia miró la cabeza morena de la camarera.

-¿Y qué? -dijo.

-Nada. Todo perfecto. Max Confrey presenta a la señorita Bobbie Allen, especialista en jóvenes.

-Vete -dijo la mujer.

-Sí. Sólo había venido a traerle el cambio de cinco centavos.

Salió. La camarera no se había movido. La mujer rubia se acercó a la cómoda y se apoyó en ella, con los ojos puestos en la cabeza inclinada.

-Te ha pagado alguna vez?

La camarera no se movió.

-Sí. Me paga.

La gruesa rubia la miró, apoyada en la cómoda, igual que Max.

-Venir de Memphis para eso. Traerla de Memphis para regalarla después.

La camarera no se movió.

-Yo no perjudico a Max.

La mujer rubia miró la cabeza inclinada. Luego, dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

-Arréglate como puedas, pero no lo vuelvas a hacer -dijo-. Eso no va a durar mucho. En estas ciudades pequeñas eso no dura mucho tiempo. Lo sé muy bien. Yo también vengo de una ciudad pequeña.

Sentada en la cama, sosteniendo entre las manos la miserable caja de bombones ilustrada, continuó allí, sentada, igual que cuando la gruesa rubia le estaba hablando. Pero ahora era Joe quien la miraba, apoyado en la cómoda. La camarera se echó a reír. Se rió con la chillona caja entre sus manos de gruesos nudillos. Joe la miraba. La vio levantarse y pasar por delante de él con la cabeza baja. Franqueó la puerta y llamó a Max por su nombre. Joe no había visto nunca a Max, salvo en el restaurante, con su sombrero y su delantal sucio. Cuando Max entró, ni siquiera fumaba. Le tendió la mano.

-¿Cómo va eso, Romeo? -dijo.

Joe apenas reconoció al hombre que le estrechaba la mano.

-Me la ha traído Joe -dijo.

La mujer rubia entró a su vez. También era la primera vez que Joe la veía fuera del restaurante. La vio entrar sin dejar de mirarla, sin dejar de mirar cómo la camarera abría la caja. La ofreció.

-Me la ha traído, Joe -dijo.

La mujer rubia echó una ojeada a la caja. Ni siquiera movió la mano.

-Gracias -dijo.

El hombre, a su vez, miró la caja sin adelantar la mano.

-¡Vaya, vaya, vaya -dijo-. A veces Navidad dura mucho tiempo, ¿verdad, Romeo?

Joe se había apartado un poco de la cómoda. Era la primera vez que se encontraba en aquella casa. Miraba al hombre con el rostro lleno de una expresión plana y desorientada, pero sin alarma. Observaba la cara simiesca e indescifrable del hombre. Pero no dijo nada. Fue la camarera quien dijo:

-Si no les gustan, no tienen por qué comerlos. Joe miraba a Max; miraba a Max mientras oía la voz de la camarera, la voz de los ojos bajos.

-Esto no les perjudica.. Ni a ustedes ni a nadie... No lo hago en las horas que trabajo para ustedes...

Joe no la miraba, como tampoco miraba a la mujer rubia. Miraba a Max, con una expresión de asombro, perpleja, sin temor. La mujer rubia comenzó a hablar. Era como si hablasen de él en su presencia en una lengua que supiesen que él no comprendía.

-Bueno, vámonos -dijo la mujer rubia.

-¡Vaya por Dios! -dijo el hombre-. Ahora que iba a invitar a Romeo a una copa por cuenta de la casa.

-¿La quiere tomar él? -dijo la mujer rubia; hasta cuando le hablaba directamente a Joe parecía seguir hablando con Max-. ¿Le apetece un trago?

-No le hagas padecer a causa de su conducta pasada. Dile que es por cuenta de la casa.

-No lo sé -dijo Joe-. No lo he probado nunca.

-¿Nunca ha probado una ronda a costa del dueño? -dijo Max-. ¡Vaya por Dios!

Desde que entró, no había mirado a Joe ni una sola vez. De nuevo era como si hablasen delante de él, a propósito de él, en un lenguaje que no comprendía.

-Vámonos -dijo la mujer rubia-. Vámonos ya.

Salieron. La mujer rubia no le había dirigido ni una mirada, y el hombre, sin mirarle, nunca había dejado de hacerlo. Joe estaba de pie, junto a la cómoda. La camarera estaba en medio de la habitación, con su cabeza agachada y su caja de bombones en la mano. La habitación olía a cerrado, a vagos indicios de perfume. Joe no la había visto nunca. No había creído nunca que la vería. Las persianas estaban

bajadas. La única bombilla ardía colgada de un cordón y teniendo por pantalla una hoja de revista sujeta a su alrededor con alfileres y ya tostada por el calor.

-Está bien, está bien -dijo Joe.

La camarera no respondió, no se movió. Joe pensó en la oscuridad de fuera, en la noche, donde ya habían estado juntos y solos.

-Vamos -dijo.

-¿Vamos? -dijo ella.

Joe la miró, entonces.

-¿Vamos? ¿A dónde? -dijo ella-. ¿Para qué?

Joe seguía sin comprenderla. La miró, cuando ella se aproximó a la cómoda y depositó allí la caja de bombones. Y la continuó mirando mientras ella comenzaba a quitarse la ropa, a arrancársela, a tirarla por el suelo. Joe dijo:

-¿Aquí? ¿Aquí, en esta habitación?

Aunque la consideraba su amante desde hacía un mes, era la primera vez que veía a una mujer desnuda. Pero, ni siquiera en aquel momento, se dio cuenta de que ignoraba lo que tendría que haber esperado ver.

Aquella noche hablaron. Estaban acostados en la oscuridad y hablaron. O más bien habló él. No dejaba de pensar «¡Dios mío, Dios mío, entonces es así». Estaba acostado, desnudo también, al lado de ella. La tocaba con sus manos, hablaba de ella. No de la ciudad de donde había venido, ni siquiera de lo que la muchacha había hecho, sino de su cuerpo, como si nadie hubiese hecho aquello antes que él, ni con ella ni con otras. Parecía que, al hablar, se documentaba sobre el cuerpo de las mujeres con la curiosidad de un niño. Y ella le habló de su indisposición de la primera noche. Y, esta vez, Joe no se escandalizó. Como con la desnudez y la forma física, le parecía que aquello era algo que no había sucedido nunca, que aún no había existido. Y le contó, a su vez, lo que tenía que contar. Le contó el asunto de la negra, en el cobertizo del aserradero, tres años antes. Se lo contó tranquilamente, sosegadamente, tendido junto a ella, tocándola. Quizás no habría podido decir si ella le escuchaba o no. Después dijo:

-¿Haz notado mi piel, mi pelo?

Lo dijo esperando una respuesta, acariciándole el cuerpo lentamente con su mano.

La muchacha murmuró también:

-Sí. He pensado que podías ser extranjero. Que no eras de la región.

-No, es otra cosa. Es algo más que extranjero. No podrás adivinarlo.

-¿Qué? ¿Qué otra cosa?

Adivina.

Sus voces eran plácidas. Todo era sosegado, apacible. La noche, normal ya, exenta de deseo, de avidez.

-No sé. ¿Qué es lo que eres?

La mano iba, lenta y suave, a lo largo del costado invisible. Joe tardó en responder. No porque tratase de intrigarla. Parecía como si ya no recordara lo que iba a decir. La muchacha repitió la pregunta. Entonces él le dijo:

-Tengo sangre negra.

Ella siguió tendida, perfectamente inmóvil, pero con una inmovilidad diferente. Pero Joe no pareció darse cuenta. Estaba acostado, quieto también, y acariciándola con su mano, suavemente, el costado.

-¿Tienes qué? -dijo ella.

-Creo que tengo sangre negra.

Joe tenía los ojos cerrados. Su mano iba y venía suavemente.

-No lo sé. Pero creo que la tengo.

Ella no se movió. En seguida dijo:

-Mientes.

-Como tú quieras -dijo él, sin moverse, sin detener su mano.

-No lo creo dijo ella en las tinieblas.

-Como tú quieras -dijo él, sin detener su mano.

El sábado siguiente, Joe tomó otro medio dólar en el escondrijo de la señora McEachern y se lo dio a la camarera. Uno o dos días después, tuvo razones para creer que la señora McEachern había advertido la desaparición de las monedas y que sospechaba que era él quien las había cogido. Porque ella esperó el momento en que sabía que McEachern no vendría a interrumpirles y, entonces, le dijo:

-Joe.

Joe se detuvo y la miró, sabiendo que ella no le miraría. Y la mujer, sin mirarle, con voz blanca, átona, dijo:

-Ya sé que un muchacho que se va haciendo mayor necesita dinero, más dinero que el que te da pa... McEachern.

Joe la miró hasta que su voz se detuvo, se apagó. Al parecer esperó hasta que se apagase. Entonces dijo:

-¿Dinero? ¿Qué quieres que haga con él?

El sábado siguiente ganó dos dólares cortando leña para el vecino. Y mintió cuando McEachern le preguntó a dónde iba y en dónde había estado y lo que había hecho. Le dio el dinero a la camarera.



McEachern descubrió que había trabajado. Quizás creyó que Joe había escondido el dinero. Quizás se lo había dicho la señora McEachern. Joe se veía con la camarera en su habitación una o dos veces por semana. En principio ignoraba que otros hombres lo habían hecho ya. Tal vez creía que habían concedido una dispensa especial en su favor, para su interés. Es indudable que, hasta el fin, creyó que tenía que dominar a Max y a Mame, no por el hecho en sí mismo, sino a causa de su presencia en casa de ellos.

Pero no los volvió a ver en la casa, aunque sabía que estaban allí. Aunque no habría sabido decir si ellos sabían que él estaba allí o que había vuelto, después de la noche de los bombones.

Generalmente se encontraban en la calle, iban a algún sitio o bien se dirigían a casa de la muchacha vagando por las calles. Quizás Joe creyó hasta el fin que era él quien había sugerido esto. Luego, una noche, ella no acudió al lugar donde le había citado. Joe esperó a que el reloj del Palacio de Justicia diese las doce y se dirigió después hacia la casa donde la muchacha vivía. Nunca lo había hecho. Sin embargo, no habría sabido decir, ni siquiera aquella noche, si era ella la que le había prohibido ir solo a su casa. Pero aquella noche sí fue, esperando encontrar la casa oscura y dormida. Y la casa estaba oscura, pero ella no dormía. Joe lo sabía. Sabía que, detrás de las persianas negras de su habitación, había personas que no dormían y que ella no estaba sola. No habría podido decir cómo la sabía. Tampoco quería admitir que lo sabía. «Será Max», pensó; pero sabía muy bien que no era así. Sabía que había un hombre en la habitación, un hombre que estaba con ella. Estuvo quince días sin volver a verla, aunque sabía que ella le esperaba. Después, una noche, estaba en su esquina habitual cuando la muchacha llegó. La pegó sin previo aviso, sintió el contacto de su carne. Joe supo entonces que todavía no le había creído.

-Oh! -exclamó ella. ¿

Joe la golpeó de nuevo.

-Aquí no -murmuró ella-, aquí no.

Entonces se dio cuenta de que ella lloraba. Joe no recordaba haber llorado nunca. Pero entonces también lloró, mientras la insultaba, mientras la golpeaba. La muchacha logró sujetarle. Hasta la causa de que le pegase acababa de desaparecer.

-Basta, basta -dijo ella-, basta, basta.

Aquella noche no abandonaron la esquina. No vagabundearon, no se apartaron de la carretera. Se sentaron en un ribazo cubierto de hierba y hablaron. Esta vez fue ella la que habló más, la que contó cosas. El no tenía mucho que decir. Ahora veía lo que comprendió que había sabido

siempre: los hombres ociosos del restaurante, con su cigarrillo temblequeando en los labios cuando le hablaban al pasar junto a ella; y ella, yendo y viniendo, con la cabeza baja, con su constante servilismo. Al oír su voz, le parecía estar sintiendo el olor de todos los hombres anónimos de la tierra. La muchacha bajaba un poco la cabeza al hablar, con sus dos grandes manos en el regazo. Joe no podía ver nada que ver.

-Creí que lo sabías -dijo ella.

-No -dijo él-. Creo que no lo sabía.

-Yo creía que sí.

-No, creo que no lo sabía.

Quince días después, Joe comenzó a fumar, haciendo muecas por detrás del humo. También empezó a beber. Bebía por la noche, con Max y Mame, y, a veces, con tres o cuatro hombres y, generalmente, con una o dos mujeres. Algunas veces venían de la ciudad, pero lo normal es que fuesen forasteras, de Memphis. Se quedaban allí una semana, o un mes, como camareras, detrás del mostrador del restaurante donde los hombres desocupados estaban reunidos todo el día. Joe no siempre sabía sus nombres, pero podía, igual que ellos, inclinar su sombrero sobre la oreja. Por la noche, en casa de Max, detrás de las persianas cerradas del comedor, lo inclinaba también y, con su voz joven, sonora, vinosa, patética, hablaba a los demás de la camarera, incluso cuando ella estaba presente. La llamaba su puta. A veces la llevaba a los bailes de los pueblos, en el coche de Max, poniendo siempre mucho cuidado para que McEachern no se enterase. «Me pregunto -le decía a la muchacha- qué sería lo que le pondría más furioso: tú o el baile.» Una vez tuvieron que meterlo en la cama, borracho perdido, en aquella casa en la que, durante bastante tiempo, ni siquiera imaginó que podría entrar. A la mañana siguiente la camarera le llevó en el coche, antes de que amaneciese, para que pudiese entrar en su casa sin ser sorprendido. Y durante el día. McEachern le observó todo el tiempo, con un aire de aprobación, pero lleno de rencor y de acritud.

-Todavía te queda mucho tiempo para hacerme lamentar lo de la becerro -dijo McEachern.

## 9.

McEachern estaba en la cama. Pero, aunque la habitación estaba a oscuras, no dormía. Estaba en la cama junto a la señora McEachern, a la que creía dormida, y pensaba rápidamente, intensamente. «El traje

ha sido usado. ¿Pero cuándo? Durante el día no ha podido ser, porque nunca le pierdo de vista, salvo el sábado por la tarde. Pero cualquier sábado por la tarde ha podido ir al establo, quitarse la ropa que yo le hago llevar, esconderla y endosarse el traje que no necesitaría ponerse si no tratase de añadir algo a sus pecados» Era como si ya lo supiese, como si se lo hubiesen dicho. Todo parecía indicar que aquella ropa era usada en secreto y, muy probablemente, por la noche. Y, en ese caso, se negaba a admitir que el muchacho pudiese tener otro propósito que el de la lujuria. McEachern no había caído nunca en la lujuria, y siempre se negó a escuchar a los que hablaban de ella. Y sin embargo, al cabo de media hora de intensa meditación, sabía casi tanto sobre los actos de Joe como Joe mismo, a excepción de los nombres y de los lugares. Y era muy probable que no lo hubiese creído, puesto en boca del propio Joe, porque los hombres de su especie suelen tener, en lo que concierne al mecanismo y a la escenificación del mal, unas convicciones tan firmemente ahincadas como las que conciernen al bien. De este modo, la santurronería y la clarividencia se confundían, por decirlo de algún modo; pero la santurronería era un poco más lenta. Ésa fue la razón de que, cuando Joe, bajando por la cuerda, se deslizó como una rápida sombra por la ventana abierta y blanca de luna tras de la cual McEachern estaba acostado, McEachern no le reconociese en el acto. También es posible que no creyese lo que veía, a pesar de que podía distinguir hasta la cuerda. Cuando llegó a la ventana, Joe ya había retirado la cuerda, la había atado y se dirigía hacia el establo. Cuando McEachern le vio por la ventana, sintió algo parecido a la sensación de ofensa pura e impersonal que experimentaría un juez si viese a un hombre que se jugaba la cabeza ante el jurado inclinarse y escupir en la manga del fiscal.

Oculto en la sombra, a medio camino entre la casa y la carretera, pudo ver a Joe al final del sendero. Oyó, también, el coche. Le vio llegar, detenerse. Vio cómo Joe subía a él. Es posible que ni se preocupase siquiera de saber quién iba con el muchacho. Tal vez lo sabía ya, tal vez su intención no era otra que la de saber en qué dirección iban. Tal vez creyó que también sabía esto, pues el coche habría podido ir a cualquier parte, en aquella región donde había una carretera que conducía hacia cada posible destino. Porque regresó hacia casa, con un paso vivo, empujado por aquella sensación de ofensa pura e impersonal, como si creyese, con el fin de ser guiado por una ofensa todavía mayor, todavía más pura, que ya no tenía por qué dudar de sus facultades personales. En zapatillas, sin sombrero, con el camisón

metido dentro del pantalón y los tirantes colgando, se dirigió hacia el establo, directo como una flecha. Allí, ensilló su gran caballo blanco, todavía robusto a pesar de su edad, y, con un pesado galope, recorrió el sendero hasta la carretera, sin prestar atención a la señora McEachern, que le llamó, desde la puerta de la cocina, cuando salía del corral. Entraron en la carretera con el mismo galope, lento, macizo, ambos inclinados hacia adelante; el hombre y el caballo, un poco rígidos, como si hiciesen un simulacro fanático de velocidad terrible, aunque en realidad no fuesen tan rápidos; como si, dominados los dos por la convicción fría, implacable, imparable, de que eran clarividentes y todopoderosos, ya no necesitasen ni la velocidad ni un destino concreto.

Galopó al mismo paso y en derechura hasta el lugar que buscaba y que encontró en plena noche y casi a la mitad del condado. Sin embargo, no estaba tan lejos. Apenas había recorrido cuatro millas cuando oyó música delante de él. Luego vio, a un lado de la carretera, luces en una escuela, edificio con una sola pieza. Sabía dónde se encontraba aquella escuela, pero no tenía por qué saber, y nadie se lo había indicado, que allí se daba un baile. Sin embargo, fue derecho a aquel local. Penetró entre las sombras dispersas de los coches, de las carretas, de los caballos ensillados y de las mulas que llenaban el bosquecillo en cuyo centro estaba la escuela. Echó pie a tierra casi sin esperar a que el caballo se hubiera detenido. Ni lo ató siquiera. Descendió y, en zapatillas, con los tirantes colgando, con su cabeza redonda y su corta barba ofendida, corrió hacia la puerta abierta, hacia las ventanas abiertas de donde salía la música y por donde las sombras, a la luz de los candiles de petróleo, pasaban en una especie de orgía rítmica.

Si en aquel momento, al entrar en la sala, pensaba algo, quizás pensaba que había sido conducido hasta allí y que era empujado ahora por algún arcángel San Miguel. Probablemente, sus ojos ni por un instante quedaron deslumbrados por la brusca luz y por el movimiento cuando, abriéndose paso a codazos entre los cuerpos de cabezas vueltas y seguido por una estela de asombros y de protestas, corrió hacia el muchacho que él había adoptado voluntariamente y al que había tratado de educar de acuerdo con los principios que él creía buenos. Joe y la camarera bailaban, y Joe no le había visto todavía. La mujer sólo le había visto antes una vez, pero tal vez le recordaba, o tal vez le bastó con su aspecto de ahora. Pero lo cierto es que dejó de bailar y que apareció en su rostro una especie de expresión de horror que Joe advirtió en seguida. Joe se volvió. Y cuando se volvía,

McEachern llegó hasta ellos. McEachern también había visto una sola vez a la mujer y probablemente no la había mirado, del mismo modo que no escuchaba a los hombres cuando hablaban de fornicación. Sin embargo, fue directo a ella, sin ocuparse, por el momento, de Joe.

-¡Fuera de aquí, Jezabel! -gritó.

Su voz tronó en el silencio sorprendido, en la multitud de rostros sorprendidos, bajo las lámparas de petróleo, en la música interrumpida, en la noche serena y llena de luna del recién nacido verano.

-¡Fuera de aquí, ramera!

Tal vez a él no le pareció que había obrado tan aprisa y que su voz era tan fuerte. Era muy probable que tuviese la impresión de estar allí, plantado, como un simple peñasco, sin prisa ni cólera, mientras rezumaban por todas partes las inmundicias de la debilidad humana en un largo suspiro de terror en torno al actual representante del Trono de la cólera y la retribución. Tal vez ni siquiera fueron sus manos las que abofetearon al muchacho que él había alimentado, cobijado y vestido desde la infancia y, tal vez, cuando el rostro esquivó el golpe y se levantó de nuevo, no era el rostro de aquel niño. Pero esto no le habría sorprendido, porque no era el rostro del niño lo que le preocupaba, sino el de Satán, que tan bien conocía. Y cuando, mirando fijamente aquella cara, avanzó resueltamente hacia ella, con la mano todavía alzada, avanzó también, con la exaltación furiosa e irreal de un mártir ya absuelto, hacia la silla que, balanceada por Joe, le abatió en la nada. Tal vez la nada le asombró un poco; pero no mucho ni por mucho tiempo.

Después, para Joe, todo se precipitó, rugió y se extinguió, dejándole allí, en medio de la sala, con la silla rota en la mano y los ojos puestos en su padre adoptivo. McEachern yacía de espaldas. Ahora parecía muy sosegado. Parecía dormir, con su cabeza obtusa, indomable hasta en el reposo, y la sangre en su frente también quieta y tranquila.

Joe jadeaba. Podía oír y oír también otra cosa, algo muy frágil, punzante y lejano. Algo que pareció escuchar mucho tiempo antes de reconocer que era una voz, una voz de mujer. Miró y vio a dos hombres que la sujetaban. Ella se debatía, luchaba, con los cabellos sobre los ojos, el rostro lívido, torcido y feo bajo las manchas de un tosco maquillaje y la boca como un pequeño agujero dentado lleno de gritos: -¡Llamarme ramera a mí! -chillaba, retorciéndose en los brazos de los hombres que la contenían-. ¡Maldito viejo, hijo de puta! ¡Dejadme! ¡Dejadme!

Luego, la voz dejó de formar palabras y comenzó a aullar. La mujer se

retorcía, luchaba, tratando de morder las manos de los hombres que peleaban con ella.

Sin soltar la silla rota, Joe se precipitó a su lado. Pegados a la pared, todos amontonados, los otros le miraban: las mujeres con sus atuendos tiesos y chillones, sus medias compradas por correo y sus zapatos de tacón; los hombres, con sus trajes mal cortados, rígidos, también comprados por correo, y sus manos callosas, maltratadas, y sus ojos que revelaban ya una herencia de meditación paciente sobre los surcos interminables y las grupas lentas de las mulas. Joe comenzó a correr, blandiendo la silla.

-¡Dejadla!-dijo.

La mujer dejó inmediatamente de debatirse y volvió hacia él su furor y sus gritos como si acabara de verle en aquel momento, como si acabara de darse cuenta de que él estaba también allí.

-¡Y tú! ¡Eres él, el que me ha traído aquí, cochino gañán, maldito, hijo de puta! ¡Unos malditos hijos de perra, eso es lo que sois, tú y él! ¡Echarle contra mí, que ni siquiera le había visto nunca...!

Joe no parecía correr hacia nadie en particular y, bajo la silla enarbolada, su cara estaba casi tranquila. Los otros retrocedieron, soltaron a la mujer, que continuó retorciéndose los brazos como si no se hubiese dado cuenta de que ya estaba libre.

-¡Fuera de ahí! -gritó Joe.

Dio media vuelta, agitando la silla. Y sin embargo, su rostro seguía tranquilo.

-Atrás -dijo, aunque nadie se había adelantado. Estaban todos tan inmóviles, tan silenciosos como el hombre que yacía en el suelo. Joe blandía la silla y retrocedía ahora hacia la puerta.

-¡Atrás! ¡Siempre dije que le matarla algún día! ¡Se lo había dicho!

Con el rostro tranquilo, hacía girar la silla a su alrededor, sin dejar de retroceder hacia la puerta.

-Que no se mueva nadie -dijo, sin quitar los ojos de aquellas caras que también habrían podido ser máscaras. Luego, dejó caer su silla y, dando media vuelta, se precipitó por la puerta hacia el suave rayo de luna que atravesaba un cielo aborregado. Alcanzó a la camarera cuando subía al coche que les había traído. Joe jadeaba, pero su voz era tranquila: un rostro adormecido que respiraba lo bastante fuerte para emitir sonidos.

-Vuelve a la ciudad dijo-. Yo iré en cuanto...

Aparentemente, no se daba cuenta de lo que decía ni de lo que pasaba. Cuando la mujer, volviéndose bruscamente en la portezuela del coche, comenzó a golpearle en la cara, no se movió, su voz no

cambió.

-Sí, eso es. Me reuniré contigo en cuanto... -Y, mientras ella le seguía pegando, dio media vuelta y echó a correr.

Joe no podía saber en dónde había dejado McEachern el caballo. Ni siquiera podía saber si había traído el caballo. Sin embargo, corrió directamente hacia él, empujado por una fe bastante parecida a la que su padre adoptivo tenía en la infalibilidad de los acontecimientos. Montó de un salto en el animal y lo condujo hacia la carretera. El coche, que había dado la vuelta, huía ya por ella. Joe vio cómo disminuían y se apagaban sus luces traseras.

El viejo y vigoroso caballo, criado en la granja, regresó a casa con un trote lento y regular. Sobre su lomo, el muchacho se sostenía casi sin peso, ligeramente balanceado, inclinado hacia adelante, quizás exultante en aquel momento, como Fausto, ante la idea de haber dejado tras él, de una vez y para siempre, el No Harás Eso, ante la idea de sentirse al fin libre del hombre y de la ley. Con el movimiento se desprendía el olor del sudor del caballo, un olor dulzón, agrio, sulfúrico. El invisible viento pasaba. Joe gritó:

-¡Ya está! ¡Ya lo hice! ¡Les había dicho que lo haría!

Penetró en la senda y, sin disminuir la marcha, llegó a la casa bajo la luz de la luna. Había creído que todo estaría oscuro, pero se equivocó. No se detuvo. Ahora, la cuerda providencial y oculta ya formaba parte de su vida muerta, de su vida anterior. Lo mismo que el honor y la esperanza, lo mismo que la enojosa vieja que durante trece años había sido uno de sus enemigos y que, ahora, despierta, le esperaba. La luz brillaba en la habitación que la vieja compartía con McEachern, y ella estaba de pie en la puerta, con un chal sobre su camisón.

-Joe -dijo ella.

Joe entró rápidamente en la galería. Su rostro era el mismo que había visto McEachern en el momento en que la silla se abatía sobre él. Quizás la mujer no podía verle bien aún.

-¿Qué es lo que pasa? Papá ha salido a caballo. Le he oído...

Fue entonces cuando pudo ver su cara. Pero ni siquiera tuvo tiempo de retroceder. El no la golpeó. Le asió un brazo casi suavemente: Sólo un simple gesto para apartarla de su camino, de la puerta. La echó a un lado, lo mismo que si hubiese corrido una cortina.

-Ha ido al baile -dijo-. ¡Quítate de en medio, vieja!

Ella dio la vuelta, con una mano crispada sobre su chal y la otra apoyada en el batiente de la puerta, mientras que, retrocediendo, le veía cruzar la habitación y dirigirse a la escalera que conducía a la

buhardilla. Sin detenerse, Joe la vio tras él. Y la mujer pudo ver sus dientes, que brillaban al resplandor de la lámpara.

-Al baile, ¿entiendes? Pero no para bailar.

Su carcajada agitó la lámpara. Después, volviendo a la vez su cabeza y su risa, trepó por la escalera y desapareció sin dejar de correr, desapareció allá arriba, la cabeza primero, como si se riese, como si corriese, con la cabeza baja, sobre algo que le borraba como se borra un dibujo hecho con tiza sobre un tablero negro.

La mujer le siguió, subió penosamente los escalones. En cuanto él hubo pasado junto a ella, la mujer comenzó a seguirle, como si aquella prisa implacable que antes arrastrara a su marido volviese ahora, echada como una pieza de ropa sobre los hombros del muchacho, y se depositara en ella. La mujer se izó por la angosta escalera, aferrada con una mano al balaustre y con la otra al chal. No hablaba, no le llamaba. Era como un fantasma que obedeciese las órdenes del señor ausente. Joe no había encendido la lámpara. Pero la habitación estaba llena de los reflejos de la luna y, aun sin ellos, la mujer habría podido decir lo que el muchacho estaba haciendo. Se sostenía en pie recostándose en la pared, siguiendo la pared a tientas hasta que supo que había llegado a la cama y se dejó caer en ella. Joe había necesitado cierto tiempo; porque, cuando la mujer miró hacia el lugar en que se encontraba la tabla suelta, se acercaba ya a la cama, donde el claro de luna caía de lleno. Y la mujer le vio vaciar la caja sobre la cama, rastrillar el pequeño montón de monedas y de billetes con la mano y hundirla mano llena en el bolsillo. Fue entonces cuando Joe la miró, sentada, un poco echada ya, apoyada sobre un brazo y la otra mano crispada sobre el chal.

-No se lo he pedido -dijo-. Recuerde bien esto. No se lo he pedido porque tenía miedo de que no me lo diese. Lo he cogido por las buenas. No lo olvide.

Se volvió en seguida, antes incluso de que su voz hubiera callado. Al resplandor de la lámpara que subía desde abajo por la escalera, la mujer le vio dar media vuelta y bajar. Pudo oír su rápido paso por el pasillo y, luego, el galope del caballo otra vez. Después, el ruido del galope dejó de oírse.

Un reloj daba la una en algún sitio en el momento en que Joe apremiaba al caballo extenuado en la calle principal del pueblo. Ya hacía tiempo que el caballo jadeaba. Pero Joe lo mantenía a un trote vacilante con ayuda de un grueso palo que dejaba caer acompasadamente sobre la grupa. No era una fusta. Era un trozo de



mango de escoba que la señora McEachern había clavado, a modo de rodrigón, en el arriate de flores que estaba frente a la casa. Aunque el caballo hiciese aún los movimientos del galope, apenas iba más rápido que un hombre a pie. El palo se levantaba y bajaba también, con la misma lentitud terrible y extenuada, y el muchacho, inclinado sobre el cuello del caballo, no parecía advertir que el animal flaqueaba. Era como si quisiese levantar, empujar hacia delante al caballo, cuyos cascos producían un sonido hueco y rítmico en la calle desierta y moteada de luna. Y los dos, el caballo y el caballero, ofrecían un aspecto extraño e irreal, como una película a cámara lenta, mientras trotaban sin pausa, a pesar de su fatiga, por la calle y hacia la esquina en que él tenía costumbre de esperarla, menos apresurado tal vez, pero no menos ávido, y más joven.

Ahora, el caballo ya ni siquiera trotaba sobre sus patas rígidas. Su respiración era honda, penosa, lenta, y cada aliento parecía un gruñido. El palo seguía golpeando. La rapidez del bastón aumenta en razón inversa del avance del animal. Pero el caballo aminoraba el paso, iba derivando hacia la acera. Joe tiró de las riendas mientras lo azotaba, y el animal aminoró el paso junto a la acera y se detuvo, salpicado de sombras, con la cabeza gacha, tembloroso, con la respiración semejante a una voz humana. Y no obstante, el jinete continuó en la silla, inclinado hacia delante, en la postura de una velocidad terrible, hostigando con su palo la grupa del caballo. Sin el vaivén del palo, sin la respiración ronca del animal, se les habría podido tomar por una estatua ecuestre que, extraviada de su pedestal, hubiese ido a reposar, con la actitud del agotamiento final, en una calle tranquila y desierta, moteada, salpicada de sombras lunares.

Joe echó pie a tierra. Cogió al caballo por las riendas y comenzó a tirar de él, como si, con su solo esfuerzo, pretendiera ponerlo de nuevo en movimiento antes de montar otra vez en la silla. El caballo no se movió. Joe desistió y pareció inclinarse levemente hacia el animal. Estaban otra vez inmóviles, como esculpidos, el extenuado caballo y el muchacho, cara a cara, cabeza contra cabeza, como con el oído al acecho o en una actitud de oración o de consulta. Luego, Joe levantó el palo y comenzó a golpear al animal en todo el contorno de su cabeza inmóvil. Lo golpeó sin cesar hasta que el palo se rompió. Y continuó golpeándolo con un trozo no más largo que la mano. Quizás se dio cuenta entonces de que no le causaba ningún dolor, o tal vez fue que se cansó su brazo, porque tiró el palo muy lejos, se volvió, giró bruscamente sobre sí mismo y echó a andar a toda velocidad. Ni siquiera miró hacia atrás. Su silueta se empequeñecía, su camisa

blanca palpitaba, se desvanecía entre las sombras de la luna. Huía lejos de la vida del caballo como si éste no hubiese existido nunca. Pasó por la esquina donde tenía costumbre de esperar. Si lo advirtió, si pensó en ello, sin duda fue para decirse *Dios mío, cuánto tiempo, cuánto tiempo hace de aquello*. La calle hacía una curva, se convertía en un camino de grava. Todavía le faltaba cerca de una milla, así que comenzó a correr pausadamente, pero con ritmo, con regularidad, los codos en los costados, como un corredor profesional, y la cabeza un poco inclinada, como para contemplar bajo sus pasos la lamentable carretera. La carretera ondulaba, blanca de luna, bordeada a grandes trechos por aquellas horribles casitas blancas, dispersas y nuevas, donde vive la gente que ayer llegó de ninguna parte y que mañana se irá a ninguna parte, esa gente que habita en los límites de las ciudades.

Todas las casas estaban oscuras, menos aquella hacia la cual corría. Llegó a la casa y salió de la carretera. Corría. Sus pies resonaban, pesados y acompasados en el silencio. Quizás creía ver ya a la camarera que esperaba, vestida de negro para el viaje, con el sombrero puesto y la maleta preparada (probablemente nunca había pensado en cómo podrían marcharse, en la manera de irse). Quizás creía ver también a Max y a Mame, desvestidos sin duda -Max en mangas de camisa, tal vez en camiseta, y Mame con su quimono azul pálido-, atareados ambos, con esa especie de alegría ruidosa que preside las despedidas. Pero, en realidad, Joe no pensaba en nada, porque nunca le había dicho a la camarera que se preparase para marchar. O quizás creía que se lo había dicho, o que ella tenía que saberlo, puesto que sus recientes actos y sus proyectos futuros debían de parecerle lo bastante sencillos para ser comprendidos por cualquiera. Quizás hasta se figuraba haberle dicho, cuando la muchacha subía al coche, que iba a su casa a buscar dinero.

Corrió bajo el porche. Hasta entonces, incluso en los mejores días de su vida en la casa, siempre había tenido tendencia a deslizarse, todo lo rápido y discretamente que le fuera posible, desde la carretera hasta la sombra del porche y, desde allí, hasta la casa en donde le esperaban. Llamó. Había luz en la habitación, y otra, como él suponía, en el fondo del pasillo. Y también voces, detrás de las ventanas con cortinas, varias voces que le parecieron más intensas que alegres. También suponía esto, pensando *Quizás creen que no vendré. Ese maldito caballo. Ese maldito caballo*. Llamó de nuevo, más fuerte, zarandeando el picaporte con la mano, el rostro pegado al cristal encortinado de la puerta de entrada. Las voces se callaron. Y en la

casa no se oyó ningún ruido. Las dos luces, la persiana iluminada de su habitación y la cortina opaca de la entrada, ardían con un resplandor continuo, inmóvil, como si todas las personas de la casa hubieran muerto súbitamente cuando él tocó el llamador de la puerta. Llamó de nuevo, con golpes precipitados. Aún golpeaba cuando la puerta (ninguna sombra había aparecido en la cortina, nadie parecía haberse acercado) se abrió bruscamente y sin ruido bajo la mano que golpeaba. Se adelantaba por el umbral, como si estuviera atado a la puerta, cuando apareció Max, obstruyendo la entrada.

-¡Vaya, vaya, vaya! -dijo Max.

Su voz no era alta y fue como si el hombre absorbiera a Joe, rápidamente, hacia el pasillo, para cerrar la puerta con llave antes de que Joe se diese cuenta de que había entrado. Y sin embargo, la voz de Max tenía aún aquella calidad ambigua, a la vez cordial y totalmente vacía, totalmente desprovista de satisfacción, de alegría, y que era como una concha, como algo que llevase delante de la cara, algo a cuyo través mirase a Joe: aquel aire que explicaba por qué, en otro tiempo, Joe miraba a Max con una mezcla de asombro y de cólera.

-¡Vaya, vaya, vaya! Ya tenemos aquí a nuestro Romeo -dijo-, el chico travieso de Beale Street.

Luego elevó la voz un poco y dijo «Romeo» aún más alto:

-Entra. Ven a saludar a la gente.

Joe se dirigía ya hacia la puerta que conocía. Había echado a correr de nuevo, suponiendo que hubiese dejado de hacerlo alguna vez. No escuchaba a Max. Nunca había oído hablar de Beale Street, esas tres o cuatro manzanas de Memphis junto a las cuales Harlem sólo sería un decorado de cine. Joe no había mirado nada. Porque, de pronto, vio a la mujer rubia, de pie en el fondo del vestíbulo. No la vio aparecer por el pasillo, que sin embargo estaba vacío cuando él entró. Y de pronto, la vio allí, de pie. Llevaba una falda negra y tenía un sombrero en la mano. Y, en el oscuro hueco de una puerta abierta cerca de él, había una pila de equipaje, varias maletas. Quizás Joe no las vio. O quizás las vio con una ojeada más veloz que el pensamiento. *Nunca hubiera creído que tuviese tantas.* Quizás pensó, por primera vez, que no tenían medio de transporte, pensando *Cómo podré llevar todo esto.* Pero, sin detenerse, se dirigía ya hacia la puerta que conocía. Apenas había puesto la mano en la puerta cuando advirtió el silencio que reinaba detrás de ella. A pesar de sus dieciocho años, sabía muy bien que aquel silencio no podía ser producido por una sola persona. Pero no se detuvo. Quizás no se dio cuenta de que el vestíbulo estaba otra

vez vacío, de que la mujer rubia había desaparecido otra vez sin que él la viese ni la oyese moverse.

Abrió la puerta. Y corrió; es decir, corrió como un hombre puede correr por delante de sí mismo después del momento en que se ha parado en seco. La camarera estaba sentada en la cama como Joe la había visto tantas veces. Tenía puestos su vestido oscuro y su sombrero, con él esperaba, con él sabía. Estaba sentada con la cabeza baja y ni siquiera miró hacia la puerta cuando ésta se abrió. Un cigarrillo ardía en su mano, una mano tan sosegada que parecía casi monstruosa, inmóvil sobre el vestido oscuro. Y en aquel mismo instante, Joe vio al otro hombre. Nunca había visto a aquel hombre, pero al principio no se dio cuenta de ello. Fue mucho después cuando lo recordó, cuando recordó los equipajes amontonados en la habitación oscura que había entrevisto un instante cuando su pensamiento iba más rápido que su vista.

El desconocido también estaba sentado en la cama y también fumaba. Tenía el sombrero echado sobre los ojos y la sombra del ala le caía sobre la boca.

No era viejo y, sin embargo, no tenía un aspecto joven. Max y él habrían podido ser hermanos, en el sentido en que los indígenas podrían tomar por hermanos a dos blancos aislados súbitamente en un poblado de Africa. Su cara, su barbilla, sobre la cual caía la luz, estaban inmóviles. Joe no sabía si el desconocido le miraba. Y no sabía tampoco que Max estaba allí, de pie, justamente detrás de él. Y Joe oyó sus voces sin saber lo que decían, sin escucharlas siquiera. *Pregúntale, ¿Cómo quieres que lo sepa?* Quizás Joe oyó las palabras. Pero no era seguro. Lo seguro era que no tenían más sentido para él que el que tenían el choque de los insectos al otro lado de la ventana herméticamente cerrada o las maletas apiladas que antes había mirado y todavía no había visto. *Dice Bobbie que se largó inmediatamente después. Quizás lo sepa. Tratemos de saber al menos, si es posible, lo que nos hace huir.*

Aunque Joe no se había movido desde que entró en el cuarto, siguió corriendo. Cuando Max le tocó en el hombro se volvió como si le hubieran detenido en plena carrera. Ni siquiera había advertido que Max estaba en la habitación. Miró a Max por encima de su hombro con una especie de furioso fastidio.

-Vamos, muchacho, cuenta -dijo Max-. ¿Dónde está?

-Dónde está quién?

-El viejo. ¿Crees que lo has liquidado? Háblanos claro. ¿No querrás que Bobbie se meta en un lío, verdad?

-Bobbie? -dijo Joe, pensando *Bobbie, Bobbie*. Y se volvió, sin dejar de correr. Esta vez, Max le sujetó por el hombro, aunque sin dureza.

-Vamos -dijo Max-. ¿Es que no estás entre amigos? ¿Has acabado con él?

-Acabado? -dijo Joe, con ese tono nervioso de impaciencia contenida que tienen las personas cuando un niño las retiene y les pregunta.

El desconocido habló:

-¿Se ha muerto ese tipo al que tú tumbaste de un silletazo?

-Muerto? -dijo Joe.

Miró al desconocido. Al mismo tiempo vio a la camarera y comenzó a correr de nuevo. Ahora se movía de verdad. Había expulsado por completo de su mente a los dos hombres. Se dirigió hacia la cama, metiendo la mano en el bolsillo. En su cara había una expresión a la vez exaltada y victoriosa. La camarera no le miró. No le había mirado ni una sola vez desde que entró, pero Joe, indudablemente, había olvidado este detalle. La camarera no se había movido. El cigarrillo seguía quemándose entre sus dedos. Su mano inmóvil parecía tan gruesa, tan muerta, tan pálida como un pedazo de carne dispuesto para ser cocido. Alguien le cogió otra vez por el hombro. Era el desconocido, esta vez. El desconocido y Max estaban hombro con hombro, mirando fijamente a Joe.

-Bueno, basta ya -dijo el desconocido-. Si te has cargado a ese tipo dilo de una vez. Eso no puede esconderse mucho tiempo. Antes de un mes lo sabrá todo el mundo.

-Os digo que no lo sé -respondió Joe; les miraba alternativamente, nervioso, pero no furioso todavía-. Le golpeé. Se cayó. Ya le había dicho que algún día lo haría.

Miraba alternativamente los dos rostros inmóviles, casi idénticos. Comenzó a sacudir el hombro bajo la mano del desconocido. Max habló:

-Entonces, ¿a qué has venido aquí?

-¿Que a qué...? ¿Que a qué...? -dijo Joe-. ¿Que a qué he...? -dijo con una voz en la que se extinguía la sorpresa y mirando las dos caras con una especie de exasperación indignada, aunque paciente todavía-. ¿Que a qué he venido aquí? He venido a buscar a Bobbie. ¿Creéis que yo...? ¡He ido hasta la casa a buscar el dinero para casarnos!

Los olvidó de nuevo, los borró por completo. Se desasía con una sacudida y se volvió hacia la mujer. Tenía otra vez aquella expresión de olvido, exaltada y orgullosa. No cabía duda de que, en aquel instante, los dos hombres habían desaparecido de su vida como dos trozos de papel arrastrados por el viento. No cabía duda de que ni

siquiera advirtió que Max se dirigía hacia la puerta y llamaba, ni de que, un momento después, entraba la mujer rubia. Joe estaba inclinado sobre la cama en que la camarera estaba sentada, inmóvil, con la cabeza baja. Inclinado sobre ella, sacó de su bolsillo las monedas y los billetes y los arrojó sobre su *regazo* y sobre la cama, al lado de ella.

-¡Toma! ¡Mira! ¡Mira! Es mío. ¿Ves?

Después, una ráfaga le envolvió de nuevo, una ráfaga como la de la sala de la escuela, tres horas antes, entre las caras estupefactas que Joe había olvidado entonces. Le pareció que soñaba, quieto, erguido ahora, en el lugar en que la camarera le había dejado al levantarse como con un resorte, y Joe la vio, allí de pie, recoger las monedas esparcidas y los puñados de billetes, y lanzarlos más lejos. Vio, sin emoción, su cara descompuesta, su boca vociferante, sus ojos vociferantes también. De todos ellos, Joe era el único que se sentía sosegado y tranquilo. Y sólo su voz era la única lo bastante reposada para poder quedar registrada en el oído.

-Eso significa que no quieres? -dijo-. ¿Quieres decir que no quieres?

La escena se parecía mucho a la que se había desarrollado en la sala de la escuela: alguien la sujetaba, mientras ella se debatía, vociferaba, con la cabeza despeinada por las sacudidas, y la cara, y la boca misma, contrastando con el pelo, tan inerte como una boca muerta en un rostro muerto.

-¡Cerdo! ¡Hijo de puta! ¡Hacerme una faena así! ¡A mí, que siempre te he tratado como si fueses un blanco! ¡Un hombre blanco!

Pero era muy probable que, para él, todo aquello no fuese más que ruido, un ruido desprovisto de sentido. Un golpe de viento. Joe la miraba; miraba aquel rostro que veía por primera vez, y decía sosegadamente (en voz alta o no, no habría podido decirlo), con un lento asombro: *Y yo he matado por ella, y hasta he robado por ella* como si acabase de oírlo decir, como si acabase de pensar en ello. Como si acabasen de decirle que lo había hecho.

Después, también ella pareció desaparecer de su vida, arrastrada por la ráfaga como un tercer trozo de papel. Joe hizo oscilar los brazos, igual que si su mano sostuviera aún la silla rota. Hacía tiempo que la mujer rubia estaba en la habitación. Pero él la vio entonces por primera vez, sin sorpresa, como si se hubiese materializado en el aire leve. La mujer rubia estaba allí, inmóvil, con aquella calma diamantina que le daba una respetabilidad tan implacable, tan pacífica como el guante alzado de un policía. Ni un solo cabello sobresalía de los demás. La mujer rubia llevaba ahora su quimono

azul pálido sobre su vestido negro de viaje. Dijo tranquilamente:  
-Cogedle. Vámonos de aquí. Los polis pueden aparecer de un momento a otro. Sabrán muy bien dónde encontrarle.

Quizás Joe no la oyó, como tampoco había oído los gritos de la camarera:

-El mismo me dijo que era negro. ¡El hijo de puta! ¡Cuando pienso que me he dejado acariciar por ese cochino negro para que luego me metiese en un lío con su policía de palurdos! ¡Y en un baile de palurdos!

Quizás Joe sólo oyó la ráfaga cuando, levantando las manos como si todavía blandiese la silla, se lanzó sobre los dos hombres. Ignoraba, probablemente, que ellos ya se acercaban a él, porque, con una exaltación muy semejante a la de su padre adoptivo, se arrojó de lleno, y por su propia iniciativa, contra el puño del desconocido. Aunque el desconocido le golpeó, dos veces en pleno rostro, quizás no sintió ninguno de los dos golpes antes de desplomarse al suelo, en donde, igual que el hombre que él había derribado, se quedó tendido sobre la espalda, sin moverse. Pero no había perdido el conocimiento, porque sus ojos estaban abiertos y les miraban tranquilamente.

No había nada en sus ojos, ni color, ni sorpresa. Pero, según todas las apariencias, no podía moverse. Se limitaba a estar allí, acostado, con una expresión contemplativa, mirando tranquilamente, encima de él, a los dos hombres y a la mujer rubia siempre tan inmóvil, tan totalmente compuesta y pulida como una estatua de bronce. Quizás no podía oír tampoco las voces, o quizás las oía y tampoco esta vez tenían para él más sentido que el zumbido seco y continuo de los insectos al otro lado de la ventana:

*Jorobar así a la chica más amable que se pueda imaginar*

*No debería acercarse nunca a las putas*

*No puede evitarlo. Nació demasiado cerca de una*

*¿Es realmente un negro? No lo parece*

*Eso es lo que le dijo una noche a Bobbie. Pero apostaría algo a que ni ella ni él saben de verdad lo que el es. Esos cerdos campesinos pueden ser cualquier cosa.*

*Pues vamos a verlo, vamos a ver si tiene sangre negra.*

Joe, tendido, apacible, inmóvil, vio cómo el desconocido se inclinaba, le levantaba la cabeza y le golpeaba en pleno rostro, esta vez con un breve golpe seco. Al cabo de un instante, Joe se lamió el labio, tímidamente, de la forma en que lamería un niño la cuchara de la

salsa. Vio cómo se volvió a alzar la mano del desconocido, que no cayó de nuevo.

*Ya basta. Larguémonos a Memphis.*

*Sólo otra vez. Joe, tranquilo, miraba tranquilamente la mano del desconocido. Después, Max se unió al desconocido y se inclinó también Necesitamos un poco más de sangre para estar seguros.*

*Claro que si Y no necesitará molestar. Esto también es a cuenta de la casa.*

Pero la mano no cayó de nuevo. La mujer rubia estaba allí también. Sujetó por la muñeca el brazo levantado del desconocido *He dicho que ya basta.*

## 10.

El conocimiento (no el pesar) recuerda mil calles salvajes y desiertas. Comenzaron aquella noche en que, tendido en el suelo, oyó los últimos pasos, el último portazo (ni siquiera apagaron la luz). Y él siguió tendido sobre la espalda, tranquilo, con los ojos abiertos, mientras que, por encima de él, el globo suspendido brillaba con un resplandor doloroso y fijo, como en una casa en la que todos los habitantes estuviesen muertos. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. No pensaba. No sufría. Quizás sentía en alguna parte de sí mismo los dos extremos cortados de los hilos de la voluntad y de la sensibilidad. Ahora estaban separados y él esperaba el momento en que se tocaran y se anudaran de nuevo y le permitieran moverse. Mientras los otros acababan sus preparativos de marcha, habían pasado de vez en cuando por encima de él, como las personas que están a punto de abandonar una casa pasan por encima de un objeto que tienen la intención de dejar. *mira bobbie aquí tienes tu peine lo habías olvidado y aquí está el capital de romeo. Dios santo ha debido de asaltar la caja del patronato es de bobbie no has visto que se lo daba no le has visto muy generoso recógelo pequeña lo puedes guardar coma inversión como recuerdo como quieras es lástima sería estúpido no se puede dejar eso en el suelo acabaría por hacer un agujero eso es ya ha empezado a hacer un agujero un agujero demasiado grande para su tamaño para cualquier tamaño eh bobbie eh pequeña claro que si yo lo guardaré para bobbie yo estás loco quiero decir que guardaré la mitad para bobbie dejad eso ahí hijos de puta qué vais a hacer no es de él ah recristo qué iba a hacer él*



*con ello él no usa dinero no lo necesita pregunta a bobbie si necesita dinero se lo damos y somos nosotros los que pagamos por él dejadlo ahí os digo maldita sea como si no fuera mío no es tuyo tampoco a menos que me digas que por casualidad te debía dinero a ti a espaldas mías te lo habría regalado te he dicho que lo dejes ahí te vas a fastidiar no nos tocan más que cinco o seis dólares a cada uno.* Entonces la mujer rubia se colocó junto a él y se inclinó. Joe la observaba tranquilamente. La mujer se levantó la falda y sacó de la parte alta de su media un aplastado fajo de billetes de banco. Retiró uno de ellos y lo metió en el bolsillo del reloj de Joe. Una vez hecho esto, se marchó *vamos a salir de aquí todavía no estás lista tienes que doblar ese quimono y cerrar la maleta y que empolvarte un poco la jeta tráeme mi maleta y mi sombrero vamos adelante llévate a bobbie y esperanos en el coche a Max y a mí con las demás maletas os creéis que os voy a dejar aquí solos para que le robéis tú también lárgate*

Y se fueron: los últimos pasos, el último portazo. Luego, Joe oyó cómo el ruido del coche ahogaba el rumor de los insectos, cómo el zumbido dominaba el rumor, cómo descendía después a su altura, cómo se hacía aún más bajo; y después, sólo oyó el rumor de los insectos. Estaba allí, tendido bajo la luz. Todavía no podía moverse, pero podía mirar, sin ver, sin oír, sin darse realmente cuenta. Los dos cabos del hilo no se habían empalmado aún y Joe, tendido en el suelo, se lamía los labios de cuando en cuando, a la manera de un niño.

Después, los dos cabos del hilo se empalmaron y el contacto se restableció. No sabía el segundo exacto, pero de pronto tuvo conciencia de que su cabeza le zumbaba. Se sentó lentamente y recobró sus sentidos. Luego se puso en pie. Estaba aturdido. La habitación giraba lentamente, suavemente, lo mismo que el pensamiento, y el pensamiento decía *Todavía no* Pero seguía sin dolor; ni siquiera lo sintió cuando, apoyado en la mesa, examinó en el espejo su cara hinchada y sangrante, ni siquiera cuando se tocó la cara. «¡Santo Dios qué paliza me han dado!» Todavía no pensaba. Todavía no estaba allí *Creo que lo mejor sería que me largase de aquí creo que lo mejor sería que me largase de aquí* Se dirigió hacia la puerta con las manos extendidas hacia delante, como un ciego o un sonámbulo. Se encontró en el pasillo sin haber advertido que había franqueado la puerta, se encontró en otra alcoba cuando pensaba, quizás sin creerlo, que se dirigía hacia la puerta de la calle. La alcoba era pequeña. Sin embargo, aún parecía llena de la presencia de la mujer rubia. Hasta las paredes, en su estricta dureza, parecían como hinchadas de aquella respetabilidad militante de superficie diamantina. Sobre la cómoda

desguarnecida había una botella de whisky, Joe bebió lentamente sin sentir la quemazón del licor. El whisky le corrió por la garganta, *frío* como la melaza, insípido. Posó la botella vacía y se apoyó en la cómoda, con la cabeza baja, no pensando, esperando, quizás sin saberlo, quizás ni siquiera esperando. Después, el whisky comenzó a quemarle, mientras el pensamiento acompañaba la lenta y cálida torsión de sus entrañas. «Tengo que salir de aquí.» Volvió al pasillo. Ahora era su cabeza la que estaba clara y su cuerpo el que se comportaba mal. Tuvo que estimularlo a lo largo del pasillo, hacer que se deslizase pegado a una de las paredes, hacia la puerta, pensando: «Vamos, adelante, domínate, recobra el ánimo, hay que salir de aquí.» *Si al menos pudiese sacarlo fuera, al aire frío, a la noche fresca.* Joe observaba sus manos, que tanteaban sobre la puerta. Trataba de ayudarlas, de alentarlas, de controlarlas. «Bueno, por lo menos no han cerrado con llave», pensaba. «Dios mío, si lo hubieran hecho no habría podido salir antes de amanecer. Nunca habría conseguido abrir una ventana y saltar por ella.

Por fin logró abrir la puerta, y salió, y cerró la puerta tras él, discutiendo aún con su cuerpo, que se resistía al esfuerzo de cerrar la puerta y al que tuvo que forzar para que la cerrase sobre la casa vacía donde las dos luces brillaban, muertas y fijas, sin saber, sin inquietarse porque la casa estuviese vacía, tan indiferentes al silencio y a la desolación como lo estaban antes a las noches sórdidas y brutales, a las viejas copas siempre en movimiento, a las viejas camas siempre ocupadas. Su cuerpo obedecía mejor, se iba haciendo más dócil. Joe abandonó el porche sombrío, entró en el claro de luna y, con la cabeza sangrante y el estómago vacío, ardiente, salvaje y valiente por el efecto del whisky, se adentró en aquella calle que no iba a volver a ver hasta quince años después.

Hubo momentos en los que el whisky parecía evaporarse, y otros en los que se renovaba para evaporarse una vez más, pero la calle no acababa nunca. Desde aquella noche, los miles de calles se alargaron hasta no ser más que una, con sus esquinas imperceptibles, con cambios de decorado rotos de cuando en cuando por trayectos en coche que él solicitaba, por trayectos furtivos en ferrocarril, en camiones, en carretas de campesinos donde, a los veinte, a los veinticinco, a los treinta años, se sentaba en el pescante, con su rostro duro e impasible, y sus ropas de hombre de ciudad (aunque estuviesen gastadas y sucias). Y el conductor de la carreta no sabía quién era o lo que era el viajero y no se atrevía a preguntárselo. La calle pasó a

través de los estados de Oklahoma y de Missouri, descendió hacia el sur, hasta México, y luego subió de nuevo al norte, a Chicago y a Detroit, antes de descender una vez más y detenerse al fin en el estado de Mississippi. La calle tuvo una longitud de quince años. Pasó entre las fachadas de madera, salvajes y traidoras, de las ciudades petroleras. Un fango sin fondo manchó sus inevitables trajes de sarga y sus zapatos claros. Comió alimentos crudos en platos de hojalata, comidas que le costaban de diez a quince dólares que él pagaba con su fajo de billetes grueso como una rama gigante, sucio también por aquel barro lujuriente y tan inagotable como el oro que producía. Pasó entre campos de trigo amarillos que ondulaban bajo los implacables días amarillos, días de trabajo y de sueño profundo en los montones de heno bajo la fría palidez de la luna loca de septiembre y de las estrellas parpadeantes.

Joe fue, sucesivamente, obrero, minero, buscador de oro, gancho para las casas de juego. Se alistó en el ejército, sirvió cuatro meses, desertó y no fue nunca hallado. Y siempre, más tarde o más temprano, la calle acababa atravesando ciudades, barrios idénticos y casi intercambiables, de nombres olvidados, donde, bajo la oscura bóveda, equívoca y simbólica, de la medianoche, se acostaba con mujeres a las que pagaba cuando tenía dinero. Y, cuando no tenía dinero, se acostaba también con ellas y entonces les decía que era negro. Aquello le dio resultado durante cierto tiempo, cuando estaba en el Sur. Era muy sencillo, muy fácil. Generalmente, sólo se arriesgaba a los insultos de la mujer y de la patrona. Sin embargo, otras veces era molido a golpes por el patrón y no volvía en sí hasta mucho más tarde, en medio de la calle o en la cárcel.

Joe vivía así cuando estaba en lo que se podría llamar el Sur relativo. Una noche, el sistema fracasó. Se levantó de la cama y le dijo a la mujer que tenía sangre negra.

-Eres negro? -dijo ella-. Yo creía que eras italiano o algo así.

La mujer le miró sin gran interés; después pareció ver algo en su cara.

-Bueno, ¿y qué? No estás mal. Me habría gustado que vieses al morenito que salió hace un momento, justo antes de que tú entrases (la mujer le miraba; ahora estaba más tranquila). Y además, ¿qué te has creído que es este chamizo? ¿El hotel Ritz?

Entonces la mujer se calló. Observó su cara y comenzó a retroceder; lentamente, delante de él. Le miró con las facciones tirantes, con la boca abierta a punto de gritar. Y gritó. Fueron necesarios dos policías para sujetarle. En un principio creyeron que la mujer estaba muerta.

Después de aquello estuvo enfermo. Hasta aquel día no había sospechado nunca que algunas mujeres blancas se entregaban a los negros. Estuvo enfermo durante dos años. A veces recordaba que, un día, había obligado, provocado a unos blancos para que le llamasen negro y poder pelearse con ellos, golpearles o ser golpeado. Ahora se peleaba con los negros que le llamaban blanco. Ahora estaba en el Norte, en Chicago y, después, en Detroit. Frecuentaba a los negros y evitaba a los blancos. Combativo, misterioso, reservado, comía con ellos, dormía con ellos. Vivía entonces maritalmente con una mujer que parecía una estatua de ébano. Por la noche, acostado junto a ella, despierto, comenzaba a veces a respirar muy fuerte. Lo hacía a propósito, sabiendo, mirando incluso cómo se hinchaba su pecho blanco, cómo se hinchaba, se hacía más ancho, cada vez más ancho, bajo la caja torácica. Se esforzaba en aspirar el olor a negro, el pensamiento, la naturaleza oscura, indescifrable de los negros, y procuraba, en cada espiración, expeler lejos de sí la sangre blanca, el pensamiento, la naturaleza blanca. Y cada vez que lo hacía, con el olor que trataba de asimilar, las aletas de su nariz blanqueaban y se contraían, y todo su ser se descomponía, se tensaba bajo la rebelión del cuerpo y el rechazo de la mente.

Joe creía que trataba de escapar de la soledad, no de sí mismo. Pero la calle continuaba. El, como un gato, no concedía la menor importancia a los lugares. Pero en ninguna parte encontraba la paz. Y la calle continuaba, con sus cambios de carácter, con sus fases, pero siempre vacía. Joe habría podido verse a sí mismo como en innumerables avatares, condenado al movimiento, empujado por la valentía de una desesperación fustigada, espoleada; por la desesperación de una valentía cuyas ocasiones debían ser fustigadas, espoleadas. Entonces tenía treinta y tres años.

Una tarde, la calle se transformó en una carretera rural del estado de Mississippi. Cuando llegó a la pequeña ciudad acababa de ser expulsado de un tren de mercancías que se dirigía hacia el sur. Joe no conocía el nombre de la ciudad. Le importaba muy poco la palabra que servía para nombrarla. Por lo demás, ni siquiera la vio. La rodeó a través de los bosques y, al llegar a la carretera, miró en las dos direcciones. La carretera, aunque no estaba pavimentada, parecía bastante transitable. Joe vio unas cabañas de negros, esparcidas por aquí y por allá, en el borde de la carretera. Luego, a unos quinientos metros, vio una casa más grande, una vasta construcción que se alzaba en medio de un bosquecillo, una mansión que sin duda había

gozado antaño de un gran prestigio. Pero ahora los árboles necesitaban ser podados y la casa no había sido pintada desde hacía muchos años. Joe se dio cuenta de que estaba habitada, y hacía veinticuatro horas que no había comido. «Algo encontraré allí», pensó. Pero no se aproximó a ella inmediatamente, aunque la tarde declinaba ya. Al contrario: volvió la espalda y caminó en dirección opuesta, con su camisa de un blanco sucio, su pantalón de sarga muy gastada, sus zapatos de ciudad cuarteados y polvorientos, su gorra de paño inclinada en arrogante ángulo sobre su barba de tres días. Y, sin embargo, ni siquiera así tenía el aspecto de un vagabundo, por lo menos para el negrito que encontró en seguida en la carretera balanceando un cubo de hojalata. Joe detuvo al niño.

-¿Quién vive en aquella casa grande de allá abajo?

-Es la señorita Burden la que vive allí.

-¿Los señores Burden?

-No, señor. No hay ningún señor Burden. Sólo está ella.

-¡Ah, una vieja, supongo!

-No, señor. La señorita Burden no es vieja. Tampoco es joven.

-¿Y vive sola allí? ¿No tiene miedo?

-¿Quién quiere usted que le haga daño, aquí, en la ciudad? La protege la gente de color de por aquí.

-¿La gente de color la protege?

De pronto, fue como si el niño hubiese cerrado una puerta entre él y el hombre que le interrogaba.

-Por aquí nadie querrá hacerle daño. Ella nunca ha hecho daño a nadie.

-Claro -dijo Christmas-. Por ese lado, ¿a qué distancia está la ciudad más cercana?

-Dicen que a unas treinta millas. ¿No pensará usted hacer a pie todo ese camino?

-No -dijo Christmas.

Dio media vuelta y se alejó. El negro le miró un momento. Luego, también reanudó la marcha, balanceando el cubo junto a sus ropas descoloridas. Después de dar unos pasos, miró hacia atrás. El hombre que le había interrogado se alejaba a un paso regular, pero sin prisa. El niño continuó andando, con su ropa ajada, remendada, achicada. Iba descalzo. En seguida empezó a arrastrar los pies. Siguió andando, levantando el polvo rojizo alrededor de sus escuálidas canillas color de chocolate, alrededor de los bajos de su pantalón deshilachado y demasiado corto. Y entonces comenzó a salmodiar, sin melodía, sólo sobre una nota, pero con ritmo y musicalidad:

*Diles a todos esos,  
a todos los que quieren  
el pastel de la negrita  
diles que no se escondan.*

Acostado en una maraña de ramajes, a cien metros de la casa, Christmas oyó un reloj lejano que daba las nueve y después las diez. Ante él se alzaba la casa, maciza, cuadrada, por entre los árboles. Había luz en una de las ventanas, en el primer piso. La persiana no estaba echada y Christmas podía ver que la luz salía de una lámpara de petróleo, y podía ver, de cuando en cuando, cómo pasaba, sobre la pared del fondo, la sombra móvil de una persona. Pero no llegó a ver a la persona misma. Al cabo de algún tiempo, la luz se apagó.

Ahora, la casa estaba a oscuras. Christmas dejó de mirar. Se quedó tendido allí, en la espesura, boca abajo sobre la tierra oscura y la hojarasca. En la espesura, la oscuridad era impenetrable. A través de su camisa y de su pantalón sentía una frescura leve, íntima, vagamente húmeda, como si el sol no hubiese penetrado nunca en la atmósfera de la espesura. A través de su ropa podía sentir que la tierra ignorada por el sol palpitaba, lenta y receptiva, contra él, contra sus riñones, sus caderas, su pecho, su vientre, sus antebrazos. Su frente descansaba sobre los brazos cruzados. El olor húmedo y embriagador de la tierra negra y fecunda le llenaba el olfato.

Ya no miró ni una sola vez hacia la casa oscura. Permaneció acostado, completamente inmóvil, durante más de una hora, antes de levantarse y salir de la enramada. No se arrastró. No hubo nada de furtivo, ni siquiera de prudente, en su aproximación a la casa. Fue hacia allí tranquilamente, como si tuviese costumbre de caminar así, y, rodeando la masa ahora informe de la mansión, se dirigió por la fachada posterior hacia donde debía de encontrarse la cocina. En silencio, como un gato, se detuvo un instante bajo la ventana donde la luz había brillado. En la hierba, alrededor de sus pies, los saltamontes, que se habían callado al sentir sus pasos, formando en torno a él un islote de silencio como un reflejo amarillo y mate de sus pequeñas voces, comenzaron a cantar de nuevo. Cuando se movió, se volvieron a callar con la misma prontitud, ligera, alertada. Detrás de la casa había un ala de una sola planta. «Debe de ser la cocina -pensó-. Sí. Tiene que serlo.» Avanzó sin ruido, evolucionando dentro de su islote de insectos bruscamente silenciosos. Podía distinguir una puerta en la pared de la cocina. Si hubiese intentado abrirla, se habría dado cuenta

de que no estaba cerrada con llave. Pero no lo intentó. Pasó por delante y se detuvo bajo la ventana. Antes de hacer nada recordó que no había visto rejas en la ventana iluminada del primer piso. Además, la ventana estaba abierta, tenía un listón que la mantenía abierta. «¡Vaya!», pensó. Se quedó junto a la ventana, con la mano sobre el resalto, respirando tranquilamente, sin escuchar, sin apresurarse, como si la prisa siempre hubiese sido inútil en este mundo. «¡Vaya, vaya, vaya! Mira por donde... ¡Vaya, vaya, vaya!» Después, se izó a la ventana. Pareció resbalar por la cocina oscura, como una sombra que, sin ruido, sin movimiento, regresase a las tinieblas del seno materno. Quizás pensó en aquella otra ventana que él había usado y en la cuerda en que tuvo que cortar; o quizás no.

Probablemente no. Como tampoco un gato recuerda otra ventana. También como los gatos, Christmas parecía ver en la oscuridad cuando se deslizó hacia los alimentos que deseaba, con un paso tan seguro como si ya supiese dónde estaba, o como si le empujase un agente desconocido y bien informado. Con sus dedos invisibles tomó algo de una bandeja invisible. Comida invisible. No se preocupó por saber lo que era. No se dio cuenta de que se lo había preguntado, de que lo había probado, hasta el minuto mismo en que, al detenerse súbitamente su mandíbula, su pensamiento voló a la calle, retrocedió hasta veinticinco años antes, pasó por delante de todas las esquinas imperceptibles, testigos de derrotas amargas, de victorias más amargas aún, y se detuvo cinco millas más allá de una esquina donde, en aquella terrible época de su primeros amores, él tenía la costumbre de esperar a alguien cuyo nombre había olvidado. A cinco millas de aquella esquina se detuvo su pensamiento *Lo sabré dentro de un minuto. Ya he comido esto en alguna parte. Dentro de un minuto lo sabré una memoria en marcha que sabe. Lo veo lo veo hago más que ver oigo la voz dogmática que parece que no se va a detener nunca oigo que habla y habla siempre y mirando por debajo veo la cabeza redonda indomable y la barba recién recortada inclinada también y pienso cómo es posible que él no tenga hambre y yo lleno del olor de mi boca, de mi lengua llorando la sal caliente de la espera paladeando con los ojos el vaho cálido del guiso* «¡Son guisantes! -gritó en voz muy alta-. ¡Ah Dios, son guisantes cocidos con melaza!»

Posiblemente su pensamiento no había volado solo: ya hacía algunos instantes que debería haber oído el ruido, porque la persona que lo producía parecía desdeñar, lo mismo que él, la prudencia y el silencio. Pero Christmas no se movió cuando, desde el interior de la casa, se acercó a la cocina un leve ruido de pies con zapatillas. Y cuando, por

fin, se volvió bruscamente, con los ojos brillantes de pronto, vio que, por debajo de la puerta que daba acceso a la casa, se acercaba una débil luz. La ventana abierta estaba al alcance de su mano, habría podido llegar a ella de un salto. Pero no se movió. Ni siquiera dejó el plato. Ni siquiera dejó de masticar. Esperó, de pie en medio de la pieza, con el plato en la mano, masticando. Y la puerta se abrió, y la mujer apareció. Estaba vestida con un camisón descolorido y llevaba una vela. Levantó la vela lo más alto que pudo, de modo que la luz cayó de lleno sobre su rostro, un rostro tranquilo, serio, sin ninguna muestra de inquietud. Al suave resplandor de la vela no parecía tener más de treinta años. La mujer se quedó de pie en la puerta. Ambos se miraron durante más de un minuto, casi en la misma actitud, él con el plato, ella con la palmatoria. Christmas había dejado de masticar.

-Si ha venido aquí sólo a comer, encontrará todo lo que necesita -dijo la mujer en un tono sosegado, bastante profundo y con un matiz de frialdad.

## 11.

A la luz de la vela, en el resplandor suave que caía sobre su silueta con bata flotante de mujer que se prepara para dormir, no parecía tener más de treinta años. Cuando la vio a la luz del día, Christmas comprendió que tenía más de treinta años. Y después fue ella misma quien le dijo que tenía cuarenta, «lo que lo mismo puede querer decir cuarenta y uno que cuarenta y nueve, de la manera en que lo dice», pensó Christmas. Pero no fue la primera noche cuando la mujer le dijo esto, ni tampoco en el transcurso de bastantes noches siguientes. Por otra parte, la mujer le decía pocas cosas. Nunca hablaban mucho y, cuando lo hacían, era incidentalmente, incluso después de que Christmas empezase a compartir con ella su lecho de solterona. A veces, Christmas casi habría podido creer que no hablaban nada en absoluto. Era como si hubiese en ella dos personas: la que él veía ahora y durante el día, la que él miraba cuando cambiaban frases que no significaban nada, porque ellos no querían ni pretendían que significasen algo, y aquella otra con quien se acostaba por las noches y a la que nunca veía y a la que nunca hablaba.

Y más aún al cabo de un año (para entonces ya trabajaba él en el aserradero), porque no la veía de día, excepto el sábado por la tarde, o el domingo, o cuando iba a la casa a buscar la comida que ella le preparaba y que dejaba sobre la mesa de la cocina. De vez en cuando, la mujer venía a la cocina, pero no se quedaba nunca allí



cuando Christmas comía. A veces lo encontraba bajo el porche, en la parte posterior de la casa.

Durante los tres o cuatro meses que siguieron a su instalación en la cabaña cercana a la casa, solían encontrarse allí alguna vez y, durante un instante, hablaban como dos extraños. Siempre permanecían de pie, ella con una de sus limpiísimas batas caseras de algodón, de las que parecía tener un número infinito, y tocada a veces, como una campesina, con una capellina de jardín, y él con su camisa siempre blanca ahora y su pantalón cuidadosamente planchado todas las semanas. Nunca se sentaban para hablar. Christmas sólo la había visto sentada una vez, cierto día en que, al mirar por una de las ventanas de la planta baja, la descubrió escribiendo ante una mesa. Y fue un año después cuando observó, sin la menor curiosidad, la ingente correspondencia que ella recibía y enviaba. Advirtió entonces que la mujer concluía sus mañanas en un cuarto apenas amueblado y que no utilizaba casi nunca. Sentada ante un viejo escritorio, todo desgastado y lleno de cicatrices, la mujer escribía afanosamente. Pero hasta mucho después no supo que el correo que la mujer recibía consistía en papeles de negocios, en documentos privados cubiertos de cincuenta sellos diferentes, y que el correo que la mujer enviaba eran sus respuestas: opiniones, consejos financieros y religiosos a directores, profesores, consejeros de una docena de escuelas y de colegios negros del Sur, así como consejos personales y prácticos a jóvenes estudiantes y hasta a antiguos alumnos. A veces sucedía que se ausentaba durante tres o cuatro días y, aunque él podía verla cualquier noche, hasta al cabo de un año no supo que, durante aquellas ausencias, la mujer visitaba personalmente las escuelas y conversaba con los profesores y con los alumnos. Sus negocios estaban en manos de un notario negro de Memphis que era miembro del consejo de Administración de una de aquellas escuelas. En su caja fuerte se guardaban, junto a su testamento, las instrucciones manuscritas en las que indicaban lo que quería que se hiciese después de su muerte con su cadáver. Cuando Christmas supo todo esto comprendió la actitud de la ciudad para con ella, aunque también supo que la ciudad no sabía tanto como él. Y se dijo a sí mismo: «lo que sí es seguro es que aquí no me molestará nadie.»

Un día se dio cuenta de que la mujer no le había pedido nunca que entrase en la casa propiamente dicha. El nunca había ido más allá de la cocina, en la que ya había entrado por propia iniciativa, pensando, con el labio levantado: «Nunca podrá impedirme que venga. Ella lo sabe muy bien, creo yo.» Y nunca había entrado en la cocina durante

el día, salvo para tomar la comida que ella le preparaba y dejaba sobre la mesa. Y cuando entraba en la casa por la noche, lo hacía del mismo modo que cuando entró la primera noche. Hasta cuando subía a la alcoba en la que ella le esperaba, tenía la sensación de ser un ladrón, un ratero. Incluso después de un año, parecía entrar siempre por sorpresa para quitarle su virginidad. Era como si, en cada retorno a las tinieblas, se viese ante la necesidad de quitar lo que ya había quitado... o lo que nunca había quitado ni quitaría nunca.

A veces Christmas pensaba así, recordando aquella rendición, una rendición sin lágrimas ni compasión, una rendición casi masculina en su dureza. Un aislamiento espiritual conservado intacto durante tanto tiempo que su propio instinto de conservación lo había inmolado, presentando en su fase física la fuerza y el valor de un hombre. Una doble personalidad: una de ellas, la mujer cuya visión, al resplandor de la vela (o quizás hasta el rumor de pies en zapatillas que se acercaban), le había revelado, bruscamente, como un paisaje a la luz de un relámpago, un horizonte de seguridad física y de corrupción, si no de placer; la otra, una mujer con los músculos adiestrados como los de un hombre, con la costumbre de pensar también como un hombre, resultado del atavismo y del entorno, cosas contra las cuales había tenido que luchar Joe hasta el último instante. Ninguna vacilación femenina, ningún falso pudor, ningún fingimiento de deseo evidente y de intención de dejarse conquistar al fin. Para Joe fue como si luchase físicamente con otro hombre por la posesión de un objeto que no tenía valor ni para el uno ni para el otro, y por el cual se peleaban por principio.

Cuando la volvió a ver, pensó: «Dios santo, ¡yo que creía conocer tan bien a las mujeres! ¡Qué poco las conocéis!» Fue al día siguiente. Mientras la miraba, mientras ella le hablaba, Joe tenía la impresión de que, lo que le aseguraba su memoria, el hecho de que había llegado apenas doce horas antes, no podía ser cierto, pensando *Bajo su bata, ni siquiera puede estar hecha de modo que la cosa haya podido producirse*. Por entonces, todavía no había empezado a trabajar en el aserradero. Pasó la mayor parte de aquel día fumando, tendido, con las manos bajo la cabeza, en el catre que la mujer le había prestado, en la cabaña que la mujer le había dado para que viviese en ella. «Dios santo -pensaba Joe-, era como si yo fuese la mujer y ella el hombre.» Pero tampoco esto era exacto, porque ella había resistido hasta el último segundo. Sólo que no era una resistencia de mujer, esa resistencia que, cuando es verdadera, no puede ser vencida por ningún hombre por la sencilla razón de que la mujer no observa ninguna regla en el combate. Y ella

había resistido lealmente, de acuerdo con las reglas que deciden que, al llegar a cierto punto, se está vencido, aunque la resistencia no haya terminado. Aquella noche, Joe esperó a que la luz se apagase en la cocina y se encendiese en la alcoba. Entonces se dirigió a la casa. Fue sin impaciencia, pero con una rabia fría. «Ya verás», dijo en voz alta. No intentó calmarse. Entro en la casa con seguridad, con desenvoltura. Subió las escaleras. Ella le oyó en seguida. «Quién está ahí?», preguntó. No había alarma en su voz. La mujer estaba vestida todavía. Se volvió hacia la puerta, cuando Joe entró. Pero no dijo nada. Se limitó a mirarle cuando se acercó a la mesa y sopló sobre la lámpara. Y Joe pensó: «Ahora, querrá huir.» Entonces saltó hacia la puerta para cortar el paso. Pero ella no intentó huir. Joe la encontró en la oscuridad, exactamente en el mismo lugar donde la luz la había dejado y en la misma actitud. Comenzó a arrancarle la ropa. Habló con una voz intensa, dura, ahogada. «¡Ahora verás! ¡Ahora vas a ver, zorra!» La mujer no ofreció ninguna resistencia. Incluso pareció ayudarlo, cambiando ligeramente la posición de sus hombros cuando, en el minuto final, la ayuda se hizo necesaria. Pero era como si las manos de Joe sólo sostuviesen un cadáver de mujer que aún no estuviera rígido. Joe no renunció. Sus manos eran duras, brutales y ansiosas, pero de rabia únicamente. «Al menos habré conseguido convertirla en mujer», pensó. «Ahora me odia. Al menos le he enseñado algo.»

Al día siguiente, Joe estuvo todo el día tendido en su catre. No comió nada. Ni siquiera fue a la cocina a ver si ella le había preparado algo. Esperaba la puesta del sol, el crepúsculo. «Entonces me largaré», pensaba. Creía que nunca la volvería a ver. «Será mejor largarse - pensaba-. Para no darle el gusto de echarme de esta cabaña. Eso sí que no. Eso no me lo ha hecho nunca una blanca. Sólo una negra me puso en la calle, me echó a patadas.» Así que siguió acostado en su camastro, fumando, esperando la puesta del sol. Por la puerta abierta miraba cómo el sol descendía, se alargaba, adquiría unos tonos de cobre. Después, el cobre se volvía malva, ese malva evanescente del pleno crepúsculo. Joe pudo oír a las ranas, y los cocuyos comenzaron a rayar el hueco de la puerta, cada vez más luminosos a medida que aumentaba la oscuridad. Entonces, Joe se levantó. Lo único que poseía era su navaja barbera. En cuanto la hubo guardado en su bolsillo se encontró dispuesto a viajar, a hacer un kilómetro o mil kilómetros, a irse al lugar donde se alargaba la calle de las esquinas imperceptibles. Y sin embargo, cuando se puso en marcha, se dirigió hacia la casa. Como si, al advertir que sus pies le llevaban hacia ella, se hubiese

dejado llevar, flotante, vencido, pensando *Muy bien, muy bien* flotante, yendo por el crepúsculo hacia la casa, hacia el porche, hacia aquella puerta por la que podría entrar, aquella puerta cuyo cerrojo nunca había sido echado. Pero la puerta, cuando puso en ella la mano, no quiso abrirse. Quizás, en aquel momento, ni la mano ni la mente quisieron creerlo. Joe se quedó allí, de pie, quieto, sin pensar todavía, viendo cómo su mano sacudía la puerta, oyendo el ruido del cerrojo en el interior. Joe se fue tranquilamente. No estaba todavía furioso. Se dirigió hacia la puerta de la cocina. Esperaba encontrarla cerrada también, pero se dio cuenta de que lo había esperado hasta después de encontrarla abierta. Cuando vio que no estaba cerrada con llave, se sintió insultado. Como si un enemigo en el que hubiese desahogado sus últimas violencias, sus últimas injurias, estuviera allí, indemne, mirándole con aire pensativo, despreciativo, intolerante. Cuando entró en la cocina no se acercó a la puerta que daba a la casa, a la puerta por donde ella había aparecido la primera noche, con su vela en la mano. Fue directo a la mesa donde le dejaba la comida. No necesitaba verla. Sus manos veían. Los platos estaban tibios todavía. Y él pensaba *Lo has dejada ahí para el negro. Para el negro.*

Era como si observase su mano a distancia. Vio que su mano asía un plato, lo alzaba y lo mantenía en el aire mientras él, intensamente absorto, respiraba lentamente, profundamente. Oyó que su voz decía en tono alto, como si estuviese jugando a algún juego: «Jamón», y vio que su mano, con todas sus fuerzas, lanzaba el plato contra la pared, contra la pared invisible, y esperaba a que el ruido cesara, a que volviese el silencio, para coger otro. Levantó el segundo plato reposadamente y lo olfateó. Esta vez necesitó más tiempo. «¿Alubias o judías verdes? -dijo-. ¿Alubias o espinacas? bueno. Digamos alubias.» Lo lanzó violentamente y esperó que el ruido cesara. Levantó el tercer plato. «Algo con cebollas», dijo, pensando *Es muy divertido. ¿Como no se me ha ocurrido antes?* «Comistrajos de mujer.» Lanzó el plato violentamente, sin prisa, oyó el ruido, esperó. Entonces oyó otra cosa, unos pasos dentro de la casa, unos pasos que se aproximaban a la puerta. «Esta vez traerá la lámpara», pensó, pensando *Si ahora mirase, vería la raya de luz por debajo de la puerta* y su mano blandía el plato *ahora está en la puerta* «Patatas», dijo al fin, como si pronunciase una sentencia. No miró a su alrededor ni cuando oyó que se abría el pestillo de la puerta, ni cuando la puerta se abrió, inundando de luz el lugar en que él estaba con el plato en la mano. «Si, son patatas», dijo con el tono absorto y distraído de un niño que juega solo. Joe pudo, al mismo tiempo, ver y oír el destrozo. Después,

la luz desapareció. Oyó que la puerta se entornaba de nuevo, oyó de nuevo el pestillo. Todavía no había mirado a su alrededor. Cogió el plato siguiente. «Remolacha -dijo-; de todos modos no me gustan las remolachas.»

Al día siguiente fue contratado en el aserradero. Comenzó a trabajar el viernes. No había comido nada desde el miércoles por la noche. No recibió su paga hasta la noche del sábado, después de haber hecho horas extraordinarias por la tarde. El sábado por la noche cenó en un pequeño restaurante de la parte baja de la ciudad. Era la primera vez que comía desde hacía tres días. No volvió a la casa. Durante algún tiempo, ni siquiera miraba hacia aquel lado cuando salía de la cabaña o regresaba a ella. Al cabo de seis meses, sus pies habían trazado, entre la cabaña y el aserradero, una senda privada que descendía casi en línea recta, evitando las casas, cortando camino a través del bosque y desembocando directamente, cada vez más marcada, en el montón de virutas donde él trabajaba. Y cada día, en cuanto sonaba la sirena de las cinco y media, Joe regresaba a la cabaña por aquella senda. Se ponía su camisa blanca y su pantalón negro, y rehacía las dos millas que le separaban de la ciudad para ir a cenar. Era como si le diese vergüenza llevar su mono de trabajo. Quizás no era vergüenza, pero lo más probable era que no supiese decir lo que era, como tampoco habría podido decir que no se trataba de vergüenza.

El hecho de que no mirase a la casa no era intencionado. Como tampoco era intencionado el hecho de mirarla. Durante algún tiempo creyó que ella iría en su busca. «Será ella quien dé el primer paso», pensaba. Pero ella no lo dio. Y llegó un momento en que Joe imaginó que aquello ya no le importaba. Sin embargo, la primera vez que miró hacia la casa deliberadamente sintió que el corazón le latía de un modo extraño. Y entonces comprendió que siempre había temido que ella se presentase. Comprendió que ella le había estado observando todo aquel tiempo con su lúcido y sosegado desdén. Joe tuvo la sensación de transpirar, de haber superado una dura prueba. «Se acabó -pensó-. Ya no hay nada que hacer.» Así que, el día en que la vio, no se sintió turbado. Quizás estaba preparado. El hecho es que no le palpité el corazón cuando levantó la mirada, totalmente por azar, y la vio en el corral, detrás de la casa, vestida de gris y tocada con su capellina. Joe no habría sabido decir si ella le había advertido, si le había visto, si le miraba o no. «Tú no me molestas y yo no te molesto», pensó *Lo he soñado. Aquello no sucedió. No tiene nada debajo de la ropa que haya podido hacer que aquello sucediera.*

Había comenzado a trabajar en primavera. Una noche de septiembre, cuando regresó a su cabaña, se detuvo en el umbral, con un pie en el aire, totalmente estupefacto. Sentada en el camastro, la mujer le miraba. Tenía la cabeza descubierta. Era la primera vez que él veía con la cabeza descubierta, aunque había sentido, en la oscuridad de la almohada, el blando abandono de su cabellera todavía en orden. Pero nunca había visto sus cabellos y ahora los miraba fijamente. Y, de pronto, cuando ella se iba a mover, se dijo a sí mismo: «Ella trata de *Yo creía que lo tenía algo gris* Ella trata de ser mujer, pero no sabe cómo hacerlo.» Pensando, comprendiendo *Ha venido a hablarme*. Dos horas después, la mujer hablaba todavía, sentada junto a él en el camastro, en la cabaña, oscura ahora. Le dijo que tenía cuarenta y un años, que había nacido allí, en la casa, y que siempre había vivido en ella. Que nunca había estado más de seis meses fuera de Jefferson, y que, cuando había estado fuera, en intervalos muy alejados entre sí, sus ausencias siempre habían estado llenas de nostalgia de las tablas y de los clavos, de la tierra, de los árboles, de los arbustos que constituían aquel lugar que, para ella y para su familia, era una tierra extraña. Cuando hablaba, como lo hacía ahora, al cabo de cuarenta años, por debajo de las consonantes arrastradas y de las vocales llanas de la región a donde el destino la había llevado, el acento de Nueva Inglaterra se percibía tan claramente como en los miembros de la familia que nunca habían salido de New Hampshire y a los que quizá ella no había visto más de tres visto en cuarenta años. Sentado junto a la mujer, sobre la cama en sombras, mientras la luz se extinguía, mientras la voz de la mujer, con su acento sin origen, fluía regular, interminable, timbrada casi como una voz de hombre, Christmas pensaba, «Es como las demás. Es igual que tengan diecisiete años o cuarenta y siete, el día que se deciden a entregarse por completo, siempre lo hacen con palabras.»

Calvin Burden era hijo de un pastor llamado Nathaniel Burrington. Era el más joven de diez hermanos y, a los doce años de edad, se escapó en un barco sin saber siquiera escribir su nombre (sin querer saberlo, como creía su padre). Fue a California, después de doblar el cabo de Hornos, y se hizo católico. Vivió un año en un monasterio. Diez años después dejó el Oeste para ir a afincarse en el estado de Missouri. A las tres semanas de su llegada se casó con una muchacha cuya familia, de estirpe hugonote, había emigrado de Carolina pasando por Kentucky. Al día siguiente de la boda dijo: «Quizás sería mejor que me

instalase aquí.» Y el mismo día comenzó a instalarse. No había acabado todavía la celebración del casamiento cuando el recién casado abjuró formalmente del catolicismo. Lo hizo en una taberna y pidió con insistencia a todas las personas que estaban allí que le escuchasen y que presentasen sus objeciones. Insistió un poco en el punto de que esperaba objeciones, pero nadie se las hizo, al menos hasta el momento en que sus amigos se lo llevaron. Al día siguiente aseguró que se trataba de una broma y que estaba harto de pertenecer a una iglesia llena de franchutes esclavistas. Esto ocurría en Saint Louis. Calvin Burden compró una casa en aquella ciudad y, un año después, fue padre. Entonces dijo que, un año antes, había renegado de la Iglesia católica por la salvación del alma de su hijo. Apenas había nacido el niño cuando su padre emprendió la tarea de inculcarle la religión de sus antepasados de Nueva Inglaterra. No había templo unitario en la ciudad y Burden no podía leer la Biblia en inglés. Pero, en California, los sacerdotes le habían enseñado a leer español y, en cuanto el niño aprendió a andar, Burden (ahora pronunciaba Burden, porque ignoraba la ortografía de la palabra y los sacerdotes le habían enseñado a escribirla, a duras penas, con una mano más hecha para manejar un aparejo, una culata de fusil o un cuchillo, que una pluma), Burden comenzó a leer al niño, en español, páginas del libro que había traído consigo de California. Y durante el curso de misticismo, interpolaba en las bellas sonoridades extrañas unas austeras disertaciones improvisadas, compuestas en parte con la lógica terrible y helada que le había enseñado su padre en el transcurso de los interminables domingos de Nueva Inglaterra, y en parte con las llamas infernales inmediatas y con tangibles lluvias de azufre que causarían envidia a cualquier pastor metodista que fuese predicando a través de los campos. Estaban los dos solos en la habitación: el hombre de tipo nórdico, alto y enjuto, y el niño moreno y vivaz que había heredado de su madre la forma y el color. Parecían pertenecer a dos razas diferentes. El niño tenía cinco años cuando Burden mató a un hombre en el transcurso de una discusión sobre la esclavitud. Tuvo que huir de allí, llevándose a su familia. Tuvo que abandonar Saint Louis. Se dirigió hacia el Oeste, «para alejarse de los demócratas», según decía.

El pueblo en donde se detuvo estaba formado por una tienda, una herrería, una iglesia y dos tabernas. Burden pasaba en ellas la mayor parte de su tiempo, hablando de política con su voz ronca y sonora, maldiciendo a la esclavitud y a los esclavistas. Su fama le había seguido. Se sabía que llevaba una pistola y se aceptaban sus

opiniones. O, por lo menos, no eran comentadas. A veces, sobre todo los sábados por la noche, volvía a casa repleto aún de whisky puro y del sonido de sus propias palabras. Entonces, con su mano ruda, despertaba a su hijo (la madre ya había muerto por aquella época, y tenía tres hijas, todas ellas con los ojos azules). «Hay dos cosas que te enseñaré a odiar -decía-, si no quieres que te sacuda la badana. Y esas dos cosas son el infierno y los esclavistas. Me entiendes?» Y el niño decía:

-Sí, le entiendo por fuerza. Vaya a acostarse y déjeme dormir.

No era un misionero. Ni hacía proselitismo. Salvo algunos incidentes, acompañados de tiros de pistola, ninguno de los cuales fue mortal, limitaba sus actividades a la familia propia.

-Dejad que todos se vayan a las tinieblas -les decía a sus hijos-. En cuanto a mí, mientras me queden fuerzas para levantar el brazo, os inculcaré a garrotazos el amor de Dios. A los cuatro.

Esto lo decía el domingo, todos los domingos. Aquel día, los niños, lavados y limpios, iban vestidos de lienzo o de algodón. El padre llevaba su levita de grueso paño, levantada por detrás por la culata de la pistola, y una camisa blanca, llena de pliegues y sin cuello, que su hija mayor le planchaba cada domingo tan cuidadosamente como antes lo hacía su difunta madre. Se reunían todos en el salón austero y limpio, y Burden leía entonces unas páginas del libro, antaño blasonado y dorado, en un lenguaje que ninguno de ellos comprendía. Lo siguió haciendo hasta el día en que su hijo se escapó.

Su hijo se llamaba Nathaniel. Se escapó a los catorce años y estuvo dieciséis sin volver a casa. Dos veces tuvieron noticias de él por boca de un mensajero. La primera vez, las noticias vinieron de Colorado, la segunda vez de México. No les decía nada de lo que hacía en aquellos lugares. «Estaba muy bien cuando yo le dejé», dijo el mensajero. Era el segundo mensajero. Era el año 1863 y el mensajero desayunaba en la cocina, atracándose con una rapidez llena de decoro. Junto a la mesa rústica, las tres hijas (las dos primeras eran ya mayores) le servían, de pie, con los platos en la mano y la boca ligeramente entreabierta. Llevaban unas batas blancas, toscas y limpias. El padre estaba sentado en frente del mensajero, al otro lado de la mesa, con la frente apoyada en su única mano. Había perdido la otra dos años antes, en los combates de Kansas, cuando formaba parte de un escuadrón de las guerrillas. Su barba y sus cabellos estaban grises ahora. Pero todavía era vigoroso, y la culata de su pistola seguía levantando por detrás los faldones de su levita.

-Ha tenido pequeños problemas -dijo el mensajero-. Pero se



encontraba bien según las últimas noticias.

-¿Problemas? -dijo el padre.

-Mató a un mexicano que le acusaba de haberle robado su caballo. Ya sabe cómo tratan esos españoles a los blancos, aunque no maten a ningún mexicano.

El mensajero bebió un sorbo de café.

-Aunque supongo que necesitan un poco de severidad, en un país que se está llenando de mocosos sin experiencia. Le quedo muy agradecido

-dijo el mensajero a la mayor de las muchachas, que le echaba en el plato una nueva pila de tortas de maíz-. ¡Oh, no se moleste, el azúcar está aquí! Por otra parte, la gente aseguraba que el caballo no pertenecía al mexicano. Decían que el mexicano no había tenido nunca un caballo. Pero imagino que los españoles tienen que mostrarse un poco severos con todos esos tipos del Este, que ya le están dando al Oeste una mala reputación.

El padre gruñó.

-Ya lo sabía yo. Y sabía yo que, si hay jaleos por esos lugares, él estaría siempre en medio de ellos. Dígale usted -añadió violentamente- que, si deja que esos malditos curas cobardes le embauquen, le mataré yo mismo, de igual manera que mataría a un rebelde.

-Dígame usted que venga -dijo la hija mayor-. Eso es lo que tiene que decirle.

-Sin duda -dijo el mensajero-. Claro que se lo diré. Ahora voy al Este, a Indiana, por algún tiempo. Pero le veré en cuanto regrese. Pueden estar tranquilos, se lo diré. No se me olvidará. También me encargó que les dijera que la mujer y el pequeño están muy bien.

-¿La mujer y el pequeño de quién? -dijo el padre.

-Suyos -dijo el mensajero-. Le repito mi agradecimiento por sus bondades. Buenos días a todos.

Tuvieron noticias del hijo una tercera vez, antes de que volvieran a verle. Y un día oyeron que, a alguna distancia de la casa, alguien llamaba a voces. Era en 1866. La familia se había trasladado de nuevo, cien millas más hacia el Oeste, y el hijo tardó dos meses en encontrarles. Había recorrido en todos los sentidos el río Kansas y el estado de Missouri, en una carreta en la que llevaba, metidas bajo el pescante como un par de botas viejas, unas bolsas de cuero llenas de polvo de oro, de monedas y de toscas joyas. Al fin acabó encontrando la cabaña de adobe. Y se acercó a ella dando gritos. Un hombre estaba sentado en una silla delante de la puerta.

-Ese es mi padre -dijo Nathaniel a la mujer que iba sentada junto a él

en el pescante-. ¿Le ves?

Aunque el padre no había cumplido aún los sesenta años, su vista comenzaba a flaquear. No reconoció el rostro de su hijo hasta que la carreta se detuvo y las muchachas se precipitaron hacia ella como un torbellino. Entonces, Calvin se levantó y, con todas sus fuerzas, lanzó un grito.

-Bueno, ya estamos aquí -dijo Nathaniel.

Calvin no articuló ninguna frase. Se limitó a gritar, a maldecir, a rugir. «¡Te voy a sacudir el polvo! ¡Chicas! ¡Vangie, Beck, Sarah!» Pero las chicas ya estaban allí. Con sus largas faldas, salieron por la puerta como globos sobre un torrente, lanzando unos agudos gritos que eran dominados por la voz tonante, rugiente de su padre. El padre llevaba desabrochada la ropa -la levita de los domingos, una levita de rico o de jubilado- y buscaba algo en su cintura, con el gesto del que busca un revólver. Pero se limitó a soltar su cinturón de piel y a esgrimirlo, precipitándose en medio de las tres mujeres que brincaban como pájaros y lanzaban agudos gritos. «¡Ya te enseñaré yo! -rugía-. ¡Ya te enseñaré yo a escaparte de casa!» La correa se abatió por dos veces sobre los hombros de Nathaniel. Cayó dos veces antes de que los dos hombres se abrazaran.

En cierto sentido, era como un juego; una especie de juego mortal, mitad en serio, mitad en broma, el juego entre dos leones, que lo mismo habría podido dejar marcas que no dejarlas. Estaban allí, de pie, cara contra cara, pecho contra pecho: el viejo entrecano, con su rostro demacrado y sus ojos claros de Nueva Inglaterra, diferente de todos los aspectos del muchacho de nariz aguileña y de dientes blancos que su sonrisa descubría.

-Basta ya -dijo Nathaniel-. ¿No ve usted que nos están mirando desde ahí, desde la carreta?

Ninguno de ellos había mirado aún a la carrera. En el pescante estaban sentados una mujer y un muchacho de unos doce años. El padre echó una ojeada a la mujer. Ni siquiera necesitó mirar al niño. Se limitó a mirar a la mujer, y su mandíbula cayó como si hubiese visto un espectro. «Evangelina», dijo. Se parecía tanto a su difunta mujer que podrían haber pasado por hermanas. El muchacho, que probablemente, apenas recordaba a su madre, había elegido a una mujer que era casi exactamente como ella.

-Es Juana -dijo-. Y el que está con ella es Calvin. Hemos venido aquí para casarnos.

Aquella noche, después de cenar, cuando la mujer y el niño se

acostaron, Nathaniel se lo contó todo. Estaban sentados alrededor de la lámpara: el padre, las hijas, el hijo recobrado. Por donde ellos vivían no había ningún pastor -explicó el hijo-, sólo curas católicos.

-Así que, cuando ella se dio cuenta de que había un chico en camino, comenzó a hablar del pastor. De que yo no iba a permitir que un Burden naciese como un pagano. Entonces, para tranquilizarla, decidí ir en busca de un pastor. Pero, entre una cosa y otra, lo cierto es que no pude ir en busca de un pastor, y el chico nació, y ya no había necesidad de apresurarse. Pero ella continuó atormentándose, hablando de pastores y de todo eso, hasta que, al cabo de dos años, me enteré de que un pastor blanco tenía que venir un día a Santa Fe. Líamos el petate y nos largamos, y llegamos a tiempo para ver el polvo que dejaba atrás la diligencia que se llevaba al pastor. Entonces, nos quedamos allí, esperando, y, al cabo de dos años, se nos presentó en Texas una nueva ocasión. Sólo que, esta vez, yo estaba demasiado ocupado con unos guardias forestales que tenían que aclarar algo sobre un policía que había sido atacado en una sala de baile. Luego, cuando aquello se arregló, decidimos venir a casarnos aquí. Y aquí estamos.

El padre estaba sentado debajo de la lámpara, enjuto, entrecano, austero. Había escuchado, pero con aire ausente, con una especie de expresión ensimismada y somnolienta; con una especie de asombro indignado.

-Otro maldito Burden de pelo negro -dijo-. La gente creyó que yo había encubierto a una sudista, ¡y ahora es él quien me trae una!

El hijo escuchaba tranquilamente, sin intentar siquiera explicarle a su padre que su mujer no era una sudista, sino una española.

-Es el diablo quien trae todos esos abortos morenos. Es el peso de la cólera de Dios lo que les impide crecer y si son morenos es porque el pecado de la esclavitud humana les mancha la carne y la sangre.

Su mirada era vaga, fanática, convencida.

-Pero ahora, los negros son tan libres como los blancos. Todos van a perder su color y, dentro de cien años, cuando todos se hayan vuelto blancos, tal vez les dejemos entrar en América.

El hombre se quedó pensando, absorto, inmóvil.

-Dios sea loado -dijo de pronto-; pero está construido como un hombre, a pesar de ser moreno. Dios sea loado, será tan grande como su abuelo; no un aborto como su padre. Aunque su madre sea morena y él también sea moreno.

La señorita Burden le contó todo esto a Christmas. Sentados ambos

sobre la cama, en la cabaña cada vez más oscura. Hacía casi una hora que no se movían. Christmas ya no podía ver el rostro de la mujer. Apenas escuchaba y le parecía que la voz le mecía dulcemente, como un navío a la deriva. Le parecía balancearse sobre aquella paz adormecedora e infinita que sugería la idea de nada, de ningún momento. «El chico se llamaba Calvin como su abuelo y era tan alto como su abuelo, pero moreno como la familia materna de su madre y como su padre. Pero su madre no era mi madre. Calvin y yo no éramos más que hermanastros. Mi abuelo fue el último de diez hermanos, mi padre el último de dos y Calvin el último de todos.»

Calvin apenas había cumplido los veinte años cuando fue muerto en la ciudad, a dos millas de su casa, por un soldado confederado, un antiguo propietario de esclavos llamado Sartoris, durante una discusión sobre el asunto del voto de los negros.

La señorita Burden le habló a Christmas de las tumbas -las tumbas de su hermano, de su abuelo, de su padre y de las dos mujeres-, que se hallaban sobre una colina cubierta de cedros, en la pradera, a seiscientos metros de la casa. Y Christmas, mientras escuchaba apaciblemente, pensaba: «Ah, me llevará a verlas! Tendré que ir.» Pero se equivocaba. La mujer sólo le habló de las tumbas aquel día, cuando le dijo en dónde estaban y que podía ir a verlas si quería.

-Además -dijo ella-, probablemente no podrá encontrarlas, porque, el día en que nos trajeron al abuelo y a Calvin, mi padre esperó a la noche para enterrarles y luego escondió las tumbas, niveló el terreno y lo cubrió todo con ramas y hojarasca.

-¿Las escondió? -dijo Christmas.

La mujer hablaba con una voz en la que no se advertía nada de suave, nada de femenino, nada de doloroso y retrospectivo.

-Para que no las encontrasen. Para impedir que los desenterrasen, que los mutilasen quizás.

La mujer continuó, con algo de impaciente en el tono. Explicó:

-Por aquí nos odiaban. Éramos extranjeros, éramos yanquis. Peores que extranjeros, unos enemigos, gentes del Norte. Y la Guerra Civil era todavía tan reciente que los que fueron vencidos no habían recobrado aún su sentido común. Consideraban que veníamos a incitar a los negros al asesinato y a la violación, y que éramos un peligro para la supremacía de los blancos. Así que yo supongo que el coronel Sartoris fue considerado como un héroe municipal porque había matado de dos tiros a un viejo manco y a un muchacho que aún no tenía la edad de votar. Quizás tenían razón. No lo sé.

-¡Oh! -dijo Christmas-. ¿Habrían sido capaces de hacer eso?

¿Desenterrarlos después de haberlos matado, cuando ya estaban muertos? Entonces, ¿cuándo dejarán de odiarse los hombres de razas diferentes?

-¿Cuándo? -la mujer se interrumpió, para proseguir luego-: No lo sé. No sé si los habrían desenterrado o no. Yo no había nacido. No nací hasta catorce años después de la muerte de Calvin. No sé lo que los hombres habrían podido hacer entonces. Mi madre lo creía posible. Por eso ocultó las tumbas. Después, la madre de Calvin murió, y él la enterró allá arriba, con Calvin y el abuelo. Así, casi sin darnos cuenta, aquello se convirtió en nuestro cementerio. Quizás mi padre no había pensado nunca en enterrarla en aquel lugar. Recuerdo haber oído contar a mi madre (poco tiempo después de la muerte de la madre de Calvin, mi padre la hizo venir de New Hampshire, donde todavía vivían algunos de nuestros parientes. Se sentía solo aquí, compréndalo usted. Supongo que, si no hubiese sido porque Calvin y el abuelo estaban enterrados aquí, se habría ido), recuerdo haberle oído contar a mi madre que la madre de Calvin murió en el momento en que mi padre se disponía a irse. Pero ella murió en verano, y habría hecho demasiado calor para llevarla a México, en donde estaba su familia. Por eso la enterró aquí. Quizás fue eso lo que le decidió a quedarse. O quizás fue que se iba haciendo viejo, todos los que habían tomado parte en la guerra se iban haciendo viejos, y los negros no habían violado ni asesinado a nadie importante. Fuera por lo que fuera, el caso es que la enterró aquí. También tuvo que esconder la tumba, porque pensó que alguien podría verla y acordarse de Calvin y del abuelo. No quería correr ese riesgo, aunque todo hubiera pasado ya, aunque todo estaba acabado y más que acabado. Y al año siguiente escribió a nuestro primo el de New Hampshire y le dijo: «Tengo cincuenta años. Envíame una mujer buena para casarme con ella. Tengo todo lo que una mujer pueda necesitar. No me importa quién sea, siempre que tenga menos de cincuenta años y sea una buena ama de casa.» Envió, con la carta, el importe del billete del ferrocarril. Dos meses más tarde, mi madre llegó, y se casaron el mismo día que llegó. Para él, aquél era un matrimonio expeditivo. La otra vez necesitó doce años para casarse; aquella vez de Kansas, cuando él y Calvin y la madre de Calvin fueron a ver al abuelo. Aquella vez llegaron mediada la semana, pero la boda no se celebró hasta el domingo. La hicieron al aire libre, en la orilla del arroyo, con una barbacoa de gamo y un barril de whisky, y acudieron todos los que pudieron avisar o se enteraron de la boda. Empezaron a llegar el sábado por la mañana y el sábado por la noche llegó el pastor. Las hermanas de mi padre

trabajaron durante todo aquel día para hacerle un vestido de novia y un velo a la madre de Calvin. El vestido lo hicieron con sacos de harina y el velo con un mosquitero que el dueño de la taberna había puesto sobre un cuadro que tenía detrás del mostrador. También hicieron una especie de traje para Calvin. Calvin tenía doce años entonces y querían que fuese el que llevara el anillo, pero él no quería. La noche anterior se había enterado de lo que querían que hiciera y al día siguiente (habían decidido celebrar la boda a las seis o a las siete de la mañana), después que todo el mundo se levantó y desayunó, hubo que retrasar la ceremonia hasta que Calvin fuese encontrado. Lo encontraron por fin, le hicieron ponerse el traje y la boda se celebró: la madre de Calvin con su vestido hecho en casa y su mosquitero, mi padre con el pelo estirado con grasa de oso y con unas botas españolas de cuero repujado que había traído de México. El que hizo la entrega de la novia fue mi abuelo. Sólo que, mientras los demás buscaban a Calvin, él se había acercado con bastante frecuencia al barril de whisky y, cuando llegó el momento de entregar a la novia, en lugar de entregarla, pronunció un discurso. Comenzó hablando de Lincoln y de la esclavitud, y desafió a todo el que se atreviera a negar que Lincoln y los negros y Moisés y los hijos de Israel eran una misma cosa o que el Mar Rojo no era la sangre que tuvo que ser derramada para que la raza negra pudiera entrar en la Tierra Prometida. Necesitaron algún tiempo para conseguir que callase y que continuara la ceremonia. Se quedaron allí un mes, después de la boda. Luego, un día, mi padre y mi abuelo fueron al Este, a Washington, y obtuvieron del gobierno un nombramiento para que viniesen aquí en ayuda de los negros emancipados. Y vinieron todos a Jefferson, todos menos las hermanas de mi padre. Dos de ellas se casaron, y la más joven se fue a vivir con una de las otras, y mi abuelo y mi padre y Calvin y la madre de Calvin vinieron aquí y compraron esta casa. Luego sucedió lo que probablemente ya habían previsto ellos, y mi padre se quedó solo hasta el momento en que mi madre llegó de New Hampshire. Nunca se habían visto, ni siquiera en fotografía. Se casaron el día mismo en que ella llegó y, dos años después, vine yo al mundo y mi padre me dio el nombre de Joanna en recuerdo de la madre de Calvin. No creo que quisiera nunca tener otro hijo. No me acuerdo bien de él. Sólo le recuerdo como alguien, como una persona, cuando recuerdo el día en que me llevó a ver las tumbas de Calvin y de mi abuelo. Era un hermoso día de primavera. Recuerdo que yo no quería ir, aunque no sabía a lo que íbamos. No quería ir a la colina de los cedros. Solo tenía cuatro años entonces. No sabía por qué no quería ir. Pero, aunque

hubiese sabido a lo que íbamos, no había en ello nada que pudiera asustar a una niña. Creo que tenía miedo de algo que venía de mi padre, de algo que me venía, a través de él, de la colina de los cedros, de algo que yo sentía que él había puesto en la colina de los cedros y que, cuando yo fuese allí, la colina de los cedros pondría dentro de mí y no podría olvidarlo nunca. No sé. Pero mi padre me obligó a acompañarle, y allí estábamos ya los dos, de pie, cuando él me dijo: «Acuérdate de esto. Tu abuelo y tu hermano descansan aquí, no asesinados por un blanco, sino por la maldición que Dios dejó caer sobre toda una raza mucho antes de que nadie pensara en mi abuelo, ni en tu hermano, ni en mí, ni en ti. Sobre una raza maldita condenada para siempre a ser una parte de la condenación, de la maldición de la raza blanca por sus pecados. Acuérdate de esto. Su condenación y su maldición eternas. La mía. La de tu madre. La tuya, aunque sólo seas una niña. La maldición de todo niño blanco, nacido y por nacer. Nadie puede escapar. Y yo dije. «¿Tampoco yo?» y él dijo: «Tampoco tú. Tú menos que los otros.» Yo había visto, había conocido negros desde que tuve uso de razón. Para mí eran algo así como la lluvia, los muebles, la comida, el sueño. Pero, después de aquello, me parecía que los veía por primera vez, no como personas, sino como una cosa, como una sombra en la que yo vivía, en la que nosotros vivíamos, en la que vivíamos los blancos, todo el mundo. Pensaba en todos los niños que venían al mundo, en los niños blancos, amenazados por aquella sombra negra antes incluso de que hubiesen comenzado a respirar. Y me parecía ver que la sombra negra tomaba la forma de una cruz. Y me parecía ver a los recién nacidos de los blancos luchar, antes incluso de haber podido respirar, luchar para huir de aquella sombra que no sólo estaba sobre ellos, sino también bajo ellos, extendida como sus brazos, como si sus brazos estuvieran clavados en la cruz. Veía a todos los niños de este mundo, incluso a aquellos que no habían nacido todavía, en una larga fila, con los brazos abiertos sobre las cruces negras. Entonces no podía decir si los veía o si los soñaba, pero aquello me aterrorizaba. Gritaba por las noches. Acabé por decirlo, por tratar de decírselo a mi padre. Quería decirle que me moriría si no podía escapar, salir de debajo de aquella sombra. «Es imposible -dijo él-. Tienes que luchar, que levantarte. Pero sólo podrás levantarte si levantas contigo la sombra. Y nunca podrás levantarla hasta tu nivel. Ahora lo veo. Antes de venir aquí no lo había visto. No, no podrás escapar. La maldición de la raza negra viene de Dios. Pero la maldición de la raza blanca es el negro, que será eternamente el elegido de Dios porque un día le maldijo.»

La señorita Burden dejó de hablar. Por el impreciso rectángulo de la puerta abierta pasaban los cocuyos. Al fin, Christmas dijo:

-Yo quería preguntarle algo, pero creo que ahora conozco la respuesta. La señorita Burden no se movió. Su voz era tranquila:

-¿Qué?

-¿Por qué su padre no mató a aquel hombre? ¿Cómo se llamaba? ¿Sartoris?

-¡Ah! -dijo ella.

El silencio, de nuevo. Por delante de la puerta pasaban los cocuyos una y otra vez.

-Usted lo habría hecho, ¿verdad?

-Sí -dijo Christmas rápidamente-. Lo habría hecho en seguida.

Se dio cuenta de que ella le miraba, que miraba hacia donde estaba él, como si pudiera verle. Ahora su voz era casi dulce, mansa, reposada:

-¿De verdad no sabe nada de sus padres? Si la señorita Burden hubiese podido ver su rostro, lo habría visto sombrío, concentrado.

-No. Salvo que uno de ellos tenía sangre negra. Ya se lo he dicho.

Ella siguió mirándole. Christmas lo advertía por su voz. Era una voz sosegada, impersonal, interesada, pero sin curiosidad.

-¿Cómo lo sabe?

Christmas tardó un momento en responder. Luego dijo:

-No lo sé.

Y se calló. Por el sonido, la señorita Burden supo que Christmas había vuelto la cabeza, que miraba hacia la puerta. Su cara estaba triste, inmóvil. Se movió un poco y comenzó a hablar de nuevo. Su voz tenía ahora una especie de doble tono: sin alegría, pero algo burlona, a la vez sarcástica y grave:

-Si no soy negro, he perdido el tiempo estúpidamente.

Ella pareció meditar también, tranquila, respirando apenas. Sin nada retrospectivo, sin compadecerse así misma.

-Yo también he pensado a menudo en ello. ¿Por qué no mató mi padre al coronel Sartoris? Creo que fue porque tenía sangre francesa.

-¿Sangre francesa? -dijo Christmas-. ¿Es que los franceses no pierden la cabeza ni siquiera cuando un hombre mata, en un mismo día, a su padre y a su hijo? Apuesto algo a que su padre era religioso. Quizás se había hecho pastor.

La señorita Burden no respondió en seguida. En alguna parte ladraba un perro, suave, triste, lejano.

-También he pensado en eso -dijo ella-. Para entonces ya se había acabado la matanza de hombres con uniformes y banderas, y la



matanza de hombres sin uniformes ni banderas. Y todo aquello no había servido de nada. De nada. Y nosotros éramos extranjeros, gentes de otro país y que no tenían las mismas ideas que las gentes a cuya tierra habíamos venido a vivir sin que nadie nos lo pidiese, sin que nadie lo deseara. Y mi padre era francés. Francés a medias, lo bastante francés para respetar la región en donde él y los suyos han nacido, y para comprender que un hombre siempre está obligado a obrar como se le ha enseñado en su país natal. Creo que fue por eso.

## 12.

Así comenzó el segundo período. Fue como si Christmas hubiese caído en una alcantarilla. Le parecía contemplar otra vida cuando, al mirar el pasado, recordaba aquella primera rendición, dura, masculina, aquella rendición dura y terrible como la disgregación de un esqueleto espiritual cuyas fibras, al deshacerse, produjesen un sonido casi perceptible por el oído. Y aquello disminuía en gran medida la importancia de la capitulación. Era algo así como cuando un general, al día siguiente de la última batalla, después de haberse afeitado durante la noche y de haber quitado de sus botas el barro del combate, entrega su espada a la delegación de los vencedores.

La alcantarilla sólo corría durante la noche. Los días no habían cambiado. Salía hacia el trabajo a las seis y media de la mañana. Dejaba la cabaña sin mirar siquiera a la casa. A las seis de la tarde regresaba y tampoco miraba a la casa. Se lavaba, se cambiaba de ropa, se ponía su camisa blanca y su pantalón negro bien planchado, iba a la cocina y encontraba su cena, que le aguardaba sobre la mesa. Se sentaba y comía sin haber visto siquiera a la mujer. Pero sabía que estaba allí, en la casa, y que la proximidad de la noche en las viejas paredes destruía algo que se corrompía en la espera. Sabía lo que ella había hecho durante la jornada. Sabía que sus jornadas eran lo que habían sido siempre, como si, también en su caso, las hubiese vivido otra persona. Se la imaginaba durante todo el día, arreglando la casa, sentada durante un lapso de tiempo invariable ante el viejo escritorio descantillado, o bien hablando con las negras, escuchando a las mujeres negras que llegaban a su casa desde todos los puntos por senderos que el tiempo había trazado y que irradiaban de la casa como los radios de una rueda. Christmas no sabía lo que las mujeres negras venían a decirle, aunque las había observado cuando se acercaban a la casa con una actitud que revelaba, si no un secreto, algún propósito determinado. Por lo común entraban solas, aunque a veces lo hacían

dos o tres juntas, con sus mandiles y sus pañuelos en la cabeza, algunas con una chaqueta de hombre echada sobre los hombros, y luego salían y se marchaban por los senderos radiales, sin prisa, pero sin lentitud tampoco. Christmas no pensaba mucho tiempo en aquellas mujeres, pensando *Ahora ella está haciendo esto, ahora está haciendo esto otro* sin pensar demasiado en ella misma. Christmas suponía que, durante el día, la mujer no pensaba en él más de lo que él pensaba en ella. Cuando, por las noches, en la habitación a oscuras, la mujer se obstinaba en contarle, con un fastidioso detallismo, hasta los más pequeños acontecimientos de su día, y cuando insistía para que él, a su vez, contase los del suyo, lo hacía a la manera de los amantes: con la imperiosa, la insaciable exigencia de expresar con palabras los detalles más insignificantes de ambos días, sin que ni de una parte ni de la otra existiese la menor obligación de escuchar el relato. Después, Christmas acababa su cena y se reunía con la mujer donde ella le esperaba. Casi nunca se apresuraba. Con el tiempo, cuando la novedad de aquel segundo período estuvo saciada hasta llegar a convenirse en una costumbre, Christmas se solía quedar en la puerta de la cocina, con la mirada perdida más allá del crepúsculo, y veía, quizá como un presagio, como un presentimiento, la calle salvaje y solitaria que él había elegido voluntariamente y que le aguardaba, pensando *Mi vida no es esto. Yo no pertenezco a este mundo.*

Al principio, aquello le extrañó: aquel abyecto furor del glaciador de Nueva Inglaterra que se exponía de pronto a las llamas del infierno bíblico de Nueva Inglaterra. Quizás tenía conciencia de toda la abnegación que ocultaba aquel ardor: aquella prisa imperiosa y feroz, ocultando la desesperación sincera de tantos años irrevocablemente frustrados, que, cada noche, como si fuese su última noche sobre la tierra, se esforzaba en reanudar, condenándose para siempre en el infierno de sus antepasados y viviendo, no sólo en el pecado, sino también en la inmundicia. La señorita Burden buscaba con avidez los símbolos verbales prohibidos y manifestaba un insaciable apetito por oír su sonido en la boca de Christmas o en la suya. Mostraba esa curiosidad terrible e impersonal que siente el niño por todos los temas, por todos los objetos prohibidos; ese interés apasionado, infatigable y generoso que siente el cirujano por el cuerpo y por todas las posibilidades del cuerpo. Y Christmas veía durante el día a aquella mujer cuya juventud ya había quedado atrás, aquella mujer tranquila, casi masculina, que vivía sola desde hacía veinte años, valiente como un hombre, en una casa aislada cuyos alrededores estaban habitados - cuando lo estaban- por negros. La veía pasando una parte de sus días

sentada apaciblemente ante su escritorio, redactando apaciblemente, para uso de jóvenes y adultos, sus retahilas de consejos prácticos como si fuese a la vez un sacerdote, un banquero y una enfermera diplomada.

Durante aquel período (que no podría ser llamado una luna de miel), Christmas la vio pasar por todos los avatares de la mujer enamorada. Muy pronto, lo que antes sólo le pareció extraño comenzó a asombrarle, a volverle loco. La mujer se vio presa de súbitas y furiosas crisis de celos. Habría podido ahorrarse aquellas escenas, puesto que no había fundamento para ellas ni protagonista que las motivase. Christmas sabía muy bien que ella lo sabía. Era como si hubiera tramado el asunto con todos sus detalles, intencionadamente, para poder interpretarlo como una comedia. Pero lo interpretaba con tanta furia, con tanta convicción, con tanta fuerza persuasiva que, la primera vez que lo hizo, Christmas creyó que era víctima de una alucinación; y, la tercera vez, pensó que estaba loca. La mujer reveló un instinto para la intriga tan inesperado como infalible. Insistió para que tuviesen algún lugar en donde esconder cartas y papelitos. Fue en una estaca agujereada de una empalizada que rodeaba el establo semiderruido. Christmas no la vio nunca depositar allí su carta y, no obstante, ella insistía para que fuese a mirar cada día. Y, cuando Christmas lo hacía, la carta estaba allí. Cuando no lo hacía y le mentía, descubría que había tendido algunas trampas para sorprenderle en flagrante delito de mentira. Y entonces comenzaba a gritar y a llorar.

A veces, las notas le pedían que esperase hasta cierta hora para acudir a aquella casa en la que, antes que él, hacía años que no entraba ningún blanco y en la que, desde veinte años atrás, ella dormía sola todas las noches. Durante una semana entera, la señorita Burden le obligó a trepar por la ventana cuando iba a verla.

Christmas lo hizo. A veces tenía que buscarla a oscuras por toda la casa, y acababa encontrándola oculta en un armario, en una habitación vacía, esperando, jadeante, con las pupilas brillando en las tinieblas como los ojos de un gato. A veces le citaba bajo determinados arbustos, en el interior de la finca, y entonces la encontraba allí, desnuda, o con la ropa hecha jirones, presa de los terribles tormentos de la ninfomanía, y su cuerpo relucía mientras hacía lentos gestos, mientras adoptaba posturas eróticas que sólo un Beardsley del siglo de Petronio habría podido dibujar. Envuelta en el claroscuro palpitante que ninguna pared limitaba, la mujer se desencadenaba entonces, con su suelta cabellera cuyos mechones parecían vivir independientemente como los tentáculos de un pulpo,

con sus manos como enloquecidas y su aliento jadeante: ¡Negro! ¡Negro! ¡Negro!»

Al cabo de seis meses, la mujer se había pervertido por completo. No se podría decir que fue Christmas el que la pervirtió, porque su propia vida, con sus promiscuidades anónimas, había sido siempre bastante convencional, como lo es, por lo común, toda vida de pecados sanos y normales. En realidad, más bien parecía que era ella la que, con aquella corrupción que parecía tomar del aire, comenzaba a pervertirlo a él. Christmas se sentía un poco asustado, aunque no habría sabido decir por qué. Pero comenzó a verse así mismo, como a cierta distancia, con el aspecto de un hombre atraído hacia un abismo sin fondo. Sin embargo, Christmas todavía no pensaba en eso exactamente. Lo que ahora veía era la calle solitaria, salvaje y fresca. Sí, era eso: fresca. Y pensaba, y se decía a veces, en voz alta, así mismo: «Debería irme. Debería irme de aquí.»

Pero algo le retenía, porque un fatalista siempre puede ser retenido: por curiosidad, por pesimismo o por simple inercia. Mientras tanto su relación continuaba, hundiéndole cada vez más, imperiosa bajo la agotadora furia de las noches. Quizás comprendía que no podía escapar de ello. Y seguía allí, observando a las dos criaturas en lucha dentro de un solo cuerpo, luchando, sumergiéndose por turno bajo la superficie de un agua espesa y negra al resplandor de la última luna. A veces era aquella forma sosegada, fría, reservada, del primer período y que, aunque perdida y condenada, permanecía en cierto modo inaccesible, inexpugnable. Otras veces era la otra forma, la segunda, que, en un furioso deseo de negar ese carácter inexpugnable, se esforzaba en ahogar en el abismo negro de su propia creación aquella pureza física conservada demasiado tiempo para que pudiera desaparecer alguna vez. A veces, entrelazadas como hermanas, las dos formas aparecían en la superficie negra, y las aguas negras se retiraban entonces, y el mundo reaparecía de golpe: la alcoba, las paredes, el apacible susurro de miríadas de insectos detrás de las ventanas de verano en las que, desde hacía cuarenta años, revoloteaban los insectos. En aquellos momentos la mujer le miraba con el rostro enloquecido, desesperado, de una extraña. Y él la miraba entonces, parafraseando: «Ella querría rezar, pero tampoco sabe cómo hacerlo.»

La señorita Burden había empezado a engordar.

Aquel período no terminó, como el primero, en una crisis aguda. Se

fue transformando en un tercer período, tan gradualmente que no se habría podido decir dónde acababa el uno y comenzaba el otro. Era como el verano en el momento en que el otoño se anuncia, semejante a unas sombras que pasan por delante de un sol que declina, ya con el primer estremecimiento del otoño implacable proyectado sobre el verano agonizante: algo de un estío agonizante que, como una brasa todavía roja, se reavivan en el otoño. Aquello duró dos años. Christmas seguía trabajando en el aserradero y había empezado a vender un poco de whisky, muy comedidamente, limitándose a unos cuantos clientes discretos que no se conocían entre ellos. La señorita Burden lo ignoraba, a pesar de que Christmas escondía su mercancía dentro de la propiedad y de que citaba a los clientes en el bosque, al final de la pradera. Es probable que, si la señorita Burden lo hubiera sabido, no le habría hecho ninguna objeción. Como tampoco se habría opuesto la señora McEachern a la cuerda escondida. Podría ser que Christmas no le hubiese dicho nada por la misma razón que le impidió decírselo a la señora McEachern. Cuando pensaba en la señora McEachern y en la cuerda, en la camarera a la que nunca le había dicho de dónde venía el dinero que le daba, y, ahora, en su amante actual y en el whisky, casi estaba a punto de creer que, si vendía whisky, no lo hacía por ganar dinero, sino porque estaba condenado para siempre a ocultarles algo a las mujeres que vivían junto a él. Mientras tanto, la veía a veces en pleno día, desde lejos, en algún lugar de la propiedad. Bajo sus ropas limpias y austeras, sentía moverse, articulada en toda su riqueza, aquella podredumbre presta a licuarse al menor toque, como esas cosas que crecen en los pantanos. Y ella nunca miraba hacia allí, hacia él y hacia la cabaña. Y cuando Christmas pensaba en la otra personalidad, en la que parecía existir en alguna parte, sumergida en una total oscuridad física, tenía la sensación de que lo que veía ahora, a plena luz, era el fantasma de una persona que había sido asesinada por su hermana nocturna y que ahora erraba, desamparada, por los lugares antes apacibles, despojada hasta de la capacidad de lamentarse.

Naturalmente, el furor inicial del segundo período no podía durar. El torrente del principio se había transformado en marea, con su flujo y su reflujó. Cuando la marea subía, la señorita Burden todavía podía engañarse a sí misma y engañar a Christmas. Era como si, ante el presentimiento de la reacción que se produciría tras el flujo, naciesen un furor más salvaje y una negación feroz que les empujaban a ambos a unas experimentaciones físicas que trascendían de lo imaginable, que les arrastraban por simple dinamismo, que les obligaban a obrar

sin objeto ni voluntad. Era como si ella supiese que el tiempo estaba limitado, que la sombra del otoño ya casi caía sobre ella, aunque ella ignorara el sentido exacto de aquel otoño. Era, al parecer, una cuestión de instinto, de instinto físico, una negación instintiva de tantos años perdidos. Luego, la marea bajaba. Entonces tenían los dos el aspecto de haber encallado, después de extinguido el mistral, en una playa agotada, saturada, donde se miraban el uno al otro como extraños, con ojos desalentados, llenos de reproches, los ojos del hombre pesados de fatiga, los ojos de la mujer colmados de desesperación.

Pero la sombra del otoño ya caía sobre ella. Entonces comenzó a hablar de un niño, como si hubiese comprendido por instinto que la hora de la justificación o del castigo había llegado. Hablaba de un niño en los períodos de reflujo. Al principio, la noche siempre empezaba con la marea creciente, como si las horas de luz y de separación hubiesen represado lo bastante las aguas para convertirlas luego en un torrente, al menos por un instante. Pero, muy pronto, el caudal de la corriente fue demasiado escaso para aquella transformación. Y entonces, Christmas sólo se acercaba a ella a regañadientes, como un desconocido, mirando hacia atrás. Y como un desconocido la dejaba, después de haber estado sentado junto a ella, en la alcoba oscura, hablando de un tercer desconocido. Christmas advirtió que, ahora, al parecer por una especie de premeditación, se reunían siempre en la alcoba, como si estuvieran casados. Ya no tenía que buscarla por toda la casa. Las noches en que tenía que buscarla, oculta, jadeante y desnuda, en las tinieblas de la casa o bajo los arbustos del parque abandonado, estaban ahora tan muertas como la hueca empalizada del establo.

Todo aquello había muerto: las escenas, las escenas impecablemente interpretadas, las escenas de misterios, de placeres monstruosos y de celos. No obstante, si la señorita Burden lo hubiese sabido, tendría ahora suficientes motivos para estar celosa. Christmas se ausentaba casi cada semana en viajes de negocios, según decía. La señorita Burden no sabía que esos negocios le llevaban a Memphis y que allí la engañaba con otras mujeres, con mujeres a las que pagaba. Ella no lo sabía. En el período en el que ahora se encontraba quizás no se habría dejado convencer, no habría escuchado las pruebas, quizás Llena de una total indiferencia. Había adquirido la costumbre de estar acostada sin dormir la mayor parte de la noche y sólo cogía el sueño por la tarde. No estaba enferma. No se trataba de su cuerpo. Nunca se había encontrado mejor que ahora. Su apetito era excelente y pesaba quince

kilos más de lo que había pesado en su vida. Pero no era eso lo que la mantenía en vela. Era algo que venía de las tinieblas, de la tierra, de la misma agonía del verano; algo amenazador, terrible para ella, porque el instinto le advertía que ese algo no le haría ningún daño, pero que la dominaría, que la traicionada completamente, aunque sin hacerle daño; que, por el contrario, la iba a salvar y que la vida continuaría como antes, incluso mejor que antes, menos terrible. Lo que tenía de terrible era que ella no quería ser salvada. «Todavía no estoy dispuesta a rezar», decía en voz alta, tranquilamente, rígida, inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras la luna fluía, fluía por la ventana y llenaba la alcoba de algo frío, irrevocable, de algo enloquecido de arrepentimientos. «No me obligues a rezar. ¡Oh, Dios mío, deja que siga en pecado más tiempo, un poco más aún!» Toda su vida pasada, sus años hambrientos, le parecían un túnel gris en cuyo final lejano e irrevocable, su pecho, tan inmarcesible como un reproche, su pecho desnudo de tres años atrás -¡tres años tan cortos!-, agonizaba de dolor, virgen y crucificado. «¡Todavía no, Dios mío! ¡Oh, Dios mío, todavía no!»

Así que, cuando Christmas se acercaba a ella, después de las correspondientes muestras de cariño, pasivas y frías, de simple hábito, la señorita Burden comezaba a hablar de un niño. En un principio habló de él impersonalmente, habló de los niños en general. Quizás era una simple argucia, una simple picardía femenina. De todos modos, Christmas tardó bastante tiempo en advertir, no sin cierto asombro, que la señorita Burden hablaba de ello como de una posibilidad, como de una idea práctica. Christmas respondió en el acto: No.

-¿Por qué no? -dijo ella.

Le miró, insegura. Christmas pensó rápidamente, pensando *Quiere que me case con ella. Eso es lo que quiere. No quiere tener un hijo, ni yo tampoco lo quiero* «No es más que una añagaza -pensó Christmas-, tendría que haberme dado cuenta, que habérmelo esperado. Tendría que haberme largado de aquí hace un año.» Pero no se atrevió a decirlo. Tenía miedo de que la palabra matrimonio, en su forma sonora, viniera entonces a interponerse entre ellos, pensando: «Quizás no se le haya ocurrido y sólo serviría, entonces, para metérselo en la cabeza.» Ella le observaba.

-¿Por qué no? -dijo.

Entonces, algo cruzó por él como un relámpago *¿Por qué no? Sería la comodidad, la seguridad para toda la vida. No tendría que vagabundear más. Y lo mismo da estar casado que esto* pensando: «No, ceder ahora sería renegar de los treinta años que he tardado en hacerme lo que

decidí ser.» Dijo:

-De tener un hijo, creo que lo deberíamos haber tenido hace uno o dos años.

-Entonces no lo queríamos.

-Tampoco lo queremos ahora -dijo Christmas.

Esto sucedía en septiembre. Y poco después de Navidad, ella le dijo que estaba encinta. Ni siquiera había acabado de contar la historia cuando Christmas supo que mentía. Entonces comprendió que esperaba aquella revelación desde hacía tres años. Así que, en cuanto la miró a la cara, vio que no era verdad. Le pareció que ni ella misma lo creía. Pensó: «Ahora vendrá lo otro. Ahora me dirá: cástate conmigo. Pero siempre me queda el recurso de largarme antes de esta casa.»

Pero ella no lo dijo. Estaba sentada en el borde de la cama, muy sosegada, con las manos sobre el regazo, inclinando su rostro de Nueva Inglaterra (había conservado su rostro de solterona, largo, huesudo, un poco demacrado y casi masculino, que contrastaba con su cuerpo relleno, más opulentamente, más blandamente animal que nunca). Luego, con tono reflexivo, distante, impersonal, dijo:

-Gran decisión. Hasta para un pequeño bastardo negro. Me gustaría ver la cara de mi padre y de Calvin. Ha llegado el momento de que te escapes, si es eso lo que tienes en la cabeza.

Pero era como si no escuchase su propia voz, como si no esperase a que las palabras tuviesen un sentido: la última llamada del estío tardío y agonizante, sobre el cual había caído de improviso el otoño, la aurora de la media muerte. «Ahora ya se ha acabado todo», pensó tranquilamente. «Todo ha terminado.»

Todo, salvo la espera, un mes aún, para estar segura. Las mujeres negras le habían enseñado eso, que no se podía saber antes de dos meses. Tendría que esperar otro mes, estar atenta al calendario. Hizo una cruz en el calendario para estar segura, para evitar cualquier error. Por la ventana de la alcoba vio cómo transcurría el mes. Las primeras escarchas habían caído ya y las hojas comenzaban a amarillear. El día marcado en el calendario llegó y pasó. La señorita Burden se concedió a sí misma otra semana para estar doblemente segura. Como no era una sorpresa, no sintió ningún gozo. «Estoy encinta», dijo en voz alta, sencillamente.

«Me marcharé mañana», se dijo Christmas el mismo día. «Me iré el domingo -pensó-. Esperaré a cobrar el jornal de la semana y me



largaré.» Esperó con impaciencia a que llegase el sábado y comenzó a pensar en un lugar a donde ir. No la vio en toda la semana. Esperaba que ella fuese en su busca. Cuando entraba en su cabaña y cuando salía de ella procuraba no mirar hacia la casa, como durante la primera semana que siguió a su llegada. Ni siguiera se daba cuenta de ello. De vez en cuando veía a las negras, con sus indescriptibles atuendos, indiferentes a los primeros días del otoño; las veía ir y venir por las holladas sendas, entrar y salir de la casa. Pero eso era todo. Cuando llegó el sábado, no se fue. «Me conviene reunir todo el dinero posible -pensó-. Si a ella no le corre prisa que me largue, no sé por qué habría de correrme prisa a mí. Esperaré hasta el sábado próximo.»

Se quedó. El tiempo siguió siendo frío. Luminoso y frío. Ahora, cuando se metía en la cama, bajo su manta de algodón, en la cabaña llena de corrientes de aire, pensaba en la alcoba, en la casa, en su fuego encendido, en sus amplios cubrepiés enfundados y llenos de pespuntos. Nunca había sentido tantas ganas de compadecerse a sí mismo. «Al menos podría enviarme otra manta», pensaba. Habría podido comprar otra él mismo, pero no lo hizo. Ni ella tampoco. Esperó. Esperó lo que a él le pareció mucho tiempo. Después, una noche de febrero, al regresar a la cabaña, encontró una nota de la señorita Burden sobre su camastro. Una nota breve, casi una orden, en la que le decía que fuese a la casa aquella misma noche. No se sorprendió. Sabía por experiencia que las mujeres, cuando no hay otro hombre, acaban por volver. Y entonces se sintió seguro de que partiría al día siguiente. «Sin duda era eso lo que yo esperaba -pensó-. He esperado mi desquite, así de sencillo.» Se cambió de ropa y se afeitó. Sin darse cuenta, se acicaló como un novio. Encontró su cubierto preparado en la cocina, como de costumbre. Y así había sido cada noche, durante todo el tiempo en que no la vio. Comió y subió al primer piso. Sin apresurarse. «Tenemos toda la noche por delante -pensar-. Podrá reflexionar sobre ello a su gusto mañana por la noche, y la noche siguiente, cuando vea que la cabaña está vacía.» La señorita Burden estaba sentada cerca del fuego y ni siquiera volvió la cabeza cuando Christmas entró.

-Acerque esa silla -dijo.

Así fue como comenzó el tercer período. En un principio, Christmas se sintió más sorprendido que las otras dos veces. Él esperaba una cierta ansiedad, una especie de tácita defensa o, a falta de eso, una aquiescencia que sólo esperaba ser solicitada. Pero lo que encontró fue una desconocida que, con la sosegada firmeza de un hombre, apartó su

mano cuando él, empujado al fin por una especie de desesperación atónita, se decidió a tocarla.

-Si tienes algo que decirme -dijo él-, vamos. Siempre hablamos mejor después. No tengas miedo, no le haré ningún daño al niño.

Ella le detuvo con una sola frase. Christmas la vio de frente por primera vez. Vio un rostro frío, distante, fanático.

-¿Se da usted cuenta de que está despilfarrando su vida? -dijo ella.

Y él se quedó allí, sentado, mirándola, como petrificado, como si no pudiese dar crédito a sus oídos.

Tardó algún tiempo en comprender lo que ella quería decir. La señorita Burden no le miraba; contemplaba el fuego, y su rostro estaba pensativo, frío. Y le hablaba como a un extraño, y él escuchaba, aturdido e indignado. La señorita Burden quería que se encargase de todos sus asuntos en lo referente a las escuelas negras: la correspondencia y las visitas periódicas. Había elaborado todo el plan. Se lo explicó detalladamente. Christmas, mientras escuchaba, sentía que la rabia ascendía en su interior junto con el asombro. Se encargaría de todo y ella le serviría de secretaria, de ayudante. Irían juntos a inspeccionar las escuelas, a visitar a los negros en sus casas. Y Christmas, al escuchar aquello, comprendió, a pesar de su ira, que el plan era una locura. Entretanto, al apacible resplandor del fuego, la señorita Burden ofrecía un perfil tranquilo, tan grave y quieto como un retrato en su marco. Y cuando Christmas salió, recordó que la mujer no había mencionado ni una sola vez al niño que esperaba.

Christmas no creía aún que estaba loca. Creía que era porque estaba encinta, y creía que, si no se había dejado tocar, era por eso. Intentó discutir con ella. Pero fue como si discutiera con un árbol. La señorita Burden ni siquiera se molestó en refutarle. Se limitó a escuchar tranquilamente, y luego habló otra vez, con la misma voz monótona, fría, como si él no hubiera dicho nada. Cuando, por fin, se levantó para irse, Christmas advirtió que ella ni siquiera se había dado cuenta de su desaparición.

Durante los dos meses siguientes, Christmas no la vio más que una vez. Continuó en su misma rutina diaria, salvo que ahora ya no se acercaba a la casa. Comía en la ciudad, como en otro tiempo, como cuando acababa de entrar en el aserradero. Pero en aquella época no se veía obligado a pensar en ella durante el día y apenas lo hacía. Ahora, en cambio, no podía evitarlo. La tenía en la memoria tan constantemente que le parecía verla, esperando allá, en la casa, paciente, inevitable y loca. En el transcurso del primer período,

Christmas era como un hombre que, a la intemperie en una tierra cubierta de nieve, se esforzara en entrar en una casa; en el segundo período estaba en el fondo de un abismo, en unas tinieblas ardientes y salvajes; ahora se encontraba en medio de una llanura en la que no había casas, ni siquiera nieve, ni siquiera viento.

Empezaba a tener miedo; él, cuyos sentimientos hasta entonces sólo habían sido asombro, presentimiento acaso y fatalidad. Para su negocio de whisky acababa de asociarse con otro, con un forastero llamado Brown que, al encontrarse sin trabajo, se había presentado en el aserradero ya mediada la primavera. Christmas sabía que aquel hombre era un imbécil, pero al principio pensó: «En fin, tendrá que pensar por su cuenta.» Fue más tarde cuando se dijo: «Ahora sé que lo que convierte en imbécil a un hombre es su incapacidad para seguir los buenos consejos que se da a sí mismo.» Se asoció con Brown porque Brown no era de la región, porque era activo, alegre y sin escrúpulos, porque era probable que no pecase por exceso de valor. Pues Christmas sabía que, en manos de un hombre razonable, hasta un cobarde puede, dentro de los límites de sus facultades, prestar a veces unos servicios apreciables para todo el mundo, excepto para él mismo.

Sólo tenía un temor: que Brown, al conocer la historia de la mujer de la casa, hiciese algo irreparable, empujado por alguna idea estúpida e inesperada. Tenía miedo de que la mujer, ahora que él la rehuía, se presentase otra vez, alguna tarde, en la cabaña. Desde el mes de febrero, sólo la vio una vez: cuando él fue a decirle que Brown iba a vivir en la cabaña. Era un domingo. Christmas la llamó, y ella salió al porche donde él estaba y le escuchó tranquilamente. «Eso no era necesario», dijo la mujer. En aquel momento, Christmas no comprendió lo que había querido decir. Fue bastante después cuando, al reflexionar sobre ello, la idea surgió completa dentro de él, como si estuviera impresa: *Cree que le he traído conmigo para mantenerla alejada. Cree que, con su presencia, espero impedir que baje a la cabaña, obligarla a que me deje en paz.*

De este modo se asentó en su mente la convicción, el temor de lo que la mujer pudiera hacer, figurándose que él se lo había sugerido. Pensó que, puesto que la mujer había tenido aquella idea, la presencia de Brown no sólo no la detendría, sino que, por el contrario, la incitaría a venir a la cabaña. Y como, al cabo de un mes, la mujer no había hecho nada, no se había movido, Christmas llegó a la conclusión de que ahora sería muy capaz de hacer cualquier cosa. Y también él, ahora, permanecía en vela toda la noche. Pero pensaba: «Tengo que hacer

algo. Hay algo que acabaré haciendo.»

Así que encontraba mil pretextos para despistar a Brown y llegar el primero a la cabaña. Cada vez que lo hacía esperaba encontrar allí a la mujer. Y cuando llegaba a la cabaña y la hallaba vacía, pensaba, con una especie de rabia impotente, en la urgencia, en la mentira, en la prisa y en aquella mujer todo el día ociosa y sola en la casa, sin más preocupación que la de decidir si le iba a traicionar en seguida o si le convenía prolongar la tortura por algún tiempo. En cualquier otra circunstancia, le habría resultado indiferente el que Brown conociese sus relaciones. Christmas no era, por naturaleza, nada hipócrita e ignoraba la caballerosidad para con las damas. Se trataba de una razón práctica, material. No le importaba en absoluto que todo Jefferson supiese que era amante de aquella mujer, pero no quería que comenzasen a hurgar en su vida privada a causa del whisky clandestino, que le proporcionaba de treinta a cuarenta dólares semanales. Esa era una de las razones. La otra era el orgullo. Habría preferido morir asesinado a soportar la idea de que alguien, otro hombre, supiese en lo que se habían convertido aquellas relaciones y que, no sólo había cambiado la mujer, sino que la mujer también trataba de cambiarle a él, de convertirle en algo así como en un ermitaño y en un misionero para negros. Christmas pensaba que, si Brown se enteraba de un lado del asunto, se enteraría también, inevitablemente, del otro. Así que mentía y se apresuraba a llegar a su cabaña y, ante el pensamiento de que en cualquier instante podría darse cuenta de que todo aquello no era necesario (aunque tampoco creyese que debía descuidar aquella precaución), la odiaba en un furioso arranque de rabia asesina e impotente. Y, una tarde, abrió la puerta y encontró la nota sobre el camastro.

Lo advirtió en cuanto entró, cuadrado, blanco, profundamente misterioso sobre la manta oscura. Ni siquiera se tomó el trabajo de pensar que ya sabía lo que era el mensaje, lo que prometía. No experimentaba ninguna prisa. Se sentía aliviado. «Se acabó -pensaba, sin coger el papel-. Esto va a volver a ser como antes. Sin historias de negros ni de niños. Al fin se ha dado cuenta. Ha comprendido que con aquella idea no llegaría a ninguna parte. Ha acabado por ver que lo que ella necesita, lo que ella desea, es un hombre. Quiere un hombre por la noche. Y no le importa nada lo que ese hombre haga durante el día.» Christmas habría debido comprender entonces por qué no se había ido. Habría debido ver que aquel trocito de papel todavía cerrado le ataba más fuertemente que lo que podrían atarle unos grilletos y una cadena. Pero estas ideas no se le ocurrieron. Sólo se volvió a ver

en la víspera de promesas y de placeres nuevos. Aunque todo sería más sosegado ahora. Lo querrían así los dos. Por lo demás, ahora sería él quien sostuviera el látigo. «¡Qué estúpido es todo esto! -pensaba, todavía con el papel doblado en la mano-. ¡Que montón de sandeces! Después de tanta tontería, ella sigue siendo ella y yo sigo siendo yo.» Y pensó que se iban a reír mucho los dos, aquella noche, más tarde, cuando llegase el momento en que pudieran charlar tranquilamente, reírse tranquilamente, reírse de todo, reírse el uno del otro, reírse de sí mismos.

No abrió la nota. La puso a un lado. Y, silbando, se lavó, se afeitó y se cambió de ropa. Brown entró antes de que hubiese acabado.

-Bueno, bueno, bueno -dijo Brown.

Christmas no dijo nada. Se anudaba la corbata ante el fragmento de espejo que estaba colgado en la pared. Brown, alto, delgado, con sus sucias ropas de trabajo y los ojos curiosos en su bello rostro sombrío y blando, se había quedado plantado en medio de la pieza. Tenía junto a la boca una pequeña cicatriz blanca, como un chorrito de saliva. Al cabo de un momento, Brown dijo:

-Parece que vas a salir.

-¿De veras? -dijo Christmas sin volverse; silbaba, con monotonía y convicción, una melodía en tono menor, de estilo negro.

-Creo que no vale la pena que me lave -dijo Brown-, puesto que tú ya estás listo.

Christmas se volvió hacia él:

-¿Listo para qué?

-No vas a la ciudad?

-¿De donde lo has sacado? -dijo Christmas mirándose al espejo.

-¡Ah! -dijo Brown (miraba la nuca de Christmas)-. Entonces es que vas a algún asunto personal (observaba a Christmas). Está la noche muy fresca para tumbarse en la tierra mojada con una chica flaca como único colchón.

-¿Verdad que sí? -dijo Christmas silbando, tranquilo y pensativo. Se volvió, tomó su chaqueta y se la puso. Brown seguía observándole. Christmas se dirigió hacia la puerta.

-Hasta mañana -dijo.

La puerta no se cerró tras él. Sabía que Brown, allí plantado, le seguía con la mirada. Pero ni siquiera trató de ocultar su destino. Se dirigió directamente hacia la casa. «Que me mire -pensó-, que me siga, si eso le divierte.»

En la cocina, la mesa estaba puesta. Antes de sentarse, sacó del bolsillo el papelito doblado y lo colocó junto a su plato. El papelito no tenía sello, ni siquiera sobre, y se abrió por sí solo, como si insistiese, como si le tentase. Pero Christmas ni siquiera lo miró. Empezó a comer, sin apresuramiento. Ya casi había terminado cuando, súbitamente, levantó la cabeza, con el oído atento. Luego se levantó calladamente, como un gato, se dirigió a la puerta por donde había entrado y la abrió de un golpe. Detrás estaba Brown, con la mejilla apoyada en la puerta o, más exactamente, en el lugar en que se encontraba la puerta cuando estaba cerrada. La luz le inundó el rostro. Ante la mirada de Christmas, la expresión de interés intenso e infantil se transformó en sorpresa. Luego, Brown se rehizo y retrocedió un paso. Su voz era alegre, pero con algo de prudente, con un tono de conspiración, como si ya estuviese de acuerdo con Christmas, como, sin que nadie se lo pidiera y sin esperar a saber de qué se trataba, ofreciese su apoyo y su simpatía por lealtad a su socio o, quizás, por lealtad al hombre en sentido abstracto, enfrentado a la mujer.

-Bueno, bueno, bueno... -dijo-. De modo que es aquí donde el gato viejo la corre cada noche. Como quien dice a la puerta de casa.

Sin decir una palabra, Christmas le asestó un puñetazo. El golpe no fue muy violento, porque Brown hizo un movimiento de retroceso inocente y divertido, como si se tratase de un juego. Pero el golpe le cortó la palabra. Dio un salto y desapareció de la zona iluminada y entró en la oscuridad, de donde salió su voz, crispada de alarma y de asombro, pero no muy fuerte, como si aún tratase de no perjudicar el negocio de su asociado.

-¡No se te ocurra pegarme!

Brown era el más alto de los dos. Su silueta larguirucha, como si estuviese a punto de caer al suelo en completa desintegración, trataba de escapar, retrocediendo ante el avance del otro, un avance regular y todavía silencioso. Y su voz aguda se alzó de nuevo, llena de espanto y de falsas amenazas.

-¡No se te ocurra pegarme!

Esta vez el golpe le alcanzó en un hombro en el momento de volverse. Luego echó a correr y corrió casi cien metros antes de aminorar la velocidad y de mirar hacia atrás. Después se detuvo.

-¡Cochino italiano, jeta amarilla! -dijo en tono provocativo.

E inmediatamente volvió la cabeza, como si su voz hubiera hecho más ruido, hubiese sonado más fuerte de lo que habría querido. En la casa no se oía el menor ruido. La puerta de la cocina se había vuelto a

cerrar, estaba oscura de nuevo. Brown alzó un poco la voz:

-¡Maldito italiano, jeta amarilla! ¡Ya te enseñaré yo con quién re la juegas!

No se oía ningún ruido en ninguna parte. Hacía frío. Brown dio media vuelta y regresó a la cabaña, murmurando entre dientes.

Cuando Christmas volvió a entrar en la cocina no miró siquiera hacia la mesa donde estaba la nota que aún no había leído. Cruzó la puerta que comunicaba con la casa y llegó a la escalera. Comenzó a subir, sin apresurarse. Subió con paso firme y regular, y vio la puerta de la habitación bajo la cual se filtraba una raya de luz, el resplandor del fuego. Siguió subiendo y puso la mano sobre el picaporte. Abrió la puerta y se detuvo. La mujer estaba sentada ante una mesa debajo de la lámpara. Christmas vio una figura conocida, vestida con ropas austeras y conocidas... unas ropas que parecían haber sido usadas por un hombre descuidado. Sobre esas ropas vio una cabeza de cabellos entrecanos, muy estirados hacia arras y retorcidos luego en un moño tosco y feo que era como una excrescencia en una rama enferma. La mujer le miró y Christmas pudo ver que llevaba unas gafas con montura de acero que él nunca había visto. Permaneció allí, inmóvil, con la mano en el picaporte. Le pareció estar oyendo realmente, dentro de sí mismo, las palabras *Tendrías que haber leído era nota. Tendrías que haber leído era nota* pensando: «Voy a hacer algo. Voy a hacer algo.» Todavía las oía cuando, de pie junto a la mesa llena de papeles ante la cual seguía sentada la señorita Burden, escuchaba las barbaridades que, con su voz tranquila y fría, le iba diciendo ella. La boca de la mujer vertía las palabras sosegadamente, mientras él miraba aquellos enigmáticos y desparramados papeles, dejando que sus pensamientos se devanasen, lentamente ociosos, preguntándose lo que sería aquel papel, lo que diría aquel otro.

- ¿A la escuela? -dijo la boca de Christmas.

-Sí -dijo ella-. Le aceptarán por consideración a mí. En cualquiera de ellas. Puede elegir la que le guste más. Ni siquiera tendremos que pagar.

-A la escuela -decía su boca-. ¡Yo, a una escuela de negros!

-Sí. Y luego podrá ir a Memphis. Podrá aprender derecho en el bufete de Peebles. El le enseñará derecho. Y entonces podrá encargarse de todas las cuestiones legales y todo eso. Todo lo que hace Peebles, todo lo que Peebles le enseñe.

-Y luego estudiar derecho en la academia de un abogado negro -decía su boca.

-Sí. Y después dejaré en sus manos todos mis asuntos, todo mi dinero. Todo. De modo que cuando necesite dinero para usted mismo podrá... Sabrá cómo... Los abogados saben arreglárselas para... Y le ayudará a salir de las tinieblas, y nadie podría acusarle, ni hacerle reproches si le descubrieran... Aunque no lo devuelva... Podría devolverlo y nadie lo sabría nunca...

-¡Pero una escuela de negros, un picapleitos negro! -decía la voz de Christmas apaciblemente, sin ánimo de discutir, como la voz de un apuntador. No se miraban; ella no había levantado la vista desde que Christmas entró.

-¿Se lo dirá usted?

-¿Decirles a los negros que yo también soy negro? ¿Yo?

La señorita Burden le miró ahora con un rostro impasible, con un rostro de anciana.

-Tendrá que decírselo. Para que no le hagan pagar. Por consideración a mí.

Entonces fue como si Christmas le hubiera dicho súbitamente a su boca: «Cállate, ya has dicho bastantes tonterías. Déjame hablar a mí.» Se inclinó. La señorita Burden no se movió. Sus dos caras no estaban a más de cincuenta centímetros una de otra; la una, fría, lívida, fanática, alucinada; la otra, de color de pergamino, con el labio arremangado en un rictus silencioso y rígido. Christmas dijo suavemente: «Eres vieja. No lo había notado hasta ahora. Una anciana. Tienes el pelo gris.» La señorita Burden, de pronto, le dio una bofetada, sin mover el resto del cuerpo. El golpe produjo un sonido mate, al que siguió, como un eco, el golpe que él le devolvió inmediatamente. La golpeó con el puño y, luego, mientras la gran ráfaga soplaba, la levantó de la silla y la mantuvo frente a él, inmóvil e impasible, mientras el gran viento del conocimiento le azotaba con sus ráfagas.

-Tú no estás encinta -dijo-. Ni lo has estado nunca. Lo que te ocurre es que te has hecho vieja, nada más. Eso es lo que te ocurre, que ya no sirves para nada. Lo que te ocurre no es más que eso.

La soltó y la golpeó otra vez. La mujer cayó sobre la cama. Le miró, y él la golpeó en la cara de nuevo e, inclinado sobre ella, le dijo las palabras, los murmullos obscenos y acariciadores que antes ella gustaba de escuchar en sus labios, donde según decía, podía saborearlos, sentirlos en su lengua.

-Eso es todo. Estás acabada. No sirves para nada. No es más que eso.

La señorita Burden yacía en la cama, con la cabeza vuelta y levantaba



hacia él la mirada, por encima de su boca sangrante.

-Tal vez sería mejor que los dos nos hubiéramos muerto -dijo.

En cuanto abría la puerta podía ver la esquila sobre la manta. Entonces se acercaba, la cogía y la abría. Recordaba ahora la estaca agujereada de la cerca como algo que hubiese existido en una vida anterior que él no vivió nunca. El papel, la tinta, la forma, la dimensión, nada había cambiado. Las misivas nunca fueron largas. Ahora tampoco lo eran. Pero ahora ya no contenían nada que sugiriese unas promesas tácitas, unos placeres ardientes e inenabizables. Ahora eran más breves que un epitafio, más secas que una orden.

Por lo común, su actitud inicial era la de no ir. Creía que no se atrevía a ir. Luego comprendía que no se atrevía a no ir. Pero ahora ya ni se molestaba en cambiarse de ropa. Con su mono manchado de sudor, atravesaba el crepúsculo de mayo y entraba en la cocina. Ya no tenía la mesa puesta. A veces, al pasar, miraba la mesa y pensaba: «Dios mío, ¿cuándo he comido yo en paz?» No podía recordarlo.

Entraba en la casa y subía por la escalera. Ya podía oír la voz. La voz aumentaba a medida que subía, hasta que llegaba a la puerta de la alcoba. La puerta estaba cerrada con llave y la voz sonaba tras ella, monótona, invariable. Christmas no podía distinguir las palabras; lo único que percibía era aquella monotonía incesante. No trataba de entender las palabras. Ni se atrevía a decirse a sí mismo lo que la mujer estaba diciendo. Y se quedaba allí, y esperaba, y al cabo de un momento la voz se callaba, se abría la puerta y Christmas entraba. Al pasar junto a la cama solía mirar al suelo, a un lado, y le parecía distinguir la huella de las rodillas, y volvía bruscamente la cara como si fuera la muerte lo que había visto. La lámpara no estaba encendida casi nunca. Hablaban de pie, como acostumbraban a hacerlo dos años antes, de pie en la penumbra mientras ella reanudaba la misma historia «... bueno, no vaya a la escuela si no quiere... Se puede prescindir de eso... su alma... expiación por...» Frío, inmóvil, Christmas esperaba que la señorita Burden terminase. «...El infierno... para siempre... para siempre jamás...»

-No, decía él.

Y ella le escuchaba con la misma tranquilidad, y él sabía que no estaba convencida, y ella sabía que él tampoco lo estaba. Sin embargo, ninguno de los dos cedía. Peor aún: no podían separarse. Christmas ni siquiera podía irse. Y permanecían ambos un poco más en la paz de aquel crepúsculo que poblaban, como salidas de sus

costados, miríadas de los fantasmas de los pecados y los placeres muertos. Y se miraban mutuamente, mientras sus rostros se iban desvaneciendo, fatigados, consumidos y tercos.

Después, Christmas se iba. Y la puerta no se cerraba tras él, la llave no era echada, y volvía a oír la voz monótona, apacible y desesperada. Y no se atrevía a averiguar ni a sospechar lo que la voz decía, a quién o a qué se dirigía. Y cuando, tres meses después, sentado en la sombra del jardín abandonado aquella noche de agosto, oyó a lo lejos el reloj del juzgado que daba las diez y luego las once, se figuró, paradójicamente tranquilo, que él sólo era el agente pasivo de aquella fatalidad en la que él se imaginaba no creer. Se decía a sí mismo *me vi obligado a hacerlo* hablando ya en pretérito *me vi obligado a hacerlo. Ella misma lo dijo*.

La señorita Burden lo había dicho dos noches antes. Christmas había encontrado la esquila y había ido a la casa. A medida que subía por la escalera la voz se hinchaba, se hacía más fuerte, más clara que de costumbre. Cuando llegó al rellano comprendió por qué. La puerta estaba abierta aquella noche. Cuando Christmas entra, la señorita Burden no se levantó del lugar en donde estaba arrodillada, al lado de la cama. No se movió, y la voz continuó hablando. No inclinaba la cabeza. La levantaba casi con orgullo, y su actitud de humildad convencional formaba parte de aquel mismo orgullo. La voz seguía oyéndose, sosegada, tranquila en el crepúsculo. La mujer no pareció advertir que él estaba allí hasta que llegó al final de una frase. Entonces, volvió la cabeza.

-Arrodíllese a mi lado -dijo.

-No -dijo Christmas.

-Arrodíllese -dijo ella-. No tendrá que dirigirse a Él. Bastará con que se arrodille. Dé el primer paso.

-No -dijo él-. Me voy.

Sin moverse, la mujer volvió la cabeza y levantó los ojos hacia él.

-Quédese, Joe. Quédese al menos, ¿quiere?

-Bien -dijo él. Me quedaré. Pero dése prisa.

La señorita Burden reanudó el rezo. Hablaba reposadamente, con la misma humillación orgullosa. Cuando tenía que emplear aquellos símbolos verbales que le habían enseñado, los empleaba, los pronunciaba decididamente, sin vacilaciones, y se dirigía a Dios como si hablase a un hombre, como si en la alcoba hubiera dos hombres. Hablaba de sí misma y de Christmas como de dos personas extrañas, y su voz era monótona, suave, asexual. Después, se detuvo. Se

levantó tranquilamente. De pie en la penumbra, se miraron cara a cara. Esta vez, ni siquiera le hizo ninguna pregunta. Y Christmas ni siquiera tuvo que responder. Al cabo de un instante, la señorita Burden dijo despaciosamente:

-Ahora sólo queda una cosa por hacer.

-Si, sólo queda una cosa por hacer, una sola.

«Así que, ahora, ya ha concluido todo», pensaba Christmas, tranquilamente, sentado en la sombra espesa de los arbustos. Oyó tintinear y desvanecerse la última campanada del reloj lejano. En aquel mismo sitio la había encontrado, la había alcanzado, en una de sus noches salvajes. Pero aquello sucedía en otro tiempo, en otra vida. Ahora todo estaba inmóvil, todo era apacible. La tierra respiraba, fresca y fecunda. Miríadas de voces poblaban la oscuridad, voces de todas las épocas que Christmas había conocido, como si todo el pasado formase un dibujo plano. Y aquello iba a continuar mañana por la noche, todas las mañanas que iban a formar parte del dibujo... Iba a continuar... Reflexionó sobre ello con una sorpresa inmóvil: continuar, miríadas, todo le sería familiar, puesto que todo lo que había sido era semejante a todo lo que iba a ser, porque el mañana por venir y el mañana pretérito serían semejantes. Ya era la hora.

Se levantó. Salió de la sombra y, rodeando la casa, se dirigió a la cocina. La casa estaba oscura. Christmas no había ido a la cabaña desde el amanecer y no sabía si ella le habría dejado alguna esquila, si le esperaba o no. Sin embargo, no hizo el menor esfuerzo para ser silencioso. Era como si no pensase en el sueño, como si le importase muy poco que la mujer durmiera o no. Subió la escalera con paso decidido y entró en la alcoba. Casi en el acto, la mujer habló desde su cama.

-Encienda la lámpara -dijo.

-No necesitaré luz -dijo él.

-Encienda la lámpara.

-No -dijo él.

Y se inclinó sobre la cama. Tenía su navaja en la mano. Pero no la había abierto todavía. Ya no dijo nada más, y tuvo la sensación de que su propio cuerpo le abandonaba, de que su cuerpo se acercaba a la mesa; y sus manos posaron la navaja en la mesa, y encontraron la lámpara y frotaron una cerilla. La mujer estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera. Sobre su camisón llevaba un chal, ceñido alrededor del pecho. Sus manos estaban cruzadas sobre el chal y sus piernas estaban ocultas. Christmas estaba de pie junto a

la mesa. Se miraban de frente.

-¿Quiere arrodillarse a mi lado? -dijo ella-. Yo no se lo pido.

-No -dijo él.

-Yo no se lo pido. No soy yo quien se lo pide. Arrodílese a mi lado.

-No.

Se miraban.

-Joe -dijo ella-, por última vez. No soy yo quien se lo pide, téngalo en cuenta. Arrodílese a mi lado.

-No -dijo él.

Entonces, Christmas vio que los brazos de la mujer se soltaban y que su mano derecha aparecía sobre el chal. Sostenía una vieja pistola de pistón, casi tan larga y tan pesada como un fusil pequeño. Pero, igual que la sombra de la mano y del brazo, la sombra del arma no se movía sobre la pared. Sombras monstruosas, y monstruoso también el percutor montado, encorvado hacia atrás con la pérfida actitud de la serpiente que se dispone a saltar. Pero todo aquello estaba inmóvil. Los ojos de la mujer estaban inmóviles igualmente, tan inmóviles como la boca redonda y negra de la pistola. No reflejaban ningún ardor, ninguna cólera. Estaban tranquilos y quietos. Parecían no ser más que piedad, desesperación, convicción. Pero Christmas no los miraba. Christmas miraba la sombra de la pistola en la pared. La miraba todavía cuando la sombra del percutor montado se desvaneció súbitamente.

Plantado en el centro de la carretera, levantó la mano derecha frente a las luces del coche que se aproximaba. Lo cierto es que no esperaba que se detuviese. Sin embargo, lo hizo, con un patinazo brusco y chirriante que casi parecía cómico. Era un coche pequeño, viejo y destartado. Cuando Christmas se acercó, en el resplandor de los faros dos rostros jóvenes parecieron flotar como dos globos pálidos y espantados. El más próximo, el de la muchacha, retrocedía presa de un terror callado y hondo. Pero, en aquel momento, Christmas no lo advirtió.

-¿Pueden llevarme hasta dónde vayan? -dijo.

Los otros no respondieron. Seguían mirándole con aquel mismo horror callado y curioso que él no notaba. Abrió la portezuela y se sentó en el asiento trasero.

La muchacha, entonces, comenzó a emitir una especie de queja sofocada, que en seguida aumentaría, cuando su miedo adquiriese más valor. El coche ya estaba en marcha. Pareció arrancar de un salto, y el muchacho, sin soltar el volante, sin mirar a la mujer bisbiseó:

«Sss, cállate. Es nuestra única oportunidad. ¡Cállate, por favor!» Christmas tampoco entendió esto. Estaba sentado detrás, sin sospechar ni remotamente que iba tan cerca de un terror desesperado. Sólo pensaba que el pequeño automóvil iba a demasiada velocidad por un camino vecinal muy estrecho.

-¿A dónde va esta carretera? -dijo.

El muchacho se lo dijo, nombrando aquella misma ciudad que le había nombrado el negrito la tarde en que, tres años antes, había visto Jefferson por primera vez. La voz del muchacho era seca y leve:

-¿Quiere ir allí?

-Bueno -dijo Christmas-. Si, sí. Me conviene. ¿Van ustedes allí?

-Desde luego -dijo el muchacho en su tono monocorde y leve-. Donde usted quiera.

Junto a él, la muchacha reanudó su murmullo quejumbroso, ahogado, casi animal. Y el muchacho la hizo callar de nuevo, con el rostro siempre impassible, mientras el pequeño automóvil avanzaba brincando. «¡Silencio! Ssss. Cállate.» Pero Christmas seguía sin darse cuenta de nada. Sólo veía las dos jóvenes cabezas, mirando fijamente hacia adelante, rígidas y oscuras sobre la luz de los faros que seguía la cinta de la carretera en un movimiento rápido y ondulante. Pero Christmas les miraba a los dos, así como al deslizamiento de la carretera, sin la menor curiosidad. Y aún estaba distante, distraído, sin saber la distancia recorrida ni el lugar en donde estaba, cuando advirtió que debía de hacer mucho tiempo que el muchacho le hablaba. Ahora, la pronunciación del muchacho era lenta, contenida. Cada sencilla palabra era elegida cuidadosamente y enunciada lentamente, claramente, como si le escuchase un extranjero.

-Escuche... Voy a girar ahí... Es un atajo, un atajo para alcanzar una carretera mejor. Voy a tomar el atajo... Para poder llegar allá más rápido, ¿comprende?

-Bueno -dijo Christmas.

El coche saltó, se precipitó. Se inclinaba en las curvas, trepaba por las cuestas y las bajaba luego casi volando, como si la tierra hubiese desaparecido de pronto bajo las ruedas. Los buzones de correos, encaramados en sus postes al borde de la carretera, aparecían de pronto en la luz de los faros para desaparecer en seguida. De vez en cuando pasaban por delante de una casa oscura. El muchacho hablaba de nuevo.

-Mire, ya estamos en el desvío que yo le decía. Es aquel de allá abajo. Voy a tomarlo. Pero eso no quiere decir que cambie el itinerario. Sólo voy a desviarme un poco para salir a una carretera mejor. ¿Me

comprende?

-Bueno -dijo Christmas. Y sin ninguna razón, añadió-: Vivirán ustedes por aquí, ¿no?

Esta vez fue la muchacha quien habló. Se volvió bruscamente hacia él. Su pequeño rostro estaba lívido de angustia y de terror, impregnado de una desesperación ciega de rata enloquecida.

-Sí, sí, vivimos aquí los dos -exclamó-. Vivimos los dos un poco más allá, y ya ve, cuando mi padre y mis hermanos...

Su voz calló, cortada en seco. Christmas vio cómo la mano del muchacho se pegaba a la parte inferior del rostro de la chica, y que las manos de la chica se aferraban a la muñeca del muchacho y la sacudían. Y bajo la mano pegada a su rostro, la voz sofocada se estrangulaba, tartamudeaba. Christmas se inclinó hacia ellos.

-Aquí -dijo-. Bajaré aquí. Pueden dejarme aquí.

-Ves? ¿Ves lo que has hecho? -dijo el muchacho a su vez, con un débil tono, lleno también de rabia desesperada-. Si te hubieses estado callada...

-Paren -dijo Christmas-. No voy a hacerles ningún daño. Sólo pretendo bajar.

El coche se detuvo otra vez con un súbito patinazo. Pero el motor continuaba en marcha y, sin haberle dado apenas tiempo para descender, el coche arrancó de un brinco. Christmas tuvo que saltar y correr algunos pasos para recuperar el equilibrio. Entonces, algo pesado y duro le golpeó en el costado. El auto huía, desaparecía a toda velocidad. La aguda queja de la muchacha parecía flotar detrás como una estela. Desapareció todo, y Christmas se sintió envuelto en la oscuridad, en el polvo ahora impalpable y en el silencio, bajo las estrellas del verano. El objeto que chocó contra su costado le había dado un fuerte golpe. Christmas descubrió entonces que el objeto estaba unido a su mano derecha. Levantó la mano y vio que tenía en ella la gran pistola de pistón. No sabía que se la había llevado. No recordaba haberla cogido, ni por qué la había cogido. Pero estaba allí. «Y le hice señales a ese coche con esta mano -pensó-. No me extraña que ella... que ellos...» Alzó la mano y balanceó la pistola como si quisiera lanzarla. Después se detuvo y, encendiendo una cerilla, examinó la pistola a la débil luz de la llamita agonizante. La cerilla se quemó, se apagó y, sin embargo, Christmas creyó ver aún la vieja arma con sus dos cámaras cargadas: aquella sobre la cual había caído ya el percutor y que no había disparado, y la otra, sobre la cual no había caído todavía el percutor, aunque se había planeado que cayera. «Para ella y para mí», dijo Christmas. Su brazo describió una curva

hacia atrás y otra hacia delante para lanzar algo. Christmas oyó cómo caía la pistola en la maleza. Luego, el silencio se hizo de nuevo. «Para ella y para mí.»

### 13.

Un cuarto de hora después de que los campesinos descubrieran el incendio, la gente comenzó a aglomerarse. Algunos que también iban en carreta a pasar el sábado en la ciudad, se detuvieron igualmente. Otros vinieron a pie desde los alrededores inmediatos. Era una comarca de cabañas de negros, de campos estériles, exhaustos y llenos de zanjas en los que, en tiempo normal, un ejército de policías no habría podido descubrir a diez personas juntas, hombres, mujeres o niños. Y he aquí que, en media hora, la comarca había hecho brotar, como nacidos del aire, a grupos que iban desde el individuo aislado hasta la familia entera. Incluso llegaban de la ciudad, en coches veloces y ruidosos. Entre ellos estaba el sheriff del condado, un hombre gordo y opulento, con una cabeza tan dura como astuta y aspecto bonachón. Apartó a los que se empujaban para ver el cadáver tendido sobre la sábana. Todos mostraban ese asombro petrificado e infantil que se apodera de los adultos cuando contemplan su propio e inevitable retrato. Entre ellos se encontraban yanquis, blancos míseros y hasta meridionales que habían vivido cierto tiempo en el Norte y que expresaban en voz alta su opinión de que se trataba de un crimen de negro, cometido, no por un negro, sino por el Negro. Sabían, creían y esperaban que la mujer hubiese sido también violada, al menos una vez antes de tener la cabeza cortada y al menos otra vez después. El sheriff se acercó y echó también una ojeada. Después de lo cual ordenó que se llevaran el cadáver, que sustrajeran a las miradas aquellos tristes restos.

Entonces ya sólo se podía ver el lugar en donde había reposado el cuerpo. Y el incendio. Al poco rato todos habían olvidado el emplazamiento exacto que habían tenido la sábana, la porción de tierra que la sábana había cubierto, y entonces ya sólo les quedaba el incendio. Así es que contemplaron el incendio, con aquella misma pasividad atónita y estúpida que se habían traído de las antiguas y fétidas cavernas donde el entendimiento naciera. Como si fuese la primera vez que viesan un incendio, que viesan la muerte. Después llegó la bomba de incendios, fogosa, con un gran ruido de sirena y de campana. Era una bomba nueva, pintada de rojo, con listas doradas, y

una sirena de mano y una campana dorada de timbre claro, insolente y orgulloso. Unos hombres y unos muchachos de cabeza descubierta se aferraban a la bomba con el asombroso desprecio de las leyes físicas que caracteriza a las moscas. La bomba contaba con escaleras automáticas que, al contacto de la mano, podían alcanzar alturas de vértigo, como sombreros de copa plegables. Pero aquel día no había nada sobre lo que elevarse. La bomba también contaba con unos rollos de manguera, limpios y vírgenes, que recordaban los anuncios de las compañías telefónicas en las revistas populares.

Pero allí no había nada hacia donde orientarlas ni nada que pudiese correr por dentro de ellas. Así que los hombres de cabeza descubierta, que habían abandonado sus mostradores y sus oficinas, descendieron de la bomba. Y descendió también el que hacía sonar la sirena. Se acercaron todos y se les mostraron los diversos lugares donde se suponía que había estado la sábana. Y algunos, que tenían su revólver en el bolsillo, comenzaron ya a buscar una víctima a quien poder crucificar.

Pero allí no había nadie. La mujer había llevado una vida tan tranquila, tan ocupada en sus propios asuntos, que legaba a la ciudad en la que había nacido, en la que había vivido y en la que había muerto como una extranjera, una especie de herencia de asombro y de ultraje que no le perdonarían nunca y por culpa de la cual nunca la dejarían gozar en paz de la muerte, aunque les hubiese ofrecido, para terminar, una gran fiesta emocional, casi una orgía romana. Eso sí que no. La paz no se obtiene así como así. Y por esa razón se reunían, se empujaban, creyendo en que las llamas, la sangre, el cuerpo que había muerto tres años antes y que empezaba a vivir de nuevo, clamaban venganza. Ignoraban que la furia de las llamas y la inmovilidad del cadáver no eran más que las afirmaciones de un límite alcanzado, más allá del cual los hombres no pueden infligir ni heridas ni dolor. Eso sí que no. Porque la otra idea era más agradable. Más agradable que los anaqueles y los mostradores llenos de objetos familiares desde hacía mucho tiempo, comprados, no porque el comprador los deseara o los admirara, o porque encontrase alguna satisfacción en poseerlos, sino porque quería engañar, incitar a otras personas para que se los comprasen a más alto precio; y los objetos que no habían sido vendidos, y las personas que habrían podido comprarlos y que no lo habían hecho, tenían que ser mirados de cuando en cuando con ira, tal vez con ultraje, tal vez también con desesperación. Mas agradable que los bufetes polvorientos donde los hombres de leyes aguardaban al acecho, entre los fantasmas de antiguas lujurias, de antiguas



mentiras. Más agradable que los consultorios donde los doctores esperaban, con sus drogas y sus afilados escalpelos, diciendo al enfermo, y figurándose que el enfermo debía creerlo (sin recurrir a anuncios impresos), que sólo trabajaban con un fin y que, una vez alcanzado este fin, se quedarían sin nada que hacer. Y las mujeres también llegaron, las mujeres ociosas, con vestidos claros y a veces apresuradamente puestos, con sus miradas furtivas, apasionadas y brillantes, y sus senos misteriosos y frustrados (siempre habían preferido la muerte a la paz). Y, con sus múltiples y pequeños tacones, las mujeres imprimían al final del murmullo continuo *¿Quién la ha hecho? ¿Quién lo ha hecho?* unos puntos tal vez como éstos: *¿Está todavía en libertad? ¿Ah, todavía esté libre? Dígame, dígame.*

El sheriff igualmente, contemplaba las llamas con exasperación y sorpresa, pues no tenía ningún lugar en donde investigar. Aún no tenía la sensación de haber fracasado por culpa de un agente humano. Era por culpa del fuego. Le parecía que el fuego se había prendido espontáneamente con ese único objeto. Le parecía que el fuego, gracias al cual había tenido antepasados el tiempo suficiente para que él mismo pudiera existir, se había aliado con el crimen. Continuó, pues, caminando, con aspecto perplejo y atareado, hasta que un policía vino a decirle que había descubierto, en una cabaña próxima a la casa, huellas de ocupación reciente. Y, en seguida, el campesino que había descubierto el fuego (todavía no había ido a la ciudad, su carreta no había avanzado ni una pulgada desde que bajara de ella dos horas antes, y ahora se agitaba, con el rostro impregnado de una expresión embrutecida, agotada, atareada, y la voz tan ronca que sólo era un murmullo) recordó que había encontrado un hombre dentro de la casa cuando empujó la puerta.

-¿Un blanco? -dijo el sheriff:

-Sí, señor. Tambaleándose en el vestíbulo, como si acabara de caer por las escaleras. Quería impedirme que subiese. Me decía que ya había subido él y que arriba no había nadie. Y, cuando volví a bajar, ya se había ido.

El sheriff miró a su alrededor.

-¿Quien vivía en esa cabaña?

-Yo la creía inhabitable -dijo el agente-. Unos negros, probablemente. Quizás ella también tenía negros en la casa, según he oído decir. Lo que me extraña es que esto no le haya sucedido antes.

-Tráigame un negro -dijo el sheriff.

El agente, ayudado por dos o tres hombres, le trajo un negro.

-¿Quien vivía en esa cabaña? -dijo el sheriff.

-No lo sé, señor Watt -dijo el negro-. Nunca me he fijado. Ni siquiera sabía que viviese alguien.

-Llévadle allí -dijo el sheriff.

Los curiosos estaban agrupados alrededor del sheriff del agente y del negro. En los ojos ávidos había comenzado a debilitarse la simple prolongación de las llamas casi extinguidas y todos los rostros eran idénticos. Era como si los cinco sentidos de todas aquellas personas se hubiesen reducido a uno solo: la vista, como en una apoteosis; las palabras que circulaban entre ellas parecían nacidas del aire y del viento *¿Es él? ¿Fue él quien lo hizo? El «sheriff» le ha atrapado. Ya le ha atrapado el «sheriff»*

El sheriff les miró.

-Lárguense todos -dijo-. Fuera de aquí todos. Vayan a ver el fuego. Si necesito a alguien lo iré a buscar. Váyanse.

Se dio la vuelta y se dirigió con su grupo hacia la cabaña. Detrás de él, los que había despedido se reunieron de nuevo y vieron a los tres blancos y al negro entrar en la cabaña y cerrar la puerta. Detrás de ellos, el fuego agonizante roncaba a intervalos, llenando el aire de un rumor tan fuerte como las voces, pero de origen más definido *Por Cristo, si ha sido él, ¿qué hacemos aquí? Asesinar a una blanca, el negro hijo de...* Ninguno de ellos había entrado nunca en la casa. Cuando la mujer vivía, no habrían permitido nunca que sus esposas fueran a visitarla. Cuando eran más jóvenes, cuando eran niños (y los padres de algunos de ellos lo habían hecho también) la apostrofaban por la calle y la llamaban «¡Negrófila! ¡Negrófila!»

En la cabaña, el sheriff se dejó caer pesadamente sobre uno de los camastros. Suspiró. Parecía un barril, y tenía la inercia petrificada y total de los barriles.

-Ahora quiero saber quién vive en esta cabaña -dijo.

-Ya le he dicho que no lo sé -dijo el negro.

Había algo de mal humor en su voz que, sin embargo, estaba alerta, secretamente alerta. Observaba el rostro del sheriff. Los otros dos blancos estaban detrás de él. El negro no miró hacia atrás ni una sola vez. Observaba el rostro del sheriff como se observa un espejo. Y, como en un espejo, tal vez vio aquello antes de que sucediese. O acaso no lo vio, porque hubo un cambio, un parpadeo, sólo un parpadeo, en el rostro del sheriff. Pero el negro no miró hacia atrás. Cuando la correa se abatió sobre sus espaldas, sólo un estremecimiento le recorrió la cara, un encogimiento repentino, agudo, rápido, que contrajo las comisuras de sus labios y descubrió momentáneamente los dientes, como en una sonrisa. Después, su

rostro se distendió, indescifrable de nuevo.

-Temo que no has tratado intensamente de recordarlo -dijo el sheriff.

-No puedo recordar lo que no sé -dijo el negro-. Ni siquiera vivo cerca de aquí. Ustedes, blancos, deberían saber en dónde vivo.

-El señor Buford dice que vives en esta carretera, precisamente allí, más abajo -dijo el sheriff.

-Hay mucha gente que vive en esta carretera. El señor Buford debería saber dónde vivo yo.

-Miente -dijo el agente, que se llamaba Buford.

Era él quien manejaba el cinturón, sosteniéndolo por el extremo opuesto a la hebilla. Lo mantenía preparado, con los ojos en el rostro del sheriff. Parecía un podenco que espera que le ordenen tirarse al agua.

-Quizás sí, quizás no -dijo el sheriff.

Miró al negro mientras reflexionaba. No se movía. Enorme, inerte, aplastaba los muelles del camastro.

-Creo que no ha entendido todavía que no tengo ganas de reírme. Eso, sin hablar de esa gente que está ahí, que ni siquiera tienen una cárcel donde meterle en caso de que sucediera algo que no le iba a gustar nada. Aunque nadie se molestaría en meterle en la cárcel si la hubiera. Quizás hubo un signo, una señal en sus ojos. Quizás el negro lo vio. La correa volvió a caer, la hebilla volvió a marcar la espalda del negro.

-¿Recuerdas ahora? -dijo el sheriff.

-Son dos blancos -dijo el negro; su voz era fría, sin expresión, sin nada-. No sé quiénes son, ni lo que hacen. No es asunto mío. No les he visto nunca. Sólo he oído decir que había dos blancos que vivían aquí. No me interesaba saber quiénes eran. Es todo lo que sé. Puede usted sangrarme a golpes, pero eso es todo lo que sé.

El sheriff suspiró de nuevo.

-Basta -dijo-. Creo que es verdad.

-Hay uno llamado Christmas que trabaja en el aserradero con otro tipo a quien llaman Brown -dijo el tercer hombre-. Cualquier persona de Jefferson que tenga un poco de olfato le podría decir lo mismo.

-Creo que eso también es cierto -dijo el sheriff.

Regresó a la ciudad. Cuando la muchedumbre se dio cuenta de que el sheriff se iba, fue un éxodo general. Era como si ya no hubiese nada que mirar. El cadáver ya se lo habían llevado y ahora se iba también el sheriff. Y era como si se llevase consigo, en algún lugar de aquella masa de carne inerte y quejumbrosa, el secreto mismo, lo que les emocionaba, lo que les agitaba, como una promesa de algo que superaría la inmundicia de sus panzas repletas y la monotonía de sus

días. Así que, ahora, ya no había nada que ver, excepto el fuego. Y ya hacía tres horas que lo contemplaban. Se habían acostumbrado a él. El incendio se había convertido en un elemento permanente de sus vidas y de sus aventuras mientras estaban bajo la columna de humo inmóvil, tan alto y tan inexpugnable como uno de esos monumentos a los que se puede volver siempre que se desee. Y cuando la caravana llegó a la ciudad presentaba en cierto modo el aspecto y la pompa de un conejo detrás de un ataúd. El coche del sheriff iba en cabeza y los demás coches le seguían, zumbando y tocando los cláxones, mezclando su polvareda con la que levantaba el coche del sheriff. En una esquina de la calle, el cortejo fue inmovilizado un instante por una carreta que se había detenido para que se bajase alguien. Por la ventanilla, el sheriff divisó a la muchacha que descendía por la carreta, lentamente, con precaución, con la prudente torpeza de un embarazo avanzado. Después, la carreta arrancó de nuevo. Y la caravana pasó y cruzó la plaza, donde el cajero del banco había retirado ya de la caja fuerte el sobre que la difunta le había confiado y que llevaba esta inscripción: *Para abrir después de mi muerte. Joanna Burden.*

El sheriff entró en su oficina. El cajero le estaba esperando con el sobre y su contenido. Era una simple hoja de papel con unas palabras escritas por la misma mano que escribiera la frase del sobre.

*Avisad a E. E. Peebles, Attorney - Bede Street, Memphis, Tenn., y a Nathaniel Burrington St. Exeter, N.*

Eso era todo.

-Ese Peebles es un abogado negro -dijo el cajero

-¿De veras? -dijo el sheriff.

-Sí. ¿Qué quiere usted que haga?

-Supongo que hay que hacer lo que dice el papel -dijo el sheriff-. Supongo que sería mejor que lo hiciese yo mismo.

Envió dos telegramas. Recibió la respuesta de Memphis al cabo de media hora. La otra llegó dos horas después. Diez minutos más tarde, corría por la ciudad el rumor de que el sobrino de la señorita Burden ofrecía una recompensa de mil dólares al que encontrase al asesino. A las nueve de la noche se presentó un hombre. Era el que el campesino había encontrado en la casa en llamas cuando abrió la puerta de entrada. No sabían todavía que en él. Y él no se lo dijo. Sólo sabían una cosa: que aquel hombre vivía en la ciudad desde hacía poco y que era un contrabandista de alcohol llamado Brown (por otra parte, un contrabandista bastante malo). Había llegado a la plaza en un estado de gran agitación. Buscaba al sheriff.

Entonces comenzaron a coordinarse las cosas. El sheriff sabía que aquel hombre era, en cierto modo, socio de otro hombre, otro forastero, llamado Christmas del que todavía se sabía menos que de Brown, aunque hacía tres años que vivía en Jefferson. Hasta entonces no se había enterado el sheriff de que Christmas vivía, desde hacía tres años, en la cabaña cercana a la casa de la señorita Burden. Brown quería hablar. Insistía ruidosamente en ello. En seguida se podía ver que lo que codiciaba era la recompensa de mil dólares.

-¿Quiere ser testigo de la acusación? -le preguntó el sheriff.

-No quiero ser testigo de nadie -dijo Brown, con un tono brusco y ronco, el rostro un poco extraviado -. Sé quién ha hecho eso y en cuanto tenga la recompensa, hablaré.

-Échele mano al tipo y recibirá la recompensa -dijo el sheriff. Y para mayor seguridad, hizo que le metieran en el calabozo.

-Aunque me parece que no es necesario -dijo el sheriff-. Porque, en mi opinión, mientras pueda oler esos mil dólares, no hay quien le haga salir de aquí.

Después de que se llevaran a Brown, que seguía furioso, gesticulante y ronco, el sheriff telefoneó a la ciudad vecina, en donde tenían una pareja de perros policías. Los perros llegaron al día siguiente, en el tren de la mañana.

En el sombrío andén, en el triste amanecer de aquella mañana de domingo, treinta o cuarenta hombres esperaban la llegada del tren, cuyas ventanillas iluminadas pasaron ante ellos y se detuvieron por un instante con gran estrépito. Era un tren rápido que no siempre se detenía en Jefferson. Se detuvo justamente el tiempo necesario para que descendieran los dos perros: un millar de costosas toneladas de metal extrañamente complicado que llegó, centelleante y rechinante y que, en un silencio casi sorprendente, lleno de un miserable rumor de voces humanas, vomitó en el andén dos fantasmas desgarrados y amedrentados cuyas pacíficas cabezas de orejas colgantes, contemplaban, con un servilismo tristón, las pálidas caras de unos hombres que hacía dos noches que apenas dormían y que les rodearon con una actitud terrible, intensa e impotente. Era como si la injuria inicial del asesinato arrastrara en su estela, y diera a todos los actos subsiguientes, un algo de monstruoso, paradójico y falso, contrario a la fe, a la razón y a la naturaleza.

El sol salía en el momento justo en que la fuerza pública llegaba a la cabaña, por detrás de las minas calcinadas y ya frías de la casa. Los perros, sea porque la luz y el calor les envalentonaban, sea porque

experimentaban el contagio del intenso nerviosismo en el que se encontraban los hombres, comenzaron a saltar y a ladrar alrededor de la cabaña. Jadeaban ruidosamente, y, como de común acuerdo, emprendieron su carrera, arrastrando a los hombres que sostenían las correas. Corrieron uno junto a otro un centenar de metros y después se detuvieron y comenzaron a arañar furiosamente la tierra. Así descubrieron una fosa donde alguien había enterrado recientemente unas latas de conserva vacías. Hubo que emplear la fuerza para apartarlos de allí. Se les arrastró hasta cierta distancia de la cabaña y se les dejó que buscasen de nuevo. Durante un instante, los perros se agitaron gimoteando, y luego se dispararon, babeantes, con las lenguas colgando, a toda velocidad, de nuevo hacia la cabaña, arrastrando a los hombres, que corrían y maldecían. Y al llegar a la cabaña, los perros se plantaron ante la puerta abierta y, alzando la cabeza y poniendo los ojos en blanco, comenzaron a aullar con la apasionada entrega de dos barítonos de ópera italiana. Los hombres se llevaron los perros a la ciudad, en un coche, y les dieron de comer. Cuando atravesaban la plaza, las campanas de la iglesia tañían lentamente, apaciblemente y, en las calles, los dignos ciudadanos caminaban gravemente bajo sus sombrillas, con biblias y libros de oraciones en la mano.

Aquella noche, un muchacho, un joven campesino, y su padre, fueron a ver al sheriff. El muchacho contó que, la noche del viernes, cuando volvía a casa, bastante tarde, había sido detenido por un hombre armado de una pistola a una o dos millas del lugar del crimen. El muchacho creyó que le iba a desvalijar o quizás a matarle. Y contó que se le había ocurrido la idea de engañar al hombre llevándole al corral de su propia casa, donde, después de detener el coche, habría saltado de él pidiendo socorro. Pero el hombre había desconfiado de algo y le obligó a detener el coche para poder bajar. El padre intentó saber lo que les correspondería de los mil dólares.

-Atrápenlo primero. Ya veremos -dijo el sheriff.

Entonces despertaron a los perros y los hicieron subir a otro coche, y el muchacho les indicó el lugar donde el hombre había bajado. Los perros comenzaron a husmear e inmediatamente se lanzaron al bosque, donde, con su olfato al parecer infalible para el metal en todas sus formas, no tardaron en encontrar la vieja pistola con su dos cámaras cargadas.

-Es una de esas viejas armas de pistón del tiempo de la Guerra Civil -dijo el ayudante del sheriff-. Uno de los tiros ha sido disparado, pero

el proyectil no salió. ¿Qué demonios estaría haciendo con esto?

-Suelten a los perros -dijo el sheriff-. Quizás les molesten las correas. Y soltaron a los perros. Ahora estaban libres. Y, media hora después, estaban perdidos. No fueron los hombres quienes perdieron a los perros, sino los perros quienes perdieron a los hombres. Se encontraban exactamente al otro lado de un riachuelo, detrás de una escarpadura, y los hombres podían oírlos muy distintamente. Ahora ya no ladraban con orgullo, con seriedad, con gozo tal vez. El sonido que ahora emitían era un largo lamento monótono, desesperado. Mientras tanto, los hombres no dejaban de llamarlos a grandes gritos. Pero los animales, probablemente, no podían oírles. Sus dos voces eran reconocibles, y sin embargo, el servil lamento, con sonido de campana, parecía salir de una sola garganta, como si los dos animales estuviesen agazapados uno junto a otro. Al cabo de un rato, los hombres los encontraron así, agazapados en una zanja. Sus voces parecían entonces voces de niños. Los hombres se acurrucaron hasta que hubo la suficiente luz para volver a sus coches. Era ya la mañana del lunes.

El lunes, la temperatura comienza a subir. El martes, tras el calor del día, la noche, la oscuridad, es sofocante, inmóvil, oprimente. Apenas ha entrado en la casa, cuando Byron siente que las aletas de su nariz se distienden con el denso olor a rancio de aquella casa mal cuidada por un hombre. Y cuando Hightower se le acerca, el olor a carne grasa y mal lavada y a ropa sucia -el olor del abandono sedentario, del exceso de carne estática insuficientemente bañada- resulta casi insoportable. Byron, al entrar, piensa lo que ya ha pensado antes: «Está en su derecho. Este no es mi modo de vivir, sino el suyo. Está en su derecho.» Y recuerda que cierto día había creído encontrar la repuesta, como por inspiración, por adivinación. «Es el olor de la santidad. Es natural que nos parezca desagradable a los que somos malos, a los que estamos manchados por el pecado.»

Otra vez están sentados frente a frente, en el cuarto de trabajo de Hightower. La mesa y la lámpara les separan. Byron está sentado de nuevo en la silla dura. Agacha la cabeza, inmóvil. Su voz es sobria, inflexible: la voz de un hombre que dice algo desagradable e increíble. -Voy a buscar otro sitio para ella. Un sitio donde esté menos a la vista, donde pueda...

Hightower observa su rostro inclinado:

-Para qué hacerla cambiar si se encuentra bien donde está, con una mujer cerca para caso de necesidad?

Byron no responde. Sigue sentado, inmóvil, con la cabeza baja. Al

mirarle, Hightower piensa: «Es que suceden muchas cosas. Demasiadas cosas. Eso es. El hombre realiza, engendra más de lo que puede o de lo que debería soportar. Así es como descubre que puede soportarlo todo. Eso es. Eso es lo terrible, el hecho de que pueda soportarlo todo, todo.» Observa a Byron.

-Se va a ir de allí solamente por causa de la señora Beard?

Byron sigue sin levantar la cabeza. Sigue hablando con el mismo tono quedo, tenaz.

-Necesita un lugar donde pueda sentirse casi como en su casa. Ya le falta poco tiempo, y en una pensión donde casi todos son hombres... Una habitación tranquila para cuando llegue el momento, sin un pasillo lleno de tratantes de ganado y de jurados del tribunal...

-Comprendo -dijo Hightower; y miró el rostro de Byron -. Y usted quiere que la albergue aquí.

Byron trató de hablar, pero el otro continuó, con su voz fría y uniforme:

-Es imposible, Byron. Si hubiera otra mujer aquí, en la casa... Es una lástima, con todas estas habitaciones, y esta tranquilidad. Y pienso en ella, créame. No en mí. Me importa muy poco lo que dirían, lo que pensarían ...

-No es eso lo que quiero.

Byron no levanta los ojos. Sabe que el otro le está observando. Y piensa *El sabe muy bien, además, que no es eso lo que quiero decir. Lo sabe. Ha dicho eso porque sí, por decir algo. Yo sé lo que piensa. Creo que me lo esperaba. Después de todo, no hay razón para que piense de modo diferente a los demás, aunque se trate de mí* «Me parece que debería saberlo». Tal vez lo sabe. Pero Byron no levanta los ojos para ver. Con la cabeza baja, continúa hablando con la misma voz sorda, monocorde, mientras que, al otro lado de la mesa, Hightower, sentado un poco más que erguido en su sillón, mira el rostro demacrado del hombre que tiene enfrente, el rostro curtido por la intemperie, agotado por el trabajo.

-No quiero mezclarle en esto. Al fin y al cabo, no es cosa que le importe. Ni siquiera ha visto a esa mujer. Y no creo que la vea nunca. Sólo había pensado que, quizás...

Su voz se detiene. Al otro lado de la mesa, el pastor inflexible le mira, espera, sin ayudarle.

-Cuando se trata de no obrar, un hombre sólo necesita su propio consejo. Pero cuando se trata de obrar, creo que debe pedir todos los consejos que pueda. Pero no quiero mezclarle a usted en esto. No quiero que se preocupe por ello.

-Lo sé muy bien -dice Hightower; y observa el rostro inclinado.



«Yo ya no pertenezco al mundo de los vivos -piensa-. Por eso es inútil que trate de intervenir, de mezclarme en el asunto. Byron no me entendería, como tampoco me entendería cualquier otro hombre, cualquier otra mujer (o cualquier otro niño). No me prestarían atención si intentase volver a ocupar mi sitio en la vida.

-Pero usted me dijo que la mujer sabe que él está aquí.

-Sí -dice Byron, pensativamente-. Allí, en el aserradero, me sentía seguro, creía que no se podía presentar la ocasión de hacer daño a nadie. ¡Y en cuanto ella llegó, le conté toda la historia!

-No es eso lo que quiero decir. Usted mismo, en aquel momento, no lo sabía. Quiero decir todo lo demás. El y... ese... Hace ya tres días. Ella debe de saberlo, se lo haya dicho usted o no. Debe de haberlo oído contar.

-Christmas -Byron sigue sin levantar la vista-. No le he dicho nada más desde que ella mencionó la pequeña cicatriz blanca cerca de la boca. Mientras la llevaba por la ciudad, tuve miedo de que me preguntase. Procuré encontrar algo que contar para impedir que me hiciese más preguntas. Pero siempre he creído que ella sabía. Que aunque yo trataba de impedir que descubriera que, no sólo había huido dejándola embarazada, sino que había cambiado de nombre para que no le encontrase, y que ahora, al encontrarle, lo que encontraba era un contrabandista de alcohol, ella ya sabía. Sabía que era un holgazán...

Y Byron, en una especie de ensueño pensativo, agrega:

-Ni siquiera tuve necesidad de ocultárselo, de mentir para suavizar las cosas. Era como si ella ya supiese de antemano lo que le iba a decir, la mentira que le iba a decir. Como si ya hubiese pensado en ello por su cuenta y no me creyese de antemano, antes incluso de que yo hablase. Pero la parte de ella que sabía la verdad, a esa parte, nunca habría podido engañarla...

Byron busca, tantea las palabras. El hombre inflexible que está detrás de la mesa no intenta ayudarle.

-Es como si ella estuviera hecha de dos partes. Una de esas partes sabe que Brown es un granuja, pero la otra cree que, cuando un hombre y una mujer van a tener un hijo, el Señor cuidará de que los dos estén juntos cuando llegue el momento. Como si Dios vigilase a las mujeres para protegerlas de los hombres. Y si el Señor no considera conveniente hacer que las dos partes se reúnan y se equilibren, yo tampoco podría hacerlo.

-Absurdo -dice Hightower. Y mira, por encima de la mesa, a Byron quieto, obstinado, con rostro ascético: el rostro del ermitaño que ha

vivido mucho tiempo en un desierto donde soplan las ráfagas de arena-. Lo que esa mujer debe hacer es una cosa, una sola cosa: volver a Alabama, a su familia.

-Yo creo que no -dice Byron; lo dice bruscamente, con una decisión súbita, como si hiciese mucho tiempo que esperaba aquel momento-. No tendrá necesidad de hacerlo. Creo que no tendrá necesidad de hacerlo.

No levanta los ojos. Pero siente que el otro le mira.

-¿Es que Br... Brown sabe que ella está en Jefferson?

Durante un instante, Byron esboza casi una sonrisa. Su labio se arremanga: un leve movimiento, casi una sombra, sin alegría.

-Está demasiado ocupado. Corre detrás de esos mil dólares. Resulta divertido verle. Es como un hombre que, incapaz de tocar una melodía, sopla muy fuerte en una trompeta con la esperanza de que, dentro de unos minutos, aquello se convertirá en música. Cruza la plaza, cada doce o quince horas, con las manos esposadas, cuando lo cierto es que no conseguirían que se escapara aunque le echasen detrás los perros. Ha pasado la noche del sábado en el calabozo y no ha cesado de repetir que querían impedirle que cobrase los mil dólares tratando de probar que había ayudado a Christmas a cometer el asesinato; hasta que Buck Conner tuvo que ir a su calabozo y decirle que le iba a amordazar si no se callaba y dejaba dormir a los demás presos. Entonces se calló como un muerto. Y el domingo, cuando salían con los perros, Brown organizó tal escándalo que tuvieron que sacarle y llevarle con ellos. Pero los perros no querían hacer nada, y Brown gritaba y maldecía a los perros, y quería pegarles porque no encontraban la pista, y seguía repitiendo que era él quien había denunciado a Christmas y que sólo quería una cosa: justicia. Hasta que el sheriff le llamó aparte y le habló. No se sabe lo que el sheriff le dijo. Tal vez le amenazó con encerrarle de nuevo en el calabozo y con no llevarle con ellos la próxima vez. El caso es que se calmó y continuaron la búsqueda.

No volvieron a la ciudad hasta el lunes por la noche. Brown estaba muy tranquilo entonces. Quizás estaba cansado. Hacía tiempo que no había dormido y al parecer corría tanto con los perros que el sheriff tuvo que amenazarle con hacer que uno de sus agentes le pusiera las esposas con el fin de contenerle y de permitir a los perros que olfateasen algo que no fuese él. El sábado por la noche, cuando le encerraron, ya necesitaba un afeitado. Y ahora lo necesitaba mucho más. Supongo que tenía más aspecto de asesino que el propio Christmas. Y Brown maldecía ahora a Christmas, como si Christmas se

escondiera por pura maldad, para mofarse de él e impedir que recibiera los mil dólares de la recompensa. Y le llevaron a la cárcel y le tuvieron encerrado toda la noche. Y esta mañana le han sacado y se han ido con los perros a buscar una nueva pista. Parece ser que se le oyó gritar y hablar durante mucho tiempo después que se alejaron de la ciudad.

¿Y dice que ella no sabe nada de eso? ¿Dice que se lo ha ocultado? Prefiere usted que la muchacha le crea un bribón, no un idiota, ¿verdad?

La cara de Byron ha recobrado su quietud. Ya no sonrío. Está llena de una expresión muy sobria.

-No lo sé. El domingo pasado, la noche en que vine a hablar con usted, volví a casa. Creía que la iba a encontrar dormida, pero todavía estaba sentada en el salón. Y me dijo. «¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?» Yo no la miraba y sentía que ella me miraba a mí. Le dije que era un negro que había asesinado a una blanca. Esta vez no le mentí. Porque, casi sin pensarlo, agregué: «... y que ha prendido fuego a la casa.» Y ya era demasiado tarde. Cuando le había mostrado el humo le había hablado de los dos tipos que vivían allí: Christmas y Brown. Y sentí que ella me miraba como me mira usted ahora. Y me dijo: «¿Cómo se llama el negro?» Se diría que Dios dispone que ellas averigüen lo que necesitan saber en las mentiras de los hombres, sin necesidad de preguntar. Y que no averigüen lo que no quieren saber, aunque uno ni siquiera se da cuenta de que no lo han averiguado. Por eso no sé lo que ella sabe y lo que ella ignora. Sólo sé que le he ocultado que el que ha denunciado al asesino es el hombre a quien ella busca, y que ahora está en la cárcel cuando no sale a perseguir con los perros al hombre que le había albergado y que era su amigo. Esto no se lo he dicho.

-¿Y qué hará usted ahora? ¿A dónde quiere ir ella?

-Ella quiere ir a donde esté él y esperarle. Le he dicho que estaba fuera de la ciudad, que ha ido a arreglar unos asuntos que le ha encargado el sheriff. Así que no he mentado del todo. Ella ya me había preguntado dónde vivía Brown y yo se lo había dicho. Y me dijo que era allí donde tenía que ir a esperarle, puesto que era su casa. Y dijo que eso era lo que a él le gustaría que hiciese. No pude decirle lo contrario, que aquella cabaña era el último lugar del mundo donde él querría verla. Y ella quería ir la misma tarde, en cuanto yo regresara del aserradero. Había anudado su hatillo y se había puesto su capellina, y me esperaba para que la llevase a casa de Brown. «Hubiese ido yo sola - me dijo-, pero no estaba muy segura del camino.» Y yo dije «sí», pero

que hoy era demasiado tarde, y que iríamos mañana y ella dijo: «Nos queda todavía una hora antes de que sea de noche. Son dos millas, ¿verdad?» Le dije que esperaríamos un poco, que tenía que informarme. «¿Informarse de qué? ¡No es la casa de Lucas?» Y yo podía sentir cómo me observaba, y dijo: «Creía que usted me había dicho que era allí donde vivía Lucas.» Y ella me observaba, y dijo: «Quién es ese pastor a quien le habla de mí todo el tiempo?»

-¿Y la va a dejar que vaya a vivir allí?

-Quizás fuese lo mejor. Allí estaría tranquila y más lejos de todas las habladurías mientras dure el asunto.

O dicho de otro modo, que ella tiene esa idea y que usted no va a detenerla. Que usted no quiere detenerla.

Byron no alza los ojos.

-Después de todo, es su casa. Brown no tendrá nunca más hogar que ése... Y Brown es su...

-¡Allá lejos, sola, y con un niño a punto de nacer! Las casas más próximas, cabañas de negros, a más de quinientos metros...

Hightower observa el rostro de Byron.

-Ya he pensado en eso. Hay algunos medios, algunas cosas que se podrían hacer...

-¿Qué cosas? ¿Qué puede usted hacer para protegerla?

Byron tarda en responder. No levanta los ojos. Cuando habla, lo hace con una voz obstinada:

-Hay cosas que un hombre puede hacer a escondidas sin que sean malas, reverendo. Importa poco lo que la gente piense.

-No creo que usted pueda hacer nada malo, Byron, aunque podría pensarlo la gente. Pero, ¿tiene usted la pretensión de decirme exactamente qué proporción del mal hay en la apariencia del mal, dónde se detiene el mal entre la acción y la apariencia?

-No -dice Byron, y se mueve levemente; habla como si él también se despertase-. Espero que no. Creo que trato de hacer lo mejor que se puede hacer, según mis propias luces.

«He aquí la primera mentira que me ha dicho -piensa Hightower-, la primera mentira que ha dicho a alguien, hombre o mujer, y tal vez a sí mismo.» Mira, por encima de la mesa, el rostro obstinado, huraño y sobrio que todavía no le ha mirado. «Pero quizás no sea ni una mentira, puesto que él no sabe que lo es.» Y habla ahora con una especie de falsa brusquedad, que es desmentida por sus carrillos flácidos y por sus ojos oscuros y cavernosos.

-Muy bien. Ya está arreglado. La lleva usted allí, a la casa donde él vive, y se ocupa de que esté cómodamente instalada, y de que nadie

la moleste hasta que todo haya acabado. Y después, le dice a ese hombre, a Burch o Brown, que ella está allí.

-Y Brown escapará -dice Byron.

No ha levantado los ojos, pero parece que le invade una ola de exaltación, de triunfo. No puede dominarla, ocultarla. Es demasiado tarde para intentarlo. Por el momento, no intenta dominarla. Se ha vuelto también en su silla y mira, por primera vez, al pastor con un rostro confiado, audaz y desbordante. Hightower sostiene su mirada sin pestañear.

-¿Es eso lo que usted querría que hiciese? -dice Hightower.

Están sentados debajo de la lámpara. El cálido silencio de la noche sofocante entra por la ventana abierta.

-Piense en lo que hace, Byron. Intenta usted interponerse entre el marido y la mujer.

Byron se ha recobrado. Ya no tiene una expresión triunfante. Pero mira fijamente al viejo. Quizás ha tratado también de dominar la voz, pero no lo ha logrado todavía.

-Todavía no son marido y mujer -dice.

-¿Cree ella eso? ¿Cree usted que ella diría eso? Se miran.

-¡Ah, Byron, Byron! ¿Qué son unas cuantas palabras murmuradas torpemente delante de Dios frente a la tenacidad de una mujer? ¿Qué son frente a ese niño?

-Bueno, quizás no se escape, si cobra esa recompensa. Es probable que, con esos mil dólares, se emborrache lo bastante para hacer cualquier cosa, hasta para casarse.

-¡Ah, Byron, Byron!

-Entonces, ¿qué cree usted que debemos... que debo hacer? ¿Qué me aconseja usted?

Que se vaya, que deje Jefferson.

Se miran.

-No -dice Hightower-, usted no necesita que yo le ayude. Le está ayudando alguien mucho más fuerte que yo.

Byron se queda callado un momento. Se miran fijamente.

-¿Quién me está ayudando ?

-El diablo -dice Hightower.

«Y el diablo se ocupa de él también», piensa Hightower. Va camino de su casa con el cestillo de la compra colgado del brazo. «De él también. De él también», piensa sin dejar de caminar. Hace calor. Está en mangas de camisa. Sus piernas parecen más finas embutidas en el pantalón negro. Sus hombros y sus brazos son enjutos, descarnados, y su vientre, enorme, bambolea su monstruosa obesidad. Su camisa es

blanca, pero ajada. El cuello está sucio, lo mismo que la corbata de linón blanco, torpemente anudada. Y hace dos o tres días que no se ha afeitado. Su panamá está sucio y por debajo de él aparecen los bordes de un sucio pañuelo colocado entre el sombrero y el cráneo para combatir el calor. Ha ido a la ciudad, como suele hacerlo dos veces por semana, para hacer sus compras. Desmadejado, informe, con su bata gris, sus ojos ocultos tras los cristales ahumados, sus manos ribeteadas y el acre olor de carne sedentaria y mal lavada, ha entrado en el almacén oloroso y atestado, el único almacén de que es cliente, y ha pagado al contado todas sus compras.

-Al fin han encontrado la pista de ese negro -dice el propietario.

-¿Ese negro? -dice Hightower. Se queda inmóvil en el momento de guardar en el bolsillo las monedas que acaban de devolverle.

-Ese hij... Ese hombre, el asesino. Siempre dije que había algo raro en él... que no era blanco... que tenía algo de extraño. Pero a la gente no se le puede decir nada hasta que...

-¿Han encontrado la pista? -dice Hightower.

-Claro que la han encontrado. A ese idiota ni siquiera se le ocurrió salir del condado. El sheriff ha telefoneado a todo la región y el maldito hijo de... estaba aquí, delante de sus narices.

-Y le han...

Hightower se inclina sobre el mostrador, por encima de su cesto repleto. La arista del mostrador, que Hightower puede sentir en su vientre, le produce una sensación de solidez y de estabilidad. Más bien le parece que es la tierra la que oscila lentamente, la que se prepara para moverse. Después le parece que el mostrador oscila poco a poco, como algo que uno va soltando gradualmente, sin apresuramiento y con mucha habilidad; pues la vista se engaña allí, cree que los sucios anaqueles con sus latas de conserva, moteadas de cagadas de mosca, y el comerciante mismo, detrás del mostrador, no se han movido. Sensación ofensiva, equívoca. Y Hightower piensa: ¡No, no! He comprado la inmunidad. He pagado. He pagado.»

-Todavía no le han cogido -dice el comerciante-. Pero no tardarán en hacerlo. Esta mañana, al amanecer, el sheriff ha llevado los perros a la iglesia. No llevan más de seis horas de retraso y pensar que ese pobre imbécil no ha tenido inteligencia para... Si no hubiese otras pruebas, ésa bastaría para demostrar que es un negro...

-Y luego, el comerciante dice:

-Esto es todo por hoy?

-¿Cómo? -dijo Hightower-. ¿Cómo?

-Que si no necesita usted algo más.

-No, no. Ya está.

Y entonces comienza a hurgar en su bolsillo mientras el comerciante le observa. Su mano aparece, vacilante. Se abate sobre el mostrador, desparrama las monedas. El comerciante detiene tres que están a punto de caer al suelo.

-¿Para qué es ese dinero? -dice el comerciante.

-Para los... -la mano de Hightower palpa el cesto-. Para ...

-Ya me ha pagado usted -el comerciante observa con curiosidad-. Esto es su cambio. Acabo de dárselo. El cambio de su dólar...

-¡Ah, sí, sí! -dice Hightower-. Sí... Sólo quería...

El comerciante recoge las monedas. Se las entrega. Cuando la mano de su cliente toca la suya, la siente fría como el hielo.

-Es este calor -dice el comerciante-. Agota a cualquiera. ¿Quiere descansar aquí un poco, antes de volver a casa?

Pero, al parecer, Hightower no le oye. Se dirige ya hacia la puerta, seguido por la mirada del comerciante. Cruza la puerta y sale a la calle, con su cesto colgado del brazo. Camina rígido, cauteloso, como quien camina sobre hielo. Hace mucho calor. Un vaho cálido asciende del asfalto y envuelve los familiares edificios de la plaza en una especie de halo, en un claroscuro vivo, palpitante. Alguien le habla al pasar. Ni siquiera lo advierte. Camina pensando y él también. Y él también. Anda más deprisa ahora y llega sofocado a la esquina de la callejuela muerta y vacía donde se encuentra su casa muerta y vacía. «Es el calor», le repite la superficie de su cerebro. Y sin embargo, hasta en la calle tranquila donde ya casi nadie se detiene para mirar, para recordar el rótulo, tan cerca de su casa, de su santuario, Hightower oye que, desde las profundidades de su cerebro, llegan aquellas palabras engañosas, calmantes: «No, no. He comprado la inmunidad» Ahora son como palabras pronunciadas en voz alta, palabras reiteradas, pacientes, justificativas. «He pagado por ello. No he regateado el precio. Nadie me lo podrá reprochar. Todo lo que yo quería era paz. Y la pagué sin regatear.»

La calle tiembla, parece flotar. Hightower está sudando, pero, ahora, hasta el calor de mediodía le da una impresión de frescor. Y después, el sudor, el calor, el espejismo, todo, se precipita, se funde en una finalidad que destruye toda lógica, toda justificación, como los destruiría el fuego. «No quiero. No quiero.»

Cuando, al caer la noche, sentado ante la ventana de su escritorio, ve a Byron entrar en la luz del farol y salir de ella, se incorpora súbitamente en su silla. Y no porque le sorprenda ver a Byron a esa

hora.

Al principio, cuando reconoce la silueta, piensa *Ah, ya sabía yo que vendría esta noche. No está en su naturaleza soportar la apariencia del mal.* Y mientras piensa esto se sobresalta, se incorpora. Después de haber reconocido la silueta que se acerca a plena luz cree por un momento que se ha equivocado. Sin embargo, sabe que no se equivoca, que no puede ser nadie más que Byron, puesto que ya ha franqueado la verja del jardín.

Hay un gran cambio en Byron. Se advierte en su aspecto, en su modo de andar. Inclinado hacia delante, Hightower se dice a sí mismo *Como si hubiese conocido de pronto el orgullo o la desconfianza.* Byron camina con la cabeza levantada. Camina erguido y con rápido paso. De repente, Hightower dice casi en voz alta: «Ha hecho algo. Ha empezado a actuar.» Hace chasquear la lengua, inclinado en la ventana oscura, con los ojos clavados en la figura que, atravesando rápidamente el rectángulo de la ventana, se adelanta hacia el porche, hacia la entrada de la casa donde Hightower, un minuto después, oye sus pasos y su llamada. «No se ofreció a contármelo -piensa-. Le habría escuchado, le habría dejado pensar en voz alta delante de mí.» Cruza la habitación, se detiene junto a la mesa para encender la lámpara. Y va hacia la puerta de entrada.

-Soy yo, reverendo -dice Byron.

-Ya le había reconocido -dice Hightower-. Aunque esta vez no haya tropezado en el escalón. Ya ha venido usted a esta casa algún domingo por la noche, pero hasta hoy, Byron, no había entrado nunca sin tropezar en el escalón.

Es la nota que habitualmente acompaña la llegada de Byron: una actitud un poco superior, en la que la ligereza se alía con la cordialidad para hacer que el visitante se sienta cómodo; y, por parte del visitante, una lenta desconfianza campesina, que es una forma de la cortesía. A veces, Hightower tiene la sensación de atraer a Byron a la casa simplemente con un soplo de aire cueradamente aplicado, como si Byron llevase una vela. Pero esta vez, Byron ha entrado antes que Hightower haya podido terminar su frase. Ha entrado en seguida, con ese talante nuevo, a medio camino entre la seguridad y la desconfianza.

-Y estoy seguro de que habrá notado que prefiere verme entrar tropezando que sin tropezar -dice Byron.

-Es una esperanza o una amenaza, Byron?

-No tengo ninguna intención de amenazar -dice Byron.

-¡Ah! -dice Hightower-. Dicho de otro modo, que no tiene ninguna



esperanza que ofrecer. Bien, ya estoy prevenido. Ya estaba prevenido desde que le vi a la luz del farol. Pero, al menos, me hablará usted. Me dirá lo que ha hecho ya, aunque antes no creyera oportuno decírmelo. Se acercan a la puerta del cuarto de trabajo. Byron se detiene. Se vuelve y levanta los ojos hacia el rostro que está detrás de él.

-¿De modo que ya lo sabe? ¿Que ya se lo han contado? -aunque no ha movido la cabeza, ya no mira a Hightower-. Después de todo... -dice-. Después de todo -repite-, el hombre tiene derecho a hablar. Y la mujer también. Pero me gustaría saber quién se lo ha dicho. No es que me avergüence. Ni que haya tenido la intención de ocultárselo. He venido a decírselo en cuanto he podido.

Están exactamente delante de la puerta de la habitación iluminada. Hightower advierte entonces que los brazos de Byron están cargados de paquetes, de envoltorios con aspecto de contener comestibles.

-¿Qué? -dice Hightower-. ¿Que es lo que ha venido a contarme? Pero entre usted. Quizás ya sé de qué se trata. Pero quiero ver su cara cuando me lo diga. Ya ve usted que yo también prevengo, Byron.

Entran en la habitación iluminada. Los paquetes son, evidentemente, de comestibles. Hightower ha llevado demasiados él mismo para no saberlo.

-Siéntese -dice.

-No -dice Byron-. No estaré mucho tiempo.

Está de pie, sobrio, reservado, con su habitual aspecto de bondad, pero también con un aire de decisión sin arrogancia, de confianza sin exceso de seguridad: el aire de un hombre que va a hacer algo que una persona querida no comprenderá, no aprobará, y que él sabe que es justo, lo mismo que sabe que el amigo opinará lo contrario. Dice:

-No le va a gustar. Pero no hay más remedio. Espero que vea las cosas de ese modo, aunque lo dudo. Pero no he podido hacer otra cosa.

Hightower, que se ha sentado al otro lado de la mesa, le mira gravemente.

-¿Qué ha hecho usted, Byron?

Byron habla con ese tono nuevo, ese tono breve, conciso, en el que cada palabra destaca limpiamente, sin vacilaciones.

-Esta tarde la he llevado allí. Antes ya había arreglado, limpiado bien la casa. Ahora está instalada allí. Era lo que ella quería. Nunca ha tenido otro hogar, nunca tendrá otro y supongo que tiene derecho a aprovecharse de ello, sobre todo cuando el propietario no lo usa. Porque le retienen en otro lugar, por decirlo de algún modo. Sé que usted no lo aprobará. Puede usted darme un montón de razones, de buenas razones. Me dirá, puesto que esa cabaña no le pertenece, yo

no debería habérsela dado. Está bien. Tal vez sea cierto. Pero no hay ni un ser humano que viva por aquí, ni en todo el estado de Mississippi, que sea capaz de decir que esa muchacha no tiene derecho a habitarla. Me dirá usted que, en su estado, tendría que tener a otra mujer junto a ella. Muy bien. Hay una negra, una negra lo bastante vieja para tener un poco de sentido común, que vive a menos de cien metros. Puede llamarla sin moverse de su silla o de su cama. Me dirá usted que no es una blanca. Y yo le preguntaré lo que podría esperar esa muchacha de las mujeres blancas de Jefferson cuando el niño nazca. Sólo hace ocho días que está en Jefferson y no es capaz de hablar diez minutos con otra mujer sin que esa otra mujer comprenda que no está casada. Cuando llegue el momento, ¿qué ayuda puede esperar de las blancas? ¡Oh, sí! Ya sé que se cuidarán de que tenga una cama y unas paredes para esconderla a la gente de la calle. No me refiero a eso. Y hasta sería disculpable decir que eso es lo que se merece, teniendo en cuenta que no fue detrás de las paredes donde se ganó la figura que ahora tiene. Pero el niño no fue consultado. Y aunque lo hubiese sido, dudo que el pobre crío, con la perspectiva que le espera en este mundo, merezca... merezca más que... En fin, estoy seguro de que usted me comprende, que usted mismo podría decirlo.

Y Hightower, desde el otro lado de la mesa, observa, oye hablar a esa voz uniforme, contenida, que sólo se encuentra escasa de palabras cuando llega a algo demasiado nuevo, demasiado impreciso para que pueda hacer algo más que sentirlo.

-Y llego al tercer punto: una blanca, sola, allí. Eso tampoco le gustará a usted. Todavía le gustará menos que lo otro.

-¡Ah, Byron, Byron!

Ahora la voz de Byron es desapacible. Pero sigue con la cabeza alta.

-No vivo en la cabaña con ella. Tengo una tienda. Y no está demasiado cerca. Sólo lo suficiente para que pueda oírla si me necesita. Y he colocado un cerrojo en la puerta. Venga quien venga, y a la hora que venga, me encontrará en mi tienda.

-Ya sé que usted no piensa lo que la mayoría de la gente pensaría, lo que está ya pensando. Sé que usted tiene demasiado sentido común para pensar en eso, igual que si ella no estuviese allí... Sólo que... Sé que usted dice eso porque sabe lo que van a pensar los otros.

Hightower ha vuelto a adoptar la posición de un ídolo oriental, con sus brazos estirados paralelamente sobre los brazos del sillón.

-Márchese, Byron. Márchese. Ahora mismo. En seguida. Abandone para siempre ese lugar, ese lugar terrible, ese Lugar terrible, terrible... Puedo leer en usted. Me va usted a decir que acaba de saber lo que es

el amor. Y yo le diré que lo que acaba de saber, justamente, es lo que es la esperanza. El objeto no tiene importancia, ni para la esperanza, ni siquiera para usted. Sólo hay un final en todo esto, un solo final en el camino que usted ha emprendido: el pecado o el matrimonio. Y usted, precisamente usted, no es hombre para aceptar el pecado. Que Dios me perdone. Con un hombre como usted, tendrá que ser el matrimonio o nada. Y usted insistirá para que sea el matrimonio. La convencerá. Tal vez la ha convencido ya. Sólo es necesario que ella lo sepa, que ella quiera admitirlo. Si no fuese así, cómo podría ser feliz permaneciendo así, sin hacer ningún esfuerzo para encontrar al hombre que ha venido a buscar? Yo no puedo decirle: escoja el pecado, porque, no sólo me odiaría, sino que, además, haría caer ese odio sobre ella. Por eso le digo: Váyase. Ahora. En seguida. Vuelva la cara y no mire hacia atrás. ¡Pero eso no, Byron!

Se miran.

-Ya sabía yo que no le iba a gustar -dice Byron-. Creo que he hecho bien en no sentarme, en no comportarme como un invitado. Pero no me esperaba eso. Que usted ataque también a una mujer deshonrada y traicionada.

-Una mujer que tiene un hijo no es nunca traicionada. El marido de la madre, sea el padre o no lo sea, ya es un cornudo. Aproveche al menos de una probabilidad entre diez, Byron. Si quiere usted casarse, hay mujeres solteras, muchachas vírgenes. No es justo que se sacrifique por una mujer que ya eligió una vez y que ahora quiere renegar de su elección. No es justo. No es justo. Dios no se propuso eso cuando instituyó el matrimonio. ¿Pero lo instituyó Él? Lo instituyeron las mujeres.

-¿Sacrificarme? ¿Sacrificarme yo? Me parece que el sacrificio...

-No se sacrifique por ella. Para las Lena Grove siempre hay dos hombres en el mundo, y su número constituye legión. Los Lucas Burch y los Byron Bunch. Pero no existe ninguna mujer, no existe ninguna Lena que merezca tener a los dos. Ha habido mujeres buenas que han sido martirizadas por brutos, por borrachos por ejemplo. ¿Pero qué mujer, buena o mala, ha sufrido con un bruto tanto como los hombres han sufrido con las mujeres? Respóndame, Byron.

Y hablan tranquilamente, sin calor, tomándose tiempo para pesar sus palabras, como dos hombres ya inexpugnables en la firmeza de sus convicciones.

-Es probable que tenga usted razón -dice Byron-. De todas formas, no soy yo quien debe decirle que se equivoca. Y creo que tampoco es usted quien debe decirme que me equivoco, aunque sea cierto.

-No -dijo Hightower.

-Aunque sea cierto -dijo Byron-. Así que lo mejor será que me despida de usted.

Y agrega tranquilamente:

-Tengo un buen trecho de camino hasta allí.

-Sí -dice Hightower-. En otros tiempos yo iba por allí de vez en cuando. Deben de ser tres millas.

-Dos -dijo Byron.

Entonces, se vuelve. Hightower no se mueve. Byron, que no ha soltado sus paquetes, los cambia de brazo.

-Buenas noches. Espero verle pronto.

-Sí -dijo Hightower-. Si puedo serle útil en algo... Si necesita algo, sábanas, mantas, por ejemplo...

-Muchas gracias. Creo que tiene bastantes. Algunas ya estaban allí. Muchas gracias.

-Y avísame, ¿quiere? Si sucede algo. Si el niño... ¿Ha hablado usted ya con algún médico?

-También me ocuparé de ello.

-¿Pero ha visto a alguno? ¿Ha apalabrado a alguno?

-Pienso ocuparme de todo eso. Le tendré al corriente.

Y se va. Desde la ventana, Hightower le ve pasar, avanzar por la calle para salir de la ciudad y recorrer sus dos millas con sus alimentos envueltos en papeles. Desaparece, caminando erguido y a buen paso, un paso que un viejo gordo y ya corto de aliento, un viejo que ha pasado ya demasiado tiempo sentado, nunca habría podido seguir. Y Hightower se queda allí, inclinado sobre la ventana, en el calor de agosto, olvidado del olor en el que vive, ese olor de las personas que no viven ya en este mundo, ese olor de desecación obesa, de ropa interior sucia, que es como un signo precursor de la tumba. Escucha aquellos pasos que cree oír, incluso mucho tiempo después de saber que ya es imposible que los oiga. Y piensa: «Dios le bendiga. Dios le bendiga» pensando *Ser joven. Ser joven. No hay nada parecido. No hay nada parecido en el mundo.* Y piensa serenamente «No debería haber perdido la costumbre de rezar». Después deja de oír los pasos. Ya solamente oye las miríadas interminables de insectos. Apoyado en la ventana, respira el cálido, feraz, sosegado, manchado olor de la tierra, recordando cuánto le gustaba de joven la oscuridad, cuánto le gustaba pasear y sentarse bajo los árboles por la noche. El suelo, la corteza de los árboles adquirirían entonces un carácter de actualidad salvaje. Le parecían hinchados, sugeridores de semivoluptuosidades, de

semiterrosos, extraños y siniestros. Temía a todo aquello. Sentía miedo. Y le gustaba aquella sensación de miedo. Después, en el seminario, un día, se dio cuenta de que ya no tenía miedo. Era como si una puerta se hubiese cerrado en alguna parte. Ya no tenía miedo de las tinieblas. Las odiaba, solamente. Y huía de ellas, se refugiaba entre las paredes, en la luz artificial. «No -piensa-, no debería haber perdido la costumbre de rezar.» Se aparta de la ventana. Una de las paredes de la habitación está cubierta de libros. Se detiene delante de ellos. Y busca, hasta que encuentra el que desea. Es Tennyson. Las páginas están abarquilladas. Lo tiene desde que estudiaba en el seminario. Se sienta bajo la lámpara y lo abre. No transcurre mucho tiempo. Muy pronto, el hermoso lenguaje galopante, el lánguido desmayo lleno de árboles sin savia y de excesos deshidratados, comienza a flotar, suave, rápido y apacible. Esto es mejor que la oración y no tiene que preocuparse de pensar en voz alta. Le parece escuchar, en una catedral, a un eunuco que salmodia en una lengua que ni siquiera necesita comprender.

#### 14.

-Hay alguien allí, en aquella cabaña -dijo el ayudante del sheriff-. No alguien que se esconde, sino alguien que vive allí.

-Vamos a ver -dijo el sheriff.

El agente fue allí y volvió.

-Es una mujer. Una muchacha. Parece haberse instalado como para vivir bastante tiempo. Y Byron Bunch está acampado en una tienda, no más lejos de la cabaña de lo que nosotros estriamos de la oficina de correos.

-¿Byron Bunch? -dijo el sheriff-. ¿Y quién es esa mujer?

-No lo sé. No es de aquí. Es una muchacha. Me lo ha contado todo. No hice más que entrar en la cabaña y ya me estaba contando su historia, como si fuera un discurso preparado, un discurso que estuviese acostumbrada a repetir. Como si tuviera ese hábito. Y supongo que ha debido de tenerlo desde el día en que dejó Alabama para ir en busca de su marido. Al parecer, él se había ido antes que ella, en busca de trabajo. Al cabo de cierto tiempo, ella se puso en camino. Y por la carretera, la gente le dijo que el hombre estaba aquí. Y en ese momento entró Byron y dijo que él me lo podría explicar. Dijo que tenía la intención de hablar con usted.

-¿Byron Bunch? -dijo el sheriff.

-Sí -dijo el ayudante; y agregó-: La chica espera un niño. No tardará mucho en tenerlo.

-¿Un niño? -dijo el sheriff; miró a su ayudante-: ¿Y de Alabama? De sabe Dios dónde. Pero no se puede decir que es de Byron Bunch.

-Ni yo trato de decírselo. No he dicho que sea de Byron. Por lo demás, tampoco Byron dice que sea suyo. Le repito solamente lo que él me dijo.

-¡Ah! -dijo el sheriff-. Ya comprendo por qué está en esa cabaña. El niño es de uno de esos dos tipos. ¿Es de Christmas quizás?

-No. Verá usted lo que me ha dicho Byron. Me llevó fuera y empezó a contármelo todo en cuanto estuvo lo bastante lejos para que ella no pudiese oírle. Me dijo que quería venir a hablar con usted. El niño es de Brown. Sólo que su nombre no es Brown. Se llama Lucas Burch. Byron me lo ha dicho. Me ha contado cómo Brown, o Burch, abandonó allá, por Alabama, a la chica. Le dijo que iba a buscar trabajo y a poner una casa y que en seguida la mandaría venir. Pero la chica estaba a punto de cumplir y todavía no había sabido nada de él. Ni siquiera sabía dónde estaba, nada. Entonces no quiso esperar más. Salió de su pueblo a pie, preguntando a lo largo del camino si conocían a un muchacho llamado Lucas Burch. De vez en cuando le ofrecían un asiento en alguna carreta, y a todos los que encontraba les preguntaba si le conocían. Y después, un día alguien le dijo que había un muchacho llamado Burch, o Bunch, o algo así, que trabajaba en el aserradero de Jefferson. Y vino hacia aquí. Llegó el sábado en una carreta, en el momento en que todos estábamos allí con lo del crimen, y luego se fue al taller, y se encontró con que allí estaba Bunch, y no Burch. Y dijo Byron que él mismo, sin darse cuenta, le dijo que su marido estaba en Jefferson. Y que entonces se vio cogido y no tuvo otro remedio que decirle donde vivía Brown. Pero no le dijo que Brown, o Burch, estaba mezclado con Christmas en el caso del asesinato. Sólo le dijo que Brown estaba ausente por negocios. Bueno, supongo que se puede llamar negocios a eso. Trabajo es, por lo menos. Nunca había visto a un hombre con tanta gana de tener mil dólares y trabajar tan duramente para tenerlos. Y entonces ella le dijo a Byron que la casa de Brown era, seguramente, la que Burch le había prometido. Así que se fue allí, a esperar el día en que Brown regresase de su viaje de negocios. Byron dice que no lo pudo evitar, porque no quería decirle la verdad con respecto a Brown, después de haberle mentado, por así decirlo. Y dice que ya habría hablado con usted si usted no hubiese descubierto las cosas demasiado pronto, antes de que él la hubiese instalado del todo.

-¿Lucas Burch? -dijo el sheriff.

-Yo también me sorprendí un poco -dijo el ayudante-. ¿Qué piensa

usted hacer?

-Nada -dijo el sheriff-. No creo que allí puedan perjudicar a nadie. Y esa casa no es mía, no puedo decirles que salgan de ella. Y, como Byron le ha dicho, Burch, o Brown, o como diablos se llame, estará ocupado todavía bastante tiempo.

-Le hablará a Brown de la muchacha?

-Creo que no -dijo el sheriff-. Eso no me concierne. No me interesan las mujeres que ha abandonado en Alabama o en cualquier otro sitio. Lo que me interesa es el marido que parece haber tenido él desde que llegó a Jefferson.

El ayudante soltó una carcajada.

-Es verdad -dijo.

Luego se tranquilizó, y meditó: «Si no consigue esos mil dólares, creo que se morirá.»

-Lo dudo -dijo el sheriff.

El miércoles, a las tres de la madrugada, un negro entró en la ciudad montado a pelo en una mula; se dirigió a casa del sheriff y le despertó. Venía directamente de una iglesia de negros situada a veinte millas de distancia y en la que se había celebrado un servicio nocturno. La víspera; por la tarde, en medio de un cántico, se oyó un ruido tremendo en el fondo de la iglesia y, al volverse a mirar, los fieles vieron a un hombre de pie en la puerta. La puerta no estaba atrancada, ni siquiera cerrada y, al parecer, el hombre la había agarrado por el picaporte y la había lanzado contra la pared produciendo un ruido que restalló entre las voces armónicas como un tiro de revólver. El cántico cesó bruscamente y el hombre avanzó por la nave hacia el púlpito en el que se inclinaba el predicador, con las manos todavía en alto y la boca aún abierta. Los fieles vieron que el hombre era blanco. En la sombra densa y cavernosa que las dos lámparas de petróleo no hacían más que aumentar, no supieron qué clase de hombre era hasta que le vieron llegar a media nave. Entonces vieron que no tenía la cara negra; una mujer empezó a gritar y los que estaban al fondo se levantaron de un salto y corrieron hacia la puerta. Otra mujer saltó del banco de las plañideras y, en un estado medio histérico, se puso a girar, con los ojos en blanco, y gritó: «¡Es el diablo, es el mismísimo Satanás!» Y, como ciega, se lanzó hacia él. El hombre la derribó de un puñetazo sin detenerse, pasó sobre ella, siguió caminando hacia el púlpito y puso la mano sobre el pastor, mientras las caras abiertas para gritar se eclipsaban a ambos lados.

-Nadie le molestó -dijo el informante-. Todo sucedió muy deprisa y nadie sabía quién era el hombre, ni lo que quería, ni nada. Las mujeres gritaban y daban alaridos. Y el hombre se fue derecho al púlpito, agarró por el cuello al Hermano Bedenberry y trató de sacarlo del púlpito. Vimos que el Hermano Bedenberry le hablaba intentando apaciguarle y que el hombre le sacudía y le abofeteaba. Las mujeres daban tales gritos que no se oía lo que decía el Hermano Bedenberry, pero se veía que no le devolvía los golpes. Al fin, unos cuantos hombres del consistorio, los más viejos, se acercaron al hombre e intentaron hablarle. El hombre soltó al Hermano Bedenberry, se volvió y tumbó al tío Thompson, que tiene setenta años y cayó sobre el banco de las plañideras. Luego agarró una silla, la hizo girar y largó un golpe a los otros, que se echaron atrás. La gente seguía gritando. El hombre subió al púlpito, del que había bajado, por el otro lado, el Hermano Bedenberry, y se plantó con las manos en alto como un predicador. Tenía el pantalón y la camisa manchados de barro y la cara ennegrecida por la barba. Y comenzó a maldecir a gritos a la gente y blasfemar con voz que sobresalía por encima de los gritos de las mujeres. Unos cuantos fieles trataban de contener a Roz Thompson, hijo de una hija del tío Thompson, que tiene seis pies de estatura y que, con una navaja de afeitar en la mano, aullaba: «Le mato. Dejadme. Ha pegado a mi abuelo. Le mato. Dejadme. Por favor, dejadme.» Y la gente corría, tratando de huir, y se atropellaba en la nave y en la puerta, y el hombre seguía blasfemando, y se llevaron a Roz a la fuerza, y Roz seguía pidiendo que le dejaran. Al fin sacaron a Roz y nosotros nos ocultamos entre los matorrales mientras el hombre seguía maldiciendo y gritando en la puerta. Tuvieron que contener a Roz de nuevo. El hombre debió de oír el escándalo que armaba Roz, porque se echó a reír. Permaneció en la puerta, con la luz a sus espaldas y riéndose en voz alta. Luego comenzó a maldecir de nuevo y le vimos que agarraba un banco y lo lanzaba hacia el fondo; y oímos el ruido de la lámpara que se rompía. La iglesia quedó medio a oscuras, luego oímos el ruido que hizo la otra lámpara al romperse y la iglesia quedó a oscuras y ya no pudimos verle. Y en el lugar en que tenían sujeto a Roz, se levantó un estrépito terrible. Roz gritaba: «Agarradle, agarradle, agarradle.» Alguien gritó «Se ha escapado»; y oímos que Roz corría hacia la parte de atrás de la iglesia. Y Vines, uno de los miembros del consistorio, se me acercó y me dijo. «Roz le va a matar. Monta en una mula y vete a ver al sheriff. Cuéntale lo que has visto.» Y nadie le ha hecho nada, capitán -dijo el negro-. Ni siquiera sabemos cómo se llama. No le hemos visto nunca. Hemos hecho lo posible por



sujetar a Roz, pero Roz es un hombre muy fuerte y el hombre había tumbado al abuelo de Roz, que tiene setenta años, y Roz tenía una navaja de afeitar en la mano y no le importaba cortar a alguno para abrirse paso hasta la iglesia en la que estaba el blanco. Dios sabe que hemos hecho lo posible por sujetar a Roz.

Eso fue lo que el negro contó, porque eso era lo que sabía; y se marchó inmediatamente. Cuando estaba contándolo, no sabía que Roz yacía en aquel momento sin conocimiento en una cabaña con fractura de cráneo producida por el golpe que le dio Christmas en la oscuridad, detrás de la puerta, con la pata del banco, cuando Roz irrumpió en la iglesia. Christmas no dio más que un golpe violento, salvaje, en dirección al ruido de pasos, a la sombra abultada que se precipitó por la puerta en actitud de atacar y oyó que Roz se desplomaba con estrépito sobre los bancos volcados y que se quedaba inmóvil. Sin hacer ninguna pausa, Christmas se tiró al suelo y permaneció quieto un momento, esgrimiendo la pata de banco. Ni siquiera jadeaba. No sudaba; estaba fresco, le refrescaba la oscuridad. El atrio de la iglesia era una lívida media luna de tierra batida y pisoteada, rodeada por matorrales y árboles. Christmas sabía que los matorrales estaban llenos de negros, sentía sus miradas. «Mirar y mirar -pensó-. Ni siquiera saben que no pueden verme.» Respiró profundamente y observó, con curiosidad, que todavía sostenía la pata del banco, como tratando de mantenerla en equilibrio, como si no la hubiera tocado antes. «Le haré una muesca mañana», pensó. Y dejándola cuidadosamente contra la pared, sacó de la camisa un cigarrillo y un fósforo. Al encender el fósforo hizo una pausa y mientras la llama amarilla se avivaba, volvió ligeramente la cabeza. Lo que oyó fue el ruido de cascos, un ruido que aumentó rápidamente y que luego fue disminuyendo. «Una mula», dijo en voz alta, no muy alta. «A la ciudad, a llevar las buenas noticias.» Encendió el cigarrillo, arrojó el fósforo y permaneció quieto fumando; y sintió que las miradas de los negros se concentraban en el diminuto carboncillo vivo. Permaneció quieto hasta terminar el cigarrillo, pero se mantenía alerta, de espaldas a la pared y con la pata de banco en la mano derecha.

Terminó del todo el cigarrillo y lo arrojó, parpadeante, lo más lejos que pudo, al matorral donde estaba seguro de que los negros se agazapaban. «Ahí va una colilla para vosotros, negros», dijo bruscamente, con una voz que resonó en el silencio. Desde el matorral en el que estaban agazapados, los negros contemplaron el cigarrillo, que brilló en la tierra durante un momento. Pero no vieron cuándo se

marchó Christmas, ni en qué dirección se había ido.

El sheriff llegó a las ocho de la mañana del día siguiente con sus hombres y sus perros. E inmediatamente hicieron una descubierta, en la que los perros no intervinieron. La iglesia estaba desierta; no había ningún negro a la vista. El grupo entró, examinó detenidamente los destrozos y salió. Los perros habían husmeado algo en seguida y estaban impacientes. Pero antes de salir, un policía encontró un pedazo de papel en la rendija de una tabla que estaba suelta en una de las paredes de la iglesia. No había duda de que alguien lo había puesto allí; al desdoblarlo, resultó ser la envoltura de un paquete de cigarrillos, roto y extendido, en cuyo revés blanco se veía un mensaje escrito con lápiz. La escritura era muy torpe, como de una mano poco práctica o como de haber sido escrita en la oscuridad, y el mensaje no era largo. Contenía una frase única e impublicable y estaba dirigido personalmente al sheriff. No llevaba firma. «¿No se lo había dicho yo?», exclamó uno del grupo. También estaba sin afeitar y lleno de barro, como la presa que no había visto aún; tenía una expresión tensa y rabiosa, de frustración y de ofensa, y una voz ronca como de haber gritado y hablado mucho recientemente sin que le hicieran caso. «Se lo he estado diciendo todo el tiempo. Se lo he dicho.»

-¿Qué es lo que me has dicho? -preguntó el sheriff con voz fría y tranquila, dirigiendo al otro una mirada fría y tranquila y con el mensaje escrito a lápiz en la mano-. ¿Qué es lo que has dicho, y cuándo?

El otro, ofendido, desesperado, casi en el límite de la paciencia, miró al sheriff. Y la policía pensó al mirarle: «Si no obtiene la recompensa, se muere.» El otro miraba al sheriff con la boca abierta, una boca de la que no salía ningún sonido, y una expresión de asombro, de perplejidad y de incredulidad.

-También yo te he dicho -le dijo el sheriff, con su voz tranquila y sin matiz- que, si no te gusta la forma en que llevo el asunto, puedes esperar en el pueblo y no tienes necesidad de tostarte al sol. ¿No te he dicho eso? Habla.

El otro cerró la boca y desvió la mirada como haciendo un tremendo esfuerzo. Y como haciendo un tremendo esfuerzo, replicó con voz sofocada:

-Sí.

El sheriff se volvió pesadamente estrujando el mensaje:

-Entonces procura meterte eso en el cerebro. Si es que lo tienes -dijo el sheriff.

Al sol naciente, estaban todos en círculo, con caras interesadas-. Y Dios

sabe que tengo mis dudas acerca de eso, por si alguien quiere saberlo. Alguien soltó una carcajada.

-Silencio -dijo el sheriff-. Y vamos. Que empiecen los perros.

Los perros, sujetos con correas, dieron inmediatamente con la pista, fácil de seguir a causa del rocío. Al parecer el fugitivo no había hecho ningún esfuerzo para ocultarla. Vieron hasta las huellas de sus rodillas y de sus manos en el sitio en que se había arrodillado para beber en el arroyo.

-Nunca he conocido a un asesino más hábil para saber lo que van a hacer los que le persiguen -dijo el ayudante del sheriff-. Pero ese imbécil no parece haber pensado que podíamos utilizar los perros.

-Le estamos echando los perros desde el domingo y hasta ahora no lo hemos atrapado -dijo el sheriff.

Eran pistas viejas. No hemos tenido una reciente hasta hoy. Pero al fin ha cometido una equivocación. Hoy le cazamos. Probablemente antes del mediodía.

-Ya lo veremos -dijo el sheriff.

-Ya lo verá -dijo el ayudante-. Esta pista es recta como la vía del tren. Casi podría seguirla yo mismo. Mire aquí. Se ven las huellas de sus pies. El muy imbécil no tiene ni el sentido común suficiente para caminar por la carretera, por el polvo, por donde han caminado otras personas, por donde no pueden olerle los perros. Los perros encontrarán el final de las huellas antes de las diez.

Y la encontraron. La pista dobló de pronto en ángulo recto. La siguieron y llegaron a una carretera por donde avanzaron detrás de los perros, que iban con la cabeza baja y llenos de ansiedad. Un poco más lejos, los perros se lanzaron hacia uno de los lados de la carretera, en dirección a un sendero que bajaba de un cobertizo de algodón, junto a un campo próximo. Los perros tiraban de las correas y se pusieron a girar y a ladrar con unos ladridos sonoros, cálidos y vibrantes, gimiendo y moviéndose llenos de excitación.

-El muy imbécil -dijo el ayudante-. Aquí se ha sentado a descansar. Ahí están las huellas de sus pies: los mismos tacones de goma. No está a más de una milla de distancia. Vamos, muchachos.

Y siguieron avanzando al trote, mientras los perros ladraban tirando de las correas. El sheriff se volvió hacia el hombre mal afeitado:

-Ahora es el momento. Adelántate y atrápale, si es que quieres los mil dólares. Vamos, a qué esperas?

El otro no replicó. A ninguno de ellos le quedaba mucho aliento para hablar, sobre todo cuando, a eso de una milla más adelante, los

perros, que seguían tirando y ladrando, salieron de la carretera y se adentraron por un sendero que trepaba por una colina y se perdía en un campo de maíz. Al llegar allí, dejaron de ladrar, pero su ansiedad parecía crecer. Los hombres les seguían, corriendo. Detrás de los tallos de maíz, que tenían la altura de un hombre, vieron una cabaña de negros.

-Está ahí dentro, dijo el sheriff, sacando el revólver-. Cuidado, muchachos. Seguro que está armado.

La cosa se hizo con habilidad: los hombres rodearon la cabaña pistola en mano y ocultándose, y el sheriff, seguido de su ayudante, se deslizó ágilmente, a pesar de su corpulencia, pegado a la pared, fuera del campo visual de las ventanas. Y pegándose a la pared, dobló la esquina, abrió la puerta de una patada y entró en la cabaña con la pistola por delante. Encontró un negrito. Estaba desnudo como un gusano. Sentado en las cenizas frías del hogar, comía algo. Al parecer, estaba solo. Pero después apareció por una puerta interior una mujer que se quedó con la boca abierta y estuvo a punto de dejar caer una cacerola de hierro. Calzaba un par de zapatos de hombre que uno de los del grupo identificó como pertenecientes al fugitivo. La negra les habló de un blanco con quien se había encontrado en la carretera al amanecer y que le había cambiado el calzado, llevándose las abarcas que ella tenía puestas y que eran de su marido. El sheriff escuchaba atentamente.

-Esto sucedió cerca de un cobertizo de algodón, verdad?

La negra dijo que sí.

El sheriff volvió a reunirse con sus hombres y con los perros, y miró a los perros mientras los hombres le hacían preguntas y luego se callaban con los ojos fijos en él. Los hombres vieron que el sheriff guardaba el revólver y que, dándose la vuelta, asestaba un puntapié a cada perro:

-Llevaos a estos cochinos chuchos a la ciudad.

Pero el sheriff era un buen funcionario. Sabía, tan bien como sus hombres, que había que volver al cobertizo de algodón donde creía que Christmas había estado oculto durante todo aquel tiempo, aunque también sabía que ya no estaría allí cuando llegaran. Les costó bastante trabajo llevarse de la cabaña a los perros. Y ya caía sobre ellos la ardiente luminosidad de las diez cuando cercaron el cobertizo de algodón. Lo hicieron cautelosa y hábilmente, aunque con gran esperanza. Y sólo hallaron una rata campesina, asombrada y aterrorizada. Sin embargo, el sheriff hizo llevar los perros, que se habían negado a acercarse al cobertizo y ahora se negaban a

abandonar la carretera, dando tirones, casi estrangulándose con los collares y mirando hacia atrás, en dirección a la cabaña de la que les habían arrancado a la fuerza. Se necesitaron dos hombres para contenerlos. Y, en cuanto les aflojaron las correas, dieron un salto y, rodeando el cobertizo, se precipitaron hacia las huellas que las piernas del fugitivo habían dejado en las altas hierbas empapadas de rocío que crecían a la sombra del cobertizo y, dando saltos y tirones, se lanzaron hacia la carretera, arrastrando a los hombres, que tuvieron que andar un trecho de cincuenta metros hasta que consiguieron arrollar las correas a un árbol y detener a los perros. Esta vez el sheriff no les dio puntapiés.

El bullicio, las alarmas, el ruido y la furia de la persecución se alejan de sus oídos, se desvanecen por fin. Christmas no estaba en el cobertizo de algodón cuando pasaron los hombres y los perros, como creía el sheriff. Sólo se había detenido el tiempo necesario para atarse los zapatones, las negras botas que olían a negro y que parecían talladas en un mineral de hierro con un hacha poco afilada. Christmas mira su grosera, cruda y torpe falta de forma y dice entre dientes: «Ah.» Le parece verse acosado al fin por los blancos hacia el abismo negro que le espera, que trata de absorberle desde hace treinta años y en el que entra ahora, llevando en los tobillos el indicador de nivel, preciso e indestructible, de aquella negra marea ascendente.

Es la aurora, la luz del amanecer, ese instante gris y solitario lleno de suave despertar de los pájaros. El aire que respira es como el agua de un manantial. Christmas respira lenta y profundamente, y siente que, con cada aspiración, se disuelve en la grisalla neutra, se funde con esta soledad y con esta quietud que nunca han conocido la rabia y la desesperación. «Eso es lo que quería -piensa, con un asombro tranquilo y sosegado-. Eso es lo que he querido durante treinta años. No me parece mucho pedir, en treinta años.»

Desde el miércoles apenas ha dormido. Y otro miércoles ha llegado y ha pasado sin que él se dé cuenta. Cuando piensa en el tiempo, le parece que durante treinta años ha vivido en medio de un cortejo bien ordenado de días provistos de nombre y número, como los postes de una cerca. Y que una noche se ha quedado dormido y que, al despertar, ha comprobado que ya no estaba en medio de ellos. Desde que huyó aquel viernes, siguiendo una vieja costumbre, ha intentado algunas veces llevar la cuenta de los días. Una vez, después de haber

dormido toda la noche en un almiar, se despertó a tiempo para contemplar el despertar de la granja. Antes del amanecer vio que se encendía una luz amarillenta en la cocina; y luego, en aquel gris que seguía siendo oscuridad, oyó el ruido lento y seco de un hacha y, en el establo próximo, un movimiento, un movimiento humano entre los ruidos del ganado que despierta. Después olió a humo y a comida, a comida fuerte y caliente, y empezó a repetirse a sí mismo *No he comido desde, no he comido desde* tratando de recordar cuántos días habían transcurrido desde aquel viernes en que había cenado en el restaurante de Jefferson; y luego, al cabo de un rato, mientras esperaba muy quieto hasta que los hombres hubieran comido y salido al campo, el nombre del día de la semana le pareció más importante que la comida. Así que, cuando los hombres se marcharon por fin, él descendió, salió al sol amarillo y blanco, llegó a la puerta de la cocina y no pidió comida. Había tenido intención de pedirla. Sentía que las rudas palabras se le ordenaban en la mente, se le formaban en el fondo de la boca. Pero cuando la mujer flaca, curtida, salió a la puerta y le miró, Christmas vio la sorpresa y el temor en sus ojos y comprendió que le había reconocido. Y, mientras pensaba *Sabe quién soy. Ha oído hablar de mí* oyó que su boca pronunciaba tranquilamente: «¿Puede usted decirme en qué día de la semana estamos? Sólo quiero saber qué día es hoy.»

La mujer tenía una cara tan demacrada como la suya, un cuerpo tan seco como el suyo, tan infatigable, tan extenuado...

-¿Qué día... ? Largo de aquí. Es martes. Largo de aquí. Váyase o llamo a mi marido.

Christmas dijo «Gracias» en voz baja, a la vez que cerraba la puerta de un golpe. Luego se dio cuenta de que estaba corriendo. No recordaba cuándo había empezado a correr. Durante un momento pensó que corría con algún objeto, hacia algún destino que el acto de correr le había recordado súbitamente y que, por eso, su mente no necesitaba preocuparse de por qué corría, ya que correr no era difícil. En realidad era muy fácil. Se sentía ligero. Ingrávido. Aunque corría a toda velocidad, le pareció marchar lentamente, levemente, al azar, sobre un suelo sin consistencia. Después, cayó. No tropezó con nada. Cayó, simplemente, todo lo largo que era, creyendo por un momento que todavía se sostenía sobre sus piernas, figurándose que aún corría. Pero estaba caído de bruces en una zanja poco profunda situada al borde de un campo labrado. De pronto se dijo: «Lo mejor que puedo hacer es levantarme.» Y cuando se sentó vio que el sol, mediado en el cielo, le daba por otro lado. Al principio creyó que le habían dado

vuelta a él. Luego comprendió que ahora era el anochecer, que era por la mañana cuando se había caído y que, aunque creía haberse levantado en el acto, era ya de noche. «He dormido -pensó-. He dormido más de seis horas. He debido de quedarme dormido corriendo, sin darme cuenta. Seguro que es eso lo que he hecho.»

No se sintió nada sorprendido. Hacía ya tiempo que el tiempo, los espacios de Luz y de oscuridad, habían perdido para él toda su regularidad. Ahora podía ser de día, podía ser de noche en el mismo instante, entre dos parpadeos, sin anuncio previo. No sabía ya cuándo pasaba de la noche al día, cuándo descubriría que había estado dormido sin recordar haberse acostado, o cuándo se encontraría andando sin recordar haberse despertado. A veces le parecía que, tras una noche de dormir en un almiar, en una zanja, en un cobertizo abandonado, vendría inmediatamente otra noche sin intervalo diurno, sin que entre ellas hubiera luz que le alumbrara en la huida. Le parecía que cada día iría seguido de otro día lleno de huida y de prisa, sin que entre ellos mediara la noche ni hubiese un intervalo para el descanso, como si el sol, en lugar de ponerse, dando la vuelta en el cielo antes de llegar al horizonte, hiciese hacia atrás el mismo camino. Cuando se quedaba dormido caminando, o incluso arrodillándose para beber en un arroyo, nunca sabía si sus ojos, al abrirse, se encontrarían con el sol o con las estrellas.

Durante cierto tiempo tuvo mucho hambre y recogía y comía fruta podrida y agusanada. De cuando en cuando se deslizaba en un campo y, arrastrándose, arrancaba mazorcas de maíz duras como ralladores. Sólo pensaba en comer, imaginaba platos, alimentos. Se acordaba de las cenas que encontraba en la mesa de la cocina, tres años antes y, con una especie de angustia, una intolerable agonía de pena, remordimiento y rabia, revivía de nuevo el firme y resuelto balanceo del brazo lanzando los platos contra la pared. Un día, de pronto, pacíficamente, dejó de sentir hambre. Se sentía fresco y tranquilo. Sin embargo, sabía que necesitaba comer. Y hacía esfuerzos para comer fruta podrida y maíz duro, masticando lentamente, sin sentir el sabor de nada. Comía cantidades enormes, con las consiguientes crisis de diarrea sanguinolenta, e inmediatamente después se obsesionaba de nuevo con la necesidad, con el ansia de comer. No era la comida lo que ahora le obsesionaba, sino la necesidad de comer. Procuraba recordar cuándo había comido caliente por última vez. Le parecía sentir, recordar, una casa, una cabaña situada en alguna parte. No recordaba si era casa o cabaña, ni si era blanca o negra. Y cuando

permanecía sentado, con una expresión de perplejidad en su exangüe cara de enfermo ennegrecida por la barba, le parecía oler a negro. En su inmovilidad (sentado contra un árbol, junto a un arroyo, la cabeza hacia atrás, las manos sobre las rodillas, agotada y apacible la cara) olía, veía platos de negros, comida de negro. Se encontraba en una habitación. No recordaba cómo había entrado en ella. Pero en la habitación se palpaba la huida y la súbita consternación, como si sus ocupantes hubieran huido aterrorizados reciente y bruscamente. Se encontraba sentado ante una mesa, esperando sin pensar en nada, en un vacío, en un silencio lleno de huida. Y delante tenía una comida que había aparecido de pronto, traída por unas negras manos largas y sinuosas que huían también en cuanto colocaban los platos. Junto a los ruidos de la masticación y de la deglución le parecía oír, sin que los oyera, unos gemidos de terror y de dolor más leves que unos suspiros. «Aquella vez fue una cabaña -pensó-. Y tenían miedo. ¡Temían a su hermano!»

Aquella noche pasó por su cerebro una cosa extraña. Se había acostado para dormir, pero no dormía; le parecía que no tenía necesidad de dormir como cuando hacía que su estómago aceptara una comida que no parecía desear ni necesitar. La cosa era extraña en el sentido de que no le podía encontrar derivación, motivación ni explicación. Se descubrió tratando de calcular el día de la semana. Como si ahora sintiera, por fin, la urgente y real necesidad de tachar los días transcurridos en busca de una meta, hacia un día o un acto determinados, sin quedarse corto ni pasarse de la cuenta. Y cayó en aquel estado comatoso que ahora había sustituido al sueño, cuando aquella necesidad le había entrado en el cerebro. Cuando se despertó, en el gris rocío del amanecer, la necesidad había cristalizado de tal forma que ya no le parecía extraña.

Amanece, sale el sol. Christmas se levanta, baja al arroyo y saca del bolsillo la navaja, la brocha y el jabón. Como está demasiado oscuro todavía para poder verse la cara en el agua, se sienta junto al arroyo y espera a ver mejor. Luego se jabona pacientemente las mejillas con el agua dura y fría. Le tiembla la mano. A pesar de su prisa, siente una lasitud que le obliga a esforzarse. La navaja no corta. Procura afilada sobre el cuero de una bota, pero el cuero está duro como el hierro y mojado de rocío. Se afeita como puede. Su mano tiembla y no lo hace muy bien; se corta tres o cuatro veces. Contiene la sangre con agua fría, hasta que deja de brotar. Guarda las cosas de afeitar y reanuda la marcha. Sigue una línea recta, desdeñando los surcos, por los que



caminaría con más facilidad. A poco de andar llega a una carretera y se sienta en la cuneta. Es una carretera tranquila que se alarga y desaparece tranquilamente. El polvo blanquecino sólo está marcado por huellas de ruedas estrechas y escasas, de cascos de caballos y de mulas y, de vez en cuando, por huellas de pies humanos. Sentado en la cuneta, sin chaqueta, embarrados y manchados la camisa que en un tiempo fue blanca y el pantalón que en un tiempo estuvo bien planchado, con manchas de barba y de sangre coagulada en la cara flaca, tiembla de cansancio y de frío. Sale el sol y empieza a calentarlo. Al cabo de un taro aparecen en la curva dos niños negros que caminan hacia él. No le ven hasta que él les habla. Se detienen en seco, poniendo los ojos en blanco.

-¿Qué día de la semana es hoy? -les dice Christmas.

Los niños le miran y no contestan. Christmas menea ligeramente la cabeza.

-Seguid -les dice.

Y siguen. Christmas no les mira. Al parecer se queda absorto contemplando el sitio en que habían estado; le parece que, al irse, no habían hecho más que salir de dos conchas. No ve que han echado a correr.

Y sentado al sol, que le calienta lentamente, se queda dormido sin darse cuenta.

La primera cosa de que tiene conciencia es un terrible estrépito de madera y metal que crujen y chirrían y de cascos que trotan. Abre los ojos a tiempo para ver la carreta que desaparece en la curva. Los ocupantes se vuelven para mirarle por encima del hombro. El carretero levanta y deja caer la mano que sostiene el látigo. «También éstos me han reconocido -piensa-. Ésos y aquella mujer blanca... Y los negros de la cabaña en que comí ayer. Cualquiera de ellos me podía haber capturado, si es eso lo que quieren. Pero cuando me presento dispuesto a decir "Aquí estoy" *Sí, yo diría aquí estoy, estoy cansado, cansado de tener que llevar mi vida como si fuera una cesta de huevos* echan a correr. Como si hubiera una regla para capturarme, y capturarme así fuera contrario a la regla».

Se oculta en el matorral. Esta vez está alerta y oye el ruido de la carreta antes de que aparezca. Y no se muestra hasta que tiene la carreta frente a él. En ese momento da un paso adelante y grita: «¡Eh!» La carreta se detiene con una sacudida. Y la cabeza del carretero negro se estremece también. En su cara asoma primero la sorpresa y, después, el reconocimiento y el terror.

-¿Qué día es hoy? -le pregunta Christmas.

El negro le mira con la boca abierta:

-¿Qué dice?

-¿Qué día de la semana es hoy? ¿Jueves? ¿Viernes? ¡Qué día? No te voy a hacer nada.

-Viernes -contesta el negro-. ¡Oh, Dios mío, es viernes!

-Viernes -repite Christmas y mueve de nuevo la cabeza -. Sigue.

Cae el látigo, arrancan las mulas y la carreta se pierde de vista a toda velocidad, mientras el látigo se levanta y cae. Pero Christmas ha dado ya la vuelta y ha penetrado en el bosque.

Sin preocuparse por las colinas, los valles o los pantanos, camina recto como una cadera de agrimensor. Pero no se apresura. Camina como un hombre que sabe dónde está, a dónde quiere ir y cuánto tiempo -con una exactitud de minutos- le falta para llegar. Se diría que por primera y última vez quiere ver su tierra natal en todas sus fases. Fue en esta región donde se hizo hombre, fue en esta región donde -tal como un marino que no sabe nadar- su forma física y su pensamiento fueron moldeados por las diversas fuerzas de la región misma, sin que nunca llegase a conocer la verdadera forma y las verdaderas sensaciones. Ahora hace una semana que acecha, que se arrastra por sus partes más secretas y, sin embargo, sigue completamente ajeno a esas leyes inmutables que la tierra debe obedecer. Camina un rato con paso firme y piensa que eso, el mirar, el ver, es lo que le proporciona paz y tranquilidad, lo que hace que no se apresure. Pero, de pronto, le llega la verdadera respuesta. Se siente seco y ligero. «En adelante no tengo que preocuparme de comer -piensa-. Eso es, ya está.»

A mediodía ya ha recorrido ocho millas. Llega a una ancha carretera empedrada. Esta vez la carreta se detiene suavemente cuando Christmas levanta la mano. En la cara del carretero negro no hay sorpresa ni reconocimiento.

-¿A dónde va esta carreta? -dice Christmas.

-A Mottstown. A donde voy yo.

-¡Mottstown? ¡También tú vas a Jefferson? El joven se rasca la cabeza:

-No sé dónde está eso. Voy a Mottstown.

-¡Ah! - dice Christmas-. Ya comprendo. tú no vives por aquí.

-No, señor. Vivo dos condados más allá. Hace tres días que estoy en el camino. Voy a Mottstown a buscar un ternero que ha comprado mi padre. ¿Quiere ir a Mottstown?

- Sí -contesta Christmas. Y sube al pescante, junto al joven.

La carreta arranca. «Mottstown -piensa Christmas-. Jefferson no está más que a veinte millas. Ahora puedo descansar un rato. Hace siete días que no descanso, de modo que puedo hacerlo un rato.» Piensa

que tal vez se duerma mecido por el movimiento de la carreta. Pero no se duerme. No tiene sueño. Ni hambre tampoco. Ni siquiera cansancio. Se halla suspendido entre esas necesidades, balanceado por el movimiento de la carreta, sin pensar, sin sentir. Ha perdido la noción del tiempo y de la distancia. Quizás hace una hora que está en este vehículo; o quizá tres. El joven dice:

-Mottstown. Ya estamos.

Al mirar, Christmas ve la humareda que planea sobre el cielo, muy baja, más allá de una esquina imperceptible. Y he aquí que está entrando de nuevo en la calle que dura desde hace treinta años. Alguna vez había sido una calle pavimentada, una de esas calles por las que se puede correr mucho. La calle había descrito un círculo y Christmas continúa en su interior. Aunque en los últimos días no ha dispuesto de calle pavimentada, ha viajado más que en los treinta años anteriores. Y, no obstante, sigue dentro del círculo. «Y sin embargo me he alejado más en estos siete días que en los otros treinta años -piensa-. Pero nunca he salido del círculo. Nunca he podido romper ese círculo de lo que ya he hecho y no puedo deshacerlo, piensa tranquilamente. Está sentado en el pescante, y delante de él, en el guardabarros, puede ver sus zapatos, los zapatos negros que huelen a negro: aquella marca sobre sus tobillos, el indicador de nivel preciso e indestructible de la marea negra que le va subiendo por las piernas, que le sube desde los pies hasta la cabeza, lo mismo que sube la muerte.

## 15.

Aquel viernes, el día en que Christmas fue capturado en Mottstown, la ciudad contaba entre sus habitantes a un matrimonio de ancianos llamado Hines. Eran muy viejos. Vivían en un pequeño bungalow del barrio negro y la mayor parte de la ciudad no sabía cómo ni de qué vivían los viejos, porque parecían vegetar en un estado de pobreza inmunda y de absoluta ociosidad. La ciudad sabía que Hines no trabajaba de una manera regular desde hacía veinticinco años.

Habían llegado a Mottstown treinta años antes. Un día, la ciudad encontró a la mujer ya instalada en la casita donde siempre vivieron desde entonces. Durante los cinco primeros años, Hines sólo iba a su casa una vez al mes para pasar un fin de semana. Pronto se supo que tenía una especie de empleo en Memphis. En qué consistía ese empleo nadie lo sabía, porque Hines ya era entonces un hombre muy reservado. Lo mismo podía tener treinta y cinco años que cincuenta. Y había en su mirada un brillo frío y cruel, algo de fanático que detenía

las preguntas y desanimaba a los curiosos.

La ciudad les consideraba a ambos como un poco tocados. Solitarios, grises, un poco más bajos que la mayoría de los hombres y de las mujeres, parecían pertenecer a una raza, a una especie diferente. Sin embargo, los cinco o seis primeros años después de que el hombre se instalase definitivamente en Memphis, en aquella casita donde ya vivía la mujer, la gente de la ciudad le proporcionó trabajo en diversas obras que, según dicha gente, podían entrar dentro del límite de sus fuerzas. Pero llegó un día en que también dejó de hacer aquella clase de trabajos. La ciudad se preguntó durante algún tiempo cómo iban a poder vivir. Después, ya no volvió a pensar en ello. Asimismo, algo más tarde, cuando la ciudad supo que Hines recorría a pie el condado para organizar mítines en las iglesias negras, cuando la ciudad advirtió que, de vez en cuando, unas negras, que llevaban lo que no podía ser otra cosa que vituallas, entraban por detrás de la casa en que la pareja vivía y salían luego con las manos vacías, también se asombró durante algún tiempo y dejó luego de pensar en ello. Como Hines era viejo e inofensivo, la ciudad acabó por olvidar, por disculpar lo que habría censurado si se tratase de un hombre joven. Se limitaba a decir: «Están locos, cuando se trata de negros se vuelven locos. Quizás son yanquis.» Y no se habló más de ellos. Por lo demás, lo que la ciudad perdonaba no era, tal vez, la consagración de Hines a la salvación de los negros, sino la ignorancia pública del hecho de que el hombre recibiera la caridad de los negros, pues una de la más felices facultades de la mente humana es la de poder ignorar lo que la conciencia se niega a asimilar.

Así pues, durante veinticinco años, la anciana pareja pareció no tener ningún medio de subsistencia. La ciudad cerró sus ojos colectivos ante las negras, ante sus platos y sus cacerolas tapadas, tanto más cuanto que, posiblemente, muchos de aquellos platos y aquellas cacerolas llegaban intactos de las cocinas de los blancos donde aquellas mujeres negras eran cocineras. Quizás aquello era una parte de lo que la mente ignoraba. Sea como fuere, la ciudad hacía la vista gorda y, desde veinticinco años atrás, la pareja vivía en el agua estancada de su aislamiento solitario, como dos ciervos almizcleros extraviados en el polo norte o como dos animales anteriores al período glacial que hubieran perdurado en el tiempo.

A la mujer se la veía muy raras veces, pero el hombre -al que llamaban Tío Doc- era uno de los personajes más celebres de la plaza mayor. Se trataba de un hombrecillo sucio, con un rostro que en otro tiempo había debido respirar el valor o la violencia, rostro de visionario

o de gran egoísta. No usaba cuello. Sus ropas, siempre sucias, eran de dril azul, y siempre llevaba en la mano un grueso garrote de nogal pelado, negro como el árbol del que procedía, reluciente como un cristal y gastado por la empuñadura. Al principio, cuando tenía su empleo en Memphis, hablaba un poco de sí mismo durante sus visitas mensuales. Y hablaba, no sólo con la seguridad de un hombre independiente, sino también con algo más, como si en una época de su vida, una época no muy lejana, hubiera tenido algo más que independencia. No tenía nada de perro apaleado, sino más bien la seguridad de un hombre acostumbrado a vigilar a seres inferiores a él pero que tuvo que cambiar de vida por una razón que, según él, nadie le preguntaría ni entendería. Sin embargo, a pesar de su aparente coherencia, lo que decía de sí mismo no tenía mucho sentido. También se creía, incluso en aquella época, que estaba un poco loco. No era que tratase de ocultar alguna cosa contando otra distinta. Pero sus palabras, sus relatos, no encajaban bien con lo que sus oyentes consideraban que era, o que debía ser, la vida de un solo hombre. Además, el hombre hablaba de Memphis, de la ciudad, de un modo vago y espléndido, como si hubiese pasado en ella toda su vida en algún empleo municipal importante, aunque anónimo. «Seguro que era inspector de ferrocarriles», decían, a su espalda, los hombres de Mottstown. «Vigilaría un paso a nivel o agitaría una bandera roja cada vez que pasara el tren.» O bien: «Es un gran periodista. Recoge los periódicos en los bancos de los paseos públicos.» Pero no le decían esto a la cara, ni siquiera los más audaces, ni siquiera los que mantenían a duras penas su fama de ingeniosos.

Luego perdió su empleo de Memphis; o tal vez renunció a él. Un día, al final de una semana, regresó a su casa y, cuando llegó el lunes, no volvió a marcharse. A partir de aquel día se le veía diariamente por el centro de la ciudad, en la plaza, sombrío y mugriento, con la mirada llena de aquella expresión furiosa, hostil, que la gente tomaba por locura: aquel aire de violencia desvanecida, semejante a un perfume, a un olor; aquel fanatismo parecido a una brasa que se apaga poco a poco, una especie de evangelismo de dos caras, con una cuarta parte de ferviente convicción y tres cuartas partes de intrepidez física. Así que nadie se sorprendió cuando se supo que recorría el condado, generalmente a pie, para predicar en las iglesias negras. Ni siquiera se asombró nadie cuando, un año después, se conoció el tema de sus sermones. Porque aquel blanco que, para subsistir, dependía casi exclusivamente de la generosidad, de la caridad de los negros, iba solo hasta las iglesias negras más apartadas. Y allí, interrumpiendo el oficio

para subir al púlpito, predicaba a los negros, con su voz ronca, muerta, algunas veces con grandes obscenidades, la humildad ante todas las pieles más claras que las de ellos. Inconscientemente paradójico en su fanatismo, les predicaba la superioridad de la raza blanca, presentándose él mismo como el mejor ejemplo. Los negros le creían loco. Pensaban que la mano de Dios le había tocado o que quizás era él quien había tocado a Dios. Lo más probable es que no escuchasen o que no pudiesen comprender lo que el hombrecillo decía. Tal vez le tomaban por el mismo Dios, puesto que, para ellos, Dios era también un hombre blanco cuyos caminos eran siempre un tanto impenetrables.

La tarde en que el nombre de Christmas rodó por primera vez de un extremo de la calle al otro, el hombre estaba en el centro de la ciudad. Y cuando los niños, los hombres, -comerciantes, empleados, ociosos, curiosos y, sobre todo, campesinos con sus monos de trabajo-comenzaron a correr, Hines corrió también. Pero no podía correr mucho y, cuando llegó, no era lo bastante alto para ver por encima de aquel muro de hombros y de cabezas. Sin embargo, como si aquella antigua brutalidad que le había marcado el rostro se despertase nuevamente, intentó, tan brutal e impaciente como los demás, abrirse paso en la aglomeración que se estaba formando con gran tumulto. Arañaba la espalda de las personas y acababa golpeándolas con su bastón, hasta el momento en que unos hombres se volvieron, le reconocieron y le sujetaron. Y él se debatió, dando gritos y golpeándoles con su garrote:

-Christmas? ¿Habéis dicho Christmas?

-¡Christmas! -le gritó uno de los que le sujetaban, volviendo hacia él sus rasgos tensos y fulminantes-. ¡Sr. Christmas! El negro blanco que asesinó a esa mujer en Jefferson la semana pasada.

Hines miró al hombre. Una barba blanca le espumaba ligeramente la desdentada boca. Después, volvió a debatirse violentamente y a maldecir. Menudo, con sus huesos tan frágiles y ligeros como los de un niño, el viejecito trataba de liberarse con ayuda de su garrote. Intentaba abrirse camino hasta el centro del grupo, donde estaba el preso con la cara ensangrentada.

-¡Calma, Tío Doc! -le decían los que le sujetaban-. ¡Ya le han cogido, ya no se escapará! ¡Calma!

Pero él se debatía, luchaba, maldecía, con la voz enronquecida y tenue, con la boca descompuesta, mientras que los que le sujetaban luchaban también, como si trataran de orientar una manga de agua agitada por una presión demasiado fuerte. De todo el grupo,

únicamente el detenido permanecía tranquilo. Sujetaban al maldiciente Hines, cuyos pequeños huesos, cuyos músculos delgados como cuerdas se agitaban dominados por la rabia flexible y fluida de una comadreja. Se escapó, dio un salto hacia delante y, empujando a todo el mundo, se abrió paso y llegó frente al preso. Entonces se detuvo, con los ojos clavados en aquel hombre. Fue una inmovilidad total; pero, antes de que pudiesen sujetarle de nuevo, levantó su bastón y golpeó al detenido. Y se disponía a golpearle otra vez cuando lograron apoderarse de él. Loco de rabia, con una ligera baba en las comisuras de los labios, se encontró reducido a la impotencia. Pero su boca seguía libre:

-¡Matadle! -gritaba- ¡Matadle! ¡Matad a ese hijo de puta! ¡Matadle!

Media hora después, dos hombres le llevaron en un coche a su casa. Uno de ellos conducía, mientras que el otro mantenía sentado a Hines en el asiento trasero. Ahora tenía la cara muy pálida, bajo la barba mal afeitada y la suciedad, y llevaba cerrados los ojos. Le sacaron del coche como a un paquete y, franqueando la verja, le llevaron, por el sendero de cemento y de ladrillos partidos, hasta los escalones de la veranda. Los ojos del viejo, ahora abiertos, estaban vacíos, vueltos de tal modo que sólo se veía la esclerótica, sucia y azulenta. Pero él seguía flácido e inconsciente. Justo en el momento en que llegaban a la veranda, se abrió la puerta de entrada y la mujer apareció. Cerró la puerta tras ella y se quedó allí plantada, mirándoles. Los hombres comprendieron que era su mujer porque había salido de la casa donde sabían que vivía el viejo. Uno de los dos, aunque era de la ciudad, no la había visto nunca.

-¿Qué le pasa? -dijo la mujer.

-No tiene nada -dijo el primero de los hombres-. Sólo que ha habido mucha excitación en el centro de la ciudad y, con este calor y todo eso, ha sido demasiado para él.

La mujer era pequeña y regordeta, y tenía una cara redonda que parecía una torta de masa sucia antes de entrar en el horno. Sus escasos cabellos estaban recogidos en un apretado moño.

-Acaban de detener a un negro. A un tal Christmas, el que mató a la señora de Jefferson la semana pasada -dijo el hombre-. Eso ha trastornado un poco a Tío Doc.

La mujer de Hines estaba ya volviéndose como para abrir la puerta. Y, como explicó más tarde el primero de los hombres a su compañero, en el momento de volverse se detuvo como si alguien le hubiera golpeado ligeramente lanzándole una piedrecita.

-¿A quién han detenido? -dijo ella.

-A Christmas. Al asesino negro. Christmas.

La mujer se había quedado al borde de la veranda y les miró desde arriba, con su cara gris, inmóvil. «Como si ya supiera lo que le iba a decir -dijo después el hombre a su compañero al volver al coche-. Como si quisiera que yo le dijera al mismo tiempo que era él y que no era él.»

-¿Qué cara tiene?

-No me he fijado mucho -dijo el hombre-. Le hicieron sangrar un poco al agarrarle. Es un tipo joven. No tiene más aspecto de negro que yo.

La mujer les miraba desde arriba. Hines, entre los otros dos hombres, se sostenía ya sobre sus piernas y balbuceaba entre dientes, como si fuese a despertar.

-¿Qué quiere usted que hagamos con el Tío Doc? -dijo el hombre.

La mujer no contestó. «Como si ni siquiera hubiera reconocido a su marido», dijo después el hombre a su compañero.

-¿Qué van a hacer con él? -dijo la mujer.

-¿Con él? ¡Ah, con el negro! Eso lo decidirán en Jefferson. Es de aquella jurisdicción.

La mujer les miró, gris, inmóvil, distante.

-Van a esperar a lo que diga Jefferson?

-Si van a esperar? Ah, bueno; si Jefferson no tarda demasiado... -y el hombre agarró a Hines por el brazo, un poco más arriba que antes.

-A dónde quiere usted que le llevemos? La mujer se movió al fin, bajó los escalones y se acercó.

-Le meteremos en casa -dijo el hombre.

-Le meteré yo sola -dijo la mujer. Hines y ella eran casi de la misma estatura, pero ella era más fuerte que él. Le agarró por debajo de los brazos.

-Eupheus -dijo a media voz-. Eupheus.

Y luego se dirigió a los hombres:

-Suéltelo. Yo lo sostendré.

Los hombres le soltaron. Hines, ahora, podía andar un poco. Los hombres vieron que la mujer le hacía subir los escalones y franquear la puerta. La mujer ni siquiera miró hacia atrás.

-No nos ha dado ni las gracias -dijo el segundo de los dos hombres -. Creo que habríamos hecho mejor llevándonoslo y encerrándole con el negro, puesto que parece conocerle tan bien.

-Eupheus -dijo el primero de los hombres-. ¡Eupheus! Me he pasado quince años preguntándome cómo se podía llamar. Eupheus.

-Anda, vamos. No quisiera perderme nada. El primero de los hombres miró hacia la casa, hacia la puerta cerrada por donde había



desaparecido la pareja:

-Ella le conoce, le conoce también.

-Conoce a quién?

-Al negro. A Christmas.

-Vamos -volvieron al automóvil-. ¿Que te parece, ese imbécil? Viene aquí, al centro de la ciudad, a veinte millas del lugar donde ha... y se pone a pasear, calle arriba y calle abajo, hasta que alguien le reconoce. Ojalá le hubiera reconocido yo. Los mil dólares me hubieran servido para muchas cosas. Pero nunca he tenido suerte.

El coche arrancó. El primero de los hombres seguía mirando hacia atrás, hacia la puerta por donde había desaparecido la pareja.

La anciana pareja estaba de pie en el zaguán de aquella pequeña casa, oscura, estrecha, con fuerte olor a moho, a cueva. El estado de agotamiento del viejo era muy parecido al coma, y cuando la mujer le llevó hasta una butaca y le ayudó a sentarse, le pareció que era lo único que podía hacer. En cambio, no era necesario atrancar la puerta; pero lo hizo. Luego regresó junto a él y, durante un momento, pareció que sólo le vigilaba, con ansiedad y solicitud. Luego, cualquiera habría notado que temblaba violentamente y que le había sentado en la butaca, sea por miedo a que se le cayese al suelo, sea por tenerle como prisionero hasta que pudiera hablarle. Se inclinó sobre él, rechoncha, gris, con el rostro semejante al de un ahogado. Su voz tembló al hablar, y trató de dominarse, temblando, con las manos crispadas sobre los brazos de la butaca en donde el hombre estaba repantigado. Y la mujer dijo, con su voz temblorosa, contenida:

-Eupheus. Escúchame. Tienes que escucharme. No te he molestado nunca. En treinta años no te he molestado. Pero ahora tengo que hacerlo. Quiero saberlo. Y me lo vas a decir. ¿Qué hiciste con el niño de Milly?

Durante toda la larga tarde, la muchedumbre se apretujó en la plaza y delante de la cárcel: empleados, curiosos, campesinos con sus manos de trabajo. Y comenzaron los rumores, que recorrieron la ciudad por todas partes, extinguiéndose, renaciendo, como el fuego o el viento, hasta el momento en que, bajo las sombras que se alargaban, los campesinos comenzaron a irse en sus carretas o en sus coches polvorientos y las gentes de la ciudad pensaron en sus cenas. Entonces, los rumores flamearon de nuevo, resucitados momentáneamente por las mujeres, por las familias que cenaban en torno a las mesas, en salas alumbradas por la electricidad y en cabañas alumbradas por el petróleo, perdidas en las colinas lejanas.

Al día siguiente, un largo y grato domingo campesino, con sus camisas limpias, sus tirantes abigarrados, sus pipas pacíficas, todavía seguían hablando, sentados alrededor de las iglesias del condado y en los patios sombreados de las casas. Los carros con sus caballos o sus mulas enganchados, los coches de los visitantes, se alineaban en reposo a lo largo de los vallados; y, en las cocinas, las mujeres preparaban la comida. «No parece más negro que yo, pero debe tener sangre negra en las venas. Es como si se hubiese dejado coger a propósito, igual que un hombre se casa a propósito. Hacía una semana que nadie le veía. Si no hubiese prendido fuego a la casa, quizás se habría tardado más de un mes en descubrir el crimen. Y nunca le habría acusado ese individuo, ese Brown al que el negro utilizaba para vender su whisky mientras él trataba de pasar por blanco y de cargar el whisky y el crimen sobre Brown, suponiendo que Brown haya dicho la verdad.»

«Y, mira por dónde, llega a Mottstown ayer por la mañana, en pleno día y un sábado, cuando la ciudad está llena de gente, y entra en la tienda de un barbero blanco igual que un blanco y, como tiene aspecto de blanco, nadie se da cuenta. Ni siquiera se sospecha nada cuando el limpiabotas ve que tiene un par de abarcas demasiado grandes para él. Le afeitan. Le cortan el pelo. Y él paga, y sale, y va directo al almacén para comprarse una camisa y una corbata y un sombrero de paja con el dinero que robó a su víctima. Y después comienza a deambular por las calles, en pleno día, como si la ciudad le perteneciese. Va y viene por entre la gente, y la gente se cruza con él una docena de veces sin reconocerle hasta el momento en que Halliday le ve, corre tras el y le sujeta diciéndole: "¿No se llama usted Christmas?" Y el negro dice que sí. No trata de negarlo. No trata de hacer nada... No se comportó nunca como un blanco, ni como un negro. Así fue, ya ven. Y eso fue lo que puso tan furiosa a la gente. Imagínense: un asesino que se pasea por la ciudad, bien trajeado, como desafiando a todo el mundo, cuando tendría que haber estado huyendo, vagando por los bosques, intentando esconderse, sucio y lleno de lodo. Parecía como si ni siquiera él supiese que era un asesino, y menos aún un negro.

Y entonces Halliday (debía de estar obcecado con la idea de los mil dólares y había pegado ya dos o tres puñetazos en la cara del negro, y el negro, por primera vez, se comportó como un negro, encajando los golpes sin decir nada, sombrío, tranquilo, contentándose con sangrar), y entonces Halliday le sujetaba y le insultaba, cuando ese viejo que se llama Tío Doc Hines se acercó y empezó a golpear al negro con su

bastón, tan fuerte que los dos hombres tuvieron que sujetarle para que se estuviese quieto. Y en seguida se lo llevaron en coche a su casa. Nadie llegó a saber si el viejo conocía al negro o no le conocía. Se había acercado renqueando y gritando: "¿Se llama Christmas? ¿Habéis dicho que se llama Christmas?" Empujó a todo el mundo y, después de mirar al negro, empezó a darle golpes con su garrote. Era como si estuviese hipnotizado o algo así. Tuvieron que sujetarle y reducirle. Ponía los ojos en blanco y la baba le caía de la boca, y golpeaba con su garrote a todo lo que podía alcanzar, y luego, de repente, se derrumbó. Entonces aquellos dos hombres le llevaron en coche a su casa, y salió su mujer y lo metió en la casa, y los dos hombres volvieron a la ciudad. No sabían lo que el viejo tenía, ni por qué se había puesto de aquel modo después que atraparon al negro, y, bueno, que estaban seguros de que se repondría en seguida. Pero resulta que, media hora después, estaba otra vez en la ciudad. Ahora sí que parecía un loco de atar. Se plantó en una esquina de la plaza, insultando a todos los que pasaban, llamándoles cobardes porque no querían sacar al negro de la cárcel para colgarle; así, sin más, ni Jefferson ni nada. Tenía una cara de loco, como alguien que se ha escapado de un manicomio y que sabe que le queda muy poco tiempo antes de que le vuelvan a encerrar. Algunos decían que, en otros tiempos, fue predicador.

Decía que tenía derecho a matar al negro. No dijo nunca por qué, y estaba demasiado agitado, demasiado enloquecido para hablar sensatamente, ni siquiera con los que se tomaban el trabajo de hacerle preguntas. Así que se formó un gran grupo a su alrededor, y el viejo gritaba que era él quien tenía derecho a decidir si el negro debía vivir o debía morir. Y la gente empezaba a preguntarse si aquel hombre no debería estar en la cárcel con el negro, cuando llegó su mujer.

Hay personas que viven en Mottstown desde hace treinta años y no la habían visto nunca. Supieron que era ella cuando le habló, porque, incluso los que la conocían, la habían visto siempre cerca de su casa, en el barrio negro donde vivían, vestida con una bata suelta y con un viejo sombrero de su marido, y ahora llevaba un vestido de seda morado y un sombrero con una pluma, y un paraguas en la mano. Se acercó al grupo donde estaba el viejo insultando y vociferando, y le dijo: "¡Eupheus!" El viejo dejó de vociferar y luego la miró, con el bastón en alto, temblando, y con la boca abierta y babeante. La mujer lo cogió por el brazo. Había allí mucha gente que tenía miedo de acercarse a causa del bastón, porque parecía que el viejo podía

golpear con él, en cualquier momento, a quienquiera que fuese, sin darse cuenta de lo que hacía y sin querer hacerlo. Pero la mujer se colocó justamente debajo del bastón, agarró al viejo de un brazo, lo llevó hasta donde había una silla, delante de un almacén, y lo sentó en la silla y le dijo: "Quédate aquí hasta que yo vuelva. No te muevas. Y deja de gritar."

Y Tío Doc se calló y se quedó sentado donde ella lo había dejado, y la mujer ni siquiera volvió la vista. Todos lo vieron. Es posible que fuera porque la gente sólo la había visto cerca de su casa y porque él era un hombre de muy mal genio al que nadie se atrevería a irritar sin pensarlo bien, pero lo cierto es que se llevaron una sorpresa. Nadie creía que Tío Doc fuera de esa clase de hombres que acata órdenes. Se habría dicho que ella sabía algo de él y que él tenía que obedecerla. En cuanto ella le dijo que se sentara en la silla y que no gritara, el hombre se sentó, con la cabeza baja. Le temblaban las manos sobre el gran bastón y le caía la baba sobre la camisa.

La mujer se dirigió a la cárcel. Como de Jefferson había llegado el aviso de que estaban en camino para llevarse al negro, ya había una muchedumbre enfrente. La mujer atravesó el grupo, entró en la cárcel y le dijo a Metcalf: "Quiero ver al hombre que han detenido".

-¿Para qué quiere usted verle? -dijo Metcalf

-No voy a molestarle. Sólo quiero verle.

Metcalf le contestó que había mucha gente que quería lo mismo y que sabía que ella no tenía intención de ayudarle a escapar, pero que él no era nada más que el carcelero y que no podía dejar pasar a nadie sin permiso del sheriff. Quieta con su vestido mondo, tan quieta que la pluma de su sombrero ni siquiera oscilaba, dijo:

-¿Dónde está el sheriff?

-Quizás esté en su despacho -contestó Metcalf. Encuéntrele, pídale un permiso y entonces podrá ver al negro.

Metcalf creyó que con eso había terminado. Y vio que la mujer salía, cruzaba por entre los grupos estacionados enfrente y avanzaba por la calle hacia la plaza. Ahora sí que balanceaba la pluma. Metcalf vio cómo se balanceaba a lo largo de la cerca. Luego vio que la mujer cruzaba la plaza y entraba en el juzgado. La gente no sabía lo que estaba haciendo, porque Metcalf no había tenido tiempo para contarles lo que sucedía en la cárcel. Y vieron cómo entraba en el juzgado. Russell contó luego que se encontraba en su oficina y que levantó la cabeza y que vio el sombrero, con su pluma, detrás del mostrador, junto a la ventana. No sabía cuánto tiempo llevaba la mujer esperando a que él levantara la cabeza. Dice que la mujer tenía justamente la

estatura necesaria para poder ver por encima del mostrador, de modo que producía la impresión de carecer de cuerpo. Era como si alguien hubiera entrado furtivamente y hubiera colocado sobre las tablas un globito de goma, con una cara pintada y un sombrero grotesco encima, como hacían los pequeños Katzenjammer en la historieta cómica.

-Quiero ver al sheriff- dijo la mujer.

-No está -dijo Russell-. Soy su ayudante. ¿Qué desea usted?

Russell dice que la mujer tardó en contestarle y que luego preguntó:

-¿Dónde podría encontrarle?

-Quizá esté en su casa. Ha estado muy ocupado toda la semana, a veces hasta de noche, ayudando a la policía de Jefferson. Estará echando un sueñecito. O quizá no...

Pero ella ya se había ido. Russell dice que miró por la ventana y que la vio cruzar la plaza y doblar la esquina en dirección a la casa del sheriff. Dice que se quedó tratando de recordarla, de pensar quién podría ser.

La mujer no encontró al sheriff. De todos modos era ya demasiado tarde. El sheriff estaba en la cárcel; sólo que Metcalf no se lo había dicho y, además, apenas se alejó ella de la cárcel cuando aparecieron los policías de Jefferson en dos coches. Llegaron con prisa y entraron deprisa. Pero había corrido el rumor de que se encontraban allí, porque ya había unos doscientos hombres y niños y hasta mujeres frente a la cárcel cuando los dos sheriffs salieron a la puerta y el nuestro pronunció un discurso pidiendo a la gente que respetara la ley y añadiendo que él y el sheriff de Jefferson prometían que el negro sería sometido a un proceso rápido y justo. Alguien del grupo gritó: "¿Justo? ¡Mierda! ¿Dio él un trato justo a la mujer?" Y la gente se apretujó, gritando, como si gritasen cosas a la mujer muerta y no a los sheriffs. Pero el sheriff siguió hablándoles sosegadamente y les dijo que lo que trataba de hacer era cumplir la palabra que les había dado el día que le eligieron. "No tengo por los asesinos negros más simpatías que cualquiera de los blancos presentes. No quiero jaleos, pero tampoco los temo. Pensad eso un momento."

Con los sheriffs estaba también Halliday, que era el partidario más convencido de la razón y de la tranquilidad. "Si, ya comprendemos que a usted no le interesa que le linchen -gritó uno-. Pero para nosotros no vale mil dólares. No vale ni mil cerillas apagadas." Y el sheriff dijo inmediatamente: "¿Y qué? Tampoco Halliday quiere que se le mate. ¿No queremos todos lo mismo? Es un vecino de aquí el que va a cobrar la recompensa. Suponed que fuera uno de Jefferson el que

la cobrara. ¿No es justo eso? ¿No se cae de su peso?" Su voz sonaba tan débil como una voz de muñeca, como sonaría cualquier voz de persona adulta que tuviese que hablar, no en contra de la opinión de sus oyentes, sino en contra de unas mentes llenas de ideas preconcebidas.

De todos modos pareció convencerles. Aunque todo el mundo sabía que, si era Hallyday quien cobraba esos mil dólares, Mottstown, o cualquier otra ciudad, no vería de ellos ni lo bastante para tomar un trago. La cosa es que el sheriff acertó. La gente es rara. No puede aferrarse a un modo de pensar o de hacer algo, a no ser que, con cierta frecuencia, encuentren una nueva razón para ello. Y cuando encuentran una nueva razón, es muy posible que cambien. De modo que no es que se echaran exactamente atrás, sino que así como, antes de aquello, la gente había analizado la cosa de dentro afuera, ahora empezaba a analizarla de fuera adentro. Los sheriffs lo sabían, como sabían que era posible que aquello no durara mucho. Y entraron rápidamente en la cárcel y, antes de que la muchedumbre tuviera tiempo de dar media vuelta, volvieron a salir con el negro en medio y seguidos de cinco o seis policías. Probablemente le tuvieron todo el tiempo muy cerca, porque salieron casi inmediatamente, y el negro en medio. Su cara era hosca. Iba esposado por la muñeca al sheriff de Jefferson. Y de la multitud salió un "¡Ahhhhhhhhhh!"

La gente les abrió paso hasta la calle, donde esperaba el primer coche de los de Jefferson, con el motor en marcha y un hombre en el volante. Los sheriffs no querían perder tiempo. Y en esto apareció la mujer de Hines, abriéndose paso entre la muchedumbre. Era tan pequeña que lo único que la gente vio de ella fue la pluma que avanzaba lentamente y dando una especie de saltos, como algo que no pudiera avanzar deprisa, aunque no encontrara ningún obstáculo, y que, como un tractor, no pudiera detenerse. Se abrió camino por el paso abierto por la gente y con su cara de masa y el sombrero tan torcido por el ajetreo que la pluma le caía hacia adelante y tuvo que enderezarla, se plantó ante los dos sheriffs que llevaban al negro y que tuvieron que detenerse para no atropellarla. Pero no hizo nada más que detenerse en seco un minuto y mirar al negro. Como si lo único que quisiera y por lo que había molestado a la gente, la única razón de que se hubiera vestido y venido al pueblo, fuera la de mirar al negro una vez a la cara. No dijo una palabra. En seguida se volvió, se perdió otra vez entre la multitud y, cuando los automóviles se fueron con el negro y la justicia de Jefferson, ella ya se había marchado. La gente volvió, también, a la plaza. Tío Doc había desa-

parecido de la silla en que su mujer le había dejado diciéndole que la esperara. Pero no todos volvieron en seguida a la plaza. Muchos se quedaron donde estaban, mirando a la cárcel, como si sólo hubiera salido de ella la sombra del negro.

Creyeron que la mujer había llevado a Tío Doc a casa. La cosa sucedía frente al almacén de Dollar, y Dollar contó que había visto venir a la mujer a la cabeza de la muchedumbre y que Tío Doc seguía sin moverse, sentado en la silla en que ella le había dejado, como hipnotizado. Y que cuando ella se le acercó y le tocó en el hombro, se levantó y se marcharon juncos, y Dollar les siguió con la mirada. Y Dollar dijo que, a juzgar por la expresión de la cara de Tío Doc, era en su casa donde debería estar.

Pero la mujer no le llevó a casa. Al cabo de un rato, la gente vio que no se proponía llevarle a ninguna parte. Se hubiera dicho que los dos querían hacer lo mismo. Lo mismo, pero por razones diferentes, como si cada uno supiera que el motivo del otro era distinto y que, cualquier cosa que hiciese uno de los dos, tendría graves consecuencias para el otro. Como si los dos lo supieran sin decirlo, y cada uno de ellos vigilara al otro, como si los dos supieran que la que en definitiva dirigiría la marcha sería ella.

La pareja se dirigió al garaje en donde Salmon guarda su coche de alquiler. La que habló fue la mujer. Dijo que querían ir a Jefferson. Es posible que nunca imaginaran que Salmon les iba a pedir más de veinticinco centavos por persona, porque cuando Salmon dijo que Tres dólares, se lo preguntó de nuevo como si no pudiera creer a sus propios oídos.

-Tres dólares. No puedo hacerlo por menos -dijo Salmon.

La pareja se quedó allí, quieta. Tío Doc no tomaba parte en la conversación, como si estuviera esperando, como si aquello no le concerniera, como si supiera que no tenía necesidad de preocuparse y que su mujer conseguiría que llegaran a Jefferson.

-No puedo pagar tanto -dijo la mujer.

-Sólo lo conseguirá más barato por ferrocarril. Les cobrarán cincuenta y dos centavos a cada uno. Pero la mujer se alejaba ya, y Tío Doc la seguía como un perro.

Esto sucedía a eso de las cuatro. La gente les vio sentados, hasta las seis, en un banco del patio del juzgado. Sin hablarse, como si cada uno de ellos ni siquiera supiera que el otro estaba allí. Sentados, simplemente, uno junto a otro, ella vestida de domingo y tal vez disfrutando al verse tan elegante y en el centro de la ciudad la tarde del sábado. Es posible que aquello fuera para ella lo mismo que sería

para otros pasar el día entero en Memphis.

Cuando el reloj dio las seis se levantaron. Dicen que la mujer no dijo ni una palabra a su marido y que se levantaron los dos al mismo tiempo, como dos pájaros alzan el vuelo desde una rama sin que se pueda decir cuál de ellos dio la señal. Y cuando caminaban, Tío Doc caminaba un poco más atrás que ella. Cruzaron la plaza y entraron en la calle que conduce a la estación. La gente sabía que hasta dentro de tres horas no pasaba ningún tren e hizo conjeturas acerca de si irían realmente en tren a alguna parte. Pero pronto vieron que iban a hacer algo que les iba a sorprender más. Tío Doc y su mujer, a los que hasta entonces nadie había visto juntos en la calle, y mucho menos comiendo en un café, desde que llegaron a Mottstown, entraron a cenar en una cantina cercana a la estación. Allí fue donde le llevó ella; es posible que tuvieran miedo de perder el tren si comían en el pueblo. Antes de las seis y media estaban los dos sentados en sus taburetes delante del mostrador, comiendo lo que ella había pedido sin consultar para nada con su marido. La mujer preguntó al dependiente a qué hora pasaba el tren para Jefferson y el hombre le contestó que a la dos de la madrugada.

-Esta noche van a pasar muchas cosas en Jefferson. Si alquilan ustedes un automóvil están en Jefferson en tres cuartos de hora. No necesitan esperar al tren hasta las dos -dijo, tomándolos quizá por forasteros y señalándoles en qué lado estaba la ciudad.

La mujer no dijo nada; y, cuando terminaron de comer, pagó, sacando de un trapo anudado que extrajo del paraguas una moneda de cinco centavos primero y una de diez después, mientras Tío Doc la miraba con una mirada perdida de sonámbulo. Luego se fueron. El empleado de la cantina creyó que iban a seguir su consejo e ir al pueblo a alquilar un automóvil, pero les vio atravesar las vías y encaminarse a la estación. Hubo un momento en que pensó llamarles, pero no lo hizo. "Me parece que he comprendido mal. Es posible que quisieran tomar el tren de las nueve en otra dirección", pensó.

Tío Doc y su mujer seguían sentados en un banco de la sala de espera cuando la gente -viajantes, ociosos y gente parecida- empezó a sacar billetes para el tren que iba hacia el Sur. El empleado dice que, cuando regresó de cenar a las siete y media, notó que había algunas personas en la sala de espera, pero que no observó nada de particular hasta que la mujer de Hines se acercó a la ventanilla y preguntó a qué hora salía el tren para Jefferson. Dice que en aquel momento estaba ocupado y que, levantando la cabeza, contestó. "Mañana", sin dejar de hacer lo que estaba haciendo. Y que, al cabo de un rato, algo



le hizo levantar la vista, y que allí estaban la cara redonda, mirándole, y la pluma, inmóvil en la ventanilla; y que la mujer dijo:

-Quiero dos billetes para ese tren.

-No llega hasta las dos de la mañana -dijo el empleado, que no la reconoció-. Si quieren llegar antes a Jefferson más les vale ir al centro y alquilar un automóvil. ¿Saben ustedes en qué lado está la ciudad?

Dice que la mujer seguía allí plantada, contando monedas de cinco y diez centavos que sacaba del trapo anudado. Y que le dio los dos billetes y miró un poco más allá por la ventanilla, y que, al ver a Tío Doc, supo quién era la mujer. Y dice que siguieron sentados, y que llegó la gente para el tren que iba en la otra dirección, y que el tren llegó y salió, y la pareja seguía sentada. Dice que Tío Doc parecía estar dormido o haber tomado alguna droga o cosa parecida. El tren se marchó, pero algunos no se fueron hacia la ciudad, sino que se quedaron mirando por la ventana y, de cuando en cuando, entraban y miraban a Tío Doc y a su mujer, que seguían sentados en el banco. Hasta que el empleado apagó la luz de la sala de espera.

Algunos se quedaron todavía. Mirando por la ventana, podían verlos a los dos, sentados en la oscuridad. Es posible que sólo vieran la pluma y la cabeza blanca de Tío Doc. Y después, Tío Doc empezó a des-perezarse. No parecía sorprendido de encontrarse en aquel lugar, ni tampoco de estar en un lugar en donde no habría querido estar. Se levantó, simplemente. Como si, después de haber corrido mucho tiempo a rueda libre, necesitase ahora poner el motor en marcha. Se oyó que ella le decía "Shhhhhh... Shhhhhh" y que él lanzaba grandes gritos. Cuando el empleado entró a encender la lámpara y a decirles que el tren de las dos iba a llegar, ellos seguían allí, sentados, y la mujer le decía a Tío Doc: "Shhhhhh... Shhhhhh" como si fuese un niño, y Tío Doc vociferaba:

-¡Puterío y abominación! ¡Abominación y puterío!»

## 16.

Cuando Byron llama y no obtiene respuesta, sale del porche y, rodeando la casa, penetra por detrás en un pequeño patio cerrado. Ve inmediatamente la silla que está bajo la morera. Es una tumbona de cubierta de barco, remendada, desteñida y hundida por el cuerpo de Hightower desde hace tanto tiempo que, incluso vacía, parece seguir conteniendo, en un abrazo espectral, la informe obesidad de su propietario. Mientras se acerca, Byron piensa que aquella silla muda, sugeridora de desuso, de pereza, de miserable alejamiento del

mundo, es, en cierto modo, el símbolo e incluso la realidad del propio hombre. «Y voy a perturbar todo esto otra vez», piensa Byron, con su ligero arremangamiento del labio pensando *¿Otra vez? Hasta él se dará cuenta de que lo que le he perturbado no era nada comparado con lo que le perturbaré ahora. Y, además, en domingo otra vez. Pero supongo yo que, como el domingo ha sido inventado por los hombres, también al domingo le gustará vengarse de él.*

Se acerca a la silla por detrás y sumerge su mirada en ella. Hightower está dormido. Un libro abierto reposa, boca abajo, sobre la hinchazón de su abdomen, en el lugar en que la camisa blanca (hoy limpia y recién puesta) sale del pantalón negro gastado. Las manos de Hightower están cruzadas sobre el libro, apacibles, benévolas, casi pontificales. La camisa está hecha según la última moda, con pechera plisada, pero mal planchada. No tiene cuello. Hightower tiene la boca entreabierta y la carne fofa y flácida cuelga alrededor del orificio redondo, en el que aparecen, amarillentos, los dientes inferiores. Cuelga, también, de la nariz, todavía fina, única parte de aquel rostro que la edad y los estragos de unos años penosos no han cambiado todavía. Byron, mirando la cara inconsciente, tiene la sensación de que el hombre entero huye lejos de aquella nariz que se mantiene, invencible, con un resto de orgullo, de valor, que se alza por encima de la pasividad de la derrota como una bandera olvidada sobre una fortaleza en ruinas. La luz, el reflejo del cielo a través de las hojas de la morera, espejea y reluce sobre los cristales de las gafas, y Byron no puede decir exactamente cuándo abre Hightower los ojos. Sólo ve la boca que se cierra y un movimiento de las manos cruzadas cuando Hightower se incorpora.

-¿Sí? -dice-. ¿Si"? ¿Quién está ahí?... ¡Ah, Byron!

Byron le mira gravemente. Pero no con compasión. Ni con nada: simplemente con una expresión sobria, decidida. Sin ninguna inflexión en la voz, Byron dice:

-Le detuvieron ayer. Supuse que usted no lo sabía, como tampoco supo lo del asesinato.

-¿Le detuvieron?

-A Christmas. En Mottstown. Entró en la ciudad y, según me han dicho, estuvo paseando por las calles hasta que le reconocieron.

-¡Detenido! -ahora, Hightower está sentado en su silla-. Y ha venido usted a decirme que está... que le han...

-No. Todavía no le han hecho nada. Todavía está vivo. En la cárcel. Todo va bien.

-¡Todo va bien! ¡Dice usted que todo va bien! ¡Byron dice que todo va

bien...! Byron Bunch ha ayudado al amante de la mujer a vender a su amigo por mil dólares, y Byron dice que todo va bien. Ha ocultado la mujer al padre del niño mientras el otro... ¿le llamaré amante, Byron? ¿Voy a decir esa palabra? ¿Ocultaré la verdad porque Byron Bunch la oculta?

-Si la verdad está hecha por la voz pública, entonces ésa es la verdad. Sobre todo cuando se enteren de que he conseguido que metiesen a los dos en la cárcel.

-¿A los dos?

-A Brown también. Aunque me parece que la mayor parte de la gente ha acabado por comprender que ese hombre no era más capaz de matar, o de ayudar a matar, que de atrapar al criminal. Pero todo el mundo podrá decir que Byron Bunch ha conseguido que le encierren.

-¡Ah, sí! exclamó Hightower, con una voz frágil, aguda y temblona-. Byron Bunch, guardián de la moralidad y del bien público, el ganador, el heredero de las recompensas, porque esa recompensa recaerá ahora en la esposa morganática de... ¡Diré también eso? ¿Mezclará también a Byron en eso?

Y entonces, Hightower comienza a llorar, enorme y fofo en su tumbona hundida.

-No, no he querido decir eso. Usted lo sabe muy bien. Pero no está bien que venga a perturbarme, a atormentarme así, cuando he aprendido a estar... cuando ellos me han enseñado a estar... ¡Que esto me suceda cuando ya soy viejo, cuando me he reconciliado con lo que ellos querían...!

Byron le había visto ya en otras ocasiones con las gotas de sudor corriendo por su rostro como si fuese lágrimas, pero esta vez lo que corría por las flácidas mejillas eran lágrimas que parecían gotas de sudor.

-Ya lo sé. Es muy poca cosa. Molestarle por tan poca cosa. Pero, al principio, cuando me metí en este asunto, no lo sabía. Si no, no habría... Pero usted es un hombre de Dios. No puede sustraerse a...

-Yo no soy un hombre de Dios. Y no por mi propio deseo. Recuerde bien esto. Si he dejado de ser un hombre de Dios no ha sido por mi voluntad. Ha sido por la voluntad, casi sería mejor decir por la orden, de todas las personas como usted, como ella y como él, ese que está en la cárcel, y como todos los que le han encerrado para satisfacer sus deseos a costa de él, como los satisficieron a costa mía, con la violencia y el insulto, para satisfacer sus deseos en seres que, igual que ellos, fueron creados por Dios y a los que obligaron a hacer aquello por lo que ahora reniegan de ellos y les torturan. No ha sido

por mi voluntad. No lo olvide.

-Ya lo sé, porque las oportunidades que se le dan al hombre para elegir no son tan numerosas. Su elección ya estaba hecha -Hightower le mira -. Le dieron a elegir antes de que yo hubiese nacido, y usted eligió entonces, cuando ni yo, ni ella, ni tampoco él habíamos nacido. Fue usted quien eligió. Y yo creo que los buenos deben sufrir tanto como los malos. Tanto como ella, tanto como él, tanto como yo. Y esa otra mujer, igual que las demás.

-¿Esa otra mujer? ¿Otra mujer? ¿Es que mi vida tiene que ser violada, es que mi paz tiene que ser destruida por dos mujeres perdidas, Byron?

-Esa otra mujer no es una mujer perdida. Ha estado perdida durante treinta años, pero se ha reencontrado. Es su abuela.

-¿Abuela de quién?

-La abuela de Christmas- dijo Byron.

Desde la oscura ventana de su escritorio, Hightower espera, vigila la calle y la verja, y oye la música lejana que comienza. Hightower no sabe que la espera, que todos los miércoles y domingos por la noche, sentado en la oscura ventana, espera que comience. Sabe casi al segundo cuándo deberá comenzar a oírla. No necesita de reloj de bolsillo ni de reloj de pared. No los utiliza nunca, hace veinticinco años que no los necesita. Vive sin contacto con la medida del tiempo. Sin embargo, y por la misma razón, siempre ha tenido conciencia del tiempo. Es como si, con su subconsciente, pudiera producir involuntariamente las escasas cristalizaciones de instantes estáticos que regularon, ordenaron en este mundo su vida muerta. No tenía necesidad de reloj para saber en seguida, sólo con pensarlo, dónde se encontraría él a aquella hora precisa en su antigua vida, lo que estaría haciendo entre los dos límites fijos que señalan el comienzo y el final de los oficios del domingo por la mañana y el domingo por la noche, y de la oración del miércoles por la noche. Habría podido decir exactamente en qué momento habría entrado en la iglesia, y exactamente cuándo habría dado a su oración o a su sermón un final calculado de antemano. Así que, antes de que el crepúsculo se desvanezca por completo, se dice a sí mismo *Ahora se reúnen, ahora avanzan lentamente por las calles, entran, se saludan unos a otros, los grupos, las parejas, las personas solas. Hablan con familiaridad, incluso en la iglesia, en voz baja, las señoras agitan sin cesar sus abanicos, cuchichean, saludan con la cabeza a los amigos que entran y pasan por la nave central.* La señorita Carruthers (era su organista. Hacía veinte

años que había muerto) *está entre ellas. En seguida se levantará y se dirigirá hacia el órgano.* Oración del domingo por la noche. Siempre le ha parecido que es a esta hora cuando el hombre está más cerca de Dios, más cerca que a ninguna otra hora de los siete días. Es entonces, y no en ninguno de los demás oficios, cuando se siente algo de esa paz que constituye la promesa y el fin último de la Iglesia. Es entonces cuando la mente y el corazón son purgados, si es que lo son alguna vez. Es el final de la semana y de todos los desastres que la semana ha podido traer consigo. Todo ha sido concluido, sumado y expiado por la pasión austera y ceremoniosa del oficio matutino. La semana siguiente y sus posibles desastres no han nacido todavía. Al sople suave y fresco de la fe y de la esperanza, el corazón se apacigua por unos instantes.

Sentado en la oscura ventana, Hightower cree verles *Ahora se reúnen, franquean la puerta, ya están allí casi todos, ahora* Luego comienza a decir: «¡Ahora! ¡Ahora!» inclinándose un poco. Y entonces, como si hubiese estado esperando esa señal, la música comienza. Las ondas del órgano se elevan, opulentas, sonoras, en la noche de verano. En los entrelazados de sus sonoridades hay algo de humilde y de sublime, como si las voces mismas, ya liberadas, adquiriesen la forma, la actitud de crucifixiones extáticas, solemnes y profundas a medida que se inflan los *crescendos*. Y sin embargo, incluso entonces, la música, como toda música protestante, sigue teniendo algo de severa, de implacable, de terminante. Las ondas sonoras, con más de inmolación que de pasión, solicitan, imploran la negación del amor, la negación de la vida, prohíben el amor, y la vida a los demás, reclaman la muerte, como si la muerte fuese el mayor de los bienes. Es como si, tras haber sido formados por aquello mismo que la música alaba y simboliza, los que lo aceptan y entonan sus alabanzas se sirviesen de estas mismas alabanzas para vengarse de lo que les ha hecho lo que son. Al escuchar esa música, a Hightower le parece percibir la apoteosis de su propia historia, de su propio país, de su propia sangre, de aquellas gentes de las que él ha salido y entre las cuales vive y que nunca pueden gozar de un placer o sufrir por una catástrofe, ni evitarlos tampoco, sin comenzar a discutir sobre ellos. Placer, éxtasis: esas gentes parecen incapaces de soportarlos. Y para evadirse de ellos sólo conocen la violencia, la embriaguez, las batallas, la oración. Y para las catástrofes lo mismo: una violencia idéntica y, al parecer, inevitable *Y en esas condiciones, ¿por qué no les empujará la religión a crucificarse a sí mismos, a crucificarse mutuamente?* Hightower cree oír en la música la declaración, la dedicatoria de ese acto que ellos saben que mañana

tendrán que realizar. Y le parece que la semana que se termina ha huido como un torrente, y que la semana siguiente, la que va a comenzar mañana, es el abismo, y que ahora, en el borde de la catarata, el torrente ha lanzado un grito único, sonoro, austero, no para justificarse, sino para decir un último adiós antes de la caída, para saludar por última vez, no a un dios, sino al hombre encerrado en su celda enrejada, tan cerca que puede oír, no sólo esta iglesia, sino también los otros dos templos que asimismo plantarán su cruz para crucificarle. «Y lo harán con alegría», dice Hightower, sentado en su oscura ventana. Y siente que los músculos de su boca, de sus mandíbulas, se contraen bajo la acción de una especie de presentimiento, el presentimiento de algo aún más terrible que la risa. «Y lo harán con alegría, porque tener piedad de él sería como admitir la duda de sí mismos, la esperanza, la necesidad de la piedad para sí mismos. Por eso lo harán con alegría. Y por eso es tan terrible, tan terrible, tan terrible.. Y entonces se inclina y ve que se acercan tres personas. Cruzan la verja. Sus siluetas se destacan sobre el resplandor del farol, entre las sombras. Hightower ha reconocido ya a Byron, y observa a las dos personas que le siguen. Advierte que una de ellas es una mujer y la otra un hombre, aunque, si no fuese por la falda que una de ellas lleva, casi sería posible intercambiarlas. Su anchura, su volumen parecen ser el doble que los de las personas normales. Parecen dos osos. Hightower se ríe sin tener siquiera tiempo para evitarlo. «Solo falta que Byron llevase un pañuelo en la cabeza y aros en las orejas», piensa riéndose, con una risa sin ruido, porque se esfuerza en contenerla para ir hacia la puerta en la que Byron va a llamar.

Byron les conduce al escritorio. A la mujer de rostro totalmente inmóvil, rechoncha en su vestido morado, con su pluma y su paraguas; al hombre increíblemente sucio, increíblemente viejo, con su barbita manchada de tabaco y sus ojos de loco. Entran, no con recelo, sino con algo de marionetas accionadas por unos toscos resortes. La que parece más segura de las dos, o por lo menos más consciente, es la mujer. Como si a pesar de su inercia helada, como mecánicamente movida, hubiera venido con un propósito determinado o, por lo menos, con una vaga esperanza. Pero Hightower ve en seguida que el hombre está en una especie de coma, ausente y totalmente indiferente a lo que le rodea. No obstante, Hightower siente en él algo explosivo, algo paradójicamente absorto y alerta a la vez.

-Es ella, es la señora Hines -dice sosegadamente Byron.

Hines y su mujer están inmóviles; la mujer, como si hubiera llegado al fin de un largo viaje, silenciosa, glacial, como una estatua de piedra policroma, y esperara ahora entre caras y lugares desconocidos; y el viejo, mugriento, tranquilo, absorto y todo lleno, no obstante, de una furia latente. Se diría que ni uno ni otro han dirigido una mirada a Hightower, con curiosidad o sin ella. Hightower les ofrece unas sillas. Byron conduce a la mujer, que se sienta con muchas precauciones, apretando el paraguas. El hombre se sienta bruscamente. Hightower ocupa su silla detrás del escritorio.

-¿Qué quiere decirme esta mujer? -pregunta.

La mujer no se mueve. Al parecer no ha oído. Se halla en el estado de quien, tras hacer un viaje penoso y en cumplimiento de una promesa, se abandona después y espera.

-Este es el Reverendo Hightower. Cuénteselo. Dígale lo que quiere que sepa -dice Byron.

Y ella le mira, con el rostro muerto. Si hay alguna vida detrás de ese rostro, es una vida anulada por su misma inmovilidad; si hay alguna esperanza, algún deseo, esa esperanza, ese deseo no se manifiestan.

-Cuéntele. Dígale por qué ha venido, para qué ha venido a Jefferson -dice Byron.

-Porque... -dice la mujer con una voz brusca y profunda, casi ronca pero fuerte, como si estuviera asombrada de haber hecho tanto ruido. Se calla, como sorprendida, como si el sonido de su propia voz la hubiese interrumpido, y mira a los dos.

-Dígamelo -dice Hightower-. Trate de decírmelo.

-Porque... -y la voz cesa bruscamente, muere otra vez, ronca pero siempre débil, muerta por su propio asombro. Como si aquellas palabras fueran un obstáculo automático que la voz no pudiese salvar. Y les parece verla animándose a sí misma para salvarlo-. Dejé de verle antes de que empezase a andar -dice-. No le he visto en treinta años. Nunca le volví a ver. Nunca le vi andar por su propio pie ni le oí decir su nombre...

-¡Puterío y abominación! -grita súbitamente el hombre con voz sonora, fuerte, penetrante.

Y se calla. Sólo ha salido de su estado sonambúlico para gritar las tres palabras con una ofensiva brusquedad de profeta. Nada más. Hightower le mira, luego mira a Byron. Y Byron dice reposadamente:

-Christmas es hijo de su hija. Este -y con un ligero movimiento de cabeza señala al viejo, que mira a Hightower con sus brillantes ojos de loco -lo cogió en cuanto nació y se lo llevó. Su mujer nunca supo lo

que había hecho con él. Ni siquiera sabía si estaba vivo hasta el momento en que...

El viejo interrumpe de nuevo con la misma brusquedad. Pero esta vez no grita. Habla en un tono tan tranquilo y tan sensato como el de Byron; claramente, como a pequeñas sacudidas:

-Sí. El viejo Doc Hines se lo llevó. Dios le dio a Doc Hines la oportunidad de obrar y Doc se la dio a Él también. Dios manifestó su voluntad por boca de los niños. Los niños le gritaban: «¡Negro, negro!» en presencia de Dios y de los hombres, manifestando la voluntad de Dios. Y el viejo Doc Hines dijo a Dios: «Con eso no basta. Los niños se llaman cosas peores que "negro".» Y Dios dijo: «Espera y verás, porque no puedo perder el tiempo con todos los puteríos y las inmundicias del mundo. Ya lo he marcado y ahora le voy a dar el conocimiento. Y te he puesto a ti para que le vigiles y para que se cumpla mi voluntad. A ti te corresponde verle, mirarle.»

Su voz cesa, sin bajar el tono. Su voz se detiene en seco, como cuando la mano de alguien que no escucha un disco levanta la aguja del gramófono. Hightower vuelve los ojos hacia Byron, también con una mirada casi de loco.

-¿Qué es eso? ¿Qué es eso? -dice.

-Yo habría preferido arreglar la cosa de manera que ella viniera a hablar con usted sin que él estuviera presente -dice Byron-. Pero no sabía dónde dejarlo. Ella dice que tiene que vigilarle. Ayer, sin darse cuenta, intentó incitar a la gente de Mottstown para que lincharan a Christmas.

-¿Lincharle? exclama Hightower-. ¿Linchar a su propio nieto?

-Eso es lo que ella dice contesta Byron en el mismo tono-. Dice que por eso ha venido con él. Y ha tenido que traérselo para evitar que lo haga.

La mujer habla otra vez. Quizás ha estado escuchando. Pero su cara de madera tiene la misma expresión que cuando entró. Y habla con su voz muerta, casi con la brusquedad de un hombre.

-El está así desde hace cincuenta años. Más de cincuenta. Pero ya le he aguantado durante cincuenta. Ya antes de casarnos estaba siempre de pelea. La noche en que nació Milly estaba encerrado en la cárcel por una bronca. Eso es lo que he tenido que aguantar y sufrir. El creía que tenía que pelear porque es más pequeño que los demás y decía que la gente trataba de aprovecharse. Ponía en ello su vanidad y su orgullo, pero yo le decía que la causa era que tenía el diablo en el cuerpo y que un día, sin que él se enterara, el diablo le iba a dominar y a decir: - «Eupheus Hines: vengo a cobrarme mis derechos.» Eso es lo que le



dije al día siguiente de nacer Milly, cuando yo estaba tan débil que no podía levantar la cabeza y él acababa de salir de la cárcel. Le dije que el estar en la cárcel a la hora y el minuto en que nacía su hija era la advertencia que le hacía Dios de que no le consideraba digno de tener una hija. La señal del Dios de las Alturas para decirle que la ciudad (él era entonces guardafrenos de ferrocarril) sólo podía hacerle daño. Y él lo aceptó porque era una señal, y fue entonces cuando renunciarnos a vivir en las ciudades, y al cabo de cierto tiempo llegó a ser capataz de un aserradero y a prosperar, porque no había empezado todavía a tomar en vano el santo nombre del Señor y a justificar y excusar orgullosamente al diablo que llevaba dentro. Así que, cuando la carreta de Lem Bush pasó una noche de vuelta del circo y no se detuvo para que bajara Milly, Eupheus entró en casa y hurgó en los cajones en busca del revólver. Y yo le dije: «Eupheus: es el diablo y no la suerte de Milly lo que te agita tanto.» Y él me contestó: «Diablo o no diablo» y me dio una bofetada, y entonces caí sobre la cama y le miré.

La mujer se calla. Su voz cesa en una inflexión decreciente, como si al gramófono se le hubiera agotado la cuerda en la mitad del disco. Y Hightower vuelve de nuevo la mirada a Byron, con la misma expresión de petrificado asombro.

-Eso es lo que yo oí también -dice Byron-. Y al principio no podía comprenderlo. El matrimonio vivía entonces en un aserradero de Arkansas, en el que Hines era capataz. La chica tenía unos dieciocho años. Una noche pasó un circo por delante del aserradero, camino de la ciudad. Era en diciembre y había llovido mucho; una de las caravanas se atascó al cruzar un puente cercano al aserradero y los hombres del circo fueron a despertarles y les pidieron prestada una palanca para desatascar el vehículo.

-¡Es la abominación divina de la carne de mujer! -grita súbitamente el viejo. Después su voz desciende, se apaga. Se diría que sólo ha querido atraer la atención. Y luego sigue, velozmente, en un tono natural, vago, fanático, hablando de sí mismo en tercera persona-. El viejo Doc Hines sabía. Había visto ya en ella el signo de la divina abominación de la carne de mujer, había visto el signo debajo de su ropa. Y cuando se puso el impermeable y encendió la lámpara y regresó, ella estaba en la puerta, también con impermeable y él le dijo: «Vete a la cama», y ella contestó: «También yo quiero ir allí», y él le dijo: «Vete a esa habitación.» Y ella entró y él se fue al aserradero, cogió una gran palanca y consiguió sacar al carromato. Trabajó hasta el amanecer creyendo que ella había obedecido la orden paterna que le había dado el Señor. Pero tendría que haber sabido,

debería haber sabido la divina abominación de la carne de mujer, debería haber reconocido la forma ambulante del puterío y de la abominación que hedían ya en presencia de Dios. ¡Atreverse a decirle al viejo Doc Hines que el hombre era mexicano cuando el viejo Doc Hines podía ver en la cara del hombre la negra maldición de Dios Todopoderoso! ¡Decírselo a él...!

-¿Qué? -exclama Hightower en voz alta, como comprendiendo de antemano que tenía que ahogar la voz del otro a la fuerza del volumen-. ¿Qué quiere decir con eso?

-Era uno de los del circo -dijo Byron-. La chica le dijo que era un mexicano; se lo dijo cuando el padre la atrapó. Es posible que él se lo hubiera dicho a la chica. Pero él -dijo Byron, señalando al viejo- sabía, no sé cómo, que el individuo tenía sangre negra. Es posible que se lo dijeran los del circo. No lo sé. Nunca ha dicho cómo se enteró, como si ese detalle no tuviera importancia. Y creo que, después de la noche siguiente, no la tuvo.

-¿La noche siguiente?

La chica se escapó, al parecer, la misma noche en que se detuvo el circo. Por lo menos eso dice Hines. De todos modos Hines obró como si la escapada existiera y lo que hizo no habría podido suceder si él no lo hubiera sabido y si ella no se hubiera escapado. Al día siguiente, la chica fue al circo con unos vecinos. Hines la dejó ir, porque entonces no sabía que se había escapado la noche Anterior. Ni siquiera sospechó nada cuando apareció con el vestido dominguero para subir al carro del vecino. Pero, por la noche, se quedó aguardando a que regresara el carro, esperando oír el ruido, y el carro vino por la carretera y pasó por delante de la casa como si no fuera a detenerse para que bajara Milly. Hines echó a correr dando voces y el vecino detuvo el carro, pero la chica no venía en él. El vecino le dijo que Milly les había dejado en el emplazamiento del circo, diciéndoles que iba a pasar la noche en casa de otra chica, a unas seis millas de distancia. Y dijo el vecino que le extrañaba que Hines no lo supiera, porque cuando la chica subió al carro llevaba una maleta. Y Hines no vio la maleta. Y ella -esta vez Byron señala el rostro inmóvil de la mujer, que es posible que escuche lo que él dice, aunque también es posible que no- dice que el que le guió fue el diablo. La mujer dice que su marido no podía estar más enterado que ella de dónde podía estar la chica entonces y que, sin embargo, entró en casa, tomó el revólver y la derribó a ella sobre la cama cuando trató de detenerle, y ensilló un caballo y se fue. Y dice que Hines tomó el único atajo que podía tomar para alcanzarles, eligiéndolo en la oscuridad entre media docena. Y que, no obstante, no

podía saber qué camino habían tomado. Pero lo sabía. Les encontró como si hubiera sabido en todo momento el lugar exacto donde estaban, como si estuviera citado allí con el hombre que la chica decía que era mexicano. Como si supiera dónde tenían que estar. La noche era oscura como boca de lobo y cuando Hines alcanzó el cochecillo no había modo de saber si era el que él buscaba; pero Hines cabalgó hasta el cochecillo, el primero que vio aquella noche, se puso a su derecha, se inclinó en la oscuridad total y, sin decir una palabra, sin detener el caballo, agarró al hombre, que lo mismo habría podido ser un desconocido o un vecino, teniendo en cuenta lo que Hines podía saber por sus ojos o por sus oídos. Lo agarró con una mano, y con la otra, a quemarropa, le pegó un tiro que lo mató. Y se trajo a la chica a casa, a la grupa del caballo, dejando al hombre y al cochecillo en la carretera. Había vuelto a empezar a llover.

Y cuando se calla Byron, la mujer rompe instantáneamente a hablar, como si hubiera estado esperando, con tensa impaciencia, a que Byron se callara. Habla en el mismo tono muerto y monótono. Las dos voces son como estrofas y antiestrofas, dos voces sin cuerpo que relatan, como en sueños, algo realizado en un país sin dimensiones por seres inmateriales.

-Yo estaba tendida en la cama y le oí que salía y oí que el caballo salía del establo y pasaba al galope por delante de la casa. Me quedé así, sin desnudarme, contemplando la lámpara. Como el petróleo iba bajando, al cabo de un rato me levanté, fui a la cocina, la llené, limpié la mecha, me desnudé y me eché en la cama dejando la lámpara encendida. Seguía lloviendo y hacia frío. Al cabo de cierto tiempo oí que el caballo se detenía en la veranda y me levanté, me puse el chal y les oí entrar en casa. Oí los pasos de Eupheus, y luego los de Milly, que se aproximaban por el vestíbulo. Cuando se abrió la puerta, Milly se quedó quieta, con la cara y el pelo mojados por la lluvia, lleno de barro el vestido nuevo y los ojos cerrados. Eupheus la golpeó y Milly cayó al suelo y se quedó quieta con la misma expresión que tenía cuando estaba de pie. Y de pie en la puerta, mojado y sucio de barro, Eupheus me dijo: «Decías que yo estaba haciendo la obra del diablo. Pues bien, te traigo la última cosecha del diablo. Pregúntale lo que tiene dentro. Pregúntale.» Hacía mucho frío. Yo estaba muy cansada y le dije: «¿Qué ha sucedido?» Y él me contestó: «Ve allí, mira en el barro y lo verás». Es posible que le hiciera creer que era mexicano. Pero a mí no me ha engañado. Ni a ella tampoco. No ha tenido necesidad. Una vez me dijiste que el diablo me dominaría y me reclamaría sus derechos. Pues bien, ya lo ha hecho. Mi mujer me ha dado una

puta. Pero, cuando ha llegado el tiempo de cobrar, el diablo ha hecho al menos lo mejor que podía hacer: me enseñó el camino y a sostener el revólver sin temblar,.

«A veces yo llegaba a creer que el diablo había triunfado sobre Dios. Cuando descubrimos que Milly estaba embarazada, Eupheus comenzó a buscar un médico que arreglara el asunto. Creí que encontraría alguno y había veces en que pensaba que, si el hombre y la mujer han de vivir en el mundo, sería mejor así. A veces tenía la esperanza de que encontraría alguno y estaba muy cansada cuando llegó el momento final: el dueño del circo volvió por allí y dijo que el hombre tenía sangre negra y que no era mexicano, tal como había dicho Eupheus, tal como el diablo le había dicho a Eupheus. Eupheus tomó de nuevo el revólver y dijo que o encontraba un médico o mataba a uno. Y se marchaba y no volvía a veces en una semana y la gente estaba enterada y yo procuraba convencer a Eupheus de que nos mudáramos, porque eso de que el hombre fuera negro lo había dicho el dueño del circo y tal vez no estuviera seguro y que, además, el hombre se había ido y era muy posible que no volviéramos a verle. Pero Eupheus no quería marcharse de allí y a Milly se le acercaba el momento y Eupheus se pasaba la vida buscando, revólver en mano, un médico que arreglara el asunto. Después supe que le habían metido de nuevo en la cárcel. Supe que entraba en todas las iglesias a buscar un médico, cuando todos estaban rezando, y que una noche se levantó en medio de los rezos, subió al púlpito y empezó a predicar atacando a los negros e incitando a los blancos a que les mataran. Los fieles le hicieron callar y bajar del púlpito, y él les amenazó con el revólver en plena iglesia, y vino la justicia y le detuvo, y estuvo una temporada como loco. Luego se averiguó que en otro pueblo había dado una paliza a un médico y que se había escapado antes de que le cogieran. Cuando salió de la cárcel, Milly estaba a punto de librar. Y entonces, como lo veía tranquilo en casa, yo creía que quizás había aceptado ya la voluntad de Dios, que quizá había cedido. Un día encontró la canastilla que Milly y yo habíamos preparado a escondidas de él. Y él sólo habló para preguntar qué día iba a ser el nacimiento. Preguntaba todos los días y nosotras creíamos que había cedido, que quizá el frecuentar iglesias y el haber estado en la cárcel le había acostumbrado a la idea, como la noche en que nació Milly. Después, cuando llegó el momento, Milly me despertó una noche y me dijo que ya había empezado. Y yo me vestí y le dije a Eupheus que fuera en busca de un médico y Eupheus se vistió y salió. Yo lo tenía todo preparado, y esperamos. Y pasó la hora en que el médico y Eupheus

deberían haber llegado y ni siquiera había llegado Eupheus. Pero seguí esperando, creyendo que el doctor no podía tardar y salí a la puerta del porche para mirar, y vi a Eupheus allí sentado, en el último escalón, con la escopeta cruzada en las rodillas y me dijo: «Vuélvete a casa, madre de puta.» Yo le dije «!Eupheus!» Y Eupheus levantó la escopeta y dijo: «Vuélvete a casa. Que el diablo recoja su propia cosecha; fue él quien la sembró.» Yo intenté salir por la puerta trasera, pero Eupheus me oyó, dio la vuelta a la casa con su escopeta y me golpeó con el cañón, y yo volví al lado de Milly. Eupheus se quedó en la puerta del corredor, mirando a Milly hasta que Milly murió. Luego se acercó a la cama, miró al niño, lo cogió y lo levantó por encima de la lámpara, como si esperara para ver quién iba a triunfar, el diablo o el Señor. Yo estaba muy cansada, me senté en la cama y contemplé la sombra de Eupheus en la pared y la sombra de sus brazos y el pequeño paquete allá en lo alto. Y pensé que había vencido el Señor Pero ahora ya no lo sé. Porque Eupheus dejó al niño sobre la cama, junto a Milly, y salió. Le oí salir por la puerta de entrada y luego me levanté, encendí el hornillo y calenté leche.

La mujer se calla. Su voz ronca, canturreante, se extingue. Y Hightower observa, desde el otro lado de la mesa, a la mujer de rostro de masa, inmóvil, con su vestido morado, a la mujer que no se ha movido desde que entró en la habitación. Luego la mujer empieza de nuevo a hablar, sin moverse, casi sin mover los labios, como si fuera una marioneta y la voz fuera emitida por un ventrilocuo desde la habitación contigua:

-Y Eupheus desapareció. El dueño del aserradero no sabía a dónde se había ido y contrató un nuevo capataz, pero en consideración a que se acercaba el invierno y a que yo tenía que cuidar al niño, me permitió que me quedara algún tiempo más en la casa. Yo no sabía mucho más que el señor Gillman sobre el paradero de Eupheus hasta que llegó la carta. Venía de Memphis y sólo contenía un cheque postal. Nada más. Yo no había progresado nada. Luego, en noviembre, llegó otro cheque, sin carta, sin nada. Y yo me sentía muy fatigada. Dos días antes de Navidad estaba en el corral cortando leña y, cuando entré en casa, el niño había desaparecido. No había estado fuera ni una hora y me parecía imposible no haber visto a Eupheus al entrar o al salir. Pero no lo vi. Sobre la almohada que yo había puesto entre el niño y el borde de la cama para que el niño no pudiera caerse, encontré una carta. Y yo me sentía muy cansada, pero esperé. Eupheus volvió a casa después de Navidad y no quiso decirme nada. Lo único que me dijo fue que nos iríamos a otro lugar, y yo pensé que habría dejado allí al niño y que

venía a buscarme. No quiso decirme tampoco hacia donde íbamos y, aunque no tardamos mucho en llegar, estaba muerta de miedo por lo que le podía pasar al niño hasta nuestra llegada y el viaje se me hizo interminable. Cuando llegamos y vi que el niño no estaba allí, le dije: «Dime qué has hecho con Joey. Tienes que decírmelo.» Eupheus me miró como había mirado a Milly la noche en que dio a luz y murió, y contestó: «Es la abominación de Nuestro Señor y yo soy el instrumento de su voluntad.» Y se marchó al otro día. No supe a dónde. Llegó otro cheque postal y al mes siguiente apareció Eupheus en casa y me dijo que estaba trabajando en Memphis. Yo creía que había ocultado a Joey en Memphis, en alguna parte, y que eso era algo, ya que él podría verlo aunque yo no lo viera. Y sabía que tenía que esperar hasta que a Eupheus le diera la gana de decírmelo, y siempre estaba pensando en que la próxima vez me llevaría a Memphis. Y esperé. Cosía ropa para Joey y, cada vez que Eupheus venía a casa, procuraba que me dijera si la ropa tendría la medida de Joey y si Joey estaba bien, pero Eupheus no me decía ni una palabra. Se sentaba y leía su Biblia en voz alta. No había nadie que pudiera oírle más que yo, pero la leía a gritos, como si pensara que yo no creía lo que decía. Pero no me dijo ni una palabra en cinco años y ni siquiera supe si le llevaba a Joey las ropas que yo le hacía. Tenía miedo de preguntarle, de molestarle, porque pensaba que ya era algo que él estuviera donde estaba Joey aunque yo no estuviese. Y luego, al cabo de cinco años, vino un día a casa y me dijo: «Nos mudamos.» Pensé que al fin iba a volver a ver a Joey; si era un pecado, lo habíamos expiado ya; y hasta perdoné a Eupheus creyendo que aquella vez iríamos, por fin, a Memphis. Pero no fuimos a Memphis. Vinimos a Mottstown. Teníamos que pasar por Memphis y, por primera vez en mi vida, le supliqué que me dejara verlo un minuto, un segundo, que no le tocaría, ni le hablaría, ni nada. Eupheus se negó. No salimos de la estación. Bajamos de un tren y esperamos siete horas sin salir de la estación hasta que llegó el otro tren y vinimos a Mottstown. Y Eupheus no volvió a trabajar en Memphis y, al cabo de algún tiempo, le dije: «Eupheus.» Eupheus me miró y le dije: «No te he molestado en cinco años. ¿Quieres decirme de una vez si el niño vive o ha muerto?» Y él me contestó: «Ha muerto.» Y yo le dije: «¿Ha muerto para el mundo de los vivos o nada más que para mí? Si sólo ha muerto para mí, dímelo.» Y Eupheus dijo: «Ha muerto para ti y para mí y para Dios y para el reino de Dios por siempre jamás.»

Y la mujer se calla de nuevo. Detrás de la mesa Hightower la observa, con un asombro reposado, desesperanzado. También Byron está

inmóvil, con la cabeza baja. Los tres son como tres rocas en una playa con la marea baja. En cuanto al viejo, ha estado escuchando casi con atención, con su habilidad para pasar instantáneamente de una atención perfecta que no parece oír a ese estado de abstracción semejante al coma y en el cual la mirada fija de sus ojos, aparentemente invertidos, es tan desagradable de ver como si los tuviera en la mano. Y de pronto, el viejo, increíblemente viejo e increíblemente sucio, con una voz sonora y loca, habla:

-Fue el Señor. El Señor estaba allí. El viejo Doc Hines le dio su oportunidad. El Señor dijo al viejo Doc Hines lo que tenía que hacer, y el viejo Doc Hines lo hizo. Luego el Señor dijo al viejo Doc Hines: «Ahora mira, mira y verás cómo se cumple mi voluntad.» Y el viejo Doc Hines observó y vio que los niños, los huérfanos de Dios, sin darse cuenta, puesto que todavía no conocían el pecado y hasta las chicas estaban limpias de pecado y de puterío, ponían en sus bocas inocentes las palabras de Dios y lo que Dios sabía, cuando le llamaban: «¡Negro! ¡Negro!» «¿Qué te había dicho?», le preguntó Dios al viejo Doc Hines. «Ahora que mi voluntad se va a cumplir, me voy. No hay aquí bastante pecado para preocuparme por ello. Porque, ¿qué me importan las fornicaciones de alguna inmunda, si son también parte de mis designios?» Y el viejo Doc Hines preguntó: «¿Cómo pueden ser parte de vuestros designios las fornicaciones de una inmunda?» Dios contestó: «Espera y lo verás. ¿Crees que fue casualidad el que yo enviara a aquel médico joven para que encontrara mi abominación envuelta en una manta, a la puerta de aquella casa, en aquella noche de Navidad? ¿Crees que fue casualidad el que la directora se encontrara ausente aquella noche y que las jóvenes inmundas tuvieran oportunidad de llamarle Christmas, en un sacrilegio para con mi Hijo? Ahora me voy, porque mi voluntad se va a cumplir y te dejo a ti para que vigiles.» Y el viejo Doc Hines vigiló y esperó. Desde el cuarto de la caldera de Dios vigiló a los niños y la ambulante semilla del diablo que todos ignoraban y que contaminaba la tierra por el efecto de aquella palabra que le arrojaban a la cara. Porque, ahora, Christmas no jugaba ya con los demás niños. Permanecía solo, muy quieto. Y el viejo Doc Hines sabía que oía dentro de sí mismo la amenaza oculta de la maldición de Dios, y el viejo Doc Hines le dijo: «Por qué no juegas ya con los demás como jugabas antes?» Y Christmas no respondió nada, y el viejo Doc Hines le dijo «¿Es porque te llaman negro?» Y Christmas no contestó. Y el viejo Doc Hines le dijo: «¿Crees que eres negro porque Dios te ha marcado la cara?» Y Christmas preguntó: «¿También Dios es negro?» Y el viejo Doc Hines le contestó: «Dios es

el Señor, el Dios de los Ejércitos, y su voluntad se hará. No la tuya ni la mía, porque tú y yo somos parte de sus designios, parte de su venganza.» Christmas se alejó. Y el viejo Doc Hines le observaba y veía que escuchaba la voluntad vengadora del Señor. El viejo Doc Hines observó que se dedicaba a mirar al negro que trabajaba en el patio y a seguirle mientras trabajaba, hasta que el negro le dijo una vez: «¿Por qué me miras, muchacho?» Y Christmas le preguntó: «¿Por qué eres negro?» Y el negro le dijo: «¿Quién te ha dicho que soy negro, maldito bastardo blanco?» Y Christmas le contestó: «Yo no soy negro.» Y el negro le dijo: «Tú eres peor que negro. No sabes lo que eres. Y más que eso: nunca lo sabrás. Vivirás, morirás y no lo sabrás nunca.» Y Christmas le dijo: «Dios no es negro.» Y el negro le contestó: «Tú deberías saber lo que es Dios, porque Dios es el único que sabe lo que eres tú.» Pero Dios no estaba allí para decirlo, porque había puesto su voluntad en marcha y se había ido, dejando al viejo Doc Hines de vigilante.

Desde la primera noche, desde que eligió el aniversario de su propio Hijo para poner su voluntad en marcha, había dejado al viejo Doc Hines de vigilante. Aquella noche hacía frío. Y el viejo Doc Hines estaba allí, en la oscuridad, justo en la esquina, desde donde podía ver la escalera y cómo iba a cumplirse la voluntad del Señor; y vio que el joven médico venía de la lujuria y de la fornicación y que se agachaba para recoger la abominación de Dios y que la metía en la casa. El viejo Doc Hines le siguió, y vio y oyó. Vio que las jóvenes inmundas, que en ausencia de la directora profanaban con ponches de huevo y whisky el sagrado aniversario del Señor, abrían la manta. Y fue ella, la Jezabel del médico, la que hizo de instrumento del Señor y dijo: «Le llamaremos Christmas.» Y otra dijo: «¿Christmas qué?» Y Dios dijo al viejo Doc Hines: «Díselo tú.» Y todas ellas, exhalando un vaho de inmundicia, miraron al viejo Doc Hines y gritaron: «¡Si es el Tío Doc! Mire lo que Santa Claus nos ha traído, lo que nos ha dejado en la puerta.» Y el viejo Doc Hines dijo: «Se llama Joseph.» Y ellas cesaron de reír y miraron al viejo Doc Hines, y la Jezabel dijo: «¿Cómo lo sabe usted?» Y el viejo Doc Hines contestó: «Lo dice el Señor.» Y se echaron de nuevo a reír, gritando: «Está en la Escritura: Christmas, el hijo de Joe, Joe el hijo de Joe, Joe Christmas», dijeron. «A la salud de Joe Christmas», y trataron de que también el viejo Doc Hines bebiera a la salud de la abominación de Dios, pero el viejo Doc Hines derramó el vaso. Y el viejo Doc Hines ya sólo tenía que vigilar y esperar (y vigiló y esperó porque así estaba dispuesto por Dios) a que el mal



saliese del mal. Y la Jezabel del médico vino un día corriendo de su cama de lujuria, hediendo todavía a pecado y a miedo: «Christmas estaba escondido detrás de la cama», le dijo, y el viejo Doc Hines dijo: «Has usado ese jabón perfumado que te llevó a la perdición, lo has empleado para abominación del Señor y para ofenderle. Soporta las consecuencias.» Y ella dijo: «Usted puede hablar con él. Ya le he visto hacerlo. Podría persuadirle.» Y el viejo Doc Hines le dijo: «No me importan sus fornicaciones más de lo que le importan a Dios.» Y ella dijo: «Lo va a contar y me echarán. Será mi deshonor.» La voluntad de Dios se cumplía en ella en aquel instante, se cumplía sobre la mujer que había ultrajado la casa en que Dios albergaba a sus huérfanos y que ahora estaba delante del viejo Doc Hines hediendo a lujuria y a impudor. «Tú no eres nada, dijo el viejo Doc Hines; ni tú ni todas las inmundas como tú. Sólo sois un instrumento de la venganza de Dios, sin el cual ni siquiera un gorrión se puede caer del nido. Sois un instrumento de Dios, lo mismo que Joe Christmas y que el viejo Doc Hines.» Y la Jezabel se alejó, y el viejo Doc Hines esperó y vigiló y no pasó mucho tiempo antes de que volviera la Jezabel con una cara como la de los animales feroces del desierto. «Ya lo he arreglado», dijo, y el viejo Doc Hines le preguntó: «¿Cómo?», pues no se trataba de algo que el viejo Doc Hines ignorara, ya que el Señor no ocultaba sus propósitos al instrumento que había elegido. Y el viejo Doc Hines le dijo: «Has servido a la voluntad preestablecida del Señor. Ahora puedes ir a ofenderle en paz hasta el Día del Juicio.» Y cuando se rió de Dios a través de la roja inmundicia de su boca, su cara parecía la de una voraz fiera del desierto. Y luego vinieron y se lo llevaron. El viejo Doc Hines vio que se lo llevaban en una carreta y regresó a esperar a Dios, y Dios vino y le dijo: «Tú también puedes irte. Has hecho mi trabajo. Aquí sólo hay pecados de mujeres y no vale la pena que el instrumento elegido por mí se quede a vigilar.» Y el viejo Doc Hines se fue en cuanto el Señor le dijo que se fuera. Pero siguió comunicándose con Dios y, por las noches, le decía: «¿Y ese bastardo, Señor?» Y Dios decía: «Todavía camina por la superficie de mi tierra.» Y el viejo Doc Hines siguió comunicándose con Dios y una noche se rebeló, luchó, gritó: «¿Y el bastardo, Señor? ¡Lo siento! ¡Siento los dientes, los colmillos del mal!» Y el Señor dijo: «Es ese bastardo. Tu obra no está acabada aún. Ese bastardo es una inmundicia, una abominación en la faz de mi tierra.»

Hace tiempo que ha cesado el sonido de la música en la iglesia lejana. Por la ventana abierta ya sólo llega la miríada de ruidos apacibles de la

noche de verano. Hightower está sentado detrás de su mesa. Ahora parece más torpe que nunca, más torpe que un animal al que hubieran burlado, engañado en su necesidad de huida, acorralado ahora por los que le habían burlado, engañado. Los otros tres están allí, sentados frente a él, casi como los miembros de un jurado. Dos de ellos también están inmóviles: la mujer de rostro amasado, inmóvil como una roca que espera; el viejo, casi agotado, como la mecha carbonizada de una vela cuya llama hubiese sido soplada demasiado bruscamente. Sólo Byron parece estar vivo. Baja la cabeza. Parece contemplar una de sus manos apoyada en sus rodillas. Junta sus dedos índice y pulgar y los frota como si amasara algo. Parece reflexionar, perdido en su meditación. Cuando Hightower habla, Byron sabe que no es a él a quien se dirige, que no se dirige a nadie que esté en la habitación.

-¿Qué quieren que haga? -dice Hightower-. ¿Qué creen, qué piensan, que esperan que puedo hacer yo?

Ningún sonido le responde. Aparentemente, ni el hombre ni la mujer le han oído. Byron no cuenta con lo que el hombre oiga. «No necesita ayuda -piensa-, sino más bien que le encierren.» Piensa, recuerda aquel estado comatoso de suspensión meditabunda y, no obstante, alienada en la que el viejo ha estado. «Lo que necesita es que le encierren. Me parece que no sólo sería ella la que se alegraría de que se le impidiese hacer daño.» Mira a la mujer. Y dice suavemente, casi tiernamente:

-Ande, dígame lo que quiere decirle. El reverendo quiere saber lo que usted quiere que haga. Dígaselo.

-He pensado que tal vez...

La mujer habla sin moverse. Su voz es más torpe que tímida, como si se viera obligada a expresar una cosa ajena al mundo de las cosas que se pueden decir en voz alta, una de esas cosas que sólo se pueden sentir o conocer.

-El señor Bunch me ha dicho que tal vez...

-¿Qué? -dice Hightower. Habla secamente, con la aguada voz llena de impaciencia. Tampoco él se ha movido. Está derrumbado en su sillón, con las manos apoyadas en los brazos del mismo.

-He pensado...

La voz se apaga de nuevo. Por la ventana llega el zumbido continuo de los insectos. Luego, la voz sigue hablando, plana, átona. La mujer también está sentada, con la cabeza un poco agachada, como si escuchase su propia voz con el mismo tranquilo interés.

-Es mi nieto, el hijo de mi hija. He pensado que si yo... que si él...

Byron escucha tranquilamente, pensando *Es curioso. Se diría que le*

*han cambiado. Se diría que es él quien tiene un nieto negro a punto de ser colgado* La voz continúa:

-Ya sé que no debería venir a molestar a un desconocido. Pero usted tiene suerte. Un soltero. Un hombre solo que ha podido envejecer sin llegar a conocer la desesperación de amar. Aunque estoy segura de que usted no podría comprenderlo, por muy bien que se lo explicara. He pensado que si, sólo por un día, las cosas pudieran ser como si no hubiese pasado nada, como si la gente no hubiera descubierto que es él el asesino...

La voz cesa de nuevo. La mujer no se ha movido. Se diría que oye detenerse a su propia voz como antes la ha oído comenzar, con el mismo interés, con la misma tranquila indiferencia.

-Continúe -dice Hightower con la misma voz aguda e impaciente-. ¡Continúe!

-Nunca le he visto, después que empezó a andar, a hablar. No le he visto nunca desde hace treinta años. Y no digo que no haya hecho lo que dicen que ha hecho. Que no deba sufrir como él hizo sufrir a los que le quisieron y le perdieron. Pero si, por ejemplo, le pudieran dejar libre sólo un día... Como si aquello no hubiese sucedido todavía. Como si el mundo no tuviese nada contra él todavía. Entonces sería algo así como si hubiese salido de viaje y hubiera regresado hecho un hombre... Si eso pudiera hacerse, sólo por un día... Después, no me interpondría. Si ha hecho eso, no sería yo la que se interpusiera entre él y lo que debe sufrir. Sólo un día, ¿entiende usted? Como si hubiese vuelto de un viaje, un viaje que él me contaría, y sin que nadie tuviera nada contra él todavía.

-¡Ah! -dijo Hightower con su voz alta, aguda. Aunque no se ha movido, los nudillos de los dos que se crisan en los brazos del sillón están tensos y blancos, y un estremecimiento refrenado comienza a insinuarse lentamente bajo sus ropas-. ¡Ah, ya! ¿Eso es todo? Es sencillo. Muy sencillo, muy sencillo. -Ha hablado en un tono bajo, pero ahora levanta la voz-. ¿Qué quieren que haga yo? ¿Qué es lo que tengo que hacer? Byron, Byron, ¿qué es lo que me piden ahora?

Byron se ha levantado. Está de pie junto a la mesa, con las manos sobre la mesa, de cara a Hightower. Hightower sigue sin moverse. Aunque el estremecimiento continuo, creciente, hace temblar su enorme cuerpo fofo.

-¡Ah, claro! Debería habérmelo figurado. Es Byron el que va a pedírmelo. Tendría que haberlo adivinado. Esto había que dejarlo para Byron y para mí. ¡Vamos, vamos! ¡Hable! ¿Por qué duda usted ahora?

Byron baja la mirada hacia la mesa, hacia sus manos que están sobre la mesa:

-Es algo muy triste, algo muy triste.

-¡Ah! ¿Compasión ahora, después de tanto tiempo? ¿Compasión por mí o por Byron? Vamos, hable. ¿Qué quiere que haga? Porque es usted el que lo quiere, ya lo sé. Lo se desde el principio. ¡Ah, Byron, Byron! ¡Qué gran dramaturgo habría sido usted!

-Querrá usted decir qué gran batería, qué gran agente de ventas, qué gran dependiente de comercio... -dice Byron-. Es algo muy triste, ya lo sé. No necesita usted decírmelo.

-Pero yo no soy tan clarividente como usted. Usted parece saber lo que yo podría responderle y, sin embargo, no se atreve a decirme lo que quiere que sepa. ¿Quiere usted que vaya a confesarme culpable del crimen? ¿Eso es lo que quiere?

El rostro de Byron se crispa en una mueca vaga, fugaz, sardónica, cansada, sin alegría.

-Algo parecido a eso.

Luego, su rostro se serena, se vuelve casi grave.

-Es algo muy triste de pedir. Bien sabe Dios que me doy cuenta de ello.

Y contempla su mano que, preocupada y trivial, se mueve un poco sobre la mesa.

-Recuerdo que una vez le dije que hay que pagar el mismo precio por ser bueno que por ser malo, que hay que pagar lo que cuesta. Y son los buenos los que no pueden rechazar la cuenta cuando se la presentan. Por la sencilla razón de que les pueden obligar a pagarla. Es como un hombre honrado que juega. Los malos, en cambio, pueden rechazar las cuentas. Porque nadie espera que vayan a pagarla, ni en el acto, ni nunca. Pero los buenos no pueden hacer eso. Es posible que se tarde más tiempo en pagar por ser bueno que por ser malo. Y esto no es como si ya lo hubiera hecho usted, como si usted hubiera pagado ya alguna vez una cuenta de esta clase.

-Siga, siga. ¿Qué debo hacer?

Byron, con gesto pensativo, mira su mano lenta, inquieta.

-Christmas no ha confesado haberla matado. Y la única prueba que hay contra él es la palabra de Brown, que es lo mismo que decir ninguna. Usted podría decir que Christmas estaba aquí, en su casa, la noche aquélla... y todas las noche que Brown pretende haberle visto subir a la casa grande y entrar en ella. La gente le creería. Por lo menos le creerían en eso. Preferirían creerle a usted que creer que Christmas vivía maritalmente con ella y que luego la mató. Ahora, us-

ted ya es viejo. Ahora no harían nada que pudiese hacerle daño. Y creo que usted ya está acostumbrado a todas las demás cosas que podrían hacerle.

-¡Oh, claro! -dice Hightower-. Claro, claro. La gente lo creería. Sería muy fácil. Excelente. Excelente para todo el mundo. Christmas sería devuelto a los que han sufrido por él. Y a Brown, sin su recompensa, se le podría asustar para que reconociese al niño y para que se marchase en seguida, esta vez para siempre. Y entonces sólo quedarían Lena y Byron. Al fin y al cabo, yo no soy más que un viejo que ha tenido la suerte de envejecer sin haber conocido la desesperación de amar...

Un temblor continuo agita a Hightower. Ha alzado los ojos. A la luz de la lámpara, su cara reluce como si la hubiesen untado con aceite. Torturada, contorsionada, brilla al resplandor de la lámpara. La amarillenta camisa, tantas veces lavada y que estaba limpia por la mañana, está ahora empapada de sudor.

-No es que no pueda, que no me atreva a hacerlo -dice-. Es que no quiero, ¿entiende? No quiero.

Y levanta las manos de los brazos del sillón.

-Es porque no quiero hacerlo.

Byron no se mueve. Sobre la mesa, la mano está quieta. Byron mira al otro hombre, pensando *No grita contra mí. Es como si supiera que tiene que convencer a algo que está más cerca de él.* Porque ahora, con las manos levantadas, crispadas, sudoroso el rostro, el labio levantado sobre sus dientes picados a cuyo alrededor cuelgan los largos carrillos de carne fofa y color de masilla, Hightower grita:

-¡No quiero hacerlo! ¡No quiero!

De pronto, su voz se eleva más aún:

-¡Salgan! -grita-. ¡Salgan de mi casa! ¡Salgan de mi casa!

Y luego cae de bruces sobre la mesa, con la cara entre sus brazos extendidos y sus puños cerrados. Cuando Byron, precedido por los dos viejos, se vuelve desde el umbral de la puerta, ve que Hightower no se ha movido. Su cabeza calva, sus brazos extendidos y sus puños cerrados quedan dentro del charco de la luz que cae de la pantalla. Al otro lado de la ventana abierta, el zumbido de los insectos no ha cesado, no se ha debilitado.

## 17.

Esto sucedía la noche del domingo. El hijo de Lena nació la mañana siguiente. Despuntaba el alba cuando Byron detuvo el galope de su

mula frente a la casa que había dejado apenas seis horas antes. Echó pie a tierra y corrió por el estrecho sendero que conducía a la sombría veranda. A pesar de su prisa, era como si se observase así mismo desde lejos, pensando, con una ausencia de sorpresa un tanto irónica: «Byron Bunch ayudando a traer un niño al mundo. Si hace quince días me hubiese visto haciendo este papel, no habría dado crédito a mis ojos. Les habría dicho que mentían.»

La ventana detrás de la cual, seis horas antes, había dejado al pastor, estaba oscura ahora. Sin dejar de correr volvía a ver el cráneo calvo, los puños cerrados, el cuerpo fofa caído sobre la mesa. «Me figuro que no habrá dormido mucho. Aunque no haya tenido que hacer de... de...» No podía hallar la palabra «partera» que sabía que Hightower habría empleado. «Me parece que ya no necesito saberlo», pensó; «Un hombre que corre hacia un fusil o que se aleja de él no tiene tiempo de preguntarse si la palabra que sirve para designar lo que hace es valor o cobardía.»

La puerta no estaba cerrada con llave. Byron ya sabía probablemente, que no lo estaría. Y avanzó a tientas por el pasillo, haciendo ruido, sin tratar siquiera de no hacerlo. Nunca había pasado, en aquella casa, más allá del cuarto en donde había visto al dueño caído sobre la mesa, iluminado de lleno por la Lámpara. Y sin embargo, no se equivocó de puerta. Fue allí tan directamente como si la conociese, como si la pudiera ver, como si alguien le guiase. «Eso es lo que diría él -pensaba Byron, tanteando apresuradamente en las tinieblas-. Y lo que también ella diría.» Se refería a Lena, yacente en la cama, presa ya de los primeros dolores. «Sólo que cada uno de ellos emplearía una palabra diferente para designar al que me guía.» Ahora ya podía oír los ronquidos de Hightower, antes de entrar en la habitación. «Pues no parece tan disgustado», pensó. Después, pensó inmediatamente: «No. Eso no está bien, eso no es justo. Porque no lo creo. Yo sé que, si él duerme y yo no duermo, es porque él es más viejo y tiene menos resistencia que yo.»

Byron se acercó a la cama, cuyo ocupante, todavía invisible, roncaba profundamente. Y en aquellos ronquidos había algo muy profundo, de total renuncia. De renuncia, no de fatiga, como si Hightower hubiese perdido por completo el dominio de esa mezcla de orgullo, de esperanza, de vanidad, de temor, de vigor para aferrarse, sea a la derrota, sea a la victoria; esa mezcla de la que está compuesto el *Yo soy*, esa mezcla que, cuando se renuncia a ella, suele desembocar casi siempre en la muerte. De pie, junto a la cama, Byron pensaba todavía *Es algo muy triste. Algo muy triste*. Ahora le parecía que

despertar al hombre de aquel sueño era el más cruel daño que le había hecho hasta entonces. «Pero no soy yo el que espera -pensó-. Bien lo sabe Dios. Porque estoy seguro de que Él también me ha vigilado últimamente, como me han vigilado todos los demás, para ver lo que iba a hacer.»

Tocó al durmiente sin rudeza, pero con decisión. Los ronquidos cesaron bajo la mano de Byron. Y Hightower, con toda su obesidad, se incorporó y se sentó bruscamente:

-¿Sí? ¿Qué? ¿Quién está ahí? ¿Quién es?

-Soy yo -dijo Byron-. Byron otra vez. ¿Se ha despertado ya?

-Sí. ¿Qué....

-Sí -dijo Byron-. Ella dice que ha llegado el momento.

-¿Ella?

-Dígame dónde está la luz... La señora Hines.

-Está allí. Yo voy a buscar al médico. Pero me parece que tardaré bastante. Usted puede llevarse mi mula. Creo que el trayecto no será demasiado largo para usted. ¿Tiene todavía su libro?

La cama crujió con el movimiento que hizo Hightower.

-¿El libro? ¿Mi libro?

-El libro que usted utilizó cuando nació aquel negrito. He querido recordárselo por si acaso necesitaba llevarlo con usted. Por si acaso yo no llegara a tiempo con el médico. Mi mula está ahí, en la verja. Conoce el camino. Yo iré a pie a la ciudad en busca del médico. Volveré allí en cuanto pueda.

Y dando la vuelta, cruzó de nuevo la habitación. Pudo oír, sentir al hombre sentado en la cama. Se detuvo en medio del cuarto sólo el tiempo necesario para encontrar la lámpara que colgaba de un alambre y encender la luz. Cuando la luz se encendió, ya avanzaba Byron hacia la puerta. No volvió la cabeza. Oyó detrás de él la voz de Hightower:

-¡Byron, Byron!

Pero no se detuvo. Ni respondió.

Estaba amaneciendo. Se alejó rápidamente por la calle desierta, bajo los espaciados faroles. Alrededor de las luces agonizantes todavía revoloteaban, chocaban los insectos. Pero la luz aumentaba. Cuando llegó a la plaza, las fachadas del lado de levante recortaban sobre el cielo sus limpios perfiles. Byron pensó rápidamente. No había acordado nada con ningún médico. Sin dejar de caminar, se maldecía a sí mismo, presa de la misma mezcla de terror y de rabia que sentiría un joven padre ante lo que él consideraba ahora una estúpida

y criminal negligencia. Sin embargo, no se trataba exactamente de la solicitud de un joven padre. Detrás de este sentimiento había otra cosa, una cosa que sólo reconocería más tarde. Era como si, en su cerebro, todavía nublado por la necesidad de apresurarse, hubiese algo que estaba a punto de lanzarse sobre él con todas sus afiladas garras. Pero lo que Byron pensaba era: «Tengo que decirlo en seguida. Hightower, según dicen, asistió muy bien a aquella negra. Pero ahora es distinto. Yo tendría que haberlo hecho la semana pasada, ponerme de acuerdo con un médico, en lugar de esperar, de tener que explicarlo en el último minuto, de ir llamando de puerta en puerta hasta que encuentre a uno que quiera ir, que quiera creer las mentiras que tendrá que contarle. La verdad es que, después de mentir tanto como he mentido en los últimos días, debería ser capaz de inventar ahora unas mentiras que engañasen a todo el mundo, a hombres y a mujeres. Pero no confío en ello. Probablemente no está dentro de mi carácter el inventar una buena mentira y el contarla bien.» Caminaba muy rápido. Sus pasos resonaban, huecos, solitarios, en la calle desierta. No se daba cuenta de que su decisión estaba ya tomada. No veía en ella nada de paradójico ni de cómico. La idea había penetrado con demasiada rapidez en su mente. Y ya se había asentado firmemente allí cuando empezó a tener conciencia de ella. Era esa decisión la que dirigía sus pasos. Sus pies le llevaban a casa de aquel mismo doctor que llegó demasiado tarde al nacimiento del negrito, cuando Hightower había actuado con su navaja de afeitar y con su libro.

También esta vez llegó el médico cuando todo había terminado. Byron tuvo que aguardar a que el médico se vistiera. Ya no era joven y se aturdiría un poco y protestaba porque le hubieran despertado a aquella hora. Tuvo que ir en busca de la llave, que estaba guardada en una pequeña caja de caudales metálica. Y también tardó en encontrar la llave de la caja de caudales. Se opuso también a que Byron hiciera saltar la cerradura. Así que, cuando, al fin, llegaron a la cabaña, el cielo, por oriente, tenía un color de malvarrosa y se adivinaba ya la inmediata aparición del sol de verano. Los dos hombres, ahora más viejos, se encontraron de nuevo en la puerta de una cabaña compuesta de una sola habitación. El profesional había sido vencido otra vez por el aficionado. En efecto: en cuanto el médico cruzó la puerta, oyó el vagido del recién nacido. Miró al pastor, frunciendo el ceño:

-Bien, doctor -dijo-. Si Byron me hubiera dicho al menos que ya le había llamado a usted, me habría quedado en la cama.



Pasó por delante de Hightower y entró.

-Según parece, hoy ha tenido más suerte que la última vez que nos reunimos en consulta... Pero es usted el que tiene más aspecto de necesitar un médico. A menos que lo que necesite sea una buena taza de café.

Hightower dijo algo; pero el médico, sin detenerse, había entrado ya en la habitación, donde una muchacha que no había visto nunca yacía, pálida y extenuada, en un estrecho camastro, y donde una vieja con un traje morado, y a la que tampoco había visto nunca, tenía al niño en sus rodillas. En la sombra, sobre otro camastro, dormía un viejo. Cuando el médico le vio tan profundamente, tan apaciblemente dormido, pensó que era como si estuviese muerto. Pero en seguida dejó de mirar al viejo. Y se acercó a la vieja que sostenía al niño.

-¡Vaya, vaya! Byron debía de estar muy excitado. No me dijo que estaba aquí toda la familia, incluidos el abuelo y la abuela.

La mujer levantó los ojos hacia él. Y el médico pensó: «Hace bien en estar sentada. No parece mucho más viva que él. Y está demasiado chocha para darse cuenta de que es madre, y menos aún de que es abuela.»

-Si -dijo la mujer.

Le miraba, inclinada sobre el niño. Entonces, el médico se dio cuenta de que su rostro no era ni estúpido ni vacío. Vio que era a la vez apacible y terrible, como si la apacibilidad y el terror, muertos desde hacía mucho tiempo, hubiesen resucitado de pronto y a la vez. Pero lo que más le llamó la atención fue su actitud, una actitud de roca y, a la vez, de animal agazapado. La mujer meneó la cabeza indicando al hombre. El médico miró por primera vez de frente hacia el otro camastro, donde el hombre dormía. Y la mujer, con un murmullo en el que había astucia y, también, el estremecimiento de un resto de temor, dijo:

-Le he engañado. Le he dicho que esta vez usted iba a entrar por detrás. Le he engañado. Pero ya está usted aquí. Podrá atender a Milly. Y yo me ocuparé de Joey.

Y todo se desvaneció. Bajo la mirada del médico, la vida, la vivacidad se desvanecieron, desaparecieron de un rostro que parecía demasiado tranquilo, demasiado muerto para haber podido tener alguna vez ni siquiera el reflejo de ellas. Ahora, la mujer le interrogaba con la mirada, con una expresión absurda, inarticulada, asombrada, mientras se encorvaba, agazapada detrás del niño, como si el médico se dispusiera a quitárselo. Quizás fue aquel movimiento lo que despertó al niño, que lanzó un solo grito. Entonces, el asombro se

desvaneció a su vez. Se desvaneció suavemente, como una sombra. La mujer bajó los ojos hacia el niño, pensativa, con su rostro amasado, cómico.

-Es Joey -dijo-, el niño de mi querida Milly.

Y Byron, delante de la puerta donde se había quedado cuando el médico entró, oyó aquel grito y le sucedió algo terrible. Estaba en su tienda cuando la señora Hines le llamó con una voz tan rara que se puso los pantalones casi mientras corría. En la puerta de la cabaña pasó por delante de la señora Hines, que no se había desnudado, y entró. Y entonces la vio, y se detuvo en seco, como ante una pared. La señora Hines estaba junto a él y le hablaba. Quizás él le respondió, le habló también. Pero el caso es que ensilló su mula y comenzó a galopar hacia la ciudad. Le parecía verla todavía, ver su rostro, cuando, incorporada en la cama, apoyada en sus brazos, Lena miraba con un terror quejumbroso, desesperado, el bulto que hacía su cuerpo bajo la sábana. Byron tenía ante él esta visión mientras despertaba a Hightower, mientras convencía al médico para que le acompañase, mientras aquella cosa agarrada en su interior parecía esperar. Pero su pensamiento iba demasiado deprisa para que tuviese tiempo de pensar. Sí, estaba bien eso: un pensamiento demasiado rápido para que tuviese tiempo de pensar. Aquello duró hasta el momento en que el médico y él llegaron a la cabaña. Y entonces, justamente a la entrada de la cabaña, en donde se habían detenido, oyó al niño lanzar un solo grito y le sucedió algo terrible.

Ahora sabía lo que era aquella cosa que, agarrada dentro de él, estaba al acecho mientras cruzaba la plaza desierta en busca del doctor al que había olvidado avisar. Ahora sabía por qué había descuidado avisar al doctor de antemano. Era porque, hasta el momento en que la señora Hines le llamó, no creía que él (o ella) tendría necesidad de uno. Como si, desde hacía una semana, sus ojos hubiesen aceptado la forma de su vientre sin que su mente lo creyera. «Sin embargo, yo sabía, creía -pensaba-. Tenía que saberlo para hacer lo que hice: correr, mentir, molestar a la gente.. Pero ahora comprendía que no lo había creído verdaderamente hasta que, pasando por delante de la señora Hines, entró en la cabaña. La primera vez que la voz de la señora Hines le llegó a través de su sueño, él ya sabía lo que era, lo que había sucedido, y se levantó y se revistió de la necesidad de apresurarse como si se pusiera a toda prisa un mono de mecánico. Y sabía por qué. Sabía que, desde hacía cinco noches, lo esperaba. Y sin embargo, aún no lo creía. Y ahora sabía que, cuando acudió a la cabaña y miró dentro de ella, esperaba encontrar a Lena sentada, encontrarla quizás

de pie ante la puerta, plácida, siempre la misma, fuera del tiempo. Pero en cuanto tocó la puerta con su mano, oyó algo que todavía no había oído nunca. Era un gemido quejumbroso, fuerte, que tenía algo de humilde y de apasionado a la vez, una queja que parecía hablar a algo, claramente, en una lengua que él sabía que no era su lengua ni la de ningún hombre. Después cruzó la puerta, por delante de la señora Hines, y vio a Lena tendida en su cama. No la había visto todavía en una cama y creía que, cuando la viese así (si alguna vez la veía), Lena estaría ansiosa, alerta, levemente sonriente y acaso totalmente consciente de su presencia. Pero, cuando entró, ella ni le miró siquiera. Ni siquiera parecía haber advertido que la puerta se había abierto, que había algo o alguien en la habitación, además de ella y de esa cosa a la cual había dirigido aquel grito gimiente en una lengua que los hombres desconocían. Estaba cubierta hasta el cuello, pero su busto incorporado se apoyaba en sus brazos y su cabeza se inclinaba hacia delante. Sus cabellos estaban despeinados y sus ojos parecían dos agujeros y su boca estaba ahora tan exangüe como la almohada que tenía detrás. Y mientras que, en aquella actitud de alarma y de sorpresa, parecía contemplar, con una especie de incredulidad ofendida, la forma de su cuerpo tendido bajo las mantas, lanzó de nuevo aquel gran grito gemebundo, humilde. La señora Hines se inclinó entonces sobre ella, y luego volvió la cabeza, con el rostro de masa encima de su hombro morado.

-Váyase ya -dijo-. Vaya a buscar al médico. Ha llegado el momento. Byron no recordaba haber ido al establo. Y sin embargo, estuvo allí, porque tomó la mula, cogió la silla y la colocó en su sitio. Luego cabalgó a toda prisa, pero su pensamiento se desarrollaba lentamente, suavemente, con cálculo, como el aceite cuando es vertido poco a poco sobre unas aguas agitadas. «Si lo hubiese sabido entonces -pensaba Byron-, si lo hubiese sabido entonces, si lo hubiese comprendido.. Pensaba esto mansamente, con una desesperación y un pesar consternados. «Sí, habría vuelto la grupa. Habría huido hacia el lado opuesto. Lejos de la memoria, lejos del conocimiento de los hombres. Si, creo que habría huido para siempre.»

Pero no lo hizo. Pasó al galope por delante de la cabaña. Sus pensamientos seguían fluyendo sosegadamente, pero aún no sabía.. «Ojalá pueda pasar antes de que grite. Ojalá pueda pasar y alejarme antes de oírla otra vez.» Este pensamiento le acompañó hasta la carretera. Ahora, el musculoso animal avanzaba con rapidez. Byron pensaba (el aceite se desparramaba suavemente y sin pausa). «Iré antes a casa de Hightower Le dejaré la mula. No debo olvidar decirle

que coja su libro de medicina. No debo olvidarlo -decía el aceite mientras le conducía a casa del pastor, en la que entró tras haberse apeado en marcha de la mula-. Ya está hecho, pensó, pensando *Aunque no pueda encontrar a un verdadero médico. Porque nunca creí que iba a necesitar uno. Nunca lo creí.* Y este pensamiento le llenaba la mente y galopaba, paradójicamente emparejado con la obligación de apresurarse, mientras buscaba, con el viejo médico, la llave de la caja de caudales. La encontraron por fin, y durante algún tiempo, la obligación de apresurarse fue a la par con el movimiento, con la prisa misma, por la carretera vacía, por el alba vacía. Era exactamente eso, a no ser que, como suele hacer la gente, hubiese abandonado toda la realidad, todo el temor, todo el terror en manos del médico que iba junto a él. Sea como fuere, el pensamiento le llevó hasta la cabaña, donde ambos descendieron del coche y se dirigieron hacia la puerta, detrás de la cual seguía ardiendo la lámpara. En aquel instante, Byron corrió por la última laguna de paz antes de que sintiera el golpe, antes de que aquella cosa armada de garras le aferrase por detrás. Fue entonces cuando oyó el grito del niño. Y comprendió, supo.

Amanecía rápidamente. Y Byron estaba allí, en pie, mansamente, en la paz friolera, en el tranquilo despertar; él, pequeño, indefinible, hacia el cual nadie, ni hombre ni mujer, se había vuelto mosca para mirarle por segunda vez. Ahora sabía que siempre había tenido algo que le protegía de la obligación de creer o que, haciéndole creer, también le había protegido. Con un asombro austero, rígido, Byron pensó *Podría decirse que si la señora Hines no me hubiera llamado, si yo no hubiera oído a Lena, si no hubiera visto su cara, si yo no hubiera comprendido que en aquel momento Byron Bunch no era nada para ella, nunca me habría dado cuenta de que no es virgen.* Y esto -pensó Byron- era terrible; pero no era todo. Había otra cosa. Byron no bajaba la cabeza, permanecía allí, de pie, mansamente, en el amanecer creciente, y pensaba muy tranquilo *Y esto también me estaba reservado, como dice el reverendo Hightower. Tengo que decírselo. Tengo que decírselo a Lucas Burch.* Ahora, este pensamiento ya no se presentaba en él. como algo natural, sino más bien como la desesperación terrible, irremediable, de la adolescencia. *Era él, pero hasta ahora nunca había creído que él fuese él. Tenía la sensación de que ella y yo y todas las personas que tuve que mezclar en este asunto, sólo éramos palabras, detrás de las cuales no había nada, que nosotros ni siquiera éramos nosotros, mientras que lo que éramos seguía siendo, seguía siendo siempre, sin que ni siquiera lamentásemos que no hubiera*

*palabras para designarnos. Sí, hasta ahora no he creído que él fuese Lucas Burch, que existiera realmente un Lucas Burch.*

-¡Suerte! -dice Hightower- ¡Suerte! Queda por saber si la he tenido o no.

Pero el médico ha entrado en la cabaña. Hightower aún vuelve un momento la cabeza y mira al grupo que está junto a la cama y sigue oyendo la voz jovial del médico. La vieja está ahora sentada, muy tranquila, y sin embargo, mientras la mira, le parece que ha transcurrido muy poco tiempo desde que luchaba con ella para quitarle el niño porque temía que lo dejase caer en su furia aterrorizada y estúpida. Estupidez que no atenuaba la furia cuando, tras haber casi arrancado al niño de las entrañas de su madre, le levantó muy alto, mirando al viejo que dormía en su camastro. Su pesado cuerpo, que parecía dispuesto a saltar, recordaba al de un oso. El viejo ya dormía así cuando Hightower llegó. No parecía respirar. Y junto a la cama, cuando llegó Hightower, encontró a la mujer, agazapada en una silla, como una roca en equilibrio al borde de un precipicio. Y, durante un instante, Hightower pensó *Le ha matado ya. Esta vez ha tomado sus precauciones de antemano*. Después, tuvo mucho que hacer. La vieja estuvo a su lado, sin que él se diese cuenta, hasta el momento en que cogió al niño que no respiraba todavía, y le levantó en el aire mientras lanzaba sobre el viejo dormido una mirada de tigresa. Después, el niño respiró, y lloró, y la mujer pareció responderle en una lengua también desconocida, salvaje y triunfante. La mujer parecía una demente cuando Hightower forcejeó con ella y le quitó el niño para evitar que le dejase caer. «Mire. Mire -le dijo-. Está muy tranquilo. Esta vez no se lo llevaré.» Sin embargo, la mujer no apartaba la vista de Hightower. Le miraba fijamente, con una estupidez animal, como si no comprendiera el inglés. Pero la furia, el triunfo, habían desaparecido de su rostro. Emitió un sonido ronco, quejumbroso, y trató de recobrar el niño. «Cuidado, mucho cuidado -dijo Hightower-. ¿Tendrá usted cuidado?» Lloriqueante, la vieja asintió con la cabeza y, con gran precaución, comenzó a manosear al niño. Pero sus manos ya no temblaban y Hightower dejó de prestarle atención. Y ahora todavía le tiene en sus rodillas, mientras el médico, retrasado, está junto a la cama, hablando con un tono jovial y tosco, con las manos muy atareadas. Hightower da media vuelta y sale. Desciende los partidos escalones con mucho cuidado, como un viejo, como si en su fofa panza hubiese algo fatal, extremadamente tenso, algo como dinamita. El amanecer ha concluido. Ya es de día, el sol ha

salido. Se detiene, mira a su alrededor, llama: «¡Byron!» No responde nadie. Hightower ve entonces que la mula que él había atado a una estaca de la cerca también ha desaparecido. Y suspira: «Bien -piensa-. Heme aquí ante el último de los ultrajes de Byron. Ha llegado hasta el extremo de obligarme a hacer dos millas a pie para volver a casa. Esto no es digno de Byron. Pero ocurre a menudo que nuestras acciones no parecen ser dignas de nosotros. Ni nosotros dignos de nuestras acciones.»

Hightower reemprende lentamente el camino de la ciudad. Desmadejado, panzudo, camina bajo su panamá sucio. Ha embutido lo mejor que ha podido los faldones de su camión de algodón en el pantalón negro. «Afortunadamente me tomé el tiempo necesario para ponerme los zapatos -piensa-. Estoy cansado -piensa, lleno de desazón-; estoy cansado y no podré dormir.» Esta idea le desazona. Cruza la verja con el mismo paso fatigado. El sol está ya muy alto. La ciudad se despierta. De aquí y de allá le llega el olor de los primeros desayunos. «Ya que no ha querido dejarme la mula, habría podido precederme y venir a encenderme el hornillo. Era lo menos que podría haber hecho, ya que consideró que un paseo de dos millas antes de desayunar me abriría el apetito.»

Hightower va a la cocina y enciende el hornillo lentamente, torpemente, tan torpemente como el primer día que lo hizo, hace veinticinco años. Pone su café al fuego. «Y luego me volveré a acostar -piensa-. Pero ya sé que no me dormiré.» Y observa que sus pensamientos tienen un tono quejumbroso, algo así como las quejas de una mujer doliente que ni siquiera escucha lo que ella misma dice. Después advierte que se está preparando un desayuno bastante más sólido que los de costumbre, y entonces se detiene. Hace chasquear su lengua, como si se sintiera contrariado. «No debería encontrarme tan bien», piensa. Pero tiene que admitir que no se encuentra mal. Y de pie, alto, informe, solitario en su cocina vacía y mal cuidada, sosteniendo en la mano una cazuela a la que la grasa del día anterior se ha adherido en siniestros coágulos, se siente atravesado por un resplandor, por una ola, por un impulso, por una especie de calor, por una sensación casi de triunfo. «Se lo he demostrado -piensa-. La vida puede renacer todavía en el viejo, cuando los demás llegan demasiado tarde. ¡Cuando llegan en busca de sus restos, como diría Byron! Aunque todo esto no es más que vanidad y vacío orgullo.» Pero el resplandor, lento, cada vez más pálido, no deja de brillar, permanece insensible al reproche. Hightower piensa: «¿Y qué? ¿Qué importa?

¿Qué importa que sea una sensación de orgullo y de triunfo? ¿Y qué?» Pero el calor, el resplandor, no necesitan ya que se los alimente. El resplandor ya no se apaga ni con la realidad de una naranja, de unos huevos y de unas rodajas de pan tostado. Y Hightower mira, por encima de la mesa, los platos vacíos y sucios, y dice, esta vez en voz alta: «Que Dios me perdone. Pero no voy a lavarlos ahora.» Y tampoco va a su alcoba a intentar dormir. Llega hasta la puerta, mira la habitación, todavía lleno de aquel resplandor de orgullo y con un propósito muy definido. «¡Si fuese una mujer! Lo que haría ahora una mujer sería acostarse, descansar.» Y va hacia su escritorio. Ahora actúa como un hombre que tiene un propósito; él, que, desde hace veinticinco años, no ha hecho nada entre la hora de levantarse y la de acostarse. Y esta vez no es Tennyson el libro que elige. Esta vez elige un alimento de hombre: *Enrique IV*. Y va hacia el patio, y se tiende, bajo la morera, en su tumbona de lona hundida. Y se derrumba en ella, gordo y pesado. «Pero no podré dormir -piensa-, porque Byron no va a tardar en venir a despertarme. Pero sólo por saber lo que va a pedirme esta vez ya merece la pena estar despierto».

Hightower se duerme rápidamente, casi en el acto. Cualquiera que se hubiese detenido para mirar hacia su silla habría visto, por debajo de los reflejos mellizos del sol en sus gafas, una cara apacible, inocente, confiada. Pero nadie se detiene. No obstante, cuando se despierta, casi seis horas después, tiene la impresión de que alguien le ha llamado. Se incorpora súbitamente. La silla cruje bajo él. «¿Sí? -dice-. Sí? ¿Quién está ahí?» Pero no hay nadie. Sin embargo, durante algunos segundos más, mira a su alrededor. Parece escuchar, esperar, con el mismo gesto de confianza enérgica. El resplandor continúa allí. «Yo esperaba, sin embargo, que se disiparía cuando me durmiese», piensa. E inmediatamente después. «No, no he querido decir *esperaba*. En realidad, *temía*. Así que me he sometido, que también yo me he sometido», piensa, sosegado, calmo. Y comienza a frotarse las manos, primero suavemente, después con un aire algo culpable. «Me he sometido también. Y voy a permitirme... Sr. Quizás esto también me estaba reservado. Así que voy a permitirme...» Y entonces, Hightower lo dice, lo piensa *Ese niño a quien he ayudado a venir al mundo. Nadie lleva mi nombre. Pero yo he conocido a alguno cuya agradecida madre le dio el nombre del médico que le asistió en el parto. Sí, pero está Byron. Byron se me va a adelantar, naturalmente. Será necesario que la muchacha tenga otros, que tenga más.* Recuerda el cuerpo joven, vigoroso que, incluso en medio de sus esfuerzos, revelaba tranquilidad, valor. *Otros. Muchos más. Esa será su vida, su destino. La*

*buena raza, en sumisa obediencia a la buena tierra: madre, hija, descendiendo sin prisa, sin precipitación, de ese vientre poderoso. Pero la próxima vez engendradas por Byron. Pobre muchacho. Que hasta me ha hecho regresar a pie.*

Hightower entra en la casa, se afeita, se quita el camisón y se pone la camisa que llevaba la víspera, y un cuello, y su corbata de lino y su panamá. Necesita menos tiempo para subir hasta la cabaña que el que necesitó para bajar, aunque ahora camina a través del bosque, donde el andar es más difícil. «Debería hacer esto más a menudo», piensa bajo el sol intermitente. Y siente el calor, el olor salvaje y fecundo de la tierra, el bosque, el silencio: «He aquí otra costumbre que nunca tendría que haber perdido. Pero quizás un día vuelvan a mí las dos costumbres, aunque esto sea muy diferente de la oración.»

Sale del bosque por el otro extremo del prado, por detrás de la cabaña. Más allá de ésta, puede ver el bosquecillo donde se alzaba la casa grande, donde la casa grande ardió. Sin embargo, desde donde está, no puede ver los restos calcinados, silenciosos, de lo que antes fueron tablas y vigas. «Pobre mujer -piensa-. ¡Pobre mujer estéril! No haber podido vivir una semana más para ver que la felicidad volvía a estos lugares. Para ver que la felicidad y la vida volvían a estos lugares estériles y desolados.» Cree ver a su alrededor unos fantasmas de campos fértiles, la vida rica y lujurante de los negros de la plantación, las voces cálidas, la presencia de mujeres fecundas, la múltiple chiquillería hormigueando, desnuda, delante de las puertas, y la gran casa, ruinoso, resonante de los gritos de tres generaciones. Llega a la cabaña. No llama. Mientras su mano abre la puerta, grita con una voz jovial, casi atronadora:

-¿Puede entrar el doctor?

No hay nadie en la cabaña, salvo la madre y el hijo. La madre está sentada en la cama y le da el pecho al chiquillo. Cuando entra Hightower, la muchacha sube la sábana y cubre su seno desnudo mientras mira hacia la puerta, sin temor, pero con interés, y el rostro inmobilizado en una expresión serena y cálida, como si se preparase a sonreír. Pero Hightower ve que todo esto se desvanece.

-Creía que... -dice ella.

-¿Qué es lo que creía? -dice, truena Hightower.

Se aproxima a la cama y mira. A ella y a la cara del niño, a la minúscula, arrugada cara color de barro cocido, que parece colgada del seno sin cuerpo y que no se ha despertado. Lena sube algo más la sábana, púdica, sosegada, mientras que, desde arriba, el hombre



grande, calvo, ventrudo, la mira con gesto amable, con un aire radiante, triunfal. Lena bajó los ojos hacia el niño.

-Parece que no puede acostumbrarse. Creo que se ha dormido y, en cuanto le acuesto, empieza a gritar y tengo que cogerlo otra vez.

-No debería quedarse sola aquí -dice Hightower, mirando alrededor de la habitación-. ¿Dónde...?

-Ella se ha ido también. A la ciudad. No me lo ha dicho, pero sé que ha ido allí. El hombre se escapó y, cuando ella despertó, me preguntó que dónde estaba, y yo le dije que había salido, y ella se fue tras él.

-Se escapó? ¿A la ciudad? -Y luego añade: ¡Ah!», tranquilamente, con el rostro lleno de gravedad.

-Le vigiló todo el día. Y él también la vigilaba a ella. Yo le veía: fingía dormir, y ella creía que dormía, y después de cenar no pudo más y cayó dormida. La noche anterior no descansó nada y, después de cenar, se sentó en la silla y se adormiló. Y él la observaba, y se levantó de la otra cama con mucho cuidado. Guiñaba un ojo, me miraba y hacía muecas. Se dirigió hacia la puerta, guiñando y muequeando hacia mí por encima de su hombro y salió a la calle de puntillas. Y yo no intenté detenerle ni despertarla a ella tampoco.

Lena mira a Hightower con sus ojos graves y muy abiertos:

-Yo también tenía miedo. El hombre decía cosas extrañas. Y yo estaba aquí, acostada, con el niño, cuando, al cabo de un rato, la mujer se despertó sobresaltada. Y entonces comprendí que nunca había tenido la intención de dormir. Era como si se hubiese despertado al mismo tiempo que corría hacia la cama en donde el hombre había estado acostado. La mujer tanteaba, como si no acabase de creer que él ya no estaba allí. Así que se quedó allí, junto a la cama, palpando la manta como si creyese que quizás estaba en algún sitio, escondido debajo. Después me echó una mirada. No guiñaba, no hacía muecas, pero yo habría preferido que lo hiciese. Me preguntó, y yo le dije lo que había pasado. Entonces se puso su sombrero y salió.

Lena mira a Hightower.

-Me alegro de que se haya ido. Quizás no debería decirlo, después de todo lo que ella ha hecho por mí. Pero...

Hightower está de pie junto a la cama. Su rostro está muy serio. Es como si hubiese envejecido diez años desde que entró. O como si su rostro fuese ahora su verdadero rostro y no un rostro ajeno a él, como el que tenía cuando entró.

-¿A la ciudad? -dice; luego, sus ojos se reaniman: ve de nuevo-. Bueno; allí, nosotros no podemos hacer nada -dice-. Además, la gente de la ciudad, la gente sensata... A veces se encuentra alguno... ¿Por

qué se alegró usted cuando se fueron?

Lena baja los ojos. Sus manos vagan alrededor de la cabeza del niño, sin tocarlo, en un gesto instintivo, inútil y, al parecer, inconsciente.

-La mujer ha sido buena. Más por buena. Cogía al niño para que yo pudiese descansar. Quería tenerlo siempre, sentada ahí, en esa silla... Tendrá usted que perdonarme, ni siquiera le he dicho que se siente... -

Lena ve cómo acerca a la cama una silla y se sienta

Sentada ahí, desde donde podía vigilar la cama en la que el hombre fingía dormir.

Lena mira a Hightower con ojos interrogantes, ansiosos.

-La mujer se empeña en llamarle Joey, y el niño no se llama Joey...Y ella se empeña...

Lena, esta vez, mira a Hightower con ojos atónitos, interrogantes, dubitativos.

-Se empeña en hablar de... Me parece que no sabe muy bien en dónde está. Y me embrollo yo misma, a fuerza de escucharla... de no tener más remedio que escucharla.

Sus ojos, sus palabras buscan, tantean.

-¿Se embrolla usted?

-Siempre está hablando del niño como si su padre fuese... ese que está en la cárcel, ese tal Christmas. Siempre está repitiendo eso. Y yo me embrollo. Algunas veces me parece que no puedo... que yo no soy la misma. Y también llego a tener la sensación de que su padre es ese Christmas...

Lena le mira. Parece estar haciendo un increíble esfuerzo.

-Pero sé muy bien que eso no es verdad. Sé que eso es una tontería. Y he acabado embrollándome porque no estoy muy fuerte. Pero tengo miedo...

-¡De qué?

-No me gusta estar tan embrollada. Y tengo miedo de que esa mujer consiga embrollarme de verdad. Dicen que, a veces, cuando una se pone a bizquear, después ya no puede dejar de hacerlo... Pues así...

Lena deja de mirarle. No se mueve. Pero siente que Hightower la mira

-Dice usted que el niño no se llama Joey... ¿Cómo se llama?

Lena sigue un momento sin mirar a Hightower. Después alza los ojos. Y dice, demasiado súbitamente, demasiado fácilmente:

Todavía no le he puesto nombre.

Y Hightower sabe por qué. Le parece que la ve por primera vez desde que entró. Advierte, por primera vez, que la muchacha se ha peinado y, también, que se ha refrescado la cara. Y ve, medio ocultos debajo de la sábana, como si ella los hubiera ocultado allí apresuradamente al

verle entrar, un peine y un fragmento de un espejo roto.

-Cuando entré, usted esperaba a alguien. No era a mí. ¿A quién esperaba?

Lena no aparta los ojos. Su rostro no refleja ni inocencia ni doblez. Pero tampoco es plácido, tampoco está sereno:

-¿Qué a quién esperaba?

-¿Era a Byron Bunch?

Lena no aparta los ojos. El rostro de Hightower es sereno, seguro, amable. Y sin embargo, se advierte en él un poco de aquella crueldad que Lena ha podido ver en la cara de algunas de las buenas personas que ha conocido, sobre todo en la de los hombres. Hightower se inclina y coloca su mano sobre la de Lena, la mano que sujeta al cuerpo del niño.

-Byron es un buen hombre -dice.

-Creo que yo sé eso más que nadie. Es mejor que la mayoría de las personas.

-Y usted es una buena chica... Usted será... No quiero decir... -dice inmediatamente, luego se detiene-: No quería decir...

-Creo que lo sé -dijo ella.

-No, no es eso. Eso no tiene importancia. No es nada todavía. Todo depende de lo que haga usted después. De lo que usted haga consigo misma y con los demás.

La mira. Ella no aparta los ojos.

-Déjelo que se vaya. Aléjelo de usted.

Se miran.

-Aléjelo, hija mía. Probablemente no tiene usted ni la mitad de los años que él, pero ha vivido dos veces más que él. Y no la alcanzará nunca, porque ha perdido demasiado tiempo. Y también eso, su nada, es tan irremediable como el todo de usted. El no puede volver atrás y hacer, como tampoco usted puede volver atrás y deshacer. Usted ha tenido un hijo que no es de él, que es de un hombre que no es él. Introducirá usted, por fuerza, en su vida a dos hombres y solamente el tercio de una mujer. Y él merece, por lo menos, que la nada en que vive desde hace treinta y cinco años sea violada (si tiene que ser violada) sin la presencia de los testigos. Aléjelo.

-No soy yo la que tiene que hacerlo. El es libre. Dígaselo. Yo nunca he hecho nada para retenerlo.

-En efecto. Probablemente no habría podido retenerlo si lo hubiese intentado. En efecto. Si usted hubiese sabido cómo intentarlo. Pero si usted hubiese sabido eso, no estaría aquí ahora, en esa cama, con ese niño en los brazos. ¿No quiere usted alejarlo? ¿No quiere decirle lo que

hay que decirle?

-No puedo decir más de lo que ya he dicho. Y le he dicho que no, hace cinco días.

-¿Que no?

-Me pidió que me casara con él. Sin esperar más. Y yo le dije que no.

-¿Y le diría ahora que no?

Lena le mira fijamente.

-Sí, se lo diría ahora.

Hightower suspira, enorme, informe. Su rostro está otra vez distendido, cansado.

-Le creo. Continuará diciéndoselo hasta el momento en que haya visto...

Hightower sigue mirándola. Y su mirada es dura, ardiente.

-¿Dónde está Byron?

Lena le mira. Al cabo de un instante le dice, muy tranquila:

-No lo sé.

Le mira. Y, de pronto, su rostro se vacía, como si lo que le daba su solidez, su firmeza, comenzara a retraerse. Ahora ya no hay ningún disimulo, ninguna cautela, ninguna prudencia en ese rostro.

-Vino esta mañana, a eso de las diez. Pero no entró. Sólo se acercó a la puerta y se quedó allí; sólo me miró. No le había visto desde la noche pasada. Y él no había visto al niño y le dije: «Entre a verlo.» Y él me miró, plantado ahí, en la puerta, y dijo: «Vengo para que me diga cuándo quiere verlo.» Y yo dije: «¿Ver a quién?» Y él dijo: «Quizás hagan que le acompañe un policía, pero puedo convencer a Kennedy para que le deje venir.» Y yo dije: «¿Dejar venir a quién?» Y él me dijo: «A Lucas Burch.» Y yo dije. «Sí.» Y él dijo: «¿Esta tarde? ¿Le parece bien?» Y yo dije: «Sí» Estaba ahí, plantado. Y luego, se fue.

Y Lena comienza a llorar, mientras Hightower la mira con ese desconcierto que sienten los hombres ante los llantos de las mujeres. Lena está sentada, muy erguida, con el niño en los brazos, y llora suavemente, sin violencia, pero con una humildad paciente, desesperada, sin esconder la cara.

-Y viene usted a atormentarme para saber si le he dicho si o no, y yo ya le he dicho que no, y usted viene a atormentarme, y él se ha ido. Ya no lo volveré a ver.

Y Hightower sigue allí, sentado, y Lena acaba por inclinar la cabeza, y él se levanta, se queda de pie junto a ella, con una mano sobre la cabeza inclinada, pensando *Gracias, Dios mío. Dios mío, protégeme.*

*Gracias, Dios mío. Dios mío, protégeme.*

Encuentra en el bosque el sendero que Christmas utilizaba para bajar al aserradero. No sabía que estaba allí, pero, cuando ve la dirección en que el sendero corre, le parece, en su triunfo, que es un presagio. Cree lo que ella ha dicho, pero quiere corroborar la información por el simple gusto de oírla otra vez. Son las cuatro en punto cuando llega al aserradero. Se informa en la oficina.

-¿Bunch? -le dicen-. No le encontrará aquí. Se fue esta mañana.

-Ya lo sé, ya lo sé -dice Hightower.

-Hacía siete años que trabajaba aquí. Incluidas las tardes de los sábados. Y de pronto, esta mañana, vino a decirme que se iba. Sin ninguna razón. Pero esta gente de las colinas obra siempre así.

-Sí, sí -dice Hightower-. Pero son buena gente, los hombres y las mujeres.

Sale de la oficina. La carretera que lleva a la ciudad pasa por delante del cobertizo de acepillar en donde Byron trabajaba. Hightower conoce a Mooney, el capataz. Se detiene y dice:

-Acaban de decirme que Byron Bunch ya no trabaja aquí.

-Es cierto. Se fue esta mañana -dice Mooney.

Pero Hightower no escucha. Los hombres vestidos con monos miran a aquella figura lamentable, extraña, que no conocen. Le ven cómo contempla, con una especie de interés triunfante, las paredes, las tablas, las máquinas misteriosas cuya naturaleza, cuya utilidad no habría podido comprender ni aprender.

-Si quiere verle -dice Mooney-, creo que lo encontrará en el centro de la ciudad, en el juzgado.

-¿En el juzgado?

-Sí, señor. El gran jurado se reúne hoy. Sesión extraordinaria. Para la acusación del asesino.

-Sí, sí -dice Hightower-. De modo que se ha ido. Sí. Un buen muchacho. Buenas tardes, buenas tardes, señores. Buenas tardes a todos.

Y se va, y los hombres vestidos con sus monos le miran durante un rato. Hightower cruza sus manos en la espalda y piensa serenamente, tristemente: «Pobre hombre. Pobre muchacho. No hay, no puede haber excusa para un hombre que quita la vida a otro, sobre todo cuando ese hombre es un funcionario, un servidor jurado de sus semejantes. Cuando se ve que un funcionario sanciona públicamente la muerte sin haber sufrido personalmente a manos de su víctima, cómo esperar que un ciudadano particular se domine cuando cree que

ha sufrido a manos de su víctima?»

Y sigue caminando. Está ahora en su calle. Puede ver en seguida la verja, el rótulo y, por fin, la casa, detrás del opulento follaje de agosto.

-Así que se ha ido sin decirme adiós. Después de todo lo que me ha hecho. De todo lo que ha ido a pedirme. ¿Qué estoy diciendo? De todo lo que me ha dado, de todo lo que me ha devuelto. Al parecer, también esto me estaba reservado. Y supongo que ya se acabó todo. Pero no se acaba. Todavía hay otra cosa que le está reservada.

## 18.

Cuando Byron llegó a la ciudad se enteró de que no podía ver al sheriff antes del mediodía, porque el sheriff estaría ocupado toda la mañana con la sesión extraordinaria del gran jurado.

-Tendrá usted que esperar -le dijeron.

-Sí dijo Byron-. Ya sé cómo.

-¿Ya sabe cómo qué?

No respondió. Salió de la oficina del sheriff y se detuvo bajo los soportales que estaban frente a la fachada del sur de la plaza. En la angosta galería enlosada se alzaban las columnas de piedra rosa y los arcos, corroídos por las intemperies, manchados por generaciones de salivazos de tabaco. Bajo los soportales, vulgares, constantes, graves en su ociosidad (también, aquí y allá, inmóviles o charlando entre ellos con la comisura de la boca, había gente joven, muchachos de la ciudad, algunos de los cuales sabía Byron que eran dependientes, jóvenes abogados e incluso comerciantes, todos ellos impregnados de autoridad, como policías disfrazados a los que les es igual que el disfraz oculte al policía o no), unos campesinos de blusa iban y venían. En cierto modo, parecían monjes en un claustro. Hablaban apaciblemente entre ellos; de cosechas, de dinero. De vez en cuando miraban hacia arriba, hacia el techo sobre el cual los miembros del jurado, a puerta cerrada, se disponían a cercenar la vida de un hombre al que la mayoría de ellos no conocían, ni siquiera de vista, porque ese hombre había cercenado la vida de una mujer a la que un número todavía más considerable de ellos no había visto jamás. Las carretas y los coches cubiertos de polvo en los que habían venido estaban alineados alrededor de la plaza y a ambos lados de las calles adyacentes. Las mujeres y las muchachas que les habían acompañado entraban y salían de las tiendas, en grupos, lentamente y sin ningún propósito concreto, como el ganado o como las nubes.

Byron permaneció un momento inmóvil, sin apoyarse en nada; él, un hombre modesto que hacía siete años que vivía en la ciudad y cuyas costumbres eran aún menos conocidas de los campesinos que las del asesino o que las de la víctima. Pero Byron no tenía conciencia de ello. Y ahora le daba igual, aunque una semana antes probablemente se habría comportado de otro modo. Una semana antes no habría estado allí, donde todo el mundo podía verlo, reconocerlo acaso: *Byron Bunch, el que ha binada la cosecha de otro sin compartirla a medias. El individuo que ha cuidado de la puta de otro mientras ese otro se dedicaba a ganar mil dólares. Y todo ello para nada. Byron Bunch, que ha velado por la reputación de la mujer, cuando la mujer tenía esa reputación y el hombre a quien se la confió apenas se habían preocupado por ella. Byron Bunch, que ha procurado que el bastardo de ese tipo nazca en paz y tranquilamente y a su costa, y que por todo pago, ha oído al niño gritar una sola vez. Byron Bunch que, a cambio, ha sido admitido para conducir hasta la mujer al otro individuo tan pronto como éste haya cobrado los mil dólares y Byron Bunch ya no sea necesario, Byron Bunch...* «Y ahora, ya puedo irme», pensó. Y comenzó a respirar profundamente, y se sintió a sí mismo respirando profundamente como si, cada vez que respiraba, tuviera miedo de que sus pulmones no pudieran aspirar bastante aire en la próxima inspiración, como si temiese que iba a suceder algo terrible, como si pudiese mirarse siempre a sí mismo, mirar su pecho sin ver en él ningún movimiento. Así, como cuando la dinamita se prepara para el ahora, Ahora, AHORA, sin que cambie la forma exterior del cartucho. Y la gente que pasaba no podía advertir ningún cambio. Seguía siendo el hombre humilde a quien nadie miraría nunca dos veces, de quien nadie sospecharía nunca que había hecho lo que hizo, que había sentido lo que sintió, el hombre humilde que había creído que allí, solo en el aserradero, un sábado por la tarde, no corría ningún peligro de hacer daño.

Caminaba entre la gente. «Tengo que ir a alguna parte», pensaba. ¿Por qué no ir al compás de esta frase? Tengo que ir a alguna parte. Esto le ayudaría a caminar. Y todavía repela aquellas palabras cuando llegó a su pensión. Su habitación daba a la calle. Antes de que se hubiera dado cuenta de que la miraba, desvió la vista. «Podría ver a alguien leyendo o fumando en la ventana», pensó. Entró en el vestíbulo. En el primer momento, viniendo de la viva luz de la mañana, no pudo ver nada. Sintió el olor del linóleo húmedo y del jabón. «Todavía es lunes - pensó-. Lo había olvidado. O tal vez es el lunes próximo. Creo que es así.» No llamó. Al poco rato comenzó a ver. Oía la escoba al final del

pasillo, quizás en la cocina. Después, en el rectángulo de luz formado por la puerta del fondo, también abierta, distinguió la cabeza de la señora Beard, que se inclinaba, y luego su cuerpo, en sombra chinesca, que avanzaba por el pasillo.

-Vaya -dijo la señora Beard-. Pero si es el señor Byron Bunch. ¡El señor Byron Bunch!

-Sí -dijo él, pensando «una mujer gorda que nunca ha tenido más preocupaciones que su cubo y su cepillo no debería tratar de ser ... tampoco esta vez pudo encontrar la palabra que Hightower sabría, que Hightower emplearía sin tener siquiera que pensar en ella. «Se diría que, no solamente no puedo hacer nada sin contar con él, sino que ni siquiera puedo pensar sin su ayuda.»

-Sí, señora -dijo, y se quedó allí, sin poder decirle que había venido a despedirse de ella. «O tal vez no vengo a eso -pensó-. Cuando uno ha vivido siete años en una habitación, cuesta mucho dejarla en un día. Pero no creo que pueda impedirle que alquile esa habitación.»

-Creo que le debo algo del alquiler -dice.

La mujer le mira. Tiene un rostro duro, satisfecho, pero no exento de cierta bondad.

-¿Qué alquiler? -dice-. Yo creía que ya estaba instalado, que estaba decidido a acampar en su tienda durante todo el verano.

La mujer le mira, y luego le habla. Le habla amablemente, delicadamente, con consideración:

-Ya he cobrado el alquiler de su habitación.

-¡Ah! -dijo Byron-. Sí, ya entiendo. Sí.

Y mira sosegadamente la escalera, cubierta con linóleo de rayas bien fregado, un linóleo a cuyo desgaste han contribuido sus propios pies. Cuando se colocó el nuevo linóleo, tres años antes, él fue el primer huésped que lo pisó.

-Bueno -dijo-. Entonces, sería mejor que... La mujer también le respondió ahora; bruscamente, pero sin dureza.

-Ya me he ocupado de eso. He puesto en su maleta todo lo que usted dejó. La maleta está en mi habitación. Pero, si quiere, puede subir usted mismo y echar un vistazo.

-No. Estoy seguro de que usted habrá recogido todo lo que... Entonces, creo que yo...

La mujer le miraba.

-¡Ah, los hombres! -dijo-. No me extraña que las mujeres pierdan la paciencia con ustedes. Ni siquiera conocen ustedes el límite de sus granujadas. Y eso que se podrían medir con un alfiler. Si no fuese porque siempre encuentran alguna mujer en su camino, todos ustedes



subirían al Paraíso antes de cumplir los diez años.

-No creo que tenga usted nada que decir en contra de ella -dijo Byron.

-No, claro que no. No tengo necesidad de hacerlo. Como tampoco lo tienen las mujeres que lo hacen. No niego que sean las mujeres las que más han murmurado. Pero si usted tuviese algo más que un cerebro de hombre, sabría que las mujeres, cuando hablan, nunca quieren decir nada, que hablan por hablar. Son los hombres los que toman las palabras en serio. No hay ni una sola mujer que les censure; ni a ella ni a usted. Porque todas las mujeres saben muy bien que la muchacha no tenía motivos para comportarse mal con usted. Esto sin hablar del niño. Ni para comportarse mal con cualquier otro, por el momento. No tenía por qué hacerlo. ¿Es que usted y ese pastor y todos los hombres que conocen su historia no han hecho ya por ella todo lo que ella podía desear? ¿Por qué iba a comportarse mal? Me gustaría saberlo.

-Sí -dijo Byron; y ahora la mirada-. Yo venía concretamente para...

La mujer también respondió a esto, antes de que Byron hubiese terminado de hablar.

-Creo que usted nos va a dejar muy pronto -la mujer le miraba-. ¿Qué ha ocurrido esta mañana en el tribunal?

-No lo sé. No habían terminado todavía.

-Ya me lo suponía. Tardarán todo el tiempo que puedan, y gastarán todo el dinero del condado que les sea posible, para arreglar un asunto que nosotras las mujeres habríamos arreglado en diez minutos la misma noche del sábado. ¡Hay que ser un animal para hacer eso! No es que Jefferson le vaya a echar de menos. Se arreglará muy bien sin él. ¡Pero hay que ser un animal para creer que el matar a una mujer puede reportarle a un hombre más beneficios que los que el matar a un hombre puede reportarle a una mujer! ¿Ahora, seguramente, pondrán al otro en libertad?

-Sí, supongo que sí.

-Y durante cierto tiempo creyeron que era un cómplice... Y hora le darán sus mil dólares para demostrarle que no le guardan rencor. Y entonces podrán casarse, ¿no es así?

-Sí -Byron sentía que ella le observaba sin ninguna hostilidad.

-Eso es... Y supongo que usted nos dejará. Imagino que usted tendrá la impresión de que ya no tiene nada que hacer en Jefferson, ¿verdad?

-Algo parecido. Creo que es necesario que me vaya.

-En fin... Jefferson es una buena ciudad. Pero no tan buena como para que un bohemio como usted no pueda encontrar en cualquier otra unos líos y unas historias de qué ocuparse... Puede dejar su maleta

aquí, si quiere, hasta que se vaya a ir.

Byron esperó hasta el mediodía, incluso algo más, hasta el momento en que creyó que el sheriff habría acabado de comer. Y entonces fue a la casa del sheriff. No quiso entrar. Esperó delante de la puerta hasta que salió el sheriff, aquel hombre gordo, con ojillos como trozos de mica incrustados en su cara grasa e inmóvil. Los dos hombres se apartaron a un rincón del patio, bajo la sombra de un árbol. Allí no había sillas. Pero tampoco se acuclillaron sobre sus talones como habrían hecho en cualquier otra ocasión, porque los dos se habían criado en el campo. El sheriff escuchó apaciblemente al hombre, a aquel hombre humilde y apacible que, desde hacía siete años, fue para la ciudad un pequeño misterio sin la menor importancia y que, desde hacía siete días, estaba muy cerca de constituir un ultraje y un desafío públicos.

-Entiendo -dijo el sheriff-. A usted le parece que sería el momento de casarlos.

-No lo sé. Eso es asunto suyo, y también de ella. Pero creo que, por lo menos, debería ir a verla. Creo que es el momento de hacerlo. Usted podría hacer que le acompañara un policía. Yo le he dicho que iría a verla esta tarde. Lo que hagan ellos después es cosa de ellos. No mía.

-Indudablemente -dijo el sheriff-. No es cosa de usted. ¿Y usted qué hará ahora, Byron?

-No lo sé.

Byron miraba uno de sus pies, con el cual arañaba lentamente en el suelo.

-He pensado ir a Memphis. Hace tres años que lo pienso. Tal vez lo haga. En estas ciudades pequeñas no hay nada.

-Es cierto, Memphis no está mal para los que prefieren las grandes ciudades. Y como usted no está atado por una familia ni tiene que cargar con nadie... Si yo hubiese estado soltero hace diez años, creo que también lo habría hecho. Probablemente, a estas alturas, no estaría donde estoy... Supongo que piensa marcharse pronto.

-En seguida -alzó los ojos y los volvió a bajar. Y dijo-: Esta mañana he dejado el aserradero.

-Claro -dijo el sheriff-. Ya imaginaba yo que no haría todo este camino a partir de las doce con la intención de volver a la una. Bien, parece que...

Se calló. Sabía que, aquella noche, la acusación habría concluido y que Brown o Burch sería puesto en libertad, con la obligación de comparecer como testigo en la sesión del mes siguiente. Aunque su

presencia no sería absolutamente indispensable, puesto que Christmas no había negado nada y el sheriff estaba convencido de que se confesaría culpable con el fin de salvar el cuello. «Y no estará nada mal inculcarle el temor de Dios a ese muchacho, al menos una vez en su vida», pensó.

-Creo que podremos arreglar eso. Naturalmente, como usted dice, habrá que enviar a un policía con él. Aunque no tendrá ninguna gana de largarse mientras haya alguna esperanza de cobrar parte de la recompensa. Y contando con que no sepa lo que se va a encontrar cuando llegue allí. ¿No sabe nada todavía?

-No -dijo Byron-. No sabe nada. No sabe que la muchacha está en Jefferson.

-Entonces, no hablemos más. Le mando allá con un agente. Sin decirle para qué. Le mando allá, sencillamente. A no ser que quiera llevarle usted mismo.

-No -dijo Byron-. No, no.

Pero no se movió.

-Lo haré así, simplemente. Para entonces, usted se habrá marchado ya, sin duda. Haré que le acompañe un policía. ¿Le parece bien a las cuatro?

-Muy bien. Es usted muy amable. Ha sido usted muy bueno.

-No hablemos más de eso. Montones de personas han sido buenas para ella, desde que llegó a Jefferson. Bien, no voy a decirle adiós. Jefferson volverá a verle cualquier día, estoy seguro. Todavía no conozco a nadie que, después de haber vivido aquí algún tiempo, se haya marchado para siempre. Quizás con la excepción del individuo que está en la cárcel. Se confesará culpable, supongo. Para salvar el cuello. Para sacarlo de Jefferson, al menos. Es muy duro para esa vieja que cree ser su abuela. El viejo estaba en la plaza cuando yo volvía a casa. Gritaba y se agitaba. Trataba a todo el mundo de cobarde porque no le sacaban de la cárcel para lincharle -el sheriff dejó escapar una risita sarcástica y sorda-. Que tenga cuidado, porque Percy Grimm y su banda podrían echarle mano -dejó de reír-. Será muy duro para la mujer, para las mujeres.

El sheriff miró de reojo a Byron:

-Ha sido muy duro para muchos. En fin, algún día volverá usted por aquí. Quizás Jefferson le trate un poco mejor la próxima vez.

A las cuatro de la tarde, desde su escondite, ve cómo llega y se detiene el coche. El policía y el hombre que él conocía con el nombre de Brown descienden de él y se acercan a la cabaña. Brown no lleva

esposas. Y Byron les ve llegar a la cabaña, y ve que el agente empuja a Brown y le hace entrar. Luego, la puerta se cierra detrás de Brown, y el agente se sienta en el umbral y saca del bolsillo una petaca de tabaco. Byron se levanta. «Ahora me puedo ir -piensa-. Me puedo ir ahora.» Su escondite es una mata de arbustos que ha crecido en el césped donde antes se alzaba la casa. Al otro lado de la mata, invisible desde la cabaña y desde la carretera, está atada su mula. Detrás de su gastada montura, hay una vieja maleta amarilla. No es una maleta de cuero. Byron monta en la mula y la dirige hacia la carretera. No vuelve la cabeza.

La carretera, de un suave tono rojo, asciende, trepa por una colina en la paz de la tarde declinante. «Bueno, una cuesta; podré soportarla -piensa-. Soportar una cuesta es algo que un hombre puede hacer.» Todo es apacible y tranquilo en el camino, en este camino impregnado de la familiaridad que se ha ido formando en siete años. «Al parecer, un hombre puede soportarlo todo. Incluso puede soportar aquello que nunca ha hecho. Incluso puede soportar la idea de que, si pudiese echarse a llorar, no lo haría. Incluso puede soportar la idea de no mirar atrás, aunque sabe que mirar atrás o no mirar vendría a ser la misma cosa.»

La carretera asciende, llega a la cima de la colina. Byron nunca ha visto el mar y piensa: «Es como el borde de la nada. Si franquease ese borde caería verticalmente en la nada. Caería allí donde los árboles parecerían cualquier cosa menos árboles y tendrían otro nombre, allí donde las personas serían algo diferentes de las personas y se llamarían de otro modo en lugar de llamarse personas. Y Byron Bunch ni siquiera tendría que ser o no ser Byron Bunch. Byron Bunch y su mula reducidos a nada por su vertiginosa caída, hasta el momento en que empezasen a arder, como el reverendo Hightower dice que les sucede a esas rocas que, de rápidas que van por el espacio, se inflaman y se consumen sin dejar ni una carbonilla que pueda caer sobre la tierra.»

Pero he aquí que detrás de la cima de la colina comienza a surgir lo que Byron sabía muy bien que estaba allí: los árboles que son árboles, la distancia terrible, monstruosa, que él, llevado por un motor de sangre, debe recorrer eternamente entre dos horizontes, entre dos horizontes inevitables de la tierra implacable. Y surgen sin cesar, y no tienen nada de siniestro, nada de amenazador. Sí, es eso. No saben que él está allí.

«Ni lo saben ni les importa: ignorancia, indiferencia -piensa-, me parece que dicen *Muy bien. Dices que sufres. Muy bien. Pero, en primer lugar, si lo sabemos es porque tú lo dices. Y en segundo lugar, tú*

*sólo nos dices que eres Byron Bunch. Y en tercer lugar, tú sólo eres el hombre que se llama a si mismo Byron Bunch, hoy, ahora, en este instante...* Bien -piensa, si no es más que eso, creo que puedo permitirme el placer de no poder soportar una mirada atrás.» Byron detiene su mula y se vuelve hacia atrás sobre la silla.

No se había dado cuenta de que hubiese llegado tan lejos y de que la colina fuese tan alta. Como una vasija poco profunda, el viejo y amplio campo que setenta años antes era una plantación, se extiende ahora a sus pies entre él y la colina opuesta, la colina en que Jefferson fue construido. Pero, ahora, la plantación está parcelada por una diseminación de cabañas de negros, de cuadros de jardín, de campos muertos socavados por las arroyadas, sofocadas por las carrascas, por el sasafrás, por los nísperos y por los brezos. Aunque en el centro exacto continúa alzándose el bosquecillo de robles, como en los tiempos en que la casa se construyó allí mismo. Pero la casa ha desaparecido. Desde el lugar en que Byron mira no puede distinguir las huellas del incendio. Ni siquiera habría podido ver dónde estaba la casa si no estuvieran allí los robles, el establo en minas y, un poco más lejos, la cabaña, aquella cabaña hacia la cual mira. La cabaña está allí, tranquila y quieta bajo el sol de la tarde. Después, mientras Byron mira, aparece por detrás de la casa, como por arte de magia, un hombre que corre, que huye corriendo por detrás de la cabaña, mientras que, por delante de ella, sentado en el umbral, está el agente, que no sospecha nada, que espera, muy tranquilo, sin moverse. También Byron permanece inmóvil un momento, vuelto a medias en la silla, y mira la pequeña figura que, por la árida pendiente, por detrás de la cabaña, huye hacia el bosque.

Entonces, un viento frío, atrafagado, parece atravesarle. Un viento a la vez violento y suave, que desparrama, como briznas de paja, como residuos vegetales, como hojas muertas, todos sus deseos, sus desesperaciones, sus sueños trágicos y demenciales y su miseria irremediable. Bajo las embestidas de la ráfaga, le parece que es empujado hacia atrás, ahora vacío de nuevo, sin nada en él de lo que era quince días atrás, antes del día en que la encontró. En este instante, su deseo es más que deseo: es una convicción serena, segura. Antes de darse cuenta de que su cerebro ha mandado a su mano, hace que la mula dé la vuelta y galopa a lo largo de la cima, paralelamente a la dirección que llevaba el hombre cuando entró en el bosque. Ni siquiera se dice así mismo el nombre del hombre. No se pregunta a dónde va el hombre ni por qué se escapa. Ni una sola vez le viene a las mientes que Brown, huye de nuevo, como él había predicho. Si esta idea le

hubiese rozado, probablemente habría pensado que Brown según su costumbre, estaba ocupado en algún asunto perfectamente legítimo y concerniente a su partida y a la partida de Lena. Pero no piensa en ello ni por un instante. No piensa en Lena. Lena está ausente de su memoria tan totalmente como si no la hubiese visto nunca, como si nunca hubiese oído pronunciar su nombre. Y piensa: He cuidado a su mujer por él y he ayudado a que su hijo viniera al mundo por él. Y ahora todavía hay una cosa que puedo hacer por él. No puedo casarlos, porque no soy pastor. Y tal vez no pueda alcanzarle, porque me saca mucha ventaja. Y si le alcanzo, tal vez no pueda darle una paliza, porque es más alto que yo. Pero puedo intentarlo. Puedo tratar de hacerlo.

Cuando el policía fue a buscarlo a su celda, Brown le preguntó en seguida que a dónde tenían que ir.

-De visita -dijo el agente.

Brown retrocedió y miró al agente con su bello rostro falsamente audaz.

-No quiero ver a nadie -dijo-. Soy un desconocido en esta región.

-Tú serás un desconocido en cualquier parte. Hasta en tu casa -dijo el agente-. Vamos, en marcha.

-Soy un ciudadano americano -dijo Brown-. Tengo mis derechos, supongo; aunque no lleve una estrella de hojalata en los tirantes.

-Pues claro que sí -dijo el agente-. Precisamente por eso estoy yo aquí. Para ayudarte a obtener lo que te corresponde.

El rostro de Brown se iluminó: fue como el reflejo de un relámpago.

-¿Es que van a...? ¿Es que van a pagarme?

¿La recompensa? Naturalmente. Te voy a llevar a un sitio en el que, si te deben una recompensa, puedes estar seguro de que te la pagarán.

Brown se serenó y echó a andar. Pero seguía mirando al policía con ojos recelosos.

-Es una manera extraña de hacer las cosas -dijo-. Me tienen metido en la cárcel mientras esos hijos de puta tratan de birlarme el dinero.

-Me parece que todavía no han parido al hijo de puta que te pueda birlar algo -dijo el agente-. Vamos, nos esperan.

Salieron de la cárcel. El resplandor del sol hizo que Brown guiñase los ojos. Miró a un lado y a otro; y, luego, miró hacía atrás por encima del hombro, como hacen los caballos. El coche les esperaba junto a la ace-  
ra. Sosegado, circunspecto, Brown miró el coche y luego al policía. Y dijo:

-¿Adonde vamos con ese coche? Esta mañana el juzgado no estaba lo bastante lejos para llevarme en coche.

-Watt ha enviado el coche para que nos ayude a recoger la recompensa -dijo el agente-. Sube.

Brown lanzó un gruñido:

-Se ha vuelto muy amable de repente. Un coche para circular y sin esposas. Y sólo un individuo para impedir que me escape.

-Yo no te impido que te escapes -dijo el agente, interrumpiendo la operación de poner el coche en marcha-. ¿Tienes ganas de escapar?

Brown le miró fijamente, con una mirada sombría, ofendida, recelosa.

-Entiendo -dijo-. Ese es su truco. Empujarme para que me largue y poder él cobrar los mil dólares. ¿Qué comisión le ha prometido?

-¿A mí? Yo cobraré lo mismo que tú; ni un centavo más, ni un centavo menos.

Brown miró largo rato al agente. Luego, renegó sin ningún motivo, de un modo violento y blando a la vez.

-Vamos -dijo-. Si hemos de ir, vamos cuanto antes.

Fueron hasta el lugar del crimen y del incendio. Brown, a intervalos casi regulares, volvía la cabeza como lo haría una mula que corriese delante de un automóvil por una carretera estrecha.

-¿Qué venimos a hacer aquí?

-Venimos a buscar tu recompensa.

-¿Dónde me la van a dar?

-Allí, en aquella cabaña. Allí te está esperando.

Brown miró a su alrededor y vio los restos calcinados de lo que había sido una casa, y luego, tranquila y agobiada bajo el fuerte sol, la mísera cabaña en la que había vivido durante cuatro meses. Tenía una expresión grave y alertada:

-Todo esto es bastante raro. Si Kennedy se figura que va a pisotear mis derechos sólo porque lleva una cochina estrella de hojalata...

-Camina -dijo el agente-. Por si la recompensa no te conviene, te voy a esperar aquí para llevarte a la cárcel cuando quieras. En el momento que quieras.

Empujó a Brown, abrió la puerta de la cabaña, le empujó otra vez hasta que entró, cerró la puerta tras él y se sentó en el umbral.

Brown oyó que la puerta se cerraba tras él. Siguió avanzando. Y entonces, cuando echaba una ojeada rápida, brusca, circular, como si sus ojos no pudiesen aplazar la completa inspección de la cabaña, se detuvo en seco, como petrificado. Lena, desde su camastro, vio que la pequeña cicatriz blanca que tenía junto a la boca se desvanecía súbitamente, como si la sangre, afluyendo por detrás, la hubiera

arrancado al pasar, igual que se arranca la ropa puesta a secar en un tendedero. Lena no dijo nada. Siguió allí, quieta, recostada en sus almohadas, mirándole con unos ojos serenos en los que no había nada, ni alegría, ni sorpresa, ni reproche, ni amor, mientras que por la cara del hombre pasaban sucesivamente el asombro, la ofensa y el terror, cada uno de esos sentimientos burlándose por turno de la pequeña y delatora cicatriz blanca, mientras que sus ojos de acosado, de desesperado, seguían mirando sin reposo la habitación desnuda.

-¡Vaya, vaya! ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Pero si es Lena! -dijo.

Y Lena vio que trataba de dominar sus ojos como se domina a dos animales espantados, para obligarlos a encontrarse con los de ella, y como si supiera que, si no los dominaba ahora, no podría dominarlos nunca y se vería perdido. Y Lena creía ver que la acosada y espantada mente de Brown iba de un lado para otro, perdida, errabunda, buscando unas palabras que su voz, que su lengua pudiesen pronunciar.

-Pues sí que es Lena. Claro que sí. Entonces, ¿recibiste mi recado? En cuanto llegué aquí te envié un recado. El mes pasado, en cuanto me instalé. Yo creía que se había perdido. No sabía el nombre de aquel tipo, pero me prometió que te lo entregaría. No me inspiraba mucha confianza, pero no tuve más remedio que confiar en él. Pensé que, como le di los diez dólares para sus gastos de viaje, él...

La voz murió en alguna parte, detrás de los ojos desesperados. Sin embargo, Lena aún podía ver cómo su mente se disparaba, se disparaba. Le miró con sus ojos graves, fijos, intolerables. Le miró cómo tanteaba, cómo daba rodeos, cómo esquivaba, hasta el momento en que todo lo que quedaba de orgullo en él, todo el orgullo herido que era su afán de justificación, acabó por desaparecer, dejándolo desnudo. Entonces, Lena habló por primera vez. Su voz era apacible, uniforme, fría:

-Ven aquí -dijo-. Ven. No te va a morder.

Cuando Brown se movió, fue para aproximarse de puntillas. Lena lo advirtió, aunque ya no le miraba. Pero lo sabía, como sabía que ahora estaba de pie, presa de una especie de pánico torpe y desconfiado, de pie junto a ella y junto al niño dormido. Pero Lena sabía que no era a causa del niño. Sabía que ni siquiera había visto al niño. Lena podía ver, sentir todavía que su mente trabajaba, trabajaba *Va a simular que no tiene miedo* -pensaba Lena-. *No le dará vergüenza mentir para ocultarme su miedo, lo mismo que no tiene miedo cuando se trata de mentir.*

-Vaya, vaya -dijo Brown-. Mira por donde... Estás aquí.



-Sí -dijo Lena-. ¿Quieres sentarte?

La silla que Hightower había acercado seguía allí, junto a la cama. Brown lo había advertido. *Lo tenía todo preparado para mí* -pensó. Y comenzó a maldecir en silencio, acosado, furioso *Los muy hijos de puta, los muy hijos de puta* Pero, cuando se sentó, su rostro estaba casi tranquilo.

-Pues sí. Ya estamos otra vez juntos, como yo lo había planeado. Me habría gustado que todo estuviese arreglado cuando tú llegases, pero ya ves, no he tenido tiempo. Y esto me recuerda que...

Hizo de nuevo aquel brusco movimiento, aquel movimiento de mula que mira hacia atrás. Lena no lo miraba. Dijo:

-Hay aquí un pastor. Ya ha venido a verme.

-¡Perfecto! -dijo Brown.

Su voz era sonora, jovial. Sin embargo, tanto la jovialidad como el timbre fueron tan efímeros como las palabras. Todo se desvaneció, no quedó nada, ni siquiera un pensamiento definido en el oído o en el entendimiento.

-Perfecto. En cuanto haya puesto al día mis asuntos...

Agitó los brazos con un gesto vago, circular, sin dejar de mirarla. Su rostro liso no tenía expresión. Su mirada era suave, cautelosa, secreta, pero en el fondo de ella quedaba un poco de aquel brillo acosado, desesperado. Pero Lena no le miraba.

-¿En qué trabajas ahora? ¿En el aserradero? Brown la observaba.

-No. Eso lo dejé.

Sus ojos la observaban. Era como si no fuesen sus ojos, como si sus ojos no tuviesen ninguna relación con el resto de su persona, con lo que él hacía, con lo que él decía.

-¿Deslomarse como un negro diez horas diarias? No. En este momento tengo entre manos algo que me dará dinero, y no los miserables quince centavos a la hora. Y en cuanto haya acabado con eso, y en cuanto arregle otros dos o tres pequeños detalles, tú y yo, bueno, bueno, nos...

Sus ojos, duros, intensos, secretos, la miraban, miraban el perfil de su cabeza inclinada. Lena oyó el ruido súbito, leve, cuando Brown alzó de nuevo la cabeza y miró hacia atrás.

-Esto me recuerda que...

Lena no se había movido. Dijo:

-¿Cuándo será eso, Lucas?

Lena, entonces, pudo oír, sentir una inmovilidad total, un silencio absoluto.

-¿Cuando qué?

-Lo sabes muy bien. Lo que tú me dijiste. Allá, en el pueblo. Si estuviese sola, no me importaría. Yo estaba muy bien. Pero ahora es diferente. Creo que tengo motivos para preocuparme.

-¡Ah, eso! Eso. No te preocupes por eso. Déjame que liquide ese asunto y que consiga el dinero. Me corresponde. Ningún hijo de puta podrá...

Se calló. Había empezado a levantar la voz como si, olvidando en donde estaba, se hubiese puesto a pensar en voz alta. Bajó el tono y dijo:

-Déjalo de mi cuenta. No te preocupes. Hasta ahora no te he dado motivos para que te preocupes, ¿verdad? Contéstame.

-No. Nunca me he preocupado. Sabía que podía confiar en ti.

-Claro que lo sabías. Y esos hijos de puta de aquí... Esos...

Brown se levantó de la silla.

-Esto me recuerda que...

Lena no le miró. Ni habló tampoco cuando él, plantado allí, la miró con los mismos ojos acosados, desesperados e importunos. Era como si ella le retuviese y como si supiese que le retenía; y que le devolvía su libertad por propia iniciativa, deliberadamente.

-Entonces, supongo que tendrás muchas cosas que hacer.

-Muchas. Con todas la preocupaciones que tengo, y esos hijos de puta...

Lena le miraba, ahora. Miraba cómo él volvía sus ojos hacia la ventana que estaba en el fondo del cuarto. Después, Brown miró tras él, hacia la puerta cerrada. Luego la miró a ella. Miró su rostro grave, serio, que lo mismo podía no saber nada que saberlo todo, que conocerlo todo. Brown bajó la voz:

-Tengo enemigos aquí. Gente que no quiere que yo reciba lo que he ganado. Así que voy a...

De nuevo era como si ella le retuviese, como si le obligase a aquella mentira, como si le pusiese a prueba con aquella mentira final, una mentira contra la cual se revelaban hasta los tristes restos de su orgullo; como si lo retuviese, no con barrotes o cadenas, sino con algo contra lo cual su mentira soplaba como sobre hojas o sobre paja. Lena se limitó a mirarle cuando Brown se acercaba de puntillas a la ventana y la abría sin hacer ruido. Después la miró. Tal vez pensó que ahora estaba salvado, que podía saltar por la ventana antes de que ella pudiese tocarlo físicamente con la mano. O tal vez fue que sintió un pobre resto de vergüenza, como antes había sentido un pobre resto de orgullo. El caso es que la miró, incapaz en aquel momento de toda palabrería y de toda mentira. Su voz no fue más que un murmullo:

-Afuera, delante de la puerta, hay un hombre esperándome...

Y desapareció por la ventana, sin un ruido, con un solo movimiento que parecía el de una larga serpiente. Lena oyó por la ventana un solo y tenue ruido cuando Brown comenzó a correr. Entonces, Lena se movió un poco, sólo para dejar salir un profundo suspiro.

-Ahora tendré que levantarme -dijo en voz alta.

Cuando Brown emerge del bosque y encuentra la vía del ferrocarril, está jadeando. Pero no es un jadeo de fatiga, a pesar de que, en veinticinco minutos, ha recorrido cerca de dos millas por un penoso camino. Es más bien la respiración ruidosa, amenazadora, de animal que huye. Allí plantado, mirando en ambas direcciones de los rieles vacíos, tiene el aspecto, la expresión, de un animal que, al huir solo, porque no desea ayuda de nadie, aferrado a la solitaria fe que tiene en sus músculos, odia, en el momento de recobrar el aliento, a cada árbol, a cada brizna de hierba, como si fuesen enemigos vivos; odia hasta la tierra que está hollando, hasta el aire que necesita para recobrar el aliento.

Ha llegado a la vía a unos cientos de metros del punto en que se proponía hacerlo. Está en lo alto de una pendiente donde los trenes de mercancías que se dirigen hacia el norte aminoran la marcha y se arrastran estrepitosamente, a una velocidad casi inferior a la de un hombre que va al paso. Delante de él, a poca distancia, los rieles brillantes y gemelos parecen cortados en seco, como con un tijeretazo. Durante un instante, Brown se oculta al borde de la vía, tras una cortina de árboles. Parece un hombre que medita y calcula sin esperanza, como si se esforzara en imaginar una jugada desesperada en una partida ya perdida. Y después de permanecer un momento inmóvil, a la escucha, da la vuelta y reemprende su carrera a través del bosque, paralelamente a los rieles. Llega en seguida a un sendero, lo sigue sin dejar de correr y desemboca en un claro donde se alza una cabaña de negros. Se acerca a ella, ahora ya lentamente. En la veranda está sentada una vieja negra, con su pipa entre los dientes y la cabeza envuelta en un trapo blanco. Brown ya no corre, pero respira muy deprisa, pesadamente. Se sosiega para poder hablar:

-¡Oiga, títa! ¡Hay alguien aquí?

La vieja negra se quita la pipa de la boca:

-Yo. ¿Por qué?

-Tengo que mandar un recado a la ciudad. Es muy urgente.

Brown controla su respiración para poder hablar:

-Pagaré lo que sea. ¿No hay nadie aquí que pueda hacerlo?

-Si es tan urgente, sería mejor que fuese usted mismo.

-Le digo que pagaré.

Habla con una especie de paciencia furiosa, conteniendo la voz, el aliento:

-Un dólar, si va rápido. ¿No hay nadie aquí que quiera un dólar? ¿Alguno de sus chicos?

La vieja lo mira y fuma. Su viejo rostro impenetrable, oscuro como la noche, parece contemplarlo con un distanciamiento casi divino, sin la menor simpatía.

-¿Un dólar al contado?

Brown hace un gesto indescriptible, un gesto de prisa, de rabia contenida, casi de desesperación. Está a punto de volver la espalda, pero la vieja vuelve a hablar.

-Aquí no hay nadie. Sólo yo y los dos pequeños. Pero creo que serán demasiado pequeños para usted.

Brown se vuelve:

-¿Cómo de pequeños? Lo que yo quiero es alguien que pueda llevarle un recado urgente al sheriff y...

-¿Al sheriff? Entonces se ha equivocado usted de sitio. Ninguno de los míos irá nunca, jamás, a dar vueltas alrededor del sheriff. Conocí a un negro que creía conocer a un sheriff lo bastante bien para hacerle una visita. Y fue. Y no volvió nunca. Busque en otra parte.

Pero Brown se aleja ya. No corre de inmediato. Todavía no ha pensado en correr. En aquel momento no puede pensar en nada. Su rabia, su impotencia, casi llegan al éxtasis. Ahora parece meditar sobre la infalibilidad perfecta, infinita, de sus imprevisibles fracasos. Como si el mismo hecho de ser una víctima tan constante de ellos lo elevase, en cierto modo, por encima de las mezquindades, de las esperanzas y de los deseos humanos que esos fracasos ahogan y anulan. Por eso la negra tiene que gritar dos veces antes de que él la oiga y se vuelva. La negra no dice nada. No se ha movido. Solamente ha llamado. Luego dice:

-Aquí hay uno que le hará el recado.

Delante de la veranda, como materializado de pronto en el aire vacío, se ve a un negro cuya expresión podría ser lo mismo la de un adulto, imbécil que la de un niño precozmente desarrollado. Su rostro negro está inmóvil y también es indescifrable. Se miran. O, más bien, es Brown quien mira al negro. No podría decir si el negro le mira a él o no. Y también esto, en cierto modo, parece justo, y bien, y en armonía con todo lo demás: que su última esperanza, que su último recurso, dependan de un bruto que ni siquiera parece tener inteligencia para

encontrar la ciudad y menos aún para encontrar en ella a alguien. Brown hace de nuevo su gesto indescriptible. Ahora casi corre hacia la veranda, mientras hurga en el bolsillo de su camisa.

-Quiero que lleves esta nota a la ciudad y que me traigas la respuesta dice-. ¿Puedes hacerlo? Pero no espera la contestación. Ha sacado de su bolsillo un sucio trozo de papel y una punta mordisqueada de lápiz e, inclinado sobre la barandilla de la veranda, escribe apresuradamente, penosamente, mientras la negra le mira:

*Señor Wat Kennedy querido señor aga favor entregar al portador mi dinero de la recompensa por el asesino Crismas enbuelto en un papel para dar al portador Su serbidor*

No firma. Levanta el papel, lo contempla, mientras la negra lo observa. Contempla el papel inocente y sucio, el garrapateo laborioso y apresurado en el que conseguía encerrar, por un instante, su alma y su vida. Después, lo apoya de nuevo y escribe *no firmado pero ustez sabe de quién es*. Lo pliega y se lo da al negro.

-Llévale esto al sheriff. No se lo des a ningún otro. ¿Crees que podrás encontrarle:

-A no ser que el sheriff no lo encuentre a él primero... -dice la vieja negra-. Déselo. Le encontrará, si no está muerto. Coge tu dólar y vete, muchacho.

El negro emprende el camino. Pero se detiene. Se queda inmóvil, si decir nada, sin mirar nada. Sobre la veranda, la vieja negra continúa sentada. Fuma y mira la cara del hombre blanco: un rostro débil, unos rasgos de lobo, una cara bella y aceptable, pero transformada ahora en una máscara fatigada, desconfiada, por un cansancio que es algo más que físico.

-Creía que tenía usted prisa -dice la negra.

-Sí -dice Brown sacando una moneda del bolsillo-. Toma. Si me traes la contestación antes de una hora, te daré otras cinco como ésta.

-Vete, negro. No tienes todo el día. ¿Quiere que le traiga la contestación aquí mismo?

Brown la mira. Después, la cautela, la vergüenza, todo, reaparece otra vez.

-No, aquí no. Llévame la allí, a lo alto de la cuesta. Sigue los rieles hasta que yo te llame. Y no te quitaré el ojo de encima. No lo olvides. ¿Me entiendes?

El negro sigue su marcha. Pero apenas ha andado seiscientos metros cuando algo le detiene. Es otro blanco, con una mula

-¿Dónde? -dice Byron-. ¿Dónde le has visto?

-Allí. En aquella casa.

Y el blanco continúa andando, tirando del ronzal de su mula. El negro le mira. No le ha enseñado la nota al blanco porque el blanco no le ha dicho que se la enseñase; tal vez ha sido porque no sabía que él tenía una nota. Quizás son éstos los pensamientos del negro, porque, durante un instante, su rostro refleja algo terrible y profundamente oscuro. Luego, todo se ilumina. Llama. El blanco se vuelve, se detiene:

-Pero ya no está allí -dice el negro-. Me ha dicho que me esperaba en lo alto de la cuesta, cerca del tren.

-Muchas gracias -dice el blanco. Y el negro se aleja.

Brown volvió a seguir la dirección de la vía. Ahora ya no corría. Se iba diciendo: «No lo hará. No puede. Sé que no podrá encontrarlo, conseguirlo y traérmelo.» No decía nombres. No pensaba en nombres. Le parecía que todos, el negro, el sheriff, el dinero, eran solamente formas, como figuras de ajedrez movidas sin razón, de un modo imprevisible, por un adversario que podía adivinar sus movimientos antes de que los hiciera y que creaba espontáneamente unas reglas que él estaba obligado a seguir, pero no el adversario. Cuando Brown se apartó de los rieles y penetró en el matorral próximo a la cima de la pendiente, se encontraba más allá de los límites de la desesperación. Ahora caminaba sin prisa, evaluando la distancia, como si no existiera en el mundo, o al menos en su vida, otra cosa que hacer. Eligió un sitio y se sentó. Desde allí podía ver, sin ser visto, lo que pasaba en la vía.

«Pero yo sé que no lo hará -piensa Brown-. Ya no cuento con ello. Si le viese venir con el dinero en la mano, ni siquiera lo creería. No sería para mí. Estoy seguro. Creería que había algún error. Y le diría *Vete. No es a mí a quien tú buscas. No buscas a Lucas Burch. No, no, Lucas Burch no merece ese dinero, esa recompensa. Nunca ha hecho nada para que se la den. No, no* Y comienza a reír, en cuclillas, inmóvil. Baja su fatigada cabeza y ríe. «Sí, perfectamente. Lucas Burch sólo quería una cosa: la justicia. No es que no les dijera a esos hijos de puta el nombre del asesino y dónde podrían encontrarlo; es que ellos no quisieron intentarlo. No lo intentaron nunca, porque habrían tenido que pagar a Lucas Burch. Justicia.» Luego comienza a hablar en voz alta, una voz amarga, lacrimosa:

-Justicia. Nada más que justicia. Sólo lo que me deben, simplemente. ¡Y esos hijos de puta, con sus estrellitas de hojalata y su juramento de proteger los derechos de los ciudadanos norteamericanos!

Y dice esto amargamente, casi llorando de rabia, de desesperación y

de fatiga:

-¡Así me muera si no hay motivos para volverse bolchevique!

Luego, el silencio. Hasta que Byron le habla, casi junto a él.

-¡Vamos, ponte de pie!

No fue muy largo. Byron lo sabía. Sin embargo, no ha dudado. Fue trepando por la cuesta hasta que lo vio. Y se detuvo, mirando aquella forma acurrucada que no se había dado cuenta de nada. «Eres más fuerte que yo -pensó Byron-, pero no me importa. Siempre me has llevado ventaja, pero tampoco me importa. En nueve meses has desdeñado dos veces lo que yo nunca he tenido en treinta y cinco años. Y ahora me vas a dar una paliza de todos los diablos, pero tampoco eso me importa.»

No dura mucho. Brown, girando sobre sí mismo, se aprovecha de su propio asombro. No creía que un hombre que sorprende sentado a su enemigo pudiese permitirle que se levantara, aunque el enemigo no fuera el más corpulento de los dos. Él mismo lo había hecho. Y el hecho de que el más débil de los dos lo haya hecho, cuando él mismo no lo habría hecho, le parecía peor que un insulto: era ridículo. Así que peleó más salvajemente que si Byron le hubiera saltado encima sin avisar. Peleó con el valor ciego, desesperado, de una rata hambrienta hostigada en un rincón.

La pelea no duró más de dos minutos. Y Byron se encontró tendido mansamente entre los matorrales quebrados y pisoteados, notando que la sangre fluía mansamente, oyendo los chasquidos de la maleza que no tardaron en cesar, en desvanecerse en el silencio. Y se encontró solo. No sentía ningún dolor y, lo que aún era mejor, ninguna prisa, ninguna urgencia de hacer algo, de ir a alguna parte. Se quedó allí, tendido, sangrando, muy tranquilo, sabiendo que, dentro de un momento, todavía podría regresar al mundo, al tiempo.

Ahora ya no se pregunta hacia dónde habrá ido Brown. Ya no tiene que pensar, por el momento, en Brown. Su mente está de nuevo llena de formas apacibles, parecidas a juguetes infantiles, rotos y amontonados en el rincón de un armario olvidado donde el polvo se acumula apaciblemente: Brown, Lena Grover, Hightower, Byron Bunch, todos ellos parecidos a pequeños objetos que nunca han vivido y con los cuales jugó en su infancia, y los rompió y los abandonó. Byron yace así cuando oye el silbato del tren en un paso a nivel, a seiscientos metros de allí.

Y esto le despierta. Es el regreso del mundo y del tiempo. Y se levanta, lentamente, tímidamente. «Al menos, no hay nada roto -

piensa-. Quiero decir que no hay nada roto que me pertenezca.» Ya es tarde; el tiempo ha vuelto y, con él, la distancia, el movimiento. «Sí, tengo que seguir. Tengo que buscar algo en qué mezclarme.» El tren se acerca. El ritmo de la máquina ha disminuido ya, se hace más sordo a medida que trepa por la pendiente. Byron ya puede ver el humo. Busca un pañuelo en su bolsillo. No tiene ninguno. Rasga el faldin de su camisa y se enjuga la cara cuidadosamente, mientras escucha el estrepitoso y entrecortado jadeo de la locomotora en lo alto de la pendiente. Byron se acerca al borde del matorral, desde donde puede ver la vía. Y ve la máquina, casi enfrente de él, bajo las espesas bocanadas de humo negro. La máquina produce una impresión atemorizante de inmovilidad. Y sin embargo avanza, se arrastra, implacable, hasta la cima de la cuesta. Byron, de pie, en la linde del bosque, ve acercarse a la máquina, pasar por delante de él penosamente. La mira con un aire de atención absorta, tal vez ávida, infantil, que revela su condición campesina. La máquina pasa. Byron la sigue con los ojos, observa los vagones que aparecen luego y que van trasponiendo la cima de la cuesta. Y de pronto, por segunda vez en aquel día, Byron vea un hombre que parece materializarse en el aire vacío. Un hombre que corre.

Ni siquiera entonces comprende lo que Brown va a hacer. Ha penetrado demasiado, hace poco, en la paz y en la soledad para llegar a preguntárselo. Se conforma con mirar cómo Brown corre hacia el tren, encorvado, subrepticio; con mirar cómo se ase a la escalerilla de hierro de la plataforma de un vagón, cómo salta dentro de este y desaparece, igual que si hubiese sido aspirado por el vacío. El tren acelera. Byron ve que se acerca el vagón en el que Brown ha desaparecido. El vagón pasa. Colgado entre dos vagones, alargando el cuello, Brown escruta la maleza. Y ambos hombres se ven al mismo tiempo, se miran mutuamente a las caras: la una apacible, impersonal, ensangrentada; la otra enjuta, acosada, desesperada, contorsionada en aquel instante con un grito que es ahogado por el estrépito del tren. Y aquellos dos rostros, que siguen órbitas opuestas, se cruzan como dos fantasmas, como dos apariciones. Byron sigue sin pensar.

-¡Santo Dios! -dice, con un asombro pueril, casi extático-. Seguro que no es la primera vez que lo hace. Sabe subir a un tren en marcha.

Byron no piensa en nada. Es como si la pared móvil de los viejos vagones desvencijados fuese un dique tras el cual el mundo, el tiempo, la esperanza inverosímil y la indiscutible certeza estuvieran esperando, reservándole todavía algunos minutos de paz. Y cuando el último vagón pasa, rápidamente ya, el mundo se precipita sobre él,



como un torrente desbordado o como un maremoto.

Y todo es tan enorme, tan rápido, tan insólito, que la distancia y el tiempo desaparecen dentro de ello. De ahí que Byron no vuelva a caminar por el mismo sendero. Tira del ronzal de su mula y hasta un rato después no piensa en montar en ella y cabalgar. Era como si hiciese tiempo que se hubiera despojado de sí mismo y como si ya estuviera esperando, delante de la cabaña, el instante en que lograría decidirse a entrar. *Y entonces me quedaré allí y ...* Prueba de nuevo: *Entonces me quedaré allí y ...* Pero no pasa de ahí. Ahora está ya en la carretera. Se acerca a una carreta que viene de la ciudad. Son alrededor de las seis. Sin embargo, no renuncia. *Aunque no consiga hacer más que eso: retando abra la puerta, cuando entre y me plante allí, entonces... podré* Mirarla. Mirarla. Mirarla... De nuevo la voz habla. -un jaleo, me imagino.

-¿Qué? -dice Byron.

La carreta se ha detenido. Está junto a él. Su mula también se ha detenido. Desde el pescante, el hombre sigue hablando, con su voz monótona y quejosa.

-Qué mala suerte. Justo en el momento en que me iba para casa. Ya se me ha hecho tarde.

-¿De qué jaleo me habla? -dice Byron.

El hombre lo mira:

-A juzgar por su cara, se diría que también usted se ha encontrado con algún jaleo.

-Me he caído -dice Byron-. ¿Es que hay jaleo en la ciudad?

-Ya suponía que usted no lo sabría. Hace cosa de una hora. Ese negro, Christmas. Le han matado.

## 19.

Aquella noche, a la hora de la cena, en torno a sus mesas, las gentes de la ciudad no se asombraban tanto de la evasión de Christmas como del escondrijo que éste había elegido una vez libre. Tenía que saber que allí sería descubierto en seguida, y la gente se preguntaba por qué, cuando lo descubrieron, no se había entregado ni había resistido. Era como si hubiese decidido disponerlo todo para suicidarse pasivamente.

¿Por qué había acabado refugiándose en casa de Hightower? Las opiniones discrepaban al respecto. Se aducían razones diversas. «Cada oveja con su pareja.» La cosa más sencilla, la más inmediata, decían algunos, recordando las antiguas historias que aún corrían a

cuenta del pastor. Otros creían que había sido por casualidad. Otros explicaban que el hombre había dado pruebas de su talento al hacerlo así, porque a nadie se le habría ocurrido ir a buscarlo a casa del pastor si alguien no le hubiera visto cruzar el patio de la parte trasera de la casa y entrar corriendo en la cocina.

Sin embargo, Gavin Stevens sostiene una teoría diferente. Stevens es el fiscal del distrito. Hizo sus estudios en Harvard y es miembro de la sociedad Phi Beta Kappa. Es alto, desgarrado, y fuma en su eterna pipa, fabricada con una mazorca de maíz. Tiene una pelambarrera gris acero, revuelta y enredada, y siempre va vestido con un traje gris oscuro, holgado y mal planchado. Su familia es una de las más antiguas de Jefferson. Sus antepasados poseían esclavos y su abuelo los conocía (y los odiaba, y felicitó al coronel Sartoris cuando murieron) al abuelo y al hermano de la señorita Burden. Stevens sabe tratar con facilidad a los campesinos, a los electores y a los jurados. De cuando en cuando, es posible verle, durante toda una tarde de verano, acucillado entre las gentes de blusa o mono, en los porches de las tiendas del pueblo. Sabe hablarles, en su mismo lenguaje, de nada en absoluto.

La noche de aquel lunes, un profesor de la Universidad más próxima descendió del tren de las nueve. En Harvard, había sido compañero de promoción de Stevens y venía a pasar unos días de vacaciones en casa de éste. Vio a su amigo apenas bajó del tren. Creyó que Stevens había ido a esperarle, pero pronto advirtió que estaba ocupándose de una pareja de extraños viejos, a los que hacía subir al tren. El profesor les echó una ojeada y vio a un viejecito sucio, con barbilla de cabra, que parecía en estado cataléptico, y una vieja que debía de ser su mujer: una criatura rechoncha, con un rostro que parecía hecho de masa bajo una oscilante, blanca y sucia pluma, informe dentro de un vestido de seda pasado de moda y de un color tan majestuoso como agonizante. El profesor, por un instante, se sintió invadido de una asombrada curiosidad. Vio que Stevens ponía en la mano de la mujer, igual que si lo hiciera con un niño, dos billetes de ferrocarril. El profesor se adelantó y, sin ser visto por su amigo, oyó las últimas palabras de Stevens en el momento en que el empleado ayudaba a los dos viejos a subir a la plataforma:

-Sí, sí -repetía Stevens, con tono tranquilizador-. En el tren de mañana por la mañana. Yo me encargaré de ello. Usted sólo tendrá que ocuparse de los funerales y del cementerio. Lleve al abuelo a casa y hágale que se acueste. Yo me ocuparé de que el muchacho llegue en el tren de mañana por la mañana.

Después, el tren se puso en marcha y Stevens se volvió y vio al profesor. Comenzó a contarle la historia en el coche que les llevaba a la ciudad y la terminó cuando estaban sentados en el porche de la casa de Stevens, donde éste recapituló:

-Creo saber por qué lo hizo, por qué eligió la casa de Hightower como último refugio. Creo que fue por su abuela. La vieja acababa de estar un momento con él, en su celda, cuando vinieron a buscarlo para conducirlo al juzgado. Ella y el abuelo, ese viejecito loco que quería lincharle y que vino a Mottstown solamente para eso. No creo que la vieja tuviera ninguna esperanza de salvarle cuando vino aquí. Ninguna esperanza auténtica. A mi juicio, todo lo que ella quería era que muriese decentemente, como ella dijo. Ahorcado decentemente por una Fuerza, por un principio, y no quemado, despedazado, arrastrado por una Cosa después de su muerte. Creo que la mujer sólo vino aquí para vigilar al viejo, por temor a que éste fuese la gota que desbordase el vaso, porque no se atrevía a perderlo de vista. Y no es que dudara de que Christmas fuese su nieto, comprende? Pero no tenía ninguna esperanza. Ni sabía cómo comenzar a tenerla. Supongo que, al cabo de treinta años, la máquina de la esperanza necesita más de veinticuatro horas para volver a arrancar, para ponerse otra vez en marcha.

»Pero yo creo que, después que arranca físicamente con el torrente de locura y de fanatismo del viejo, la mujer se había dejado arrastrar por ella sin darse cuenta siquiera. Así que los dos vinieron aquí. Llegaron en el primer tren, a eso de las tres, en la mañana del domingo. La vieja ni siquiera intentó ver a Christmas. Quizás estaba vigilando al viejo. Pero no lo creo. Ni tampoco creo que la máquina de la esperanza se hubiese puesto ya en marcha. Ni siquiera creo que comenzase a funcionar antes de la mañana en que nació el niño. Un niño nacido ante sus propios ojos. Y varón además. La vieja no había visto antes a la madre. Y al padre menos aún, lo mismo que a su nieto, al que no había visto nunca desde que se hizo hombre. Para ella, tampoco existían ya aquellos treinta años.

»Se borrarón en cuanto el niño comenzó a llorar. Ya no existían. Todo iba cayendo sobre ella demasiado deprisa. Se le presentaban demasiadas cosas reales que sus manos y sus ojos no podían negar y se veía obligada a aceptar demasiadas cosas que sus manos y sus ojos no podían probar; sus ojos y sus manos se veían en la necesidad de aceptar súbitamente y de creer sin pruebas demasiadas cosas inexplicables. Después de treinta años le tenía que resultar como a la persona que entra inadvertidamente en una habitación llena de gente

desconocida y que habla a la vez mientras ella -para no perder el juicio- dirige miradas desesperadas en busca de algo que le permita elegir un modo lógico de proceder que esté dentro de sus limitaciones, algo que tenga la seguridad de poder realizar. Hasta que encontró en el nacimiento del niño un medio de sostenerse sola, había sido como una especie de estatua con voz mecánica, a la que Bunch llevaba de un lado para otro en un carro y la hacía hablar cuando le hacía la señal de hacerlo, como la pasada noche, cuando la llevó a que le contase la historia al reverendo Hightower.

»Y todavía andaba a tientas, trataba de encontrar algo que aquella mente, que al parecer no había funcionado mucho durante treinta años, pudiera creer, admitir como verdadero, como real. Y creo que donde lo encontró por primera vez fue en casa de Hightower. Allí encontró a alguien a quien poder contárselo, a alguien que la escuchase. Es muy probable que fuera la primera vez que lo contara. Y es muy probable que ella misma se diera cuenta de ello por primera vez, que lo viera en conjunto y como realidad a la vez que Hightower. Por eso no me extraña que en aquel momento se armara un lío, no sólo con el niño, sino con los padres del niño, puesto que en la cabaña ya no existían aquellos treinta años; ni que se le presentaran de un modo muy confuso el niño y el padre del niño, al que no había visto nunca, y su propio nieto, al que no había visto desde que era un niño como el otro, y cuyo padre, a su vez, no había existido nunca para ella. No me extraña tampoco que, cuando se empezó a mover la esperanza dentro de ella, pensara inmediatamente en el pastor, con esa sublime e ilimitada fe que tienen los de su clase en los servidores voluntarios e intermediarios oficiales de la oración.

»Eso es lo que la vieja le estaba contando a Christmas hoy, en la cárcel, cuando el viejo, que estaba esperando una oportunidad, se le escapó. Su mujer lo buscó por la ciudad y se lo encontró de nuevo en una esquina, loco de atar, predicando con voz ronca el linchamiento, diciendo a la gente que Christmas era un hijo del diablo vigilado por él hasta entonces. O quizá se lo encontró en el camino cuando se marchó de la cabaña para ir a la cárcel a ver a Christmas. Lo cierto es que cuando vio que los que la escuchaban mostraban más interés que emoción, dejó solo al viejo y se encaminó a ver al sheriff. El sheriff acababa de cenar y al principio no comprendió lo que quería la vieja, que con su relato y su vestido dominguero absurdamente respetable debió de parecerle una loca que planeaba la evasión de Christmas. Pero le permitió que fuese al calabozo acompañada por un agente. Y creo que, a solas con Christmas en la celda, habló de Hightower y le

dijo que Hightower podía salvarle, iba a salvarle.

»Claro que no sé lo que le dijo. No creo que haya nadie que pueda reconstruir la escena. No creo que ni ella misma supiera ni hubiera planeado lo que le iba a decir. Lo tenía grabado dentro, con todas las letras, desde el día en que parió a la madre de Christmas, y aquello había sucedido hacía tanto tiempo que lo sabía a prueba de toda clase de olvidos, pero había olvidado las palabras. Y ésa fue la razón de que él la creyera instantáneamente, sin ninguna duda. Quiero decir que, como ella no se preocupaba de lo que decía ni de que él lo considerara plausible, posible o increíble, Christmas pudo creer que en alguna parte, no sabía cómo, había visto en la persona, o en la presencia, o en lo que fuera del viejo pastor paria, un santuario que, no sólo sería inviolable para la polilla y para la turba, sino también para su propio e irrevocable pasado, cualesquiera que fueran los crímenes que lo hubieran moldeado, dado forma, arrojándolo después a una celda enrejada en la que se perfilaba por todas partes ante su vista la sombra del verdugo.

»Y la creyó. Creo que fue eso lo que le dio el valor, o más bien la paciencia pasiva, para soportar y reconocer y utilizar la única oportunidad que se le presentó de avanzar esposado por en medio de la gente que llenaba la plaza y echar a correr. Pero había demasiadas cosas que corrían con él, paso a paso con él, no persiguiéndolo, sino dentro de él mismo. Años, acciones, actos omitidos y cometidos que corrían a la par que él, paso a paso, aliento a aliento, latido a latido de un solo corazón. No eran sólo aquellos treinta años que la vieja no conocía, sino otros períodos anteriores de treinta años que le habían manchado de su sangre blanca -o su sangre negra, como se quiera- y que lo mataron. Durante cierto trecho debió correr creyendo; o, por lo menos, con esperanza. Pero la sangre no le dejaba en paz, no le dejaba salvarse. Su sangre no se decidía a ser de un color o de otro y a dejar que el cuerpo se salvara por sí mismo. La sangre negra le llevó primero a la cabaña de un negro. Y la sangre blanca le sacó de allí, como si hubiera sido la negra la que esgrimió la pistola y la blanca la que no le permitió disparar. Y fue la sangre blanca la que, alzándose en él por última vez, contra toda razón y realidad, presa de una quimera, de una fe ciega en algo leído en la Biblia, le impulsó a ir a casa del pastor. Y creo que la sangre blanca le abandonó un momento, un segundo, un parpadeo que aprovechó la sangre negra para alzarse en el momento final y hacer que él se volviera contra aquello a lo que había confiado su esperanza de salvación. Fue la sangre negra la que le arrastró por su propia voluntad a donde no

podía ayudarle nadie, la que le arrastró a aquel éxtasis de selva negra en donde la vida cesa antes de que se detenga el corazón y donde la muerte es deseo y plenitud. Y la sangre negra le falló de nuevo, como ha debido de fallarle en todas las crisis de su vida.

No mató al pastor. No le dio más que un golpe con el revólver y corrió a agazaparse detrás de la mesa y a desafiar a la sangre negra por última vez, como la había estado desafiando durante treinta años. Se agazapó detrás de la mesa derribada y se dejó matar a tiros sin utilizar la pistola cargada que tenía en la mano.»

En aquella época vivía en el pueblo un joven llamado Percy Grimm que tenía unos veinticinco años y era capitán de la guardia nacional del estado. Nació en la ciudad y, salvo los períodos veraniegos de campamento, había vivido siempre en ella. Era demasiado joven para tomar parte en la Gran Guerra. Sin embargo, hasta 1921 o 1922 no se había dado cuenta de que nunca les perdonaría a sus padres por ello. Su padre, que era ferretero, no le comprendió. Creía que el muchacho era un gandul que llevaba camino de convertirse en un perfecto inútil, cuando, en realidad, el muchacho no sólo sufría la tragedia de haber nacido demasiado tarde, sino también la de no haber nacido lo bastante tarde para librarse de la conciencia del tiempo perdido, del tiempo en que debía haber sido un hombre en lugar de un niño. Ahora pasada la histeria y cuando los más histéricos y hasta los otros, los que habían servido y padecido, empezaban a mirarse mutuamente con mirada torva, no tenía con quien hablar de ello, a quien abrirle el corazón. En realidad, su primera pelea seria fue la que tuvo con un veterano cuando éste manifestó que, si tuviera que luchar de nuevo, esta vez lo haría al lado de Alemania y contra Francia. Grimm le hizo frente en el acto.

-¿Contra los Estados Unidos también? -le preguntó.

-Si los Estados Unidos son tan idiotas como para ayudar de nuevo a Francia, también -contestó el soldado.

Grimm, menos fuerte que el soldado y sin tener aún los veinte años, le asestó un puñetazo. El resultado estaba previsto, probablemente lo tenía previsto el mismo Grimm. Pero Grimm no recibió su castigo hasta el momento en que el propio soldado pidió a los espectadores que sujetaran al muchacho. Y Grimm ostentó las cicatrices de aquella batalla con el mismo orgullo con que había de usar más tarde el uniforme por el que había luchado tan ciegamente.

Lo que le salvó fue la nueva ley militar. Grimm era como un hombre

que hubiese vivido mucho tiempo en un pantano, en las tinieblas. No sólo no veía ningún camino ante él, sino que estaba convencido de que no había ninguno. Pero, de pronto, se le abrió la vida de un modo claro y definido. Los años perdidos, en los que no había demostrado ninguna disposición para el estudio y durante los cuales era conocido como un vago recalcitrante y falto de ambición, quedaban ahora atrás, olvidados. Y vio que se le abría una vida sin complejidad e inevitable como un pasillo desierto. Ahora se sentía completamente libre, sin tener que decidir ni que pensar. Y la carga que asumía y que habría de llevar era tan brillante, tan liviana y tan marcial como el cobre de sus insignias. Una fe sublime e implícita en el valor físico y en la obediencia ciega, en la convicción de que la raza blanca es superior a todas las demás razas, y de que la raza americana es superior a todas las demás razas blancas, y de que el uniforme americano es superior a todos los hombres, y de que lo único que se le exigiría en pago de su creencia, de ese privilegio, sería su propia vida. En cada fiesta nacional que tuviera algún aspecto bélico, se ponía su uniforme de capitán y bajaba al centro de la ciudad. Y los que le veían, recordaban aún aquel día de la pelea con el veterano, mientras él, resplandeciente, con la insignia de tirador (era buen tirador) y sus galones, grave, erguido, se paseaba entre los civiles con el aire entre belicoso y embarazado de un muchacho orgulloso.

No era miembro de la Legión Americana. Pero la culpa de ello la tenían sus padres, no él.

En cuanto trajeron a Christmas de Mortstown aquel sábado por la tarde, Grimm había ido ya a visitar al comandante del grupo local. Su idea, sus palabras, fueron simples y directas:

-Tenemos que mantener el orden -dijo-. La ley tiene que seguir su curso. La ley y la nación. Ningún civil tiene derecho a condenar a un hombre a muerte. Los que tenemos que ocuparnos de eso somos nosotros, los soldados de Jefferson.

-¿Y cómo sabe usted que alguien planea algo diferente? ¿Ha oído usted algo? -le preguntó el comandante de la Legión.

-No sé nada. No he oído nada.

No mentía. No parecía dar la suficiente importancia a lo que pudieran haber dicho o no haber dicho los civiles para tener que mentir.

-No se trata de eso. Se trata de saber si nosotros, los soldados, vamos a ser o no los primeros en decir dónde estamos, en mostrar a la gente desde el primer momento quién tiene el gobierno en esta clase de asuntos. De ese modo la gente no tendrá ni siquiera necesidad de hablar.

Su plan era muy sencillo. Consistía en formar con la Legión un pelotón mandado por él en consideración a hallarse en servicio activo.

-Pero si no quieren que lo mande yo, no importa. Si quieren seré el segundo; o sargento, o cabo.

Y era sincero. No buscaba la vanagloria. Era demasiado sincero, tan sincero, tan falto de humor, que el comandante de la Legión contuvo la mordaz respuesta que le iba a dar.

-No creo que haya necesidad de nada de eso. Si la hubiera, tendríamos que actuar como civiles. Yo no puedo utilizar la Legión de esa manera. Al fin y al cabo, ahora no somos soldados. Y creo que no lo haría aunque pudiera hacerlo.

Grimm, más que con rabia, le miró como si fuera un insecto.

-Pero usted ha vestido uniforme en otros tiempos -dijo con una especie de paciencia. Y añadió-: Supongo que no emplearé su autoridad para impedir que hable con ellos en calidad de particulares.

-No. En primer lugar no tengo autoridad para eso. Pero con carácter particular, ¿eh? No utilice mi nombre para nada.

Y Grimm le dijo:

-No tengo esa costumbre -y se fue.

Esto era el sábado, a eso de las cuatro. Grimm dedicó el resto de la tarde a recorrer comercios y oficinas donde trabajaban miembros de la Legión. Y para el anochecer les había calentado los cascos a los necesarios para formar un pelotón como es debido. Grimm era incansable, pero sabía contenerse; emanaba de él una especie de poder irresistible, como de profeta. No obstante, sus reclutas estaban de acuerdo con su comandante en un detalle: el nombre oficial de la Legión no debía ser mencionado para nada en este asunto. Así que, sin hacerlo expresamente, había conseguido sus fines: ahora era él el jefe. Antes de cenar los reunió, los dividió en escuadras y nombró oficiales y suboficiales. Los jóvenes, los que no habían ido a Francia, iban a foguearse. Les dirigió unas palabras breves y frías:

-...el orden.. el curso de la justicia... que vea la gente que hemos vestido el uniforme de los Estados Unidos... Y una cosa más...

Y por un momento descendió a la familiaridad del jefe de regimiento que conoce a sus hombres por los nombres de pila.

-Quiero que lo decidáis vosotros. Haré lo que queráis. He pensado que convendría que yo vistiese el uniforme hasta que se arregle este asunto. Para que vean que el Tío Sam se halla presente en algo más que en espíritu.

-¡Pero si no está presente! -dijo rápidamente uno que era uña y carne del comandante, que, entre paréntesis, no estaba allí.



Esto no es asunto del gobierno. Me parece que a Kennedy no le va a gustar. Esto es asunto de Jefferson y no de Washington.

-Haced que le guste -dijo Grimm-. ¿Para qué está vuestra Legión si no para proteger a los Estados Unidos y a los norteamericanos?

-No -contestó el otro-. Mejor será que no convirtamos esto en un desfile. Podemos hacer lo que nos parezca sin necesidad de eso. Será mejor, ¿no es así, muchachos?

-Bien -dijo Grimm-. Se hará como queráis-. Cada hombre querrá una pistola. Dentro de una hora tendremos aquí inspección de armas cortas. Tienen que venir todos.

-¿Qué va a decir Kennedy de las pistolas? -preguntó uno.

-Yo me encargo de eso -dijo Grimm-. Dentro de una hora justa todos aquí con las armas.

Y después de despedirlos cruzó la tranquila plaza en dirección al despacho del sheriff. Allí le dijeron que el sheriff estaba en su casa.

-¿En casa? -dijo-. ¿Ahora? ¿Qué hace ahora en casa?

-Supongo que comer. Un hombre de su tamaño necesita comer varias veces al día.

-En casa -repitió Grimm.

No le brillaron los ojos. Miraba con la expresión fría e indiferente con que había mirado al comandante de la Legión. «Comiendo... repitió saliendo con paso vivo. Volvió a cruzar la plaza silenciosa y vacía. La gente estaba cenando tranquilamente en aquella pacífica ciudad de un pacífico país. Se dirigió a casa del sheriff. El sheriff le dijo en el acto que no.

-¿Quince o veinte individuos paseándose por el pueblo con una pistola en el bolsillo? No y no. Nada de eso. No puedo permitirlo. Eso no puede ser. Déjeme que dirija este asunto.

Grimm sostuvo un momento la mirada del sheriff y, volviéndose, se alejó deprisa.

-Si es así como lo quiere usted, bien. No me meteré con usted y, por lo tanto, no se meta usted conmigo -dijo.

No sonaba a amenaza. Era demasiado apagado, demasiado definitivo; le faltaba ardor. Y siguió caminando deprisa. El sheriff le siguió con la mirada y le llamó. Grimm se volvió.

-Deje usted también su pistola en casa, ¿me oye? -le dijo el sheriff.

Grimm no contestó y continuó andando. El sheriff le siguió con la mirada y con el ceño fruncido hasta que lo perdió de vista.

Aquella noche, el sheriff fue al centro después de cenar, cosa que no había hecho desde hacía muchos años, salvo cuando le requerían

asuntos urgentes e ineludibles. Delante de la cárcel encontró a un grupo de los hombres de Grimm, delante del juzgado otro, y un tercero en la plaza y las calles adyacentes. Y según le dijeron, los otros, las reservas, se hallaban en la oficina algodонера en la que trabajaba Grimm y que era algo así como el puesto de mando. En la calle encontró a Grimm, que daba una vuelta de inspección.

-Venga aquí, muchacho.

Grimm se detuvo, pero no se acercó. El que se acercó a él, y le palpó la cadera con su mano gorda, fue el sheriff.

-Ya le he dicho que dejara eso en casa -Grimm no contestó. Sus ojos estaban al nivel de los del sheriff. El sheriff lanzó un suspiro-. Bueno, si no quiere, tendré que nombrarle policía especial. Pero no va a enseñar ese revólver hasta que yo no se lo diga, ¿me oye?

-Naturalmente que no -dijo Grimm-. Estoy seguro de que a usted no le gustaría que lo sacara mientras no tuviera necesidad.

-He dicho que mientras no se lo diga yo.

-Muy bien -contestó Grimm inmediatamente, sin calor, con paciencia-. Eso es lo que hemos dicho los dos. No se preocupe. Allí estaré.

Más tarde, a medida que el pueblo se apaciguaba para pasar la noche, que los cines se vaciaban y que las tiendas iban cerrando una a una, el pelotón de Grimm empezó también a disolverse. Grimm lo observó y no protestó; su gente se había vuelto un poco borreguil, se mantenía a la defensiva. Y de nuevo, sin darse cuenta, había jugado una carta de triunfo. Como su gente se había sentido un poco borreguil y se daba cuenta de que no había estado a la altura del frío ardor del jefe, al día siguiente volverían, aunque no fuera más que para demostrarle lo que eran. Sólo quedaron unos cuantos. Era noche de sábado y alguien trajo más sillas de alguna parte e iniciaron una partida de póker que duró toda la noche, aunque, de cuando en cuando, Grimm (que no participaba en la partida y que no dejaba participar al segundo, único que tenía categoría equivalente a la de oficial) enviaba una compañía a que patrullara por la plaza. A esa hora uno de los que figuraban era el jefe de serenos, que no jugaba.

El domingo fue tranquilo. La partida de póker, interrumpida por rondas periódicas, siguió todo el día mientras tañían pacíficamente las campanas, y los feligreses -decoroso montón de colores veraniegos- se congregaban en las iglesias. En la plaza se sabía ya que al día siguiente se reuniría un gran jurado especial. Sólo el sonido de esas dos palabras, que ya sugería algo concreto e irrevocable, algo como un ojo oculto y omnipotente, siempre abierto sobre los actos humanos,

reafirmó a los hombres de Grimm en sus propias fantasías. El hombre se impresiona sin darse cuenta de un modo imprevisible; y la ciudad, sin saber que pensaba en ello, aceptó súbitamente a Grimm con respeto, quizá con temor y con un tono de verdadera fe y de confianza, como si su visión, su patriotismo y su orgullo hubieran sido más activos y más verdaderos que los suyos. Los hombres de Grimm aceptaron esto como la cosa más natural; después de una noche sin dormir, de la tensión, de la vocación, de la inmolación de su voluntad, habían llegado casi a ese punto en que habrían dado la vida por él si se presentara la ocasión. Caminaban ahora envueltos en un halo de luz ligeramente amenazadora, en un resplandor que resultaba tan palpable como podría serlo el caquí que Grimm quería que vistieran, que hubieran vestido, como si cada vez que volvían al puesto de mando se vistieran de nuevo con suaves jirones autoritariamente espléndidos del sueño de Grimm.

Aquello duró toda la noche del domingo. La partida de póker seguía. La cautela, la clandestinidad en que se había envuelto, desaparecieron. Había en ello una confianza demasiado firme y serena para ser jactancia; y aquella noche, cuando oyeron los pasos del jefe de la guardia nocturna, se miraron unos a otros con ojos duros, brillantes y desafidores. Y uno de ellos dijo:

-¡Echad fuera a ese cerdo!

Y otro frunció los labios y lanzó el ruido inmemorial.

A la mañana siguiente, cuando empezaban a reunirse las primeras carretas y automóviles que venían del campo, el pelotón seguía estando intacto. Y se presentaron de uniforme. El uniforme eran sus caras. La mayoría de ellos eran de la misma edad, de la misma generación y tenían la misma experiencia. Pero era más que eso. Plantados con una profunda y fría gravedad, graves, austeros, indiferentes ante la multitud que se movía, contemplaban con ojos fríos e inexpresivos los grupos que pasaban lentamente ante ellos y que sintiendo algo, comprendiendo sin saber, se detenían a mirarles y acababan por formar un anillo de caras absortas, carentes de expresión e inmóviles como las de las vacas, acercándose y retirándose para ser sustituidas por otras. Y durante toda la mañana, las voces iban y venían en preguntas y respuestas: «Allí va. El joven de la pistola automática. Es el capitán, el oficial especial que ha enviado el gobernador. Es el que manda en todo esto. El sheriff no pinta hoy nada.»

Más tarde, cuando era ya demasiado tarde, Grimm dijo al sheriff:

-Si usted me hubiera escuchado a mí, si me hubiera dejado sacarlo de

la celda con una escolta en lugar de mandarlo a través de la plaza - con un solo policía y sin esposarlo siquiera- por en medio de la muchedumbre, entre la cual ese maldito Buford no se ha atrevido a disparar, aunque no podía fallar.

-¿Cómo iba yo a suponer que tenía la intención de escaparse, que se le iba a ocurrir en aquel momento y en aquel sitio? -dijo el sheriff-. Stevens me había dicho que se confesaría culpable y que sería condenado a cadena perpetua.

Pero ya era demasiado tarde. Todo había sucedido ya. Había sucedido en medio de la plaza, a mitad de camino entre la acera y el juzgado, entre un tropel de gente, denso como el de un día de feria. Y Grimm no se había enterado de nada hasta que oyó los dos disparos de pistola hechos al aire por el policía. Aunque en aquel momento estaba dentro del juzgado, comprendió en el acto de qué se trataba. Su reacción fue clara e inmediata. Echó a correr y gritó por encima del hombro al que, desde hacía casi cuarenta y ocho horas, le servía medio de ayudante, medio de ordenanza:

-Toca la sirena de incendios -dijo.

-¿La sirena de incendios? -preguntó el ayudante-. ¿Que...?

-Toca la sirena de incendios -le grita Grimm-. No importa lo que piense la gente; así sabrán que algo... Y no terminó. Se había ido.

Corrió entre la gente, alcanzándolos y adelantándolos porque tenía un objetivo y ellos no y se limitaban a correr; y la enorme pistola automática, negra y contundente, se abría camino como un arado. La gente le miraba la cara, tensa, dura y joven, con caras pálidas y bocas -redondos orificios dentados- abiertas, y le dirigía un largo rumor que parecía un suspiro:

-Allí... ha ido por allí...

Grimm había visto al policía corriendo con la pistola en alto, y, después de mirar en torno, se había lanzado hacia adelante. Entre la multitud que había seguido los pasos al policía y al preso cuando cruzaron la plaza, se hallaba el inevitable muchachote de uniforme de la Western Union que llevaba la bicicleta por los cuernos como a una vaca dócil. En un único movimiento sin pausas, Grimm metió la pistola en la pistolera, apartó al muchacho a un lado y montó en la bicicleta.

Aunque la bicicleta no tenía bocina ni timbre, la gente le sentía sin saber cómo y le abría paso; y también en esto parecía servirle la ciega y serena fe en la justicia e infalibilidad de sus actos. Cuando alcanzó al policía que corría, frenó la velocidad. El policía volvió hacia él una cara sudorosa y una boca abierta para gritar y correr:

-Ha doblado por aquella calle...

-Ya lo sé -dijo Grimm-. ¿Está esposado?

-Sí -contestó el policía.

La bicicleta dio un paso adelante. «Entonces no puede correr mucho», pensó Grimm. «Pronto tendrá que esconderse. O, por lo menos, salir del campo abierto.» Dobló por la callejuela a buena velocidad. La callejuela pasaba por entre dos casas; en uno de los lados había una valla de madera. En aquel momento sonó por primera vez la sirena de incendios que empezó y ascendió hasta un lento y continuado gemido que parecía pasar de lo audible a lo táctil como una vibración sin sonido. Grimm pedaleaba pensando rápida y lógicamente, con una especie de feroz y sofrenada alegría. «Lo primero que querrá será perderse de vista», pensó mirando en derredor. Era una callejuela abierta por uno de los lados. Al otro lado había una valla de seis pies de altura, cortada al final por un portón de madera que daba a un prado, y, más lejos, a una profunda zanja que marcaba el límite de la ciudad. Por encima de la valla se veían las copas de los árboles grandes; allí se podía ocultar y desplegar un regimiento. «Ah», dijo en voz alta. Sin detenerse y sin frenar la velocidad, dio la vuelta con su bicicleta y pedaleó callejuela abajo hacia la calle de la que había venido. El gemido de la sirena se iba extinguiendo, volviendo de nuevo a lo audible. En cuanto apareció otra vez en la calle, Grimm vio a la gente que corría y un automóvil que se acercaba a gran velocidad. A pesar de todo su pedaleo, el automóvil lo alcanzó en seguida. Sus ocupantes le gritaron a su cara tensa que miraba hacia adelante:

-Suba aquí. Venga.

Grimm no replicó ni les miró. El automóvil le había pasado; ahora lo pasó él, con su marcha rápida, silenciosa y firme; el automóvil aceleró la velocidad y volvió a pasarle. Los ocupantes miraban al frente sacando la cabeza. Grimm avanzó, también deprisa y silencioso, con la delicada rapidez de una aparición, con la implacable línea recta de lo dogmático o del Destino. La sirena volvió a lanzar allá detrás su gemido creciente. Cuando los ocupantes del automóvil volvieron otra vez la cabeza para ver dónde estaba Grimm, éste había desaparecido por completo.

Había doblado a toda velocidad por otra callejuela. Su cara, firme como una roca, seguía teniendo una brillante expresión de plenitud, una grave e incontenible alegría. La callejuela era más accidentada que la otra. Y más larga. Al llegar a una cima pelada, saltó rápidamente y la bicicleta cayó al suelo. Desde allí veía en toda su extensión, cortada por dos o tres cabañas de negros, la barranca que delimitaba da ciudad. Permaneció quieto. En su soledad, parecía un mojón fatal. En la ciudad

descendía otra vez el gemido de la sirena.

De pronto vio a Christmas que, pequeño por la distancia, surgía de una zanja con las manos juntas. Las manos del fugitivo relucieron al sol como el chispazo de un heliógrafo y a Grimm le pareció oír la jadeante y desesperada respiración del hombre que ni siquiera así era libre. Luego, la figura echó a correr y desapareció detrás de la cabaña de negros más cercana.

Grimm echó también a correr velozmente, pero no tenía prisa, ni hizo ningún esfuerzo. No había en él nada de vengativo, de furioso, de ofendido. El mismo Christmas lo notó. Porque los dos hombres se miraron un instante, casi cara a cara, en el momento en que Grimm doblaba corriendo la esquina de la cabaña. En aquel momento Christmas saltaba por la ventana trasera, con las manos en alto y esposadas, que relucían como si estuvieran ardiendo. Y durante un instante se miraron, uno deteniéndose en el acto de encogerse al caer, el otro en plena carrera, antes de que su velocidad le llevara a trasponer la esquina. En aquel instante Grimm vio que Christmas llevaba un gran revólver niquelado; y volviéndose rápidamente, dobló la esquina y sacó la pistola.

Y pensó rápidamente, con calma, con una mansa alegría: «Puede hacer dos cosas: ir otra vez hacia la zanja u ocultarse en los alrededores de la cabaña hasta que uno de los dos reciba un balazo. Y la zanja está al lado de la cabaña en la que él está.» Reaccionando inmediatamente, corrió a toda velocidad hacia la esquina que acababa de doblar. Lo hizo como bajo una protección mágica o providencial, como si supiera que Christmas no había de estar allí esperándole con el revólver; y dobló la otra esquina sin detenerse.

Se encontró junto a la zanja y se detuvo. Sobre el frío y amenazador cañón de su automática, su cara tenía la luminosidad extraterrenal de los ángeles en los vitrales de las iglesias. Antes de haberse detenido, y en rápida, ágil y ciega obediencia a los movimientos que el jugador, quienquiera que fuese, hacía en el tablero, estaba avanzando de nuevo. Corría a ocultarse en la zanja, pero en el momento de descender por entre los matorrales que cubrían la pendiente se volvió, clavando los dedos en el suelo. Se había dado cuenta de que la cabaña estaba a sesenta centímetros de altura sobre el suelo y que, por lo tanto, Christmas le había estado viendo los pies por debajo. Y se dijo: «Es un tipo listo.»

Su impulso le había arrastrado a alguna profundidad antes de poder detenerse y de volver a trepar hacia atrás. Parecía incansable, ni de carne ni de hueso; como si el Jugador que lo movía como a un peón le

diera también aliento. Y sin hacer una pausa, con el mismo impulso que le había sacado de la zanja, siguió corriendo y dio la vuelta a la cabaña a tiempo de ver que Christmas saltaba por encima de una cerca a trescientas yardas de distancia. No le disparó porque Christmas corría en aquel momento por un jardincillo hacia una casa. Y mientras corría, Grimm le vio subir la escalera trasera y entrar en la casa:

-¡Ah! -exclamó-. La casa del predicador. La casa de Hightower.

Sin detener su carrera, desvió el camino, dio la vuelta a la casa y salió a la calle. El automóvil que le había adelantado, lo había perdido y había vuelto; estaba justamente en el sitio en que el Jugador había querido que estuviera y se detuvo sin que se le hiciera ninguna señal. De él bajaron tres hombres. Grimm, sin decir una palabra, dio media vuelta y corrió a través del patio en dirección a la casa en donde vivía el viejo pastor en desgracia. Los tres hombres le siguieron y entraron atropelladamente en el vestíbulo, llevando consigo a la rancia y claustral penumbra algo del brutal sol de verano que habían dejado atrás.

Los hombres irradiaban la salvaje luz del sol que, en una incorpórea suspensión, flotaba como un halo sobre sus cabezas cuando se agacharon a levantar del suelo a Hightower, con la cara ensangrentada. Christmas le había derribado después de haber corrido por el vestíbulo, con las manos esposadas en alto, sosteniendo un revólver que despedía chispas y rayos, como un dios vengativo y furioso que pronunciaba una maldición. Pusieron al viejo de pie.

-¿A qué habitación ha ido? -le preguntó Grimm, sacudiéndolo.

-¡Señores! -dijo Hightower; y añadió-: ¡Hombres! ¡Hombres!

-¿A qué habitación, viejo? -le gritó Grimm.

Sostuvieron de pie a Hightower. En el vestíbulo, sombrío después del deslumbramiento del sol de la calle, también Hightower parecía terrible, con su cabeza calva y su ancha cara pálida y estriada de sangre:

-Oídmelo, hombres. Christmas estaba aquí aquella noche. Estaba conmigo la noche del crimen. Lo juro ante Dios...

-¡Cristo! -gritó Grimm con la voz clara y el tono indignado de un sacerdote joven-. ¿Es que todos los curas y todas las solteronas de Jefferson se han bajado los pantalones por ese hijo de puta? -y apartando a un lado al viejo, echó a correr.

Se habría dicho que sólo había esperado a que el Jugador lo moviera de nuevo, porque, con la misma infalible certidumbre de antes, se dirigió directamente a la cocina y, desde la puerta, empezó a disparar

casi antes de ver que la mesa estaba colocada de parapeto en un ángulo y que las manos brillantes y chispeantes del hombre agazapado detrás se apoyaban en el borde superior. Grimm descargó el cargador de su automática contra la mesa; alguien cubrió más tarde los cinco agujeros con un pañuelo doblado.

El Jugador no había acabado todavía. Cuando los demás llegaron a la cocina vieron que la mesa había sido apartada y que Grimm se inclinaba sobre el cuerpo de Christmas. Y cuando se acercaron a ver lo que estaba haciendo Grimm, vieron que Christmas no había muerto aún. Y cuando vieron lo que Grimm estaba haciendo, uno de los hombres profirió un grito ahogado, retrocedió hasta la pared con paso vacilante y empezó a vomitar. Y Grimm se incorporó blandiendo un ensangrentado cuchillo de carnicero.

-Ahora dejarás a las mujeres blancas en paz, incluso en el infierno - dijo.

El hombre que yacía en el suelo no se había movido. Yacía con los ojos abiertos y vacíos de todo, excepto de conciencia. Algo semejante a una sombra rodeaba su boca. Aquellos ojos pacíficos, insondables e intolerables, los miraron durante un largo rato. Y luego la cara, el cuerpo, todo pareció desplomarse, amontonarse sobre sí mismo. Y de las caderas y de los muslos, a través de la ropa desgarrada, brotó la ola de sangre negra como un aliento bruscamente expirado. La sangre parecía brotar de su cuerpo pálido como brotan las chispas de un cohete que se eleva. Y el hombre pareció elevarse de aquella negra expansión y flotar para siempre en la memoria de aquellos hombres. Cualesquiera que sean los lugares desde donde contemplan los desastres antiguos y las esperanzas nuevas (apacibles valles, arroyos apacibles y tranquilizadores de la vejez, rostros como espejos de los nidos), nunca olvidarán aquello. Estará siempre allí, pensativo, tranquilo, constante, sin palidecer nunca, sin ofrecer nunca nada amenazador, sino sereno por sí mismo, triunfante por sí mismo. Ligeramente apagado por las paredes, en la ciudad crece de nuevo el aullido de la sirena hacia su inverosímil *crescendo* y se pierde fuera de lo audible.

## 20.

Es la hora en que la tarde muere con un último reflejo color de cobre. Es la hora en que, más allá de los arcos enanos y del bajo rótulo, la calle está disponible y vacía, encuadrada por la ventana del escritorio, como un escenario.



Hightower recuerda que, cuando él era joven, cuando llegó a Jefferson a su salida del seminario, la agonía de esta luz cobriza le parecía casi perceptible al oído, como la agonía de un toque de trompetas que expira en un intervalo de silencio y de espera, tras el cual vuelve a aparecer muy pronto. Entonces, incluso antes de que las trompetas agonizantes hubiesen cesado, ya le parecía escuchar el primer retumbo del trueno, apenas más fuerte que un murmullo, que un rumor que pasa con el aire.

Pero Hightower nunca se lo había dicho a nadie. Ni siquiera a ella, en la época en que todavía eran los amantes de la noche (cuando ignoraban aún la vergüenza y los disentimientos, cuando ella sabía, y no lo había olvidado a consecuencia de las discusiones, de los pesares y, después, de la desesperación), ni siquiera a ella le había dicho por qué la hacía sentarse en esta ventana a esperar el crepúsculo, el minuto en que la noche cae. Ni siquiera a ella, una mujer. La mujer. Mujer (y no el seminario, como creyó algún tiempo). La Cosa Pasiva y Anónima que Dios había creado para que fuese, no sólo el recipiente, el receptáculo de la simiente de su cuerpo, sino también el de su espíritu, que es la verdad o una parte muy próxima a la verdad a la que él no se atreve a acercarse.

Hightower era hijo único. Su padre tenía cincuenta años cuando él nació, y su madre estaba enferma desde hacía casi veinte años. Creció en la creencia de que el mal de su madre era debido a la alimentación con la que había tenido que contentarse durante el último año de la Guerra Civil. Y quizás era él la razón. Aunque hijo de un hombre que había tenido esclavos, su padre no los tuvo nunca. Y habría podido tenerlos. Pero, a pesar de haber nacido, de haberse criado y de haber vivido en una época y en una región donde era más económico tener esclavos que no tenerlos, su padre no quería comer nada que un esclavo hubiese hecho crecer o cocer, ni acostarse en una cama que un negro esclavo le hubiera preparado. Así que, durante la guerra, o cuando él estaba fuera de casa, su mujer no tenía más huerto ni jardín que el que ella podía cultivar por sí misma o con la ayuda, bastante escasa, de los vecinos. Ayuda que, por otra parte, su marido no le permitía aceptar, con el pretexto de que no podía devolvérsela. «Dios proveerá» decía.

-¿Proveerá qué? ¿Cardos y grama?

-En ese caso, El nos dará las entrañas necesarias para digerirlos.

Era pastor. Durante un año, cada mañana de domingo había salido muy temprano de casa, sin que su padre (era antes del matrimonio del hijo) descubriese a dónde iba. Aunque miembro muy estimado de

la iglesia episcopaliana, no había puesto nunca los pies en un templo, al menos durante el tiempo que su hijo podía recordar. Al fin descubrió que su hijo, que entonces tenía veintiún años, recorría sesenta millas a caballo todos los domingos para ir a predicar en una pequeña capilla presbiteriana de la montaña. El padre se hartó de reír. El hijo escuchó aquella risa como hubiera escuchado una sarta de injurias: con una indiferencia fría y respetuosa, sin decir una palabra. Y el domingo volvió junto a sus feligreses.

Cuando estalló la guerra, el hijo no fue uno de los primeros en partir. Tampoco fue uno de los últimos.

Estuvo en el ejército durante cuatro años, aunque nunca usase un mosquete y aunque, a guisa de uniforme, sólo llevase la levita negra que se compró para casarse y que también le servía para ir a predicar. Cuando volvió a casa, en 1865, todavía la llevaba, pero nunca se la volvió a poner desde aquel día en que se detuvo una carreta delante de la escalinata de entrada y bajaron de ella dos hombres que le metieron en casa y lo depositaron en su cama. Su mujer le quitó la levita y la guardó en un baúl que había en el granero. Y allí estuvo veinticinco años, hasta el día en que su hijo abrió el baúl, la sacó de allí y extendió los dobleces cuidadosamente hechos por unas manos que ya no existían.

Hightower recuerda esto ahora, sentado en la oscura ventana, en la calma de su escritorio, esperando el fin del crepúsculo, la noche y la galopada de los cascos. La luz cobriza acaba de extinguirse; el mundo flora en una espera verde, semejante, en color y en textura, a la luz filtrada por un cristal policromo. Pronto será el momento de comenzar a decir *Pronto ahora. Ahora pronto* «Entonces yo tenía ocho años - piensa-. Llovía.» Le parece que aún huele la lluvia, la húmeda melancolía de la tierra de octubre y el bostezo mohoso del baúl cuando levanta la tapa. Después, la prenda, con sus pliegues y sus dobleces cuidadosos. Hightower no sabía lo que era, porque, en un principio, le sobrecogió el recuerdo de las manos de su madre difunta que parecían permanecer entre los pliegues. Después la prenda se abrió, se desplegó lentamente. Al niño le pareció de un tamaño increíble, como cortada para un gigante; como si, por el solo hecho de que la hubiese llevado uno de ellos, el paño hubiese adquirido las cualidades de esos fantasmas que se erguían, heroicos y formidables, sobre un fondo de truenos, de humo y de banderas hechas jirones en las que él no cesaba de pensar ni de noche ni de día.

La pieza estaba tan remendada que era irreconocible. Trozos de cuero que una mano de hombre había cosido groseramente, trozos de paño

gris de los confederados que ahora tenían el color de las hojas secas, y un trozo que le llegó directamente al corazón: azul, azul oscuro, el azul de los Estados Unidos. Al ver esta pieza, este trozo de paño mudo y anónimo, el muchacho, el niño nacido de un padre y de una madre ya en el otoño de sus vidas, el niño cuyos órganos necesitaban ya la vigilante regularidad de un reloj suizo, sentía una especie de terror ahogado y triunfante que le ponía un poco enfermo.

Aquella noche fue incapaz de cenar. El padre, que se acercaba entonces a los sesenta años, vio, al levantar los ojos, cómo el niño le miraba con temor, con terror y con algo más. Y el hombre dijo: «¡Qué es lo que has hecho?» Y el niño no podía responder, no podía hablar. Miraba a su padre, y la expresión de su rostro de niño parecía venir del mismo infierno. Aquella noche, en su casa, no pudo dormir. Permanecía tendido, rígido, sin temblar siquiera, en el oscuro lecho, mientras que a lo lejos, más allá de las paredes y de los suelos, dormía el hombre que era su padre y su único pariente, el hombre del que estaba separado por un intervalo de tiempo tan considerable (no se habría podido medir por décadas) que ningún parecido existía entre ellos. Y, al día siguiente, el niño tuvo una de sus crisis intestinales. Pero no quería decírselo a nadie, ni siquiera a la negra que llevaba la casa y que le servía de madre y de nodriza. Recuperó gradualmente sus fuerzas. Luego, se escabulló de nuevo hasta el granero. Abrió el baúl, sacó de él la prenda, tocó el remiendo azul con aquel horror triunfante, con aquel gozo malsano, preguntándose si su padre había matado al hombre a quien había pertenecido la guerrera azul de donde venía el remiendo, preguntándose, con más horror todavía, cuáles eran la profundidad y la fuerza a la vez de su deseo y de su miedo de saber. Sin embargo, al día siguiente, cuando supo que su padre había ido a visitar a uno de sus enfermos en el campo y que no volvería hasta la noche, fue a la cocina y le dijo a la negra: «Háblame de mi abuelo. ¿Cuántos yanquis mató?» Y ahora, cuando escuchaba, ya no sentía terror. Ya ni siquiera se sentía triunfante: se sentía orgulloso.

Aquel abuelo era la única espina clavada en la vida del padre de Hightower. El hijo no habría dicho esto, ni lo habría pensado, ni tampoco se habrían deseado mutuamente un hijo distinto o un padre distinto. Vivían en unas relaciones bastante tranquilas. El hijo mostraba una reserva fría, sin alegría, automáticamente respetuosa, y el padre, un humor brusco, directo, toscamente abigarrado, al que no le faltaba ni intención ni agudeza. Vivían, pues, en buenos términos, dentro de lo que cabía, en la ciudad, en una casa de dos

pisos. Sin embargo, ya hacía algún tiempo que el hijo se negaba a comer, con calma y firmeza, los platos que preparaba la esclava negra que le había criado desde su nacimiento. Se hacía la comida él mismo, con gran indignación de la negra, y colocaba él mismo en la mesa lo que había guisado, y lo comía enfrente de su padre, que le saludaba ceremoniosamente e inevitablemente alzando ante su nariz un vaso de whisky, algo que el hijo no bebía nunca, que ni siquiera había probado.

El día de la boda de su hijo, el padre le entregó las llaves de la casa. Esperaba bajo el porche, con las llaves en la mano, cuando los recién casados llegaron. Llevaba puestos su sombrero y su abrigo. Sus efectos personales estaban amontonados a su alrededor y, tras él, aguardaban los dos esclavos que poseía: la negra que hacía la comida, y su boy, un hombre más viejo que él, que ya no tenía ni un pelo en la cabeza y que era el marido de la cocinera. El abuelo no era un plantador. Era abogado y había aprendido derecho de forma parecida a como su hijo iba a aprender un día la medicina, «a fuerza de voluntad y con la gracia y la fortuna del diablo», como él decía. Ya había comprado una casita a dos millas de allí en pleno campo. Su coche de dos caballos le esperaba delante del porche. Y él estaba allí plantado, con el sombrero sobre la nuca, las piernas separadas, vigoroso, brusco, y la nariz roja sobre un largo bigote de capitán de bandidos, mientras su hijo y su nuera; a la que nunca había visto, después de franquear la verja, se acercaban por el sendero. Cuando el viejo se inclinó para saludarla, la recién casada sintió un olor a whisky y a cigarrillos puros. «Creo que servirá usted», dijo él. Su mirada era áspera y cínica, pero afectuosa. «Al fin y al cabo, lo único que quiere este santurrón es alguien que pueda cantar el solo en esos himnos presbiterianos a los que ni el mismo Dios podría poner un poco de música.»

Y se alejó en su coche adornado con borlas, rodeado de todos los bienes que le pertenecían: sus efectos, su damajuana, sus esclavos.

La negra ni siquiera se quedó para prepararles la primera comida. Como no fue ofrecida, tampoco fue rechazada. El padre no volvería a entrar en la casa en el resto de su vida. Aunque habría sido muy bien acogido. El padre y el hijo lo sabían sin habérselo dicho nunca. Y la mujer (que formaba parte de los numerosos hijos de un matrimonio distinguido que no había prosperado nunca y que parecía encontrar en la iglesia una compensación de lo que les faltaba en la mesa del comedor), la mujer le quería, le admiraba, de un modo discreto, atento y silencioso. Admiraba su terquedad, su vanidad, su adherencia

simple a un simple código. Sin embargo, les llegaban noticias de lo que hacía, de que, por ejemplo, en el verano siguiente a su instalación en el campo, había interrumpido un mitin religioso al aire libre, en un bosque próximo, y lo había transformado en unas carreras de caballos que duraron ocho días. Ante un grupo de fieles que disminuía constantemente, unos apresurados predicadores de mirada fanática lanzaban anatemas, desde lo alto de sus púlpitos rústicos, sobre su mala cabeza. La razón por la que no iba nunca a ver a su hijo y a su nuera, era, según él, muy franca: «Os aburriría y vosotros me aburriríais a mí. Y además, ¿quién sabe? Es posible que ese santurrón me corrompiera, es posible que me corrompiera en mi vejez para mandarme al paraíso.» Pero ésa no era la verdadera razón. El hijo, que había sido el primero en rechazar esa calumnia si hubiese venido de cualquier otro, sabía que no era ésa la razón, sabía que el viejo tenía unos sentimientos delicados y que se comportaba delicadamente. El hijo ya era antiesclavista antes de la época en que esta opinión viniese del norte en forma de palabra. Sin embargo, cuando supo que los republicanos tenían una palabra para designar ese sentimiento, cambió el nombre de su convicción sin renunciar a ninguno de sus principios ni cambiar un ápice de su conducta. Por aquella época (aún no había cumplido los treinta años), era un hombre de una sobriedad espartana que no correspondía a su edad, como les suele suceder a los hijos de los que han usado con desenvoltura de la suerte y de la botella. A eso se debió, quizás, que no tuviera un hijo hasta que concluyó la guerra, de la que volvió muy transformado, «desinfectado» en cierto modo de su santidad, como habría dicho su difunto padre. A pesar de que, durante aquellos cuatro años, nunca disparó un tiro de fusil, no se conformó con rezar y predicar a las tropas todos los domingos por la mañana. Cuando volvió a casa, herido, y, después de curarse, se estableció como médico, no hizo más que poner en práctica la cirugía y la farmacia que había aplicado y aprendido en los cuerpos de sus amigos y enemigos cuando ayudaba a los médicos del frente. De todas las acciones de su hijo era ésta, sin ninguna duda, la que le habría complacido más a su padre: el hecho de que su hijo hubiera aprendido sólo una profesión, a costa de los invasores, de los devastadores de su país.

«Pero la santidad no es la palabra que más le conviene», piensa, a su vez, el hijo del hijo, sentado en la ventana oscura, mientras que, fuera de ella, el mundo está suspendido en esa espera verde, más allá de las trompetas agonizantes. «El mismo abuelo hubiese sido el primero en reprender a cualquiera que usara ese término.» Era, más bien, una

especie de retorno a los tiempos austeros y luminosos, no muy lejanos aún, en que un hombre de esta región tenía poco que despilfarrar y muy poco tiempo para hacerlo, los tiempos en que debía conservar y proteger ese poco, no solamente contra la naturaleza, sino también contra los hombres, y esto simplemente por una fuerza de carácter que, al menos mientras duró su vida, no ofrecía ninguna comodidad física como recompensa. De ahí provenía su desaprobación de la esclavitud y de su padre, libertino y ateo. El mero hecho de no haber visto ninguna paradoja en haber tomado parte activa en una guerra de guerrillas y justamente en el lado donde los principios se oponían diametralmente a los suyos, era bastante prueba de que había en él dos personalidades separadas y completas, una de las cuales evolucionaba siguiendo las tranquilas reglas de un mundo donde la realidad no existía. Pero, su otra personalidad, la que habitaba en nuestro mundo actual, se defendía igual, e incluso mejor, que la mayoría de la gente. Vivía en paz con sus principios y, cuando la guerra estalló, se los llevó consigo a la guerra y ajustó a ellos su conducta. Cuando se trataba de predicar el domingo en algún apacible bosque, lo hacía sin más instrumento que su buena voluntad, sus convicciones y lo que iba encontrando por el camino. Y cuando la guerra se perdió, cuando los demás regresaron a casa con los ojos obstinadamente vueltos hacia lo que no podían creer desaparecido, él miraba hacia delante, y sacó todo el partido que pudo de la derrota poniendo en práctica lo que en ella había aprendido. Y se hizo médico. Su mujer fue uno de sus primeros clientes. Posiblemente la mantuvo con vida. Por lo menos la puso en condiciones de crear vida, aunque él tenía cincuenta años y ella más de cuarenta cuando nació su hijo. El hijo que creció entre fantasmas y al lado de un espectro.

Los fantasmas eran su padre, su madre y una vieja negra. Su padre, que había sido pastor sin iglesia, soldado sin enemigos, y que, en la derrota, había combinado ambas cosas y se había convertido en médico, en cirujano. Algo así como si, con la convicción helada e inflexible que le mantenía en aquel estado, entre puritano y caballeresco por decirlo así, hubiese aumentado en sabiduría en lugar de dejarse abatir y desanimar. Algo así como si, a través del humo de los cañones, hubiese visto como en una aparición cuál era el sentido literal de la frase «imposición de manos». Algo así como si hubiese comenzado a creer bruscamente que Cristo había querido demostrarle que aquel que sólo necesita ser curado en su espíritu no merece la pena de que se le cure. Ese era el primer fantasma.

El segundo era su madre. La recordaba, en primer y último lugar,

como un rostro enjuto con unos ojos enormes y una mata de cabellos negros extendida sobre una almohada, y con unas manos azules, inmóviles, unas manos casi de esqueleto. Si el día en que murió su madre le hubiesen dicho a él que la había visto en cualquier otro sitio que no fuera la cama, no lo habría creído. Más tarde, sus recuerdos cambiaron. La recordó yendo y viniendo por la casa, ocupándose de las labores caseras. Pero a los ocho, a los nueve, a los diez años, la veía siempre sin piernas ni pies, simplemente con aquel rostro enjuto y aquellos dos ojos que cada día parecían hacerse más anchos, como en un deseo de abarcar todo lo que era posible ver, toda la vida, con una última y terrible mirada de frustración, de sufrimiento y de presentimiento. Y le parecía que, cuando aquello llegase, él lo oiría, y que sería como un sonido, como un llanto. Antes de que ella muriese ya sentía aquellos ojos a través de todas las paredes. Aquellos ojos eran la casa misma. El habitaba en ellos, en su sombrío y paciente renuevo de traición física que se esforzaba en abarcarlo todo. El y su madre vivían entre aquellas paredes, como dos bestezuelas débiles en una guarida, en una caverna, en donde, de cuando en cuando, entraba el padre, aquel hombre que no era nada suyo, un extraño, casi una amenaza. Porque la salud del cuerpo altera y transforma rápidamente el espíritu. El padre era más que un extraño: era un enemigo. Su olor era distinto del de ellos. Hablaba con una voz diferente, casi con palabras diferentes, como si normalmente viviese en un medio diferente, en un mundo diferente. Acurrucado en la cama, el niño sentía que aquel hombre, impotente y frustrado como ellos mismos, llenaba la habitación con su salud robusta, con su desprecio inconsciente.

El tercer fantasma era la negra, aquella esclava que, la mañana en que los recién casados llegaron, se había ido en el coche. Salió como esclava, y volvió, en 1866, también como esclava, pero esta vez a pie. Era una mujer gorda, con un rostro a la vez irascible y tranquilo; la máscara de una tragedia negra durante los entreactos. Después de la muerte de su amo, y hasta el día en que acabó creyendo que nunca más los volvería a ver, a él y a su marido -el boy que siguió a su amo a la guerra y que tampoco regresó-, la negra se negó a dejar la casa de campo donde su amo se había instalado y que dejó a su cargo cuando se fue. Después de la muerte del padre, el hijo fue a cerrar la casa y a llevarse los efectos personales de su padre. Ofreció a la negra cierta cantidad. La negra la rechazó y también se negó a marcharse. Vivió allí, sola, cultivando su pequeño huerto, esperando el regreso de su marido, porque seguía sin creer los rumores de su muerte. No eran

más que rumores, unos rumores vagos; después de la muerte de su amo, en la carga de caballería de Van Dorn para destruir los aprovisionamientos de Grant en Jefferson, el negro se mostró inconsolable. Una noche, se escapó del campamento. Y en seguida se comenzó a decir que un negro loco había sido detenido por un piquete de los confederados muy cerca del enemigo. El negro repetía siempre las mismas confusas historias. Su dueño, decía, había desaparecido, y los yanquis le tenían prisionero con la esperanza de obtener un rescate. Ni por un segundo pudieron meterle en la cabeza la idea de que tal vez había muerto. «No -decía el negro-. El amo Gail, no. El no. Nadie se atrevería a matar a un Hightower. Nadie se atrevería. Lo han escondido en algún sitio para conseguir lo que él y yo escondimos, la cafetera de la señora y la bandeja de oro. Eso es lo que ellos quieren.» Cada vez que le detenían, se escapaba. Después, cierto día, llegó una noticia del ejército federal, según la cual un negro había atacado a un oficial yanqui con una pala y el oficial, para salvar la vida, se vio obligado a matarlo.

La mujer se negó a creer eso durante mucho tiempo. «Es lo bastante animal para hacer eso -decía-. Pero si hubiese visto a un yanqui no hubiese sido lo bastante listo para reconocerlo y para atacarle con una pala.» Repitió esto durante más de un año. Después, un buen día, llegó a casa del hijo, a la casa que ella había dejado diez años antes y a la que no había vuelto nunca. Llevaba todo lo que le pertenecía envuelto en un pañuelo. Entró en la casa y dijo:

-Aquí estoy. ¡Tienen bastante leña en el arcén para que pueda hacer la cena?

-Ahora eres libre -dijo el hijo.

-¿Libre? dijo la negra; hablaba con un desprecio tranquilo y pensativo-. ¿Libre? ¿Para qué ha servido la libertad? ¿Para matar al amo Gail y para hacer a Pomp todavía más tonto de lo que el Señor le hizo? ¡Libre! ¡No me hablen de libertad!

Este era el tercer fantasma. Con este fantasma, el niño («poco más que un fantasma él también, por aquella época», piensa hoy aquel mismo niño, sentado en la ventana que se va borrando) hablaba del espectro. No se cansaban de hablar de él: el niño hechizado, entre asustado y extasiado, y la vieja llena de nostalgia, llena de un orgullo reflexivo y salvaje.

Para el niño, aquello sólo era un agradable estremecimiento de voluptuosidad. No se asustaba en absoluto al saber que su abuelo había matado a «centenares» de hombres, como le decían y como él creía; o que Pomp, el negro, había intentado matar a un hombre antes



de morir. No experimentaba el menor pánico, porque se trataba de unos espectros a los que no había visto nunca en carne y hueso, espectros heroicos, simples y cálidos. Por el contrario, su padre, a quien conocía y a quien temía, era un fantasma que no moriría nunca. «No sería extraño -piensa Hightower- que me hubiese saltado una generación. No sería extraño que yo no tuviera padre y que me hubiese muerto una noche, veinte años antes de haber visto la luz. No sería extraño que sólo pudiera salvarme yendo a morir al lugar donde mi vida ya había cesado antes de haber comenzado realmente.»

Durante su estancia en el seminario, desde que entró en él, imaginaba con frecuencia cómo se lo iba a decir a los miembros del consistorio, a los piadosos personajes que, en la cima de la jerarquía, presidían los destinos de la Iglesia a al cual él se había sometido voluntariamente. Cómo iría a verles y cómo se lo diría:

«Óiganme. Dios me va a llamar a Jefferson, porque es allí donde mi vida terminó, sobre la silla de un caballo al galope en una calle de Jefferson, veinte años antes del día de mi nacimiento.» Pensó en primer lugar que podría decirles esto. Creía que le comprenderían. Si había ido allí, si había elegido esta vocación era porque tenía este propósito en la mente. Pero también creía en algo más. Había creído también en la Iglesia, en todas sus ramificaciones y evocaciones. Creía, con un gozo apacible, que si en alguna parte existía un refugio, ese refugio no podía ser otro que la Iglesia; que, si alguna vez la verdad podía caminar, desnuda, sin vergüenza ni temor, sólo podía ser en el seminario.

Cuando estuvo persuadido de que tenía verdadera vocación, le pareció que ya podía ver su futura existencia, su vida intacta, completa e inviolable en todos sus lados, como un jarrón clásico y sereno donde el espíritu podría renacer al abrigo de las espantosas tormentas de la vida, renacer en la paz, oyendo el lejano rumor del viento, y morir así, no dejando más que un puñado de ceniza podrida de la que los hombres podrían disponer. Tal era, para él, el sentido de la palabra seminario: unas paredes tranquilas y seguras entre las cuales la mente estorbada, embarazada por sus vestiduras, podría recobrar la serenidad necesaria para contemplar, sin temor ni horror, su propia desnudez.

«Pero hay, en el cielo y en la tierra, muchas otras cosas además de la verdad.» Hightower parafrasea este pensamiento, tranquilamente, sin escepticismo ni humor, pero sin que tampoco se pudiera decir que el humor y el escepticismo estuvieran totalmente ausentes. Sentado a los resplandores agónicos del crepúsculo, con la cabeza vendada de

blanco, más grande, más fantasmal que nunca, Hightower piensa: «Muchas otras cosas, ciertamente», pensando cómo la ingenuidad había sido concedida al hombre para permitirle, en tiempos de crisis, que se diese a sí mismo unas formas y unos sonidos que le impidieran ver la verdad. Había, al menos, una cosa de la que nunca tendría que arrepentirse: nunca había cometido la falta de decir a los superiores lo que había tenido intención de decirles. Ni siquiera había tenido necesidad de vivir un año en el seminario para comprender la falta que habría cometido. Y algo más, algo bastante peor: al aprender esto, en lugar de perder algo, lo había ganado, había evitado algo. Y esa ganancia había iluminado la imagen misma y la forma del amor.

Su mujer era la hija de uno de los pastores, de uno de los profesores de su seminario. Igual que él, no tenía ni hermanos ni hermanas. Hightower creyó en seguida que era hermosa, pues oyó hablar de ella antes de haberla visto y, cuando la vio, no la vio realmente, porque se lo impidió el rostro que él le había puesto dentro de su mente. No podía creer que, habiendo vivido allí toda su vida, habría podido no ser bella. Durante tres años no vio su verdadero rostro. Para entonces, hacía ya dos años que utilizaban un árbol hueco para dejar las notas que uno y otro se escribían. Si él recordaba realmente este detalle, se figuraba que la idea les vino a ambos al mismo tiempo, sin preocuparse de saber quién lo había pensado, quién lo había dicho primero. En realidad, no era ni en ella ni en él donde estaba la idea, sino en un libro. Pero no veía su rostro. No veía el pequeño óvalo de mentón demasiado agudo, con una expresión de desencanto apasionado (ella tenía dos o tres años más que él y él no lo sabía, no iba a saberlo nunca). No vio nunca que, durante tres años, ella le miró con unos ojos llenos de una desesperación calculadora, como los de un jugador arruinado.

Después, una tarde, la vio, la miró. Ella habló súbitamente de matrimonio, con brusquedad, sin preámbulos, sin advertencias. Nunca lo habían mencionado antes. Hightower ni siquiera lo había pensado. No había pensado nunca la palabra. La aceptó porque la mayoría de los profesores estaban casados. Pero, para él, el matrimonio no era el hecho de que unos hombres y unas mujeres viviesen en una intimidad física santificada, sino un estado muerto perpetuado entre los vivos, dos sombras encadenadas juntas por la sombra de una cadena. Estaba acostumbrado a ello. Había sido educado por un experto. Luego, una tarde, ella comenzó a hablar, bruscamente, violentamente. Cuando al fin comprendió lo que ella entendía por «la evasión de su vida presente», no sintió la menor sorpresa. Era demasiado inocente:

-Evasión? -dijo-. ¿Evasión de qué?

-¡De esto! -dijo ella.

Fue entonces cuando él vio por primera vez su rostro como un rostro vivo, como una máscara del deseo y del odio, un rostro torturado, ciego, ardiente de pasión. No estúpido: ciego simplemente, audaz y desesperado.

-¡De esto! ¡De todo esto! ¡De todo! ¡De todo!

Hightower no se sorprendió. En seguida creyó que la mujer tenía razón y que él había dado pruebas de ignorancia. Creyó en seguida que la opinión que siempre había tenido del seminario era falsa desde el principio. No seriamente falsa, sino inexacta, incorrecta. Quizás había comenzado a dudar sin darse cuenta. Quizás fuera ésa la causa de que no les dijese nunca que tenía que ir a Jefferson. Se lo había dicho a ella, un año antes, le había dicho por qué deseaba ir allí, por qué tenía que ir. Le había dicho que tenía la intención de darle la razón. Y ella lo miraba con aquellos ojos que él no había visto nunca todavía.

-Crees que me destinarán allí? -dijo-. ¿Que se las arreglarán para que vaya allí? ¿Que esa razón será suficiente?

-Claro que no -dijo ella.

-¿Pero por qué? Es la verdad. Tal vez sea estúpido, pero es la verdad. ¿Y para qué sirve la Iglesia sino para ayudar a los que, aunque sean estúpidos, buscan la verdad?

-¡Oh! Yo, en el lugar de ellos, tampoco te dejaría ir si sólo me dices esa razón.

-¡Ah! -dijo-. Ya comprendo.

Pero no lo comprendía exactamente, aunque creyese que se había equivocado y que era ella quien tenía razón. Por eso cuando, al año siguiente, ella le habló repentinamente de matrimonio, de evasión, empleando esas mismas palabras, Hightower ni se sorprendió ni se sintió herido. Se conformó con pensar, tranquilamente: «Entonces, el amor es eso. Ya entiendo. Otro punto en el que me equivocaba», pensando, como ya había pensado, como pensaría después, como todos los hombres han pensado: qué falso puede ser el más profundo de todos los libros cuando se pretende aplicarlo a la vida.

Hightower cambió por completo. Decidieron casarse. Él sabía ahora que siempre había visto en sus ojos aquella expresión calculadora, desesperada. «Quizás tienen razón cuando introducen el amor en los libros -pensaba él serenamente-. Quizás no puede vivir en otra parte.» Seguían desesperados, pero, ahora, también había unos proyectos definidos, una fecha fijada. Era una desesperación tranquila, casi totalmente calculada. Ahora hablaba de su ordenación, del modo en

que podría conseguir que le enviaran a Jefferson. «Sería mejor que nos pusiésemos a trabajar en seguida», dijo ella. Y él le dijo que estaba trabajando en eso desde que tenía cuatro años; quizás había en esa respuesta un grano de humor, de sarcasmo. Y ella desdeñó todo aquello con su seriedad reprimida, apasionada, que era casi una falta de atención, y habló, como si se hablase a sí misma, de hombres, de personas que había que ver, que había que amenazar, o ante las cuales había que rebajarse. Le esbozó todo un plan de campaña, lleno de humillación y de intrigas.

Hightower la escuchaba. Y conservaba constantemente en su cara una sonrisa leve, traviesa, irónica, tal vez desesperada. Y, mientras ella hablaba, él decía: «Sí. Sí. Entiendo. Ya comprendo.» Como si hubiese dicho: *Si, ya veo. Ahora veo. Esa es la regla. Ahora lo veo*

Al principio, después que su demagogia, su envilecimiento, sus mentiras leves se reflejaron en otras pequeñas mentiras, en amenazas finales en forma de solicitudes, de sugerencias a los grandes jefes de la Iglesia; después de haber obtenido al fin la plaza de Jefferson, Hightower olvidó, durante algún tiempo, cómo había llegado allí. No lo recordó hasta después de haberse instalado en Jefferson. No lo recordó, ciertamente, cuando, en su última etapa, el tren le conducía hacia la consumación de su vida a través de una campiña muy semejante a aquella en la que había nacido. Pero el paisaje le parecía diferente. Por lo demás, sabía que la diferencia no estaba en el interior, sino en el exterior del vagón, contra cuyo cristal apretaba su cara como un niño, mientras que, junto a él, su mujer también tenía algo intenso en el rostro, algo que participaba a un tiempo de la desesperación y de la avidez. No hacía aún seis meses que se habían casado. Se casaron en cuanto él salió del seminario. Desde entonces, Hightower no había visto nunca en el rostro de su mujer la desesperación desnuda. Pero tampoco había vuelto a ver en él ningún signo de pasión. Y de nuevo pensaba tranquilamente, sin demasiada sorpresa y quizás sin sentir dolor: *Ya veo. El matrimonio es esto. Si Ahora lo veo.*

El tren avanzaba velozmente. Apoyado en el cristal, Hightower contemplaba la huida del paisaje y hablaba con la voz clara, feliz, de un niño:

-Habría podido venir mucho antes a Jefferson, cuando hubiese querido. Pero no lo hice. Podría haber venido cuando hubiese querido. Pero hay una diferencia, ya lo sabes, entre el azar civil y el azar militar. ¿El azar militar? Ah, era el azar de la desesperación. Un

puñado de hombres (mi abuelo no era oficial: creo que éste era el único punto en el que mi padre y la vieja Cinthy no se pusieron nunca de acuerdo: en que mi abuelo no llevaba espada, en que galopaba sin blandir la espada al frente de la tropa), un puñado de hombres realizando, con una macabra ligereza de colegiales, una travesura tan locamente audaz que los soldados que tenían enfrente desde hacía cuatro años no podían creer que se hubieran atrevido a hacerla. Galopar a lo largo de cien millas a través de un país donde cada bosquecillo, cada aldea, era un campamento yanqui, para penetrar en una ciudad ocupada por toda una guarnición... Conozco exactamente la calle por donde entraron y salieron. No la he visto nunca, pero sé exactamente el aspecto que tiene. Sé exactamente cómo será la casa que nosotros tendremos un día y donde viviremos. En aquella calle. Tendremos que esperar un poco. Tendremos que vivir primero en la casa rectoral. Pero pronto, en cuanto podamos, estaremos allí, mirando por la ventana, y podremos ver la calle, y quizás también la huella de los cascos, o su forma en el aire, porque aunque el polvo y el barro hayan cambiado, el aire será siempre el mismo.

Hambrientos, flacos, vociferantes, prendieron fuego a los almacenes de vituallas de toda una compañía minuciosamente planeada; y se alejaron en seguida al galope. No saquearon nada, no se detuvieron ni un momento para coger unos zapatos o tabaco. Créeme, no eran hombres que buscasen el botín o la gloria; eran muchachos que galopaban sobre la simple, la formidable ola de una existencia desesperada. Muchachos, casi niños, simplemente. Y eso es hermoso. Escucha. Trata de comprenderlo. En ello se plasma la bella forma de la juventud eterna, del deseo virginal que hace a los héroes. Y eso hace que los actos de los héroes estén tan próximos a lo increíble que no es extraño que esos actos surjan a veces como el fogonazo de los cañones en medio del humo, y que, en el instante en que acontecen, sin dar tiempo a respirar, se conviertan en un rumor de mil rostros, porque si no fuese así, la paradójica verdad estaría en contradicción consigo misma. Lo que me contó Cinthy fue esto. Y yo lo creo. Lo sé. Es demasiado hermoso, demasiado sencillo, para haber sido inventado por el cerebro de un blanco. Un negro sí que podría inventarlo. Y si Cinthy lo inventó, yo seguiría creyéndolo. Porque no hay otro hecho que resista la comparación. No sé si el escuadrón de mi abuelo se había extraviado o no. Yo no lo creo. Creo que lo hicieron deliberadamente, como niños que, tras prender fuego a la granja de un enemigo sin robar ni una tabla ni la tranca de una puerta, podrían interrumpir su huida para hurtar algunas manzanas en casa del vecino,

en casa de un amigo. Ten en cuenta que tenían hambre. Tenían hambre desde hacía tres años. Tal vez se habían acostumbrado a ella. Sea como fuere, acababan de prender fuego a toneladas de víveres, de ropas, de tabaco y de alcohol, y no cogieron nada, aunque nadie les hubiera estorbado en el pillaje, y salieron de nuevo dejándolo todo atrás, como telón de fondo: la consternación, la conflagración. Hasta el cielo debía de estar ardiendo. Puedes imaginar aquello, puedes oírlo: los clamores, los disparos, los gritos de triunfo y de terror, el redoble de los cascos, los árboles recortándose sobre el resplandor rojo, como inmovilizados también por el pánico; los tejados puntiagudos de las casas, que parecían la arista dentada de la tierra en su última explosión. Imagínate ahora un lugar cercado: puedes sentir, oír, en la oscuridad, los caballos que se detienen bruscamente, con las cabezas bajas; el tintineo de las armas; los murmullos demasiado ruidosos; las respiraciones jadeantes, las voces que siguen siendo de triunfo, y, detrás de ellos, el resto de la tropa galopando hacia donde los clarines les llaman. Para comprenderlo tienes que oír, sentir, ver, antes de los disparos y el rojo resplandor del incendio, los caballos estriados de sudor moviendo las cabezas con los ojos desorbitados y los ollares temblorosos. Tienes que ver los relámpagos de metal, los rostros pálidos, descarnados, de espantajos vivientes que ya no recuerdan cuándo fue la última vez que comieron a placer. Quizás algunos de ellos han desmontado ya. Quizás uno o dos han entrado en el gallinero. Todo esto debes verlo antes de que suene el disparo. Después todo se vuelve negro. Un tiro de escopeta. Uno solo. Y naturalmente, decía Cinthy, él tenía que encontrarse allí, tenían que darle a él, precisamente. A punto de robar unas gallinas. Un hombre de su edad, con un hijo casado, haciendo la guerra para matar yanquis y muerto en un gallinero ajeno con la mano llena de plumas. ¡Robando gallinas!»

Hightower hablaba con una voz aguda, exaltada, con una voz de niño. Su mujer comenzó a tirarle del brazo.

-¡Shhhhh! ¡Shhhhhhh! ¡La gente nos mira!

Pero él no pareció entenderla. Una especie de resplandor parecía irradiar de su fino rostro enfermo, de sus ojos.

-Así fue. Nunca se supo quién disparó la escopeta. Nunca lo supieron. Ni intentaron saberlo. Tal vez fue una mujer. Probablemente la mujer de algún soldado confederado. Prefiero creerlo así. Así es más hermoso. A cualquier soldado le puede matar un enemigo en el ardor de una batalla, con un arma aprobada por los árbitros y los autores de los códigos de guerra. O por una mujer, en una alcoba. ¡Pero con una

carabina, con una escopeta de caza, en un gallinero! ¿Cómo puede asombrarnos que este mundo esté habitado principalmente por los muertos? Seguramente, cuando Dios contempla a sus sucesores, no puede lamentar el hacernos partícipes de sus bienes.

-¡Shhhhhh! ¡Shhhhhhhh! ¡La gente nos está mirando!

Después, el tren aminoró la marcha antes de llegar a la ciudad. Los míseros suburbios desfilaron por las ventanillas y desaparecieron. Hightower, enjuto, un poco descuidado, seguía mirando por el cristal, todavía con un poco del resplandor ardiente de su primer destino, de su vocación. Apaciblemente, envolvía, encerraba, protegía su corazón ansioso, pensando con calma que, sin duda alguna, el cielo tenía que tener algo del color y de la forma del pueblo, de la colina, de la casa, de esas cosas de las que el creyente puede decir: esto es mío. El tren se detuvo. Entonces vino la marcha lenta a lo largo del pasillo, interrumpida a veces para mirar por las ventanillas. Luego, el descenso al andén, entre caras serias, formales, dignísimas; y las voces, los murmullos, las frases entrecortadas, amables, pero siempre a la defensiva, frases que se niegan a dar y que (hay que decirlo) tratan de hacer daño. «He admitido eso -piensa Hightower-. Creo que lo he aceptado. Tal vez es lo único que he hecho. Dios me perdone.»

La tierra ya es casi invisible. Falta muy poco para que sea de noche. Su cabeza, deformada por el vendaje, no tiene ni volumen ni consistencia. Está inmóvil, parece suspendida sobre los pálidos bulbos gemelos que son sus manos, apoyadas en el borde de la ventana abierta. Hightower se inclina. Ahora puede sentir que los instantes van a entrar en contacto: el que resume toda su vida, el que se renueva cada día entre el crepúsculo y la oscura noche, y el minuto en suspenso de donde saldrá ahora el *pronto*. Cuando era más joven, cuando su red era todavía demasiado fina para que pudiese esperar ese momento, a veces sucedía que se engañaba a sí mismo y que creía oírlos antes de saber que había llegado el momento.

«Tal vez es lo único que he hecho, nunca he podido hacer otra cosa», piensa Hightower recordando los rostros: rostros de viejos naturalmente dubitativos, que veían su juventud, celosos de la iglesia que ponían en sus manos, algo así como un padre que entrega a una novia; rostros de viejos impregnados de aquella acumulación pura y simple de frustración y de duda que es, con tanta frecuencia, el reverso del cuadro que ofrecen los años robustos y respetados de la madurez (reverso, por otra parte, que el tema y propietario del cuadro está obligado a mirar sin que pueda evitarlo). «Han representado su papel -piensa-. Han observado las reglas. Soy yo quien las ha

infringido, el que ha fracasado. Quizá sea ése el mayor pecado contra la sociedad, el más grave pecado, tal vez, contra la moral.» Sus pensamientos fluyen, tranquilos, apacibles. Se deslizan, adquieren forma, mansamente, sin ningún matiz de reivindicación, ni de reproche, ni de pesar siquiera. Se ve a sí mismo como una sombra entre sombras, paradójico, lleno de una especie de optimismo y de egoísmo falsos, creyendo encontrar en aquella parte de la Iglesia que más errores comete (ya despierto de su sueño, rodeado de las pasiones ciegas de los hombres, de sus voces, de sus manos tendidas) lo que no había podido encontrar en el claustro, apoteosis de la Iglesia en este mundo. Le parece que siempre ha visto eso: que lo que destruye a la Iglesia no es el esfuerzo de los que tratan a tientas de entrar en ella o de salir de ella, sino los profesionales que la controlan y que han quitado las campanas de los campanarios. Le parece ver los campanarios, innumerables, desordenados, vacíos, simbólicos, helados, apuntando hacia el cielo, no en señal de éxtasis ni de pasión, sino de abjuración, de amenaza, de maldición. Le parece ver todas las iglesias del mundo como una muralla, como una de esas barricadas de la Edad Media, erizadas de estacas, muertas y puntiagudas; como una muralla alzada contra la verdad y contra esa paz, tan abierta al pecado como al perdón, que es la vida del hombre.

«Y yo he aceptado eso -piensa-, he asentido a eso. No. He hecho algo peor: me he servido de ello. Me he servido de ello empleándolo para satisfacer mi propio deseo. He venido aquí donde unos rostros desconcertados, ansiosos, ávidos, me esperaban, esperaban la fe. Y no los vi. Donde unas manos se tendían hacia lo que ellas creían que les traía yo. Y no las vi. Yo traía conmigo una sola fe, tal vez la primera fe del hombre. Lo había aceptado de buen grado y ante Dios. A esta fe, a esta promesa, le concedía tan poco valor, que no sabía siquiera que lo había aceptado. Y, si eso fue todo lo que hice por mi mujer, ¿qué podía esperar yo? ¿Qué habría podido esperar, si no la desgracia, la desesperación y el rostro de Dios desviando de mí los ojos, cubierto de vergüenza? Quizás en el momento en que le revelé, no solamente la intensidad de mi ansia, sino también el hecho de que ella nunca, nunca, podría ayudarme a calmarla, quizá en aquel momento me convertí en su seductor, en su asesino, en autor e instrumento de su deshonra y de su muerte. Después de todo, tiene que haber muchas cosas de las que Dios no puede ser considerado responsable y de las que el hombre no podría acusarle. Tiene que haberlas.» Ahora, sus pensamientos van más lentos; lentos como una rueda que comienza a rodar por la arena sin que el eje, el vehículo, el agente motor se den cuenta de ello



todavía.

Y le parece que se contempla a sí mismo entre unas caras, siempre encerrado, cercado en medio de esas caras, como si se contemplase a sí mismo en su púlpito desde el fondo de la iglesia o como un pez en un bocal. Y más que eso: los rostros le parecen espejos en los que se ve a sí mismo. Los conoce todos. Puede leer en ellos sus propios actos. Le parece ver reflejada en ellos una silueta de comediante, una silueta gesticulante y un tanto absurda: un charlatán que predica algo peor que una herejía, sin la menor consideración para aquellos a quienes ha usurpado el escenario, ofreciendo, en lugar del símbolo crucificado de misericordia y de amor, un bravucón desatado y jactancioso, muerto de un tiro de carabina en un pacífico gallinero, durante una pausa temporal de su propio oficio de matar. La rueda de los pensamientos va más lenta; el eje lo sabe ya, pero el vehículo no se ha dado cuenta todavía.

Ve cómo los rostros que le rodean reflejan el asombro, la perplejidad, y después la indignación, y después el miedo, como si viesen tras él, más allá de sus extravagantes jugueteos, el supremo y final Rostro, mirándole desde lo Alto sin que él lo advierta, frío y terrible en su indiferencia omnisciente. Y él sabe que ven más que eso: sabe que ven esa fe de la que él se ha mostrado indigno y que ahora es empleada para su castigo. Y le parece que habla con el Rostro: «Tal vez he aceptado más de lo que podía hacer. Pero, ¿es eso un crimen? ¿He de ser castigado por eso? ¿He de ser responsable de lo que estaba más allá de mis fuerzas?» Y el Rostro: «No la tomaste por esposa para realizar eso. La tomaste como un medio de satisfacer tu propio egoísmo. Como un instrumento para que te destinaran a Jefferson. No para cumplir mis fines, sino para cumplir los tuyos.»

¿Es verdad eso? -piensa-. ¿Es que eso ha podido ser verdad?» y se ve a sí mismo en el momento en que el deshonor llegó. Recuerda aquella cosa que había presentido antes de que sucediese y que había expulsado de su pensamiento. Se veía a sí mismo ofreciéndose como prenda de paz, de valor, de resignación y de dignidad, haciendo creer que renunciaba a su sacerdocio como un mártir, cuando, en aquel mismo instante, sentía en su interior un estremecimiento, un impulso triunfante de denegación bajo un rostro que le había traicionado detrás del salterio con que creía ocultarlo del fotógrafo que apretaba el obturador en aquel momento.

Y le parece verse a sí mismo atento, paciente, hábil, jugando bien las cartas, haciendo ver que se le forzaba a realizar, sin quejarse, lo que aún no reconocía como su único deseo desde el día en que entró en el

seminario. Y siguió ofreciendo sus prendas de paz como si arrojara fruta podrida a una manada de cerdos: la escasa renta de su padre que siguió compartiendo con la institución de Memphis, la resignación con que dejaba que le persiguieran, que le sacaran de noche de su cama, que lo arrastraran por el bosque y le dieran de bastonazos, soportando todo esto ante los ojos y los oídos de la ciudad, sin vergüenza, con el narcisismo paciente y voluptuoso de los mártires, con su aire y su continencia, con el *Hasta cuándo, oh Señor*, hasta el momento en que una vez en casa, y después de cerrar la puerta, se quitaba su máscara con una exaltación triunfante: *¡Ah! Ya está hecho. Ahora ya ha pasado. Ya está comprado y pagado.*

«Pero entonces era joven -piensa-. También yo tenía que hacer, no lo que podía, sino lo que sabía.» Sus pensamientos, ahora, ruedan demasiado pesadamente; debería saberlo, sentirlo. Sin embargo, ignora lo que se aproxima. «Al fin y al cabo he pagado. He comprado mi espectro, aunque haya tenido que pagarlo con mi vida. ¿Y quién podía impedírmelo? Todo hombre tiene el privilegio de destruirse a sí mismo siempre que no haga daño a nadie, siempre que viva para sí mismo y de sí mismo...» Y se detiene bruscamente. Inmóvil, conteniendo la respiración, es presa de una consternación muy cercana al horror. Ahora tiene conciencia de la arena y esta comprobación le da la sensación de que algo se acumula dentro de él como si se preparase para un formidable esfuerzo. Ahora, la progresión sigue siendo progresión. Y, sin embargo, no es posible separarla del pasado reciente. Es como si las pulgadas de arena que ya ha atravesado se pegasen a la rueda en rotación, y como si después volvieran a caer, con un rumor leve y seco que tendría que haber advertido antes. «...Revelé a mi mujer mi ansiedad, mi verdadera naturaleza... instrumento de su desesperación y su deshonra...» Y sin que haya pensado en ello, parece surgir bajo su cráneo, detrás de sus ojos, esta frase: *No quiero pensar en eso. No debo pensar en eso. No me atrevo a pensar en eso* Sentado ante la ventana, apoyado en sus manos inmóviles, siente que el sudor mana de él, brota de él como si fuese sangre y chorra. En ese instante, lenta, implacable, como un instrumento de tortura medieval, la rueda enarenada de sus pensamientos gira bajo las juntas desprendidas y retorcidas de su mente, de su vida: «Entonces, si eso es así, si soy el instrumento de su desesperación y de su muerte, soy también el instrumento de alguien que está fuera de mí mismo. Y sé que, durante cincuenta años, ni siquiera he sido arcilla, no he sido más que un instante de tinieblas en el cual galopó un caballo y disparó una escopeta. Y si yo soy mi

abuelo muerto en el instante mismo de su muerte, entonces mi mujer, la mujer de su nieto... el seductor y el asesino de la mujer de mi nieto, puesto que no podía dejar que viviera ese nieto, ni dejar que muriese ese nieto...»

La rueda, ya liberada, parece acelerar su movimiento con un largo sonido suspirante. Hightower está sentado, inmóvil en un nuevo remozamiento, refrescado por el sudor, por el sudor que mana, mana. Y la rueda gira. Ahora va veloz y suavemente, porque se ha liberado de todo su peso, vehículo, eje, todo. En la luz de agosto rezagada que la noche está a punto de invadir, la rueda parece engendrar un resplandor pálido, envolverse en él como en un halo. El halo está lleno de rostros. Los rostros no están moldeados por el sufrimiento. No están moldeados por nada: ni por el horror, ni por el dolor. Ni siquiera por el reproche. Son apacibles, como si acabasen de escaparse de una apoteosis. Entre ellos está su propio rostro. En realidad, todos se parecen un poco, están formados con todos los rostros que Hightower ha conocido. Pero puede distinguir a unos y a otros: el rostro de su mujer, los de las gentes de la ciudad, los de los miembros de su parroquia que han renegado de él, los de los que le esperaban en la estación el día de su llegada, ávidos y ansiosos; el de Byron Bunch; el de la mujer con su niño; y el de aquel hombre que se llamaba Christmas. Sólo este rostro no está claro. Es más confuso que los otros, como en el trabajo, más sosegado ahora, de una composición más reciente y más inextricable. Hightower descubre entonces que son dos rostros que parecen luchar (no porque luchen o deseen luchar por sí mismos, él lo sabe, sino a causa del movimiento, del deso de la rueda) para liberarse uno de otro, para esfumarse y conformarse de nuevo. Pero acaba de ver otro rostro, el que no es Christmas. «¡Cómo -piensa- ... pero... pero, si yo lo he visto recientemente... Pero si es ese ...ese muchacho. Ese muchacho del revólver negro, automático o como se diga. Ese que... en la cocina donde... muerto. El que tiró...» Después, le parece que se escapa de él, que mana de él una última ola hasta entonces represada. Parece observarla. Siente que pierde su contacto con la tierra, que se vuelve más leve, más ingrávido, que se vacía, que flota. «Me muero -piensa-. Debería rezar. Debería intentar rezar.» Pero no lo hace. No lo intenta: «Entonces, que en el aire y en los cielos resuene el llanto perdido y desdeñado de los que han vivido y siguen gimiendo como niños perdidos entre las estrellas frías y terribles... Yo pedía tan poco...Deseaba tan poco... Se diría que...» La rueda gira. Gira de nuevo, extinguiéndose ahora, borrándose sin

avanzar, como empujada por aquel último torrente que ha salido de él, dejando su cuerpo vacío, más liviano que una hoja olvidada, más inútil que un residuo de polvo, caído, extenuado, tranquilo sobre el marco de la ventana, inconsistente bajo unas manos sin peso. Y eso puede llegar ahora, ahora. Ahora.

Parece como si sólo hubiesen esperado el instante en que algo le hiciera alentar de nuevo, le hiciera hallar de nuevo algo que reafirman su triunfo y su deseo, con los últimos restos de honor, de orgullo y de vida. Sobre su corazón oye que el trueno aumenta, innumerable, resonante. Comienza como un largo suspiro de viento entre los árboles y luego pasan ellos, conducidos ahora por una nube de polvo fantasmal. Blandiendo sus armas, azotados por las cintas que flotan en sus lanzas inclinadas y ardientes. Pasan en torbellino, encorvados hacia delante sobre sus monturas. En medio del tumulto y de los alaridos mudos, pasan como una ola cuya cresta, igual que el cráter del mundo en explosión, parece dentada por las cabezas salvajes de los caballos y por las armas que blanden los hombres. Giran en torbellino y desaparecen. El polvo se eleva, aspirado hacia el cielo, se borra en la noche que ahora ya es total. Y sin embargo, inclinado sobre la ventana, con su vendada cabeza enorme y sin volumen encima de los bulbos gemelos de sus manos apoyadas, Hightower tiene la impresión de oírlos todavía: los clarines salvajes, el choque de los sables y el trueno agonizante de los cascos de los caballos.

## 21.

En la zona este del estado vive un mueblista que recientemente había hecho un viaje a Tennessee para hacerse cargo de algunos viejos muebles que había comprado por correspondencia. Hizo el viaje en su camión. era un camión nuevo, cerrado, con una puerta detrás; y, como el mueblista no pensaba hacer más de quince millas por hora, se había llevado consigo, para ahorrarse los gastos de hotel, un material completo de campamento. Al volver a casa, le contó a su mujer una aventura que había tenido en la carretera, aventura que debía de haberle interesado mucho, puesto que la consideraba lo suficientemente divertida para ser relatada. Si la encontraba interesante y si pensaba divertir a los demás al contársela era porque, tanto su mujer como él, todavía eran jóvenes, sin contar con que había estado más de ocho días ausente a consecuencia de la moderada marcha que había considerado prudente adoptar. La historia se refería a dos personas que encontró en la carretera y a los

que llevó como pasajeros. El mueblista nombró la ciudad, en el estado de Mississippi, un poco antes de entrar en el de Tennessee:

-Había decidido poner gasolina y estaba aminorando la marcha al llegar al surtidor, cuando advertí a aquella muchacha, que parecía muy joven y de buen ver y que estaba de pie en una esquina como si esperase que se detuviera alguien que se ofreciera a llevarla. Tenía algo en los brazos. En principio no pude ver lo que era y hasta que se me acercó para hablarme no me di cuenta de que un hombre estaba con ella. Comencé a pensar que, si no lo había visto antes, era porque no estaba junto a ella. Y luego me di cuenta que era de esa clase de individuos a los que no se les ve a primera vista, aunque estén solos en el fondo de una piscina de cemento vacía.

«Cuando se me acercó el individuo, yo le dije de golpe: "No voy a Memphis, si es eso lo que quieren. Voy más allá de Jackson, en Tennessee." Y él dijo: "Me parece muy bien. Es justamente lo que necesitamos. Nos haría usted un gran favor."

»-¿A dónde quieren ir?

»Y él me miraba como mira un tipo que no está acostumbrado a mentir y que intenta inventar rápidamente algo, aún sabiendo que no le van a creer.

»-¿Quieren echar una ojeada al panorama? -dije yo.

»-Sí -dijo él-. Eso es. Vamos viajando. No importa el sitio a donde nos lleve. Nos hará un gran favor.

»Entonces les dije que subieran. "Supongo que no me robarán ni me asesinarán." El individuo fue en busca de la muchacha y regresó. Entonces vi que lo que llevaba la muchacha era un niño, un pequeño que no tenía ni un año. El se preparaba a ayudarla a subir a la trasera del camión cuando yo le dije: "¿Por qué no vienen ustedes aquí delante?" Y ellos discutieron un poco y después fue ella la que vino a sentarse a mi lado. Y él volvió al surtidor y trajo de allí una de esas maletas de cartón que imitan la piel, la echó dentro del camión y después trepó él. Y nos pusimos en marcha, con la muchacha en el asiento delantero. Llevaba al niño en los brazos y se volvía de vez en cuando para ver si el hombre se había caído o algo así.

»Al principio creí que eran marido y mujer. Y no me preocupé mucho más de ellos, excepto cuando me pregunté cómo una muchacha tan joven y tan bien hecha había podido aceptar a un tipo como aquél. Y no es que él tuviera nada malo. Tenía aspecto de buena persona, uno de esos individuos que están mucho tiempo en el mismo puesto de trabajo y que trabajan en el mismo oficio durante mucho tiempo sin fastidiar a los demás pidiéndoles aumentos, y que siguen trabajando

allí mientras les dejan. De eso tenía aspecto. Menos en el trabajo, parecía un objeto cualquiera. No era fácil imaginar que nadie, que ninguna mujer se acostara con él y menos aún que tuviese pruebas de que se había acostado.»

¿No te da vergüenza hablar así delante de una dama? le dijo su mujer. Estaban charlando en la oscuridad.

*De todas maneras, no puedo ver si te pones colorada* dijo él. Y luego continuó:

«-No me di cuenta de nada hasta el momento en que tuvimos que acampar. Ella estaba sentada a mi lado, en el asiento, y yo le hablaba como hubiera hecho cualquiera, y, al cabo de un rato, se puso a contarme que venían de Alabama. Ella decía siempre: "Hemos venido", y entonces yo creí que se refería a ella y al individuo que estaba detrás del camión. Me dijo que ya hacía ocho semanas que caminaban. "Si no me equivoco, no hace ocho semanas que ha tenido usted a ese chiquillo." Y ella me dijo que había nacido hacía tres semanas, en Jefferson. Entonces yo le dije: "Ah. En esa ciudad en donde han linchado a un negro. Estaría usted allí en aquel momento." Entonces ella se calló. Como si él le hubiese dicho que no hablase. Y yo sabía que era eso. Entonces continuamos, y, cuando llegó la noche, dije: "Pronto llegaremos a una ciudad. Yo no dormiré allí. Pero si ustedes quieren continuar conmigo mañana, iré a buscarles al hotel a eso de las seis." Y ella se quedó en silencio, como si esperase que hablase él. Y al cabo de un rato, él dijo:

»-¿Es una ciudad grande?

»-No lo sé.-dijo yo-. Pero no dejará de haber una pensión o algo parecido.

»-Me estaba preguntando si no habría un campamento de turistas por casualidad -dijo él. »Yo no contesté nada y el hombre continuó:

»-Con tiendas para alquilar. Los hoteles son caros y, para personas que todavía tienen mucho camino que andar...

»Todavía no me habían dicho a dónde iban. Era como si no lo supiesen ellos mismos, como si esperasen a ver hasta donde podrían llegar. Pero entonces yo no sabía eso. Pero sí sabía lo que él esperaba que dijese y sabía también que no se atrevería a preguntármelo directamente. Como si esperase que yo lo dijese si ésa era la voluntad del Señor, o como si estuviera dispuesto a pagar tres dólares por una habitación si el Señor había decidido que fuesen a un hotel. Entonces, yo dije:

La noche está templada. Si ustedes no tienen demasiado miedo a los mosquitos y si no les importa dormir sobre las tablas del camión...

»-Claro que no. Eso sería magnífico. Si usted fuese tan amable que la

dejase...

»Entonces noté que había dicho *la*. Y noté también que tenía un aspecto extraño, como si estuviese incómodo. Como cuando un hombre se ha decidido a hacer lo que quiere hacer, pero tiene miedo a hacerlo. Y no quiero decir que pareciese atemorizado por lo que podría sucederle si lo hacía, pero era como si hubiese preferido morir sólo de pensar en hacerlo sin haber probado desesperadamente todas las demás posibilidades. Esto era antes de que yo lo supiese. En aquel momento yo no tenía ni idea de lo que podría ser aquello. Y, a no ser por lo que ocurrió aquella noche, probablemente seguiría sin saber nada cuando me dejaron en Jackson.»

*¿Qué es lo que quería hacer?* preguntó la mujer.

*Espera un poco. A ver si consigo que lo comprendas tú también* Y el hombre continuó:

«Así que nos detuvimos delante del almacén. El hombre ni siquiera esperó a que el camión se detuviera para saltar al suelo. Como si hubiese tenido miedo de que yo me adelantase. Y tenía una cara radiante, como un niño que trata de hacer algo por uno antes de que uno tenga tiempo de cambiar de opinión sobre algo que uno ha prometido hacer por él. Y entró al trote en el almacén, y salió de él con tal cantidad de paquetes y de bolsas que casi no se le veía. Y yo me dije a mí mismo: "Vaya, este individuo ha decidido instalarse para siempre en el camión y está trayendo todo lo necesario." Luego seguimos adelante y en seguida llegamos a un lugar en el que pude salir de la carretera y aparcar el camión bajo unos árboles. Entonces, el hombre saltó al suelo y corrió a ayudarla a bajar del camión con su mocosito, como si corriese peligro de romperse, como si fuesen huevos o cristal. Y él seguía teniendo la misma expresión en la cara, aquel aspecto de haberse decidido a hacer algo a lo que le empujaba la desesperación, suponiendo que ni ella ni yo se lo impidiésemos, suponiendo también que ella no viese en su cara que se trataba de desesperación. Pero yo, entonces, todavía no sabía de qué se trataba.»

*¿Qué era?* dijo la mujer.

*Ya te lo he dejado entrever una vez. ¿No quieres que lo vuelva a intentar?*

*No me importa que lo hagas. Pero no le vea la gracia. ¿Por qué tardaba tanto y estaba tan preocupado?*

*Es que no estaban casados* dijo el marido. *Y el niño ni siquiera era de él. Sólo eso, pero yo todavía no lo sabía. No lo supe hasta después cuando aquella noche les oí hablar junto al fuego. Supongo que sin*

*darse cuenta de que yo podía oírles. Antes de que el hombre hubiera llegada al límite de la desesperación. Sin embargo, yo creo que estaba bastante desanimado. Supongo que quería darle una última oportunidad* Y continuó:

«Así que estaba allí, agitándose mucho, preparando el campamento, agitándose tanto que me impacientaba con su manía de querer hacerlo todo sin saber por dónde empezar. Entonces yo le dije que fuese a recoger leña para encender el fuego, y yo cogí mis mantas y las extendí en el camión. No estaba demasiado contento de mí mismo, de haberme metido en aquel lío. Ya estaba viendo que tendría que dormir en el suelo, con los pies junto al fuego, sin ponerme nada encima. Así que me parece que estaba bastante seco y huraño mientras hacía todos aquellos preparativos. La muchacha estaba recostada en un árbol, dando de comer al niño por debajo de su chal, y no cesaba de repetir que le daba vergüenza causarme tantas molestias, que ella estaría bien sentada al lado del fuego, porque no estaba cansada, ya que había pasado todo el día en el coche sin hacer nada. Y luego, el hombre volvió con leña bastante para asar un buey, y ella le habló y él fue a buscar la maleta al camión, y sacó de ella una manta. Y entonces, aquello comenzó. Me recordaban a aquellos dos tipos que antes se veían en los periódicos humorísticos, aquellos dos franceses que siempre se estaban haciendo zalemas y que se peleaban para ver quien tenía que pasar primero. Era como si todos nosotros hubiésemos dejado nuestras casas para disfrutar el privilegio de dormir al raso, como si cada uno tratase de acostarse antes y mejor que los demás. Durante un momento, estuve a punto de decirles: "Está bien, si ustedes quieren acostarse en el suelo, no se preocupen. Pero la verdad es que yo no tengo malditas las ganas de hacerlo." Supongo que podría decirse que fui yo quien ganó. Yo y él. Al final aquello acabó extendiendo su manta dentro del camión, como si hubiésemos sabido siempre que tenía que ser así, y él y yo extendimos la mía fuera, delante del fuego. Estoy seguro de que el hombre sabía que aquello terminaría así, si es verdad que venían desde un rincón de Alabama, como ella pretendía. Me parece que ésa fue la razón de que el hombre trajera toda aquella leña sólo para hacer un poco de café y calentar algunas latas de conserva. Luego, comimos, y entonces fue cuando me enteré.»

*¿De qué te enteraste? ¿De lo que él quería hacer?*

*No inmediatamente. Pero creo que aquella mujer era un poco más paciente que tú.* Y el hombre continuó:

«Así que comimos y yo me tendí sobre mi manta. Estaba cansado y se



estaba bien allí tendido. Yo no tenía ninguna intención de escuchar ni de fingir que dormía cuando no dormía. Pero habían sido ellos los que me habían pedido que les llevara en el camión; no fui yo quien insistió para que montaran. Y si les gustaba charlar sin asegurarse de que nadie les escuchaba, que lo hicieran, eso era cosa suya. Y así fue cómo me enteré de que buscaban a alguien, de que seguían a alguien o, por lo menos, de que trataban de seguirle. Es decir, eso es lo que trataba de hacer ella. Y yo, de repente, me dije a mí mismo: "Vaya, ésta es una de esas que se figura que el sábado por la noche va a aprender lo que la madre ha esperado hasta el domingo para preguntárselo al cura."

Ninguno de ellos pronunció nunca su nombre. Y no sabían exactamente en qué dirección había huido el otro. Y yo sabía que si ellos hubiesen sabido en dónde estaba, no habría sido por culpa del tipo que escapaba. Tardé en comprender esto. Y oí que él le decía que a lo mejor tendrían que viajar así toda la vida, de un camión a otro, de un estado a otro, sin encontrar siquiera su rastro. Y ella le escuchaba sentada sobre un tronco de árbol, con el niño en los brazos, inmóvil como una roca, tranquila como una roca, y casi dispuesta a dejarse convencer y persuadir. Y yo me dije a mí mismo: "Bueno, muchacho, ésta, para ir delante siempre, en su viaje, no ha vacilado en sentarse a mi lado en el camión, mientras que tú ibas detrás con las piernas colgando." Pero no dije nada. Seguí allí, acostado, mientras ellos hablaban, mientras él hablaba en voz baja. El hombre no había pronunciado tampoco la palabra matrimonio. Y sin embargo, era de eso de lo que hablaba, y ella le escuchaba, sosegada y plácida, como si ya lo hubiese oído otras veces y supiese que ni siquiera tenía que decirle sí o no. La muchacha sonreía un poco. Pero el hombre no podía verla.

»Después, el hombre renunció. Se levantó por detrás del tronco y se alejó. Pero yo vi su cara cuando se dio la vuelta y sabía muy bien que no había renunciado. El hombre sabía que le había brindado una última oportunidad y que ahora, empujado hasta el límite, estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Yo habría podido decirle que acababa de decidirse en aquel momento a hacer lo que tendría que haber hecho desde el principio. Pero probablemente tenía sus razones. El caso es que se alejó en la oscuridad, dejándola sola, sentada, con la cabeza un poco inclinada y una sonrisa en los labios. No le miraba. Tal vez sabía que él prefería estar solo para animarse a hacer lo que quizás ella le había aconsejado que hiciera, sin decírselo con palabras, porque esas cosas no puede decir las una señora, ni siquiera una señora con familia de

sábado por la noche.

»Pero a mí me parece que tampoco era eso. Tal vez era que ni el lugar ni el momento le convenían. Eso, sin hablar del auditorio. Al cabo de un rato, la muchacha se levantó y me miró. Yo no me había movido. Entonces, trepó al camión y, al cabo de un momento, ya no la oí moverse y comprendí que se había preparado para dormir. Yo seguía acostado -ahora no podía dormirme- y esto duró un rato largo. Pero sabía que él no estaba muy lejos, que tal vez esperaba a que el fuego se apagase o a que yo me durmiera. Porque, cuando el fuego aún no estaba apagado del todo, le oí que se acercaba, sin hacer más ruido que un gato, y que se inclinaba sobre mí y escuchaba atentamente. No lo sé, pero tal vez debería haber dado uno o dos pequeños ronquiditos. Pero, fuese como fuese, el hecho es que el hombre se dirigió hacia el camión como si caminase sobre huevos, y que yo le observaba desde el lugar en que estaba acostado y me decía: "Si hubieses hecho eso la noche pasada, tal vez estarías sesenta millas más al sur de lo que estás ahora. Y creo que si lo hubieses hecho hace dos noches, yo no os habría visto ni al uno ni al otro." Y luego, comencé a inquietarme un poco. Lo que me inquietaba no era que el hombre hiciese lo que la muchacha no quería. En realidad, yo estaba de parte de aquel pobre infeliz. Desde luego. Sólo que no acababa de decidir lo que debería hacer si la muchacha comenzaba a gritar. Estaba seguro de que gritaría. Y si yo corría hacia el camión, él sentiría miedo, y si no corría, sabría que había estado despierto, observándole, y todavía tendría más miedo. Pero no debería haberme preocupado. Tendría que haber sabido eso desde el minuto en que les vi juntos a los dos, a ella y a él.» *Creo que si tú sabías que no tenías por qué preocuparte era porque ya habías adivinado lo que ella haría en un caso como aquél, dijo la mujer. Naturalmente, dijo el marido. Pero tú no tenías por qué saber eso. En fin. En fin... Creía que esta vez había logrado esconder mi pensamiento. Buena, continúa. ¿Qué es lo que ocurrió?*

*¿Qué crees tú que podría ocurrir con una buena moza como aquélla, que ni siquiera se daba cuenta de que se trataba de él, y con un pobre tonto que estaba a punto de ponerse a llorar como un chiquillo? Y continuó:*

«No hubo ni un grito, nada. Yo vi que el hombre trepaba lentamente al camión y que desaparecía dentro. Y luego, durante el tiempo que se hubiese tardado en contar hasta quince muy despacio, no sucedió nada. Y luego oí una especie de sonido de asombro que la muchacha hizo cuando se despertó, como si estuviera un poco sorprendida, un poco intrigada, pero sin tener miedo. Y la muchacha dijo, no muy fuerte tampoco: "¿Es usted, señor Bunch? ¿No le da a usted

vergüenza? Podría haber despertado al niño." Y entonces, el hombre salió por la puerta de atrás del camión. Y bajó lentamente. Pero no con sus piernas. Que me cuelguen si no estoy convencido de que ella lo levantó y lo dejó en el suelo como si hubiera sido un niño de seis años. Y le dijo: "Ahora, vaya a acostarse y duerma un poco. Mañana nos espera un buen trecho de camino."

»A mí me daba vergüenza mirarlo, descubrirle que un ser humano había visto y oído lo que pasó. Palabra que me habría gustado encontrar un agujero en el suelo y esconderme en él. Y en parte, eso es lo que hice. Y él estaba allí, en el sitio en donde ella lo había dejado.

Como el fuego estaba casi apagado, yo apenas le veía. Pero sabía lo que habría sentido en su lugar. Estaría con la cabeza baja esperando a que el juez dijese: "Llévenselo y cuélguenlo cuanto antes." No hice ningún ruido y, al cabo de un instante, oí que se iba. Pude oír que crujían los matorrales, como si el hombre anduviese a ciegas a través del bosque. Al amanecer, no había vuelto.

»No dije nada. No sabía qué decir. Seguía creyendo que el hombre aparecería, que iba a salir de los matorrales con la cara que fuese. Así que encendí el fuego y comencé a preparar el desayuno, y, al cabo de un momento, oí que la mujer bajaba del camión. No me di la vuelta. Pero podía oír que ella estaba allí, de pie, mirando a su alrededor, como si sólo con mirar el fuego o mi manta hubiese podido adivinar si el hombre estaba allí o no. Pero no dijo nada. Yo quería recogerlo todo y emprender la marcha. Pero sabía perfectamente que no podía dejarla así, totalmente sola, en medio de la carretera. Y también sabía que si llegaba a oídos de mi mujer que yo estaba viajando con una guapa chica y un niño de tres semanas, por mucho que ella dijera que andaba buscando a su marido... o a sus dos maridos... Así que, comimos y le dije: "Bueno, tengo un largo camino que hacer y me parece que sería mejor que nos marchásemos." La mujer no dijo nada. Y cuando la miré, vi que seguía teniendo el mismo rostro, sosegado y tranquilo. Que el diablo me lleve si tenía aspecto de estar sorprendida. Y yo seguí allí, sin saber qué hacer. Y ella había recogido ya sus cosas y hasta barrido las tablas del camión con una rama de gomero, antes de meter en él su maleta de cartón. Y luego, con la manta, hizo una especie de almohadón en el suelo del camión, y yo me dije a mí mismo: "No me extraña que te las vayas arreglando. En cuanto te plantan, recoges lo que dejan y sigues haciendo camino..." Entonces ella dijo:

»-Creo que me voy a sentar aquí detrás.

» Va a ser un poco duro para el niño -le dije yo.

»-Lo llevaré en brazos -dijo ella.

»-Haga lo que le parezca -dije yo.

»Y emprendimos la marcha. Y yo me asomaba para mirar hacia atrás con la esperanza de que el hombre apareciese antes de que doblásemos la curva. Pero no apareció. Que no me hablen a mí de ningún hombre al que se ha encontrado en una estación con un niño desconocido en brazos. Allí me tenías a mí, con una desconocida y un niño, esperando ver en todos los coches que nos adelantaban un montón de maridos y mujeres, sin contar a los sheriffs. Nos acercábamos a la frontera de Tennessee y yo estaba completamente resuelto a quemar mi camión nuevo o a detenerme en una ciudad lo suficientemente importante para que hubiese en ella una de sus sociedades de protección de mujeres en donde podría depositarla. Y, de cuando en cuando, miraba hacia atrás con la esperanza de que, a lo mejor, el hombre iba corriendo a pie detrás de nosotros, y la veía a ella, allí, sentada, con una cara tan sosegada como si hubiese estado en la iglesia, sosteniendo al niño de manera que pudiera mamar y resistir al mismo tiempo los bandazos que daba el camión. No hay quien pueda con una mujer.» Y el hombre se ríe, tendido en su cama:

-Palabra de honor. Que el diablo me lleve si hay quien pueda con ellas.

*¿Y qué más? ¿Qué hizo ella entonces?*

*Nada. Siguió sentada allí, mirando a todas partes, como si fuese la primera vez que veía el campo, la carretera, los árboles, la tierra, los postes del telégrafo. Y no lo vio hasta que me detuve y el hombre se asomó a la puerta del camión. No había tenido necesidad de verlo. No tenía más que esperar, y ella lo sabía muy bien.*

*¿Era él?*

*Claro que sí. Allí estaba, en la orilla de la carretera, cuando nos acercamos a la curva. Estaba allí, plantado, sin saber qué cara poner, igual que un perro apaleado, pero tranquilo, y decidido también, como si, por última vez, la desesperación le empujase a jugar su última carta, como si supiera que después de aquello ni siquiera la desesperación le sería necesaria. Y el hombre continuó:*

«A mí no me miró. Y yo me limité a detener mi camión, y él empezó a correr detrás, hacia la puerta en donde ella estaba sentada. Dio la vuelta, y se quedó allí, y ella ni siquiera parecía sorprendida. "Creo que he andado demasiado -dijo él-; y me parece que voy a renunciar ahora." Y ella le miraba como si hubiese sabido siempre lo que él iba a hacer antes de que lo supiese él mismo, mucho antes de que él supiese que, hiciera lo que hiciera, lo haría sin querer hacerlo.

»Nadie le ha dicho que renuncie, dijo ella.»

El hombre se reía; tendido en su cama, se reía:

«Palabra de honor. No hay quien pueda con una mujer. Porque, ¿sabes lo que creo? Creo que ella sólo quería viajar. Creo que no tenía la menor esperanza de encontrar al que decía que estaba siguiendo. Creo que no tenía la menor intención de hacerlo, aunque todavía no se lo había dicho a su acompañante. Creo que era la primera vez en su vida que se encontraba tan lejos de su casa, a una distancia demasiado grande para que pudiese regresar antes de la puesta del sol. Y que hasta entonces se las había arreglado muy bien, porque encontró a personas que se preocuparon por ella. Creo que, si se había decidido a ir un poco más lejos, a ver todas las tierras que pudiese, era porque sabía muy bien que, en cuanto se estableciese en algún sitio, probablemente sería para el resto de su vida. Eso es lo que yo creo. No había más que verla, allí, sentada en el camión, con el hombre a su lado, y el niño que no había dejado de mamar, que, durante casi dos millas, no había dejado de desayunar, como si fuese en el tren, en un vagón-restaurante, y ella dedicada a mirar a todos lados, a ver pasar los postes telegráficos y los cercados como si viese un desfile de circo. Y al cabo de un momento, dije: "Dentro de un momento estaremos en Saulsbury." Y ella dijo: "¿Qué?" Y yo dije:

»-Saulsbury, Tennessee -y miré hacia atrás y le vi la cara. Y parecía que la tenía totalmente dispuesta a la sorpresa, y que sabía que, en cuanto la sorpresa llegase, le resultaría muy agradable. Y la sorpresa llegó, y ella se puso muy contenta, y entonces dijo:

-Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto camino se puede hacer! Sólo hace dos meses que salí de Alabama y ya estoy en Tennessee.»

**FIN**

